J. W. Goethe

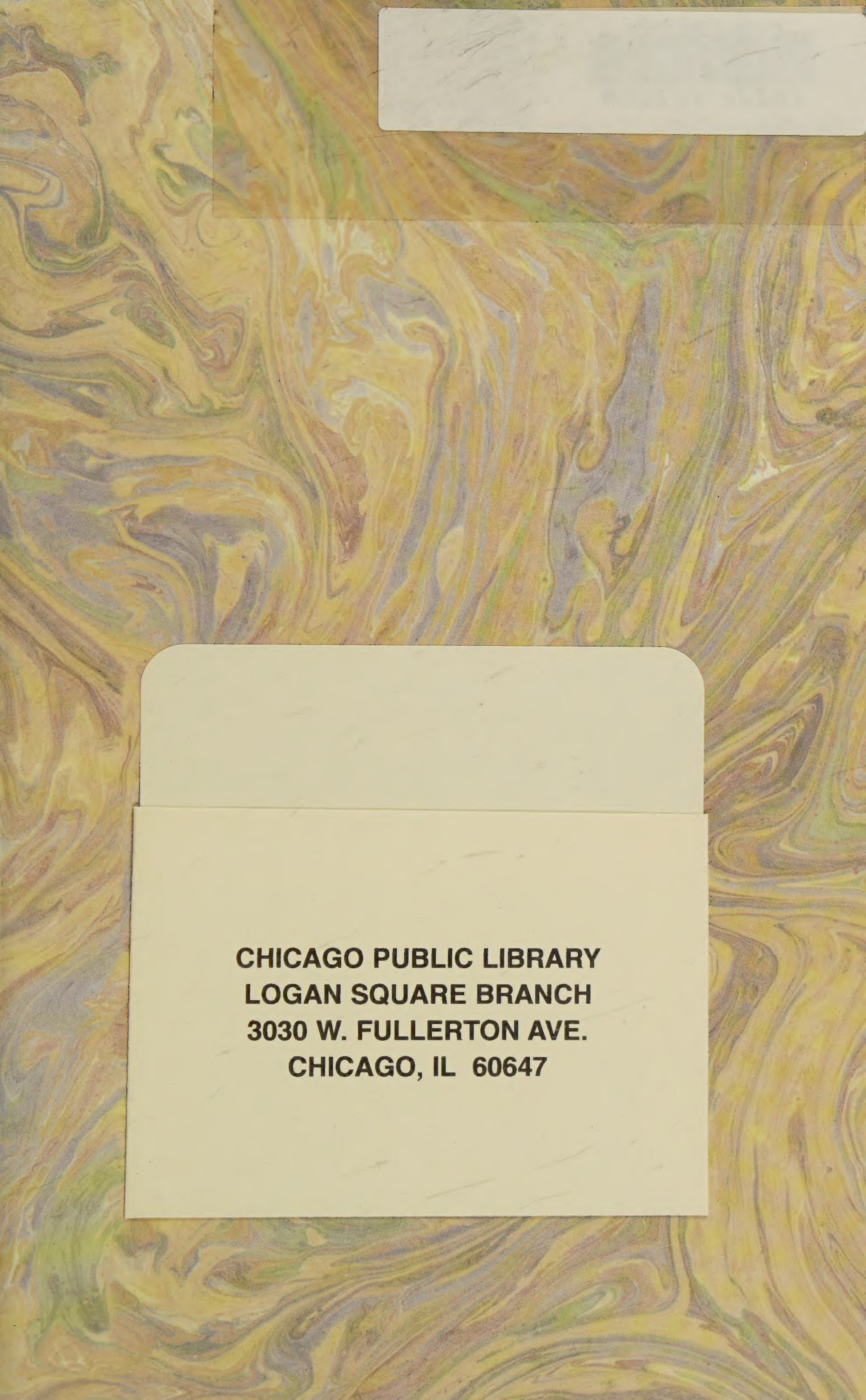
OBRASELECTAS



OBRASELECTAS



Friedrich Nietzsche
Marqués de Sade
William Shakespeare
Edgar Allan Poe
Charles Baudelaire
Homero
Julio Verne
Benito Pérez Galdós
Walter Scott
Fiodor Dostoievski
Oscar Wilde
Charles Dickens
Miguel de Cervantes
Honorè de Balzac
Gustavo Adolfo Bécquer
Francisco de Quevedo
Franz Kafka
León Tolstoi
Platón
Jean Jacques Rousseau
Molière
Rubén Darío
Aristóteles
Sófocles
Jack London
Rabindranath Tagore
Khalil Gibran
Gustave Flaubert
Máximo Gorki


CHICAGO PUBLIC LIBRARY
LOGAN SQUARE BRANCH
3030 W. FULLERTON AVE.
CHICAGO, IL 60647

J. W. GOETHE

Fausto
Werther
Herman y Dorotea

OBRAS SELECTAS

— J. W. GOETHE —

FAUSTO

WERTHER

HERMAN Y DOROTEA

Traducción "*Werther*" y "*Herman y Dorotea*": cedidas por EDITORIAL SOPENA
Prólogo: María José Lloréns Camp

ISBN: 84-8403-709-6
Depósito Legal: M-13283-2001

Edición y Producción: *José Mª Fernández*
Diseño de cubierta: *Juan Manuel Domínguez*
Impreso por BROSMAC, Móstoles (Madrid)
Encuadernado por ATANES-LAINEZ, Móstoles (Madrid)

EDMOBSEGOET

IMPRESO EN ESPAÑA - PRINTED IN SPAIN

BIOGRAFÍA

Johann Wolfgang von Goethe es considerado como el mayor escritor de la tradición germánica. El período romántico en Alemania (finales del siglo XVIII, principios de XIX) es conocido como la era de Goethe, y este hombre encarna las preocupaciones de la generación definida por las herencias de Jean Jacques Rousseau, Emmanuel Kant y la Revolución francesa. Su grandeza le viene dada no sólo de sus logros literarios como poeta lírico, novelista y dramaturgo, sino también gracias a sus a menudo importantes aportaciones como científico (geólogo, botánico, anatomista, físico, historiador de ciencias) y como crítico y teórico de la literatura y del arte.

La mayor parte de la información sobre la infancia y la juventud de Goethe proviene de su autobiografía en seis volúmenes *Aus meinem Leben: Dichtung und Warheit* (1811-1822), traducida como *Memorias de Goethe.* Escrita cuando el autor tenía más de sesenta años, mucho después de que se le considerara el gran hombre de las letras alemanas, debe ser apreciada como la imagen que el propio Goethe eligió de forma más que deliberada para la posteridad. Goethe nació en Francfort del Main el 28 de agosto de 1749. Su madre, Katharina Elisabeth Textor Goethe era la hija del alcalde; su padre era Johan Caspar Goethe, un ciudadano perteneciente a la burguesía alemana (ostentaba el cargo de jurisconsulto y consejero imperial), que dedicó sus energías a escribir las memorias de su viaje a Italia (en italiano), patrocinando a artistas locales y, por encima de todo, educando a los dos hijos supervivientes, el futuro poeta y su hermana Cornelia. Goethe creció inmerso en una Alemania dominada por los prejuicios religiosos de la Reforma protestante y atrasada respecto al resto de Europa, donde los intelectuales abogaban por el poder de la inteligencia para descubrir las verdades últimas. Coetáneo de Mesmer, Cagliostro y la Revolución francesa, conoció un mundo en que los sucesos misteriosos ya no se consideraban inalcanzables para el entendimiento humano y las interpretaciones religiosas eran dejadas de lado en favor de la ciencia. Un terreno abonado para alguien que, como él, no iba a respetar más norma que las inscritas en la naturaleza.

Desde la más tierna infancia la madre de Goethe procuraba estimular su precoz inteligencia y, según Betina Brentano, cuando le relataba algún cuento infantil lo interrumpía en lo más interesante a fin de que el niño imaginara el resto. Su padre, hombre inteligente y culto, le daba lecciones regularmente, a una edad en que los demás niños apenas si saben leer. Estaba dotado de gran facilidad para las lenguas. Todo su entorno, incluso las amistades de la familia, muy escogidas tanto social como intelectualmente, hicieron el resto. Además también estudió arte y música.

A los cuatro años su abuela le regaló un teatro de marionetas que le despertó gran interés por la dramaturgia. Dos años más tarde, en 1755, quedó profundamente impresionado a causa del terremoto de Lisboa. El seísmo, tal como relató en su obra autobiográfica *Poesía y verdad*, le hizo preguntarse «sobre la sabiduría y la clemencia de un dios que deja a la merced de tal ruina tanto al justo como al injusto». Por otro lado, su abuelo materno poseía singulares dotes para interpretar los sueños, facultad que, a juzgar por las experiencias que tuvo Goethe, debió heredar (cuenta que era capaz de predecir sucesos). En su adolescencia escribía sus ejercicios escolares en forma de novela epistolar escrita en alemán, francés, italiano, inglés, latín (con algunas anotaciones en griego) y en yiddish (judeo-alemán); en su tiempo libre escribió obras en francés y poemas para todas las ocasiones. Goethe dio gran importancia para su desarrollo temprano a la situación político-social de Francfort, donde el comercio intenso, las farias anuales, las ceremonias asociadas a la coronación del sagrado emperador romano y la ocupación francesa durante la guerra de los siete años de 1756 a 1763 le permitieron acceder a una serie de experiencias cosmopolitas.

A los dieciséis años fue enviado por su padre a la Universidad de Leipzig a estudiar leyes, a pesar de que su deseo era ir a Goettingen a estudiar literatura clásica. Llevaba una recomendación para el profesor Böhme, al cual se apresuró a manifestar sus deseos. Este hombre hizo cuanto pudo por disuadirle, pero sólo consiguió que Goethe cobrase aversión a la moderna literatura alemana y mirase con desprecio los trabajos que tenía escritos. Desde principios de siglo Leipzig había sido el mayor centro para aquellos alemanes que miraban a Francia como modelo cultural. Al concluir el segundo semestre Goethe había perdido el interés por los estudios legales y sentía que había agotado los escasos recursos literarios de esa universidad. Dedicó sus energías a aprender las maneras de la sociedad educada, a estudiar arte de forma privada con Adam F. Oeserl y a cultivar su talento por sí mismo, especialmente en conversaciones con su cínico amigo Ernst Wolfgang Behrisch. En sus obras iniciales se encuentran una comedia en verso de un acto, *El capricho del enamorado* (1767), y una tragedia, también en verso, *Los cómplices*

(1768), que muestran una clara influencia de los autores contemporáneos Friedrich Gottlieb Klopstok y Gotthold Ephraim Lessing, así como también le influye su enamoramiento de la hija de un comerciante de vinos en cuya taberna solía cenar.

En otoño de 1768 Goethe tuvo que volver a Francfort, aquejado de una extraña enfermedad que la provocaba violentos vómitos de sangre. Aconsejado por un familiar, acudió a un tal doctor Metz, personaje enigmático, versado en la medicina de Paracelso y en la tradición rosacruz. Éste logró curarle mediante la administración de misteriosos remedios que, además, le proporcionaron una vitalidad insólita. Su principal apoyo durante el año de convalecencia fue Susanna Catharina von Klettenberg, una mística pietista. Juntos leyeron literatura neoplatónica y realizaron experimentos alquimistas. De ahí, las lecturas de Goethe se extendieron hacia la medicina. Al mismo tiempo se ilustraba con los trabajos de Shakespeare, Lessing y Rousseau, y continuó en la misma línea después de ser enviado a Estrasburgo en marzo de 1770 para finalizar sus estudios de leyes.

Frederich Oeser, pintor, grabador y escultor, y director de la Escuela de Bellas Artes de Leipzig, ejerció un efecto decisivo en el desarrollo intelectual del joven poeta. Goethe habló siempre con reconocimiento de Oeser y decía que de él había aprendido que el ideal de belleza era la sencillez y la calma. Además, por mediación de Oeser entabló amistad con Winckelman, cuyo trato fue tan provechoso. De su estancia en Leipzig datan, además, veinte canciones de carácter erótico, que fueron puestas en música por su joven amigo Beckopf y que él califica de morales-sensuales, aunque en realidad de morales tienen bien poco. Poseen, en cambio, el mérito de una rara fluidez y musicalidad, y abundan en arranques de pasión. Sin embargo, el autor sólo consideró unas pocas dignas de figurar en sus obras completas y aun con grandes modificaciones.

Los diecisiete meses de Goethe en Estrasburgo son generalmente considerados como un punto de inflexión en su carrera, aunque los cambios producidos estuvieron claramente preparados por sus actividades y lecturas del año anterior. Estrasburgo era culturalmente más alemana que Leipzig. En esa época Goethe hace un «descubrimiento», la catedral de Estrasburgo y la identificación entusiasta del estilo gótico como alemán. También es muy importante la amistad que inicia con Friederike Brion, la hija de un pastor de la ciudad de Sesenheim que le inspiró la mayoría de sus personajes femeninos, incluso el de Margarita de su drama poético *Fausto.* De ella se sabe que vivió hasta 1813 y que no quiso casarse nunca, ya que habiendo amado a Goethe dijo que jamás podría querer a nadie más. Otro paso importante en su carrera fue su encuentro con Johann Gottfried Herder, quien le trans-

mitió todo su entusiasmo por la poesía popular, el primitivismo, los trabajos de Johann Georg Hamann, los poemas de Ossian (James Macpherson) y, por encima de todo, las novelas de Henry Fielding, Lawrence Sterne y de Oliver Goldsmith. A partir de Herder, Goethe se hizo un escéptico sobre la validez de los preceptos del clasicismo francés que prevalecían indiscutidos en la Alemania de la época, incluidos los de las tres unidades dramáticas —lugar, tiempo y espacio— que la escuela teatral francesa había adoptado del antiguo teatro griego. También le enseñó a apreciar las obras de Shakespeare, en las que las unidades clásicas se sustituyen por el placer de la expresión directa de las emociones. Todo lo que Goethe aprendió de Herder fue de importancia decisiva para él y no sólo para su período Sturm und Drang, del cual Estrasburgo es su origen. El impacto liberador de estas nuevas influencias fue visible casi de inmediato en la gracia, el poder y la libertad de sus poemas escritos para Friederike Brion. También como resultado escribió la tragedia *Götz von Berlichingen* (1773). La obra, inspirada en las de Sakhespeare, es una adaptación de la historia de un caballero alemán que se hizo bandido en el siglo XVI; las acciones de bandidaje exitosas de su protagonista, Goethe las considera como una revuelta popular nacional alemana contra la autoridad del emperador y la Iglesia en la primera mitad del siglo XVI. Esta obra tuvo grandes repercusiones en la historia literaria alemana.

Si Goethe conservó los mejores recuerdos de su estancia en Estrasburgo, no fueron menos gratos los que la ciudad conservó de él. Su juventud turbulenta y reflexiva a la vez, su presencia arrogante, su ingenio tan variado que le hacía representar siempre el primer papel, lo mismo si se trataba de una discusión científica que de una frívola conversación mundana, y sobre todo el extraordinario dominio que ejercía sobre los demás, le convirtieron durante el año y medio que residió en Estrasburgo en el personaje más notable de la ciudad. En lo sucesivo ocurriría lo mismo en todos los lugares en que residiera.

En septiembre de 1771 Goethe volvió a Francfort, de hecho para terminar su carrera legal pero acabó por empezar una carrera literaria más visible en historia de Alemania. Los cuatro años entre su regreso y su marcha a Weimar contienen el primer florecimiento de este genio y constituyen para muchos críticos el punto álgido de su carrera. Durante este tiempo Goethe empezó a practicar el derecho tanto en Francfort como en Wetzlar; también escribió reseñas de libros, comprometido en constantes encuentros con amigos literatos, funcionó como el centro del movimiento Sturm und Drang [1]

[1] Movimiento artístico que reaccionó contra el racionalismo, promoviendo el conocimiento intuitivo, la investigación del inconsciente y del sueño y propugnando la restauración de la religiosidad mágica pagana de los antiguos germánicos.

(Tempestad e Impulso) y viajó por el Rin y por Suiza. En Wetzlar el año 1772 conoció a Charlotte (Lotte) Buff y se enamoró apasionadamente antes de descubrir que ella estaba comprometida con su amigo Johann Georg Christian Kestner. De ella dijo: «Era de esas mujeres que, sin inspirar una pasión violenta, ejercen un encanto invencible sobre cada uno de los que la rodean.» Goethe llegó a ser amigo íntimo de Charlotte, sin pasar de aquí, pues consiguió sustraerse a tiempo y marchó a Francfort, donde se ocupó personalmente de la boda de sus amigos, a quienes regaló el anillo nupcial.

El 1774 se vio envuelto en una amistad íntima con Maximiliane Euphorosine von La Roche Brentano, hija de la novelista Sophie von La Roche y futura madre del poeta Clemens Brentano, mientras ella resolvía las dificultades de su matrimonio con Peter Anton Brentano, un rico comerciante de Francfort, Al año siguiente se prometió con Anna Elisabeth (Lili) Schoeneman, la hija de un rico banquero; aunque le inspiró un gran número de poemas, el compromiso se rompió en septiembre de 1775, puesto que los círculos elegantes en los que ella se movía le parecieron restrictivos para su creatividad artística. Goethe había empezado su carrera lo mismo como gran personaje que como escritor.

En julio de 1774 realizó un viaje a Düsseldorf con Lavater y Basedow, encontrando allí al filósofo Jacobi. En octubre conoció a Klopstock y todo el invierno estuvo en relación constante con la sociedad escogida de Francfort.

El movimiento Sturm und Drang ayudó al establecimiento de una nueva forma política, cultural y literaria en Alemania. Siguiendo el liderazgo intelectual de Rousseau, Herder y Hamann, miró hacia lo antiguo, hacia los modelos antiguos ingleses y alemanes para sustituir la tradición neoclásica francesa. Goethe estudió a Shakespeare, Homero, Píndaro y a Hans Sachs (un escritor aleman de farsas, del siglo XVI), y rechazó el clasicismo de su héroe anterior, Wieland. En 1773 Goethe publicó un ensayo sobre la arquitectura alemana en el cual alababa el estilo gótico; también apareció ese mismo año el manifiesto del movimiento Sturm und Drang titulado *Sobre la cultura y el arte alemanes,* editado por Herder.

Su primera contribución en el período 1771-1775 fue provocar la manía por Shakespeare, por la que el movimiento Sturm und Drang fue famoso. Los dramas de los años 70 son de tres tipos: sátiras cortas, la mayoría del 1773, sobre temas culturales y literarios; dramas poéticos incompletos sobre grandes figuras como el César, Mahoma, Prometeo y Fausto, y un grupo de obras de teatro completas de forma más convencional, como por ejemplo *Clavijo* (1774) o *Stella* (1775) y las operetas *Erwin y Elmire* (1775) y *Claudine von*

Villa Bella (1776). Estas cuatro obras marcan el principio de una larga serie de operetas en la obra de Goethe.

Los poemas de Goethe de esta época establecen nuevas bases para el género en Alemania. Se trata de baladas como *El rey de Thule* (1782), después incluida en *Fausto;* poemas de amor, muchos de los cuales luego fueron musicados por Beethoven y Schubert; y poemas ocasionales como la obra maestra *En el lago,* escrita como consecuencia de un viaje en barco por el lago de Zuric el verano de 1775. Finalmente, también están los himnos pindáricos, entre los que se encuentra *Prometeo.*

El trabajo más famoso de Goethe entre 1771-1775 es *Penas del joven Werther* (1774). En esta novela paradigmática de la sensibilidad del siglo XVIII, Werther muestra en una serie de cartas el discurrir de su amor por Lotte, una joven que está prometida con un oficial cuando Werther la conoce. Confundido por la amistad que le muestra Lotte, pero principalmente por su propia imaginación —que proyecta en Lotte todos los ideales acumulados por la lectura de Homero, Goldsmith y Ossian—, Werther gradualmente pierde el contacto con el mundo que le rodea. La novela está basada en la relación de Goethe con Charlotte Buff y su prometido, y el suicidio por amor le dio el modelo para la muerte de Werther. Tan importantes como la experiencia personal para la novela son sus experiencias literarias: la novela epistolar sensible de Samuel Richardson, pasando por Rousseau alcanza el cenit en esta novela. A través de la pasión de Werther se cuestiona el patrón básico de subjetividad del siglo XVIII. De igual forma que tiene los mismos conflictos y tormentos en su relación con Charlotte, Werther también sufre en su relación con Dios. A través de la preocupación destructiva de Werther consigo mismo, Goethe ofrece un comentario penetrante de la introspección efusiva de la conciencia del siglo XVIII. Acotando dramáticamente la forma, componiendo con una estructura rígida pero simétrica, incorporando material extranjero como traducciones de Ossian, insertando narraciones subordinadas y especialmente permitiendo la incursión de un narrador en tercera persona que interrumpe el fluir de las cartas, Goethe logró a la vez que la tradición epistolar llegara a la cúspide y a un final. La novela hizo de Goethe una celebridad en Europa. Para su disgusto fue malinterpretada para glorificar, en lugar de para criticar, la famosa melancolía de la época; él revisó la obra extensamente en la edición de 1787 y es la versión que se lee en la actualidad. Durante toda su vida, e incluso después, *Las penas del joven Werther* fue el trabajo por el que Goethe fue conocido en el mundo no alemán y sólo *Fausto* ha llegado a tener la misma atención.

A mediados de 1775 emprendió un corto viaje a Suiza. A su regreso a Alemania, en otoño de ese mismo año, Goethe dejó Francfort para visitar Weimar en respuesta a la invitación del joven duque Karl August. Pronto pasó a ser el amigo personal del duque y el organizador del teatro en la corte. Los primeros meses en Weimar transcurrieron entre regocijos y diversiones. Goethe era tratado como un huésped. En otoño, excursiones, cabalgatas, partidas de caza; en el invierno bailes, mascaradas, carreras con patines a la luz de las antorchas, danzas campestres... Esto era lo que ocupaba su tiempo.

En 1776 obtuvo el derecho de ciudadanía y le fueron asignadas responsabilidades administrativas en el ducado. Weimar ya era un centro para el arte desde que la madre del duque, Ana Amelia, le había traído a Wieland para que fuera tutor de su hijo; Goethe pronto convenció a Herder para que aceptara también un lugar allí. La mayor parte del tiempo Goethe lo pasaba viajando, tanto por razones oficiales como acompañando al duque. También realizó dos viajes de interés literario: a las montañas de Harz el 1777 y a Suiza en otoño de 1779. En este último fue acompañado por el duque y una reducida comitiva, y a su regreso, al pasar por Stuttgart, conoció a Schiller, que estudiaba en la Academia, y en presencia de Goethe recibió un premio. El regreso a Weimar, el 13 de enero, señaló el principio de una nueva era en su existencia. El período de genio y excentricidad había terminado, sucediéndole otro de orden y regularidad.

La vida de Goethe no era completa en ningún tiempo sin la influencia de un corazón femenino. Esta la encontró, poco después de su llegada a Weimar, en Charlotte von Stein, dama de la elite, esposa de un oficial, el caballerizo mayor de la corte. Tenía entonces treinta y tres años y siete hijos. Las cartas dirigidas a ella abrazan un período de cincuenta años. Hasta su viaje a Italia le comunicó cada una de sus acciones, cada miento de su mente, toda la labor de su cerebro, sin ningún tipo de reserva. Esta mujer, de naturaleza enfermiza y no en exceso favorecida por la hermosura, poesía, sin embargo, no sólo las nobles formas de una legítima aristócrata sino también una extraordinaria profundidad de sentimiento, una educación poco común y un gran talento.

Tal relación dominó su vida emocional, transformándole de un ferviente seguidor del movimiento Sturm und Drang a un reservado cortesano en sus últimas cuatro décadas. Humanidad, virtud y autocontrol eran las palabras clave para definir el código de conducta de su relación. A principios de la década de los 80 Goethe estaba a cargo de las minas, carreteras, guerra y finanzas; en 1782 el duque le dio el tratamiento de nobleza (le permitió añadir «von» a su nom-

bre). Tan importante para su futuro desarrollo como nuevo trabajo y relaciones personales fue la ampliación de sus intereses intelectuales en Weimar: por primera vez se sintió interesado en las ciencias. Al igual que cuando estudió alquimia, su interés se extendió a través de la lectura en la experimentación; pero a diferencia de con la alquimia sus trabajos en geología, anatomía y botánica, no sólo produjeron resultados literarios sino que dieron lugar a descubrimientos y publicaciones científicas. En 1784 demostró la existencia del hueso intermaxilar (hueso que existe en los animales inferiores y también en el embrión humano como hueso distinto, pero a medida que se avanza en edad tiende a unirse con el cuerpo del maxilar) y la continuidad de estructuras anatómicas a través de las especies (sin que él lo supiera, este descubrimiento ya se había llevado a cabo en París en 1780), y el año 1787 concibió la teoría de la metamorfosis en las plantas. Más tarde realizó el hallazgo de que el cráneo es tan sólo un desarrollo de las vértebras.

Durante este período escribió muchas de sus mejores baladas y poemas de amor, así como también libretos de ópera y sátiras ocasionales para el entretenimiento de la corte. De esta época son *Egmont* (1788), drama en prosa; *Torquato Tasso* (1789), en verso; *Ifigenia en Tauris* (1787), y empezó a trabajar en *Fausto,* apareciendo una parte titulada *Fragmento* (1790). Estas obras llevaron a la literatura alemana la disciplina de ideas y formas que inició el así llamado período clásico. También compuso obras para el teatro de aficionados, que sustituía al real y verdadero teatro. La escena estaba a veces abierta al aire libre, y los asientos colocados en pleno prado. Los actores eran la duquesa madre y sus hijos, la servidumbre y los oficiales de palacio, las damas de cámara y los pajes. Goethe interpretaba muy bien los papeles cómicos; en la tragedia de altos vuelos, como en su *Orestes,* le iba mejor la dignidad de la escena antigua. Museus, director de la escuela pública, se lucía en la comedia; Knebel representaba los dignificados héroes.

Sometido a mucha presión, Goethe decidió realizar un viaje por toda Italia y no regresó a Weimar hasta 1788. Varias razones le llevaron a ir a ese país: la frustración de su relación con Charlotte von Stein y, sobre todo, la necesidad de nuevas sensaciones sobre las que apoyar sus futuros escritos. De esta experiencia surge *Viaje por Italia,* cuyas notas aparecieron en 1828. En sus reflexiones de Italia y sus vivencias allí, sus intereses y desarrollos consiguieron articularse. Desde siempre uno de sus mayores deseos había sido completar su educación con una estancia por Italia. Para Goethe significó un renacimiento no sólo en una nueva vida sino en lo que iba a convertirse: a muchos niveles fue un viaje de autodescubrimiento. Pero no se trató de un trayecto hacia su interior, sino que su principal

objetivo fue mirar lo que le rodeaba: objetos, plantas, personas, costumbres... (pero nunca los sentimientos o preocupaciones políticas), la arquitectura, esculturas y también incluso la pintura. Su Italia fue la del renacimiento, que incluía la antigua Italia romana. Aparte de pequeñas visitas a Venecia y Nápoles y un *tour* por Sicilia, estuvo la mayor parte del tiempo en Roma, donde entró el 29 de octubre de 1786, por la Porta del Popolo. Allí visitó galerías y monumentos para estudiar pintura y escultura. Durante la mayor parte de su estancia tuvo relaciones con la colonia alemana, muchos artistas (Bury, Shütz, Dannecker, Lips, Trippel, Reffenstein, Enrique Meyer), especialmente con Wilhelm Tischbein, Carlos Felipe Moritz y Angelika Kauffmann. Dedicó muchas horas a los estudios históricos y de crítica del arte, profundizando en los tesoros del Vaticano y, sobre todo, en las grandiosas obras de Miguel Ángel. Como fruto de ese viaje amplió en gran manera la esfera de sus concepciones artísticas y enriqueció su inteligencia con incalculables tesoros: durante el mismo, realizó la función de *Ifigenia*, de *Egmont* y de varios dramas líricos de sus primeros tiempos y además adelantó notablemente la del *Tasso* y esbozó nuevos proyectos, entre ellos *Nausikaa*.

Goethe volvió de Italia, tal como declaró, convertido en artista. Karl August le liberó de sus obligaciones, a excepción de la dirección del Teatro Ducal, que fue establecido oficialmente el 1791, de las bibliotecas y de las colecciones históricas naturales y artísticas del ducado, incluyendo las de la Universidad de Jena. El poeta tuvo otra vez trastornos y sufrió resentimientos debidos al cambio que en su persona habían tenido lugar y a su decisión de ir a Italia solo y en secreto. El más grave de los percances fue la ruptura con la señora von Stein, quien no pudo perdonarle que la abandonara y que además Goethe empezara una relación (sin casarse) con Christiane Vulpius, con quien tuvo varios hijos, aunque sólo uno de ellos, Julius August Walther, nacido el 1789, sobrevivió. Se conocieron cuando ella se presentó en actitud suplicante en favor de su hermano, el autor de *Rinaldo Rinaldini*, en el parque de Weimar y le cautivó con el encanto de su lozana juventud y su hermosura. Se casaron en 1806, aunque ello no mermó las opiniones negativas y el rechazo causado por su relación. La persistencia en esta tesitura conflictiva se explica por el enorme fervor que sentían el uno por el otro y la distancia que Goethe mantuvo con los de su círculo.

Después de esto vivió en un mundo de ideas y actividades intelectuales más que en el mundo de los hechos. Incluso el viaje a Italia, que él atesoró el resto de su vida, fue importante para Goethe como una experiencia a recordar: no estaba para nada contento cuando el duque le mandó a Venecia en 1790, aunque utilizó el tiempo inver-

tido allí para aprender más sobre la pintura veneciana. En Weimar dedicó sus energías a estudios de todo tipo. Además de su inicial interés por la geología, la botánica (publicó una obra, *La metamorfosis de las plantas,* aunque su gran ilusión era descubrir una flor original o tipo del cual serían todas las demás flores derivaciones [2]) y la anatomía comparada, se apasionó por la óptica y en 1790 empezó a publicar ensayos contra Newton sobre la teoría del color y el método científico en general. La mayor parte de su tiempo lo invirtió en estudiar a Kant, Platón y Homero. El otro área principal de importancia fue el arte. El desarrollo más académico de sus intereses se reflejó en su nueva amistad con el educador y estadista Wilhelm von Humboldt y con el historiador de arte Hans Meyer; con este último, a quien conoció en Italia, vivió en su casa desde 1791 a 1802. La Revolución Francesa fue un hecho político con el que necesariamente Goethe chocó, no sólo porque despertó gran interés en todos los ámbitos, sino porque el duque, que había entrado en el ejército prusiano, insistió para que Goethe le acompañara en sus campañas a Francia en 1792 y por el Rin en 1793; combatió en Valmy, tuvo que aceptar una vergonzosa derrota y la correspondiente retirada. Escribió mediocres comedias anterrevolucionarias, como *Entretenimientos de emigrados alemanes,* el cuento *La fábula* y un bestiario medieval, en hexámetros, titulado *El zorro Reineke* (1794). Goethe reflejó sus impresiones sobre la revolución francesa en sus obras: *La campaña de Francia de 1792* y el *Sitio de Mainz,* ambas publicadas en 1822. Continuó con sus estudios de óptica y artísticos, mientras seguían sus campañas en el ejército; su rechazo a entrar en actividades militares le permitió presentar una realidad clara en la actividad diaria.

En la década de los 90 la producción literaria de Goethe fue relativamente escasa.

El 1794 marca el principio de la amistad entre Goethe y Schiller. Schiller había ido a Jena en 1789 como profesor de historia por una cita arreglada por Goethe, pero el viejo poeta había tenido dos razones para mantener las distancias con el recién llegado: no sólo porque Schiller había ganado su reputación como poeta del Sturm und Drang una década después de que Goethe hubiera abandonado el movimiento, sino que recientemente había dejado la poesía para centrarse en Kant. Hasta 1794 después de una lección en Jena se produ-

---

[2] Para ello siguió un método nada científico, pero vio claramente que todas las diferentes partes, excepto el estigma, pueden considerarse como modificaciones de la hoja; que la hoja, el cáliz, la corola, ovario, pistilo y estambre se referían todos al mismo tipo, y que el que una planta produzca hojas o flores depende de la diferencia de la nutrición que recibe.

jo una conversación que les unió en una fructífera amistad. Mucha de la energía que Goethe tuvo en los siguientes años fue debida al diario de Schiller, «Die Horen», publicado entre 1795 y 1799, y luego al diario que le sucedió «Die Propoylaen», publicado entre 1798 y 1800. Este diario versaba sobre literatura y crítica, y aunque contenía muchos artículos de Goethe, no alcanzó nunca una tirada superior a los trescientos ejemplares. El programa de estas publicaciones y de los otros trabajos de los poetas no tenía más misión que la de establecer una literatura clásica alemana en el sentido de literatura clásica del siglo V en Atenas: una literatura que representara y formara una nación. Mientras que ninguno de los dos poetas consiguió influenciar o representar a la nación que pretendían su mutuo ánimo y crítica, dieron como resultado la mejor obra de ambos autores.

Los dos genios, aunque en fases literarias distintas, se desarrollaron de tal modo que llegaron a compenetrarse. Su íntima amistad, que no logró enfriar la envidia de Kotzebue y otros, fue una bendición para ambos. El uno al otro se sometían minuciosamente hasta sus más pequeños planes y se cedían generosamente los asuntos, si veían que convenía más al talento del uno que del otro.

Su excitación y productividad derivaban no sólo de su amistad sino también de la emergencia simultánea, bajo la supervisión de Goethe, de la Universidad de Jena como el mayor centro en Alemania para el estudio de la filosofía y las ciencias. Johann Gottlieb Fichte, Friedrich Wilhelm Joseph Schelling y Georg Wilhelm Friedrich Hegel pasaron largas épocas en Jena durante el 1790, Fichte y Schelling en encuentros en parte arreglados por Goethe. Llevados a Jena por su presencia y por la presencia de Goethe en Weimar estuvieron allí los más grandes románticos: August Wilhelm y Friedrich Schlegel, Ludwig Tieck, Clemens Brentano, Novalis (Friedrich von Hardenberg), Friedrich Hoelderlin y Heinrich von Kleist. También hicieron visitas frecuentes Wilhelm von Humboldt y su hermano, el naturalista Alexander von Humboldt. El mismo Goethe visitó repetidas veces Jena para asistir a las lecciones y discusiones sobre filosofía, ciencias o literatura. Sus estudios científicos y literarios continuaron con lecturas de literatura en griego y bajo la influencia de A. W. Shlegel, renovó el estudio de Shakespeare y descubrió a Calderón. También invirtió mucho tiempo con el teatro de la corte, dirigiendo y enseñando a la compañía el gran repertorio moderno creado por Mozart, Lessing, Schiller y por él mismo, y también obras clásicas, desde los griegos pasando por Shakespeare y Racine. Incluso más que en Francfort en los 70, Goethe estaba en el centro de la vida intelectual alemana. Su producción poética es grandiosa. Produjo ensayos teóricos sobre arte y literatura, hizo traducciones de obras de Madame

de Stael, Denis Diderot, Benvenuto Cellini y Voltaire, una secuela de *La Flauta mágica* de Mozart, y un drama sobre la Revolución Francesa, *la hija natural* (1804). Goethe creó úna serie de piezas maestras que marcan la pauta de la mayoría de la poesía lírica, el drama y la prosa narrativa del siglo XIX.

Además de su producción poética individual, Goethe y Schiller escribieron una larga colección de epigramas satíricos titulados *Xenias* (1796) y una serie de baladas famosas. Goethe continuó su estudio y práctica de los metros clásicos con una serie de elegías, *Achilleid* (1808), un fragmento en hexámetro de la muerte de Aquiles. Pero su trabajo más importante en este género es *Herman y Dorotea* (1798) , un idilio en hexámetros en nueve cantos. Trata del hijo de un posadero de una pequeña ciudad de Alemania que corteja a una refugiada que proviene de Francia, y constituye la respuesta poética más importante de Goethe a la revolución. Al mismo tiempo, su delicada doble visión irónica, en la que los caracteres aparecen a la vez limitados como integrantes de la burguesía alemana y como figuras homéricas, hace de este poema el paradigma del clasicismo de su autor.

La prosa de Goethe en los 90 fue: *Las recreaciones de los inmigrantes alemanes* (1795), una colección de novelas con un marco narrativo sobre los refugiados —esta vez aristócratas en lugar de burgueses— de la Revolución francesa; el ciclo se centra en el desarrollo de virtudes individuales como el cooperativismo y el autocontrol como la base de orden social. Pero es más importante por razones de forma que por su contenido: establece la novela como género significativo en la literatura alemana y la fábula con la que termina fue una inspiración y modelo para trabajos similares en el siglo XX.

Fausto es el trabajo de los 90 más conocido de Goethe. El marco de la tragedia de Margarita había sido escrito en prosa antes de que Goethe abandonara Francfort; se descubrió un original de esta versión y se publicó el 1887. Partes de esta versión más las dos escenas compuestas en Italia habían sido publicadas en 1790 como *Fausto: un fragmento.* Desde 1797 hasta 1801, con el apoyo de Schiller, Goethe reescribió las escenas existentes, ampliando algunas, añadiendo prólogos y las escenas del pacto, entre otras. Introduce numerosos cambios en la leyenda antigua del joven estudiante que pacta con Mefistófeles, el diablo: su Fausto no busca el poder a través del conocimiento sino el acceso al conocimiento trascendente denegado a los humanos; el acuerdo se transforma en una apuesta en los términos que Fausto podrá vivir mientras Mefistófeles no satisfaga su deseo de trascendencia. De manera muy significativa, Goethe transforma la segunda mitad de la primera parte en una tragedia amorosa: Fausto seduce a Margarita, una joven inocente que

encarna para él el ideal de trascendencia que persigue: ella es condenada a muerte por matar a su hijo, pero en el último momento, cuando Fausto y Mefistófeles la han abandonado en prisión, se oye una voz que declara que se ha salvado. *Fausto,* como típica obra de la moda romántica, combina el neoplatonismo, que opone una mente trascendente con el mundo, con las teorías de Kant, que opone un sujeto interno a un objeto externo; por ello, a veces Fausto tiene dos almas, una de las cuales quiere la trascendencia y la otra el mundo (versión neoplatónica de la dialéctica romántica), y otras veces se siente prisionero de sí mismo y es incapaz de ver el mundo que hay fuera de su mente (la versión kantiana de la dialéctica romántica). Ambos conjuntos de oposiciones se resuelven en el arte o en el teatro. El pacto de Fausto con el diablo le lleva a sumergirse sin descanso en la realidad del mundo, como Wilhelm Meister. Sus almas opuestas llegan a breves momentos de armonía la una con la otra, pero en el instante en que, por los términos de su pacto con Mefistófeles, no debe durar.

En los primeros días del nuevo siglo Goethe sufrió un serio ataque de escarlatina. Sus amigos llegaron incluso a temer por su vida. La señora von Stein recordó entonces su olvidada amistad y le cuidó como una madre. Después del restablecimiento, planeó una obra, en forma de trilogía sobre la Revolución Francesa, de la que sólo quedó completa la primera parte. La historia era real y se refiere a una de las princesas de la casa francesa de los Conti. El drama está escrito con la plena belleza del estilo de Goethe y algunos pasajes y efectos son dignos de su inmenso talento. Pero en su conjunto decae. Tiene la cualidad que en un drama es un defecto: demasiada universalidad en el desarrollo. La obra fue estrenada en Weimar el 2 de abril de 1803.

A fines de aquel año llegó a Weimar Madame de Stael, en compañía de Benjamín Constant. La famosa escritora había oído hablar de aquel Parnaso, y se sintió inclinada a proclamar la superioridad intelectual de Alemania en el mundo. Goethe huyó de ella al principio, como hizo Byron posteriormente. Se ocultó en Jena, pero una orden del duque le hizo volver.

A comienzos de 1805 Goethe estaba convencido de que Schiller y él morirían dentro de ese año. En enero ambos cayeron enfermos; Schiller había terminado su *Fedra* y empezaba a trabajar en *Demetrio.* Goethe estaba traduciendo una obra de Diderot: *Neveu de Rameau.* Schiller fue el primero en recobrarse, y al visitar a Goethe en su lecho de enfermo, lo estrechó en sus brazos y le besó intensamente emocionado. El 29 de abril se vieron por última vez. Schiller se encaminaba hacia el teatro, pero Goethe no pudo acompañarle porque se sentía extremadamente débil. Schiller murió el 9

de mayo y nadie osaba darle la noticia a su gran amigo. Él mismo se percató de que algo grave había ocurrido al ver el semblante de los que le rodeaban.

La defunción de Schiller, su gran compañero y amigo, y la derrota de los prusianos en Jena en 1806 marca otro gran punto trascendental en la vida de Goethe, que vivió un período de desilusión , puesto que se sentía aislado. La concentración de los intelectuales alemanes en la Universidad de Jena gradualmente desapareció, de manera que los lazos con la joven generación romántica pasaron a mantenerse a larga distancia. Es más, sus simpatías por Napoleón, su insistencia por la independencia del arte respecto a la política, y sus actitudes sociales y religiosas poco ortodoxas le alejaron de grandes porciones de público; en el momento de su muerte era el más grande escritor alemán, aunque no el mas popular. Sin embargo, durante los siguientes trece años Goethe continuó sus actividades en arte, historia, ciencia y literatura. Mantuvo su interés por el arte clásico, escribió una biografía de Philip Hackert (1811), un artista a quien había conocido en Italia, y tuvo mucho interés por los talentos emergentes de Caspar David Friedrich y Philipp Otto Runge.

También fue más consciente de su papel histórico, quizá en parte debido a que fue citado para conocer a Napoleón en 1808. Por esa época Friedrich von Mueller empezó a guardar recuerdos de sus conversaciones con Goethe y éste dio principio a su autobiografía. Aparte de la información que proporciona este trabajo, ofrece la interpretación de Goethe sobre sí mismo, y es una visión importante de su tiempo. La gran contribución de Goethe al desarrollo de la autobiografía es el reconocimiento de que un individuo sólo puede ser comprendido en su contexto histórico y que toda autobiografía es historiográfica.

Goethe trabajó firmemente durante los cinco años siguientes a la muerte de Schiller en su obra *La teoría de los colores* (1810), a la que él a veces llamaba su trabajo más importante. Consistía en tres partes: una exposición de su propia teoría del color; una polémica contra la teoría de Newton [3] que opinaba que la luz blanca es la suma de todos los colores, y un conjunto de materiales sobre la historia de la teoría del color desde la antigüedad hasta ese momento. Mientras

---

[3] En dos puntos Goethe consideraba su teoría contraria a la de Newton: que el centro de una ancha superficie blanca, visto a través de un prisma, permanece blanco, y que una faja negra sobre un fondo blanco puede ser enteramente descompuesta en colores. Los amigos científicos a los que comunicó estas observaciones, le aseguraron que no había nada de opuesto a la teoría de Newton; aún más, que era una confirmación de la misma. Pero no quiso convencerse ni se tomó el trabajo de adquirir el exacto conocimiento de los razonamientos matemáticos y geométricos, sin los cuales los más abstrusos problemas de la física óptica no pueden ser inteligibles.

que su tesis nunca ha sido aceptada por los físicos, sus aportes sobre la percepción del color han tenido grandes repercusiones, de igual forma que su pretensión de que las ideas científicas siempre quedan condicionadas por el contexto histórico en el que se producen. Goethe, que era tan tolerante cuando se trataba de sus obras poéticas y recibía agradecido cualquier objeción fundada, no podía sufrir la más ligera crítica de su «teoría de los colores». Solía decir: «No doy importancia alguna a todo lo que he producido como poeta. Han vivido conmigo excelentes poetas; antes de mí ha habido poetas más excelentes aún, y detrás de mí los habrá también. Pero me enorgullezco algo de ser en mi siglo el único que conoce la verdad en la difícil ciencia del color, y eso me da un sentimiento de superioridad sobre muchos.»

Al igual que en arte, el gusto de Goethe por la literatura se mantuvo abierto a la influencia romántica; a su interés por Shakespeare y Calderón, añadió la épica medieval alemana de *Nibelungenlied.* También siguió el trabajo de la nueva generación de poetas, dentro y fuera de Alemania, con gran interés. En el teatro produjo una serie de obras de Calderón; además escenificó obras de jóvenes dramaturgos románticos como Heinrich von Kleist y Zacharias Werne. Continuó escribiendo mascaradas para la corte, pero sólo produjo un gran trabajo dramático: *Pandora* (1810).

En esta época tuvo gran influencia su amistad con Marianne von Willemer. Continuó escribiendo poemas e investigando con distintas formas en su primer grupo de sonetos y experimentando con las actitudes y las estructuras orientales en su obra *Diván occidental-oriental* (1814-1819), un libro de poemas compuesto como respuesta a la traducción alemana de Hazif. Estos poemas, muchos de ellos obras maestras, están articulados como la historia de los encuentros del poeta con Hazif y la cultura que éste representa. La elección encarna mejor que ningún otro trabajo —a excepción de *Fausto*— la preocupación apasionada del poeta por la literatura mundial, término que para él presenta su creencia en una tradición literaria que ultrapasa las fronteras nacionales. Al igual que en sus escritos autobiográficos y científicos, el contexto histórico es indispensable para Goethe.

La esposa de Goethe murió en 1816; al año siguiente su hijo Augus se casó con Ottilie von Pogwish, que entonces llevó la casa que el matrimonio compartía con Goethe. También en 1817 el poeta dejó la dirección del teatro de la corte tras cuarenta años de supervisión de la vida teatral en Weimar. En la celebración de ese año del levantamiento de Wartburg, una expresión del sentimiento liberal y nacional alemán, Goethe se vio más y más alienado de las aspiraciones políticas de sus compatriotas más jóvenes. Pasó los últimos años

de su vida casi como un monumento vivo, sentado para retratos y bustos, así como también recibiendo continuas visitas de los jóvenes intelectuales de todas partes. Esta impresión se refuerza por sus actividades autobiográficas en la última década.

Pero no sólo se dedicó a fijar la imagen de una gran personalidad. Leyó muchísimo y sobre gran variedad de temas: autores clásicos, Shakespeare, Calderón, sus amados novelistas ingleses, y a escritores contemporáneos como Lord Byron, Alessandro Manzoni, Sir Walter Scott y Víctor Hugo. Entre 1817 y 1824 publicó ensayos sobre distintos temas científicos. Pero también completó dos de sus trabajos más grandes: *Los viajes de Wilhelm Meister* (1821) y *The Renunciants* (1827), y *Fausto* parte II (1832).

Durante el último periodo colaboró en la revista *Arte y antigüedad* y siguió la trayectoria de Balzac, Manzoni y Sthendal; estudió la poesía china y a Dante.

El 22 de marzo de 1832, menos de dos meses después de hacer la última revisión de *Fausto,* Goethe murió, seguramente de un ataque al corazón, mientras estaba acompañado de su nuera Ottilia cuando acababa de decir: «Abrid los postigos para que entre más luz.» Cabe preguntarse si el genial escritor fue un hombre feliz. Él mismo reconoce: «Mi vida ha sido el eterno danzar de un guijarro que una y otra vez quiso ser levantado.»

Al igual que todos los románticos, Goethe fue un pensador dialéctico. Por muchas razones, incluyendo el poder de su personalidad, su preferencia por los detalles concretos por encima de la abstracción, la complejidad de sus ideas, y sus particulares actitudes sociales y políticas, su dialéctica fue desarmada (desmontada) y sus trabajos fueron fragmentados en afirmaciones separadas de un sabio. Por ello, han tenido lugar lecturas contradictorias de Goethe y ha habido una larga tradición de ambivalencia hacia él en Alemania. El siglo XX tiene grandes reservas sobre su rechazo de una posición nacionalista fuerte, mientras que generaciones posteriores tienen más dificultades con su falta de compromiso político. Pero tanto la vehemencia de estas reacciones como la vitalidad continuada de su trabajo testifican un poder de pensamiento del que era consciente desde los primeros años de su carrera. Este esfuerzo por articular «el mismo pensamiento tal como es» es el reto que su escritura todavía presenta.

María José LLORENS CAMP

FAUSTO

DEDICATORIA

De nuevo os presentáis, formas aéreas, flotando a mi vista entre luz y oro. ¿Intentaré ahora como entonces detener vuestro vuelo? ¿Podrá mi corazón, helado por la edad y las penas, sentir las ilusiones de otros tiempos? ¡Ah! Venid, acercaos, llegad a mí, dulces imágenes, porque cuando del seno de las húmedas nubes os veo hoy lanzaros hacia mí, ¡cosa extraña!, siento mi corazón conmovido estremecerse de juventud a la influencia del fresco ambiente que impulsa hacia mí vuestra falange.

Veo en vosotros la imagen de felices días y entre ellos más de una sombra querida, con animada por voz antigua y casi exánime, y recobro los dos primeros sentimientos de la primavera de la vida: el amor y la amistad.

También el dolor se reanima, la queja lamenta el laberinto humano y su curso tortuoso, y nombra a todos los buenos que, deslumbrados por el falso brillo de la dicha, se desvanecieron a mi vista en la flor de sus años.

Imposible os será, nobles almas, oír los cantos que he sido el primero en dirigiros, pues el eco de los primeros días se ha perdido enteramente por haber dejado de existir la cohorte amiga. Mis lamentos sólo hieren los oídos de multitud desconocida, cuyos aplausos contribuyen a oprimirme el corazón; todos los que lograban olvidar su dolor con los cantos que mi pecho exhalaba, los que en otro tiempo se dejaban fascinar por mi palabra, si viven en el mundo, ¡ay!, están ausentes.

Siento revivir en mi corazón los ardientes deseos que antes me animaban por ese vago imperio, por ese mundo de los espíritus tan bello y sosegado; flota mi canto, cual arpa eólica, en sonidos misteriosos, y me causa el sereno vapor que contemplo un estremecimiento de dicha. Corren mis lágrimas; tibio y suave ambiente desvanece el aterismo de mi corazón y veo en lontananza cuanto poseo, y no tardaré en ser nuevamente dueño de todo lo que huyó de mí.

PRÓLOGO EN EL TEATRO

El Director, el Poeta *dramático y* el Gracioso

El Director.—Vosotros, que tantas veces me habéis favorecido en la miseria y en las tribulaciones, decidme francamente lo que esperáis de mi empresa en Alemania. Deseo tanto más agradar a la multitud, cuanto que no hay más que ella para vivir y hacer vivir. Los bastidores levantados, las tablas dispuestas, todos se prometen una función; los espectadores sentados, inmóviles, sólo tienen impacientes a los ojos, porque no desean más que admirar. Conozco el modo de atraer al público y, sin embargo, nunca había experimentado semejante inquietud; si bien es cierto que acerca de las obras maestras, no está mal acostumbrado, no lo es menos que ha leído espantosamente. ¿Cómo hacer, pues, para que todo le parezca nuevo y le agrade y le interese? Porque en verdad, me gusta ver a la multitud cuando a torrentes se arroja sobre nuestros tablados, y entre golpes y empujones, se engolfa por la pequeña puerta. En pleno día, antes de las cuatro, están ya cercados todos los despachos de localidades, y así como en tiempo de carestía se apalean por un pan en la puerta de una panadería, se rompen ahora la crisma por una entrada. Sólo el poeta es capaz de obrar semejante milagro sobre multitud tan diversa. Querido mío, hacedlo hoy por compasión.

El Poeta.—No me hables de ese público tumultuoso cuyo aspecto alarma a la inspiración; ocúltame la multitud turbulenta que a pesar nuestro nos empuja hacia el abismo. No; guíame o acompáñame al confín del cielo en que sólo para el poeta brilla un goce puro; donde el amor y la amistad, bendición del ama, crean y ejecutan con el auxilio de los dioses. ¡Ah! Lo que brota entonces del fondo de nuestra alma, lo que tartamudean nuestros trémulos labios, bueno o malo, desaparece sepultado en el transporte impetuoso del momento, y hasta muchas veces, después de pasados muchos siglos, se levanta de nuevo en toda la plenitud de su forma. Lo que brilla es obra de un momento: lo verdaderamente bello no es nunca perdido para la posteridad.

EL GRACIOSO.—¡Siempre el mismo empeño en hablar de la posteridad! Suponed que yo también me propusiese complacer a la posterioridad, ¿quién se encargaría de hacer divertir a mis contemporáneos? A más de que quieren divertirse, y es preciso que lo consigan. La presencia de un arrogante joven es, a mi ver, siempre algo; el que sabe comunicar dignamente sus ideas, nade debe temer de las veleidades del público; cuanto más complicado es el conjunto, más convencido puede estar de conmoverle. Así, pues, buen ánimo, y presentaos con la cabeza erguida. Procurad que la imaginación obre con todo su séquito de razón, ingenio, sentimiento y pasión, sin hacer esfuerzo alguno por olvidar la locura.

EL DIRECTOR.—Haced, empero, que la parte de la acción sea grande, puesto que se viene para ver y se quiere ver a toda costa. Si el argumento es complicado hasta el punto de hacer quedar a la multitud absorta y con los ojos abiertos, podéis estar seguro de haber logrado vuestro objeto, y seréis un hombre admirable. Únicamente, aglomerando una multitud de hechos, lograréis interesar a la multitud; porque es innegable que busca cada cual lo que más le conviene; donde hay mucho hay para todos, y sale todo el mundo satisfecho de la función que ha visto. Si dais una pieza, dadla en varios trozos, y ya veréis cuán apetecible será vuestro guisado, si puede ser tan fácilmente servido como preparado, ¿De qué sirve producir un todo armónico, si no ha de tardar el público en digerirle?

EL POETA.—Pero, ¿no veis cuán triste es semejante oficio, y cuánto repugna al verdadero poeta? A lo que veo, también estáis por el galimatías que tanto halaga a esos señores.

EL DIRECTOR.—No me alcanza el reproche. El que quiera sobresalir en su trabajo ha de escoger el instrumento que más le convenga; pensad que habéis de hender leña floja, y no olvidéis para quién escribís. Si la ociosidad nos aporta un espectador, otro saldrá de un opíparo banquete y, lo que es peor aún, no faltarán algunos que acabarán de leer los periódicos. Se viene aquí, como a un baile de máscaras, en alas de la curiosidad, las damas se ofrecen en espectáculo con sus más bellos adornos y desempeñan gratis su papel. ¿Por qué soñar con las cimas poéticas de lo alto? ¿Qué gloria puede haber mayor a la de tener un completo lleno? Mirad de cerca a vuestros favorecedores, y veréis que la mitad de ellos son indiferentes y los demás groseros; unos piensan en el juego a que irán a dedicarse terminada la función, y otros en la orgía en que pasarán la noche. ¿Por qué, pobres insensatos, os proponéis por tan poca cosa cansar a las dulces musas? Os lo repito, sed pródigos, muy pródigos, si queréis lograr vuestro objeto; procurad interesar a los hombres,

ya que es difícil contentarlos. Pero, ¿qué tenéis? ¿Es arrobamiento o pena?

EL POETA.—¡Apártate de mí y busca otro esclavo! Veo que, para complacerte, debe el poeta con toda la alegría de su corazón renunciar locamente a su primer derecho, al derecho de ser hombre que recibió de Dios. ¿Por qué poder conmueve todos los corazones, por qué poder somete a los elementos? Por la armonía que llena su ser y que le hace reconstruir el mundo en su alma. Mientras la naturaleza indiferente va envolviendo el hilo eterno en torno de su huso, mientras la multitud discordante de seres se confunde entre sí, ¿quién separa la hilera siempre uniforme para vivificarla, para dar el movimiento y el número? ¿Quién llama al individuo a la consagración general, a la vida potente, armoniosa? ¿Quién hace rugir la tempestad de las pasiones? ¿Quién hace brillar el crepúsculo con toda su imponente majestad? ¿Quién siembra todas las hermosas flores de la primavera en la senda que ha de recorrer el ángel que amamos? ¿Quién trenza las hojas verdes, las hojas insignificantes, en coronas de gloria para recompensar el mérito? ¿Quién sostiene el Olimpo y reúne a los dioses? La fuerza del hombre, de la cual es el poeta la revelación.

EL GRACIOSO.—Pues bien, emplead todas esas bellas facultades y proceded en vuestros trabajos poéticos como se procede en una aventura amorosa. Se aproxima uno por casualidad, se entusiasma, permanece en su puesto y cae al fin rendido; la dicha aumenta y el ataque empieza; se siente extasiado, llega el dolor en pos de su arrobamiento y su felicidad; he aquí, sin notarlo, toda una novela. Dadme un drama de esta especie; tomad por modelo toda la vida humana, la vida que lleva todo el mundo, aunque pocos la conozcan, y estad seguro de que no carecerá de interés vuestra tarea. Con un gran lujo de imágenes diversas, poca claridad, muchas faltas y una imperceptible chispa de ingenio, se logrará componer la obra más excelente que nunca haya seducido y edificado a un auditorio. Toda la flor de la juventud acudirá entonces a la representación de vuestra producción, atenta a cada novedad; no habrá sentimiento delicado que no encuentre en vuestra obra ideas melancólicas, siendo la emoción general por ver en ella todos los espectadores expresados los sentimientos de que están poseídos. Ya sabéis que hay hombres dispuestos a la risa y otros al llanto, y por eso todos honran los esfuerzos del poeta; cada cual sonríe a su propia ilusión. Para el hombre que conoce al mundo, nada hay de bueno; pero se puede contar siempre con el reconocimiento del neófito.

EL POETA.—Haz, pues, de manera que vuelvan para mí aquellos tiempos en que yo también vivía en lo futuro, en que brotaban del fondo de mi espíritu cantos no interrumpidos, en que nacaradas nubes me ocultaban la baja tierra, en que todos los cálices me ofrecían aún maravillas y me era dado coger las mil flores que hermoseaban los más fecundos valles: nada tenía y, no obstante, tenía lo suficiente: el deseo de la verdad y la sed de las ilusiones. Devuélveme aquellas irresistibles tendencias, aquella dicha profunda y embriagadora, aquella fuerza en el odio, aquel poder en el amor. ¡Ah! ¡Devuélveme mi juventud!

EL GRACIOSO.—¡Mi buen amigo! Podrías invocar la juventud si los enemigos te acometiesen en la pelea, si alegres y hermosas jóvenes viniesen a echarte los brazos al cuello, si vieses desde lejos columpiarse la corona olímpica hacia el objeto difícil de alcanzar, o si debieses al salir de la danza furiosa pasar tus noches en la orgía; pero modular con gracia y fuerza en la acostumbrada lira, aspirar al través de gratos desvaríos a un objeto voluntariamente propuesto, es en lo que, señores ancianos, debéis ocuparos, si queréis merecer nuestro aprecio. La vejez no nos hace caer en la infancia, como vulgarmente se dice, sino que nos encuentra todavía verdaderos niños.

EL DIRECTOR.—Basta de charlatanería; presentadme al fin obras; mientras estáis rivalizando en cumplimientos, podríais atender a alguna cosa útil. ¿Por qué hablar tanto de la disposición en que uno debe encontrarse? ¿Creéis que la incertidumbre podrá procurárosla? Ya que os preciáis de poetas, dominad la poesía. Sabéis lo que nos conviene; queremos licores espirituosos; procuradnos algunos ahora mismo. Lo que no se haga hoy no se hará mañana; así que, no perdamos ni un solo día en la vacilación. Agárrese la resolución fuertemente por los cabellos en lo posible y no soltéis la presa; trabajad, ya que es indispensable. Bien lo sabéis; en nuestras comedias alemanas hace cada cual lo que puede; no me escaseéis, pues, ni las decoraciones ni la maquinaria. Apelad a la grande y pequeña luz de los cielos; podéis a manos llenas sembrar las estrellas; agua, fuego, rocas escarpadas, animales y aves; nada nos falta; así, pues, amontonad decoraciones sobre decoraciones en este pequeño edificio, sin parar hasta que tengamos el círculo entero de la creación, y en vuestro vuelo rápido y calculado, idos desde el cielo por el mundo al infierno.

PRÓLOGO EN EL CIELO

El Señor, *las cohortes celestes*, Mefistófeles

Los tres arcángeles se adelantan

Rafael.—El sol, según su antiguo hábito, toma parte en el alternado canto de las esferas, y su trazada carrera termina con el estampido del trueno. Su mirada da fuerza a los ángeles, aun cuando ninguno pueda comprenderla; las obras sublimes inabarcables son bellas como en el primer día.

Gabriel.—Y ved con qué invencible velocidad gira la magnificencia de la tierra en torno suyo, y cómo el resplandor del paraíso se convierte en noche profunda y tenebrosa. El espumoso mar se enfurece en toda su vasta extensión, y hasta en el profundo lecho de las rocas, y peñas, y mar son arrastrados en la carrera rápida de las esferas.

Miguel.—Y las tempestades rugen a cual más, del mar a la orilla, de la orilla al mar, y, en su furor, forman cadena impetuosa en todo aquel vasto círculo. La desolación flamígera precede al vivo resplandor del rayo, y, sin embargo, tus mensajeros, Señor, adoran el curso tranquilo de tu día.

Los tres.—Tu mirada da a los ángeles la fuerza, aun cuando ninguno de ellos pueda comprenderla, y todas las obras sublimes muéstranse esplendentes como en el primer día.

Mefistófeles.—Maestro, ya que vuelves a acercarte una vez, y preguntas qué es lo que acontece entre nosotros, tal como acostumbrabas verme en otro tiempo, me ves aún en medio de los tuyos. Perdóname; no sé hilvanar grandes frases, aunque me exponga a la gritería del séquito, y por eso no dudo que excitaría mi gerigonza tu risa, si no hubieses perdido la costumbre de reírte. Nada puedo decir del sol ni de los mundos; no veo más que una cosa: la miseria de los hombres. El pequeño dios de mundo es siempre del mismo temple, y en verdad, tan curioso como en el primer día.

Viviría un poco mejor, si no le hubieses dado tú el reflejo de la luz celeste, a la que da el nombre de Razón, y sólo le sirve para ser más bestia que la bestia. Me parece, no se ofenda vuestra majestad, una de esas langostas de prolongadas patas, que siempre vuelan y saltan al volar, sin que por ello dejen de entonar del mismo modo su antigua canción en la hierba. ¡Si aún le fuese dado permanecer siempre en la hierba! ¡Pero no, le es preciso meter la nariz en todas partes!

EL SEÑOR.—¿Nada más tienes que decirme? ¿Por qué has de venir siempre a quejarte? ¿No habrá nunca para ti nada bueno sobre la tierra?

MEFISTÓFELES.—No, Maestro; francamente, todo allí abajo lo encuentro detestable. Los hombres causan mi piedad en sus días de miseria; pobres diablos, me apenan de tal modo que ni valor tengo para atormentarlos.

EL SEÑOR.—¿Conoces a Fausto?

MEFISTÓFELES.—¿El doctor?

EL SEÑOR.—Mi siervo.

MEFISTÓFELES.—¡Ya! ¡Es preciso confesar que os sirve de modo extraño! ¡Pobre loco! ¡No sabe alimentarse de cosas terrenas! La angustia que le devora le lanza hacia los espacios y conoce a medias su demencia; quiere las estrellas más hermosas del cielo, le halaga toda la sublime voluptuosidad de la tierra, y de lejos ni de cerca, nada podría satisfacer las insaciables aspiraciones de su corazón.

EL SEÑOR.—Si me sirve hoy en el tumulto del mundo, quiero en breve conducirle a la luz. Bien sabe el jardinero cuándo verdea el arbusto que ha de producir más tarde flor y fruto.

MEFISTÓFELES.—Apostemos a que lo perdemos aún, si me permitís atraerle poco a poco a mi camino.

EL SEÑOR.—Tendrás ese derecho sobre él en tanto permanezca en la tierra. El hombre sólo se extravía mientras está buscando su objeto.

MEFISTÓFELES.—Os lo agradezco; porque respecto de los muertos nunca he tenido mucho que hacer; siempre he preferido las rosadas mejillas; hago con los cadáveres lo que el gato con el ratón.

EL SEÑOR.—Pues bien, te lo entrego. Aparta a aquel espíritu de su origen y arrástrale, si puedes apoderarte de él, por tu pendiente; pero confiésate vencido y humillado si has de reconocer que un

hombre bueno, en medio de las tinieblas de su conciencia, se ha acordado del camino recto.

Mefistófeles.—Muy bien. ¡Qué lástima que todo esto deba durar tan poco! No me da mi apuesta ningún cuidado. Si alcanzo mi objeto, me concederéis plena victoria. Quiero que llegue a morder el polvo con delicia, como mi tía la célebre serpiente.

El Señor.—Puedes entregarte audazmente a todos tus proyectos; nunca he odiado a tus semejantes; cuanto más niegan menor es el cuidado que me dan los espíritus. La actividad del hombre fácilmente se calma, porque no tarda en entregarse al encanto de un reposo absoluto. Por esto quiero darle un compañero que lo aguijonee y le impulse a obrar. ¡Vosotros, puros hijos de Dios, glorificaos en los resplandores de la inmortal belleza; que la sustancia eterna y activa os circunde con suaves lazos de amor; que vuestro pensamiento fijo y perseverante dé forma a las apariciones inabarcables que están flotando!

(Los cielos se cierran; los arcángeles se dispersan.)

Mefistófeles, *a solas.*—Grande es el placer que experimento al ver de cuando en cuando a mi antiguo padre; por esto me guardo muy bien de reñir con él. ¡Tan gran señor hablar tan bondadosamente con el diablo! ¡Qué hermoso cuadro!

PRIMERA PARTE DE LA TRAGEDIA

La noche

En una habitación de bóveda elevada, estrecha y gótica, Fausto sentado delante de su pupitre

FAUSTO.—¡Ah! Filosofía, jurisprudencia, medicina y hasta teología, todo lo he profundizado con entusiasmo creciente, y ¡heme aquí, pobre loco, tan sabio como antes! Es verdad que me titulo maestro, doctor, y que aquí, allá y en todas partes cuento con innumerables discípulos que puedo dirigir a mi capricho; pero no lo es menos que nada logramos saber. Esto es lo que me hiere el alma. Sin embargo, sé más que todos cuantos necios, doctores, maestros, clérigos y religiosos se conocen: ningún escrúpulo ni duda me atormentan; nada temo de todo aquello que causa a los demás espanto; pero, merced a esto mismo, no hay para mí esperanza ni placer alguno. Siento no saber nada bueno, ni poder enseñar a los hombres cosa alguna que logre convertirlos o hacerlos mejores. No tengo bienes, dinero, honra ni crédito en el mundo: ni un perro podría soportar la vida bajo tales condiciones: por esto no he tenido otro recurso que consagrarme a la magia. ¡Ah! ¡Si por la fuerza del espíritu y de la palabra me fuesen revelados algunos misterios! ¡Si no me viese por más tiempo obligado a sudar sangre y agua para decir lo que ignoro! ¡Si me fuese dado saber lo que contiene el mundo en sus entrañas y presenciar el misterio de la fecundidad, no me vería, como hasta ahora, obligado a hacer un comercio de palabras huecas! ¡Reina de la noche, dígnate dirigir tu última mirada sobre mi miseria, ya que tantas veces, después de la medianoche, me has visto velar en este pupitre! Siempre te me mostrabas entonces, pobre amiga, sobre un montón de libros y papeles. ¡Ah! Si me fuera dado ahora trepar a tu dulce fulgor las altas montañas, flotar en las grutas profundas con los espíritus, danzar a la hora de tu crepúsculo en los prados, y, libre de todas las ansiedades de la ciencia, poder bañarme rejuvenecido en tu fresco rocío! ¿Hasta cuándo, ¡ay de mí!, tendré que consumirme en este calabozo? Miserable agujero de pared te-

nebrosa, en el que sólo a duras penas penetra la grata luz del cielo, y en el que por todo horizonte descubro este montón de libros roídos por los gusanos y legajos de papel empolvados que llegan hasta el techo. No veo en torno mío más que vidrios, cajas, instrumentos carcomidos, única herencia de mis antepasados. ¡Y eso es un mundo, y a eso se llama un mundo! Y ¿aún preguntas por qué el corazón late con inquietud en tu pecho? Porque un dolor inexplicable detiene en ti toda pulsación vital, porque vives entre el humo y la carcoma, porque en lugar de la naturaleza viva en que Dios colocó al hombre, no tienes en tu derredor más que huesos de animales y esqueletos humanos. Huye y audaz lánzate al espacio. ¿Acaso no es un guía suficientemente seguro ese misterioso libro escrito por Nostradamus? Entonces conocerás la marcha de los astros, y si la naturaleza se digna instruirte, se desenvolverá en ti la energía del alma, y sabrás cómo un espíritu habla a otro espíritu. En vano por medio de un árido sentido intentas conocer ahora los signos divinos. ¡Espíritus que flotáis en torno mío, respondedme, caso de que llegue mi voz hasta vosotros!

(Abre el libro y ve el signo del microcosmo.)

A esta vista se estremecen todos mis sentidos, y desde este instante siento brotar en mí nueva vida que agita con más fuerza mis nervios y mis venas. ¿Si sería un ser sobrenatural el que trazó estos signos que calman el vértigo de mi alma, que llenan de alegría mi corazón, y que por un misterio incomprensible me descubren todo el poder de la naturaleza? ¿Soy yo mismo un destello de Dios? Todo es para mí tan claro, que veo en estos sencillos caracteres revelarse a mi alma la naturaleza activa. Sólo ahora por primera vez he llegado a conocer la exactitud de estas palabras del sabio: «El mundo de los espíritus no está cerrado.» Tu sentido está aletargado, tu corazón está muerto. Levántate, discípulo, y ve a bañar sin tardanza tu seno mortal en la púrpura de la aurora.

(Contempla el signo.)

¡Cómo se mueve todo en la obra universal! ¡Cómo todas las actividades viven y obran de consuno! Todas las fuerzas celestes suben y bajan, pasándose de unas a otras los sellos de oro, y, con el rumor de sus alas, de las que la bendición se exhala, dirigidas incesantemente del cielo a la tierra, llevan el universo de inefable armonía. ¡Qué espectáculo! Pero, ¡ay!, no es más que un espectáculo. ¿Por dónde asirme a ti, naturaleza infinita? Manantiales fecundos de toda vida, de los que están suspendidos el cielo y la tierra, hacia vosotros se vuelve el marchito seno; pero brotáis a torrentes, fecundáis el mundo y yo me consumo en vano.

(Vuelve la hoja con desaliento, y apercibe el signo del Espíritu de la tierra.)

¡De cuán distinto modo obra este signo sobre mi alma! Próximo estás, sin duda, Espíritu de la tierra, pues mi fuerzas se aumentan y siento en mí algo como la embriaguez del nuevo vino. Ya no me falta valor para lanzarme al mundo, desafiar la miseria y la dicha terrenas, luchar con las tempestades y ver sin pestañear en el naufragio la desaparición de mi buque. El cielo se entenebrece, la luna oculta su luz, la lámpara se apaga, sin despedir ya más que humo; cruzan por mi mente y en torno de mis sienes lívidos fulgores, y siento en mí un estremecimiento profundo. Bien lo veo; eres tú que te agitas en mi derredor, Espíritu que invoco; preséntate a mi ojos. ¡Ah! ¡Cómo se me desgarra el seno! ¡Todo mi ser se lanza en pos de nuevos sentimientos! —Todo mi corazón a ti se entrega. ¡Aparécete de una vez, aun cuando tu aparición haya de costarme la vida!

(Coge el libro y pronuncia misteriosamente el signo del Espíritu. Chisporrotea una llama rojiza y el Espíritu aparece en ella.)

EL ESPÍRITU.—¿Quién me llama?

FAUSTO, *volviendo el rostro.*—¡Visión terrible!

EL ESPÍRITU.—Me has evocado con todo tu poderío; me has obligado con tu llamamiento incesante a salir de mi esfera, y ahora...

FAUSTO.—¡Ah! ¡Tu vista me aterra!

EL ESPÍRITU.—Te esfuerzas en invocarme; quieres oír mi voz y mirar mi rostro; cedo a la invocación poderosa de tu alma, heme aquí, y ahora se apodera de tu naturaleza sobrehumana un terror miserable. ¿Dónde está pues, aquella invocación potente, dónde aquel seno que se creaba un mundo que a su antojo dirigía y fecundaba, y que en sus arrebatos de gozo se enorgullecía hasta el punto de ponerse al nivel de los espíritus? ¿Qué se ha hecho de aquel Fausto, cuya voz incesante llegaba a mis oídos, y que se lanzaba hacia mí con todas sus fuerzas? ¿Eres tú aquel Fausto, tú a quien mi soplo asusta hasta el extremo de secarte la fuente de la vida? Sólo eres un vil gusano que trémulo se arrastra.

FAUSTO.—¿Yo, retroceder ante ti, espectro flamígero? Sí: soy Fausto, soy Fausto, tu igual.

EL ESPÍRITU.—En el océano de la vida, y en las borrascas de la acción, subo, bajo y floto por doquiera, tan pronto en torno de la cuna como en torno del sepulcro, llevando siempre una vida agita-

da y ardiente en medio de un mar proceloso y sin fin. Tal es mi constante trabajo en el telar atronador del tiempo para urdir el espléndido ropaje de la divinidad.

FAUSTO.—¡Espíritu ardiente que ondulas en torno del extenso mundo, casi me considero tu igual!

EL ESPÍRITU.—Puedes parecerte al espíritu que ideas, pero no a mí.

FAUSTO, *aterrado.*—Si no es a ti, ¿a quién será? Yo, que soy la imagen de la divinidad, ¿ni aun a ti puedo parecerme?

(Llaman a la puerta.)

¡Oh, muerte! No hay duda, es mi discípulo; he aquí toda mi dicha desvanecida. ¡Es posible que una visita tan sublime quede sin resultado por un importuno tan despreciable!

(Entra Wagner en traje de casa y gorro de dormir, con una luz en la mano. Fausto se vuelve de mal humor.)

WAGNER.—¡Perdonad! Os he oído declamar. ¿Leíais acaso una tragedia griega? Desearía mucho conocer ese arte que puede hoy día ser tan útil. He oído decir con frecuencia que puede un cómico habérselas con cualquier predicador.

FAUSTO.—Cuando el predicador es un cómico, como sucede muchas veces.

WAGNER.—¡Ah! Cuando uno está siempre recluido en su gabinete, sin ver a la gente más que en los días de fiesta, y aun de lejos y a través de un cristal, ¿cómo podrá nunca arrastrarla por medio de la persuasión?

FAUSTO.—Es inútil que penséis en ello si no estáis poseído de un verdadero sentimiento, si no hacéis brotar del fondo de vuestra alma el entusiasmo que ha de conmover y arrebatar los corazones de todos los espectadores. Reconcentraos eternamente en vos mismo, reunid cuanto podáis, haced un guiso de los restos de ajeno festín y, a fuerza de soplar, haced saltar una llama de vuestro montón de cenizas. Sólo de este modo podréis excitar el asombro de los niños y de los monos, si tal es vuestro deseo; pero nunca lograréis admirar a los hombres, si vuestra elocuencia no brota del corazón.

WAGNER.—Con todo, es indudable que el desembarazo da gran importancia al orador y que estoy muy lejos de tener semejante cualidad.

FAUSTO.—Aspirad tan sólo a un éxito mediano, sin imitar nunca a los locos que incesantes agitan sus cascabeles, puesto que no se necesita tanto artificio para manifestar la razón y el buen sentido: además, si es importante lo que habéis de decir, no necesitáis ir a caza de palabras. Los brillantes discursos para decir cosas frívolas acerca de la humanidad son estériles, como el nebuloso viento de otoño que gime entre las hojas secas.

WAGNER.—¡Ay, Dios mío! El arte es largo y la vida corta. De mí sé decir que, en medio de mis lucubraciones críticas, siento con frecuencia turbárseme la cabeza y el corazón. ¡Qué de dificultades para alcanzar los medios que han de conducirnos al conocimiento de las causas! Y eso que un pobre diablo puede muy bien morirse antes de haber llegado a la mitad del camino.

FAUSTO.—¿Será lo que encierra el pergamino el manantial sagrado que siempre haya de apagar la sed del alma? Nunca alcanzarás la gracia del consuelo mientras no te la procure tu mismo corazón.

WAGNER.—Dispensadme; pero siempre es un gran placer remontarse al espíritu de los tiempos antiguos, ver cómo pensó un sabio antes que nosotros y que desde tan lejos le hemos adelantado nosotros de mucho en su camino de investigación.

FAUSTO.—¡Ah, sí, hasta los astros! Querido mío, los siglos transcurridos son para nosotros un libro de siete sellos; lo que llamáis espíritu de los tiempos no es en sí más que el espíritu de los grandes hombres en que los tiempos se reflejan. Y esto aun para contemplar a veces una miseria que nos obliga a apartar los ojos; cuando no es un montón de inmundos escombros, es a lo más uno de esos espectáculos de mercado llenos de hermosas máximas de moral que se ponen por lo regular en boca de los muñecos.

WAGNER.—¡Pero el mundo, el corazón y el espíritu humano desean saber siempre algo de aquellas cosas!

FAUSTO.—Sí, desean eso que se llama saber. ¿Quién podrá gloriarse de dar al niño su verdadero nombre? Los pocos hombres que han sabido alguna cosa y han sido bastante locos para dejar desbordar sus almas y hacer patentes al pueblo sus sentimientos y sus miras, han sido en todos los tiempos perseguidos y condenados a las llamas. Pero, dispensadme, amigo mío, es ya tarde, y dejaremos esto para otra ocasión.

WAGNER.—De buen grado hubiera continuado velando, para hablar de la ciencia con un hombre cual vos. Pero mañana, que es pri-

mer día de Pascua, espero os dignaréis permitirme una o dos preguntas. Me he entregado con ardor al estudio y, si bien es verdad que ya sé mucho, deseo, sin embargo, llegar a saberlo todo.

(Vase.)

FAUSTO, *solo.*—Nunca abandona la esperanza al hombre que piensa en miserias. Ávida su mano escarba la tierra para hallar tesoros, y se da por muy contento con encontrar un gusano. ¡Cómo es posible que semejante voz haya resonado en este sitio donde me rodeaba una legión de espíritus! Pero no importa, te lo agradezco por esta vez, aunque sea el más miserable de los hijos de la tierra, ya que me libraste de la desesperación que empezaba a trastornar mis sentimientos. ¡Ah! Era la aparición tan gigantesca, que a su lado debí sentirme enano. ¡Yo, la imagen de Dios, que creía haber alcanzado ya el espejo de la verdad eterna! ¡Yo, que, privado de la mortal cubierta, participaba de su propia vida en todo el resplandor de la luz celeste! ¡Yo, que, superior a los querubes, cuya fuerza libre empezaba a esparcirse por todas las arterias de la naturaleza, y que creando disfrutaba de la dicha de un Dios, cuán caro pagaré ahora mi presuntuoso orgullo! Una sola palabra ha bastado para humillarme. Imposible me será igualarte; si he tenido fuerza para atraerte, en cambio me ha faltado la de conservarte. ¡En aquel dichoso instante me sentía a la vez tan pequeño y tan grande! ¿Por qué con tanta violencia me hundiste de nuevo en la incertidumbre de la humanidad? ¿Quién podrá instruirme ahora? ¿Cómo saber lo que debo evitar? ¿Debo ceder al impulso que siento, cuando nuestras acciones, como nuestros sufrimientos, acaban por parar el curso de la vida? La materia se opone sin cesar a todo cuanto de más elevado concibe el espíritu; por poco que alcancemos la felicidad de este mundo, calificamos de sueño y de quimera todo lo que vale más que ello, y todos los sentimientos sublimes que nos daban antes la vida, mueren para siempre ante los intereses de la tierra. La imaginación pretende con vuelo audaz levantarse en un principio hasta la eternidad, pero pronto le basta un limitado espacio para dar cabida a sus esperanzas defraudadas. No tarda la ingratitud en apoderarse entonces de nuestro corazón, y en causarle secretos dolores que destruyen enteramente el placer y la calma que en él antes reinaban. Cada día se presenta el dolor bajo nueva forma: tan pronto en el hogar, como en la corte, como una mujer, un niño, el fuego, el agua, el puñal o el veneno. Tembláis, ¡oh, hombres!, ante todo lo que no puede causaros daño, y lloráis sin descanso como un bien perdido lo que conserváis todavía. Lejos de llevar mi loco orgullo hasta el punto de compararme con Dios, conozco que es cada vez mayor mi miseria; sólo me parezco al vil gusano que se alimenta del polvo, en el que le aplasta

y sepulta la planta del que acierta a pasar. ¿No es también polvo todo lo que aquel alto muro me muestra allá arriba colocado sobre numerosos estantes, y todas esas mil bagatelas que me encadenan a este carcomido mundo en que existo? ¿Iré a recorrer esos millares de volúmenes para leer que en todas partes los hombres se han afanado para labrar su suerte, y que sólo en algunos puntos del globo habrá habido un hombre dichoso? Y tú, cráneo vacío, que parece te estás burlando de mí, ¿quieres, por ventura, decirme con esto que el espíritu que antes te habitaba se afanó también como el mío para buscar la luz, y que vagó siempre miserablemente entre tinieblas abrasado por la sed de verdad? También vosotros, instrumentos míos, parecéis reíros de mí con vuestras ruedas, dientes y cilindros y palancas; había llegado hasta la puerta y debíais vosotros servirme de llave. Misteriosa en pleno día, no permite la naturaleza que nadie rasgue sus velos, y todo cuanto quiera ella ocultar al espíritu, no hay esfuerzo humano que pueda arrancarlo de su seno. Antiguo ajuar del que no sé qué hacer, sólo estás aquí porque serviste en otro tiempo a mi buen padre, y tú, vieja polea, estás también ennegrecida, como lo está el pupitre por el humo de mi lámpara. ¡Ah! Mejor hubiera hecho en disipar lo poco que tenía y no sucumbir aquí bajo el peso de la necesidad. Procura, empero, adquirir lo que heredes de tu padre para poseerlo. Lo que no sirve es siempre una carga pesada; sólo es útil lo que puede servirnos en un momento dado. Pero ¿por qué siempre he de fijar mi vista en ese sitio? ¿Qué atracción tiene para mis ojos ese pequeño frasco? ¿Por qué a su sola vista he de sentirme inundado de una luz benéfica, como la que derraman en el bosque sombrío los plateados rayos de la luna? Con respeto me apodero de ti, frasco querido, en el que honro al espíritu del hombre y su ciencia. Esencia de los jugos que procuran dulcemente el sueño, contienes también todas las fuerzas sutiles que pueden dar la muerte; sé propicia al que te posee. A tu sola vista mi dolor se calma: te cojo, y disminuye mi angustia y se adormece poco a poco la agitación de mi espíritu. Luego me siento arrastrado hacia el inmenso océano; tranquilo el mar se extiende a mis pies, como si fuese la luna de un espejo, y una fuerza superior me atrae hacia playas desconocidas. Veo de repente en el espacio un carro de fuego que se dirige hacia mí con rápidas alas, voy a suvir a él para recorrer las esferas etéreas y abrirme nueva vía que deba conducirme a las regiones de la actividad pura. Pero, ¿cómo es posible que piense merecer aquella vida sublime, aquellos transportes divinos, cuando no soy más que un gusano? No importa, bastará para lograrlo volver con resolución la espalda al dulce sol de la tierra; valor, pues, y derriba las puertas por las que nadie pasa sin estremecerse. Ha llegado el momento de probar con obras que la dignidad humana no cede ni aun ante la grandeza de los

mismos dioses. Dejad de temblar ante ese abismo donde la imaginación se condena a sus propios tormentos, y en el que las llamas del infierno parecen cerrar la entrada. Hora es ya de sondearle con faz serena, por más que debiese precipitarme en la nada. ¡Copa de purísimo cristal, por tanto tiempo olvidada, sal de tu viejo estuche, tú que en otro tiempo brillabas en los festines de nuestros padres y que, pasando de mano en mano, no parabas hasta desarrugar todas las frentes; con qué entusiasmo eras celebrada por tu riqueza y vaciada de un solo trago! ¡Nada hay que me recuerde las pasadas noches de mi juventud! Ya no volveré a ofrecerte a ninguno de mis compañeros, ni aguzaré mi ingenio para ponderar al artista que supo embellecerte. Contienes un licor que produce una embriaguez súbita, que yo mismo he preparado y escogido; será mi última bebida, que consagro como una libación solemne a la aurora del nuevo día.

(Lleva la copa a sus labios. Sonido de campanas y coros.)

CORO DE LOS ÁNGELES.—¡Jesucristo ha resucitado! Paz y dicha completas al mortal que llora aquí abajo en los lazos del vicio y de la iniquidad.

FAUSTO.—¡Qué rumor solemne! ¡Cuán puras y suaves son las voces que hacen caer la copa de mis labios! ¿Si anunciarán esas campanas con su tañido la primera hora de los días de Pascua? ¿Entonan por ventura esos coros celestiales los cantos de consuelo que en la noche del sepulcro exhalaron antiguamente los labios de los ángeles como prenda de una nueva alianza?

CORO DE MUJERES.—Nosotras, sus fieles, habíamos bañado su precioso cuerpo con gratos aromas, le habíamos acostado en su tumba, cubriendo con bandeletas y finos lienzos sus desnudos miembros. Pero, ¡ay de nosotras!, Cristo ha desaparecido y no le hallamos en parte alguna.

CORO DE LOS ÁNGELES.—¡El Cristo ha resucitado! ¡Dichosa el alma que en medio del dolor que la agita saber amar y sufrir sin quejarse de los tormentos e injurias que le sirven de prueba!

FAUSTO.—Cantos celestiales, potentes y dulces, ¿por qué me buscáis en el polvo? Dirigíos más bien a aquellos a quienes podéis aún consolar; oigo la nueva que me traéis, pero me falta la fe para creer en ella, y el milagro es el hijo querido de la fe. No puedo elevarme hacia esas esferas donde resuena tan fausta nueva y, sin embargo, esas dulces voces a cuyo arrullo me dormí en la infancia, me vuelven nuevamente a la vida. En el recogimiento solemne del domingo descendía antes sobre mí el beso demor divino; el grato cla-

moreo de las campanas me llenaba de dulces presentimientos, y era la oración para mí un goce estático: un ardor tan puro como incomprensible me impulsaba hacia los bosques, praderas y campos, donde deshecho en deliciosas lágrimas sentía en mí un mundo nuevo. Esa campana era también la que anunciaba las alegres diversiones de la juventud y las fiestas inocentes de la primavera; este grato recuerdo aviva en mi alma los sentimientos de la infancia y me retrae de la muerte. ¡Cantos del cielo, hacedme oír una vez más vuestra santa armonía! Corren mis lágrimas: la tierra me ha reconquistado.

CORO DE LOS DISCÍPULOS.—Ya se levantó del fondo de su sepulcro la víctima Inmaculada para volar a la región de la luz. Radiante se eleva al seno de los cielos, atravesando gozoso el océano inmenso del éter. ¿Y nosotros? ¡Ah! ¡Por nuestro dolor nos quedamos aún en este mundo de miseria y de pena! Maestro, tú te vas a la gloriosa mansión de la dicha y nos dejas solos en esta árida llanura. ¡Cuán digna es tu suerte de envidia!

CORO DE LOS ÁNGELES.—El Cristo resucita del seno de los muertos. Romped, mortales, vuestras cadenas en la alegría de que estáis poseídos. Almas ardientes, generosas y tiernas, que edificáis con la acción, que sufrís por vuestros hermanos y que enjugáis su llanto, sabed que no tardaréis en recibir vuestra recompensa eterna. ¡Ahí viene el Señor que ha de ofrecérosla; ya se acerca, ya llega, ya está entre vosotros!

(Frente a la puerta de la ciudad. Sale de la ciudad gente de toda clase.)

ALGUNOS OBREROS.—¿Por qué vamos por ahí?

OTROS.—Porque marchamos a caza.

LOS PRIMEROS.—Pues nosotros nos dirigimos al molino.

UN OBRERO.—Más bien os aconsejo que vayáis al río.

OTRO.—Es el camino por aquella parte muy poco agradable.

LOS DOS, *a un tiempo.*—¿Qué haces tú?

OPERARIO 3°.—Voy con los otros.

OPERARIO 4°.—ubid a Burgdorf; allí encontraréis de seguro las muchachas más lindas, la cerveza mejor y contraeréis relaciones de otra clase.

OPERARIO 5°.—¡Me agrada la idea! ¿Acaso deseas una tercera paliza? Lo que es yo no me expongo a ello; con solo pensar en aquel sitio tiemblo de miedo.

UNA CRIADA.—No, no, yo me vuelvo a la población.

OTRAS.—De seguro le hallaremos debajo de aquellos álamos.

LA PRIMERA.—¿Y a mí qué me importa? Vendrá en seguida a ponerse a tu lado, y como siempre sólo bailará contigo en el césped. ¿Qué interés pueden tener para mí tus placeres?

OTRA.—Casi puedo asegurarte que no estará solo; me ha dicho que iría con él aquel joven de pelo rizado.

UN ESTUDIANTE.—¡Cáspita! ¡Mira qué garbo tienen esas lindas jóvenes! Anda, chico, si quieres que las acompañemos. Buena cerveza, tabaco exquisito y una muchacha bien ataviada, en verdad, no sé qué pedir más, pues quedan satisfechos todos mis deseos.

UNA JOVEN DE LA CLASE MEDIA.—¡Mira esos muchachos! ¡Qué vergüenza! ¡Corren en pos de aquéllas, cuando podrían ir mejor acompañados!

EL SEGUNDO ESTUDIANTE, *al primero*.—No te apresures; he aquí que vienen detrás de nosotros dos muy bien puestas. Una de ellas es mi vecina, que no me es, por cierto, indiferente. Aunque van despacio, no tardarán en darnos alcance.

EL PRIMERO.—No, chico; a mí no me gustan los cumplidos. Anda aprisa, no perdamos de vista la caza. La mano que el sábado maneja una escoba, es la mejor para acariciarte el domingo.

UN HOMBRE DE LA CLASE MEDIA.—De mí sé deciros que no soy partidario del burgomaestre; ahora que está en el poder, será aún más intolerable. Y ¿qué hace por la ciudad? ¿No va todo cada día de mal en peor? Todo consiste en obedecer más que antes y en pagar más que nunca.

UN MENDIGO *canta*.—Buenos señores y hermosas damas, que alegres recorréis la campiña porque todo en el mundo os sonríe, no os mostréis indiferentes a mis males, y ya que es hoy para todos vosotros un día de gozo, haced que lo sea de cosecha para mí.

OTRO HOMBRE DE LA CLASE MEDIA.—Nada me gusta tanto como hablar de guerras y batallas en los días festivos; mientras que allá muy lejos, en Turquía, se están destrozando los pueblos, está uno en la ventana, apura su copa y ve pasar por el río numerosos buques con banderas de diferentes naciones. Luego por la noche entra uno

alegremente en su casa bendiciendo la paz y los dichosos y tranquilos tiempos que atravesamos.

UN TERCERO.—También yo pienso como vos, querido vecino; poco me importa que los demás se rompan el alma y que todo se lo lleve el diablo, con tal que en mi casa siga todo en el mayor orden.

UNA VIEJA, *a unas señoritas.*—¡Qué lindos trajes! ¡Cuánto me admira esa juventud hermosa! ¿Quién no se volverá loca al veros? Pero, creedme, no seáis tan altaneras: vamos, así me gusta; sabré procuraros todo cuanto deseáis.

PRIMERA SEÑORITA.—Ven, Agata, pues sentiría que nos viesen con semejante bruja. Sin embargo, en la noche de San Andrés me hizo ver a mi futuro esposo.

OTRA.— También a mí me lo enseñó a través de un cristal; iba vestido de militar y estaba con otros jóvenes calaveras. En vano miro en torno mío y le busco en todas partes; nunca se presenta a mi vida.

SOLDADOS.—Cuanto más inexpugnables sean las ciudades que hayamos de acometer a la voz del deber y del honor, mayor será nuestra intrepidez, sobre todo si hay en ellas hermosas jóvenes que puedan admirar nuestro valor. Si es inminente el peligro, grande es también el premio. La trompa guerrera da la señal a la vez tan anhelada y temida; no hay corazón que no palpite de temor y de esperanza; no tardarán en ser patrimonio de muchos el triunfo y la muerte; pero no importa, los que sucumban ceñirán la corona de la inmortalidad y alcanzarán los demás la recompensa de la victoria.

FAUSTO *y* WAGNER

FAUSTO.—He aquí el río y los torrentes que han roto su cárcel de hielo merced a la dulce sonrisa de la primavera; verdea la esperanza en el valle; el decrépito invierno, con paso lento en su debilidad creciente, se ha retirado hacia lo más áspero de los montes, desde donde en su fuga nos envía los últimos hielos, espantajo impotente que sólo contribuye a hermosear con sus franjas de plata la verde llanura. El sol, no obstante, se complace en derretir su obra y desaparece en breve toda mancha blanca; la actividad y la forma renacen por doquier y empieza la naturaleza a ostentar su rico manto de nuevos colores. Sin duda, las flores no han aparecido aún en la pradera; pero no importa, tendrá por flores a esa multitud engalanada que cubre sus campos. Dirige desde estas alturas la vista a la ciudad y verás cómo se precipita una multitud compacta junto a la

puerta sombría para poder tomar el sol libremente. Todos quieren hoy celebrar la resurrección del Señor, y hasta ellos mismos puede decirse que han resucitado del fondo de sus lóbregas moradas, en las que los sepultan sus ocupaciones diarias; libres, en fin, de los bajos techos que los cobijan, han recorrido sus angostas y fangosas calles, han pasado algunas horas recogidos en el fondo de sus iglesias, y helos ahora prontos a tomar el sol y a entregarse en el campo a sus sencillos placeres. ¡Mira con cuánta rapidez la multitud llena todos los jardines y los prados; mira cómo por todas partes cruzan el río alegres bajeles, y cuán cargado va aquel barquichuelo que se aleja de la ribera! Hasta los senderos más lejanos del monte ostentan los variados colores de miles de trajes; escucho desde aquí la gritería y animación que reinan en aquel pueblo, que es el verdadero paraíso de los aldeanos; grandes y pequeños, todos saltan de alegría; aquí puedo decir que soy hombre, aquí me atrevo a serlo.

WAGNER.—Querido doctor, vuestros paseos me reportan honra y provecho; sin embargo, a estar yo solo, no me mezclaría con esa gente, porque soy enemigo de toda rusticidad y me es imposible resistir su algarabía, su juego de bolos y su desentonada música. Aúllan como energúmenos, y llaman a esto divertirse y gozar.

(Varios aldeanos a la sombra de algunos tilos. Bailes y cantos.)

Ya se aproxima el pastor cargado de cintas y guirnaldas, y perfectamente ataviado para entregarse al placer del baile; no tardan en seguirle otros muchos, excitados por el mismo deseo, al oír que los tamboriles y zampoñas hacen resonar el valle. No menos prontas acuden también las zagalas, y empieza desde luego el baile, en el que se propone cada cual hacer aquel día nuevas travesuras. Pronto llega a su colmo el desorden por codear los pastores de intento a las zagalas más animadas, y los chistes, las risas y los gritos ahogan los acordes más o menos dulces de la campestre música. Pero lejos por ello de renunciar al baile, le continúan con ardor creciente, y zagalas y pastores, como arrastrados todos por un huracán, se arremeten y estrechan confundidos mientras dura la danza. Sólo después de terminada, va cada pastor a sentarse con su amada debajo de un sauce, para repetirle las tiernas palabras que la hacen, siempre que las oye, sonreír dulcemente, por más que finja no creerlas.

Un viejo aldeano. Señor doctor, ya que sois tan bueno hasta el punto de venir a participar de nuestra fiesta, dignaos perdonar a esos jóvenes turbulentos su locura; vos, que sois tan sabio, no ignoráis que son buenos en el fondo. Aceptad al mismo tiempo este jarro de bebida fresca, por ser lo mejor que podemos ofreceros: no sólo de-

seo que apague vuestra sed, sino que también cada gota de agua que contiene sea para vos un año más de vida.

FAUSTO.—Gustoso acepto tu bebida saludable, y a todos os deseo, en cambio, salud y alegría.

(El pueblo se reúne en torno de ellos.)

EL VIEJO ALDEANO.—Habéis hecho bien en asistir hoy a nuestra fiesta, ya que tantas veces nos habéis visitado en días de desgracias. Más de uno que está aquí gozando fue librado por vuestro padre de la ardiente fiebre cuando acabó con el contagio. Y vos también, entonces joven, asistíais a todos los enfermos sin que os hiciera retroceder nunca el peligro inminente a que os exponíais durante aquella terrible enfermedad que dejó casi desiertas nuestras cabañas. En verdad, fue para vos aquella época de terrible prueba; pero el Salvador desde lo alto velaba por nuestro salvador de aquí abajo.

TODOS.—¡Viva el hombre esforzado! ¡Ojalá pueda visitarnos aún largos años!

FAUSTO.—Postraos ante Aquel que está en el cielo; sólo él enseña a socorrer y sólo él socorre.

(Se adelanta con Wagner.)

WAGNER.—¡Qué alegría debe ser la tuya, oh grande hombre, al verte así honrado por toda esta muchedumbre! ¡Ah! ¡Feliz aquel a quien reporta su talento estas ventajas! El padre te presenta a su hijo; se preguntan, se agrupan, se estrechan, se interrumpe la música, para la danza; pasas tú, y todos acuden deseosos de verte, se descubren para saludarte y casi llegan a postrarse ante ti como ante el Altísimo.

FAUSTO.—Lleguemos hasta aquella piedra, en la que descansaremos de nuestro paseo. ¡Cuántas veces paseando solo me he sentado en ella absorto en una meditación profunda y extenuado por la oración y las vigilias! Rico de esperanzas y firme en mi fe, esperaba con mis lágrimas y suspiros lograr que el Soberano de los cielos nos libertase de aquella terrible peste. Por esto las aclamaciones de la multitud resuenan ahora en mis oídos como una burla sangrienta. ¡Ah! ¡Si pudieses leer en el fondo de mi alma, te convencerías de cuán poco merecen padre e hijo tan grande gloria! Era mi padre un buen hombre oscuro, que había dado en la manía de discurrir a su modo, y con la mayor buena fe, acerca de la naturaleza y sus sagrados misterios; así es que, rodeado de sus discípulos, se encerraba en un laboratorio ennegrecido, donde por medio de innumerables re-

cetas obraba la transfusión de los contrarios. Cogía un león rojo, novio silvestre que unía con la azucena en un baño tibio, y, poniendo después aquella mezcla al fuego, la pasaba de uno a otro alambique. Aparecía entonces en un vaso la joven reina de variados colores; se daba aquella pócima, y los enfermos morían, sin que nadie preguntase quién se había encargado de su curación. Es innegable que con nuestras diabólicas mixturas causamos en estos valles y montañas muchos más estragos que la misma peste. Yo mismo he presentado a miles de personas el veneno funesto que debía causarles la muerte, mientras que yo vivo aún para oír alabar a sus osados matadores.

WAGNER.—¿Por qué os turbáis por eso? ¿Por ventura el hombre honrado no ha cumplido su misión, después de haber ejercido puntualmente el arte que se le ha enseñado? El hijo, honrando como debe a su padre, debía complacerse al recibir su enseñanza; el hombre, al creer que hacía dar un paso a la ciencia, pensaba que su hijo podría alcanzar gloria mayor.

FAUSTO.—¡Feliz el que espera aún sobrenadar en este océano de errores! Siempre se necesita aquello que uno ignora, y nunca podemos hacer uso de lo que sabemos. Pero ¿por qué turbar con tristes recuerdos la grata alegría de esta hora? Mira cómo lucen a los rayos de sol poniente aquellas cabañas medio sumergidas por un mar de verdor: el sol va declinando y se extingue, el día expira, pero se va a llevar a otras regiones una nueva vida. ¡Ah! ¡Que no tenga yo alas para elevarme en los aires, y poder incesantemente lanzarme en pos de él! Vería entonces en eterna claridad bajo mis plantas a un mundo silencioso: vería inflamarse las alturas, oscurecerse los valles e inclinarse el plateado arroyo hacia los ríos de oro, sin que el áspero monte, con sus hondos abismos, pudiese oponerse a mi vuelo divino. Ya el mar presenta sus encendidos golfos a mis asombrados ojos; sin embargo, desaparece el día y siento en mí un nuevo encanto que me reanima y obliga a bañarme en sus eternos rayos; así es que hay ante mí el día, tras de mí la noche, el cielo sobre mi cabeza y bajo mis pies las olas. Sueño sublime, que va disipándose, por no tener el cuerpo alas que puedan seguir el vuelo sublime del espíritu. Y sin embargo, nadie hay que en alas de su sentimiento no se eleve hasta las nubes cada vez que oye el himno matutino de la alondra en el azul de los cielos, cada vez que más allá de los picachos cubiertos de pinos, ve levantarse el águila, y cada vez que sobre las llanuras o los mares ve a la grulla en camino hacia su patria.

WAGNER.—Yo tengo también algunas veces ideas fantásticas, si bien no me he visto nunca animado de semejante deseo. Como no

nos faltan bosques y praderas, no pienso envidiar a las aves sus alas; para mí los placeres del espíritu consisten en un libro, en una hoja, en una página; sólo los libros pueden hacernos soportable y hasta dichosa una larga noche de invierno, y hacernos llevar una alegre vida que reanime todos nuestros miembros. ¡Ah! ¡Y cuando puede uno desenvolver un respetable pergamino, siente en el corazón todas las inefables delicias del cielo!

FAUSTO.—Tú no tienes más que aspiración. ¡Quiera Dios que no sientas nunca otra! Hay en mí dos almas, y la una tiende siempre a separarse de la otra; la una apasionada y viva, está apegada al mundo por medio de los órganos del cuerpo; la otra, por el contrario, lucha siempre por disipar las tinieblas que la cercan y abrirse un camino para la mansión etérea. ¡Ah! ¡Si hay en las regiones aéreas espíritus soberanos que se ciernan entre la tierra y el cielo, dígnense descender de sus nubes de oro y llevarme hacia una nueva y luminosa vida! Si poseyera una túnica mágica que pudiese conducirme a aquellas regiones lejanas, no la daría por los más preciosos vestidos ni por el manto de un rey.

WAGNER.—No llaméis a esa turba de espíritus malignos que se reúnen en los vapores de la atmósfera, para tender al hombre continuos lazos. Los espíritus que vienen del Norte aguzan contra vos sus afilados dientes y sus lenguas de triple aguijón; los que proceden del Este llegan en alas de un viento abrasador y les sirven de alimento vuestros pulmones. Si nos los envían los desiertos de Mediodía, amontonan torrentes de llamas sobre nuestra cabeza; el Oeste a su vez vomita una multitud de ellos, que, si bien al principio os reaniman, acaban después por devoraros junto con vuestros campos y cosechas. Poseído del instinto del mal, atienden a vuestras invocaciones, y hasta llegan a realizar en parte vuestros propósitos para que tengáis fe en ellos y puedan engañaros más fácilmente; se titulan enviados del cielo y mienten con una voz angelical. Pero ya es hora de retirarnos; el horizonte se oscurece, el aire es cada vez más frío y empieza a levantarse la niebla. Nunca como al anochecer conoce el hombre lo que vale su morada. ¿Por qué os quedáis inmóvil? ¿Cómo es que os admira tanto el crepúsculo?

FAUSTO.—¿Ves aquel perro negro que vaga por entre los sembrados y el rastrojo?

WAGNER.—Tiempo hace que le veo, pero apenas he reparado en él, porque nada ofrece de extraordinario.

FAUSTO.—Obsérvale bien; ¿qué es lo que piensas de él?

WAGNER.—Pienso que es un perro de aguas que busca el rastro de su amo.

FAUSTO.—¿No notas que está trazando una espiral y que se acerca cada vez más a nosotros? Y, o yo me engaño, o deja por donde pasa un rastro de fuego.

WAGNER.—No veo más que un perro de aguas negro; puede que la vista os extravíe.

FAUSTO.—Se me figura verle tender en torno nuestro mágicos lazos para encerrarnos.

WAGNER.—Yo le veo brincar con timidez en nuestro alrededor, porque en lugar de su dueño encuentra a dos desconocidos.

FAUSTO.—El círculo se estrecha y helo aquí cerca de nosotros.

WAGNER.—Bien lo veis. Es un perro y no un fantasma. Gruñe y no se atreve a acercarse, y, como todos los de su raza, se arrastra y agita la cola.

FAUSTO.—Acompáñanos, ven aquí.

WAGNER.—Son esos perros de una rara especie. Si os paráis, os espera; si le habláis, acude a vos; si perdéis algo, no para hasta encontrarlo, y se arrojaría al agua para ir en busca de vuestro bastón.

FAUSTO.—Tienes razón; nada veo en él que me indique sea un espíritu; todo cuanto hace es debido a su raza y a lo que se le ha enseñado.

WAGNER.—El perro, cuando está amaestrado, es hasta digno del afecto de un sabio; así es que puede merecer éste vuestras bondades y ser el más aprovechado de todos vuestros discípulos.

(Llegan a la puerta de la ciudad.)

GABINETE DE ESTUDIO

FAUSTO, *entrando seguido por el perro de aguas.*—He dejado la campiña envuelta en noche profunda; el alma superior despierta en mí en medio de presentimientos que me infunden un terror sagrado. Los groseros instintos se aduermen, y con ellos toda actividad borrascosa, y el amor a los hombres y también el amor a Dios se agitan actualmente en mi pecho. Perro, estate quieto, no corras de una a otra parte. ¿Qué es lo que estás olfateando en el umbral de la puerta? Échate detrás de la estufa y te daré mi mejor abrigo. Ya que

en el camino de la montaña me has divertido con tus vueltas y tus saltos, justo es que ahora te trate como a un huésped querido y pacífico. ¡Ah! Desde que alumbra una lámpara amiga nuestra estrecha celda, penetra en nuestro seno una luz grata y dulce, alegrando asimismo al alma que tiene conciencia de sí misma! La razón empieza a hablar, la esperanza a florecer, y se baña uno en los raudales de la vida, en el puro manantial de donde surgió. ¡No gruñas, perro! Mal podrían avenirse tus aullidos con los acentos sagrados que inundan mi alma. No es raro ver despreciar a los hombres las cosas que no pueden comprender, y murmurar ante lo bueno y lo bello que les importunan. ¿Si el perro gruñirá también como ellos? ¡Ah! Noto que a pesar de mis deseos, no puede salir de mi pecho satisfacción alguna. ¿Por qué se ha de secar tan pronto el río sin apagar nuestra sed? ¡Cuántas veces he sufrido el mismo desengaño! Sin embargo, tiene esta miseria sus compensaciones; así aprendemos a conocer el precio de lo que se levanta sobre las cosas de la tierra; así aspiramos a la revelación que en ninguna parte brilla con luz tan pura como en el Nuevo Testamento. Su texto me atrae; quiero leerlo, entregarme por completo a los sentimientos que me inspire, y hasta traducir su original sagrado a mi querida lengua alemana.

(Abre un libro y se dispone a leerlo.)

Está escrito: *En un principio existía el Verbo*. Ya, aquí, tengo que pararme. ¿Quién me ayudará para ir más lejos? Es esta traducción tan difícil, que tendré que darle otro sentido si el espíritu no me ilumina. Escribo: *En un principio existía El Espíritu*. Reflexionemos bien sobre esta primera línea, y no permitamos que la pluma se deslice. Es indudable que el espíritu lo hace y lo dispone todo; por tanto, debiera decir: *En un principio existía la fuerza*. Y, sin embargo, al escribir esto, siento en mí algo que me dice no ser éste el verdadero sentido. Por fin, parece venir el espíritu en mi auxilio; ya empiezo a ver con más claridad y escribo con mayor confianza. *En un principio existía la acción*. No me opongo a compartir contigo mi cuarto, con tal que ceses, perro, en tus gritos y en tus ladridos, porque me es imposible tolerar por más tiempo a mi lado un compañero tan turbulento. Con dolor mío me veré obligado a violar los derechos de la hospitalidad: la puerta está abierta y tienes libre el paso. Pero... ¿qué es lo que veo? ¡Esto raya en prodigio! ¿Será ilusión o realidad? ¡Cómo se hincha mi perro! Se levanta con fuerza y hasta ha perdido su primitiva forma. ¿Si habré abierto mi puerta a un fantasma? Parece un hipopótamo con sus ojos de fuego y su terrible boca. Desde ahora vas a pertenecerme, porque la llave de Salomón es infalible para semejante aborto infernal.

ESPÍRITUS *en el corredor.*—Hay uno de nuestros compañeros que está detenido ahí dentro; espíritus ardientes, quedaos en la parte de afuera, ya que como un zorro ha caído en la trampa un viejo diablo. Volemos en su alrededor y no tardará en verse libre; no abandonemos a un amigo que tanto ha hecho siempre en defensa nuestra.

FAUSTO.—Para acercarme al monstruo, empezaré por emplear el conjuro de los Cuatro: «La salamandra se inflame, la ondina se enrosque, el silfo se desvanezca, el gnomo trabaje.» El que no conozca los elementos, su fuerza y sus propiedades, nunca podrá hacerse dueño de los espíritus. Salamandra, conviértete en llama; Ondina, húndete murmurando en la onda azul; brilla, Silfo, en el esplendor del meteoro, y tú, Íncubo, ven a cerrar la marcha y a ofrecerme tu poderoso socorro. Ninguno, sin embargo, de los cuatro existe en el interior del monstruo. Queda inmóvil y rechina los dientes, sin que yo le haya causado aún ningún daño. Pero aguarda, que ya sabré combatirte con más poderosos conjuros. Compadre, ¿eres por acaso un desertor del infierno? Si lo eres, abre los ojos y contempla este signo, al que en vano intentaría resistir la infernal cohorte. Ya empieza a hincharse y ya se le erizan las crines. Ente maldito, ¿puedes leerle? ¿Puedes descifrar el nombre del incomprensible, del increado, de Aquel o quien los cielos adoran, y al que intentó derrocar el crimen en su delirio? Se hincha detrás de la estufa como un elefante, llenando el espacio; al verle hincharse así diría cualquiera que va a convertirse en una nube. Guárdate de subir hasta el techo: mejor será que vengas a arrojarte a los pies de tu amo. Vamos, obedece sin vacilar, pues ya sabes que no amenazo en vano y que soy capaz de abrasarte en un mar de llamas; no esperes la luz tres veces incandescente; no aguardes al más temible de todos mis conjuros.

MEFISTÓFELES, *en tanto se extiende la nube, aparece detrás de la estufa y se adelanta en traje de estudiante.*—¿Por qué tanto alboroto? Caballero, ¿en qué puedo serviros?

FAUSTO.—¡El perro de aguas transformado en estudiante viajero, no deja de ser divertido!

MEFISTÓFELES.—Salud al sabio doctor, que tanto me ha hecho sudar.

FAUSTO.—¿Cómo te llamas?

MEFISTÓFELES.—Muy inocente me parece la pregunta, sobre todo para quien desprecia tanto las palabras y que, en su retraimiento de las apariencias, sólo desea conocer el fondo de los seres.

FAUSTO.—Entre vosotros, señores, todo ser podrá conocerse fácilmente por el nombre que lleva, puesto que se os llama blasfemos, corruptores, mentirosos. Con todo, dime quién eres.

MEFISTÓFELES.—Una parte de aquella fuerza que siempre quiere el mal y que siempre obra el bien.

FAUSTO.—¿Qué significa ese enigma?

MEFISTÓFELES.—Soy el espíritu que lo niega todo, y no sin motivo, porque todo cuanto existe en el mundo debiera arruinarse, y sería aún mejor que no existiese nada. Para mí no hay más elemento que el que vosotros conocéis con los nombres del mal, destrucción y pecado.

FAUSTO.—Te nombras en parte, y te veo, sin embargo, entero en mi presencia.

MEFISTÓFELES.—Te digo la pura verdad: si el hombre, ese pequeño mundo de orgullo y de locura, se cree, por lo regular, ser un todo, de mí sé decirte que sólo soy una parte de la parte que en un principio era todo; una parte de las tinieblas de que surgió la luz, la luz soberbia, que ahora disputa a su madre la noche su antiguo rango y el espacio en que imperaba; si bien con poco resultado, porque, a pesar de todos sus esfuerzos, se ve rechazada por doquiera, logrando tan sólo arrastrarse por la superficie de los cuerpos. Brota de la materia y la embellece, y basta, sin embargo, un solo cuerpo para detenerla en su carrera. Por eso espero que no será de larga duración y que acabará por quedar anonadada con la materia.

FAUSTO.—Ahora conozco las dignas funciones que ejerces, y que si no puedes destruir el todo, procuras aniquilar la parte.

MEFISTÓFELES.—Y a la verdad, no he adelantado mucho en mi tarea. Lo que se opone a la nada, ese algo, este mundo material, no he podido destruirlo hasta aquí, a pesar de todos mis esfuerzos: las olas, las tempestades, los terremotos, los incendios, nada puede desquiciarle por completo: siempre el mar y la tierra acaban por ponerse otra vez en equilibrio; nada puede esperarse de esa maldita semilla, principio de los animales y de los hombres. He sepultado a muchos, y veo, sin embargo, circular siempre nueva sangre. Hay para volverse loco del modo con que van las cosas: en el aire, en las aguas, en la tierra, en todas partes, en fin, es cada vez más potente la fuerza creadora, y siempre brotan por doquiera nuevos seres. Nada tendría para mí a no haberme reservado la llama.

FAUSTO.—Así, pues, a la eterna actividad y a la fuerza felizmente creadora, opones tú la mano helada del diablo, que en vano se crispa delirante. ¡Preciso te será cambiar de rumbo, hijo raro del caos!

MEFISTÓFELES.—Ya hablaremos de esto extensamente en nuestra próxima entrevista. ¿Me permitirás por esta vez alejarme?

FAUSTO.—No sé por qué me lo preguntas. Ahora que te conozco, podrás visitarme como es tu deseo; aquí tienes la ventana, la puerta y hasta la chimenea: puedes escoger para salir.

MEFISTÓFELES.—¿Lo confesaré? Hay un pequeño obstáculo que impide mi salida: el pie mágico en vuestro umbral.

FAUSTO.—¿Tanto te inquieta el pentágramo? Dime, hijo del infierno, ¿si tanto te incomoda, por qué has entrado aquí? ¿Es posible que un espíritu como tú se haya dejado prender de este modo?

MEFISTÓFELES.—Luego lo comprenderás porque está mal colocado: el ángulo vuelto hacia la calle se presenta, como ves, algo abierto.

FAUSTO.—Por una rara casualidad eres mi prisionero y casi había logrado mi objetivo.

MEFISTÓFELES.—Nada notó el perro al entrar de un brinco en la habitación, pero ahora es la cosa enteramente distinta, y el diablo no puede salir de la casa.

FAUSTO.—Pero ¿por qué no sales por la ventana?

MEFISTÓFELES.—Es una ley para diablos y fantasmas el salir por donde han entrado. El primero de estos dos actos depende de nosotros, pero somos esclavos del segundo.

FAUSTO.—¿Luego el infierno tiene también sus leyes? Me complazco en saberlo. De este modo un pacto hecho con vosotros será fielmente cumplido.

MEFISTÓFELES.—Puedes gozar enteramente de lo que se te promete sin que nadie te prive ni de la más mínima parte; pero como es cosa de mucho interés, ya volveremos a hablar de ello en nuestra próxima entrevista. Ahora te ruego y te suplico que me dejes partir.

FAUSTO.—Quédate un instante más para decirme la buena ventura.

MEFISTÓFELES.—Pues bien, suéltame; yo no tardaré en volver y podrás preguntarme todo cuanto gustes.

FAUSTO.—No te he puesto celada, y sólo por tu culpa caíste en la trampa. Dicen que el que tenga el diablo no le deje escapar, porque no volverá a cogerle tan pronto.

MEFISTÓFELES.—Si tanto lo deseas, me quedaré para hacerte compañía, pero con la condición de que he de emplear todos los recursos de mi ciencia para que pases el tiempo dignamente.

FAUSTO.—Con alegría me pongo a tu disposición, con tal que tu arte sea divertido.

MEFISTÓFELES.—Querido amigo, van a ganar más tus sentidos en una sola hora, de lo que ganarían en la monotonía de un año entero. Lo que te canten los tiernos espíritus y las bellas imágenes que les rodean no serán vanas ilusiones de la magia. Se deleitarán tu paladar y tu olfato, y experimentará tu corazón un dulce éxtasis. Fuera preparativos inútiles y ya que estamos reunidos principiad.

ESPÍRITUS.—Desapareced, arcos sombríos, para que la luz del cielo penetre hasta nosotros y alegre nuestros ojos. Disípense las nubes que entenebrecen el éter y enciéndanse las blancas estrellas y los hermosos soles. Ángeles de níveas alas, salid del seno de vuestras nubes purpúreas para recorrer el espacio y seguir las huellas de nuestros ardientes deseos. Dulces céfiros, brisas puras, templad el ardor que abrasa a las plantas de nuestros valles y haced que tiemblen de tierna emoción sus hojas al recibir de vosotros el beso de amor que debe fecundarles. Agrúpense en la viña los racimos, ya que no cabe más zumo en los lagares, y salte el vino en espumosas olas hasta que crucen las verdes praderas arroyos de púrpura. Ved cómo se reflejan en el mar las verdes colinas al par del ganado que se apacienta en ellas. También se descubren en lontananza islas afortunadas que parecen deslizarse sobre las tranquilas ondas, y ofrecen al navegante delicioso oasis que le hace olvidar todas las tormentas pasadas. Sólo reinan en aquel mundo ideal la alegría y los placeres. Así en el fondo de los mares como en los espacios del aire, todo tiende a la vida, todo sigue su curso incesante, todos los seres se sienten vivificados ante el astro que el cielo encendió para alumbrarles.

MEFISTÓFELES.—Muy bien, ya está dormido. Hijos hermosos de aire, le habéis encantado fácilmente y os agradezco vuesto coro. No, no eres aún hombre capaz de sujetar al diablo. Fascinadle con dulces emociones, sumergidle en un mar de delicias. En cuanto a mí, para vencer el encanto de esta puerta, necesito el diente de un ratón;

paréceme que no tendré que conjurar mucho: he aquí que roe cerca y que no tardará en oírme. El señor de las ratas y ratones, de las moscas, de las ranas, de las chinches y de los piojos, te ordena sacar el ho-cico y venir a morder el umbral de esta puerta, como si estuviese untado con aceite. Muy bien; veo que obedeces con presteza la orden recibida; ya que estás aquí, sólo falta dar comienzo a la obra. La punta que me ha rechazado se halla en el borde: una dentellada más y todo está concluido. Ahora, Fausto, ya puedes soñar libremente; hasta la vista.

FAUSTO, *despertándose.*—¿Si también esta vez saldré burlado? ¿Cómo ha podido aquella multitud de espíritus desaparecer de este modo? He visto en sueños al diablo, y se me ha escapado un perro... A esto queda reducido todo.

EL MISMO GABINETE DE ESTUDIO

FAUSTO.—Llaman. ¡Entrad! ¿Quién vendrá de nuevo a importunarme?

MEFISTÓFELES.—Soy yo.

FAUSTO.—Entra.

MEFISTÓFELES.—Debes decirlo tres veces.

FAUSTO.—¡Entra, pues!

MEFISTÓFELES.—Así me gustas; espero que nos entenderemos. Sólo por disipar tu mal humor me presento cual joven noble en traje de púrpura bordado de oro, con la esclavina de raso al hombro, la pluma en el sombrero y una larga y afilada espada al lado, aconsejándote que desde ahora te vistas del propio modo, para que enteramente libre vengas a gustar lo que es la vida.

FAUSTO.—Cualquiera que sea el vestido que use, no por ello sentiré menos las miserias de la existencia. Soy demasiado viejo para no pensar más que en divertirme, y sobrado joven para no tener deseos. Por tanto, ¿qué es lo que puede el mundo ofrecerme? ¡Debes privarte, te es la privación indispensable! He ahí la canción eterna que zumba en todos los oídos, y que durante la existencia nos repite cada hora con su voz bronca. Cada mañana me despierto azorado, y de buena gana derramaría amargas lágrimas al ver que el nuevo día no ha de colmar ni uno solo de mis ardientes deseos, sino que, al contrario, ha de desvanecer en su curso los presentimientos de toda alegría y hacer abortar las creaciones de mi turbado espíritu. Y luego, cuando viene la noche me tiendo en el lecho po-

seído de la mayor inquietud por saber que me aguardan en él, no el reposo, sino espantosos sueños. El espíritu que reside en mí puede agitar profundamente mi alma y disponer de mis fuerzas todas; pero es al parecer impotente en el exterior; por esto me es la existencia insoportable, por esto deseo la muerte y detesto la vida.

MEFISTÓFELES.—Y, sin embargo, nunca es la muerte un huésped bien recibido.

FAUSTO.—¡Dichoso aquel a quien la muerte corona de sangrientos laureles en el fragor del combate, o aquel a quien, después de la embriaguez del baile, sorprende en los brazos de su amada! ¡Ah! ¡Que no pueda yo contemplar al grande Espíritu y morir en mi éxtasis sublime!

MEFISTÓFELES.—Y no obstante, hay quien no ha osado tomar esta noche cierto licor oscuro.

FAUSTO.—Parece que el espionaje te complace.

MEFISTÓFELES.—No poseo la ciencia universal, pero sé bastantes cosas.

FAUSTO.—Pues bien, ya que un sonido grato y dulce me ha librado de mi terrible angustia, despertando en mí los sentimientos de la infancia con el recuerdo de mejores tiempos, maldigo todo lo que con sus ilusiones impulsa al espíritu hacia tan lamentables abismos. ¡Maldito sea el orgullo humano; maldito el falso brillo que deslumbra nuestros sentidos; maldito todo lo que engendra sueños de gloria y de grandeza; maldito sea todo cuanto nos hace desear la posesión de una mujer, de un niño, de un criado o de un coche; malditos sean Marimón y sus tesoros, que nos hacen acometer empresas temerarias y que nos embriagan después ofreciéndonos la copa de ilícitos placeres; malditos sean el amor y sus ardientes transportes; malditas sean, en fin, la esperanza y, sobre todo, la paciencia!

CORO DE ESPÍRITUS, *invisible.*—Ya has destruido todas las bellezas del mundo con tu poderosa mano; sólo nos quedan algunas ruinas que irán rodando hasta el fondo del caos. A un semidiós se debe esta destrucción general. ¡Séanos, al menos, lícito llorar sobre la vasta tumba que encierra tanta belleza! ¡Oh, tú, el más bello y poderoso de los hijos de la tierra, reconstrúyele, infúndale tu corazón nueva vida, para que podamos cantar nosotros tu inmortal obra!

MEFISTÓFELES.—Escucha, escucha, son los más pequeños de todos mis espíritus. Mira cómo te muestran la senda razonable que debes seguir. ¡Con cuánta razón y profundo saber te impulsan hacia

el mundo, arrancándote de este tenebroso recinto donde se hielan los jugos de que debe alimentarse el alma! Cesa de complacerte en esa melancolía que, cual buitre carnívoro, devora tu vida. Por mala que sea la compañía en que estés, podrás al menos sentir que eres hombre entre los hombres; sin embargo, no creas que se piense en hacerte vivir entre la chusma. Aunque no soy yo de los primeros, si quieres unirte a mí y que emprendamos juntos el camino de la vida, consiento gustoso en pertenecerte ahora mismo, en ser tu amigo, tu criado, y hasta tu esclavo.

FAUSTO.—Y ¿cuál sería mi obligación en cambio?

MEFISTÓFELES.—Tiempo tiene de pensar en ello.

FAUSTO.—No, no; porque el diablo es un egoísta y no acostumbra sernos útil por amor de Dios; así, pies, dime tus condiciones y habla claro, porque no deja de ser peligroso el tener en casa semejante servidor.

MEFISTÓFELES.—Quiero desde ahora obligarme a servirte y a acudir sin tregua ni descanso aquí arriba a la menor señal de tu voluntad y tu deseo, con tal de que al volver a vernos allá abajo hagas tú otro tanto conmigo.

FAUSTO.—Poco cuidado, en verdad, me da lo de allá abajo; empiezo por destruir este viejo mundo, ya que proceden de la tierra mis goces, y ya que es ése el sol que alumbra mis penas; una vez libre de él, suceda lo que quiera. Poco me importa que en la vida futura se ame o se odie, ni que tengan esas esferas encima ni debajo.

MEFISTÓFELES.—Si tal es tu disposición, puedes muy bien aceptar lo propuesto; decídete y sabrás desde luego cuáles son las delicias que puede proporcionar mi arte, y te daré lo que ningún hombre ha llegado siquiera a entrever.

FAUSTO.—Pobre demonio, ¿qué es lo que tú puedes darme? ¿Ha habido, por acaso, ninguno de tus semejantes que haya podido comprender al hombre en sus sublimes aspiraciones? ¿Qué es lo que puedes ofrecerme? Alimentos que no sacian; oro miserable que, como el azogue, se desliza de las manos; un juego en el que nunca se gana; una joven que en medio de sus protestas de amor hará guiños al que esté a mi lado; o el honor, falsa divinidad que desaparecerá como un relámpago. Muéstrame un fruto que no se pudra antes de estar maduro, y árboles que se cubran diariamente con un nuevo verdor.

MEFISTÓFELES.—No me arredra semejante empresa, porque puedo ofrecerte todos esos bienes. Mi buen amigo, desde este momento podemos sin cuidado lanzarnos al despilfarro y a la orgía.

FAUSTO.—El día en que tendido en un lecho de pluma pueda gozar la plenitud del reposo, no responderé de mí. Si puedes seducirme hasta el extremo de que quede contento de mí mismo, si puedes adormecerme en el seno de los placeres, sea aquél para mí el último día y para ti el del mayor triunfo.

MEFISTÓFELES.—Aceptado.

FAUSTO.—¡Aceptado! Si una sola vez llego a decirte: ¡qué hermoso eres, no te asustes, permanece siempre a mi lado! Entonces podrás maniatarme; entonces consentiré en que se abra la tierra bajo mis pies; entonces podrá resonar la campana de agonías; entonces quedarás libre y recogerás el precio de tus servicios, porque habrá sonado para mí la última hora.

MEFISTÓFELES.—Pensadlo bien, que no lo olvidaremos.

FAUSTO.—En cuanto a esto, estarás en tu derecho. No creas que al aceptar haya obrado con ligereza. ¿Acaso ahora no soy también esclavo? ¿Qué me importa que tú u otro sea mi amo?

MEFISTÓFELES.—Desde hoy, pues, me constituiré en criado del doctor; sólo me falta advertiros una cosa, a saber: que en nombre de la vida o de la muerte exijo de vos algunas líneas.

FAUSTO.—¡Cómo! ¡Nunca hubiera creído que llegase tu pedantería hasta el punto de pedirme un escrito! ¿Es posible que conozcas tan poco al hombre y que no sepas lo que vale su palabra? ¿No basta el que yo haya pronunciado aquella que para siempre dispone de mi vida? ¿Crees que, en medio de la tempestad que agita y hace retemblar al mundo sobre sus cimientos, pueda nunca obligarme una palabra escrita? ¡Qué quimera tan arraigada en nuestros corazones! ¿Quién intentaría siquiera evadir su cumplimiento? Dichoso aquel que conserva pura la fe en su seno por no serle costoso ningún sacrificio. Pero un pergamino escrito y sellado es un fantasma para todo el mundo, y sin embargo, la palabra expira al transmitirla la pluma, no quedando más autoridad que la del pergamino. ¿Qué quieres de mí, maligno espíritu, bronce, mármol, pergamino o papel? También dejo a tu elección si debo escribirlo con un estilo, con un buril o una pluma.

MEFISTÓFELES.—¡Cuánta palabrería! ¿Por qué te has de exaltar de este modo? Basta un pedazo de papel cualquiera, con tal que escribas en él con una gota de sangre.

FAUSTO.—Si así lo quieres...

MEFISTÓFELES.—Es la sangre un jugo muy particular.

FAUSTO.—No temas que falte a este pacto; es la colaboración de mi actividad lo que precisamente te ofrezco; me he engreído tanto que sólo puedo pertenecer ya a tu clase. El Espíritu creador me ha desechado: la naturaleza se cierra ante mí, el hilo de mi pensamiento está roto, y estoy hastiado de toda ciencia. Haz, pues, que queden satisfechas mis ardientes pasiones, que cada día se preparen para mí nuevos encantos bajo el impenetrable velo de la magia; que me sea dado sumergirme en el torbellino del tiempo y en los pliegues más secretos de lo porvenir, para que el dolor y el goce, la gloria y la pena se sucedan en mí confundidos. Preciso le es al hombre vivir en una actividad eterna.

MEFISTÓFELES.—No, éste no ha señalado ningún límite ni objeto; así pues, si es tu deseo gozar de todo un poco y aprovechar tu rápida carrera, podrás tener cuantos tesoros apetezcas, con tal que te unas a mí y no seas timorato.

FAUSTO.—Bien ves que no se trata aquí de pasajera dicha; al contrario, quiero consagrarme todo entero al vértigo, a los goces más terribles, al amor que confina con el odio, al desaliento que eleva. Mi corazón, curado de la fiebre del saber, no estará en adelante cerrado para ningún dolor; en cambio, quiero también sentir en lo más profundo de mi ser todos los goces concedidos a la humanidad, saber lo que hay de más sublime y de profundo en ellos, acumular en mi seno todo el bien y todo el mal, que es su patrimonio exclusivo, hacer extensivo mi propio mal hasta el suyo y acabar por morir como el género humano.

MEFISTÓFELES.—Puedes creerme: yo, que desde hace miles de años estoy masticando este duro alimento, te aseguro que desde la cuna al sepulcro ningún hombre puede digerir la antigua levadura. Cree a uno de los nuestros que dice: ese gran todo está creado por un solo Dios; a él se deben esas eternas estrellas; a nosotros nos ha creado para las tinieblas, y sólo vosotros tenéis el día y la noche.

FAUSTO.—Pero yo deseo...

MEFISTÓFELES.—Te comprendo, pero sólo una cosa me inquieta: el tiempo es corto y el arte largo. Creo que deberíais instruiros; uníos con un poeta; dejadle dar rienda suelta a su imaginación y haced que os infunda todas las más nobles cualidades, esto es: el valor del león, la agilidad del ciervo, el ardor del italiano, la constancia del habitante del Norte. Haced que halle el medio de unir la magnanimidad a la astucia, y que en virtud de cierta combinación os dote de las ardientes pasiones de la juventud. De mí sé deciros que me gus-

taría en gran manera ver a un hombre de esta clase, para poder darle el título de maestro Microcosmo.

FAUSTO.—¿Quién soy, pues, si no me es dado llegar a esa corona de la humanidad a que aspiran todos mis sentidos?

MEFISTÓFELES.—Tú eres, en último resultado, lo que debes ser: coloca sobre tu cabeza una peluca de miles de bucles, calza tus pies con coturnos de una vara de alto, que no por ello dejarás de ser lo que eres.

FAUSTO.—¡Bien lo veo! En vano he reunido todos los tesoros del espíritu humano, puesto que en el recogimiento no siento surgir en mí ninguna fuerza nueva, ni se ha aumentado ni grandeza el espesor de un cabello, ni en lo más mínimo me he acercado a lo infinito.

MEFISTÓFELES.—Mi buen señor, eso consiste en que todo lo veis como se ve vulgarmente; es preciso aprovecharnos antes de que se nos escapen enteramente los placeres de la vida. Veamos: tus manos, tus pies, tu cabeza y tu espalda te pertenecen sin duda alguna, y no porque utilice audazmente una cosa puede decirse que me pertenezca menos. Si poseo seis caballos, ¿no será su fuerza también mía? Pues he aquí que si los monto, podré contar con sus veinticuatro piernas. Déjate, pues, de reflexiones y lánzate al mundo conmigo. Te lo aseguro: el hombre pusilánime es como el animal a quien hace un duende girar en derredor de un páramo, mientras que se extienden en torno suyo verdes y hermosos pastos.

FAUSTO.—¿Cuándo empezamos?

MEFISTÓFELES.—Vamos a partir en seguida, ya que no es este gabinete más que un lugar de tortura, ya que no merece el nombre de vida el perpetuo fastidio que uno siente y causa. Deja ese triste estado para tu vecino el gordo. ¿A qué atormentarte por más tiempo inútilmente? Lo mejor de lo que sabes no te atreves siquiera a decirlo a tu discípulo. ¡Ah! Oigo pasos en el corredor.

FAUSTO.—Sea quien fuere, me es imposible recibirle.

MEFISTÓFELES.—Después de haberse esperado tanto tiempo, no puede dejársele al pobre muchacho desalentado. Vamos, dame tu vestido y tu gorra; mucho me engaño o ha de irme el disfraz a las mil maravillas.

(Se viste.)

Ahora, confía en mí; apenas necesito un cuarto de hora y entre tanto prepárate para nuestro hermoso viaje.

(Fausto sale. Mefistófeles con el largo vestido de Fausto.)

Sí, sí, desprecia la razón y la ciencia, suprema fuerza del hombre; deja que el espíritu infernal te ciegue con sus ilusiones y sus encantamientos, y te me entregarás sin exigirme condición alguna. El destino le dotó de un espíritu incapaz de contenerse en su desenfrenada carrera; en alas de su aspiración ardiente ha pasado ya por todos los placeres de la tierra; séame ahora dado a mí arrastrarle por los desiertos de la vida a través de una medianía insignificante, donde forcejeará agitado en su lucha incesante, sin ver nunca satisfecho su deseo insaciable por retroceder siempre la copa ante sus abrasados labios. En vano demandará gracia; aun cuando no se hubiese dado al diablo, no sería menos inevitable su pérdida.

(Entra un estudiante.)

EL ESTUDIANTE.—Acabo de llegar y me presento humilde para conocer y hablar con un hombre que excita el respeto y la admiración general.

MEFISTÓFELES.—Me complace en gran manera vuestra cortesía; sólo veréis en mí a un hombre como cualquiera otro. ¿Son muchos vuestros estudios?

EL ESTUDIANTE.—Vengo a pediros que os encarguéis de mí; estoy animado de la mejor voluntad, y tengo algún dinero y mucha salud, y sólo a duras penas ha consentido mi madre en que me ausentase de ella; pero mi deseo de aprender aquí algo útil ha vencido todos los obstáculos.

MEFISTÓFELES.—No podíais elegir mejor sitio.

EL ESTUDIANTE.—Pues en verdad quisiera ya retirarme, porque no tienen para mí estos muros y estas salas atractivo alguno; hay, además, un espacio muy pequeño, y no se descubre desde él ni un solo árbol, y puedo afirmar que en esta sala y en estos bancos perdería el oído, la vista y el pensamiento.

MEFISTÓFELES.—Todo depende del hábito. Tampoco el niño toma en un principio de buena gana el pecho materno, y luego se le ve beber en él con placer su alimento. Lo propio os sucederá a vos con el seno de la sabiduría.

EL ESTUDIANTE.—Mucho deseo colgarme de su cuello, pero enseñadme el medio de lograrlo.

MEFISTÓFELES.—Explicaos antes de continuar: ¿cuál es la facultad que elegís?

EL ESTUDIANTE.—Mi deseo de saber es tal, que quisiera poder abarcar todo cuanto existe en el cielo y en la tierra, en la ciencia y en la naturaleza.

MEFISTÓFELES.—Estáis en buen camino, pero es necesario no dejaros distraer.

EL ESTUDIANTE.—En él estoy en cuerpo y alma; con todo, procurareme la libertad posible y algunas horas de ocio en esos hermosos días de fiesta del verano.

MEFISTÓFELES.—Aprovechad el tiempo. ¡Pasa tan pronto...! Pero el método os enseñará a ganarlo. Así, pues, mi buen amigo, ante todo os aconsejo un curso de lógica, que es la que ha de dirigir vuestro espíritu; la lógica le calzará estrechos borceguíes, para que ande derecho y con circunspección por el camino del pensamiento y no se extravíe como un fuego fatuo en el espacio. Luego se os enseñará durante muchos días, que aun para las cosas más sencillas, y que haríais en un abrir y cerrar de ojos, como beber y comer, es absolutamente indispensable obrar con método y por tiempos. Y en efecto, sucede con el pensamiento lo que con un telar, en el que basta un solo esfuerzo para poner en juego millares de hilos, donde la lanzadera corre sin cesar y al deslizarse se escurren los hilos invisibles y a la vez se forman mil nudos. Viene también el filósofo y os demuestra que debe ser de aquel modo: lo primero es esto y lo segundo es aquello; luego lo tercero y lo cuarto deben ser lo otro, y sin lo primero y lo segundo, nunca hubieran existido lo tercero y lo cuarto. Los estudiantes de todos los países, a pesar de comprenderlo así, nunca llegan a ser tejedores. Si se quiere conocer y comprender algo importante, se empieza desde luego por hacer abstracción de la inteligencia: se dispone de todos los elementos, pero ¿cómo lograr el anhelado objeto si falta el lazo intelectual? La química llama a eso *Encheiresin naturæ*, y sin pensarlo se burla de sí propia.

EL ESTUDIANTE.—No os comprendo bien.

MEFISTÓFELES.—Lo comprenderéis mucho mejor cuando hayáis aprendido a reducirlo y clasificarlo todo convenientemente.

EL ESTUDIANTE.—De tal modo me atolondra todo esto, que creo tener una rueda de molino en la cabeza.

MEFISTÓFELES.—Y luego debéis, ante todo, dedicaros a la metafísica; en ella podréis profundizar todo lo que no es dado comprender a la inteligencia humana, y por todo lo que pertenezca o deje de pertenecer a ella recurriréis siempre a una palabra científica. Para este primer curso disponed vuestro tiempo lo más regular-

mente posible; tendréis cinco clases diarias, acudid a ellas a la primera campanada, debidamente preparado, sin dejar de saber todos los párrafos de vuestra lección, a fin de que nada dejéis que no se encuentre en el libro; con todo, podréis escribir como si el Espíritu Santo mismo os dictase.

EL ESTUDIANTE.—No será necesario que me lo repitáis dos veces, por estar muy convencido de lo útil que debe serme; además, nada iguala el placer que uno siente cuando ha pintado lo blanco de negro.

MEFISTÓFELES.—Así, pues, elegid una carrera.

EL ESTUDIANTE.—No puedo acostumbrarme al estudio del derecho.

MEFISTÓFELES.—Lejos de mí la idea de reprenderos por ello, pues demasiado sé lo que es aquella ciencia. Las leyes y los derechos se suceden como una eterna enfermedad y se les ve pasar de generación en generación y arrastrarse sordamente de un punto a otro: la razón se convierte en locura, y el beneficio en tormento. ¡Desdichado de ti, hijo de tus padres, por no tratarse nunca del derecho que nació con nosotros!

EL ESTUDIANTE.—Aumentáis aún la repugnancia que sentía por aquella ciencia ¡Ah! ¡Dichoso aquel que sea instruido por vos! Casi estoy por estudiar teología.

MEFISTÓFELES.—No quisiera que os atreviéseis, porque es en esta ciencia muy fácil extraviar la senda que se debe seguir, en cuyo caso no habría para vuestro mal remedio alguno. Lo mejor que debe hacerse en materia tan delicada es no escuchar más que a uno solo, y afirmar por la palabra del maestro. En suma... ateneos a las palabras si deseáis llegar con pie firme y seguro al templo de la verdad.

EL ESTUDIANTE.—Sin embargo, toda palabra debe contener siempre una idea.

MEFISTÓFELES.—Según, pero no debe uno inquietarse mucho por esto, porque cuando faltan ideas, hay palabras que pueden sustituirlas; con ellas puede discutirse enérgicamente, y hasta con ellas erigirse un sistema. Como son las palabras tan fácilmente creídas, no se borraría de ellas ni una coma.

EL ESTUDIANTE.—Dispensadme el que os interrumpa con mis preguntas, pues tengo aún que molestaros. ¿No podríais decirme algo acerca de la medicina? ¡Tres años pronto se pasan, y es, por otra

parte, tan vasto el campo que ofrece! Aun cuando no sea más que un dedo el que nos señala el camino, se siente uno animado para seguir adelante.

MEFISTÓFELES, *aparte*.—Este tono magistral ya empieza a fastidiarme: adoptemos nuevamente el papel de diablo. (*En voz alta.*) El espíritu de la medicina puede comprenderse fácilmente; estudiad bien el grande y pequeño mundo, para dejarlos ir al fin donde Dios mejor quiera. En vano intentaríais profundizar la ciencia, puesto que sólo aprende cada cual lo que logra aprender; sólo las circunstancias, o mejor dicho, el saber aprovechar la ocasión, puede haceros grande hombre. Vos tenéis buena traza, y me parecéis además bastante aventurero; así que, basta que tengáis confianza en vos mismo, para que no os falte la de los demás. Sobre todo, dedicaos a la curación de las mujeres; esos eternos dolores mil veces repetidos se curan todos por un mismo tratamiento, y con tal que seáis con ellas repetuoso a medias, las dominaréis por completo. Basta un título para atraer su confianza y convencerlas de que nuestra ciencia excede con mucho a todas las demás; podréis entonces permitiros ciertas cosas que apenas lograrían otros después de años enteros de adulación y de lisonja: tomadlas luego el pulso, dirigiéndolas al propio tiempo una ardiente mirada, y pasad luego el brazo en derredor de su esbelto talle, como por ver si el corsé les aprieta demasiado.

EL ESTUDIANTE.—Eso me parece ya mucho más claro, pues al menos se ve aquí el fin y el medio.

MEFISTÓFELES.—Mi querido amigo, toda teoría es tan seca como verde y lozano es el árbol de la vida.

EL ESTUDIANTE.—Os juro que todo esto se me antoja un sueño. ¿Me atreveré a importunaros de nuevo sólo por oíros y aprovecharme de vuestra ciencia?

MEFISTÓFELES.—Podéis contar siempre con todo lo que de mí dependa.

EL ESTUDIANTE.—No puedo ausentarme sin presentaros antes mi álbum: dignaos concederme una línea.

MEFISTÓFELES.—Con mucho gusto.

(Escribe y le devuelve el álbum.)

EL ESTUDIANTE *lee*.—*Eristis sicut Deus, scientes bonum et malum.*

(Cierra el álbum con repeto, saluda y se retira.)

MEFISTÓFELES.—Sólo falta que practiques la vieja sentencia de mi prima la serpiente, para que tu semejanza con Dios te atormente algún día.

(Entra Fausto.)

FAUSTO.—¿Adónde debemos dirigirnos?

MEFISTÓFELES.—A donde tú desees. Podemos ver el grande y el pequeño mundo. ¡Con cuánto gusto y provecho vas a seguir su animado curso!

FAUSTO.—Sí; pero, a pesar de mi larga barba, puedo asegurarte que no sé vivir, así es que dudo mucho del éxito de mi empresa; nunca he sabido comportarme en el mundo: me siento tan pequeño en presencia de los demás, que a cada paso me veré turbado.

MEFISTÓFELES.—Mi buen amigo, todo esto se adquiere fácilmente, sólo te falta tener confianza en ti propio para saber vivir.

FAUSTO.—¿Cómo vamos a salir de aquí? ¿Dónde tienes caballos, criados y coche?

MEFISTÓFELES.—No tenemos más que extender esta capa para emprender un viaje aéreo, pero te encargo que no lleves grandes líos, porque no deja de ser nuestra ascensión bastante atrevida. Voy a preparar un poco de aire inflamable que no tardará en levantarnos del suelo y ya verás, si no pesamos demasiado, cuán rápido va a ser nuestro viaje. Te felicito por tu nueva carrera al través de la vida.

TABERNA DE AUERBACH DE LEIPZIG

Reunión de alegres compañeros

FROSCH.—¿No hay ya quien quiera beber y reír? Yo procuraré que hagáis algún visaje. Heos aquí hoy como paja mojada, vosotros que por lo regular sois todo fuego.

BRANDER.—Tú tienes la culpa, puesto que no pones sobre el tapete ni una tontería, ni una piedra de escándalo.

FROSCH, *arrojándole un vaso de vino a la cabeza.* Ahí tienes las dos cosas a un tiempo.

BRANDER.—¡Marrano!

FROSCH.—Puesto que lo deseabais, preciso era serlo.

SIEBEL.—Afuera los alborotadores, cantad con toda la fuerza de vuestros pulmones, bebed cuanto queráis y gritad como energúmenos: ¡Ah! ¡Eh! ¡Hola! ¡Oh!

ALTMAYER.—¡Ay de mí! ¡Estoy sordo! Traedme algodón, porque ese maldito me desgarra el tímpano.

SIEBEL.—Sólo cuando retumba la bóveda se puede juzgar del eco del bajo.

FROSCH.—Es cierto: a la calle el que empiece a amostazarse. ¡Ah! ¡Tara-rá lara-rá!

ALTMAYER.—¡Ah! ¡Tara, tara, rarí!

FROSCH.—Afinadas están las gargantas.

(Canta.)

«¿Cómo existe todavía
El santo imperio romano?»

BRANDER.—¡Vaya una canción tonta! Deja esa canción política, esa canción tan fastidiosa. Da gracias a Dios por no tener que pensar todos los días en el imperio romano. En cuanto a mí, considero como un gran bien el no ser emperador ni canciller. Con todo, nos es preciso un jefe; nombremos pues un Papa; ya sabéis qué calidad da la elección, y de qué modo eleva ésta al hombre.

FROSCH *canta.*

«Cantor de los bosques, ruiseñor querido,
Ve a saludar mil veces a mi amor.»

SIEBEL.—Nada de saludos a nuestras amadas, si no queréis fastidiarme.

FROSCH.—¡A mi querida, saludos y besos! No serás tú quien me lo impida. *(Canta.)*

«Descorre tus cerrojos
Sin hacer ruido,
Que tu amante te espera
Muerto de frío.»

SIEBEL.—Pondera y canta sus atractivos cuanto quieras, que no por ello dejará de engañarte; cuando te deje como me dejó a mí no podré menos de reírme. Désele por cortejo un gnomo que la requiebre en una encrucijada, o un viejo chivo que al volver del Blocksberg le dé al pasar las buenas noches, pero de ningún modo

un joven de carne y hueso, por no merecerlo semejante tunanta. Mi saludo para con ella consistiría en romperle todos los cristales.

BRANDER, *dando un golpe sobre la mesa.*—¡Silencio, silencio! Prestadme atento oído y os convenceréis todos de que soy hombre que sé vivir y que conozco el mundo. Hay aquí enamorados y, siguiendo la costumbre establecida, debo darles por buenas noches algo que les alegre. Atención, pues, y ahí va una canción de las que están hoy más de moda; únicamente os encargo que repitáis el estribillo con todo el vigor de vuestros pulmones. *(Canta.)*

«Una rata se alojó en una buena repostería y de tal suerte se llenó de harina y de manteca, que en menos de una semana tuvo la panza como el hermano Martín. Pero una mañana la cocinera puso a la rata un veneno y entonces ésta saltaba y corría como si tuviese el amor en el cuerpo.»

TODOS, *haciendo el coro.*—«Cual si tuviera el amor en el cuerpo.»

BRANDER.—«Corre, trota, bebe en todos los cacharros; come, roe y araña ventanas y cortinas. Nada le quita la sed. Pero cansada de tantos esfuerzos modera su furor como si la comadre tuviese el amor en el cuerpo.»

CORO.—«Como si tuviese el amor en el cuerpo.»

BRANDER.—«Devorada por el fuego del veneno, baja la escalera hasta la cocina, cae en el fogón, y allí hace una mueca que os inspiraría compasión, y viendo alegre a la cocinera, levanta la moribunda mirada como si tuviese el amor en el cuerpo.»

CORO.—«Como si tuviese el amor en el cuerpo.»

SIEBEL.—¡Cuán poca cosa divierte a esos imbéciles! ¡Qué gracia la de envenenar a una pobre rata!

BRANDER.—¿Luego las tienes en mucha estima?

ALTMAYER.—No es extraño que con su panza y su calva se conmueva tanto, porque ve en aquella rata hinchada su propio retrato.

(Entran Fausto y Mefistófeles.)

MEFISTÓFELES.—Debo, ante todo, introducirte en una alegre sociedad, para que veas cuán festivamente puede pasarse la vida. Con poca inteligencia y con mucho buen humor, cada cual va girando aquí en su estrecho círculo, como los gatos jóvenes que juegan con su cola. Con tal que tengan la cabeza libre y que el huésped les preste, viven alegres y sin ningún cuidado.

BRANDER.—He aquí dos viajeros, según lo indica claramente su aspecto; apostaría a que no hace una hora que han desembarcado.

FROSCH.—Soy de tu propio parecer. ¡Honor a nuestro Leipzig, que es un segundo París!

SIEBEL.—¿Quiénes son, en tu concepto, estos extranjeros?

FROSCH.—Déjame hacer y ya verás cómo logro con un solo brindis desenmascararles. A juzgar por su porte y su altivez, deben ser de elevada alcurnia.

BRANDER.—De seguro son charlatanes; apostaría algo.

ALTMAYER.—Puede ser muy bien.

FROSCH.—Ya veréis cómo voy a chasquearles.

MEFISTÓFELES, *a Fausto.*—Nunca esa pobre gente recela del diablo, ni aun cuando le tenga pegado a su cuerpo.

FAUSTO.—Muy buenos días, señores.

SIEBEL.—Os damos gracias por vuestra figura. (*En voz baja mirando de soslayo a Mefistófeles.*) ¿Qué querrá ese pícaro?

MEFISTÓFELES.—¿Nos permitiréis sentarnos junto a vosotros? Ya que nos falta buen vino, gocemos al menos de una buena compañía.

ALTMAYER.—Me parece que debéis hallaros contrariado.

FROSCH.—Habréis salido muy tarde de Ripach. ¿Habéis cenado esta noche en la hostería del señor Juan?

MEFISTÓFELES.—Hemos pasado por delante de ella, pero sin detenernos siquiera. La última vez que le hablamos, qué sé yo cuánto nos dijo acerca de sus primos, dándonos mil y mil expresiones para cada uno de ellos.

(Se inclina hacia Frosch.)

ALTMAYER, *en voz baja.* ¡Condenado! ¿Ya sabes a quién te diriges?

SIEBEL.—Es un compadre astuto.

FROSCH.—No importa; aguarda y verás cómo le cojo.

MEFISTÓFELES.—A no engañarme, hemos oído al entrar un coro de hermosas voces. Es verdad que el canto debe resonar admirablemente debajo de esta bóveda.

FROSCH.—¿Sois por acaso artista?

MEFISTÓFELES.—¡Oh! No; mi mérito no es mucho, pero mi afición es grande.

ALTMAYER.—Cantadnos algo.

MEFISTÓFELES.—Cantaré todo cuanto deseéis.

SIEBEL.—No os exigimos más que una canción, pero deseamos que sea enteramente nueva.

MEFISTÓFELES.—Casualmente llegamos de España, hermoso país del buen vino y las canciones.

(Canta.)

«Un rey en su palacio tenía una linda pulga...»

FROSCH.—Silencio, silencio. ¡Una pulga! ¿Lo habéis oído? ¡Una pulga! ¡Qué huésped tan raro!

MEFISTÓFELES, *canta.*—«Un rey en su palacio tenía una linda pulga, a la que amaba tan tiernamente como si formase parte de su propia familia; así que llamó cierto día a un sastre para que le hiciese un gran traje de corte.»

BRANDER.—Sobre todo, no olvidaría encargar al sastre que le tomase con exactitud la medida, a fin de que no se notase en sus calzones la más pequeña arruga.

MEFISTÓFELES.—«De paño, seda y armiño se viste a la beldad, que no tarda en ver adornar su pecho todas las órdenes conocidas; cualquiera la hubiese creído ministro al verla ostentar el cordón azul y la orden de la Jarretiera. Tan pronto como supo su familia la recepción que le había sido hecha en la corte, resolvió ir a instalarse en ella. Pero como, luego de su llegada, la reina, sus damas y todos los cortesanos tuviesen que rascar continuamente, sin poder descansar de día ni de noche, se sublevaron contra aquella tiranía insufrible, resolviendo dar muerte a cuantas pulgas les picaran.»

FROSCH.—¡Bravo, bravo! Eso es lo que debían haber hecho ya desde el primer día.

SIEBEL.—Otro tanto suceda a las demás pulgas.

BRANDER.—Apretad los dedos y no paréis hasta aplastarlas.

ALTMAYER.—¡Viva la libertad! ¡Viva el buen vino!

MEFISTÓFELES.—Con placer echaría un trago en honor de la libertad, a ser un poco mejor vuestro vino.

SIEBEL.—No os atreváis a repetirlo.

MEFISTÓFELES.—A no temer que el dueño lo tomase a mal, ofrecería a esos dignos convidados algo de nuestra bodega.

SIEBEL.—Podéis hacerlo sin ningún cuidado; yo respondo de ello.

FROSCH.—Dadnos de él un buen vaso, si queréis que se os elogie; lo que es yo sólo soy buen conocedor cuando puedo echar buenos tragos.

ALTMAYER, *en voz baja.*—Deben ser del Rhin; estoy seguro de ello.

MEFISTÓFELES.—Procuradme un barreno.

BRANDER.—¿De qué os servirá si no tenéis aquí ninguna cuba?

ALTMAYER.—Allí ha dejado el huésped una cesta de herramientas.

MEFISTÓFELES, *tomando el barreno de manos de Frosch.* Decidme ahora cuál queréis probar.

FROSCH.—¿Qué quéreis decir? ¿Tenéis por ventura un gran depósito?

MEFISTÓFELES.—Elija cada cual el que le parezca mejor.

Altmayer a FROSCH.—¡Ah! ¡Ah! Veo que empiezas ya a relamerte.

FROSCH.—Y ¿por qué no? Ya que puedo elegir, yo pido vino del Rhin; la patria es la que produce siempre lo más selecto.

MEFISTÓFELES, *abriendo un agujero en el borde de la mesa, junto al asiento de Frosch.*—Dadme pronto un poco de cera para que haga las veces de tapón.

ALTMAYER.—¡Ah! ¡Ah! Esto es un juego de manos.

MEFISTÓFELES, *a Frosch.*—¿Y vos?

BRANDER.—Yo quiero Champaña, que sea muy espumoso.

(Mefistófeles sigue barrenando, mientras está otro haciendo tapones para los agujeros.)

BRANDER.—No nos es siempre dado renunciar a los productos del extranjero, y no es extraño, si se atiende a que siempre está lo mejor lejos de nosotros. Un verdadero alemán no puede sufrir a los franceses, y sin embargo bebe con mucho gusto su vino.

SIEBEL, *mientras que Mefistófeles se le va acercando.*—Debo confesar que no me gusta el vino seco; dadme una copa del dulce.

MEFISTÓFELES, *barrenando.*—Brote, pues, para vos el Tokai.

ALTMAYER.—No, señores: miradme cara a cara. Bien lo veo, os burláis de nosotros.

MEFISTÓFELES.—Confesad que con hombres como vosotros no dejaría de ser esto algo peligroso. Vamos, decidme, ¿cuál es el vino que preferís?

ALTMAYER.—Me gustan todos, os lo digo francamente.

(Después de estar hechos y tapados todos los agujeros.)

MEFISTÓFELES, *haciendo extraños gestos.*—La viña produce uvas y cuernos el macho cabrío; es el vino un agradable rocío, y tiene la cepa una madera dura como el bronce. ¿Por qué la madera de esta mesa no ha de proporcionarnos, pues, el mosto necesario? Os juro que basta dirigir a la naturaleza una mirada investigadora para obrar semejante milagro. Ahora quitad los tapones y bebed a vuestro antojo.

(Todos quitando los tapones y recibiendo en sus vasos el vino apetecido.)

MEFISTÓFELES.—Sólo os encargo que no vertáis ni una gota.

(Se ponen a beber.)

TODOS, *cantando.*—«Bebamos, bebamos, bebamos como quinientos cochinos.»

MEFISTÓFELES.—¡He aquí a esos tontos enteramente emancipados! ¡Mira qué dichosos son!

FAUSTO.—Quisiera retirarme ahora.

MEFISTÓFELES.—Aguarda algunos instantes más y verás llegar la bestialidad a su mayor esplendor.

SIEBEL *bebe sin precaución, por lo que se le derrama el vino y se convierte en llama.*—¡Socorro! ¡Fuego! ¡Socorro! ¡El infierno se abre!

MEFISTÓFELES, *dirigiéndose hacia la llama.*—¡Cálmate, mi elemento querido!

(Volviéndose hacia los compañeros.)

No ha sido por esta vez más que una chispa del purgatorio.

SIEBEL.—¿Qué es esto? Aguardad, que la habéis de pagar cara. ¿Ignorabais sin duda con quiénes os la habíais?

FROSCH.—Volved a hacerlo.

ALTMAYER.—Pues yo opino por que se le ruegue despeje el campo.

SIEBEL.—¡Cómo! ¿Después de haber tenido la audacia de hacer aquí su hocuspocus?

MEFISTÓFELES.—¡Silencio, viejo tonel!

SIEBEL.—¡Si aún se atreverá a hacer aquí el guapo, ese palo de escoba!

BRANDER.—Aguardad un poco, si queréis que caiga una lluvia de palos.

ALTMAYER *arranca un tapón de la mesa y brota del agujero una llama que le alcanza.*—¡Me quemo! ¡Me quemo!

SIEBEL.—¡Brujería...! Arrojaos sobre él y haced que ese malvado no se burle de nosotros impunemente.

(Sacan sus puñales y se lanzan sobre Mefistófeles.)

MEFISTÓFELES, *con impasible gravedad.*—Encantos e ilusiones, turbad su razón y su vista, haciéndolas vagar de una a otra parte.

(Se paran asombrados, mirándose unos a otros.)

ALTMAYER.—¿Dónde estoy? ¡Cuán bello es el país que se extiende a mi vista!

FROSCH.—Una colina cubierta de viñedo. ¿No me engañan mis ojos?

SIEBEL.—¡Qué de racimos tengo a la mano!

BRANDER.—¡Cuántos racimos y copas hay entre los verdes pámpanos!

(Coge a Siebel por la nariz, hacen los demás otro tanto unos a otros y levantan los puñales.)

MEFISTÓFELES, *con la misma impasibilidad.* Caiga la venda de sus ojos para que vean cómo sabe el diablo burlarse de ellos.

(Desaparece con Fausto, y luego suelta cada cual su presa.)

SIEBEL.—¿Qué es esto?

ALTMAYER.—¿Qué?

FROSCH.—¿Era, pues, tu nariz?

BRANDER, *a Siebel.*—¡También yo tengo la tuya en la mano!

ALTMAYER.—¿Qué golpe ha sido eso? Tengo todos los miembros dislocados: pronto una silla porque desfallezco.

FROSCH.—Nada temas; sólo quiero que me digas lo que ha sucedido.

SIEBEL.—¿Dónde está el tunante? Si alguna vez llego a cogerlo, no saldrá vivo de entre mis uñas.

ALTMAYER.—Yo lo he visto salir por la puerta de la bodega montado en una cuba. Tengo los pies pesados como el plomo.

(Volviéndose hacia la mesa.)

¡Si al menos continuase el mosto manando! Todo es mentira.

SIEBEL.—¡Todo era ilusión y encantamiento!

FROSCH.—Y, sin embargo, yo habría jurado que estaba bebiendo buen vino.

BRANDER.—Y, ¿qué ha sido de aquellos racimos?

ALTMAYER.—¡Luego se dirá después de esto que no debe creerse en milagros!

COCINA DE UNA HECHICHERA

Hay una gran marmita hirviendo en un hogar muy bajo, en medio del vapor que exhala se ven revolotear raras figuras. Una mona, sentada junto a la marmita, la espuma y cuida de que no rebose. El mono, con sus pequeñuelos, se calienta a su lado. Las paredes y el techo están llenos de extrañas herramientas que usa la hechicera.

FAUSTO *y* MEFISTÓFELES

FAUSTO.—Mucho me repugna este fantástico aparato. ¿Puedes prometerme que recobraré la vida en medio de tantas extravagancias? ¿Qué consejos podrá darme una bruja? ¿Puede haber aquí mixtura alguna que me quite treinta años de encima? ¡Ay de mí! Si

no puedes procurarme otra cosa, he perdido ya toda esperanza. ¿Es posible que ni la naturaleza ni un doble espíritu no hayan descubierto un bálsamo en parte alguna?

MEFISTÓFELES.—Hete aquí, amigo mío, filosofando como siempre. Para rejuvenecerte hay, sin embargo, un medio muy natural; pero está en otro libro y forma un capítulo muy curioso.

FAUSTO.—Quiero saber en seguida cuál es ese medio.

MEFISTÓFELES.—Muy bien; es un medio que no exige dinero, medicina ni sortilegio. Dirígete ahora mismo al campo, toma la azada, ponte a trabajar, sepúltate con tu pensamiento en un estrecho círculo, conténtate con alimentos sencillos, vive como animal entre los animales y no te niegues a estercolar los campos que cultives. He aquí el medio más seguro para llegar joven a los ochenta años.

FAUSTO.—No estoy habituado a ello, y no podré por tanto decidirme a tomar nunca el azadón. Además, de ningún modo puede seducirme una vida tan austera.

MEFISTÓFELES.—Por esto debe la hechicera intervenir en este negocio.

FAUSTO.—Pero, ¿por qué ha de ser justamente esa vieja? ¿Por ventura no puedes tú mismo preparar el brebaje?

MEFISTÓFELES.—¡En verdad que sería un grato pasatiempo! Antes preferiría construir mil puentes. El arte y la ciencia no bastan, sino que es además indispensable la paciencia; necesitaría un espíritu tranquilo muchos años para confeccionarlo; sólo con el tiempo adquiere su fermentación la virtud necesaria, y son todos los ingredientes de que se compone sumamente raros. Ni aun el mismo diablo que se lo ha enseñado a ella podría ahora hacerlo.

(Divisando a algunos animales.)

¡Mira qué agradable y pequeña especie! He aquí la criada, allí está el criado. *(A los animales.)* Me parece que la vieja no debe encontrarse en casa.

LOS ANIMALES.—Se fue a comer fuera saliendo por la chimenea.

MEFISTÓFELES.—¿Puedes decirme, familia abandonada, si tardará mucho en volver?

LOS ANIMALES.—Lo que nosotros tardemos en calentarnos las patas.

MEFISTÓFELES.—¿Qué te parece de esos hermosos animales?

FAUSTO.—Que son los más repugnantes que he visto nunca.

MEFISTÓFELES.—No deja de ser cierto lo que dices, por más que sea contrario a los que mejor me sirven y más amo. (*A los animales.*) Decidme, raza maldita, ¿qué es lo que ahí estáis revolviendo?

LOS ANIMALES.—Estamos preparando la sopa para los pobres.

MEFISTÓFELES.—Que por lo visto deben ser muy numerosos.

EL MACHO, *acercándose y acariciando a Mefistófeles.*—Viejo diablo, disponed los dados y empecemos desde luego el juego infernal que ha de proporcionarme lo que necesito; venga el oro, sin el cual no hay en el mundo mérito posible, para que los que hoy me desdeñan, se me presenten después de rodillas.

MEFISTÓFELES.—Con sólo jugar a la lotería, creería ver el mico satisfechos sus deseos.

(Entre tanto juegan, los demás animales hacen rodar una gran bola.)

EL MACHO.—Tal es el mundo; sube, desciende y, como esta bola, va rodando sin descanso; es bello, sonoro y hueco como el cristal puro, y también, como él, a lo mejor se rompe, sin notarse a su choque más que un rastro de luz que pronto se desvanece. Huye, pues, de él, hijo mío; no te dejes deslumbrar por sus vivísimos colores, porque es su interior de polvo que el menor viento disipa.

MEFISTÓFELES.—¿Para qué sirve esa criba?

EL MACHO, *cogiéndola.*—Para conocer al que ha robado, cualesquiera que sean su aspecto y su astucia.

(Se dirige corriendo hacia la hembra y la obliga a que mire al través de la criba.)

Mira por ella quién es aquel ladrón y procura decirnos su nombre.

MEFISTÓFELES, *acercándose a la lumbre.*—¿Qué comida es ésa?

EL MACHO Y LA MONA.—¿Habráse visto topo igual? Ni sabe lo que es la marmita, ni lo que ésta contiene.

MEFISTÓFELES.—¡Descarada y maldita raza!

EL MACHO.—Toma esta escoba y siéntate en este escabel.

(Obliga a Mefistófeles a sentarse.)

FAUSTO, *que había estado hasta entonces contemplando un espejo tan pronto acercándose como alejándose de él.*—¿Qué es lo que veo? ¿Qué celestial imagen se me aparece en este mágico espejo? ¡Oh, amor! ¡Llévame en tus rápidas alas a la región que habita! Si me muevo de este sitio, aunque sea acercándome a ella, sólo la veo ya como al través de una nube. ¡Es la imagen más hermosa de la mujer! ¿Puede tener una mujer tanta belleza? ¿Será ese cuerpo tendido ante mí el conjunto de todas las maravillas de los cielos? ¿Puede haber cosa igual en el mundo?

MEFISTÓFELES.—Es claro que de la obra que costó a un Dios seís días, y que después él mismo se complació en ella, ha de resultar algo que sea extraordinariamente admirable. Continúa por esta vez saciando tu vista y deja a mi cuidado el seguir la pista a semejante tesoro; feliz el que pueda conducirla a su casa como esposa.

(Continúa Fausto con la vista fija en el espejo, mientras que Mefistófeles se tiende en el sillón jugando con una escoba y sigue hablando. Los animales, que habían hecho hasta entonecs mil raros movimientos, van en confusa gritería a presentar una corona a Mefistófeles.)

LOS ANIMALES.—Dignaos, señor, admitir esta corona que, aunque hecha trizas, podréis reparar a fuerza de sudor y de sangre.

(Y empiezan a saltar de un modo grotesco hasta que queda la corona hecha pedazos, con los que bailan en torno de Mefistófeles, a quien la ofrecen.)

Ya está hecho; sólo nos falta ahora hablar, ver, oír y reinar.

FAUSTO, *vuelto hacia el espejo.*—¡Infeliz de mí! ¡Casi me vuelvo loco!

MEFISTÓFELES, *señalando con el dedo a Los animales.*—¡Poco falta para que también mi razón se extravíe!

LOS ANIMALES.—Salgamos airosos de la empresa e inmensa será nuestra gloria.

FAUSTO, *como antes.*—Siento que el corazón se me inflama; alejémonos de aquí lo más pronto posible.

MEFISTÓFELES, *en la misma posición.*—Al menos debemos convenir en que son verdaderos poetas.

(La marmita, abandonada por la mona, empieza a desbordarse y se levanta una llama con violencia que se extiende por la chimenea. Al propio tiempo desciende la bruja al través de la llama, lanzando espantosos gritos.)

LA BRUJA.—¿No veis, canalla indigna, que me estoy achicharrando por vuestra torpeza y culpable abandono?

(Viendo a Fausto y a Mefistófeles.)

¿Qué es esto? ¿Quiénes sois vosotros? ¿Qué queréis de mí? Cara, muy cara vais a pagar vuestra audacia, pues no tardará el fuego en consumir vuestros huesos.

(Mete la espumadera en la marmita y empieza a arrojar llamas a Fausto y Mefistófeles, dando los animales terribles alaridos. Mefistófeles, volviendo la escoba que tiene en la mano, empieza a romper con su palo todos los vasos y ollas.)

MEFISTÓFELES.—Todos los muebles y utensilios de esta vieja bruja han de quedar hechos añicos, y luego le arreglaré la cuenta con este mismo palo por la zambra que ha armado.

(Retrocede la hechicera llena de espanto y de ira.)

¿Por ventura me has desconocido, esqueleto horrible? ¿No conoces ya a tu señor y tu amo? No sé cómo me contengo en no azotarte y hasta hacerte trizas junto con tus espíritus y tus gatos, al ver que no te causa ya ningún respeto el justillo rojo y que desconoces la pluma de gallo. ¿Acaso te he ocultado este rostro? ¿Por ventura estaré siempre obligado a nombrarme a mí mismo?

LA HECHICERA.—Perdonadme, señor, el indigno recibimiento que os he hecho; sin embargo, no veo la mano de caballo, así como tampoco vuestros dos cuernos.

MEFISTÓFELES.—Por esta vez consiento en perdonarte, aunque no sea sino por el tiempo que hace que no nos hemos visto. La civilización que regenera al mundo entero se extiende hasta el mismo diablo. Ya no se trata hoy día del fantasma del Norte, ni se ven en parte alguna cuernos, colas ni garras. En cuanto a la mano de caballo, de que no podría deshacerme, me sería perjudicial en el mundo; así que he adoptado, tiempo hace, como otros muchos jóvenes, la moda de llevar las pantorrillas postizas.

LA HECHICERA, *bailando.*—Loca estoy de alegría al verme visitada por el noble Satán.

MEFISTÓFELES.—Desde ahora te prohibo que vuelvas a darme semejante nombre.

LA HECHICERA.—¿Por qué? ¿Qué os ha hecho?

MEFISTÓFELES.—Porque tiempo hace que está escrito en el número de las fábulas, sin que por esto los hombres hayan mejorado; se han librado del espíritu del mal, pero ellos han continuado siendo igualmente malos. Llámame más bien señor barón, ya que soy caballero como los demás, y que no puedes dudar de la nobleza de mi sangre. Toma, he aquí el escudo que traigo.

(Hace un gesto indecente.)

LA HECHICERA.—¡Ah! ¡Ah! Sois en efecto vos; veo que continuáis siendo lo que habéis sido siempre, un gran pícaro.

MEFISTÓFELES, *a Fausto.*—Amigo mío, sírvate de ejemplo; ése es el modo con que debe tratarse a las brujas.

LA HECHICERA.—Ahora decidme, señores, ¿en qué puedo complaceros?

MEFISTÓFELES.—Dadnos un vaso del elixir que sabes, y que sea del más viejo, ya que los años aumentan su fuerza.

LA HECHICERA.—Con mucho gusto. Tengo allí un frasco del que yo por golosina acostumbro beber algunas veces, que no tiene ningún olor, y voy a ofreceros de él una copa.

(En voz baja a Mefistófeles.)

Pero si ese hombre la bebe sin estar antes preparado, como lo sabéis muy bien, no vivirá una hora.

MEFISTÓFELES.—Es un amigo, a quien hará esto un gran bien; te pido por él lo mejor que tienes en tu cocina. Vamos, pues, traza tu círculo, pronuncia tus palabras y dale una taza llena.

(La bruja traza un círculo, haciendo gestos extraños, y coloca luego en él mil cosas extravagantes, mientras que los vasos y las ollas empiezan a chocar entre sí, formando una rara música. Por fin trae un gran libro, coloca los animales en el círculo para que le sirvan de pupitre y le tengan los candelabros, e indica a Fausto que se acerque a ella.)

FAUSTO, *a Mefistófeles.*—Pero dime, ¿a qué viene todo esto? Sé lo que son esa farsa y esa insípida parodia, por lo que me inspiran horror.

MEFISTÓFELES.—¡Qué tontería! Más bien debiera causarte risa; vamos, no te muestres tan grave. Como conocedora en medicina, debe hacer antes su hocuspocus, para que el elixir o filtro te pruebe bien.

(Obliga a Fausto a entrar en el círculo. La hechicera se pone a leer en el libro y a declamar con énfasis.)

Has de saber que con uno se puede hacer diez, y por tanto tu riqueza es segura; de cinco y seis haz siete y ocho, y verás cumplido tus deseos, por más que nueve sea uno y diez ninguno. Tal es el gran sistema comprendido en el libro de toda hechicera.

FAUSTO.—Sin duda esta vieja delira.

MEFISTÓFELES.—Y aún verás otras muchas extravagancias que acabarán por convencerte de ello, antes de que termine ese libraco enteramente lleno de simplezas. No puedes figurarte el tiempo que me ha hecho perder; porque una contradicción completa es tan incomprensible para el sabio como para el ignorante, para el cuerdo como para el loco. Querido mío, es el arte a la vez antiguo y nuevo, y se ha procurado en todos los tiempos propagar el error en lugar de la verdad; por esto se charla tanto sobre cosas que no se comprenden; por esto hay locos que se obstinan en romperse los cascos para comprender lo incomprensible. Y, ¿sabes, por lo regular, de qué procede ese error tan funesto? De que el hombre no oye más que palabras, cree que éstas deben necesariamente inducir a la reflexión.

LA HECHICERA *continúa.*—Sí, creedlo; el poder de la ciencia, al que el mundo todo tiende los brazos, toca en suerte al hombre prudente que menos piensa en él.

FAUSTO.—¡Qué de extravagancias! Se me parte la cabeza; se me figura estar oyendo un coro de cien mil locos.

MEFISTÓFELES.—¡Basta! ¡Basta! Sibila consumada; danos tu bebida, procurando llenar las tazas hasta el borde, pues no temo cause a mi amigo daño alguno, porque es hombre acostumbrado a los tragos, en lo que ha alcanzado señalados triunfos.

(La bruja llena el vaso con mucho aparato, y en el acto que Fausto lleva el brebaje a sus labios brota del vaso una ligera llama.)

MEFISTÓFELES.—Vamos, ánimo, apúralo de un sorbo, y verás cómo se te alegra el corazón. ¿Es posible que, unido como estás con el diablo, te asuste tanto la llama?

(La hechicera rompe el círculo y Fausto se sale de él.)

Partamos desde luego; porque sólo necesitas ahora agitación y movimiento.

LA HECHICERA.—¡Buen provecho os haga el traguito!

MEFISTÓFELES *a la hechicera.*—Si necesitas de mí, no tienes más que decírmelo en el Walpurgis.

LA HECHICERA.—He ahí una canción que con sólo repetirla experimentaréis singulares efectos.

MEFISTÓFELES.—Ven pronto y déjate guíar, la transpiración es indispensable para que la fuerza te penetre interior y exteriormente. Luego te haré gustar las delicias de una digna ociosidad, y pronto sabrás en la embriaguez de todo tu ser cuáles son los placeres de Cupido.

FAUSTO.—¡Ah! ¡Permíteme dirigir al espejo una postrer mirada! ¡Era tan hermoso aquel fantasma de mujer!

MEFISTÓFELES.—No, no; pronto tendrás ante ti, lleno de vida, el modelo de todas las mujeres. (*Aparte.*) Con esa bebida en el cuerpo, verás una Elena en cada mujer.

UNA CALLE

FAUSTO *y* MARGARITA *paseando*

FAUSTO.—Hermosa señorita, ¿me atreveré a ofreceros mi compañía y mi brazo?

MARGARITA.—Yo no soy ni señorita ni hermosa, y no necesito que nadie me acompañe para volverme a mi casa.

(Se separa y huye.)

FAUSTO.—En verdad es una hermosa joven; no había visto en mi vida cosa igual: es a la vez modesta, graciosa y tiene algo de fascinador que me arrebata. ¡Nunca me será dado olvidar ni la tersura de sus mejillas, ni el carmín de sus labios! Inclinaba la vista de un modo que no se borrará ya más del corazón.

(Entra Mefistófeles.)

Escucha, preciso es que me proporciones esa joven.

MEFISTÓFELES.—¿Cuál?

FAUSTO.—La que acaba de pasar ahora mismo.

MEFISTÓFELES.—Aquélla, muy bien; venía de ver a su confesor, que la ha absuelto de todas sus culpas. Me he situado tras ella, y puedo asegurarte que es la misma inocencia; ha ido a echarse a los pies del confesor, sin tener pecado de qué arrepentirse; ningún poder tengo sobre ella.

FAUSTO.—Y con todo, tiene más de catorce años.

MEFISTÓFELES.—Hablas como Hans Liederlich, que quiere para sí las más hermosas flores, y que cree no haber honor ni gracia de que no sea digno, sin haber hecho cosa alguna para merecerlo; pero no es así siempre.

FAUSTO.—Basta, señor maestro, dejadme en paz y obrad en consecuencia de lo que voy a deciros: si esta noche no tengo en mis brazos aquella joven encantadora, nos separaremos hoy mismo para siempre.

MEFISTÓFELES.—Piensa ante todo en lo mucho que antes se debe hacer; pues necesito a lo menos quince días sólo para buscar la ocasión.

FAUSTO.—Y si yo pudiese tan sólo disponer de siete horas, no necesitaría de tu auxilio para seducir a semejante criatura.

MEFISTÓFELES.—Ya casi habláis como un francés, pero os suplico que no lo toméis con tanto afán. ¿De qué sirve anticipar tanto el goce? Su encanto es mucho menor cuando de antemano no habéis dispuesto vos mismo todos los medios posibles para coger en la red vuestra niña, conforme nos lo enseñan ciertos cuentos italianos.

FAUSTO.—¿Qué me importa a mí todo eso si no necesito ninguno de aquellos alicientes?

MEFISTÓFELES.—Pues ahora con formalidad os digo, de una vez para siempre, que no podéis ir tan deprisa con aquella hermosa niña. Ya que nos sería la fuerza enteramente inútil, empleemos la astucia.

FAUSTO.—Es tanto el dominio que sobre mí ejerce aquel ángel, que te pido me acompañes al sitio en que vive para que pueda ver al menos un pañuelo que haya cubierto su seno, una cinta con que haya intentado en valor realzar su belleza.

MEFISTÓFELES.—Para que os convenzáis de si quiero o no calmar vuestra pena os diré que no perdamos tiempo; porque quiero conduciros hoy mismo a su cuarto.

FAUSTO.—Y, ¿me será dado verla y estrecharla sobre mi pecho?

MEFISTÓFELES.—No; porque estará en casa de una vecina. Con todo podréis embriagaros libremente con la atmósfera que ella ha respirado y meceros en las halagüeñas esperanzas de una próxima dicha.

FAUSTO.—¿Podemos ya partir?

MEFISTÓFELES.—Aún es temprano.

FAUSTO.—Ve a buscarme entre tanto un obsequio para ella.

(Se va.)

MEFISTÓFELES.—¿Presentes ya? ¡Bueno! He aquí el mejor. Ya que sé yo parajes a propósito y antiguas joyas enterradas, voy a limpiar el polvo que las cubre.

LA NOCHE. UN CUARTO PEQUEÑO Y ASEADO

MARGARITA, *trenzándose el cabello.*—Daría cualquier cosa por saber quién era aquel caballero de esta mañana: su rostro y su porte indicaban claramente la nobleza de su estirpe. ¿Cómo, a no ser así, habría podido tener tanto desembarazo?

MEFISTÓFELES *y* FAUSTO

MEFISTÓFELES.—Entrad, pero despacio, entrad.

FAUSTO, *después de un momento de pausa.*—Te suplico que me dejes solo.

MEFISTÓFELES, *registrándolo todo.*—No todas las jóvenes tienen su cuarto tan perfectamente limpio.

(Sale.)

FAUSTO, *mirando en torno suyo.*—Salud, dulce crepúsculo que reinas en este santuario; embarga mi corazón, grata melancolía de amor que el perfume de la esperanza anima. ¡Cómo todo respira aquí paz, orden y contento! ¡Cuánta abundancia en esta pobreza, cuánta dicha en este calabozo!

(Se sienta en un sillón de cuero que hay junto la cama.)

¡Recíbeme, oh tú, que has tenido los brazos siempre abiertos para acoger a las pasadas generaciones, tanto en su dolor como en su alegría! ¡Cuántas veces los niños en tropel se habrán suspendido en torno de este trono patriarcal! Acaso también mi amada habrá venido aquí más de una vez cuando niña de frescas y rosadas mejillas

a besar la descarnada mano del abuelo, no sin dirigir antes una mirada de inocencia y de candor a ese Cristo divino. Siento vagar en derredor, ¡oh, hermosa niña!, ese espíritu de economía y de orden que te instruye cada día como una tierna madre que te inspira el modo como debe tenderse el tapete sobre la mesa, y te indica hasta los átomos de polvo que en tu habitación se agita. ¡Oh, dulce mano tan parecida a la mano de los dioses! Tú conviertes este humilde recinto en celestial morada, y allí...

(Alza una colgadura del lecho.)

¡Qué delirio se apodera de mí! Allí pasara yo una eternidad sin notar la duración del tiempo; allí fue, ¡oh, naturaleza!, donde en dulces sueños completaste a aquel ángel, allí donde reposa aquella niña, cuyo tierno seno palpita de calor y de vida; allí donde en una pura y santa actividad se desenvolvió la imagen de los dioses. Y a ti, ¿quién te ha conducido aquí? ¡Cuán profunda es la emoción que siento! ¿Por qué de tal modo se oprime mi corazón? ¡Miserable Fausto, ya no te conozco! Me hallo envuelto en una encantadora atmósfera. ¡Ávido buscaba los deleites, y ahora me pierdo en amorosos sueños! ¿Si seremos juguete de cada ráfaga que sople? Y si llegase ella a entrar en este instante, ¡cuán cara pagarías tu audacia! ¡Cuán pequeño sería y cómo desaparecería ante ella el grande hombre!

MEFISTÓFELES.—Date prisa porque ya la veo llegar.

FAUSTO.—Alejémonos, pues no quiero volver de nuevo aquí.

MEFISTÓFELES.—He ahí una cajita que pesa regularmente y que he recogido en cierto punto: metedla en el armario y os juro que la hará perder el juicio. He puesto en ella varias frioleras para alcanzar una sola cosa. Bien lo sabéis: el niño siempre es niño, y un juego siempre es juego.

FAUSTO.—No sé si debo...

MEFISTÓFELES.—¿A qué esa pregunta? ¿Por ventura deseáis quedaros con ese tesoro? En este caso aconsejo a vuestra avaricia que no me haga perder el tiempo. Espero que no seréis avaro; pero caso de que no sea así, me rasco la cabeza y me lavo las manos.

(Pone la cajita en el armario y le cierra.)

Alerta y marchémonos rápidamente, a fin de que la tierna niña se vuelva hacia vos siguiendo los impulsos de su corazón. Heos ahí plantado como si se tratase de dar una lección, como si tuvieseis ante vos en carne y hueso a la física y metafísica encanecidas. Partamos.

(Salen.)

MARGARITA, *con una lámpara.*—¡Cuán sofocado está aquí el ambiente! Y sin embargo, no es mucho el calor que hace fuera. Estoy no sé cómo; quisiera que hubiera llegado ya mi madre. Todo mi ser se estremece... ¡Qué loca soy en asustarme de este modo sin el menor motivo!

(Empieza a desnudarse cantando.)

«Había un rey en Thule que fue fiel hasta la muerte y al que legó su querida una cincelada copa de oro. Nada había para él de tanto valor como aquel vaso querido que no podía nunca vaciar sin que se le llenasen los ojos de lágrimas. Cuando vio su muerte próxima llamó a su hijo para entregarle todo cuando poseía excepto aquella copa que por tanto tiempo había sido su consuelo y su tristeza. Poco después invitó a comer a todos los nobles mandando que fuese dispuesta la mesa en una antigua sala que daba al mar, y después de brindar por el dichoso reinado de su sucesor, arrojó la copa, que no tardó en desaparecer entre las olas como desapareció él aquel mismo día de entre los hombres.»

(Abre el armario para encerrar en él sus vestidos y ve la cajita que contiene las alhajas.)

¿Cómo puede estar aquí esta preciosa caja, cuando había cerrado perfectamente el armario? En verdad es esto sorprendente, pero ¿qué contendrá? Quizá la habrá dejado alguien como prenda por lo que le haya prestado mi madre. He aquí la llavecita que cuelga de una cinta. ¡Si me atreviese a abrirla! ¿Qué es esto, Dios mío? No he visto en mi vida cosa igual: un adorno capaz de satisfacer el deseo de la señora más exigente. Desearía saber qué tal me va este collar de perlas. ¿De quién será tanta riqueza?

(Se pone las joyas y se acerca al espejo.)

¡Ya me contentaría yo con estos anillos! ¡Así está una desconocida! ¿De qué te sirven, juventud, tu belleza y tus encantos? Todos convienen en que son estos dones los más preciosos, pero nadie piensa en la joven que no es rica y sólo por piedad nos dirigen una mirada o un piropo. Todo va en pos del oro, todo depende del oro. ¡Ah! ¡Qué desgraciadas somos!

UN PASEO

FAUSTO *paseándose pensativo y* MEFISTÓFELES *dirigiéndose hacia él*

MEFISTÓFELES.—Maldito sea el amor desdeñado, malditos los elementos infernales y quisiera saber algo peor que poder maldecir.

FAUSTO.—¿Qué es lo que así te exalta y te agita? No he visto en mi vida una cara tan horrible.

MEFISTÓFELES.—Gustoso me daría ahora mismo a todos los diablos a no ser yo uno de ellos.

FAUSTO.—¿Qué es lo que de tal suerte te ha trastornado el juicio? ¡Si vieras cuán bien te sienta el jurar de este modo!

MEFISTÓFELES.—Sabe que el adorno que me había procurado para Margarita ha ido a parar a manos de un clérigo. Cuando la madre vio el aderezo, se quedó asombrada; y como la buena mujer tiene excelente olfato por estar siempre con la nariz pegada a los muebles a fin de saber si es cada uno de ellos santo o profano, de aquí el que no le hayan parecido ser de la mejor procedencia nuestras joyas. Por eso ha exclamado: Hija mía, los bienes mal adquiridos turban el alma y consumen la sangre; consagremos esto a la Madre de Dios y descenderá sobre nosotros la bendición del cielo. La joven Margarita no quedó al parecer muy satisfecha, ni menos convencida de lo que acababa de decirla su madre; es un regalo, se decía, y veo que puede muy bien admitirse sin ningún recelo, y, francamente, no puede ser un impío el que con tanta galantería ha traído aquí éstas. La madre, sin embargo, hizo llamar a un clérigo que, enterado del caso, opinó como la anciana: esto es, que debía renunciarse a aquel tesoro de procedencia oscura, añadiendo que sólo él podía encargarse de un bien injustamente adquirido.

FAUSTO.—Ésa es la costumbre, pues también algunos reyes obran de este modo.

MEFISTÓFELES.—Así es que se apoderó de todas las alhajas sin darles siquiera las gracias, como si se tratara de la cosa más insignificante, y les prometió en cambio todas las dichas del cielo, dejando a una y otra muy convencidas.

FAUSTO.—¿Y Margarita?

MEFISTÓFELES.—Está agitada e inquieta, no sabe lo que quiere ni lo que debe hacer; únicamente piensa en las alhajas y, sobre todo, en el que se las ha llevado.

FAUSTO.—El dolor de mi amada me inquieta vivamente; procúrate de nuevo otro cofrecito, ya que con tanta facilidad adquiriste el primero; además, no me pareció ser muy suntuoso.

MEFISTÓFELES.—¡Ah! ¡Sí: para este caballero todo es niñería!

FAUSTO.—Sigue un consejo que voy a darte; únete con la vecina, obra como un verdadero diablo y tráeme otro aderezo.

MEFISTÓFELES.—Sí, todo lo haré con gusto por mi gracioso dueño.

(Sale Fausto.)

Este loco enamorado sería capaz de pedir el sol, la luna y las estrellas por satisfacer un capricho de su amada.

(Sale.)

CASA DE LA VECINA MARTA

MARTA, *después* MARGARITA, *luego* MEFISTÓFELES

MARTA, *sola*.—Mi querido esposo (Dios le perdone) no se portó muy bien conmigo; él se fue a viajar y a mí me dejó sola en la desgracia. Y, sin embargo, Dios sabe que lejos de darle ningún disgusto le amaba tiernamente. (*Llora.*) Tal vez habrá muerto. ¡Si al menos tuviese su partida de defunción!

(Entra Margarita.)

MARGARITA.—¿Señora Marta?

MARTA.—¿Qué quieres, querida mía?

MARGARITA.—Apenas puedo tenerme en pie, pues acabo de encontrar en mi armario un nuevo cofrecito, es de ébano y contiene joyas mucho más ricas y primorosas que las de la primera vez.

MARTA.—No vayas ahora a decírselo a tu madre, si no quieres que también se las entregue a su confesor.

MARGARITA.—¡Ah! ¡Mirad qué hermoso es esto!

MARTA, *poniéndose las joyas.* ¡Dichosa criatura!

MARGARITA.—¡Qué lástima no poder presentarme así ni en la calle ni en la iglesia!

MARTA.—Ven a verme con frecuencia, y podrás aquí adornarte en secreto y pasar una hora delante del espejo, lo que no deja de ser siempre una satisfacción, y luego se presentará una ocasión o alguna fiesta, en las que podrás poco a poco presentarte en público. Empezarás por una cadena, luego por los pendientes, y sin que tu madre lo note, hasta que se lo hagan observar los demás.

MARGARITA.—¿Quién ha podido traer aquí las dos cajitas? En verdad parece esto un sueño, un cuento de hadas.

(Llaman a la puerta.)

¡Dios mío! ¡Si fuese mi madre!

MARTA, *mirando al través de la cortina.*—Es un desconocido. ¡Adelante!

(Entra Mefistófeles.)

MEFISTÓFELES.—Espero, señoras, me perdonaréis la libertad que me tomo de presentarme aquí.

(Saluda respetuosamente a Margarita.)

Desearía hablar a la señora Marta Schwedrtlein.

MARTA.—Soy yo. ¿Qué tenéis que decirme?

MEFISTÓFELES, *en voz baja a Marta.*—Ahora ya os conozco y me basta. Veo que tenéis una visita; perdonadme la libertad que me he tomado; volveré a la tarde.

MARTA, *en voz alta.*—Figúrate, hija mía, que el señor te toma por una señorita de gran tono.

MARGARITA.—Pues soy una pobre; ese caballero me hace demasiado favor; sabed que estos adornos no son míos.

MEFISTÓFELES.—No consiste todo en los adornos, pues tenéis unos modales y una mirada tan penetrante, que no me dejan duda alguna. ¡Cuánto me alegro de poder quedarme y hablaros!

MARTA.—¿Qué noticias me traéis? Creed que deseo...

MEFISTÓFELES.—Quisiera ser portador de más agradables noticias, pero espero no tomaréis a mal lo que voy a deciros. Vuestro esposo ha muerto y os envía un saludo.

MARTA.—¡Ha muerto! ¡Díos mío! ¡Mi pobre esposo ha muerto! ¡Ah! ¡Yo también muero!

MARGARITA.—Mi querida señora, no os desesperéis de ese modo.

MEFISTÓFELES.—Escuchad el triste suceso.

MARGARITA.—Por esto sentiría amar en la vida, porque semejante pérdida sería para mí un golpe mortal.

MEFISTÓFELES.—Preciso es que el placer tenga sus penas y el dolor sus placeres.

MARTA.—Contadme su trágico fin.

MEFISTÓFELES.—Yace en Padua, junto a San Antonio, siendo sagrada la tierra en que duerme su sueño de muerte.

MARTA.—¿No me traéis de su parte cosa alguna?

MEFISTÓFELES.—Sí, por cierto, una súplica importante y grave que consiste en que hagáis celebrar por él trescientas misas. En cuanto a mis bolsillos puedo aseguraros que están vacíos.

MARTA.—¡Cómo, ni una medalla, ni una prenda cualquiera! ¿Ni lo que un artesano, por miserable que viva, ahorra y guarda cuidadosamente como un recuerdo, aun cuando muera de hambre o tenga que mendigar?

MEFISTÓFELES.—Aún tengo, señora, el corazón desgarrado, y en verdad que no tiraba su dinero, pero ha sido muy desgraciado; sin embargo, podéis tener el consuelo de que ha muerto arrepentido.

MARGARITA.—¡Ah! ¡Que sean los hombres tan desgraciados! No me olvidaré de hacer rezar por el más de un Requiem.

MEFISTÓFELES.—Sois una joven bondadosa y encantadora, y por tanto digna de contraer muy pronto matrimonio.

MARGARITA.—De ningún modo lo deseo por ahora.

MEFISTÓFELES.—Si no un esposo, debierais al menos tener un amante, pues nada hay tan dulce como las horas que se pasan junto al objeto de nuestro cariño.

MARGARITA.—Eso no se acostumbra en esta ciudad.

MEFISTÓFELES.—Sea o no costumbre, puede hacerse.

MARTA.—Contadme, pues...

MEFISTÓFELES.—Estaba junto a su lecho de muerte, que era poco menos que de estiércol, porque estaba la paja de su jergón enteramente podrida; pero de tal modo murió como cristiano, que no cesaba de repetir que estaba mucho mejor de lo que merecía. «¡Ah!, exclamaba; ¡cuánto debe reprenderme el haber abandonado mi oficio y mi esposa! ¡Ah! ¡Este recuerdo me mata! ¿Si se dignara aún a perdonarme?»

MARTA, *llorando.*—¡Pobre y digno esposo mío! ¡Hace ya tiempo que te he perdonado!

MEFISTÓFELES.—«Pero, añadía, Dios lo sabe, pues ella tuvo más culpa que yo.»

MARTA.—En eso mintió a pesar de verse al borde del sepulcro.

MEFISTÓFELES.—No es extraño, si se atiende a que si mal no lo recuerdo chocheaba en sus últimos momentos. «Nunca tuve a su lado, decía, ni un momento de calma, porque no sólo me era preciso cargar con toda el peso del matrimonio y procurar a mis hijos el pan necesario, sino que ni aun podía comer en paz la escasa parte que de él me correspondía.»

MARTA.—¡Cómo! ¿Es posible que llegase así a olvidar mis afanes y mi solicitud tierna y constante?

MEFISTÓFELES.—Al contrario, creo que los tenía grabados en el fondo de su alma. «Cuando partí de Malta, decía, oré con fervor por mi esposa y por mis hijos, y debo confesar que el cielo se me mostró piadoso, pues nuestro buque apresó una nave turca cargada de tesoros del sultán. Tuvo el valor su recompensa; y a mí como era natural me tocó una buena parte.»

MARTA.—¿Cómo? ¿Dónde fue esto? ¿Si habrá enterrado tal vez su tesoro?

MEFISTÓFELES.—¿Quién sabe adónde lo habrán llevado los cuatro vientos? Una hermosa joven se enamoró de él mientras estaba recorriendo la ciudad de Nápoles y llegó a amarle de tal modo que ni en su última hora pudo olvidarla.

MARTA.—¡Pícaro! ¡Ladrón de sus hijos! ¡Luego ni la desgracia ni la miseria pudieron hacerle renunciar a su vida infame y depravada!

MEFISTÓFELES.—Ya veis cómo ha muerto. A ser yo vos me limitaría al año de riguroso luto, establecido por la costumbre, y luego buscaría un nuevo esposo.

MARTA.—¡Dios mío! Difícilmente podría hallar otro en el mundo que reuniese las cualidades de primero, que sí era un loco, pero un loco de corazón; no tenía más defectos que los de una afición excesiva a los viajes, a las mujeres, al vino extranjero y a ese maldito juego de los dados.

MEFISTÓFELES.—Así podréis soportarlo más fácilmente, caso de que os volviese a suceder lo mismo. Os aseguro que bajo esta condición, de buena gana cambiaría con vos el anillo.

MARTA.—¡Ah! ¡Qué aficionado sois a bromear!

MEFISTÓFELES, *aparte.*—Debo retirarme, porque es mujer y podría coger al diablo por la palabra. (*A Margarita.*) ¿Cómo está el corazón?

MARGARITA.—¿Qué queréis decir con eso?

MEFISTÓFELES, *aparte.*—¡Buena e inocente criatura! (*En voz alta.*) Señora, tengo el honor de saludaros.

MARGARITA.—Adiós.

MARTA.—Por piedad, decidme antes de marcharos cómo, cuándo y dónde cayó enfermo, murió y fue enterrado mi buen esposo; porque siempre en todo me ha gustado el orden. Quisiera, además, que fuese su muerte anunciada públicamente.

MEFISTÓFELES.—Nada más fácil, señora, porque en todos los países basta la declaración de dos testigos para probar la verdad y viene conmigo un apuesto joven, íntimo amigo mío, que haré comparezca ante el juez, por lo que voy a buscarle.

MARTA.—Os lo agradezco mucho.

MEFISTÓFELES.—Haced que esa joven esté también aquí presente. Es un excelente muchacho que ha viajado mucho, y que es, sobre todo, muy galante y cortés con las señoritas.

MARGARITA.—Voy a avergonzarme delante de ese caballero.

MEFISTÓFELES.—No, ni aun ante ningún monarca de la tierra.

MARTA.—Allí en mi jardín aguardaremos esta noche a esos caballeros.

UNA CALLE

FAUSTO *y* MEFISTÓFELES

FAUSTO.—¿Qué hay de nuevo? ¿Cómo está el asunto? ¿Se adelanta mucho?

MEFISTÓFELES.—Bien, bien: así os quiero siempre, tan animado. Dentro de poco será Margarita enteramente vuestra. Esta noche la

veréis en casa de Marta, su vecina, la mujer más a propósito para desempeñar el papel de tercera.

FAUSTO.—¡Cuánto me alegro!

MEFISTÓFELES.—En cambio se nos va a pedir una cosa.

FAUSTO.—Un favor merece otro.

MEFISTÓFELES.—Hemos de declarar ante el juez que los restos mortales del esposo de Marta yacen en Padua y que fueron sepultados en tierra santa.

FAUSTO.—Esto sí que es gracioso, pues ahora tendremos que hacer un viaje a Padua.

MEFISTÓFELES.—*¡Sancta simplicitas!* No se trata de eso y sí tan sólo de justificar aquel hecho sin tener más datos.

FAUSTO.—Si en eso consiste todo, desde ahora te digo que nuestro proyecto va a fracasar.

MEFISTÓFELES.—Seríais en verdad un santo varón si obraseis en este asunto como habéis dicho antes. ¿Es, por ventura, ésta la primera vez que afirmáis en vuestra vida una cosa que ignoráis por completo? ¿No os habéis atrevido por imperturbable calma a definir a Dios, al mundo, a todo cuanto en él ocurre y hasta los plantes todos que pueden concebir la mente y el corazón del hombre? Y, sin embargo, si descendéis al fondo de vuestra conciencia, me confesaréis que no sabéis de todo aquello más de lo que conocéis hasta ahora acerca de la muerte de Schwedrtlein.

FAUSTO.—Eres y serás siempre un trapacero y un sofista.

MEFISTÓFELES.—Podré serlo, pero en cambio habrá otros que lo son mucho más. Vos mismo, que sois hombre de honor, ¿no iréis mañana a seducir a esa pobre Margarita jurándola un amor puro y sincero?

FAUSTO.—Sí, es verdad, y lejos de ser falsas mis palabras, saldrán del fondo de mi alma.

MEFISTÓFELES.—¡Magnífico! Y luego la hablaréis de constancia eterna, de amor inextinguible, de inclinación irresistible y única, y ¿acaso todas estas palabras os saldrán también del fondo del alma?

FAUSTO.—Dejemos eso. Cuando impulsado por mis sentimientos y por mi delirio busco en vano palabras que expresen mis ideas, y cansado me precipito en el torbellino empleando las palabras

más sublimes hasta el punto de dar al fuego en que me abraso los nombres de infinito y eterno, no te negaré que cometo tal vez una acción diabólica.

MEFISTÓFELES.—Ya ves que digo bien.

FAUSTO.—Préstame atento oído y no olvides lo que voy a decirte. El que quiere tener razón y habla solo, de seguro logrará el fin que se propone; así es que, como yo estoy ya fatigado de tanto charlar, la tendrás de sobra por poco que sigas hablando.

UN JARDÍN

MARGARITA *del brazo de* FAUSTO, MARTA *y* MEFISTÓFELES *paseando*

MARGARITA.—No se me oculta, caballero, que sólo para aturdirme descendéis hasta mí, obrando en esto como acostumbran hacerlo todos los viajeros. Porque imposible que mi conversación pueda interesar a un hombre tan sabio como vos.

FAUSTO.—Una mirada, una palabra tuya dicen más que toda la ciencia de este mundo.

(La besa la mano.)

MARGARITA.—¿Qué hacéis? ¿Cómo podéis besar tan rústica mano? Es mi madre tan exigente, que me obliga a hacer todos los trabajos de la casa.

(Pasan.)

MARTA.—¿De suerte que viajáis continuamente?

MEFISTÓFELES.—¡Cómo ha de ser! El deber, los negocios, todo nos impulsa a ello. ¡Si vieseis con cuánto dolor abandonamos ciertos países! Y, no obstante, sabemos muy bien que no podemos establecernos en ellos.

MARTA.—Comprendo que en la juventud ha de tener muchos encantos esa vida errante y variada; pero llega una edad en que el tener que marchar solo hacia el sepulcro en el celibato ha de ser muy triste.

MEFISTÓFELES.—Ya empiezo a verla con espanto.

MARTA.—Por esto debéis pensarlo con tiempo.

(Pasan.)

MARGARITA.—Y una vez ausente no os acordaréis más de mí. Sois muy cortés y yo muy sencilla, y además tenéis numeroso amigos que pronto os harán olvidar todas vuestras promesas.

FAUSTO.—Créeme, alma mía; todo eso que el mundo llama cortesanía y ciencia, no es más que vanidad y orgullo.

MARGARITA.—¿Cómo?

FAUSTO.—¡No conocerán nunca la modestia y la inocencia lo mucho que valen! La humildad y la modestia, que son los más hermosos dones que en su amor ha dispensado el cielo a los seres privilegiados, quedan siempre sin recompensa en la tierra.

MARGARITA.—Pensad en mí un instante, ya que no me ha de faltar a mí tiempo para pensar en vos.

FAUSTO.—¿Acostumbráis estar sola?

MARGARITA.—Sí; nuestro hogar, aunque pequeño, es preciso cuidarle. No tenemos criada y tengo que cocinar, hacer calceta, coser y salir mañana y tarde. ¡Es mi madre tan cuidadosa y puntual en todo! Y no es que su posición la obligue a obrar de este modo, pues, al contrario, podría muy bien prescindir de ello por habernos dejado mi padre un haber regular, una casita y una pequeña huerta fuera de la población. Con todo, paso ahora días muy tranquilos; mi hermano es soldado y mi hermanita murió, después de haberme dado, ¡pobre niña!, muy malos ratos, y ¡ojalá pudiese aún dármelos!

FAUSTO.—Por poco que se te pareciese había de ser un ángel.

MARGARITA.—Yo la hacía las veces de madre y ella me amaba tiernamente: nació después de la muerte de mi padre. Mi madre estaba a la sazón tan enferma, que temía también perderla; pero al fin fue mejorando lenta y penosamente. En tal estado, imposible le fue criar a mi hermanita, por lo que me encargué yo de alimentarla con leche y agua; viéndola desde entonces sonreír y crecer en mis brazos y sobre mis rodillas.

FAUSTO.—¿No experimentáis ahora la dicha más pura?

MARGARITA.—Sí, en efecto; pero también pasé en cambio horas de tristeza. La cuna de la niña estaba colocada de noche junto a mi cama, despertándome a cada movimiento que mi ángel hacía; preciso era entonces darla de beber, acostarla a mi lado y, si no callaba, pasearla hasta el amanecer, tiritando de frío, y, sin embargo, tenía al día siguiente que ir al lavadero, a la compra y cuidar la casa, sin que ni un solo día pudiese prescindir de hacerlo. Bien veis que no era la

vida más a propósito para estar siempre alegre, pero, al menos, comía bien y dormía mejor.

(Pasan.)

MARTA.—Las pobres mujeres pierden con eso la cabeza. ¡Es tan difícil convertir a un solterón!

MEFISTÓFELES.—Sólo me falta una persona como vos para entrar en el buen camino.

MARTA.—Decídmelo francamente. ¿Nada habéis encontrado aún? ¿No suspira vuestro corazón por ningún objeto querido?

MEFISTÓFELES.—El proverbio dice: «La posesión de una casa y de una mujer buena es preferible al oro y las perlas.»

MARTA.—Quiero decir si habéis sido mirado alguna vez con buenos ojos.

MEFISTÓFELES.—En todas partes se me ha recibido muy bien.

MARTA.—Pero, ¿no ha tenido vuestro corazón hasta ahora algún ser preferido?

MEFISTÓFELES.—Nunca debe uno bromear con las mujeres.

MARTA.—Veo que no me entendéis.

MEFISTÓFELES.—Lo siento en el alma.

(Pasan.)

FAUSTO.—¿Luego me has conocido ya al entrar en el jardín, ángel mío?

MARGARITA.—¿No habéis notado cómo inclinaba los ojos?

FAUSTO.—Y, ¿me dispensas la libertad que tomé el otro día al salir de la iglesia?

MARGARITA.—Mi turbación fue tanta, que en mi vida había experimentado cosa igual, a pesar de no haber cometido ninguna falta. ¡Ah!, pensé, justamente ha de haber notado en ti maneras poco finas, cuando se ha atrevido a obrar de aquel modo. Sin embargo, os lo confieso: sentí en mí algo que no me permitió odiaros como yo quería.

FAUSTO.—¡Niña adorada!

MARGARITA.—Dejadme.

(Coge una margarita y la deshoja.)

FAUSTO.—¿Qué es lo que estás haciendo? ¿Un ramillete?

MARGARITA.—No, un juego.

FAUSTO.—¿Cómo?

MARGARITA.—Vamos, ¿os reiréis de mí?

(Deshoja la flor y murmura en voz baja.)

FAUSTO.—¿Qué murmuras?

MARGARITA *a media voz.*—Me ama y no me ama.

FAUSTO.—¡Querido ángel del cielo!

MARGARITA, *continuando.*—Me ama; no me ama, no.

(Arrancando la última hoja con dulce calma.)

FAUSTO.—Sí, hija mía: deja que la voz de esa flor sea para ti el oráculo de los dioses. ¡Te ama! ¿Comprendes lo que indica? ¡Te amo!

(Toma sus dos manos.)

MARGARITA.—¡Tiemblo!

FAUSTO.—¡Ah! no tiembles; que sólo te indiquen esta mirada y este apretón de manos lo que no puede decirse. Entreguémonos sin reserva al deleite de una dicha eterna, pues su fin sería la desesperación; que no tenga, pues, fin.

(Margarita le estrecha la mano, se desprende y huye; Fausto se queda un momento pensativo y luego se lanza en pos de ella.)

MARTA, *al volver.*—Tenemos la noche encima.

MEFISTÓFELES.—Sí, debemos marcharnos.

MARTA.—De buena gana os rogaría que os quedaseis; pero es la vecindad tan mala, que luego seríamos objeto de su maledicencia. ¿Y nuestra joven pareja?

MEFISTÓFELES.—Están corriendo por esas calles de árboles como alegres mariposas.

MARTA.—Parece que la ama.

MEFISTÓFELES.—Y ella a él también; así va el mundo.

(Un pequeño pabellón del jardín. Margarita entra en él, se esconde detrás de la puerta y con el dedo puesto en los labios, mira por una rendija.)

MARGARITA.—Hele aquí.

FAUSTO, *al llegar.*—¡Ah! bribona, ¿así te burlas de mí? Ya te cogí.

(La besa.)

MARGARITA, *cogiéndole a su vez y devolviéndole el beso.* Querido mío, ¡te amo con toda mi vida!

(Mefistófeles empujando la puerta.)

FAUSTO, *furioso.*—¿Quién llama?

MEFISTÓFELES.—Un amigo.

FAUSTO.—¡Un animal!

MEFISTÓFELES.—Hora es ya de separarse.

MARTA, *acudiendo.*—Sí, caballero, porque ya es tarde.

FAUSTO.—¿Me permitiréis que os acompañe?

MARGARITA.—Mi madre me espera. Adiós.

FAUSTO.—Luego, ¿es preciso separarnos? ¡Adiós!

MARTA.—Buenas noches.

MARGARITA.—Hasta nuestra próxima entrevista.

(Salen Fausto y Mefistófeles.)

MARGARITA.—¡Dios mío! ¿Qué ha de pensar ese hombre? Estoy siempre aturdida en su presencia, y a todo le contesto sí. Siendo como soy una joven inocente y pobre no sé lo que puede encontrar en mí que le sea agradable.

SELVA Y CAVERNA

FAUSTO, *después* MEFISTÓFELES

FAUSTO *solo.*—Espíritu sublime, que me has dado todo cuanto te pedía; no en vano volviste hacia mí tu rostro en la llama. Me has hecho soberano de esta naturaleza poderosa y sublime, dándome al propio tiempo la fuerza de sentir y de gozar. No te has limitado

a concederme una admiración fría y estúpida, sino que me has dado a conocer sus secretos más íntimos leyendo en ella como en el seno de un amigo. Tú has puesto ante mis ojos todos los seres vivientes y enseñádome a conocer mis hermanos en la callada selva, en el aire y en las aguas, y cuando la tempestad ruge en el monte arrancando de raíz los pinos gigantescos, cuyos troncos al chocar entre sí hacen temblar la comarca, me proporcionas un asilo seguro en las cavernas y me revelas todas las maravillas y profundos misterios de mi ser. Luego remonta a mi vista la luna silenciosa y pura atemperándolo todo y del seno de las peñas y del de las plantas húmedas veo deslizarse las blancas sombras del pasado, suavizando la áspera voluptuosidad de la contemplación. ¡Ah! ¡Cuán penetrado estoy ahora de que no puede haber cosa perfecta para el hombre! Me has procurado un mar de delicias que cada vez más me acerca a los dioses, pero en cambio me diste a ese amigo del que soy ya inseparable por más que altivo y frío me humille a mis propios ojos y de un soplo reduzca a nada tus mercedes. Se complace en inflamar mi pecho para impulsarme a ir en pos de aquel hermoso ángel, sólo por verme ir ebrio del deseo al goce, y en el goce, suspirar por el deseo.

(Se presenta Mefistófeles.)

MEFISTÓFELES.—¿Aún no os fatiga esa vida? ¿No acabaréis al fin por abandonarla? Bueno es probarlo todo una vez, pero luego debe ir el hombre en pos de nuevas sensaciones.

FAUSTO.—Quisiera que empleases el tiempo de un modo más útil que el de atormentarme en mis más hermosos días.

MEFISTÓFELES.—¡Ah! ¡Ah! Quieres que no turbe tu reposo; de seguro no hablas con seriedad. En verdad no sería una gran desgracia tener que separarse de un amigo tan descontentadizo, mal humorado y loco como tú. Después de afanarse uno todo el día por complacerle, acaba siempre por fastidiarse como si llevase escrito en la frente lo que desea y lo que quiere.

FAUSTO.—He aquí su eterna canción: me fastidia y quiere que le esté reconocido.

MEFISTÓFELES.—¿Cuál sería tu vida sin mí, mísero hijo del polvo? Yo te curé de los delirios de tu imaginación y es innegable que a no ser yo estarías ya muy lejos de este mundo. ¿Por qué te escondes como un búho en las grietas de las rocas, sin más alimento que el musgo y la humedad de las piedras? Gracioso pasatiempo es ése y veo que continúas teniendo al doctor en el cuerpo.

FAUSTO.—¿No comprendes la nueva fuerza vital que ha de darme mi residencia en estos montes? Caso de que llegases a saberlo serías bastante diablo para arrebatarme mi dicha.

MEFISTÓFELES.—¡Una dicha! Cómo no ha de serlo el acostarse de noche en la montaña, abrazar con éxtasis el cielo y la tierra, envanecerse hasta el punto de creerse una divinidad, penetrar con la inquietud del presentimiento en los abismos de la tierra, sentir en su alma la obra entera de los seis días; gozar de algo desconocido con ardor indecible; lanzarse con fervor en pos de todo; permitir al hijo del polvo que se hunda, y terminar luego aquel éxtasis sublime *(haciendo un gesto)* no me atrevo a decir cómo...

FAUSTO.—Calla.

MEFISTÓFELES.—Ya sé que no puede esto complaceros, y que queréis por lo mismo que enmudezca; bien habéis hecho, pues, en pronunciar el calla. No se atreve uno nombrar a castos oídos aquello a que no pueden renunciar castos corazones. En una palabra, os dejo con la satisfacción de engañaros a vos mismo, seguro de que no ha de durar mucho tiempo. Heos aquí nuevamente turbado y por poco que esto siga del mismo modo, hundido de nuevo en los mismos delirios, terrores y angustias. Pero basta; tu amada está en la ciudad, y todo le pesa y mortifica; nunca se borra de su mente tu rostro y es su pasión mucho mayor que su fuerza. El raudal de tu amor desbordado cual arroyuelo cuya corriente aumenta la nieve derretida, ha ido a inundar su corazón dejando el tuyo enteramente seco. Más bien que reinar en selvas, debería a mi ver el grande hombre corresponder a la pasión que ha inspirado a una pobre y sencilla joven. El tiempo le parece horriblemente largo y la verás asomada siempre a la ventana, contemplando las nubes que pasan por encima de los antiguos muros de la ciudad. *¡Que no tenga yo alas!* He aquí lo que canta todo el día y una gran parte de la noche; por cada vez que alegre, está cien veces triste, y tan pronto se deshace en lágrimas, como parece estar tranquila, pero en cambio se la ve siempre apasionada.

FAUSTO.—¡Serpiente tentadora!

MEFISTÓFELES, *aparte.*—Con tal que pueda enlazarte.

FAUSTO.—Aparta, quítate de ahí y no vuelvas a pronunciar el nombre de aquella inocente criatura; deja de ofrecer a mis sentidos ya casi extraviados la posesión de aquel cuerpo adorable.

MEFISTÓFELES.—¿Qué puede suceder? Cree que has huido de ella y a fe mía casi tiene razón.

FAUSTO.—No, estoy a su lado; pero aun cuando estuviese lejos, no podría nunca olvidarla; no podría nunca perderla. Nunca deseo tanto el cuerpo del Señor como cuando sus labios le tocan.

MEFISTÓFELES.—También a mí más de una vez me habéis causado envidia, hermosa pareja reclinada entre rosas.

FAUSTO.—Calla, corazón perverso.

MEFISTÓFELES.—Vale más que me ría de vuestras injurias. El empleo que ejerzo fue reconocido por el mismo Dios al crear al hombre y la mujer. Vamos, seguidme, que no es mi intención llevaros a la muerte, y sí tan sólo a la casa de vuestra amada.

FAUSTO.—¿Qué me importa sentir en sus brazos los goces del cielo? ¿Qué el embriagarme de amor en su seno, si mis goces han de causar su infortunio? ¿Acaso no seré después un miserable, un proscrito y un monstruo sin objeto ni reposo, que cual torrente despeñado irá rodando hacia el abismo en su violenta corriente? Ella, en cambio, joven modesta y de puros ensueños, habría vivido dichosa con su cabaña y su pequeño huerto de los Alpes, y reducido todos sus afanes y deberes domésticos en el limitado mundo que la rodeaba. Pero ¡ah! ¡Cómo pesa sobre mí el anatema de un Dios justamente enojado! ¡Preciso era que después de amontonar ruinas sobre ruinas acabase por sepultarla también a ella y sus puros goces! ¡Negro averno, deseabas aquella infeliz víctima! ¡Luzbel, date prisa; abrevia el tiempo de mi agonía; que lo que ha de cumplirse se cumpla lo más pronto posible, que su destino se desplome sobre mí y que vaya conmigo rodando al abismo!

MEFISTÓFELES.—¡Siempre el mismo ardor y siempre el mismo fuego! Pobre loco, ven conmigo y consuélala. Te figuras que todo termina allí donde tu cabeza no encuentra salida. Y sin embargo, te he visto siempre dotado de una actividad diabólica. Nada hay para mí tan absurdo en el mundo como ver a un diablo que pierde la paciencia.

LA HABITACIÓN DE GRETCHEN

MARGARITA *sola y sentada al torno*

MARGARITA.—¡Cuán pronto han pasado para mí los días tranquilos; ya no volveré a disfrutar nunca más la dulce paz del alma! Do quiera no esté él, está mi sepulcro; sólo donde él asoma hay la vida. Tengo la cabeza trastornada y el corazón hecho pedazos y cada vez me siento más débil. Ni aun me atrevo a evocar la memoria de mis días de calma. Si asomo a la ventana es para verle, si paso el

umbral de mi puerta es para salirle al encuentro. Todo en él me seduce y fascina: su porte noble y majestuoso, su amable sonrisa, la expresión de sus ojos, la elocuencia de su palabra, su mano acariciadora siempre dispuesta a abrazarme, y sobre todo sus ardientes besos. ¡Adiós por siempre, paz dulcísima que perdí desde el primer instante de verle! Fatigado de quejarse en vano sólo por él mi corazón suspira. ¡Ah! ¡Que no pueda yo estrecharle en mis brazos y morir repitiéndole te adoro!

JARDÍN DE MARTA

MARGARITA *y* FAUSTO

MARGARITA.—Prométeme, Enrique...

FAUSTO.—Todo cuanto quieras.

MARGARITA.—Dime, pues ¿cuál es tu religión? Eres muy bueno y estás dotado de un corazón excelente, pero me parece que no eres muy religioso.

FAUSTO.—Dejemos eso, hija mía; bien sabes que te amo y que daría por ti mi sangre y mi vida; pero no quiero perturbar a nadie ni en sus sentimientos ni en su fe.

MARGARITA.—No es eso bastante, sino que es preciso creer en Dios y en su Iglesia.

FAUSTO.—¿Es preciso?

MARGARITA.—¡Ah! ¡Si tuviese algún dominio sobre ti! Tampoco respetas mucho los Santos Sacramentos.

FAUSTO.—Puedes creer que los venero.

MARGARITA.—Pero sin desearlos, pues hace mucho tiempo que no has ido a misa ni a confesarte. ¿Crees en Dios?

FAUSTO.—Mi buena amiga, difícil me es contestar a tu pregunta puesto que no quiero contestarte sonriendo, como lo harían algunos pretendidos sabios y lo que tú no podrías menos de considerar como burla.

MARGARITA.—Luego ¿tú no crees en Dios?

FAUSTO.—No interpretes mal mis palabras, ángel mío. ¿Quién se atrevería a nombrarlo y a hacer esto acto de fe: creo en él? ¿Quién se atreverá nunca a exclamar: no creo en él? Él que todo lo posee, que todo lo contiene, ¿no te sostiene a ti y a mí y a él mismo? ¿No ves

redondearse en los cielos la bóveda del firmamento, extenderse aquí abajo la tierra y levantarse los astros eternos contemplándonos con amor? ¿No ven mis ojos los tuyos y no afluye entonces toda nuestra vida al cerebro y al corazón? ¿Acaso no está envuelto todo en un perpetuo misterio, visible en tu derredor? Llena tu alma de él por profunda que sea, y cuando sobrenades en la plenitud del éxtasis, da a tu sentimiento el nombre que quieras, llámale dicha, corazón, amor, Dios. Lo que es yo, no sé cómo debe llamársele. El sentimiento lo es todo, el nombre es sólo humo que nos vela la celeste hoguera.

MARGARITA.—Todo eso es hermoso y bueno, y casi lo mismo nos dice el sacerdote, pero en otros términos.

FAUSTO.—Y por doquiera repiten lo mismo en su lengua los corazones que contemplan el resplandor de los cielos. ¿Podría yo obrar de distinto modo?

MARGARITA.—Por más que me parezca razonable todo cuanto dices, veo en ti algo de oscuro que me atormenta mucho, porque no crees en el cristianismo.

FAUSTO.—¡Hija mía!

MARGARITA.—No puedes figurarte el horror que me causa el verte en compañía de...

FAUSTO.—¿De quién?

MARGARITA.—Odio a ese hombre que está siempre contigo; en mi vida había visto cara tan repugnante.

FAUSTO.—Nada temas, alma mía.

MARGARITA.—Su presencia me irrita y eso que soy benévola para con los hombres. El deseo que siempre tengo de verte es igual al horror que me causa su aspecto, y he aquí por qué le temo y por qué es en mi concepto un malvado. Perdóneme Dios si lo calumnio.

FAUSTO.—Es indispensable que haya de esa especie de hombres.

MARGARITA.—Imposible me sería vivir con un ser semejante. Siempre le he visto del mismo modo; no conoce más que dos sentimientos, la burla y la ira; todo lo demás le es indiferente y lleva escrito en su rostro que no puede amar. Por feliz que sea el estar a tu lado, se me oprime el corazón cuando lo veo.

FAUSTO.—Eres un ángel, pero no estás libre de presentimientos.

MARGARITA.—Es tanto el horror que me produce, que, cuando se nos acerca, casi llego a sentir que no te amo. Cuando está con nosotros me es imposible rezar y siento un mal interior que me desgarra el alma: ¿te sucede lo mismo a ti, Enrique mío?

FAUSTO.—Todo es efecto de la antipatía.

MARGARITA.—Tengo que ausentarme.

FAUSTO.—¡Ah! ¡Que nunca pueda pasar tranquilamente una hora reposando en tu seno, estrechar mi corazón contra él y confundir mi alma con tu alma!

MARGARITA.—Si al menos durmiese sola, dejaría esta noche descorridos los cerrojos; pero mi madre apenas duerme y, si llegase a sorprendernos, me quedaría muerta en el acto.

FAUSTO.—¡Ángel querido, no te dé eso ningún cuidado! Toma este pomito, y bastarán tres gotas del líquido que contiene para hacer dormir profundamente a tu madre.

MARGARITA.—¿Qué no he de hacer yo por ti? Espero no contendrá nada que pueda serle nocivo.

FAUSTO.—¿Puedes pensar, amor mío, que a no ser así yo te lo hubiese aconsejado?

MARGARITA.—Querido mío, no sé qué fuerza superior me obliga, cuando te veo, a querer todo cuanto tú deseas; he hecho tanto por ti, que casi no me queda ya que hacer cosa alguna.

(Sale. Entra Mefistófeles.)

MEFISTÓFELES.—¿Se ha ido ya la mansa ovejita?

FAUSTO.—¿Si nos habrás espiado como acostumbras?

MEFISTÓFELES.—No, pero lo he oído todo. Espero, doctor, que os aprovecharéis de la lección que se os ha dado. Todas las jóvenes tienen interés en que uno sea devoto, sencillo y que practique las antiguas costumbres. «Si cede en esto, piensan, no tardará en acceder a todos nuestros caprichos.»

FAUSTO.—Monstruo, ¿no ves cuánto sufre esa alma fiel y sincera, poseída de las creencias que labran su dicha, al solo temor de que se pierda el hombre a quien ama?

MEFISTÓFELES.—Loco, enamorado sensible, ¿cómo puedes consentir de este modo en ser juguete de una débil niña?

FAUSTO.—¡Vil compuesto de lodo y de fuego!

MEFISTÓFELES.—Conoce perfectamente las fisonomías: en mi presencia se turba, por revelarle sin duda mi máscara un espíritu misterioso; de seguro, conoce que yo soy un genio, y hasta quizá el mismo diablo. ¡Ah! ¡Ah! Esta noche...

FAUSTO.—¿Qué te importa?

MEFISTÓFELES.—También tendré en ello mi parte de placer.

LOS POZOS

MARGARITA *y* LIESCHEN, *con sus cántaros*

LIESCHEN.—¿Has sabido algo acerca de la pobre Bárbara?

MARGARITA.—Ni una palabra, pues como apenas salgo de casa, no veo a nadie.

LIESCHEN.—Pues según me ha dicho hoy Sibila, también se ha dejado seducir. ¡Y eso que se daba tanta importancia!

MARGARITA.—¿Es posible?

LIESCHEN.—Y tan cierto como es.

MARGARITA.—¡Ah!

LIESCHEN.—Ya ves en qué ha venido a parar después de haber dado oídos por tanto tiempo a aquel seductor infame. Casi puede decirse que ha llevado lo que merece, porque en el paseo, en la aldea, en el baile, sólo pensaba siempre en eclipsar a las demás; podrá envanecerse ahora de los regalos que él le hacía, creyendo que sólo a su belleza iban dirigidos. La coquetería y el orgullo han causado su desgracia.

MARGARITA.—¡Pobrecilla!

LIESCHEN.—¡Y aún la compadeces! Sin duda no recuerdas que mientras estábamos nosotras hilando, sin poder bajar nunca a la puerta por no permitírnoslo nuestras madres, pasaba ella las horas sentada junto a su amante o acompañándole en los puntos más retirados, sin quejarse de la lentitud del tiempo. Justo es, por tanto, que se humille y que haga ahora penitencia en expiación de su falta.

MARGARITA.—Se casará con ella tal vez.

LIESCHEN.—¡Muy tonto sería! Un joven como él puede aspirar a mucho más. Además, se sabe ya que la ha abandonado.

MARGARITA.—Ha procedido indignamente.

LIESCHEN.—Aunque volviese a cautivarlo, sería en perjuicio suyo, porque los jóvenes le arrancarían su corona y nosotras echaríamos paja picada a su puerta.

(Se va.)

MARGARITA, *volviendo a su casa.*—¿Cómo es posible que antes hablase yo tanto contra la pobre joven que tenía la desgracia de cometer esa falta? ¿Por qué cuando se trataba de la debilidad de los demás me mostraba siempre tan implacable? Nunca eran bastante negros los colores con que me los representaba, y me persignaba haciendo una cruz lo más largo posible y, sin embargo, soy ahora el mismo pecado, ¡Dios mío! ¡Cómo resistirle cuando era tan bueno y tan amable!

LAS MURALLAS

Una imagen de la Mater Dolorosa en un nicho de la tapia y varias macetas de flores

MARGARITA, *colocando en las macetas nuevos ramos de flores.* ¡Dígnate, oh Madre Dolorosa, compadecerte del dolor que me abruma! Tú con el corazón traspasado viste expirar en la cruz al hijo que adorabas, sin quedarte más amparo que el cielo al que elevaste tu mirada, pobre madre, pidiéndole auxilio. ¿Quién es capaz de experimentar el dolor que me desgarra el alma? Sólo tú, madre mía, puedes saber lo que sufro, lo que deseo y lo que temo. Por doquiera dirija mis pasos, siento siempre el mismo dolor agudo y penetrante; no puedo estar sola ni anegarme en un mar de lágrimas que me despedaza el corazón. Cuando al amanecer cogía por ti esas flores, he regado con mi llanto todas las de mi ventana sin que bastasen a secarlas los rayos del sol que no ha tardado en inundar mi alcoba. ¡Ah! ¡Madre mía! ¡Sálvame de la muerte y de la deshonra, y dígnate inclinar sobre mi dolor tu frente divina!

LA NOCHE

Una calle frente a la puerta de Margarita; VALENTÍN, *soldado, hermano de Margarita*

VALENTÍN.—Cada vez que concurro a una de esas comidas en que cada uno de mis compañeros cuenta sus amores, y saca de su vaso los elogios de sus bellas, escuchaba indiferente sus fanfarrona-

das, y sonriendo levantaba mi vaso exclamando: «De seguro no hay ninguna entre todas ellas que valga lo que mi querida Margarita, ni que sea digna de atarle las cintas de los zapatos.» Por más que mis palabras no halagasen todos los oídos, los más de mis compañeros siempre decían: «Tiene razón, porque es en verdad su hermana la gloria de su sexo», y los orgullosos enmudecían. Al paso que ahora tengo motivos para desesperarme y romperme la cabeza. El primer mal criado puede hacerme objeto de sangrientas burlas sin que siquiera pueda tener el derecho que tiene el criminal sentado en su banco, y aun cuando logre matar a cuantos me insulten, nunca podré decir que han mentido. ¿Quién va? ¿Quién se desliza por ahí? A no engañarme hay dos; si es él me hecho encima y no saldrá con vida de este sitio.

FAUSTO *y* MEFISTÓFELES

FAUSTO.—¿Ves en el cielo aquella lámpara eterna que aunque siempre oscila es cada vez más densa la oscuridad que la cerca? Pues del mismo modo reina siempre la noche en mi espíritu.

MEFISTÓFELES.—En cuanto a mí, soy como el gato flaco que se rasca al escurrirse por la pared, sin faltarle nunca su fuerza instintiva. Siento aún estremecerseme los miembros todos al solo recuerdo de la hermosa noche de Walpurgis: pasado mañana se repetirá, y allí al menos se sabe por qué se veía.

FAUSTO.—¿Tardará mucho en aparecer a la luz del día aquel tesoro que vi brillar debajo de la tierra?

MEFISTÓFELES.—Tendrás en breve el placer de hacerte con el cofrecito a que últimamente he echado el ojo y que contiene tan hermosos escudos.

FAUSTO.—Y ¿no hay ninguna joya, ni una sortija siquiera para adornar a mi amada?

MEFISTÓFELES.—Sí, me ha parecido ver en él una especie de collar de perlas.

FAUSTO.—Perfectamente, pues sentiría mucho ir a verla sin poder hacerle ningún obsequio.

MEFISTÓFELES.—Creo que no os disgustará pasar un buen rato sin que os cueste ni un maravedí. Ahora que el cielo brilla con todas sus estrellas vais a oír una verdadera obra maestra: es una canción moral que va a volverla loca.

(Canta acompañándose con la bandolina.)

«¿Por qué así pasas la noche aguardando al ser que sólo se finge enamorado para lograr tu deshonor? No des por más tiempo oído a sus falsas promesas, si no quieres perder un bien precioso que no te devolverán el arrepentimiento y el llanto. Pobres débiles criaturas, ¡cuán cobarde y traidoramente se os seduce! Si deseáis evitar los lazos que la traición os tiende, desconfiad de los hombres todos y no otorguéis a ninguno de ellos vuestros favores hasta que os haya jurado eterna fe al pie del altar.»

VALENTÍN *se adelanta.*—¿A quién estás acechando aquí, maldito cazador de ratones? Empieza por arrojar tu instrumento que ya enviaré en seguida al músico a todos los diablos.

MEFISTÓFELES.—La guitarra está hecha pedazos y no puede ya contarse con ella.

VALENTÍN.—Pues sólo falta ya rompernos el alma.

MEFISTÓFELES, *a Fausto.*—Doctor, no os precipitéis: poneos a mi lado y esperad a que os dirija. ¡Espada en mano y avanzad, que yo pararé el golpe!

VALENTÍN.—¡Para, pues, ésta!

MEFISTÓFELES.—¿Por qué no?

VALENTÍN.—¿Y ésta?

MEFISTÓFELES.—De igual suerte.

VALENTÍN.—Creo habérmelas con el mismo diablo. ¿Qué es esto? ¡Se paraliza mi mano!

MEFISTÓFELES.—Avanza.

VALENTÍN, cae.—¡Ay de mí!

MEFISTÓFELES.—Ya está domesticado mi fiero campesino. Ahora marchemos lo más pronto posible, porque oígo gritar: «Al asesino.» Yo me las compongo muy bien con la policía, pero no sé arreglarme bien con los jueces.

MARTA, *a la ventana.*—¡Socorro! ¡Socorro!

MARGARITA, *también a la ventana.*—¡Una luz aquí!

MARTA, *gritando.*—Disputan, gritan, llaman y se baten.

EL PUEBLO.—Hay un muerto.

MARTA, *saliendo.*—¿Habrán huido ya los asesinos?

MARGARITA, *saliendo.*—¿Quién es el muerto?

EL PUEBLO.—El hijo de tu madre.

MARGARITA.—¡Dios poderoso, qué desgracia!

VALENTÍN.—¡Me muero, y creed que será muy pronto! ¿Por qué estáis aquí, ¡oh mujeres!, dando esos gritos y lamentos? Venid y escuchadme.

(Todos le rodean.)

Margarita, bien lo ves, eres joven y te falta práctica para arreglar tus asuntos: te lo digo en confianza, ya que eres una mujer perdida, sélo del todo.

MARGARITA.—¡Dios mío! Hermano, ¿qué es lo que dices?

VALENTÍN.—No mezcles a Dios Nuestro Señor en todo esto. Lo hecho hecho está, y lo que ha de suceder sucederá. Empezaste por amar ocultamente a un hombre, luego amarás a otros y acabarás, en fin, por amarles a todos. La vergüenza, al nacer, se ocultó ya con cierto misterio, se cubrió con el velo de la noche, y hasta hubiera querido ahogarse a sí propia; pero a medida que fue creciendo, empezó a presentarse en público, y sin embargo, a pesar de ser su rostro cada vez más feo y repugnante, sólo desea ya ostentar sus tristes galas a la luz del sol. En breve toda la gente honrada huirá de ti como de un cadáver y experimentarás cada vez que te miren cara a cara una confusión terrible que te hará estremecer hasta la médula de los huesos. No habrá ya entonces para ti ni cadena de oro, ni banco en la iglesia, ni traje que atraiga en el baile todas las miradas; tendrás tan sólo un pobre jergón en que tenderte en alguna enfermería. Aunque en su misericordia infinita Dios te perdone, continuarás siendo en el mundo objeto de escarnio y de maldición.

MARTA.—Encomendad vuestra alma a Dios, lejos de mancharos la conciencia con nuevas blasfemias.

VALENTÍN.—Creería perdonados todos mis pecados con sólo poder caer sobre ti, infame medianera.

MARGARITA.—¡Hermano mío, apiádate de mi horrible suplicio!

VALENTÍN.—Cesa de llorar inútilmente: tu falta ha sido para mí un golpe terrible... Cierra ya mis párpados el sueño de la muerte. ¡Quiera Dios apiadarse del soldado que procuró en todo lo posible cumplir como honrado!

(Muere.)

La Catedral

Misa, órgano y canto

Gretchen *entre la muchedumbre, teniendo detrás al* Espíritu maligno

El Espíritu maligno.—¡Qué tiempos aquellos, Margarita, en que con el corazón inocente y puro te aproximabas a esos altares para elevar al cielo una plegaria que apenas podían murmurar tus labios! ¡Qué tiempos aquellos en que sólo pensabas en Dios y en los jueces de la infancia! Bien lo ves, Margarita, todo cambia: tu cabeza y tu corazón están llenos ahora de remordimiento, de miseria y de pena. ¿Acaso vienes a rezar por el alma de tu infeliz madre que no pudo resistir el peso de tu falta? Y ¿no sientes agitarse algo en tu seno que te parece de fatal agüero?

Gretchen.—¡Cuándo podré verme libre de las tristes ideas que me dominan y causan mi martirio!

Coro, *cantando al órgano*

«Dias iræ, Dies illa,
Solvet sæclum in favilla.»

El Espíritu maligno.—Ya ruge sobre tu frente la cólera del cielo; tiemblan los sepulcros al sonido de la trompeta del último juicio; estremecido tu cuerpo se agita entre el polvo en que descansa, y en vano se estremece ante el castigo horrendo que para siempre ha de sufrir en el infierno.

Gretchen.—¡Cuánto daría por estar lejos de este sitio, porque este órgano me oprime y me ahoga! ¡Tampoco puedo resistir por más tiempo esos cantos que me desgarran el alma!

Coro.

«Judex ergo cum sedebit,
Quidquid latet apparebit,
Nihil inultum remanebit.»

Gretchen.—Estoy en un círculo de hierro y todo me oprime; la bóveda que tengo sobre mi cabeza se baja y me aplasta. ¡Me falta aire que respirar!

El Espíritu maligno.—¡Ocúltate! El pecado, la vergüenza y el vicio deben envolverse en negro velo. ¡Ay de ti, si buscas el aire y la luz!

CORO.

«Quid sum miser tunc dicturus?
Quem patronum rogaturus?
Cum vix justus sit securus.»

EL ESPÍRITU MALIGNO.—Los bienaventurados apartan de ti los ojos y el justo que pasa no te tiende ya la mano. ¡Estás condenada!

CORO.

«Quid sum miser tunc dicturus?, etc.»

GRETCHEN.—Vecina, dadme vuestro pomo.

(Cae desmayada.)

LA NOCHE DE WALPURGIS

EL HARZ. MONTES DE SCHIRKE Y ELEND

FAUSTO *y* MEFISTÓFELES

MEFISTÓFELES.—¿Quisieras ahora un palo de escoba? De mí sé decirte que desearía tener aquí el macho cabrío más vigoroso, porque aún tenemos que andar gran espacio.

FAUSTO.—Tengo aún fuerza en las piernas y me basta por ahora este bastón nudoso. ¿Por qué acortar el camino? Errar por el laberinto de los valles, trepar por esas peñas, de cuyas cimas se precipitan bulliciosas cascadas, no es lo que menos puede amenizar nuestro viaje. Todo se anima al arribo de la primavera; hasta los pinos experimentan su influencia benéfica, y ya que en efecto es así, ¿por qué no obra del mismo modo sobre nuestros miembros?

MEFISTÓFELES.—En cuanto a mí no experimento nada en lo más mínimo; tengo el invierno en el cuerpo, y quisiera siempre que estuviese mi camino cubierto de nieve y de escarcha. ¡Cuán tristemente sube el disco de la luna con su resplandor tardío! ¡Qué luz tan melancólica! Vese uno expuesto a cada paso a dar contra un árbol o contra una roca. Aguarda a que llame un fuego fatuo, ya que veo uno allí abajo oscilando a su capricho. ¡Hola, amigo! ¿Me atreveré a pedirte que vengas hacia nosotros?

EL FUEGO FATUO.—Espero en vuestro obsequio poder dominar mi naturaleza ligera, pues ya sabéis que nuestro movimiento es por lo regular ondulante.

MEFISTÓFELES.—¡Ah! ¡Ah! ¡Ved cómo quiere el pícaro imitar a los hombres! Ve recto en nombre del diablo, o apago tu chispa vital.

EL FUEGO FATUO.—Puesto que sois aquí el jefe, me someto gustoso a vuestros deseos. Pero pensadlo bien, el monte está hoy lleno de encantos; de modo que a ser un fuego fatuo el que ha de serviros de guía, no podéis mostraros muy exigentes.

(Fausto, Mefistófeles y el Fuego, cantando a coro.)

«Ya hemos entrado, al parecer, en un país de quimeras; guíanos, pues, por entre los mil prodigios que nos rodean, fuego fatuo, hasta allí donde veamos colmados nuestros deseos. Confúndense de noche los árboles gigantes, la pena se estremece sobre su base y sus bocas de granito repiten los bramidos del huracán. Veo brotar las corrientes al través de huecas rocas y oígo algo más lejos un murmullo que parece un grato canto de amor. Voces de amor y de pena, voces de festivos días, ¡cuán agradable resuena en mi oído el eco que repite las armonías de tiempos ya pasados! Discordes y hasta horribles son los nuevos gritos que escucho; no hay búho, mochuelo ni ave alguna de rapiña que no lance al viento su triste grito; salen del hueco de las peñas y de cada ruina, raíces deformes y extrañas que, cual brazos descarnados, se tienden para coger al que acierte a pasar cerca de ellas. A cada paso se tropieza con mil ratones y repugnantes insectos que huyen despavoridos aumentando el horror de este espantoso sitio en el que se ven brillar la salamandra, el lagarto y la culebra, gracias a la repugnante brillantez que despiden sus pieles escamosas y no nos es posible continuar nuestra marcha por ser cada vez más insuperables los obstáculos con que tropezamos: además empiezan a temblar los montes vecinos desde su base hasta su cima, y sólo se ven brillar a lo lejos fuegos fatuos que en su rápido curso amenazan abrasarlo todo. ¡Quedémonos, pues, en este oscuro charco!»

MEFISTÓFELES.—¡Agárrate bien a mi traje! He aquí una cumbre desde la que se distinguen admirablemente los resplandores de Manmon en la montaña.

FAUSTO.—¡De qué modo tan singular brilla en el fondo de los abismos el resplandor del créspulo! Sube allí un vapor denso y se desprenden de aquella nube más lejana exhalaciones mefíticas mientras se ve brillar en el lado opuesto una llama que se extiende a lo largo del valle para ir a concentrarse repentinamente en un estrecho desfiladero. También cae a nuestros pies una lluvia de chispas que

por todas partes dejan una gran capa de polvo de oro. Pero mira cómo en toda su altura se encienden esas inmensas montañas.

MEFISTÓFELES.—¿Qué tal te parece el modo como el señor Mammon ha iluminado su palacio para esta gran fiesta? Ha sido una fortuna para ti el poder verlo. Ya presiento la llegada de huéspedes turbulentos.

FAUSTO.—¡Nunca había oído mugir el huracán con tanto estruendo! ¡Me azota con tanta fuerza que acabará por derribarme!

MEFISTÓFELES.—Aférrate a los picos de las rocas, si no quieres que te haga rodar hasta el fondo del abismo. Aumenta negra nube la oscuridad de la noche, crujen los árboles en el bosque y huyen espantados los búhos. ¿Oyes cómo se derrumban las siempre verdes columnas de este palacio? ¿Oyes el triste crujido de las ramas que se rompen, el rumor de los troncos de los árboles fuertemente sacudidos y su espantoso ruido al chocar entre sí para caer unos sobre otros, mientras continúa bramando el huracán en las cuevas? ¿Oyes un cúmulo de voces en todas las alturas próximas y lejanas? Sí, resuena en la montaña un furioso himno mágico.

LAS BRUJAS A CORO.—Ya que es verde el grano y amarillo el rastrojo, trepemos todas el Brocken, y allí reunidas, circuiremos el trono de Urian situado en la más alta de sus cimas.

VOZ.—Ved cómo la vieja Baubo se dirige hacia nosotros velozmente desde el llano, montada en su marrana.

CORO.—Honor al que sea digno de veneración y de respeto, así por sus merecimientos como por su edad: inclinémonos, pues, todos ante ella, ya que está al frente de todas las hechiceras conocidas.

UNA VOZ.—¿Cuál es el camino que tú quieres seguir?

OTRA.— El de Insentein, en el que distingo un nido con un hermoso mochuelo que me mira de un modo singular.

OTRA.— Vete a todos los diablos. ¿Por qué corres de este modo?

OTRA.— Me ha mordido despiadadamente. ¡Mira que herida!

HECHICERAS, *Coro*.—Marchemos adelante por más que ruja la tempestad y que sea áspero el camino; a cada palo que rompamos cojamos otro nuevo; mientras el niño llora, hace su madre jorobas.

HECHICERAS, *medio Coro*.—Vamos a paso de tortuga, ved cuánto nos adelanta aquel grupo de mujeres; mas no debe esto admirarnos, porque sabido es que la mujer para el mal tiene alas.

OTRO *medio Coro*.—No debe esto sorprendernos, porque cualquiera que sea el punto a que la mujer se dirige, ha de dar mil pasos para hacer lo que el hombre hace de un salto.

VOZ DE LO ALTO.—¡Adelante, adelante, salid de ese mar de rocas!

VOZ DE ABAJO.—De buena gana os seguiríamos ahora mismo a las cumbres y a la luz; pero estamos condenadas a gemir en el fondo de esta cantera y a ser siempre estériles.

LOS DOS COROS.—Ya cesó de bramar la tormenta, la estrella huye, la luna se vela y continua el tumultuoso coro de hechiceras cabalgando o agitándose en la noche umbría; no se ve más resplandor que el de las innumerables chispas que lanzan.

VOZ DE ABAJO.—¡Deteneos!

VOZ DESDE LO ALTO.—¿Quién me llama desde las grietas de las rocas?

VOZ DE ABAJO.—¡Por compasión, llevadme con vosotras! Hace tres siglos que me arrastro en vano; sed, pues, compasivas y permitidme llegar a la altura; no podéis figuraros cuánto deseo hallarme entre mis semejantes.

LOS DOS COROS.—Apodérese cada una de su palo, escoba u horquilla, puesto que la hechicera o diablo que no suba hoy está irremisiblemente perdido.

LA HECHICERA DE ABAJO.—Muy lejos están ya todos los demás desde que yo me arrastro en vano sin omitir trabajo, cuidados, penas y tormentos para salir de esta caverna que será mi eterno calabozo.

CANTO DE HECHICERAS.—Hay un ungüento que reanima a las hechiceras; así que con una artesilla por nave y un trapo por vela, marcharemos como el viento. La que hoy no vuele, no volará ya nunca.

LOS DOS COROS.—Disponeos todos a tocar en tierra, porque ya llegamos a la más alta cumbre y desde ahora podéis ya formar los grupos que han de ocupar estas comarcas.

MEFISTÓFELES.—Contemplad cómo se agrupan, estrechan, estremecen y rechazan entre sí, y cómo todo resplandece, brilla, arde y se inflama: esto sí que es un verdadero elemento de brujas. No me sueltes si no quieres que en breve nos encontremos separados. ¿Dónde estás?

FAUSTO.—Aquí.

MEFISTÓFELES.—¡Cómo! ¿Ya estás allá abajo? Preciso me será usar de mi derecho de amo. Despejad, que viene el señor Voland; despejad, amable canalla, despejad. Aquí, doctor, no me sueltes ya, y salgamos de entre esta multitud, pues ya es esto harto grotesco hasta para mis semejantes. Hay aquí cerca algo que brilla de un modo extraño y que me atrae hacia aquellos zarzales. Ven, ven, y penetraremos en ellos.

FAUSTO.—Espíritu de contradicción, condúceme a donde mejor te plazca. Al pensar en ello, no puedo menos de admirar el orden que reina aquí en todo. Subimos al Brocken en la noche de Walpurgis, y podemos muy bien aislarnos a nuestro capricho.

MEFISTÓFELES.—Mira qué llamas tan diversas: es un alegre club que se reúne, ya ves que ni aun en este pequeño mundo está uno solo.

FAUSTO.—Yo preferiría hallarme allá arriba; ya veo la llama y los torbellinos de humo; allí toda la multitud se agrupa en torno del espíritu del mal; allí es donde debe descifrarse más de un misterio.

MEFISTÓFELES.—En cambio, también se forman allí muchos. Deja que la muchedumbre allí se agite y zumbe, mientras nosotros descansaremos aquí tranquilos: es cosa ya sabida desde mucho tiempo, que en el gran mundo se hacen pequeños mundos. Veo allí algunas hechiceras jóvenes enteramente desnudas y a otras viejas que se cubren con mucho recato. Sed amables por mi amor, ya que cuesta tan poco y que contribuye tanto a aumentar el placer y la barahúnda. Oigo algunos instrumentos; maldita cencerrada a la que debe uno habituarse. Ven conmigo, ven, puesto que no hay otra senda; deseoso de prestarte un nuevo servicio, voy a introducirte y presentarte a la alegre comitiva. ¿Qué tal te parece todo esto, amigo mío? El sitio no es muy escaso, pues ya ves que por aquella parte no tiene límites. Hay más de cien fuegos en torno de lo que se canta, se habla, se guisa, se bebe y se ama: dime, ¿puede haber cosa mejor?

FAUSTO.—¿Quieres obrar como mágico o como diablo para introducirnos?

MEFISTÓFELES.—Por más que estoy muy acostumbrado a ir de incógnito, como es hoy día de gala, preciso será lucir todas las distinciones; aunque me falta aquí la orden de la Jarretiera no me apuro, por ser tenido en gran respeto el pie del caballo. ¿Ves ese caracol que se arrastra hacia nosotros? Viene para explorar el terreno; verá

sin duda algo en mí que inutilizaría todos los disfraces. Sígueme, pues; iremos de fuego en fuego y yo seré el preguntón y tu el galán.

(A algunos sentados alrededor de una lumbre.)

Mis queridos amigos, ¿qué hacéis en ese rincón? En verdad no me admiraría tanto el hallarnos en medio del tumulto entre aquella juventud ardiente. Siempre puede uno retirarse cuando le place.

UN GENERAL.—Los pueblos son como las mujeres: por más que uno haga por ellos, la juventud es siempre preferida.

UN MINISTRO.—Toda va ahora de mal en peor, así es que yo estoy por lo antiguo; entonces, francamente, había crédito y era el verdadero siglo de oro.

UN MAGNATE IMPROVISADO.—A pesar de no ser nada tontos, hemos visto destruir todo aquello que más procurábamos conservar.

UN AUTOR.—¿Quién puede leer ahora una obra que esté medianamente escrita? Y sin embargo, nunca había visto a la juventud tan orgullosa.

MEFISTÓFELES, *apareciendo de repente en extremo viejo.*—Cuento que por última vez subo al Brocken; veo en la prudencia del pueblo que está ya dispuesto para el último juicio y apostaría a que toca el mundo a su fin.

HECHICERA REVENDEDORA.—Señores, no paséis así y aprovechad la ocasión; mirad cuán hermosos y variados son los géneros que os ofrezco. Y sin embargo, nada hay en mi tienda sin igual en el mundo, nada hay que no haya servido en perjuicio de los hombres y del mundo. Ni un puñal que no haya goteado sangre, ni una copa que no haya contenido un veneno de fuego para dar muerte a un cuerpo robusto y sano, ni una alhaja que no haya seducido a alguna mujer honrada, ni espada que no haya herido traidoramente al enemigo.

MEFISTÓFELES.—Señora mía, veo que no entendéis los tiempos presentes: lo hecho hecho está y procuradnos novedades, porque sólo nos llama la atención lo nuevo.

FAUSTO.—Presentadme cosas nuevas que casi me hagan olvidar de mí propio, si queréis que llame a esto una feria.

MEFISTÓFELES.—Todo el remolino tiende hacia arriba; tú crees empujar y eres empujado.

FAUSTO.—¿Quién es aquélla?

MEFISTÓFELES.—Mírala bien: es Lilith.

FAUSTO.—¿Quién?

MEFISTÓFELES.—La primera mujer de Adán. No te enamores de sus hermosos cabellos, por más que sea un rico adorno que contribuye tanto a su belleza, porque cuando con ellos llega a alcanzar a un joven no lo suelta jamás.

FAUSTO.—Veo allá dos que están sentadas, una vieja y otra joven, que tiene trazas de haber hecho hoy de las suyas.

MEFISTÓFELES.—Y a quien es preciso no deja descansar, y ya que se anuncia otra danza iremos a sacarlas nosotros.

FAUSTO, *bailando con la joven.*—En grato sueño vi anoche un manzano cargado de hermosa fruta que ufano se alzaba entre la hierba; subíme a él, y galán me ofreció las dos mejores manzanas de su fecundo seno.

LA HERMOSA.—Aquellas dos manzanas coloradas que en el paraíso terrenal brotaron, y que a vos tanto la atención os llaman, también las tengo yo en mi jardín.

MEFISTÓFELES, *con la vieja.*—Vi ayer en un sueño un árbol viejo, hendido y seco que llegó a enamorarse.

LA VIEJA.—Y yo, reconocida, saludo al paticojo que me procura momentos de placer y de verdadera dicha.

EL PROTOFANTASMISTA.—¡Maldita raza! ¿Qué es lo que estáis haciendo? ¿Acaso no se os ha enseñado tiempo ha que nunca debía un espíritu tenerse sobre sus pies? Y, sin embargo, estáis bailando como nosotros los hombres.

LA HERMOSA, *bailando.*—¿Qué tiene que ver ése en nuestro baile?

FAUSTO.—Siempre se le ve en todas partes para criticar a los que bailan, y si no puede dar su opinión sobre cada paso, es éste considerado como nulo o no hecho, y lo que más le incomoda es vernos adelantar. Si quisieseis siempre girar sobre un mismo círculo como lo hace él en su viejo molino, os aplaudiría frenéticamente, sobre todo si procurabais ganarle con una recompensa cualquiera.

EL PROTOFANTASMISTA.—¿Aún continuáis aquí? Esto es inaudito. Desapareced desde luego, puesto que así lo hemos decretado; nunca sabrá esa raza diabólica respetar nuestras leyes. ¡Somos tan sabios! y sin embargo, hay siempre trasgos y duendes en la tierra.

¡Cuánto tiempo ha que me tortura esta idea y nunca esto se esclarece: es verdaderamente una cosa inaudita!

LA HERMOSA.—Cesad, pues, de fastidiarnos aquí.

EL PROTOFANTASMISTA.—Espíritus, lo digo y lo repito en vuestra presencia: el despotismo del espíritu me es intolerable y el mío no puede ejercerle.

(Continúan bailando.)

Lo veo hoy claramente: no sacaré de ello ningún partido y, sin embargo, estoy resuelto a seguirles, seguro de que antes de dar mi último paso lograré triunfar de diablos y de poetas.

MEFISTÓFELES.—Ahora va a zambullirse en el agua, porque sólo en ella encuentra alivio; cuando las sanguijuelas se han cebado bien en su trasero, queda curado de las fantasmagorías y de su pobre espíritu.

(A Fausto, que ha dejado de bailar.)

¿Por qué has dejado a la hermosa joven que con tanta gracia te excitaba al baile?

FAUSTO.—Porque mientras cantaba le salió de la boca un ratón colorado.

MEFISTÓFELES.—¡He aquí en verdad una cosa terrible! Pero no debes hacer gran caso, pues peor sería que el ratón hubiese sido pardo. ¿Qué importa esto a la hora del pastor?

FAUSTO.—Luego he visto...

MEFISTÓFELES.—¿Qué?

FAUSTO.—¿Ves allí una hermosa joven pálida que está apartada de todas las demás? Se retira a paso lento; parece que anda a pie juntillas: en verdad que se parece mucho a la pobre Margarita.

MEFISTÓFELES.—Deja ese recuerdo si no quieres entristecerte. Es una figura fantástica, una figura sin vida, un espectro. Haríamos muy mal en seguirla, pues su mirada fija hiela la sangre, y casi convertiría al hombre en piedra. Ya has oído hablar de Medusa.

FAUSTO.—Como tú dices, son sus ojos los de una muerta, ojos que no ha cerrado ninguna mano amiga; pero aquél es también el seno que me entregó Margarita, aquél el cuerpo que fue para mí una delicia.

MEFISTÓFELES.—¡La magia! ¿Por qué tan fácilmente te dejas engañar por la magia? Todos los que piensan como tú creerían ver en ella a su querida.

FAUSTO.—¡Oh, tormento voluptuoso! No puedo sustraerme a su mirada. ¡Qué extraño adorno lleva en derredor de su hermoso cuello! ¡Es una pequeña cinta encarnada que no es más ancha que el filo de un cuchillo!

MEFISTÓFELES.—Es cierto, también yo la veo; podría llevar asimismo su cabeza debajo del brazo por habérsela cortado Perseo. ¡Siempre entregado a las mismas ilusiones! Ven a esta colina, tan agradable como el mismo Prater. ¡Ah! No me han engañado, pues hay un verdadero teatro: veamos lo que representan.

SERVIBILIS.—Va a empezarse de nuevo, y ésta será la última de las piezas que se han dado, cuyo número es el que acostumbramos a ofrecer siempre al público. Un aficionado la ha escrito y está confiado su desempeño a otros aficionados. Dispensadme, señores, si yo me eclipso, porque mi afición consiste en levantar el telón.

MEFISTÓFELES.—Mucho me agrada el veros en Blocksberg, porque estáis en vuestro puesto.

SUEÑO DE LA NOCHE DE WALPURGIS, O BODAS DE OBERON Y DE TITANIA

Intermedio[1]

DIRECTOR DE ESCENA.—Hijos esforzados de Mieding, hora es ya de que tomemos aliento y reposemos contemplando la escena que ofrecen a nuestros ojos este antiguo monte y sus frescos valles. He ahí toda la escena.

UN HERALDO.—Para que sea de oro nuestra boda, no debemos contraerla hasta los cincuenta años, en cuya edad quedan terminadas todas las querellas, y es mayor aún el encanto que para nosotros tiene aquel precioso metal.

Por más que los hombres de Oberos y Trania nos recuerden *La Tempestad* y *Una nuche de verano,* de Shakespeare, ninguna relación tiene con aquellas dos obras el intermedio de Goethe, que sólo se propone con su *Bodas de oro* satirizar las extravagancias filosóficas y literarias de sus contemporáneos. Es una sátira de sabor alemán, cuya gracia pierde en la traducción y sobre todo ignorando las ridiculeces a que hace referencia.

OBERON.—Espíritus, acudid presurosos a mi lado, ya que el rey y la reina van en esta hora solemne a casarse de nuevo. Que ninguno de vosotros se olvide de tributarles los honores que les son debidos.

PUCK.—Ya Puck en espiral atraviesa el espacio, sin contar los cien otros que le acompañan, agitándose en el aire para acudir al punto a que el deber les llama a todos.

ARIEL.—Comienza su canto el fantástico Ariel y como no hay ser humano que no se enternezca al oír su voz melodiosa, pronto logra atraer a todas las bellezas.

OBERON.—Que los que quieran vivir sigan nuestro ejemplo. Nunca se aman tanto dos esposos, como después de haber estado por mucho tiempo separados. Es innegable que la saciedad da muerte al deseo.

TITANIA.—Para evitar que el capricho y el mal humor turben la dulce paz que ha de reinar en un matrimonio, debe el hombre vivir en el Mediodía y la mujer en el Norte.

ORQUESTA, *tutti fortissimo.*—Moscas, moscardones, ranas, grillos, cigarras y todas cuantas razas de animales se vieron de más horrible canto dotados por la Naturaleza, serán hoy nuestros concertantes. ¡Qué dulce armonía nos está reservada!

SOLO.—La zampoña es el primero de los instrumentos para alegrar los campos. ¡Cómo se hincha de placer el corazón de los aldeanos al oír el primero de sus tiernos sones!

ESPÍRITU QUE ACABA DE FORMARSE.—Mirad a ese pequeño ser que apenas puede arrastrarse por el polvo y que se parece en lo repugnante a una araña, cómo, a pesar de su fealdad y del horror que inspira, es un verdadero poema.

UNA TIERNA PAREJA.—¿Por qué altivo te diriges a la feliz colina, de la que brotan en abundancia la miel y los aromas, si estás segura de no llegar nunca a su dichosa cima?

UN VIAJERO CURIOSO.—No había visto en mi vida una mascarada igual a ésta y sólo me falta ver ya al dios Oberon ostentando sus brillantes colores para animar aún más esta fiesta verdaderamente regia.

UN ORTODOXO.—Aunque le falten las garras y los cuernos, no me queda duda alguna de que es tan diablo como lo eran todos los dioses de la antigua Grecia.

UN ARTISTA DEL NORTE.—Sencillos bosquejos han sido hasta ahora mis obras; pero desde hoy me preparo para mi viaje a esa hermosa Italia, constante objeto de todas mis ilusiones.

UN PURISTA.—El infortunio me conduce aquí. ¡Cómo no aniquilan, oh dioses, vuestros rayos a ese cúmulo de hechiceras!

JOVEN HECHICERA.—Ostente su vano adorno la vejez arrugada y flaca, que yo prefiero en mucho lucir mis gracias naturales en pleno día, y hasta si es posible en toda su desnudez, para mayor encanto.

UNA MATRONA.—Esas gracias de que tanto os envanecéis, pronto se desvanecerán como el humo; también nosotras, cual vosotras, fuimos hermosas, y está hoy nuestro cuerpo arrugado y próximo a pudrirse, como se pudrirá el vuestro algún día.

UN MAESTRO DE CAPILLA.—Moscas y demás avechuchos que formáis la orquesta, no olvidéis ni una sola nota a fin de que se admiren a la vez vuestra destreza y vuestra armonía.

VELETA VUELTA DE UN LADO.—Todo en este baile atronador me admira; así el profundo saber de los profesores y cantantes, como la gracia y la inocencia de los danzantes, personas todas de muy buenas prendas.

VELETA VUELTA DEL LADO OPUESTO.—Si no se abre ahora mismo la tierra para tragarse a toda esa infernal canalla, voy a precipitarme a los profundos abismos.

XENIESI[2].—Aunque verdaderos insectos con dientes de culebra, nada omitimos para hacer más esplendentes la gloria y las obras de nuestro bueno y querido abuelo Satán.

HENNINGS.—Al verles así reunirse y embromar sencillamente, cualquiera que no les conociese se convencería de que están dotados de un corazón noble y generoso.

MUSAGETTE.—Tienen para mí tales encantos esas hechiceras jóvenes y hermosas, que preferiría vivir entre ellas a dirigir el tan celebrado coro de musas del Pindo.

EX GENIO DEL TIEMPO.—Agárrate a mí si quieres ser pronto un oráculo y que se te abran de par en par las puertas del Parnaso alemán. De lo contrario, difícilmente inscribirás tu nombre en aquel templo inmortal de la gloria.

Título de una colección de epigramas publicados por Goethe y Schiller.

VIAJERO CURIOSO.—¿Qué nombre dais a ese pedante que va tan prendado de su propio mérito? ¿A quién persigue? «A los jesuitas cuya pista sigue con el más grande empeño.»

UNA GRULLA.—Para pescar no me importa que sea el agua clara o turbia y por eso no hay pez alguno que esté libre de mi pico. ¡Cuánto pudiera deciros de los que hacen otro tanto!

UN MUNDANO.—¡A cuántos una piedad fingida sirve de máscara! Muchos sé yo que con frecuencia se reúnen sobre el Blocksberg, con un fin muy diverso del que aparentan.

UN BAILARÍN.—Veo llegar nuevos coros y tambores y oígo que resuena nuevamente la trompa; pero no, me engaño: es una voz áspera que canta en los cañaverales.

UN MAESTRO DE DANZA.—Baile es éste, por cierto, muy raro: todos desempeñan perfectamente su papel; lo mismo salta y da vueltas el cojo que el del abultado vientre.

UN TOCADOR DE GAITA.—¡Cómo se odia esa maldita raza! ¡Ay de ellos a no haberles puesto la gaita conformes, como lo hacía en otro tiempo la dorada lira con los tigres y leones en los montes de la Tracia!

UN DOGMÁTICO.—Por más razón que tenga, no siempre me es dado alcanzar la victoria; preciso es, pues, confesar, que bien debe el diablo entremeterse en algo y que ha de tener más importancia de la que le concedemos.

UN IDEALISTA.—La imaginación empieza a perturbarme la inteligencia. Si lo soy todo, debo también ser necesariamente estúpido.

UN REALISTA.—El ser me ocupa y me atormenta, de suerte que me veo en los más grandes apuros y apenas pueden mis piernas sostenerme.

UN SUPERNATURALISTA.—Mucho me complace el verme entre esta juguetona turba, en la que hasta los mismos diablos parecen convertirse en genios benéficos.

UN ESCÉPTICO.—Engañados por esos fuegos fatuos creen haber llegado al colmo de todos sus deseos. Ya que el diablo y la duda son inseparables, aquí voy a plantar mis tiendas.

EL DIRECTOR DE ORQUESTA.—Grillo adulador de la violeta, y vosotros, moscas, moscardones y demás bichos de eterno zumbido, sois unos malos *dilettanti* y aún peores concertistas.

LOS HÁBILES.—Nada nos preocupa; dotados de miembros ágiles y sutiles, si no podemos andar con los pies, andaremos con la cabeza.

LOS GLOTONES.—Al solo recuerdo de los hermosos tiempos en que comíamos tan suculentos bocados, aún descalzos por haberlo gastado todo en francachelas, no hemos podido menos de asistir a esta espléndida fiesta.

FUEGOS FATUOS.—Aunque salidos del lodo inmundo de que somos hijos, se nos considera aquí como de regia familia, sólo porque con el fugaz resplandor de nuestros colores deslumbramos a los tontos.

UNA ESTRELLA CAÍDA.—Después de haber brillado en la celeste altura, me veo aquí en la hierba confundida entre gusanos. ¿Quién podrá hacerme recobrar mi alto destino?

LOS MACIZOS.—Que todo cuanto haya en torno nuestro se incline, humille y doblegue; somos espíritus fuertes y nuestra planta es de hierro.

PUCK.—Más bien que espíritus parecen una manada de elefantes; casi me atrevería a suplicarles que no pesasen tanto como el pesado Puck.

ARIEL.—Ya que la Naturaleza os dio en su bondad alas divinas, seguidme a los montes vecinos donde brotan para mí las campestres rosas.

LA ORQUESTA, *pianissimo*.—El viento susurra entre las cañas, la niebla desaparece ante una luz pura y blanquecina, y los sueños se desvanecen sin que quede de ello más que un recuerdo vago.

UNA LLANURA

Día nebuloso

FAUSTO *y* MEFISTÓFELES

FAUSTO.—Verse encerrada en una triste prisión, víctima de la miseria y de la desesperación. ¡Quién lo creyera! ¡Pobre angelical criatura! ¡Yo soy la causa de que como vil criminal te veas sumida en un oscuro calabozo donde te aguardan terribles suplicios! Cobarde impostor, infame espíritu, ¿por qué me lo ocultabas? Habla y no muevas con rabia tus ojos diabólicos, pues ya sabes cuánto me repugna tu presencia. Estaba sola en la cárcel expuesta a una miseria irreparable, sin más apoyo que el del espíritu del mal que juzga sin

tener alma, y, entre tanto, tú procurabas distraerme con estúpidas fiestas, ocultándome su mortal angustia, para que careciese de todo auxilio.

MEFISTÓFELES.—No es la primera vez que se ha visto en semejantes apuros.

FAUSTO.—¡Maldito animal, detestable monstruo! ¡Espíritu infinito y eterno, dale otra vez su primera forma de perro, bajo la cual tanto se complacía en acompañarme de noche, sólo por atropellar al viajero y arrojarse sobre él después de haberle derribado! Vuelve a darle su forma favorita para que cuando ante mí salte sobre la arena pueda yo aplastarle. ¡No es la primera! Horror me causa el imaginar que hayan caído tantas almas en ese abismo de miseria. ¿Por qué la primera en su agonía lenta y terrible no borró la falta de todas las demás a los ojos de la eterna misericordia? La miseria de aquella sola hace estremecer la médula de mis huesos, y tú sonríes con indiferencia ante la desgracia de tantas otras.

MEFISTÓFELES.—Aún no has dado un paso en mi camino, y como a todo hombre, se te trastorna ya el juicio. ¿Por qué formáis, pues, causa común con nosotros si no podéis soportar después las consecuencias de nuestra unión? ¡Quieres volar y no te ves aún libre del vértigo! ¿No eres tú el que me llamaste?

FAUSTO.—Me horrorizas cada vez que te veo rechinar de este modo. Grande y sublime espíritu que te me apareciste, tú que conoces mi corazón y mi alma, ¿por qué me encadenaste con este miserable que sólo se complace con los desastres y la muerte?

MEFISTÓFELES.—¿Has terminado?

FAUSTO.—Sálvala si no quieres que caiga sobre ti por miles de años la más espantosa de las maldiciones.

MEFISTÓFELES.—No puedo romper los lazos de la justicia ni tampoco derribar sus cerrojos. ¡Sálvala!, dices. ¿Quién la arrastró al abismo? ¿Tú o yo?

(Fausto lanza en torno suyo terribles miradas.)

¡Quisieras ahora disponer del trueno! Pero felizmente no es esto permitido, débiles mortales. Aplastar al inocente que opone enérgica resistencia; he aquí el modo con que usan de él los tiranos en sus vacilaciones para salir de apuros.

FAUSTO.—Condúceme a su lado, es preciso que sea libre.

MEFISTÓFELES.—Piensa en el peligro a que vas a exponerte y en que está aún humeando la sangre derramada por tu mano. Sobre el cadáver se ciernen aún los espíritus vengadores que están acechando al asesino.

FAUSTO.—Aún te atreves... ¡Pese sobre ti un mundo de muerte y de ruinas, monstruo horrible! Te digo que me lleves a su lado, para que pueda libertarla.

MEFISTÓFELES.—Te acompañaré allí, que es todo cuanto puedo hacer, pues bien sabes que ni en el cielo ni en la tierra soy omnipotente. Turbaré la razón del carcelero para que te apoderes de las llaves; pero debo decirte que sólo una mano humana puede libertarla. Por mi parte sólo podré vigilar, disponer los caballos encantados y poneros en salvo.

FAUSTO.—Prudencia y marchemos.

LA NOCHE

Un campo desierto

FAUSTO, MEFISTÓFELES, *galopando rápidamente sobre yeguas negras*

FAUSTO.—¿Qué objetos serán aquellos que se mueven en el lugar de ese cadalso?

MEFISTÓFELES.—No sé en lo que pueden ocuparse, ni lo que cocinan.

FAUSTO.—Se están agitando de una a otra parte, y tan pronto se inclinan y encorvan.

MEFISTÓFELES.—Un conciliábulo de brujas.

FAUSTO.—En efecto, rocían y exorcizan.

MEFISTÓFELES.—Adelante, adelante.

UN CALABOZO

FAUSTO *con un manojo de llaves y una lámpara delante de una pequeña puerta de hierro*

FAUSTO.—Siento que se apodera de mí un estremecimiento inesperado, al solo aspecto de todas las calamidades humanas. Aquí es donde ella se halla, sin que nos separe ya más que esa triste pared

húmeda. ¡Y no consistió su crimen más que en una grata ilusión! ¡Tiemblas al acercarte a ella! ¡Temes volver a verla! Pero entra, porque en tu irresolución transcurre el tiempo que la separa aún del cadalso.

(Coge la llave. Cantan dentro.)

«Después de haberme dado muerte y comídome mis bárbaros padres, arrojó mi pobre hermanita mis mondados huesos al pie de un viejo sauce, junto al cual corría un manso arroyo, en un sitio húmedo. Apenas había transcurrido un mes, cuando me vi convertida en ave hermosa de los bosques. Vuela, vuela.»

FAUSTO, *abriendo la puerta.*—¡Cuán lejos está de creer que su amante la busca, que oye el rumor de sus cadenas y hasta el crujir de la paja sobre que está acostada!

(Entra.)

MARGARITA, *recostada en su lecho, procurando ocultarse.*—¡Ah! Ya vienen por mí... ¡Muerte espantosa!

FAUSTO, *en voz baja.*—¡Silencio! ¡Silencio! Vengo a salvarte.

MARGARITA, *arrastrándose hacia él.*—Si eres hombre, compadécete de mi infortunada suerte.

FAUSTO.—Vas a despertar con tus voces a los llaveros que están dormidos.

(Procura quitarle las cadenas.)

MARGARITA, *arrodillada.*—Verdugo, ¿quién te ha dado tanto poder sobre mí? ¡No es más que media noche y vienes ya a buscarme! Apiádate de mí y déjame vivir hasta que rompa el día. ¿Acaso no es un plazo demasiado corto? ¡Soy aún tan joven para morir! También fui hermosa por mi desdicha. Mi amado estaba cerca de mí y ahora está muy lejos; no queda de mi corona ni una sola de sus flores... No me cojas tan bruscamente; ante bien, trátame con dulzura, ya que ningún mal te he hecho. No seas insensible a mi dolor, puesto que ni siquiera te he visto en mi vida.

FAUSTO.—¡Cómo resistir a tanta pena!

MARGARITA.—Estoy enteramente en tu poder; permíteme dar el pecho a mi hijo; toda esta noche le he estado meciendo en mi seno, y luego me lo han quitado para atormentarme, diciendo ahora que soy yo quien lo ha muerto.

FAUSTO, *arrojándose a sus pies.*—A tus plantas tienes el hombre que te ama, que viene a abrir la puerta de tu triste cautiverio.

MARGARITA, *arrodillándose también.*—Sí, sí, arrodillémonos en el altar para implorar la protección del cielo, ya que debajo de esas gradas y de ese umbral está hirviendo el infierno. ¡Si oyeses el espantoso rumor que hace con sus rugidos el maligno espíritu!

FAUSTO, *en alta voz.*—¡Margarita! ¡Margarita!

MARGARITA, *prestando atención.*—Es la voz de mi amante.

(Se levanta y le caen las cadenas.)

¿Dónde está? Él era quien me llamaba, y desde ahora estoy libre, ya no hay quien pueda detenerme. Quiero correr a sus brazos y descansar en su pecho. Margarita ha dicho, desde el umbral de la puerta, y en medio de los aullidos y estruendo del infierno, y de las terribles risotadas de los condenados, he reconocido su voz dulce y querida.

FAUSTO.—¡Sí, soy yo!

MARGARITA.—¡Eres tú! ¡Ah! ¡Torna a decírmelo!

(Le abraza.)

¡Él! ¡Él! ¿Qué se han hecho ahora todos los tormentos, todas las angustias y la agonía de los calabozos, y el peso de mis cadenas? ¡Eres tú que vienes a salvarme; estoy ya salvada! Sí, he aquí la calle en que te vi por vez primera, y allí el hermoso jardín en que estábamos con Marta.

FAUSTO, *atrayéndola sobre su seno.*—¡Sígueme! Ven, no perdamos tiempo.

MARGARITA.—¡Ah! ¡Quédate! ¡Me gusta tanto estar a tu lado!

(Le prodiga las más tiernas caricias.)

FAUSTO.—Date prisa, porque no hay un momento que perder si no queremos pagarlo muy caro.

MARGARITA.—¡Qué es eso! ¿No puedes ya abrazarme? ¿Es posible, amor mío, que en tan poco tiempo hayas perdido ya la costumbre de abrazarme? ¿De qué procede esta inquietud que ahora siento en tus brazos, cuando en otro tiempo bastaba la menor de tus palabras o una sola de tus miradas para transformar mi alma en un cielo? ¡Abrázame o te abrazo!

(Le echa los brazos al cuello.)

¡Cielos! Tu labio está mudo y frío. ¿Qué ha sido de tu amor? ¿Quién me lo ha arrebatado?

(Se separa de él.)

FAUSTO.—Ven, sígueme, buena amiga; anímete la idea de que es infinito el ardor con que te amo. Sólo te pido que me sigas.

MARGARITA, *fijando su vista en él.*—¿Luego eres tú? ¿Estás seguro de ello?

FAUSTO.—Sí, yo soy: sígueme en seguida.

MARGARITA.—Tú rompes mis cadenas y vuelves a admitirme en tu seno. ¿Cómo es que mi vista te causa horror? ¿Sabes, querido mío, a quién das la libertad?

FAUSTO.—Ven, ven, porque es la noche cada vez menos oscura.

MARGARITA.—Maté a mi madre y he ahogado a mi hijo, que lo era también tuyo. ¡Y eres tú! Apenas lo creo. Dame tu mano para que me convenza de que no es esto un sueño; dame tu mano querida. ¡Ah! ¡Pero está húmeda, enjúgala! Me parece que está ensangrentada. ¡Dios mío! ¿Qué has hecho? Te suplico que envaines esa espada.

FAUSTO.—No tiene remedio lo pasado; deja de pensar en ello. ¿Quieres, pues, que yo muera?

MARGARITA.—No. Necesario es que tú vivas. Quiero nombrarte los sepulcros de que te has de cuidar desde mañana mismo: harás que sea el mejor para mi pobre madre; colocarás a mi hermano cerca de ella y estará el mío algo apartado, pero no a mucha distancia, poniendo nuestro hijo sobre mi costado derecho. Nadie más querrá descansar cerca de mí. Estar siempre a tu lado era para mí la mayor ventura; pero no sólo no he dejado de desearla, sino que hasta creo que me violento para acercarme a ti, por temer que me rechaces. Y sin embargo eres tú ¡y me miras con tan dulce ternura!

FAUSTO.—Ya ves que soy yo; ven desde luego conmigo.

MARGARITA.—¿Adónde quieres que vaya?

FAUSTO.—Fuera de aquí para alcanzar la libertad.

MARGARITA.—Fuera están el sepulcro y la muerte que me acechan; vamos, ven a mi lado por vez postrera, ya que he de ir desde

aquí al lecho del reposo eterno. ¿Partes, Enrique? ¡Ah! ¡Si yo pudiese partir contigo!

FAUSTO.—Puedes hacerlo si quieres: la puerta está franca.

MARGARITA.—No me atrevo a salir, porque ya nada espero. Además, ¿de qué nos serviría huir, si lograrían al fin darnos alcance? ¡Es tan triste tener que mendigar con la conciencia manchada, arrastrando una existencia miserable en país extranjero! Por otra parte, como te he dicho yo, tampoco lograría fugarme.

FAUSTO.—Pues yo también me quedaré a tu lado.

MARGARITA.—¡Pronto, pronto, salva a tu pobre hijo! Ve por la senda que hay a lo largo del arroyo, y no te detengas hasta el estanque que se encuentra más allá del pequeño puente de madera, donde le encontrarás luchando aún para salir del agua. Sobre todo, procura salvarle de la muerte.

FAUSTO.—Vuelve en ti, pues eres libre con sólo dar un paso.

MARGARITA.—¡Si hubiésemos podido cruzar la montaña, habríamos hallado a mi madre sentada en una piedra! ¡Qué frío siento en mí!... Allí está mi madre sentada en una piedra, moviendo la cabeza, pero sin hacerme ninguna seña, ni mirarme, después de haber dormido tanto tiempo. ¡También dormía durante nuestros deleites! ¡Cuán pronto pasaron aquellas horas de placer!

FAUSTO.—Ya que nada pueden ni mis palabras ni mis súplicas, preciso me será arrancarte de aquí a viva fuerza.

MARGARITA.—Déjame, no uses la violencia y deja de asirme tan rudamente. ¿No sabes que por amor todo lo hice?

FAUSTO.—Empieza a romper el alba, ángel mío...

MARGARITA.—¡El día! Sí, el postrero que penetra para mí en este sitio. ¡Ése había de ser mi día de boda! No digas a nadie que has estado junto a Margarita. ¡Ah! ¡Mi corona! ¡Ya está hecha ceniza! Nos volveremos a ver pero no en el baile. La multitud se agrupa sin que basten ya a contenerla la plaza y las calles. La campana me llama y la vara de la justicia se ha roto, cuando de este modo me sujetan y encadenan; heme aquí ya en el camino del patíbulo. Todos tiemblan a la vista de la fatal cuchilla que pende sobre mi cuello. He aquí un pueblo mudo como un sepulcro.

FAUSTO.—¡Ah! ¿Por qué he nacido?

MEFISTÓFELES, *presentándose en el dintel de la puerta.*—Salid o estáis perdidos. DEjaos de vanas palabras y de una desesperación estéril. Mis caballos se impacientan y va a romper el alba.

MARGARITA.—¿Quién es el que así sale de debajo de la tierra? ¡Él! ¡Siempre él! Arrójale de aquí. ¿Por qué viene a esta santa mansión? ¡Si querrá llevarme!

FAUSTO.—¡Es preciso que vivas!

MARGARITA.—¡Justicia del cielo, a ti me entrego!

MEFISTÓFELES, *a Fausto.*—Ven, ven, o te abandono con ella.

MARGARITA.—Tuya soy, padre mío. ¡Sálvame! ¡Ángeles, santas legiones, protejedme! Enrique ¡me causas horror!

MEFISTÓFELES.—¡Ya está juzgada!

VOZ DE LO ALTO.—¡Está salvada!

MEFISTÓFELES, *a Fausto.*—Sígueme.

(Desaparece con Fausto.)

VOZ LEJANA, *que se va debilitando.*—¡Enrique! ¡Enrique!

FIN DE LA PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE DE FAUSTO

Terminada durante el verano de 1831

ACTO PRIMERO

UN SITIO AGRADABLE

FAUSTO, *tendido sobre césped florecido, cansado, inquieto, procurando dormir. Crepúsculo*

Legión de espíritus flotando en la atmósfera y de graciosas formas

ARIEL *canta con acompañamiento de melodiosas arpas.*—«Si el manto primaveral al descender del cielo se tiende por los valles y colinas; si brillan las doradas mieses a los ojos del labrador complacido; si, en fin, parecen renacer en todas partes la animación y la vida, marchan por enjambres los pequeños elfos a donde el dolor les llama, para llevar un consuelo a cada corazón que sufre. Nada les importa que sea éste inocente o culpable porque todos tienen igual derecho a su piedad. Vosotros, cuantos formáis en torno suyo un círculo aéreo, elfos queridos, dejad en esta ocasión bien sentado el honor de vuestro nombre. Procurad calmar el ardor de su alma inquieta, desviad de su corazón el dardo cruel del remordimiento y apartad de su espíritu los terrores de la existencia humana. La noche, la tranquila noche que se desliza en su carro de cuatro estaciones, tiene que hacer cuatro pausas y debéis procurar que no sufra en ellas retardo ni olvido. Colocad su cabeza en cojines de rosas y bañadla en las olas del Leteo para que su cuerpo recobre la salud en el tranquilo sueño que la impulsa hacia la aurora. Luego daréis cumplimiento a la más grata de todas vuestras obras al abrir sus párpados a la luz celeste.»

CORO.—«A la manera que el prado ondula al fresco ambiente que inclina las flores, descended en el crepúsculo, dulces aromas y tibios vapores, y murmuradle en su oído dulces palabras, meced su triste corazón y sus sentidos en el blando reposo de los niños y, poniendo vuestros dedos rosados amorosamente en sus párpados, cerradle las puertas del día. Mas llega ya la noche y la estrella de fuego está en las nubes con su hermana santamente enlazada. Luces resplandecientes, fosfóricas, se deslizan y brillan en el cenit, y rielan en las aguas transparentes del lago que las refleja, o tiemblan en el seno de la noche; mientras que la luna tranquila y serena se levanta y reina como soberana sobre el lago y el valle sin pararse hasta sellar con su disco en el cielo a nombre del mundo la calma, la paz, el reposo y la felicidad. También pasa aquella hora misteriosa y con ella el eco del placer y del pesar. Presiente el momento de tornar a la vida y de aguardar en paz el nuevo día. El sol vuelve a dorar las altas cumbres sobre que se apiñaban poco antes las nubes para gozar mejor del reposo en que estaba la creación sumida y como por encanto se disipan todos los vapores que cubrían la tierra. Para hacer que vuelva a revelársele la vida con toda su magnificencia torna la vista hacia el sol, y despréndete al despertar de entre las alas de tu débil sueño. Valor, y ocupa pronto tu puesto, mientras que el vulgo piensa en decidirse y fluctúa y espera y muere sin atreverse a imitar el corazón magnánimo que le traza la senda que ha de seguir.»

(Un grande estruendo anuncia la salida del sol.)

Ariel. «Escuchad todos la hora sonora y no perderéis ni uno solo de los gratos rumores con que la naturaleza acoge a la naciente aurora; regocijaos, espíritus aéreos, con el nuevo sol que asoma. Las puertas de las peñas y de los montes se abren rechinando sobre sus goznes y Febo se lanza al espacio abriendo en él con su carro de luz deslumbrantes surcos y todo en el mundo se agita al primer resplandor de sus rayos. Elfos, marchad a ocultaros en el fondo de las tinieblas, entre las húmedas rosas, y mirad que si llega a alcanzaros el menor de sus rayos, ensordeceréis para siempre.»

FAUSTO.—Mis venas baten con fuerza vital nuevamente adquirida para saludar el crepúsculo etéreo. Tierra, tú también has sido constante esta noche, y respiras a mis pies enteramente reanimada. Ya empiezas a arrullarme con mil voluptuosidades, y despiertas en mí la resolución de aspirar sin cesar a más noble existencia. El mundo, envuelto aún en los vapores del crepúsculo, empieza a despertar; alegre el bosque repite los ecos sonoros de una vida múltiple; se exhala la niebla después de haberse tendido en el valle y la celeste claridad desciende a las profundidades en tanto que las flores y las ramas dobladas por el rocío se alzan del vaporoso seno del abismo

en que dormían sepultadas. Los colores se destacan del fondo en que la flor y la hoja desprenden trémulas perlas y el mundo en torno mío se convierte en un edén. Las cumbres gigantescas de los montes anuncian ya la hora solemne, gozando de la luz eterna que sólo más tarde desciende hasta nosotros; nueva claridad inunda las verdes laderas de los Alpes, y va por grados penetrando hasta la más profunda cañada para derramar a torrentes su luz. ¡Ah! ¡Deslumbrado ya, oblígame el dolor a apartar los ojos! Así la esperanza inefable a fuerza de perseverancia se eleva al nivel de un deseo sublime, y ve ensanchársele de repente la senda que ha de conducirla a su cumplimiento. Mira cómo se agita ahora un mar de llamas en eternos abismos. Grande es nuestro asombro, pues veníamos para encender la antorcha de la vida y de todas partes nos envuelve un torrente de fuego. ¿Es el amor el odio que nos oprime con los lazos del dolor y del placer hasta el punto de hacernos inclinar la vista a la tierra para ocultarnos con el velo de nuestra primera inocencia? Siempre contemplo con placer creciente la cascada que muge en la roca formando sus aguas al rodar nubes de espuma en el aire, que al primer rayo del sol se convierten en hermoso arco iris. Al ver que tan pronto aquel arco se destaca puro, como desaparece enteramente en los aires formando en torno suyo un vaporoso estremecimiento, ¿no es verdad que parece la imagen de la vida humana?

EL PALACIO IMPERIAL. LA SALA DEL TRONO

El consejo de Estado esperando al emperador. Suenan clarines. Los cortesanos vistiendo magníficos trajes. El EMPERADOR *ocupa el trono con el* ASTRÓLOGO *a su derecha*

EL EMPERADOR.—Salud a mis leales amigos. Veo que el sabio está a mi lado, pero, ¿dónde está el bufón?

UN GENTILHOMBRE.—Estaba hace poco detrás de tu manto cuando ha empezado a dar volteretas por la escalera. Luego se han llevado la masa enorme sin saber si había muerto o si era tan sólo difunto de taberna.

SEGUNDO GENTILHOMBRE.—Con rapidez que raya en prodigio, se ha presentado otro a ocupar su puesto y viste ricos trajes que por lo fantásticos excitan la admiración de todos. Los guardias han querido impedirle la entrada. He aquí al bufón temerario.

MEFISTÓFELES, *arrodillándose al pie del trono.*—¿Quién es el que es siempre maldito y siempre bien recibido? ¿Qué es lo que se desea con ardor y se rechaza sin embargo? ¿Qué es lo que todos toman bajo su protección? ¿Qué es lo que siempre se critica y acu-

sa cruelmente? ¿Quién es el que no debe ser nunca invocado y aquel cuyo nombre se oye siempre con placer? ¿Quién es el que se acerca a las gradas de tu trono? ¿Quién es el que se desterró a sí mismo?

EL EMPERADOR.—Los enigmas no están aquí en boga. Explícate si quieres complacerme. Temo que mi viejo bufón haya emprendido el gran viaje; ven, pues, a ocupar su puesto a mi lado.

(Mesfistófeles sube las gradas del trono y se coloca a la izquierda del Emperador.)

MURMULLOS ENTRE LA MULTITUD.—¡Un nuevo bufón, un nuevo tormento! ¿De dónde habrá salido? ¿Cómo ha podido llegar hasta aquí? ¿Ha caído el antiguo? Era un tonel. Ahora éste es una espátula.

EL EMPERADOR.—Sed bien venidos; una estrella propicia os reúne; los astros nos prometen felicidad y salud. Pero, ¿por qué estos días libres de todo cuidado consagrados al carnaval, estos días en los que sólo pensamos en gozar, hemos de pasarlos en consejo? Ya que vosotros lo creéis conveniente cúmplase vuestro deseo.

EL CANCILLER.—La virtud circunda la frente del emperador y sólo él puede practicarla dignamente; la justicia, sólo él puede concederla al pueblo. Pero ¿de qué sirven la inteligencia del espíritu humano, la bondad del corazón y el vigor del brazo, si una fiebre abrasadora mina al Estado hasta en sus cimientos y si el mal engendra mal? Cualquiera que desde esos altos picachos tienda la vista sobre este reino, creerá ver cruzar por él espantosos monstruos; uno se apodera de un rebaño, otro de una mujer, aquél roba el cáliz, la cruz o los candelabros del altar, y les vemos complacerse y gozar del fruto de sus rapiñas años y más años. Cuando llegan las quejas hasta el tribunal y el juez se decide a sentenciar, empieza el torrente revolucionario a rugir cada vez con más espanto; porque quien se apoya en sus cómplices puede gloriarse de sus crímenes y sólo veréis pronunciar la palabra *culpable* contra el inocente que queda indefenso. ¿Cómo queréis que se generalice el único instinto que nos encamina hacia el bien? El hombre de rectas intenciones se deja tentar por la adulación o por un interés mezquino, y cuando el juez no puede castigar, acaba por aliarse con el culpable. Negro es, en verdad, el cuadro que he pintado, y siento no haber encontrado colores más sombríos.

EL GRAN MAESTRE O JEFE DEL EJÉRCITO.—¡Hay en estos días de desorden un tumulto terrible! Tan pronto uno mata como le matan; todos permanecen sordos a la voz de mando. El paisano detrás

de sus murallas y el noble en su nido de rocas parecen conjurarse contra nosotros sin debilitar nunca sus fuerzas. El mercenario se impacienta, pide bruscamente su paga y de seguro que, a no debérsele, pronto habría levantado el campo, y sin embargo, negarse a lo que todos piden es remover un avispero. Está devastado el reino que debían sostener, se les deja gritar como energúmenos y apelar a cada paso a la rebelión. Aún quedan allá abajo algunos reyes, pero ninguno quiere convencerse de que van a dirigirse contra ellos los ataques.

EL TESORERO.—¡Confiad en vuestros aliados! ¡Los subsidios que nos habían ofrecido empiezan ya a faltar! ¡A qué manos, señor, ha ido a parar la propiedad en tus vastos Estados! Además, no puede ya contarse con ningún partido, porque aliados y hostiles su simpatía o su odio son indiferentes: los güelfos como los gibelinos se ocultan para descansar. ¿Quién piensa hoy en ayudar a su vecino? Bastante trabajo tiene cada cual para sí. Las minas de oro se explotan, se escarba la tierra, se economiza, se atesora y nuestras arcas permanecen vacías.

EL MARISCAL.—¡Ah! ¡También a mí me abate el malestar general! Siempre queremos economizar y gastamos más cada día, y entre tanto mi inquietud va en aumento: el cocinero aún no se ha resentido en lo más mínimo, porque los jabalíes, los ciervos, las liebres, los gamos, los pavos, los patos y las rentas fijas no escasean; empieza a faltarnos el vino. Si antes en nuestras bodegas se amontonaban los toneles unos sobre otros llenos todos del mejor vino, la sed implacable de los grandes ha agotado hasta la última gota. El municipio ha tenido también que abrir su casa; ni el copón, ni el jarro de estaño, nada han olvidado los convidados al sentarse a la mesa y luego es a mí a quien toca satisfacerlo todo. El judío es intratable, pues inventa anticipos de todas clases que nos obligan a gastar de antemano las anualidades que deben aún transcurrir; los cerdos no engordan, los colchones de nuestras camas están empeñados, y hasta el pan de nuestra mesa lo hemos comido ya por adelantado.

EL EMPERADOR, *después de un momento de reflexión, dirigiéndose a Mefistófeles.*—Y tú loco, ¿no sufres también alguna miseria?

MEFISTÓFELES.—¿Yo? Ninguna al ver la gloria que a ti y a todos los tuyos os rodea. Nunca la confianza faltará allí donde es un rey absoluto el que gobierna, allí donde hay un poder siempre pronto a dispersar al enemigo, allí donde reina la buena voluntad robustecida por la inteligencia y la actividad múltiple. ¿Cómo unirse para el mal y las tinieblas, allí donde brillan semejantes astros?

MURMULLOS.—Es un pícaro que sabe muy bien el papel que ha de desempeñar y empieza a insinuarse por medio de la mentira. Tiene algún proyecto oculto.

MEFISTÓFELES.—¿Dónde no falta algo en el mundo? A uno le falta esto, a otro aquello, al de más allá dinero; pero con prudencia y saber, se puede sacar dinero hasta del fondo de los abismos. En las entrañas de la tierra y en los cimientos de las casas hay oro virgen y hasta acuñado, y si me preguntáis quién podrá hacerlo lucir a la luz del día, os diré que la fuerza de la Naturaleza y del Espíritu en un hombre de talento.

EL CANCILLER.—¡Naturaleza! ¡Espíritu! No es éste el lenguaje propio de cristianos. A los ateos se les condena a la hoguera porque nada hay tan peligroso en el mundo como sus palabras. La Naturaleza es el pecado y el Espíritu el diablo: ambos engendran la duda, su hermafrodita monstruoso. ¡No vuelvan a proferirse aquí semejantes herejías! De todos los antiguos estados del emperador, sólo han salido dos razas que sostengan dignamente el trono: los santos y los caballeros. Ellos son los que hacen frente al peligro a cada borrasca política, y en recompensa de sus servicios se reparten la Iglesia y el Estado. La resistencia que se les opone sólo es debida a los sentimientos plebeyos de cuatro cabezas trastornadas: tales son los herejes y los brujos que corrompen las ciudades y el campo. He aquí lo que quieres tú introducir en este noble círculo con tus sarcasmos. Buscas los corazones corrompidos por la relación en que están con los bufones.

EL EMPERADOR.—Nada de esto puede sacarnos del apuro en que nos hallamos. ¿Qué es lo que pretendes tú ahora con tus homilías de cuaresma? Aburrido estoy ya de vuestro eterno *sí* y *pero*. Falta dinero: lo que importa es tenerlo.

MEFISTÓFELES.—Yo hallaré todo cuanto pedís porque es esto muy fácil, pero lo fácil es difícil. Todo duerme en la tierra, y es posible alcanzarlo: en ello consiste el talento. ¿Cómo hacerlo? Pensad en que cuando la época en que las olas humanas inundaban el país, el pueblo, en su espanto, ocultó debajo del suelo sus más preciosos tesoros. Lo mismo sucedía en los tiempos de la poderosa Roma. Todos esos inmensos tesoros están ocultos en las entrañas de la tierra y como la tierra es del emperador a él pertenece el botín.

EL TESORERO.—No se expresa mal. Tal era el derecho del antiguo emperador.

EL CANCILLER.—Satán acaba de tenderos un lazo de oro.

EL MARISCAL.—Mientras procure a la corte tesoros, me siento inclinado a prescindir de todo.

EL GRAN MAESTRE DEL EJÉRCITO.—El bufón no es tonto.

MEFISTÓFELES.—Y si creéis que os engaño, consultad al astrólogo: él lee en los círculos la fortuna. Díganos lo que el cielo anuncia.

MURMULLOS.—Son dos solemnes pícaros y se han puesto de acuerdo. ¡Un bufón y un visionario cerca del trono! Recordemos el antiguo proverbio: el loco sopla y habla el sabio.

EL ASTRÓLOGO *habla y Mefistófeles sopla.*—Hasta el sol es de oro puro. Mercurio, el mensajero, le sirve como un mercenario; la señora Venus os engaña a todos a pesar de sus continuas y dulces miradas. La púdica Febe tiene sus caprichos; Marte os amenaza a todos y Júpiter será siempre el más espléndido. Saturno es grande pero tiene los ojos pequeños. Pero cuando la Luna se casa con el Sol, y el oro con la plata, el mundo todo se embellece. Palacios, jardines, blancas gargantas, mejillas sonrosadas, he aquí lo que nos procura el sabio.

EL EMPERADOR.—No me he convencido más de lo que lo estaba antes.

MURMULLOS.—¿Qué importa? Si todo es farsa, charlatanismo, alquimia. Y aun cuando por semejantes medios se nos procurase algo, sería en perjuicio nuestro.

MEFISTÓFELES.—¡Así son todos! Se asombran y se niegan a creer en el gran descubrimiento. Apostemos ahora a que pronto van a empezar a gritar contra el brujo desde que sientan comezón en los pies o empiecen los tropiezos. Todos vosotros sentís la ebullición secreta de la naturaleza eternamente activa, y que la vida serpentea hacia el sol desde el fondo de las profundidades subterráneas; así que, cuando experimentéis cierta inquietud en todos vuestros miembros, cuando no podáis teneros de pie sin tambalearos, cavad resueltamente y hallaréis oculto mi tesoro.

MURMULLOS.—Tengo los pies de plomo. Siento calambres en los brazos. Sufro un ataque de gota. Mi pulgar se crispa. A tales señales, debemos cavar la tierra que pisamos, sin duda riquísima en tesoros.

EL EMPERADOR.—¡Manos a la obra...! No te queda ya subterfugio alguno, pruébanos tus vanas palabras y enséñanos esas ricas minas. Estoy pronto a deponer mi cetro y mi espada y a ser el primero

en empezar la obra por mis reales manos o a mandarte al infierno caso de que nos engañes.

MEFISTÓFELES.—No creo que nadie tuviese que indicarme el camino, pero no puedo menos de repetiros que hay tesoros ocultos en todas partes. El labrador que abre un surco, remueve con el terrón un jarro lleno de oro y ve llenas de oro aquellas manos que la necesidad había endurecido. No hay cueva, abismo ni cantera, aunque confinen con los mundos subterráneos, donde no penetre el que siente el instinto del oro. En grandes cuevas perfectamente guardadas ve dispuesta una vajilla en el mayor orden, sin que falten antiguas copas guarnecidas de rubíes.

EL EMPERADOR.—Vamos, pues; empuja tu arado y haz de suerte que brille a la luz ese oro oculto en las tinieblas.

MEFISTÓFELES.—Toma el azadón y la pala y empieza tú mismo a cavar, pues el trabajo del labrador te ennoblecerá y verás salir del seno de la tierra una manada de becerros de oro. Entonces podréis sin vacilar adornaros, tú y la mujer que adoras, porque una brillante diadema da realce a la belleza.

EL EMPERADOR.—¡Comencemos el trabajo! ¿Cuánto va a durar?

EL ASTRÓLOGO, *repitiendo como antes lo que Mefistófeles le inspira.*—Señor, modera tus ardientes deseos. Es mejor que deliberemos antes con calma. Hagámonos dignos de una parte por alcanzar el todo.

EL EMPERADOR.—Pues bien, pasemos en la alegría el tiempo que nos queda hasta que llegue el miércoles de ceniza. Entre tanto, celebremos aún más alegremente que hasta aquí el fogoso carnaval.

(Suenan clarines.)

JARDÍN. SOL DE LA MAÑANA

El EMPERADOR *y su* Corte, *hombres y mujeres,* FAUSTO, MEFISTÓFELES *vestido decentemente según el gusto de la época; ambos se arrodillan*

FAUSTO.—¿Perdonas, señor, el incendio de carnaval?

EL EMPERADOR, *indicándoles que se levanten.*—Mucho me gustan las bromas de este género. Por un momento me vi en medio de una esfera ardiente y casi me creí ser Plutón. Un abismo de tinieblas y carbón se inflamó de pronto y sólo vi ya desde entonces en los abismos millares de raras llamas que se unían formando una bó-

veda, y cuyas puntas destruían una sublime cúpula siempre en pie y siempre desmoronándose. A través de las columnas de fuego veía agitarse a lo lejos numerosos pueblos, que daban vueltas rindiéndome el homenaje que me han impuesto siempre. Conocí a más de uno de mi corte y me parecía rey de las salamandras.

MEFISTÓFELES.—Y en efecto lo eres, señor, puesto que cada elemento reconoce tu omnipotencia. Acabas de experimentar que la llama es tu esclava; arrójate ahora al mar donde bramen sus olas con más furor, y apenas habrás puesto el pie en su suelo sembrado de perlas, verás formarse en torno tuyo un círculo espléndido. Verás hincharse olas verdes, ágiles y cubiertas de rojiza espuma que con vistosos juegos embellecerán tu morada. A cada uno de tus pasos brotará un palacio. Los monstruos marinos se agrupan para presenciar aquel espectáculo tan nuevo como hermoso; ya empiezan a aparecer dragones de escamas de oro, y muge el tiburón, mientras tú te ríes de él en sus hocicos. Cualquiera que sea el espectáculo que te ofrezca tu corte, nunca habrás contemplado una multitud igual. Tampoco faltarán en cambio rostros agradables; las Nereidas curiosas se acercan al magnífico palacio situado en el seno de la eterna frescura; las más jóvenes de entre ellas son tímidas y lascivas como los peces.

EL EMPERADOR.—¿Qué feliz fortuna la que te trae aquí sin transición de las *Mil y una Noches*? Si te pareces en la abundancia a Scheherazada te prometo el mayor de todos mis favores. Procura estar siempre apercibido para el caso de que el mundo uniforme me sea insoportable, como sucede muchas veces.

EL MARISCAL *se adelanta precipitadamente.*—Gracioso soberano, nunca habría creído poder darte en mi vida tan fausta noticia como la que me trasporta de alegría en tu presencia: la deuda está liquidada, todas las cuentas satisfechas, hemos dejado de ser víctimas de los usureros y heme aquí libre de los tormentos del infierno.

EL GRAN MAESTRE DEL EJÉRCITO *se presenta a su vez.*—Todos los soldados han sido pagados puntualmente; se reengancha el ejército entero.

EL EMPERADOR.—¡Cómo desaparece el ceño que surcaba vuestra frente! ¿De qué procede la precipitación con que obráis?

EL TESORERO.—Preguntad a los que han dado cumplimiento a la empresa.

FAUSTO.—Es el canciller quien debe explicar este asunto.

EL CANCILLER, *adelantándose a paso lento.*—¡Qué dicha en mis últimos años! Al menos podré morir satisfecho. Prestadme atento oído y mirad la gran página del destino que acaba de convertir en mal el bien. *(Lee).* «Se participa al que desee saberlo, que vale ese papel mil coronas; se ha dado en garantía un gran número de bienes que habían desaparecido del ímperio. Han sido adoptadas todas las medidas para que el rico tesoro, una vez reconquistado, sirva para la extinción del crédito.»

EL EMPERADOR.—Adivino hay aquí algún delito, algún monstruoso engaño. ¿Quién ha falsificado mi firma imperial? ¿Ha podido quedar impune tan grande crimen?

EL TESORERO.—Tú mismo lo has firmado esta noche; el canciller y yo te hemos hablado en estos términos: «Consagra en el placer de esta fiesta al bienestar del pueblo algunos rasgos de tu pluma», y lo has hecho claramente. Luego miles de operarios los han reproducido instantáneamente a millares, y a fin de que el beneficio fuese desde luego provechoso a todos, hemos timbrado en seguida documentos de toda clase de diez, de treinta, de cincuenta y de ciento. No podéis figuraros lo beneficioso que es para el pueblo; ved si no vuestra ciudad, poco ha desolada y en brazos de la muerte, cómo recobra la vida y se estremece de placer. Hace mucho tiempo labra tu nombre la dicha del mundo, pero nunca había sido pronunciado con tanto amor como ahora.

EL EMPERADOR.—¿Reconocen mis súbditos en ello el valor del oro puro? ¿El ejército y la corte admiten que se dé por paga? En este caso permitiré su circulación.

EL MARISCAL.—Imposible sería detener el papel en su vuelo, pues tiene la velocidad del rayo. La tienda de los cambistas está abierta de par en par y se cambia el documento en oro o plata mediante alguna rebaja, encaminándose todos desde allí al mercado, a las panaderías y a las fondas. La gente no piensa más que en festines, se pavonea con vestidos nuevos, y el tendero corta y el sastre cose. El vino corre a torrentes en las tabernas a los gritos de: ¡Viva el emperador! Y las ollas humean, y los asadores dan vueltas, y los platos resuenan.

MEFISTÓFELES.—No habrá ya necesidad de cargarse de bolsas y sacos, porque una pequeña hoja de papel se lleva fácilmente en el pecho y hasta puede juntarse con las cartas de amor. El sacerdote la lleva piadosamente en su breviario y el soldado, para que sean sus movimientos más rápidos, procura aligerar su cintura. Su majestad me perdone si al parecer amenguo su grande obra apreciándola en sus menores ventajas.

FAUSTO.—La magnitud de los tesoros que dormida yace profundamente en las tierras de tus estados, no da provecho alguno; la imaginación más galana no podría concebir tanta riqueza, ni la fantasía en su vuelo más sublime llegar a imaginársele.

MEFISTÓFELES.—¡Es tan cómodo el que pueda semejante papel suplir el oro y las perlas! Siempre se sabe todo cuanto uno tiene y además no hay necesidad de pesarlo ni cambiar, y puede cada uno entregarse libremente al amor y al vino. ¿Quiere uno moneda? Lo cambia y se la procura, y si falta metal se cava por algún tiempo la tierra: se empeñan las alhajas y he aquí el papel amortizado con vergüenza de los incrédulos que de un modo tan insolente se burlaban de nosotros.

EL EMPERADOR.—Merecéis bien de nuestro reino y que en lo posible sea la recompensa proporcionada a vuestro servicio. Os confiamos el interior de las tierras de nuestros estados, por ser vosotros los más dignos custodios de los tesoros que guardan. Vosotros sabéis el secreto profundo que encierran, y sólo en virtud de vuestras órdenes se harán las excavaciones precisas. Podréis ahora poneros de acuerdo puesto que sois los dueños de nuestros tesoros: cumplid con ardor los deberes de vuestra misión y haced que los mundos superior e inferior se unan en feliz maridaje.

EL TESORERO.—No debe haber ya entre nosotros ni sombra de discordia y desde ahora me complazco en tener por colega al adivino.

(Sale con Fausto.)

EL EMPERADOR.—A cualquiera que en mi corte colme de dones, quiero que antes me diga cuál es el uso que piensa hacer de ellos.

UN PAJE, *al recibirlos.*—Con ellos viviré alegre, contento y de buen humor.

OTRO.—Quiero enjoyar inmediatamente a mi amada.

UN CAMARERO, *embolsando.*—Desde ahora voy a beber doble cantidad de vino de la mejor calidad.

OTRO, *haciendo lo propio.*—Ya se agitan los dados en mi bolsillo.

UN SEÑOR ABANDERADO, *con circunspección.*—Yo voy a pagar las deudas que gravitan sobre mi castillo y mis tierras.

EL EMPERADOR.—Confiaba hallar en vosotros ardor para emprender nuevas acciones. Bien lo veo; en el esplendor de la riqueza sois los mismos que habéis sido antes.

EL BUFÓN, *al llegar.*—Ya que dispensáis gracias, permitidme participar de ellas.

EL EMPERADOR.—¡Cómo! ¿Vives todavía? Ahora mismo irías a invertirlas en vino.

EL BUFÓN.—Casi nada he comprendido acerca de vuestros billetes mágicos.

EL EMPERADOR.—Lo creo, porque los empleas mal. Tómalos, son tu lote.

(Se va.)

EL BUFÓN.—¡Cinco mil coronas en mi poder!

MEFISTÓFELES.—Echa a correr.

EL BUFÓN.—Decidme, ¿tiene esto el valor del oro?

MEFISTÓFELES.—Con ello puedes procurarte todo cuanto tu boca y tu vientre apetezcan.

EL BUFÓN.—Y, ¿podré comprar una casa, ganados y terrenos?

MEFISTÓFELES.—Por supuesto, con tal que lo pagues bien.

EL BUFÓN.—Y, ¿un palacio con bosques, caza y estanques?

MEFISTÓFELES.—¡Desearía verte un gran señor!

EL BUFÓN.—Desde esta misma noche voy a pavonearme en mis dominios.

(Sale.)

MEFISTÓFELES, *solo.*—¿Quién puede dudar ya del talento de nuestro bufón?

UNA GALERÍA OSCURA

FAUSTO *y* MEFISTÓFELES

MEFISTÓFELES.—¿Por qué me traes a estos oscuros corredores? ¿No reina allá abajo la alegría, y no hay entre aquella turba cortesana sobrados motivos para la burla y la impostura?

FAUSTO.—No hables de este modo, porque ese lenguaje, sobre ser ya antiguo, me es sumamente pesado. Ese vaivén continuo es sólo para evitar contestarme; el mariscal y el chambelán no me dejan ni un momento de reposo. El emperador quiere, y es preciso complacerle; quiere contemplar a Elena y Paris, a la obra maestra del hombre y de la mujer, y verlos sobre todo dotados de formas encantadoras. Manos a la obra, porque no puedo faltar a mi promesa.

MEFISTÓFELES.—Locura ha sido prometer tal cosa.

FAUSTO.—Amigo mío, tú has sido el primero en no prever lo que había de sucedernos; hemos empezado por hacerle rico y preciso nos es ahora divertirle.

MEFISTÓFELES.—¿Piensas tú que puede hacerse esto tan fácilmente? Henos aquí metidos en un camino mucho más áspero; figúrate que te entregan las llaves de un tesoro inaudito, y que tú, como un insensato, acabas por contraer después nuevas deudas. ¿Piensas que es tan fácil evocar a Elena como a esos simulacros de papel moneda? En cuanto a brujas, espectros, fantasmas y enanos, estoy pronto a servirte con toda mi banda; pero las comadres del diablo no pueden pasar por heroínas.

FAUSTO.—¡He aquí tu cantinela eterna! Siempre se va contigo a parar a lo incierto, pues eres el padre de todos los obstáculos y por cada servicio exiges una nueva recompensa. Ya sé que con sólo murmurar entre dientes estará hecho; sé que en un santiamén lograré lo que deseo.

MEFISTÓFELES.—Nada tengo que ver con el pueblo pagano, porque habita su infierno particular... Sin embargo, entreveo un medio.

FAUSTO.—Habla pronto.

MEFISTÓFELES.—Muy a pesar mío voy a revelarte el misterio sublime. Hay diosas augustas que no reinan en la soledad, sin que haya en su derredor ni espacio ni tiempo y no puede hablarse de ellas in experimentar una turbación indecible. ¡Tales son las Madres! [1]

FAUSTO, *asombrado.*—¡Las Madres!

MEFISTÓFELES.—¿Tiemblas?

FAUSTO.—¡Las Madres! ¡Las Madres! ¡Me parece esto tan extraño!

---

[1] Madres, principio de todo cuanto existe o debe existir; habitan en el vacio eterno.

MEFISTÓFELES.—Y en efecto lo es, pues son diosas desconocidas a vosotros los mortales, que nunca nombramos nosotros de buen grado. Irás a buscar su morada en los abismos, puesto que tú eres causa de que las necesitemos.

FAUSTO.—¿Dónde está el camino?

MEFISTÓFELES.—No lo hay al través de senderos que no han sido ni serán hollados; no hay camino hacia lo inaccesible y lo impenetrable. ¿Estás dispuesto? No se han de forzar cerraduras ni rejas. ¿Te has formado idea del vacío y de la soledad?

FAUSTO.—Podrías ahorrarte muy bien esos preámbulos, más propios para hacerse en la cueva de una bruja y en otros tiempos muy distintos de los nuestros. ¿No he tenido que estar en relación con la sociedad, saber el vacío y a mi vez enseñar a los demás? Al hablar según la razón me dictaba, incurría en las mayores contradicciones, y por esto me vi forzado a buscar un asilo en la soledad y en el desierto, y por último a entregarme al diablo por no vivir completamente relegado.

MEFISTÓFELES.—Lánzate al océano, sepúltate en la contemplación de lo infinito y allí al menos verás dirigirse hacia ti las encrespadas olas, al sobrecogerte el espanto ante el abismo entreabierto. Allí al menos podrás ver alguna cosa en las verdes profundidades del mar en calma y verás deslizarse los delfines, las nubes, el sol, la luna y las estrellas; mientras que en el apartado y eterno vacío no verás cosa alguna, ni oirás el rumor de tus pasos, ni hallarás un punto sólido en que apoyarte.

FAUSTO.—Hablas como pudiera hacerlo el maestro a un fiel neófito. Me envías a la región de la nada para que mi arte y mi fuerza aumenten, y veo que en ella me tratas como el gato, para que te saque las castañas de la lumbre. Pero no importa, porque quiero profundizar esto a todo trance y además pienso en la nada encontrar el todo.

MEFISTÓFELES.—Debo felicitarte antes de separarnos, porque veo que conoces a tu diablo. Toma esta llave.

FAUSTO.—¿Y para qué eso?

MEFISTÓFELES.—Tómala y guárdate de despreciar su influjo.

FAUSTO.—¡Oh, prodigio! ¡Crece en mis manos, se inflama y veo brotar de ella numerosas chispas!

MEFISTÓFELES.—¿Empiezas a comprender para lo que puede servirte? Esta llave te indicará el camino que debes seguir, ella te guiará hasta llegar al punto en que estén las Madres.

FAUSTO, *estremeciéndose.*—¡Las Madres! Me produce esta palabra el efecto del rayo. ¿Qué nombre es ése que yo no puedo oír?

MEFISTÓFELES.—¿Tan cobarde eres que un nuevo nombre te turba? ¿Por ventura no quieres oír nada más que lo que oíste hasta ahora? Cualquiera que sea el sonido de una palabra, no creo pueda conmoverte después de haber visto tantas maravillas.

FAUSTO.—No busco mi dicha en la indiferencia y lo que más hace estremecer al hombre es casi siempre lo que más le conviene. Por muy caro que el mundo haga pagar al hombre el sentimiento, se complace en su inmensidad.

MEFISTÓFELES.—¡Desciende, pues! Si bien podría también decir: sube, porque lo mismo sería. Apártate de lo que vive, lánzate al vacío de las sombras y ve a gozar del espectáculo de lo que tiempo hace no existe. Agita tu llave en el aire y procura tenerla a cierta distancia.

FAUSTO, *con transporte.*—A medida que la aprieto, siento nacer en mí nueva fuerza y animárseme el corazón para dar cima a la grande empresa.

MEFISTÓFELES.—Un trípode incandescente te dará a conocer que has llegado al abismo de los abismos, y verás a su resplandor a las Madres, unas sentadas y otras de pie o andando, según estén a tu llegada. Rodeadas de toda clase de criaturas, no repararán en ti porque sólo ven las ideas. ¡Que no te falte entonces valor, porque será grande el peligro! Ve recto al trípode y no te olvides de agitar la llave.

(Fausto levanta su llave de oro en actitud resuelta y solemne.)

MEFISTÓFELES.—¡Muy bien! El trípode se te adhiere y sigue como un fiel satélite. Subes con calma, la dicha te eleva, y antes de que puedan echarte estarás ya de regreso con tu conquista. Cuando hayas depuesto aquí el trípode, evocarás desde el seno de las tinieblas al héroe y la heroína. Nadie hasta aquí había pensado en esa acción... La acción estará hecha, y tú serás el que le habrás dado cima.

FAUSTO.—¿Y ahora?

MEFISTÓFELES.—Sólo debes atender ahora a tu objeto subterráneo.

(Fausto desaparece.)

¡Ojalá que la llave dé buen resultado! Deseo ver si volverá.

SALAS ESPLÉNDIDAMENTE ILUMINADAS

El EMPERADOR *y los* PRÍNCIPES. *La corte, con la mayor ansiedad*

EL CHAMBELÁN, *a Mefistófeles.*—Aún falta lo de la fantasmagoría; vamos, que el rey mi amo está impaciente.

EL MARISCAL.—Eso era lo que pedía ahora mismo nuestro gracioso soberano. Sería faltar a lo que al rey se debe el aplazarlo por más tiempo.

MEFISTÓFELES.—Mi compañero se ha ido: ya sabe él cómo debe arreglarse y está trabajando silenciosamente en el retiro. Es preciso que se dedique a ello con ardor porque cualquiera que busque los tesoros y la belleza, debe apelar al auxilio de la magia de los sabios.

EL MARISCAL.—Cualesquiera que sean las artes que debáis emplear, poco importa; lo que quiere el emperador es que todo esté dispuesto.

MEFISTÓFELES.—Ya empiezan las luces a oscurecerse en la sala y se conmueve la corte toda. Les veo desfilar por las lejanas galerías; ya se reúnen en el vasto espacio de la antigua sala de los Caballeros. Las anchas paredes están cubiertas de tapices, y hay en los nichos y los ángulos brillantes armaduras. Creo que podríamos abstenernos de toda evocación, seguro de que los espíritus acudirían voluntariamente a ella.

LA SALA DE LOS CABALLEROS

Luz dudosa

El EMPERADOR *y la corte*

EL HERALDO.—Los asientos y sillones están dispuestos y se hace sentar al emperador en frente de la pared, para que contemple a su placer las batallas de los pasados siglos. Todos están colocados: el emperador y la corte a la redonda, las damas están en el fondo. Y ahora que todos ocupan sus respectivos puestos, ¡salgan los espectros!

(Tocan los clarines.)

EL ASTRÓLOGO.—Manda el maestro que el drama empiece inmediatamente; ábranse los muros, ya que nadie lo impide, por haber llegado la hora de la magia. Flotan los tapices cual si fuesen presa del incendio; la pared se estremece y se hiende, y parece brotar del abismo un gran teatro; nos ilumina a todos una claridad misteriosa, y yo subo al proscenio.

MEFISTÓFELES, *sacando la cabeza por la concha del apuntador.*—Desde aquí espero captarme el favor del público.

(Al astrólogo.)

Tú que sabes el círculo que recorren las estrellas, comprenderás el sentido de las palabras que te dicte.

EL ASTRÓLOGO.—Mira cuán milagrosamente se va levantando a nuestra vista un templo antiguo semejante al Atlas que sostenía en otro tiempo al cielo. Hay gran número de columnas en su alrededor, número más que suficiente para aquella masa de granito, pues dos solas de ellas podrían sostener un monumento inmenso.

EL ARQUITECTO.—No comprendo por qué decís que es eso antiguo cuando es tan tosco y pesado. Se llama noble a lo vulgar. Yo estoy por la columnita esbelta; el cenit ojival nos eleva el espíritu.

EL ASTRÓLOGO.—Saludad con respeto la hora que las estrellas os conceden; que la razón vaya unida a la palabra mágica, y que la fantasía soberbia levante su vuelo; mirad lo que habéis deseado tan ardientemente; es un imposible y por lo mismo tanto más digno de fe.

(Fausto se levanta de la otra parte de la escena.)

Os anuncio a un hombre maravilloso en traje talar y coronada la frente, que acaba de dar cumplimiento a una obra valerosa. Sube con él un trípode del fondo del abismo. Desde aquí percibo los aromas que se exhalan del incensario y ya se dispone a bendecir la grande obra.

FAUSTO, *en tono solemne.*—Os conjuro, oh Madres que imperáis en lo infinito, eternamente solitarias con la cabeza ceñida de imágenes de la vida. Lo que fue en otro tiempo allí se mueve en su apariencia porque quiere ser eterno, y vosotras sabéis repartirlo todo entre el día y la noche. La vida arrastra en su curso a alguna, el mágico audaz se apodera de las demás, y en su pródiga generosidad deja ver a cada cual los misterios que desea contemplar.

EL ASTRÓLOGO.—Apenas la llave incandescente ha tocado el círculo del trípode, se ha tendido una vaga niebla que, flotando como las nubes, se dilata, dispersa y agrupa. Fijad ahora la atención en el intermedio de los espíritus que precede a una obra maestra. Ya se mueven en medio de una música, cuyos sonidos aéreos se convierten en melodía al perderse en el espacio. La columnata y el triglifo tiemblan y diríase que todo el templo canta. La niebla desciende, y del seno del vapor transparente se adelanta un hermoso jo-

ven acompasadamente. ¿Por qué nombrarle? ¿Quién no reconoce en él al gracioso Paris?

PRIMERA DAMA.—¡Qué hermosa flor de juventud!

SEGUNDA DAMA.—¡Está rosado y jugoso como un melocotón!

TERCERA DAMA.—¡Con qué voluptuosidad se entreabren sus hermosos labios!

CUARTA DAMA.—¡De buena gana beberías en esa copa!

UN CABALLERO.—Por más que le contemplo, sólo veo en él al pastor y nada que recuerde al príncipe ni los modales de la corte.

OTRO.—Medio desnudo convengo en que es un hermoso joven, pero sería preciso verle en traje de etiqueta.

UNA DAMA.—¡Con qué molicie se sienta!

UN CABALLERO.—¿Estarías bien sobre sus rodillas?

OTRA DAMA.—¡Con cuánta gracia se pone su hermoso brazo sobre la cabeza!

UN CHAMBELÁN.—Me parece su actitud muy impropia.

LA DAMA.—Vosotros, los hombres, estáis siempre dispuestos a criticarlo todo.

EL CHAMBELÁN.—¿Cómo queréis que no repruebe el que se tienda de este modo en presencia del emperador?

LA DAMA.—Guarda esa actitud porque cree estar solo.

EL CHAMBELÁN.—Y aunque así fuera todo aquí debe sujetarse a la etiqueta.

LA DAMA.—¡Cómo ha rendido el dulce sueño aquel conjunto de gracias!

EL CHAMBELÁN.—Sólo falta ahora que empiece a roncar para convencernos de que tiene la postura más natural del mundo.

UNA DAMA JOVEN.—¡Qué aroma de incienso y rosa penetra hasta el fondo de mi alma!

OTRA DE MÁS EDAD.—Verdaderamente se respira un aire balsámico y es él quien le exhala.

UNA VIEJA.—Es la flor de la ambrosía que se abre en su seno juvenil y embalsama la atmósfera.

(Aparece Elena.)

MEFISTÓFELES.—¿Conque es ella? Nada debo temer por mi reposo, pues es hermosa, pero no me inspira amor alguno.

EL ASTRÓLOGO.—En cuanto a mí nada tengo que hacer, y, como hombre de honor, lo declaro y confieso. La diosa se adelanta, y aun cuando tuviese lenguas... de fuego. En todos tiempos ha sido la belleza muy apreciada: aquel a quien ella se aparece queda deslumbrado, y aquel a quien perteneció fue dichoso.

FAUSTO.—¿No es el manantial de la pura belleza el que a torrentes se desborda en el interior de mi alma? ¡Dichoso premio de mi terrible viaje! ¡Por primera vez me parece el mundo apetecible, sólido y duradero; que el soplo de la vida se extinga en mí, si puedo vivir nunca lejos de tu presencia! El dulce rostro cuyo mágico reflejo excitó antes en mí tanto entusiasmo, no era más que la sombra de semejante belleza. A ti consagro toda fuerza activa, toda pasión, a ti consagro toda adoración y delirio.

MEFISTÓFELES, *desde el fondo de su agujero.*—Conteneos y limitaos a desempeñar vuestro papel.

UNA DAMA, *de bastante edad.*—Es alta, bien formada, pero tiene la cabeza algo pequeña.

OTRA DAMA, *más joven.*—Miradle el pie y veréis que es disforme.

UN DIPLOMÁTICO.—Es hermosa de pies a cabeza.

UN CORTESANO.—Se acerca al joven dormido con aire a un tiempo dulce y maligno.

LA DAMA.—¡Qué horrorosa es junto a esa imagen tan pura de juventud!

UN POETA.—Ella es quien le comunica su belleza.

LA DAMA.—¡He aquí un verdadero cuadro de Endimión y la Luna!

EL POETA.—En efecto; la diosa parece descender e inclinarse hacia él, para respirar su aliento. ¡Un beso! La medida está colmada.

UNA DUEÑA.—¡En presencia de todo el mundo!

FAUSTO.—¡Ha recibido el adolescente un favor señalado!

MEFISTÓFELES.—¡Silencio! Deja que haga el espectro lo que más le agrade.

El Cortesano.—Ella se aleja de puntillas y él se despierta.

La Dama.—Ya me había presumido que miraría ella en torno suyo.

El Cortesano.—El joven se asombra, pues es un prodigio lo que le sucede.

La Dama.—Pues yo os aseguro que a ella nada de cuanto ve la asombra.

El Cortesano.—Ella se vuelve a él con candorosa gracia.

La Dama.—Ella se ha encargado de instruirle, pues todos los hombres son tontos en tales casos. Cree ser el primero.

Un Caballero.—¡Oh! ¡Por piedad! Permitidme mirarla. ¡Qué elegancia tan majestuosa!

La Dama.—Falta a todas las conveniencias.

Un Paje.—Yo quisiera estar en el lugar del joven.

El Cortesano.—¿Quién no desearía caer en semejantes redes?

La Dama.—Ha pasado la alhaja por tantas manos, que ya el oro está algo gastado.

Un Caballero.—Cada cual toma lo que más le gusta y por mi parte ya me contentaría con esos hermosos restos.

El Astrólogo.—Ya no es un adulto, puesto que la abraza como hombre atrevido y apenas ella puede defenderse. La levanta con brazo vigoroso, ¿si querrá robarla?

Fausto.—¡Temerario que tanto te atreves, desoyendo mi voz; detente, esto es demasiado!

Mefistófeles.—Y, sin embargo, tú mismo eres el autor de la fantasmagoría.

El Astrólogo.—Una palabra: después de lo ocurrido doy al entremés el nombre de *Rapto de Elena.*

Fausto.—¿Qué es eso de rapto? ¿Acaso yo no soy nada? ¿No tengo en mi mano esta llave que me ha conducido hasta aquí al través del caos, el mar y el desierto? Aquí he sentado el pie, aquí está la realidad; aquí el espíritu puede combatir a los espíritus y disponerse a la conquista del doble reino. ¿Cómo habría podido ella venir del punto lejano en que se encontraba? Yo la salvo y es ahora

dos veces mía. Valor, pues, oh Madres. El que la conoce no puede vivir sin ella.

EL ASTRÓLOGO.—¡Fausto! ¡Fausto! ¿Qué es lo que haces? ¡La abraza con ardor, se dirige con su llave hacia el joven, ya llega a él, ya le toca! ¡Ay de nosotros! ¡Qué desgracia!

(Explosión; Fausto cae al suelo y los espíritus desaparecen.)

MEFISTÓFELES, *cargándose a Fausto en hombros.* ¡He aquí lo que es encargarse de un loco! No puede salir bien, aunque seáis el mismo diablo.

(Tinieblas y tumulto.)

ACTO SEGUNDO

UN CUARTO DE ARQUITECTURA GÓTICA DE ALTO TECHO, QUE FUE ANTES DE FAUSTO, Y TAL COMO CUANDO ÉL LE HABITABA

MEFISTÓFELES, *tras la cortina. mientras que él la levanta, vese a Fausto tendido en una cama.*—Descansa, infeliz, cogido en los lazos del amor: no es fácil que aquel a quien deslumbró Elena recobre pronto la razón. (*Examinándolo todo en torno.*) En vano miro; no noto ningún cambio, sólo me parece son menos vivos los colores de los cristales y haber aumentado las redes que tiende la araña; también la tinta se ha secado y el papel se ha ennegrecido, todos los demás están en su puesto. He aquí la pluma con que firmó Fausto su pacto con el diablo. Seca está ya en el fondo del tintero la pequeña gota de sangre que le saqué; es un tesoro que deseo de todo corazón vaya a parar en manos de un anticuario que sepa bien su oficio. El viejo ropón de pieles continúa colgado en el mismo clavo; ¡cuánto me recuerda mi alegre aventura de otro tiempo y las teorías que explicaba entonces a aquel muchacho que, joven ahora, se consume tal vez aún pensando en ellas. Deseos tengo de ponerme ese ropón caliente para convertirme nuevamente en doctor y pavonearme en la idea de mi infalibilidad. Sólo los sabios saben darse aquella importancia, de la que tiempo ha el diablo perdió el hábito.

(Sacude el ropón y saltan del mismo langostas y escarabajos de toda especie.)

CORO DE INSECTOS.—¡Salud, viejo dueño! Revoloteamos zumbando en torno tuyo porque te conocemos: tú por unidades nos sembraste en silencio, y a millares venimos a danzar ahora ante ti.

De tal modo se oculta la perfidia en el corazón, que es más difícil descubrirla que contar los piojos de esta vieja túnica.

MEFISTÓFELES.—¡Cuán agradablemente me sorprende la joven raza! Sembrad y recogeréis; por más que sacuda esta antigua alhaja, saltan siempre algunos. Volad, hijos míos, id a anidar en los rincones, allí entre antiguas cajas, allá entre amarillentos pergaminos, en cascos polvorientos o en los ojos sin pupila de las calaveras. En mundo de confusión y de inmundicia, debe vivir el grillo eternamente. *(Se envuelve en el ropón de pieles.)* Ven a cubrir otra vez mis hombros, puesto que soy aún doctor. Pero no todo consiste en darme este nombre, y preciso es saber dónde están los que deben reconocerme como tal.

(Agita la campanilla, y a su sonido agudo y vibrante retiemblan las paredes y se abren con estruendo las puertas.)

EL CRIADO *llega por un corredor oscuro, tambaleándose.*—¡Qué espantoso ruido! La escalera se estremece, las paredes tiemblan y al través de los mil colores de los cristales veo brillar los rayos que rasgan las nubes en medio de una tempestad deshecha. El techo se derrumba, la cal se derrite y la puerta, sólidamente cerrada, cae hecha astillas impulsada por fuerza sobrenatural. ¡Qué horror! ¡Veo a un gigante envuelto en la vieja túnica de Fausto, y a su aspecto mis piernas se doblan! ¿Debo huir o quedarme? ¡Ah! ¿Qué será de mí?

MEFISTÓFELES, *haciéndole una señal.*—Acércate, amigo mío. ¿Te llamas Nicodemus?

EL CRIADO.—Alto y noble señor, he aquí mi nombre. Oremus.

MEFISTÓFELES.—Dejemos eso.

EL CRIADO.—¡Cuánto celebro que me conozcáis!

MEFISTÓFELES.—Bien lo sé, viejo escolar. Un sabio continúa siempre el estudio porque es incapaz de hacer otra cosa ¡En verdad es tu amo un hombre prodigioso! ¿Quién no conoce al doctor Wagner hoy el primero en el mundo? Él solo lo sostiene todo, él es quien aumenta los tesoros de la ciencia; todos los ávidos de saber se agrupan en torno suyo: sólo él brilla en la cátedra; él es quien dispone de las llaves de la ciencia, y él quien abre los mundos superior e inferior. No hay gloria digna de su gloria y su esplendor; ha eclipsado hasta el mismo nombre de Fausto. Todo lo ha resuelto.

EL CRIADO.—Perdonadme, digno señor, que os contradiga, sabed que la modestia le tocó en patrimonio. No puede soportar la increíble desaparición del grande hombre, en cuyo regreso pone su

esperanza y su consuelo. Este cuarto, tal como estaba en tiempo del doctor Fausto, aguarda aún a su antiguo dueño. Apenas me atrevo a entrar en él. ¿Qué podrá haber en esta hora? Las paredes tiemblan y las puertas se han abierto y sin esto ni aun vos mismo hubierais podido entrar aquí.

MEFISTÓFELES.—¿Dónde habrá podido meterse vuestro hombre? Conducidme a su presencia o haced que venga aquí.

EL CRIADO.—¡Ah! Su prohibición es severa, y no me atreveré a faltar a ella. Ocupado en la grande obra ha vivido por espacio de muchos meses en el retiro más profundo: a ese hombre, el más limpio de todos los sabios, le tomaríais ahora por un carbonero, de tal suerte su rostro está ennegrecido y están sus ojos encendidos por el fuego del hornillo, al pie del cual se consume incesantemente.

MEFISTÓFELES.—No se negará a recibirme, pues soy hombre capaz de asegurar su empresa.

(Sale el criado y Mefistófeles se sienta con gravedad.)

Apenas en mi puesto, veo ya un huésped que no me es desconocido; pero por esta vez pertenece a los más furiosos.

UN BACHILLER *entra impetuosamente por el corredor.*—¡Abiertas hallo las puertas! Hace esto esperar que el viviente no permite se le entierre como un muerto en el polvo, ni que consienta en consumirse y morir en plena vida. Estas paredes tiemblan y se inclinan hacia la ruina: estemos atentos para que no nos aplasten en su caída. Soy tan audaz como pueda serlo otro hombre en el mundo, pero no me atrevería a dar un paso más. ¿Qué puedo aprender más? ¿No fue aquí donde hace tantos años, cándido barbilampiño, vine a oír con la mayor confianza las lucubraciones de aquel viejo para ilustrarme con sus fábulas? A su antojo podíase hacer un tráfico con la ciencia de sus antiguos librotes desperdiciando su vida y la nuestra. Es posible que aún vea sentado en el sofá del fondo a uno de aquellos hombres engañadores. A medida que voy acercándome su aspecto me asombra; él es, sentado y envuelto en su ropón de pieles, como cuando le vi la última vez. En verdad me parecía entonces mucho más robusto; no podía aún comprenderle pero hoy ya no me cogerá; alerta pues. Antiguo dueño, si las turbias ondas del Leteo no han sumergido enteramente vuestra cabeza calva, reconoced en mí al discípulo de otro tiempo, al escolar que ha pasado de la disciplina académica. Os encuentro como os vi, mientras que yo soy otro hombre.

MEFISTÓFELES.—Celebro que os haya atraído aquí mi campanillazo. Había formado de vos un gran juicio, que no creo haya sido

desmentido; la oruga y la crisálida dejan ya entrever la brillante mariposa que está por nacer. Entonces fijabais vuestra gloria infantil en el pelo rizado y en la gorguera. A no engañarme, nunca os vi llevar el pelo largo. El gorro sueco con que hoy os veo, os da un aire resuelto que no os permite hablarme con el respeto de otro tiempo.

EL BACHILLER.—Mi antiguo maestro, es verdad que estamos en el mismo sitio, pero no debéis olvidar que los tiempos han cambiado; así que evitad las palabras de doble sentido, porque somos mucho más corteses que antes. ¡Cuánto os complacíais entonces en burlar la credulidad de aquellos jóvenes francos y leales! Pero lo que no tenía entonces gran mérito, nadie se atrevería a intentarlo ahora.

MEFISTÓFELES.—Siempre que se dice a los jóvenes la verdad pura, se indispone con ellos: luego, pasados algunos años, cuando la han aprendido duramente a sus espensas, creen haberla inventado y deciden que era el maestro un estúpido.

EL BACHILLER.—Quizá un taimado, porque ¿dónde encontrar un maestro que nos diga la verdad desnuda? Cada cual la aumenta o disminuye.

MEFISTÓFELES.—En verdad no hay para aprender más que una edad; al paso que para enseñar, hasta vos mismo me parecéis estar dispuesto a ello: os han bastado algunas lunas y varios soles para daros la plenitud del saber.

EL BACHILLER.—¡La obra de la experiencia sólo es espuma y humo! Y ¿quién no nace como nace el genio? Confesad que todo cuanto se ha llegado a saber hasta aquí no vale la pena que ha costado aprenderlo.

MEFISTÓFELES.—Tiempo ha que soy de la misma opinión; antes era un loco y ahora me considero ser imbécil y tonto.

EL BACHILLER.—Mucho me alegra oír hablar tan acertadamente, pues sois el primer viejo ingenuo que veo dotado de sentido común.

MEFISTÓFELES.—Iba en busca de un montón de oro oculto, y no he recogido más que escombros.

EL BACHILLER.—Confesad que vuestra cabeza calva no vale mucho más que los cráneos vacíos que veo allí.

MEFISTÓFELES, *con aire franco y cordial.*—En verdad, amigo mío, que eres rudo.

EL BACHILLER.—La cortesía es considerada en Alemania como una mentira. Es para mí una presunción ridícula el que después de haberse llegado a la edad miserable en que el hombre no vale nada, se quiera aún ser algo. La vida está en la sangre, y ¿puede ésta circular ahora como en la juventud? Entonces está en toda su fuerza y hace de la vida misma brotar nueva vida; todo en aquella edad se agita, y sólo entonces se puede hacer algo. La debilidad sucumbe y la fuerza adelanta; mientras nosotros hemos conquistado medio mundo, ¿qué es lo que habéis hecho vosotros? Concebir planes que habían de quedar siempre en proyecto por irrealizables. Es la vejez una calentura lenta y fría. Pasados los treinta años, más le valdría al hombre morir.

MEFISTÓFELES.—Nada puede el diablo replicar a esto.

EL BACHILLER.—No hay otro diablo que el que yo admito.

MEFISTÓFELES, *aparte*.—¡Procura que no te dé en breve una zancadilla!

EL BACHILLER.—¡Invocación santa de la juventud! El mundo no existía antes de que yo le formase; yo soy el que hice brotar el sol del seno de las ondas, y comenzaron conmigo su curso las revoluciones de la tierra. El día empezó a brillar en mi camino, a mi llegada se cubrió la tierra de flores, y a una señal mía apareció en la primer noche el cielo tachonado de estrellas. ¿Quién, sino yo, os libró de las tristes preocupaciones en que vivíais? Libre sigo los impulsos de mi fantasía, recorro alegre el camino que me traza una luz interior, viendo la claridad ante mí, y detrás las tinieblas.

(Vase.)

MEFISTÓFELES.—¡Hombre único en tu orgullo! Cuál sería tu desencanto si pudieses hacerte esta sencilla pregunta: ¿Quién puede tener una idea, sabia o necia, que no haya sido concebida en lo pasado?

UN LABORATORIO

Al estilo de la Edad Media; aparatos confusos y deformes para experimentos fantásticos

WAGNER, *junto al hornillo*.—Un fuerte campanillazo hace temblar las paredes ennegrecidas por el hollín; no podía durar la certidumbre acerca de un resultado tan solemne. Empiezan a disiparse las sombras; comienza a brillar algo en el fondo de la redoma, que parece un carbón viviente o un carbúnculo magnífico del que bro-

tan mil brillantes colores en medio de la oscuridad. Aparece una luz pura y blanquecina, ¡ojalá que esta vez no se extinga! Dios mío ¡qué estruendo en la puerta!

MEFISTÓFELES, *entrando*.—Salud; vengo como amigo.

WAGNER, *con ansiedad*.—Salud al que se presenta tan oportunamente. *(En voz baja.)* Procurad retener hasta el aliento porque próxima está a cumplirse la grande obra.

MEFISTÓFELES, *en voz más baja*.—¿De qué se trata?

WAGNER, *en el mismo tono*.—Va a formarse un hombre...

MEFISTÓFELES.—¿Un hombre? ¿Luego tenéis una tierna pareja encerrada en vuestra chimenea?

WAGNER.—¡Dios me libre de ello! El antiguo modo de engendrar es reconocido por nosotros como una broma. El punto de donde brotaba la vida, la fuerza que se exhalaba de su interior que recibía y transmitía, destinada a alimentarse primero de sustancias próximas, y luego de sustancias extrañas, ha perdido ya desde ahora toda su importancia y toda su dignidad. Si el animal encuentra aún en ello el placer, el hombre dotado de nobles cualidades debe tener un origen más noble y más puro.

(Volviéndose hacia el hornillo.)

¡Ved cómo ya brilla! Preciso es convenir en que si, con la mezcla de cien materias distintas, logramos componer fácilmente la materia humana, encerrarla en un alambique, destilarla debidamente, es innegable que podrá la obra consumarse en secreto.

(Volviéndose de nuevo hacia la lumbre.)

Tratamos de hacer un experimento acerca de los hasta aquí llamados misterios de la naturaleza, y de operar por medio de la cristalización lo que ella antes realizaba.

MEFISTÓFELES.—La experiencia es debida a la edad y nada hay nuevo en la tierra para el que ha vivido largos años; de mí sé decir que he encontrado en mis viajes hombres cristalizados.

WAGNER, *sin perder de vista a su redoma*.—Esto sube y brilla y en breve quedará la obra consumada. No hay gran proyecto que en un principio no parezca insensato; obrando de este modo, es imposible que el hombre pensador no pueda formar en lo sucesivo un cerebro bien organizado.

(Contemplando la redoma con amor.)

El cristal ya vibra agitado por fuerza admirable; el conjunto se enturbia. Ya veo en forma elegante un hombrecillo que empieza a gesticular. ¿Qué más podemos desear? ¿Qué es lo que podrá ahora el mundo exigirnos? He aquí revelado el misterio a la luz del día: prestad oídos, la vibración se convierte en voz y ya habla.

HOMUNCULUS, *a Wagner desde el fondo de la redoma.*—Buenos días, papá. Ven a estrecharme con amor contra tu seno, pero no con fuerza a fin de que el cristal no se rompa. Tal es la propiedad de las cosas; para lo natural apenas basta el universo; lo artificial exige reducido espacio.

(A Mefistófeles.)

¿Tú también aquí, buena pieza? Primo mío, el momento es propicio y te doy las gracias, pues una buena estrella te guía hacia nosotros. Ya que vine al mundo voy a obrar y a prepararme desde luego para la grande obra; a tu destreza apelo para que me abrevies la senda que he de emprender.

WAGNER.—Mi confusión era grande todas las veces que jóvenes y ancianos venían a asediarme con sus problemas. Nadie había podido aún comprender cómo el alma y el cuerpo, que cualquiera creería inseparables, podían estar en continua lucha hasta el punto de hacer imposible su existencia y luego...

MEFISTÓFELES.—¡Basta! Preferiría preguntar por qué el hombre y la mujer están tan en desacuerdo: he aquí, amigo mío, una pregunta a la que nunca podrás contestar satisfactoriamente.

HOMUNCULUS.—¿Qué exigís de mí?

MEFISTÓFELES, *indicando una puerta lateral.*—Aquí has de manifestar tu talento.

WAGNER, *sin perder de vista la redoma.*—Eres, en verdad, un admirable pilluelo.

(Se abre la puerta lateral y se ve a Fausto tendido en su lecho.)

HOMUNCULUS, *con asombro.* ¡Ah!

(La redoma se desliza de las manos de Wagner, va flotando sobre Fausto y le ilumina.)

Contemplo aguas límpidas y espesos zarzales, junto a los que hay mujeres adorables que se quitan sus gasas. Una hay sobre todo entre ellas que descubre su origen heroico y hasta divino. Sienta su planta en el espejo transparente, y la grata llama que da aliento a su

noble cuerpo se calma en el cristal de las ondas. Pero, ¡qué repentino rumor de alas azoradas se oye debajo de la límpida superficie! Las jóvenes huyen asustadas, la reina se queda sola, y con el placer y la altivez de mujer pintados en los ojos contempla al príncipe de los cisnes que, tímido y emprendedor a un tiempo, se le acerca de rodillas. De repente se levanta una nube que tiende su velo sobre la más tierna de las escenas.

MEFISTÓFELES.—Aunque pequeño, eres un gran visionario; pero yo nada veo.

HOMUNCULUS.—No me admira que nada veas tú, hijo del Norte, tú que naciste en la época de las tinieblas, en los oscuros tiempos de la caballería y del monaquismo. ¿Cómo puedes ver claro en parte alguna? Sólo debes estar en las tinieblas.

(Mirando en torno suyo.)

¡Una masa de piedra negra, enmohecida, repugnante, baja y abovedada en forma de arco!... Hay en los bosques arroyos cristalinos, cisnes y beldades desnudas. ¿Cómo podría uno acostumbrarse aquí? Yo, el más fácil de los seres, no puedo contenerme. ¡Hora es de seguir adelante!

MEFISTÓFELES.—Todo en esta expedición me sonríe.

HOMUNCULUS.—Guía al guerrero al combate y a la joven al baile. He aquí, justamente, la clásica noche de Walpurgis y esto es lo mejor que podía hallarse para ponerle otra vez en su elemento.

MEFISTÓFELES.—En mi vida había oído hablar de tal cosa.

HOMUNCULUS.—¿Cómo podía haber llegado a vuestros oídos, cuando sólo tenéis noticia de los espectros románticos?

MEFISTÓFELES.—Y, ¿hacia qué lado está el camino? Ya empiezan a serme repugnantes mis antiguos colegas.

HOMUNCULUS.—Satán, tu país predilecto está en el Noroeste; pero esta vez nos dirigimos hacia el Sur. En vasta llanura por donde corre libremente el Peneios, rodeado de árboles y zarzales, formando húmedas bahías, se extiende la antigua y moderna Farsalia coronando la cumbre de la montaña.

MEFISTÓFELES.—Retrocedamos porque no quiero presenciar la lucha entre la tiranía y la esclavitud, lucha que me aterra, porque, apenas terminada, vuelve a empezar más encarnizada que antes, sin que ninguno de los contendientes conozca ser víctima de Asmodeo,

que le contempla de pie colocado tras él. Dicen batirse por la libertad, y es una lucha de esclavos contra esclavos.

HOMUNCULUS.—Deja a los hombres su carácter rebelde, y que cada cual se defienda como mejor pueda, que el niño acabará por convertirse en hombre. Sólo se trata ahora de saber cómo puede lograrlo, y si tú tienes un medio para ello, ponlo aquí mismo en práctica; si no lo tienes, deja que yo me encargue de procurárselo.

MEFISTÓFELES.—Podría echarse mano del ensayo de Brocken, si no estuvieran descorridos los cerrojos del paganismo. Nunca valió gran cosa el pueblo griego; sólo logró deslumbrar por medio de la libertad de los goces sensuales y atraer el corazón del hombre a pecados alegres, mientras que los nuestros son como tenebrosos.

HOMUNCULUS.—Tu franqueza me admira y al hablarte de las hechiceras de Tesalia me parece haberte dicho algo importante.

MEFISTÓFELES, *con codicia.*—Tiempo ha que me informé acerca de las hechiceras de Tesalia y no creo pudiese convenirme el pasar algunas noches con ellas; sin embargo, resuelvo visitarlas.

HOMUNCULUS.—Tended aquí la capa en torno del caballero, y veréis cómo hasta aquí os conduce a uno y otro, mientras que yo voy a precederos y ser vuestro guía.

WAGNER, *con angustia.*—¿Y yo?

HOMUNCULUS.—Tú te quedarás en casa para emprender otra obra mucho más importante. Revisa los viejos pergaminos, reúne los elementos de la vida, clasifícalos en debida forma, sin olvidarte de meditar la causa y aún mucho más el medio. Mientras tanto yo recorro una pequeña parte del mundo, y quedará asegurado el éxito de nuestra gran empresa. Todo debe darse en justa recompensa: oro, honor, gloria y hasta quizá también la ciencia y la virtud. Adiós.

WAGNER, *vivamente afligido.*—Adiós, tu partida me desgarra el corazón: mucho temo no volver a verte.

MEFISTÓFELES.—Dirijámonos ahora mismo al Peneios. Siempre acabamos por depender de nuestras propias obras.

ACTO TERCERO

FRENTE AL PALACIO DE MENELAO EN ESPARTA

ELENA *se adelanta, rodeada de un coro de esclavas troyanas.*
PANTALIS, *corifeo*

ELENA.—Yo soy la famosa Elena, y me adelanto desde la orilla en que acabamos de desembarcar, mareada aún por el activo balanceo de las olas, que, por la gracia de Poseidón y por la fuerza de Euro, nos han conducido desde los campos frigios al golfo patrio. A estas horas está el rey celebrando el regreso en medio de sus guerreros. Acógeme tú, como una huéspeda querida, casa sublime que Tíndaro, mi padre, levantó al volver, en la vertiente de la colina de Palas, adornándola con una magnificencia no vista en Esparta, mientras yo crecía viviendo como hermana con Clytemnestra, con Cástor y Pólux, en medio de bulliciosos juegos. ¡Oh, férrea puerta, que te abrías para mí hospitalaria; te saludo con toda la efusión de mi alma! Ábrete de nuevo ante mí, para que como esposa pueda dar cumplimiento a un mensaje del rey; permitidme la entrada para dejar todo lo que hasta hoy me ha agobiado con el peso de la fatalidad. Desde que sin temor dejé este sitio para visitar el templo de Citerea en cumplimiento de un deber y que en él el raptor Frigio llevó la manos sobre mí, han ocurrido cosas, que el mundo refiere a su antojo.

EL CORO.—No desdeñes, oh noble mujer, la posesión gloriosa del mayor de los bienes, ya que a ti sola fue acordada la gloria de una belleza superior a todas. Alza el héroe la orgullosa cabeza al oír pronunciar su nombre, y hasta el hombre más inflexible cede ante la belleza que todo lo domina.

ELENA.—Desembarco con mi esposo y sólo por complacerle le precedo en su ciudad y no puedo adivinar el pensamiento de que está animado. ¿Vengo como esposa, como reina o como víctima destinada a expiar el dolor del príncipe y la adversidad de los griegos tan noblemente soportada? ¿Soy aquí soberana o esclava? Lo ignoro, por haberme reservado los dioses una fama y un destino, satélites fatales de la belleza, que me persiguen sin cesar hasta en los umbrales de este palacio. Ya en el buque no me miraba mi esposo, sin que nunca brotase de sus labios una palabra tierna. Sentado estaba frente a mí, como si pensase en la desgracia, y luego al llegar a la bahía profunda del Eurotas, antes de que el primer buque saludase la deseada ribera, dijo, como inspirado por la Divinidad: «Desciendan aquí mis guerreros, pues quiero revistar-

los en la costa marítima. Tú debes ir más lejos; continúa la orilla en que tanto abundan los frutos del Eurotas sagrado, dirigiendo los corceles hacia la húmeda pradera hasta llegar a la rica llanura, vasto campo circuido antes por ásperas montañas, donde se edificó Lacedemonia. Penetra luego en el regio y fortificado alcázar, inspecciona las sirvientas que dejé en él, así como también a la prudente y anciana ama de gobierno, y haz que te muestre los ricos tesoros que dejó tu padre, y que por mi parte procuré aumentar, así en tiempo de paz como de guerra. Todo lo hallarás en el mayor orden, porque es prerrogativa del monarca hallarlo todo a su regreso como lo dejó al partir, que no hay súbdito que pueda cambiar cosa alguna.»

EL CORO.—Regocija ahora tu vista en la contemplación de aquel tesoro aumentado; altivos aquí están el oro y la corona; entra, provócales y verás cuán pronto aceptan el reto. Mucho nos place el ver a la belleza entrar en franca lid con el oro, las perlas y las piedras preciosas.

ELENA.—Mi soberano continuó de esta suerte: «Cuando lo hayas visitado todo, tomarás cuantos trípodes creas necesarios, y los vasos que el sacrificador necesita al cumplir el rito sagrado, así como también las copas y el cilindro. El agua más pura de las fuentes sagradas llene grandes cántaros que colocarás junto a un montón de leña seca; debes también procurar que no falte un cuchillo afilado.» Dijo, empujándome para que me fuera; su orden no me induce a creer que sea su intento inmolarme en honor de los dioses del Olimpo. Que nos cuadre o no lo dispuesto en lo alto, no tenemos los mortales más recurso que conformarnos. Más de una vez he visto al sacrificador en el momento de la consagración levantar el hacha sobre la cerviz del animal encorvado hacia el suelo, sin que pudiese aquél consumar el acto por impedírselo o la intervención del enemigo o de la divinidad.

EL CORO.—Lo que sucederá no puedes imaginarlo. Reina, dirígete allí con ánimo firme. El bien y el mal acontecen siempre al hombre cuando menos lo piensa. Ha sido Troya reducida a escombros, y, sin embargo, ¿no somos aquí tus compañeras que con placer te servimos, y no contemplamos el sol resplandeciente del cielo, gozando tú y nosotras de una dicha sin límites?

ELENA.—Estoy resignada; cualquiera que sea mi destino debo subir sin tardanza al regio alcázar que, por mí tanto tiempo perdido y suspirado, se levanta aún a mi vista no sé cómo. Mis pies no me llevan ya a lo alto de sus gradas con la agilidad de mi ardor infantil.

EL CORO.—Hermanas mías cautivas, no deis por más tiempo cabida al dolor que os oprime, compartid la dicha de la soberana, la dicha de Elena, que con paso lento y seguro se adelanta hacia el hogar. Alabad a los dioses que reparan nuestros males, a los dioses protectores del regreso. Un dios apiadado de la desterrada la ha conducido desde las ruinas de Ilión a su casa paterna, para que, después de tan indecibles goces y tormentos, recordase los dichosos tiempos de su primera edad.

PANTALIS.—Interrumpid ahora vuestros alegres cantos y fijad la vista en la puerta. ¿Qué veo, hermanas mías? La reina no vuelve poseída de aquella emoción que le hacía antes adelantar el paso. ¿Qué es esto, gran reina? ¿Qué es lo que has podido hallar de aterrador en los vastos salones de tu casa? En vano intentarías ocultarlo, pues veo pintados en tu rostro el descontento y la cólera.

ELENA, *conmovida, dejando abiertas las hojas de la puerta.*—No debe la hija de Júpiter ceder ante un temor vulgar, ni hacer caso de un pasajero asombro; no sucede así con el espanto que salió del seno de la antigua noche, y que brota bajo mil formas distintas. Tal ha sido el terror con que las horribles deidades de la Estigia me han recibido al penetrar en la casa paterna, a fin de que me alejara del umbral querido que tantos suspiros me costaba. Huí de las tinieblas, me presenté a la luz, y cualquiera que sea vuestro poder, terribles deidades, no lograréis arrojarme de aquí. Voy a hacer un sacrificio, a fin de que, después de la purificación, la llama salude a la esposa lo mismo que al soberano esposo.

EL CORO.—Refiere lo que te ha sucedido, a las cautivas que te sirven con tanto respeto.

ELENA.—Cuanto yo he visto lo veréis también vosotras, a menos que la antigua noche haya sepultado su obra en el fondo de los abismos de que brotan todos los prodigios; cuando con paso solemne atravesaba el vestíbulo del regio alcázar, me asombró el silencio que reinaba en aquel piadoso desierto. No llegó a mi oído ni el rumor de los que van y vienen, ni tampoco se ofreció a mi vista trabajo alguno reciente; ninguna sirvienta se me presentó de aquellas que con tanta benevolencia saludaban en otro tiempo a los forasteros; a medida que me iba acercando al hogar, fui descubriendo una mujer muy alta, cubierta por un velo, que sentada junto al hogar, parecía estar más bien pensativa que dormida. Mandele dedicarse al trabajo en tono imperativo porque creí fuera alguna sirvienta, pero ella se quedó impasible, envuelta en los pliegues de su túnica. Sólo levantó el brazo derecho al oír mi amenaza, como para arrojarme de la casa; irritada subí las gradas que conducen a la

cámara en que se levanta el tálamo nupcial, y también allí se me presentó amenazadora la misma visión con los ojos hundidos e inyectados de sangre, cual espectro horrible, cerrándome el paso con aire imperioso. Intenté hablar en vano, por no poder la palabra disponer de la forma que no ha creado.

FORKYAS, *adelantándose por entre las columnas del pórtico.* Mucho he vivido aunque continúe mi cabellera flotando rubia en derredor de mis sienes; muchas son las horribles escenas que he admirado, he visto los estragos de la guerra y cubrirlo todo con su negro manto la espantosa noche de Troya. En medio de las nubes de polvo donde los guerreros combatían, he oído la voz terrible de los dioses, así como también he visto temblar los muros al grito de la discordia. ¡Ah! En pie estaban aún los muros de Ilión, a pesar de acercarse cada vez más la llama, impulsada por el viento de su furor hacia la ciudad sombría. He visto al huir, a través de las llamas, adelantarse los dioses irritados, cruzar formas extrañas, gigantescas, en medio de los densos vapores. No sé decir si aquella confusión fue real o creada por mi fantasía, pero sí afirmar que ahora estoy viendo a aquel monstruo: hasta llegaría a tocarle con mis manos, a no contenerme el temor del peligro. ¿Cuál eres de las hijas de Forkyas?, pues te creo de su raza. ¿Eres una de aquellas que nacieron decrépitas, y que no tienen entre las tres más que un diente y un ojo que se pasan de una a otra por turno? Nosotros, los mortales, estamos condenados por una triste fatalidad a sufrir el tormento que causa el aspecto de lo feo en los amantes de lo bello. Oye pues, tú, que nos retas con insolencia, oye la maldición, la amenaza que van a proferir contra ti los labios de las bienaventuradas, obra de los dioses. Desde los tiempos más remotos nunca el pudor y la belleza han podido ir de la mano por la senda de la vida. Está profundamente arraigado en ellos el odio que los divide, y cualquiera que sea el punto en que se encuentren cara a cara, se vuelven la espalda y prosigue cada cual su camino, el pudor afligido, la belleza arrogante hasta que al fin circunda a uno y otro la tenebrosa noche del Orco. A vosotras os diré que con vuestro descaro, y el orgullo propio del extranjero, os parecéis a una bulliciosa bandada de grullas que se presenta en los aires como negra nube, y cuyos graznidos obligan al viajero a levantar la cabeza, aunque siguiendo uno y otras su camino: lo mismo haremos nosotros. ¿Quiénes sois, que, cual Ménades furiosas o mujeres ebrias, os atrevéis a turbar el silencio que reina en el sublime palacio del soberano? ¿Pensáis que ignoro a qué raza pertenecéis? Fue vuestra prole engendrada en la guerra; por esto es lujuriosa, al propio tiempo seductora, y enerva la fuerza del guerrero y del ciudadano. Al veros, cualquiera os creería una

nube de langostas lanzadas sobre tiernas espigas. Golosas, plaga de la prosperidad naciente, vosotras sois las que disipáis el trabajo; vosotras, la vil mercancía robada.

ELENA.—Reprender a las sirvientas en presencia del ama es usurpar los derechos de la casa; porque sólo a la soberana corresponde distribuir el elogio y el castigo. Agradezco los servicios que me prestaron cuando la soberbia fortaleza de Ilión fue cercada y acabó por sucumbir, y su adhesión cuando en la desgracia nos vimos obligadas a llevar una vida errante: he aquí por qué te mando que calles. Lo único que puede contribuir a tu honra es el haber guardado fielmente el regio alcázar en ausencia de la soberana; pero ya que ahora vuelve, es tu deber cederle el paso, a fin de no ser castigado, en vez de recibir la recompensa.

FORKYAS.—Amenazar a los huéspedes del palacio es un derecho ilustre que la noble esposa del soberano ha sabido conquistarse por medio de largos años de un gobierno sabio y prudente. Ya que ahora te reconozco, y vienes de nuevo a apoderarte de tu rango de reina y señora, toma las flojas riendas del mando, y la posesión del tesoro y de todos nosotros; protégeme, ya que soy la más anciana, contra esas jóvenes.

EL CORIFEO.—¡Cuán fea se muestra cerca de la belleza!

FORKYAS.—¡Cuán necia es la necedad al lado de la razón!

PRIMERA CORÉTIDA.—Háblanos del Erebo, tu padre: háblanos de la Noche, tu madre.

FORKYAS.—Y tú, habla de Scyla, tu primo hermano.

SEGUNDA CORÉTIDA.—Forman los monstruos tu árbol genealógico.

FORKYAS.—Ve a buscar tus padres en el Orco.

TERCERA CORÉTIDA.—Son para ti demasiado jóvenes los que le habitan.

FORKYAS.—Ve a ofrecer tus galanteos al viejo Tiresias.

CUARTA CORÉTIDA.—Es la nodriza de Orión, tu prima.

FORKYAS.—Y a ti te educaron las Harpías en la bajeza.

QUINTA CORÉTIDA.—¿Con qué alimentas esa flaqueza tan bien conservada?

FORKYAS.—No es en verdad con la carne que tú tanto deseas.

SEXTA CORÉTIDA.—Sólo puedes apetecer cadáveres.

FORKYAS.—Brillan en tu desdeñosa boca dientes de vampiro.

EL CORIFEO.—De seguro cerraré yo la tuya si digo quién eres.

FORKYAS.—Nómbrate tú antes y quedará descubierto el enigma.

ELENA.—Sin ira, pero sí con aflicción, os prohíbo la violencia de semejante debate. Nada daña tanto al soberano como la cólera entre sus fieles súbditos; en vuestra cólera habéis evocado imágenes que me cercan de tal modo que, a pesar de las rientes llanuras de mi patria, parece me arrastran hacia el Orco. ¿Es un recuerdo o una ilusión el que yo haya sido, sea, o que he de ser un día el sueño y el fantasma de aquellos destructores de ciudades? Las jóvenes se estremecen; pero tú, que como más anciana conservas toda tu serenidad, respóndeme y haz que sean tus palabras inteligibles.

FORKYAS.—Quien se acuerda de haber gozado por tantos años de la dicha, acaba por creer que el favor de los dioses no es más que un sueño, pero tú, favorecida en todo, sólo hallaste en el curso de tu vida amantes a quienes impulsó el deseo de acometer aventuras temerarias. ¡Ya Teseo, en su irresistible ardor, empezó a codiciarte en la edad más temprana; Teseo, poderoso como Hércules, noble, hermoso y joven!

ELENA.—Robóme cuando tenía yo diez años, recibiéndome en su seno la villa de Afidme, situada en el Ática.

FORKYAS.—Libertada en breve por Cástor y Pólux, fuiste cortejada por la flor de los héroes.

ELENA.—Ninguno como Patroclo, imagen fiel de Peleo, supo atraerse mi afecto.

FORKYAS.—La voluntad de tu padre te unió con Menelao, a la vez intrépido marino y fiel guarda del hogar.

ELENA.—Le confió su hija junto con la administración de su reino, siendo Hermiona fruto de la unión.

FORKYAS.—Pero mientras tu esposo iba a conquistar la herencia de Creta, se presentó un huésped en tu soledad, huésped de sin igual hermosura.

ELENA.—¿Por qué recordarme aquellos tiempos de semiviudez, que tantos males causaron?

FORKYAS.—Fue aquella empresa causa de mi cautiverio y de prolongados años de esclavitud.

ELENA.—También te valió el verte constituida aquí en ama de gobierno, y el que te confiaran la silla y los tesoros tan heroicamente conquistados.

FORKYAS.—Tesoros que tú abandonaste por no salir de los muros de Ilión y por continuar entregada a los dulces transportes del amor...

ELENA.—No recuerdes aquellos goces, que por ir unida a ellos la inmensidad de un sufrimiento atroz inundó mi corazón y mi alma.

FORKYAS.—Dícese que te apareciste entonces cual duplicado fantasma, puesto que se te vio a la vez en Ilión y en Egipto.

ELENA.—No aumentes la turbación de mis sentidos, que aun ahora mismo ignoro quién soy.

FORKYAS.—Se dice que, al verse libre del imperio de las sombras, fue Aquiles a unirse contigo por haberte amado siempre.

ELENA.—Siendo yo un fantasma, me uní con él, que también lo era; era aquello un sueño, me desmayé, sin que a mi ver haya sido desde entonces más que un fantasma.

(Cae en brazos de sus cautivas.)

EL CORO.—¡Basta, envidiosa calumniadora de repugnante boca poblada de un solo diente! El malo que parece bueno y la rabia de un lobo encubierto con la piel de la oveja, nos causan más horror que el perro de las tres cabezas. Lejos de consolarnos y de derramar a torrentes sobre nosotras el Leteo de dulces palabras, se complace en investigar lo pasado, buscando el mal más que el bien para que se oscurezca el presente y se apague la grata luz de la esperanza que aún brilla en el porvenir.

(Elena recobra sus sentidos y se levanta.)

FORKYAS.—¡Sal de entre los vapores, espléndido sol de este día que nos deslumbra y brilla en toda tu gloria resplandeciente! Por más que me llamen fealdad, comprendo también la belleza.

ELENA.—Vacilante salgo del caos en que estaba envuelta durante mi vértigo; quisiera entregarme al descanso, porque tengo los miembros dislocados; pero es preciso que las reinas y los hombres todos sepan alentarse y resistir los golpes del destino.

FORKYAS.—Conserva ante nosotros tu grandeza y tu hermosura; di, ¿qué es lo que ordenas?

ELENA.—Que se repare el tiempo perdido en cuestiones de amor propio y que se cumpla el sacrificio mandado por el rey.

FORKYAS.—Todo está dispuesto en el palacio, el trípode y el hacha afilada, así como también el agua lustral y el incienso, y sólo falta que designes la víctima.

ELENA.—El rey no la ha indicado.

FORKYAS.—¿No la ha indicado? ¡Qué pena!

ELENA.—¿Por qué tanto te afliges?

FORKYAS.—Reina, porque la víctima eres tú.

ELENA.—¿Yo?

FORKYAS.—Y también tus esclavas.

EL CORO.—¡Qué desgracia!

FORKYAS.—Caerás bajo el hacha.

ELENA.—Es esto horrible, pero ya lo esperaba.

FORKYAS.—Es inevitable.

EL CORO.—¡Ah! ¿Qué muerte nos está reservada?

FORKYAS.—Ella morirá como noble, mientras que vosotras moriréis ahorcadas en las vigas que sostienen el techo: como los tordos que caen en el lazo agitaréis a la vez todos vuestros miembros.

(Elena y el coro, en actitud de espanto, forman un grupo armoniosamente dispuesto.)

FORKYAS.—Fantasmas parecéis en vuestra inmovilidad, porque tenéis que separaros de la luz. Los hombres, espectros que tanto se os parecen, renuncian a la luz augusta del sol, sin que ninguna voz interceda por ellos, sin que ningún poder les libre del destino; todos lo saben y, sin embargo, no hacen caso de ello. Ya que están irremisiblemente perdidas, cúmplanse las órdenes recibidas.

(Da algunas palmadas, a cuya señal acuden varios enanos enmascarados que se disponen a ponerlas en ejecución.)

Tú, ven aquí, monstruo tenebroso y esférico; vosotros allí, y que no os falte valor para ejecutar el mal que dudo os sacie, atendido vuestro feroz instinto. Que sea el hacha brillante puesta sobre el borde de plata, mientras llenáis de agua los antiguos vasos para lavar la horrible mancha de la negra sangre, y tendéis sobre el polvo

la alfombra en que ha de arrodillarse y morir dignamente la víctima, cuando se le separe la cabeza del tronco.

EL CORIFEO.—La reina está pensativa y las jóvenes se inclinan como el césped segado. Dinos lo que hemos de hacer para salvarnos.

FORKYAS.—Una cosa muy fácil y de la reina depende el salvarse y salvaros; pero se ha de decidir en seguida.

EL CORO.—¡Oh tú, la más venerada de las Parcas, la más sabia de las Sibilas! Anúncianos la vida y la dicha, pues sentimos ya estremecerse y como flotar a los cuatro vientos nuestros miembros delicados, que más bien quisieran gozar en el baile para descansar en el seno de su amado.

ELENA.—Déjalas que tiemblen. Estoy afligida, pero no aterrada; sabes que hay un medio de salvación, y lo acepto reconocida: habla, dinos cuál es el medio.

EL CORO.—¡Ah! Sí, dinos pronto, ¿cómo podremos librarnos del lazo que ciñe nuestro cuello como funesta joya? Habremos sucumbido al dolor que nos ahoga, si tú, oh Rhea, madre augusta de todos los dioses, no te apiadas.

FORKYAS.—¿Tendréis calma para escuchar en silencio mi discurso?

EL CORO.—Sí. ¿Cómo no oír con calma dependiendo de ello nuestra vida?

FORKYAS.—Para el que permanece en su casa, conserva el tesoro, cimenta los muros de su morada y asegura el techo contra la tempestad, correrán tranquilos los años de su larga vida; pero el que pasa fácilmente el umbral sagrado de su habitación todo lo ve cambiado al regresar a ella.

ELENA.—¿A qué todos esos refranes? Refiérenos cuanto quieras, pero no despiertes en mí recuerdos penosos.

FORKYAS.—Los repito porque forman parte de la historia que voy a referiros, y no por haber reconvención alguna. Menelao, como pirata, navegó de golfo en golfo y, después de haber invadido todas las orillas e islas que encontró a su paso, volvió con el inmenso botín contenido en este palacio. Permaneció diez años frente a Ilión, y no sé los que empleó en su regreso. Pero, ¿qué es lo que acontece ahora en el palacio de Tíndaro? ¿Qué ha sido de su reino? Por diez años quedó abandonado el montuoso valle que se extiende al norte de Esparta, y en el cual, como plateado arroyo, sigue el Eurotas

su curso para dirigirse al través de los cañaverales a alimentar nuestros cisnes. Sin embargo, allí tras el valle montuoso, se ha instalado una raza aventurera, procedente de la noche cimeriana y también se ha levantado allí una plaza fuerte desde la cual oprimen al país y a sus habitantes.

ELENA.—¿Es posible que hayan podido dar cima a esa empresa? ¡Parece increíble!

FORKYAS.—No les ha faltado tiempo; han podido disponer de veinte años.

ELENA.—¿Tienen jefe? ¿Son salteadores?

FORKYAS.—No son salteadores, y uno de ellos su jefe. No quiero criticarlo, por más que me haya hecho sufrir, porque podía tomarlo todo y se contentó con algunos regalos, sin darles el nombre de tributo.

ELENA.—¿Qué tal es?

FORKYAS.—Es un hombre activo, audaz, bien formado, prudente, como pocos entre los griegos. Se trata a ese pueblo de bárbaro, pero no hay en él un hombre tan cruel como lo han sido algunos héroes, que se han portado como antropófagos frente a Ilión. Es un alma elevada que merece toda mi confianza. ¡Y su palacio! ¡Ah! ¡Cuán hermoso es! Cuán distinto de esas pesadas y enormes paredes, que como cíclopes levantaron vuestros padres con sólo poner piedra sobre piedra. Todo es allí arte y simetría, se levanta hacia el cielo recto y sólidamente construido, brillando como el acero. La idea de llegar hasta él da vértigo; en su interior hay vastos patios, ostentando toda clase de arquitecturas. Tampoco faltan allí en profusión columnas, columnitas, arcos, ojivas, balcones y galerías, que dan vistas al interior y al exterior, así como también riquísimos blasones.

EL CORO.—¿Qué significa la palabra blasón?

FORKYAS.—Ajax llevaba ya serpientes entrelazadas en su broquel. Los Siete, enfrente de Tebas, llevaban en sus escudos figuras ricas en símbolos; veíanse en ellos la luna y las estrellas en el firmamento, así como también diosas, héroes, espadas, llamas, y todo cuanto amenaza y puede ser azote de una ciudad. Desde los tiempos de sus progenitores llevan nuestros héroes en sus armas signos iguales; consistiendo los más de ellos en leones, águilas, sierras, picos, cuernos, alas, rosas, colas de pavo real y bandas de oro, plata y de diferentes colores que adornan las paredes de las vastas salas. Allí podréis bailar con toda holgura.

EL CORO.—¿Habrá también danzantes?

FORKYAS.—Los más ágiles y hermosos que podáis desear. ¡Cómo siente el grupo alegre de dorados bucles retozar la juventud en su pecho! Sólo Paris puede comparárseles en su grato perfume cuando se acercó tanto a la reina.

ELENA.—Dime la última palabra.

FORKYAS.—Tú eres quien debe decirla; pronuncia solemnemente un sí inteligible, y haré que en seguida te veas en el interior del regio alcázar.

EL CORO.—¡Ah! ¡Pronuncia esa palabra que ha de salvarte y salvarnos a todos!

ELENA.—¡Cómo! ¿Debo temer que el rey Menelao sea cruel hasta el punto de hacerme morir?

FORKYAS.—¿Olvidaste ya cómo mutiló a Deifobo, hermano de Paris, que murió en la batalla? ¿A Deifobo que logró hechizarte después de tantos esfuerzos? Le cortó la nariz y las orejas y le mutiló después de tal modo que daba horror.

ELENA.—¡Y sólo por mí le trató de este modo!

FORKYAS.—Lo mismo te tratará a ti. La belleza es indivisible: el que ha llegado a poseerla, antes que compartirla, prefiere anonadarla.

(Lejano rumor de clarines: el coro se estremece.)

EL CORO.—¿Oyes resonar los clarines? ¿Ves cómo brillan las armas?

FORKYAS.—¡Bien venidos seáis, mi señor y mi rey! Estoy pronto a daros cuenta de todo.

EL CORO.—Y ¿nosotras?

FORKYAS.—Bien lo sabéis; tenéis la muerte a la vista, y en la suya presentís la vuestra. Es vuestro perdón imposible.

(Pausa.)

ELENA.—Sé que eres un demonio y temo por tanto que conviertas el bien en mal. Voy a seguirte al alcázar: sean para todos impenetrables los misterios que puede la reina guardar en su pecho. Anciana, emprende tu marcha.

El Coro.—De buen grado emprendemos nuestro camino, teniendo la muerte detrás y viendo delante el alto alcázar de inexpugnables muros que nos protegerá como la ciudad de Ilión.

(Aparecen densas nubes que velan el fondo y que empiezan a invadir la escena.)

¡Es esto posible! Mirad, hermanas, en torno vuestro. ¿No estaba el día despejado y sereno? Agrúpanse nubes, salidas de las sagradas ondas del Eurotas. Ya se oculta a mi vista la hermosa orilla cubierta de cañas flotantes; no descubro ya los libres, altivos y graciosos cisnes que en amorosos grupos se deslizaban muellemente por la superficie del río. Oigo aún a lo lejos su lúgubre canto que anuncia la muerte. Ojalá no indique también la nuestra, en lugar de la salvación prometida, puesto que somos las blancas hermanas de los cisnes y tenemos como sus hijas el cuello nevado y flexible. ¡Grande, muy grande es nuestra desgracia! Las tinieblas cubren ya el espacio y apenas nosotras podemos distinguirnos. ¿Qué ocurre? Partamos con ligera planta. ¿Ves algo aquí abajo? ¿Si será Hermes que nos precede? ¿Ves brillar su cetro de oro, que nos manda entrar en el seno de Hades, morda sombría, donde se encuentran fantasmas incorpóreos siempre llena y siempre vacía? De repente se oscurece más el cielo, tropezando la mirada con muros impenetrables. ¿Es esto un patio o algún foso profundo? De todos modos es un objeto de terror. ¡Ah, hermanas, nunca habíamos sido tan cautivas como ahora lo somos!

(Patio interior del castillo, rodeado de edificios fantásticos, propios del gusto de la Edad Media.)

El Corifeo.—Débiles y locas mujeres, juguete del capricho de la sûerte y de la desgracia, que no sabéis soportar; sólo el placer y el dolor pueden haceros reír y llorar en el mismo tono. Silencio: aguardad con sumisión a que la augusta soberana decida lo que ha de hacer.

Elena.—¿Dónde estás, pitonisa? Cualquiera que sea tu nombre sal pronto del seno de este triste alcázar. ¿Has ido a anunciar mi llegada al misterioso señor de estos sitios para que me acogiese con más benevolencia? Si es así, te lo agradezco, suplicándote me conduzcas a su presencia lo más pronto posible; lloro mis faltas pasadas, y no deseo más que el reposo.

El Corifeo.—Reina, en vano buscas al repugnante fantasma que ha desaparecido; quizá se ha quedado en la nube que nos ha conducido aquí, ignoro cómo; o quizá en el laberinto de este maravilloso castillo, va en busca de su dueño para decirle que te preste

el homenaje. ¡Ved cuántos criados se agitan allí arriba en las galerías, balcones y portadas! Todo me anuncia una acogida hospitalaria y digna.

EL CORO.—Mi alma se dilata. ¡Ah! ¡Ved con cuánta gracia hace todos sus movimientos aquella joven comitiva! ¿Quién habrá dispuesto a estas horas aquel noble pueblo de adolescentes? No sé lo que admirar más en él, si su aire elegante y distinguido o sus cabellos ensortijados en derredor de su hermosa frente, o bien sus mejillas sonrosadas y frescas como el melocotón. Ya avanzan los gallardos jóvenes. ¿Qué es lo que conducen? Las gradas para el trono, las alfombras, el cojín, las cortinas y todo el aparato de la regia tienda que se desplega formando vistosas guirnaldas sobre nuestra reina; Elena ocupa el cojín que le está destinado. Subid en el mayor orden, y ocupe cada cual dignamente el puesto que le corresponda. ¡Bendita sea semejante acogida!

(Todo lo que el coro canta va cumpliéndose por grados. Después de haber descendido los niños y los escuderos, aparece Fausto en lo alto de la escalera ricamente vestido en traje de corte de la Edad Media y empieza a descender con majestad.)

EL CORIFEO.—Si los dioses no han dado a ese hombre la forma, el aire sublime y el apuesto continente, debe salir airoso en cuanto emprenda, sea en las guerras de los hombres, sea en las lides amorosas con las mujeres. Es preferible a muchos otros que había considerado hasta ahora como los más apuestos. Con un paso lento y solemne que infunde el respeto, veo adelantarse el príncipe. ¡Oh reina, vuélvete hacia él!

FAUSTO, *adelantándose, llevando a su lado a un hombre maniatado.*—En vez de salutación gloriosa, y de felicitarte por tu feliz llegada, te presento maniatado a este súbdito indigno que, faltando a su deber, me ha privado de cumplir con el mío. Póstrate ante esa reina augusta y confiésale tu falta. Aquí está, noble princesa, el hombre de vista de lince, encargado de vigilar desde la más alta torre todo el espacio y la extensión de la tierra, a fin de ver todo cuanto desde las próximas colinas se dirija al valle que protege nuestro fuerte. Nos anuncia un rebaño como un numeroso ejército para que protejamos nosotros al primero o caigamos sobre el segundo como el rayo. Pero hoy, ¡descuido fatal!, vienes tú y no te anuncia, y no se hace a tan ilustre huésped la correspondiente acogida. Ha expuesto temerariamente su vida, y habría pagado ya con la muerte su culpa, a no estarte a ti reservado el derecho de castigar y de perdonar.

ELENA.—Cualquiera que sea la dignidad que me concedas, la de juez o la de soberana, voy a cumplir con el primer deber del juez, que consiste en oír al acusado. Habla.

EL VIGÍA DE LA TORRE, LINCEO.—Déjame arrodillar, déjame contemplar, déjame morir, déjame vivir, ya que pertenezco a esa mujer descendiente de los dioses. Aguardando estaba la mañana y acechando en oriente el curso de la aurora, cuando, ¡oh maravilla!, he visto de repente levantarse el sol en el mediodía. Tengo la mirada del lince, pero tuve que restregarme los ojos como quien sale de un sueño. La plataforma, la torre, el castillo, todo había desaparecido para mí, y sólo veía los flotantes vapores de cuyo seno salió al disiparse esa diosa. ¡Desgraciado! Con la vista y el pecho inclinados hacia ella contemplaba a la belleza que me deslumbró por completo. Olvidé los deberes de vigía y la bocina. Castígame, si es que la belleza no triunfa de la ira.

ELENA.—No debo castigar el mal que yo he causado. ¡Fatal destino el mío, que me obliga a turbar el corazón del hombre que, con sólo verme, hasta de sí propio se olvida y de todo prescinde! Los semidioses, los héroes, los dioses y los mismos demonios no han parado hasta envolverme con sus raptos, sus seducciones y sus combates, en las más densas tinieblas. Sencilla, turbo al mundo, pero aún le causa mayor turbación mi doblez. Deja libre a ese esclavo, y que se aleje para siempre. ¡No pese ninguna pena sobre el hombre que se dejó deslumbrar por los dioses!

FAUSTO.—¡Oh, reina! Veo con asombro reunidos al vencedor y al vencido; veo el arco que arrojó la flecha y que hirió al hombre: el dardo me alcanza y le oigo silbar en torno mío en derredor del castillo. Nada soy desde que sublevas mis vasallos y que son para ti impotentes mis muros; hasta temo que obedezca mi ejército a la mujer triunfante e invencible. Postrado a tus pies, libre y fiel, te reconozco por soberana.

LINCEO, *con un cofrecillo, seguido de algunos hombres cargados de ricos presentes.*—Reina, ya estoy de vuelta. Venimos del Este, después de haber sometido los países del Oeste; era aquello un gran cortejo de pueblos, que no se conocían entre sí ni tan sólo de nombre. Con sólo arrojarnos sobre la presa quedábamos dueños en todas partes. El punto en que yo imperaba hoy, era mañana devastado por otro. Rápida y terrible a la vez era la acometida: uno se apoderaba de la mujer más bella, se hacía otro con el toro más ligero y bravo, y se hacían dueños los demás de los caballos. Mi mayor empeño era descubrir los objetos más preciosos y raros,

siendo para mí insignificante todo cuanto los demás lograsen adquirir; iba en pos de los tesoros y, merced a mis penetrantes miradas, lograba ver el fondo de los bolsillos y que fuesen para mí las arcas transparentes. En breve reuní montones de oro, y sobre todo muchas piedras preciosas; pero entre ellas sólo la esmeralda es digna de verdear en tu pecho. Aunque la gota cristalina del fondo de los mares tiemble en tu oreja, quedarán eclipsados los rubíes por el esplendor de tu rostro. Te ofrezco los más grandes tesoros, y pongo a tus pies el fruto de mil sangrientos combates. Por numerosos que sean los cofrecitos que aquí ves, tengo aún muchos más. Apenas has pisado las gradas del trono, se inclinan humildes la inteligencia, la riqueza y la fuerza ante la única hermosura. Tenía todos estos tesoros bajo llave y ahora los cedo porque te pertenecen: les creía preciosos y raros, y ahora comprendo su futilidad. Cuanto poseía acaba de disiparse como el humo: todo ello no es más que césped mustio y segado.

FAUSTO.—Llévate esas joyas audazmente adquiridas. Posee ella todo cuanto puede encerrar este castillo en su seno y dárselo, en parte, es superfluo; amontona simétricamente todos los tesoros; forma un conjunto sublime de esplendor inaudito: haz que las bóvedas de este alcázar brillen como las de un cielo puro; forma un paraíso de vida inanimada y, por último, desplega ante ella alfombra sembrada de flores para que la tierra ofrezca a sus pies una blanda superficie y pueda fijar sus miradas en vivos resplandores que sólo a los dioses no deslumbren.

LINCEO.—Lo que manda el señor puede el esclavo hacerlo pronto. Esa beldad altiva es la que dispone de nuestros bienes y de nuestra sangre; todo el ejército está vencido, todos los aceros embotados, hasta el mismo sol es pálido y frío ante la hermosura de este rostro.

(Vase.)

ELENA, *a Fausto.*—Quisiera hablarte, pero acércate, sube al trono y siéntate a mi lado; el puesto espera y me promete un dueño.

FAUSTO.—Mujer sublime, permite me postre a tus plantas y dígnate aceptar mi homenaje; déjame besar la mano que me eleva hasta ti. Comparte conmigo el mando de tu reino infinito, y haz que sea un solo hombre tu admirador, tu esclavo y tu guardián celoso.

ELENA.—No veo más que prodigios. El asombro me domina y se multiplican las preguntas; pero ante todo contéstame a esta: ¿Por qué la voz de aquel hombre me ha parecido a la vez tan extraña y

dulce? En aquella armonía de sonidos, apenas acababa una palabra de herir mi oído, cuando otra venía ya a halagarle[2].

FAUSTO.—Si tanto te place nuestro idioma mucho más va a seducirte su canto destinado a causar en ti arrobamiento profundo.

ELENA.—Dime, ¿qué debo hacer para hablar una lengua tan bella?

FAUSTO.—Lo lograrás fácilmente, porque todo el secreto está en el corazón.

ELENA.—¿Quién compartirá nuestro tesoro?

FAUSTO.—El espíritu no mirará adelante ni atrás; sólo el presente...

ELENA.—Es nuestra dicha.

FAUSTO.—¿Quién asegurará nuestros tesoros, nuestras conquistas y todo lo que poseemos?

ELENA.—Mi mano.

EL CORO.—Las mujeres acostumbradas al amor de los hombres, aceptan sin elección al acordar un derecho igual, así el pastor de rubios cabellos como al fauno de moreno rostro. Ved cómo se acercan más apoyado el uno en el otro, hombro con hombro, rodilla con rodilla y enlazados de manos, meciéndose en el grato resplandor del trono. Deja la majestad entrever al pueblo sus secretos goces.

ELENA.—Me parece estar a la vez tan cerca y tan lejos, que sin cesar repito: ¡estoy allí y aquí!

FAUSTO.—Respiro apenas, mi lengua balbucea y yo vacilo; esto es un sueño.

ELENA.—Me parece haber vivido y revivir ahora refundida en ti, mi fiel desconocido.

FAUSTO.—No intentes sondear nuestro destino: vivir, aunque sea por un solo instante, es el deber y la misión más alta.

FORKYAS, *entrando con vehemencia.*—No es tiempo ya de deletrear en el alfabeto de amor, ni de continuar arrullándoos dulcemente. ¿No oís que la tempestad se acerca y que empiezan a resonar clarines? Marcha Menelao contra vosotros al frente de un ejército

---

2 Se refiere a la rima de la poesía moderna, desconocida para los griegos.

numeroso y, si desde ahora no os disponéis a resistir el asalto, vuestra ruina es segura. Caro vas a pagar el coro de mujeres, porque al caer en manos de los vencedores se le mutilará como a Deifobo. Una vez ahorcada también esa loca raza, se levantará el hacha en el altar para su reina.

FAUSTO.—Temerario es el modo con que se nos interrumpe. Afea una triste noticia al más bello mensajero, y tú, odiosa, te complaces en ser portadora de tristes mensajes; pero no lograrás esta vez salir con la tuya, por más que lances tu voz hueca a los cuatro vientos. No hay aquí peligro alguno y aunque lo hubiera sólo me parecería una amenaza impotente.

(Señales, explosiones en las torres; clarines y atabales; música guerrera; desfila un ejército imponente.)

Vas a ver reunida la falange indivisible de los héroes; sólo merece el favor de las mujeres el que sabe protegerlas valerosamente.

(A los jefes que salen de entre filas y se acercan.)

Vosotros, que con vuestras cotas y brillantes armas no reposasteis hasta pulverizar los imperios, me parece que tiembla la tierra antes y después de vuestro paso. A nuestra llegada a Pilos, el viejo Néstor sucumbe, y rasga con su espada nuestro invencible ejército cuantos tratados de alianza habían hecho los monarcas. Vamos ahora a arrojar a Menelao de estos muros y perseguirle hasta el mar, para que ejerza de nuevo su vida de pirata. La reina de Esparta me ordena que os salude con el nombre de duques: sea ella la soberana del valle y la montaña. Germano, ve a fortificar y defender las bahías de Corinto; godo, te confío la defensa de la Acaya y de sus cien abismos. El ejército de los francos se dirija hacia Elis; Mesina corresponda al sajón, el normando limpie los mares y funde el puerto de Argolis. Cada cual tendrá su reino y podrá llevar sus armas doquiera. Todos seréis súbditos de Esparta, por ser ésta la antigua ciudad de la reina, que os verá con placer gozar de un país en el que nada ha de faltaros. Venid confiados a buscar a sus pies la investidura, el derecho y la luz.

(Fausto desciende y los jefes forman círculo para recibir sus órdenes y sus instrucciones.)

EL CORO.—Cantamos a nuestro príncipe, entre todos el más amado, él, que con sus alianzas logró imponer respeto a los poderosos y obligarles a cumplir fielmente sus órdenes. Todos ellos le están reconocidos y comparten su gloria. ¿Quién osaría arrebatar a ese poderoso dueño el bien que adora y que nosotros somos los pri-

meros en respetar? Y, ¿cómo no respetarla cuando se encerró con ella entre inexpugnables muros y se procuró en el exterior un poderoso ejército?

FAUSTO.—Grandes y magníficos son los bienes que acabamos de otorgarles, pues va a tocar a cada uno un país extenso y rico. Partan, mientras nos quedamos en el centro de nuestros estados. Hay entre ellos noble emulación por protegerte, oh península bañada por las olas y unida por leve cordillera de colinas con las últimas ramificaciones graníticas de Europa. Que aquel país, rey entre todos, sea afortunado siempre en cada raza y pertenezca desde ahora a la reina que vio nacer, cuando salió luminosa del huevo de Leda, deslumbrando a su noble madre y sus hermanos.

(Se sienta al lado de Elena.)

Ya que nos ha reunido la fortuna, olvidemos lo pasado. ¿No sientes en ti algo, hija de la divinidad, que te dice perteneces al mundo primitivo? Es imposible que seas cautiva en estos muros; aún hay una feliz morada, una Arcadia lozana próxima a Esparta. Atraída hacia aquel país venturoso, te refugiaste en él para esperar próspero destino. Los tronos se transforman en bosques floridos: ¡sea como en Arcadia, libre nuestra dicha!

(Cambia la escena. Grutas cubiertas de follaje. Se extienden las plantas trepadoras hasta las puntas de las rocas ocultando a Fausto y a Elena.—El coro se tiende en la hierba.)

FORKYAS.—No sé cuánto tiempo hace que duermen las jóvenes; véome obligada a despertarlas. Grande será el asombro de esa joven raza, así como también lo será el vuestro, barbudos que estáis sentados allí abajo, esperando la explicación del prodigio; sacudid vuestras trenzas, desperezaos y escuchadme.

EL CORO.—Habla, cuéntanos el prodigio que acaba de obrarse.

FORKYAS.—Escuchadme. En estas grutas y follajes se ha ofrecido abrigo, como a una pareja tierna e idílica, a nuestro jefe y nuestra reina.

EL CORO.—Cómo, ¿aquí?

FORKYAS.—Separados del mundo, me llamaron para el desempeño de apacibles funciones. Honrada con su confianza, estaba siempre a su lado, pero, cual conviene a un confidente, me ocupaba en distintas cosas, buscando raíces, musgos, cortezas, para conocer la propiedad de cada cosa, y ellos entre tanto se quedaban solos.

EL CORO.—Cualquiera al oírte diría que son estas grutas espaciosas como el mundo, y que hay en ellas bosques, prados, arroyos y lagos.

FORKYAS.—Hay en ellas salas, patios y profundidades insondables que he llegado a descubrir, por haber oído una estrepitosa carcajada en los profundos espacios. Vi a un niño que saltó del seno de la mujer para dirigirse al hombre, y desde el padre a la madre, empezando los halagos, las caricias de un loco amor, los alegres gritos y las tiernas expansiones. Un genio desnudo y sin alas saltó sobre la peña granítica, pero, rechazándole el suelo hacia el aire, llegó al segundo o tercer salto, a tocar el techo de la gruta. Gritóle su madre con solicitud: «Puedes saltar a tu antojo, pero guárdate de volar libremente, porque te está vedado.» Su cariñoso padre le aconsejó también en estos términos: «En las tierra está la fuerza que va a empujarte hacia la región del aire; toca únicamente el suelo con la punta del pie y, como Anteo, hijo de la Tierra, sentirás en ti un nuevo ardor.» Sigue el niño entre tanto ejercitándose en la misma peña, hasta que al fin se dirige al borde de otra, sin pararse en ninguna parte, cual globo que impulsa el viento, y acaba por desaparecer de repente en la boca de un espantoso precipicio. Todos le creemos perdido: su madre se lamenta, su padre la consuela. Mirad, ahora, ¡qué espectáculo! ¿Habría allí tesoros ocultos? Ved cómo ostenta rico traje sembrado de flores y flotan en torno de su seno hermosas cintas; con la lira de oro en la mano, marcha alegre hacia el escarpado borde, cual pequeño y verdadero Febo. A nosotros nos produce asombro y, arrobados sus padres, se arrojan uno en brazos de otro. ¿Es una corona de oro o la llama de un genio sobrenatural lo que brilla en su frente deslumbradora? Nadie puede decirlo. Niño vese ya en él que ha de ser un día perfecto modelo de belleza, como lo indica el ser hoy eco de eternas melodías; pronto vais a oírle y admirarle.

EL CORO.—Hija de Creta, das a esto el nombre de prodigio, sin duda porque no habrás oído nunca la relación del poeta, e ignoras las tradiciones de Jonia y de Helias, las ricas tradiciones de nuestros mayores. Cuanto ves no es más que una pálida sombra de los dichosos tiempos de nuestros abuelos. Desde su advenimiento al mundo, demuestra ya con su soltura que no ha de haber ladrón que no le tribute un culto. Roba con astucia el tridente a Neptuno, a Marte la espada, a Febo el arco y la flecha, a Vulcano las tenazas, y hasta robará a Júpiter el rayo, a no espantarle el fuego; lucha con el Amor y le derriba, y a Ciprea en cambio de sus caricias le roba su cinto.

(Sale de la gruta un canto melodioso y dulce: el coro presta atento oído y parece estar profundamente conmovido.)

FORKYAS.—Oíd los dulces acordes y olvidad las fábulas, así como también la raza de vuestros dioses, que ya no existe. Nadie quiere comprenderos, por aspirar todos a tesoro de más precio: todo lo destinado a obrar en los corazones debe salir del corazón.

(Se retira hacia las rocas.)

ELENA, FAUSTO, EUFORION, *en la actitud descrita por Forkyas.*

EÚFORION.—Apenas ois mis infantiles cantos, y os inunda la dicha. Veis mis saltos cadenciosos, y vuestro corazón paternal se estremece.

ELENA.—Es el amor el más puro goce de la tierra, el amor acerca y une una noble pareja; pero sólo puede procurar goces divinos cuando forman una trinidad dichosa.

FAUSTO.—Nada nos falta ya: yo soy tuyo y tú me perteneces. Estamos eternamente unidos.

EL CORO.—Bajo la grata apariencia de ese niño, se enlazan las delicias de pasados siglos en feliz consorcio. ¡Ah! ¡Cuán tierna es para mí esta unión!

EUFORION.—Dejad que salte, permitidme brincar, que siento en mí deseo de llegar a lo alto, a la región del aire.

FAUSTO.—Modera tu ardor y evita toda loca imprudencia. ¡Haz de modo, hijo querido, que tu caída no nos haga rodar hasta el fondo del abismo!

EUFORION.—No quiero pertenecer más a la tierra; dejad libres mis manos, mis bucles, mis vestidos.

ELENA.—¡Ah! ¡Piensa que nos perteneces, piensa en nuestras angustias! ¡No pierdas el bien conquistado por ti, por mí y por él!

El CORO.—Temo que en breve se pierda esta unión.

ELENA Y FAUSTO.—Calma, modera esos arranques sobrenaturales y alegra con tus puros goces estos oteros.

EUFORION.—Sólo por vosotros me reprimo.

(Se desliza entre el coro y le obliga a bailar.)

He aquí el modo con que me anuncio, alegre raza. Venga ahora la melodía, el movimiento, y se cumplirá mi deseo.

ELENA.—Bien, muy bien; conduce a las bellas a la danza armoniosa.

FAUSTO.—¡Cuándo acabará todo esto! Nunca han podido los juegos complacerme.

EUFORION Y EL CORO *se cruzan cantando y bailando.*—Cuando haces balancear con gracia la pareja en tus brazos; cuando dejas flotar tu cabellera; cuando tu pie ligero se desliza, y aquí y allá los miembros se enlazan, logras, amable niño, entonces tu objeto, y todos nuestros corazones vuelan en pos del tuyo.

EUFORION.—Vosotras sois ágiles cervatillas. Yo soy el cazador, vosotras las gacelas.

El CORO.—¿Quieres cogernos? No hagas esfuerzos; porque todas deseamos abrazarte, imagen bella de nuestros ensueños.

EUFORION.—Ha de ser al través de los bosques y las peñas. El bien de fácil logro me repugna y sólo me halaga el conquistado a viva fuerza.

ELENA Y FAUSTO.—¡Oh delirio! No hay esperanza de que se modere.

EL CORO, *las jóvenes entrando rápidamente.*—¡Cuán pronto ha logrado su temerario empeño! ¡Con qué desdén arrastra aquí a la más esquiva de nuestras compañeras!

EUFORION, *llevando una joven en brazos.*—La conduzco para obligarla a complacerme; veamos si logra la rebelde triunfar de mis esfuerzos.

LA JOVEN.—Déjame: ya ves que tengo también resolución y esfuerzo; mi voluntad, igual a la tuya, no se vence fácilmente. ¿Acaso me creías tu esclava? Ya que tanto confías en la fuerza de tu brazo, estréchame otra vez y verás cómo te convierto en un mar de llamas.

(Se enciende y empieza a arrojar llamas en el espacio.)

EUFORION, *procurando evitar las últimas llamas.*—La mole de piedra y las malezas que me cercan parecen ahogarme, y, sin embargo, soy joven y esforzado. El viento ruge y el mar brama allí abajo, y quisiera acercarme a uno y otro.

(Continúa encaramándose por la peña.)

ELENA, FAUSTO Y EL CORO.—¿Si querrás parecerte a los gamos? La idea de tu caída nos hiela de espanto.

EUFORION.—Continuaré subiendo, puesto que ha de ser más extenso y variado el país que descubro. Ahora ya sé dónde estoy. En el interior de la isla, en el centro del país de Pelops, que participa de la tierra y del mar.

EL CORO.—¿Estás en el bosque, en el monte, y no puedes aún gozar de su calma? Ven e iremos en busca de los pámpanos verdes que adornan los collados; ven y no nos faltarán higos y doradas manzanas. ¡Ah! Sé amable, ya que tan apacible es el país en que vives.

EUFORION.—Vosotros soñáis en el día de la paz, no me opongo a ello. ¡Sueñe quien soñar pueda! Guerra es mi consigna, y el himno de la victoria será siempre mi canto.

EL CORO.—Todo el que en la paz echa de menos la guerra renuncia a la esperanza.

EUFORION.—Tuvo este suelo muchos nobles hijos que volaron de peligro en peligro y que no titubearon en derramar su sangre por ceñir la brillante aureola de la inmortalidad. ¡Ayudo a los que combaten!

EL CORO.—Ved cómo se ostenta en lo alto armado de punta en blanco y próximo a alcanzar la victoria.

EUFORION.—Fuera de ondas y muros, basta a cada cual su conciencia; es el pecho del hombre un muro inexpugnable. Queréis ser invencibles, lanzaos sin temor a la pelea, y veréis que es cada mujer una amazona y cada niño un héroe.

EL CORO.—Aunque oculta ya en el cielo, ¡oh santa poesía!, no dejes de brillar cual estrella de fuego ni abandones desde el Empíreo tu eterna morada, a los que no podrían vivir sin ti en el bajo suelo.

EUFORION.—Ya no veis a un niño, sino al adolescente con su brillante armadura, reunido con los libres y los bravos, que no desatienden su Voz. Marchemos, marchemos allá abajo, donde va a abrirse el campo de la gloria.

FAUSTO Y ELENA.—¡Apenas llamado a la vida, has visto el resplandor del día sereno; presa del vértigo que te domina, tiendes ya a lanzarte en la mansión del dolor! ¿Nada somos para ti?

EUFORION.—¿No oís el mar cómo ruge, y cómo el eco del valle repite la voz del trueno? Ante las numerosas legiones que combaten por mar y tierra, preciso es volar a la pelea, al dolor, al martirio, y preciso es que sea la muerte nuestra consigna.

ELENA, FAUSTO Y EL CORO.—¡Qué horror! ¿Es la muerte tu ley?

EUFORION.—¿Debo permanecer indiferente? No: preciso es que comparta el peligro y las fatigas.

LOS ANTERIORES.—¡Orgullo y peligro! ¡Suerte fatal!

EUFORION.—Dos alas se despliegan, permitid que tienda mi vuelo hacia el punto a que el deber me llama.

(Se lanza a los aires, sosteniéndole por un momento su flotante vestido; su cabeza resplandece y queda en pos de él un rastro de fuego.)

EL CORO.—¡Ícaro! ¡Ícaro!

(Cae un hermoso joven a los pies de Elena y de Fausto. Recuerda su rostro las facciones de un ser querido, pero el cuerpo se disipa, la aureola sube como un cometa hacia las altas regiones, sin que quede de él en la tierra más que la túnica, el manto y la lira)[3].

EUFORION, *voz salida de los abismos.*—¡Madre mía, madre mía, no me dejes solo con los reinos sombríos!

EL CORO, *canto fúnebre.*—¡Ah! No te dejaremos solo, cualesquiera que sean los sitios que habites, no habrá corazón que quiera separarse de ti; aun cuando no tuviésemos fuerzas para gemir, cantaríamos tu envidiable destino, ya que así en los felices como en los tristes días fueron tu canto y tu corazón siempre grandes. ¡Ah! Ni tu ilustre sangre, ni la fuerza superior de que estaba dotado, ni todas las demás cualidades que tan acreedor te hacían a la dicha, bastaron a preservarte del rigor de tu suerte. Tu generosidad sin límites te hizo caer en el lazo fatal, después de haberte hecho romper los vínculos más sagrados, y cuando al fin la reflexión logró moderar tu ardor, la fortuna te volvió la espalda. ¿A quién sonríe por mucho tiempo? Modulad vuestros cantos; levantad vuestras cabezas abatidas, que volverá nuestra noble tierra a producir nuevos héroes.

(Pausa general, cesa la música.)

ELENA, *a Fausto.*—Lo que me pasa justifica claramente aquello de: «La dicha y la belleza no pueden estar por mucho tiempo unidas.» El lazo de la vida como el del amor queda roto; les doy un triste adiós, y voy por última vez a arrojarme en tus brazos.

---

[3] En este episodio, se refiere Goethe al nacimiento de la poesía moderna, encerrada en Byron.

(Abraza a Fausto, desaparece el elemento terreno, y sólo quedan el vestido y el velo en los brazos de Fausto.)

FORKYAS, *a Fausto*.—Conserva todo eso; no te desprendas del vestido, aunque los demonios estén tirando de él para llevárselo al mundo subterráneo. Ya no se trata de haber perdido la diosa, sino de conservar ese vestido divino: aprovéchate del favor sublime, inestimable, que ha de elevarte a la región superior sobre las cosas vulgares.

(El vestido de Elena se evapora, envuelve a Fausto y le eleva a la región etérea. Forkyas recoge del suelo la túnica de Euforion, su manto y su lira, se adelanta hacia el proscenio y dice levantando aquellos despojos.)

¡Al menos he podido quedarme con esto! Con esto me basta para consagrar al poeta y excitar la envidia entre la corporación y el arte: si no puedo otorgar el talento, puedo al menos presentar su traje o su apariencia.

(Se sienta al proscenio al pie de una columna.)

PANTHALIS.—Compañeras, libres nos vemos de los encantamientos, libres de los fantásticos lazos de la vieja bribona de Tesalia, así como de aquel confuso y disonante chirrido que turbaba a la vez el oído y el corazón. Descendamos al Hades, en pos de la reina, sigamos como fieles sus huellas, la hallaremos al pie del trono de Impenetrable.

EL CORO.—En todas partes están bien las reinas, y hasta en el seno de Hades conservan su alto rango, mientras que nosotras, compañeras de los altos álamos y de los sauces infecundos, pasamos el tiempo quejándonos en los campos, siendo nuestro grito pesado y fantástico como el de los murciélagos.

EL CORIFEO.—Todo el que no ha sabido adquirirse un nombre ni aspirar una acción noble y digna, pertenece a los elementos; por esto yo deseo estar con mi reina: no es sólo el mérito, sino también la fidelidad, lo que preserva al hombre.

(Vase.)

TODAS.—Nuestros ojos han vuelto a abrirse a la luz del día, si bien sentimos y sabemos que no somos ya personas sino seres. No volveremos empero al Hades, porque la naturaleza, en su eterna fuerza vital, tiene plenos derechos sobre nosotras[4].

---

[4] Las compañeras de Elena se convierten en flores, hojas y ríos.

UNA PARTE DEL CORO.—Nada tan grato como el rico manto de la creación cubierto de verdor y de flores, cuando puede uno contemplarle al rumor del arroyo, al crujir del follaje estremecido por el viento de la tarde, y sin perder ni una sola de las cadenciosas notas que forman la armonía universal, Nuestra dicha aumentará cuando al caer del árbol el sazonado fruto, acudan al tropel los hombres y ganados para disputársele, no sin tributarnos antes un culto igual al de los dioses primitivos.

OTRA PARTE DEL CORO.—En nuestro límpido espejo se reflejan montes, árboles, sin que ninguno de cuantos objetos haya en la extensión de nuestro curso deje de darnos al pasar un triste adiós. Si la voz potente de Pan, terror de la naturaleza, se levanta, sólo nosotras sabemos contestar; si él murmura, murmuramos; si ruge, rugen también nuestras ondas.

TERCERA PARTE.—Si es nuestro curso agitado a causa de las pendientes de esas fértiles colinas, en cambio, a grandes trechos correremos apacibles, regando los verdes prados, los senderos, la llanura, el valle y hasta el pequeño jardín de la casita oculta entre el follaje. ¿Veis aquella copa del ciprés que se levanta en el fondo del paisaje? También se refleja en el espejo de nuestra corriente.

CUARTA PARTE DEL CORO.—Seguid libres vuestro curso, en tanto vamos nosotros serpenteando por el collado, donde madura la uva sobre el sarmiento que su peso inclina, por contemplar al viñador que infatigable pugna a pesar de su éxito dudoso. Luego empiezan a crecer los racimos y a agitarse los pámpanos, sin que reine en todo el campo animación, hasta que puedan llenarse las costas y hacerlas crujir al peso de su contenido. Empieza entonces cada cual a dirigirse a la cuba para derramar con sus pies el líquido precioso, que ha de acabar por calentarles a todos la cabeza; no tardan en turbarse todos los sentidos, por no haber pecho que no haga las veces de tinaja para dar digna acogida al nuevo huésped.

(Cae el telón. Forkyas se levanta gigantesco en el proscenio, arroja la máscara y el velo, y se presenta bajo la forma de Mefistófeles para censurar la pieza y comentarla a su manera.)

ACTO CUARTO

ALTA MONTAÑA

Cimas de agudos y enormes peñascos; pasa una nube y se extiende por el llano

FAUSTO, *al desprenderse de la nube.*—Fija la vista en los profundos abismos que se abren a mis pies, recorro el borde de estos picachos, dejando allí el carro de nubes que al través de la tierra y del mar me ha conducido a la morada de la luz, se aleja lentamente sin disiparse, para que mi vista asombrada le siga hacia Oriente, como globo que cruza el espacio. A medida que se adelanta, se disuelve, y parece cambiar de forma. Tendida está allí majestuosamente, en sus cojines inundados de sol, una figura colosal parecida a una divinidad. Sí, Juno será, Leda o Elena, porque es de mujer el bello y sublime rostro que se presenta a mi vista encantada. ¡Ah! Ya todo se disipa y la masa informe se para en Oriente, haciéndome el efecto de la lejana nevera en que viese reflejada la imagen de otros tiempos. Sin embargo, véome envuelto en vapor tibio y grato que serena mi frente y mi pecho, y que toman forma a medida que se levanta en el aire. Semblante encantador, primer ser querido de mi juventud, por tanto tiempo llorado, ¿aún no eres más que una ilusión? Siento de nuevo en mí los tesoros de la primera edad, ocultos en el fondo de mi corazón. Amor de la primera aurora, que vienes con vuelo rápido a hacer revivir en mí la primera mirada que me penetró el alma, apenas comprendida y recordada siempre, borra todo otro esplendor ante su brillantez deslumbradora.

UNA BOTA DE SIETE LEGUAS LLEGA A TIERRA. NO TARDA OTRA EN SEGUIRLA

MEFISTÓFELES *echa pie a tierra. Las botas se alejan rápidamente*

MEFISTÓFELES.—¡He ahí a lo que llamo yo correr! Pero ¿qué es lo que te ocurre? ¿Por qué desciendes al centro de estos horrores? Sé muy bien cuál es esta mansión pues no puedo ignorarlo por ser el fondo del invierno.

FAUSTO.—Nunca te quedas corto al tratarse de leyendas fantásticas y ya estás dispuesto a espetarme otra.

MEFISTÓFELES, *en tono serio.*—Cuando Dios, por motivos que yo me sé, nos arrojó de las altas regiones a los abismos, donde se

consumía la llama eterna, nos hallamos apretados unos contra otros en posición muy molesta; empezaron a toser y estornudar todos los diablos, al aspirar el azufre y los ácidos, gas misterioso que no bastaba a contener los infiernos, pues al poco tiempo estalló la unida corteza de la tierra con espantoso estruendo. Ahora hemos dispuesto la cosa de distinto modo; lo que era antes un abismo es hoy una alta cumbre, merced a la doctrina de encumbrar lo bajo y de rebajar lo alto[5]; por eso entonces pasamos de la esclavitud sofocante del abismo a la dominación del aire libre, misterio evidente tan bien guardado, que no será revelado a los pueblos hasta muy tarde. (*Ephis*, MI, 12.)

FAUSTO.—Este grupo de montañas es noblemente silencioso. Cuando la naturaleza se fundó a sí propia, redondeó el globo terráqueo, quiso complacerse en levantar los picachos, abrir los abismos y apoyar la peña sobre la peña, el monte sobre el monte, disponiendo luego las colinas, cuyas pendientes suavizó en el valle.

MEFISTÓFELES.—Esto que os parece tan claro como la luz del día no es más que una ilusión: sólo el que estuvo allí presente puede saber que anduvo la cosa de muy distinta manera; estaba allí cuando en el seno del abismo incandescente hervía aún la lava en fusión, cuando el martillo de Moloch lanzó a lo lejos los restos graníticos; esparcidas se ven aún por el suelo varias de aquellas moles enormes. ¿Cómo explicar esa erupción? Nada ha podido el filósofo comprender. Ya que está allí la peña, bueno será dejarla; demasiado nos ha hecho perder el tiempo: el pueblo inocente y sencillo cree, y sólo a Satán se debe la experiencia que atesora. Por esto el peregrino apoyado en el bordón de la fe visita la Piedra y el Puente del diablo.

FAUSTO.—Es en verdad curioso ver a los diablos hablar acerca de lo creado.

MEFISTÓFELES.—Poco me importa sea la Naturaleza tal cual quiera ser; sólo se trata de una cuestión de honra y de que estaba el diablo presente cuando fue formada. Nadie duda que somos capaces de ejecutar grandes cosas: ahí están el tumulto, la fuerza brutal y la extravagancia para demostrarlo. ¿Nada te admira en nuestro reino? Tus miradas, al recorrer lo infinito, han abarcado «los imperios del mundo y sus pompas». (*Mateo*, IV.)

FAUSTO.—Sólo una cosa grande ha logrado fascinarme: adivínala.

---

[5] Alusión irónica a las teorías de los nuevos geólogos.

MEFISTÓFELES.—No me será difícil. He aquí la capital que para mí escogería: una ciudad en cuyo centro hubiese un verdadero laberinto de estrechos callejones, sin más plaza que la del mercado por no carecer de coles, nabos, cebollas y carne, aunque las moscas acudiesen a ella para procurarse el sustento, para encontrar allí siempre hediondez y actividad. Además, quisiera vastas plazas y anchas calles, para darse cierta apariencia grandiosa, y, finalmente, quisiera arrabales que se perdiesen de vista en un ilimitado espacio. Allí me complacería en el eterno rodar de los coches, en el vaivén tumultuoso, en el movimiento continuo de aquel hormiguero, y presentaríame siempre a caballo o en coche, en un punto céntrico, honrado por millares de seres.

FAUSTO.—Nada de esto me complacería. Muchos gozan al ver al pueblo multiplicarse, formarse e instruirse, y cuanto mejores son las condiciones de su existencia, mayor es su rebeldía.

MEFISTÓFELES.—Además, me construiría un magnífico palacio en sitio agradable, entre bosques, llanuras, prados y campos, dispuestos en forma de jardines, donde hubiese toda clase de árboles, flores y cascadas, cuyas aguas al precipitarse formasen mil vistosos juegos; haría construir para las mujeres casitas elegantes y cómodas, a fin de pasar con ellas horas infinitas en soledad encantadora. Digo mujeres, porque sólo en plural me gustan las beldades.

FAUSTO.—¡Eres un nuevo Sardanápalo!

MEFISTÓFELES.—¿Puede adivinarse el fin a que aspiras? Debe ser un fin sublime. Cuando en tu viaje llegaste cerca de la Luna, ¿es posible que no te impulsase hacia ella tu deseo?

FAUSTO.—Inmenso es el espacio que ofrece este globo para las grandes acciones; me siento capaz de acometer nobles empresas, merced a la actividad que me anima.

MEFISTÓFELES.—¿Ambicionas la gloria? Bien se conoce el roce con las heroínas.

FAUSTO.—Quiero dominarlo y poseerlo todo. La acción es el gran medio; la gloria en sí no es nada.

MEFISTÓFELES.—Y no faltarán poetas que anuncien tu fama a la posteridad, ensalzando la demencia con la demencia.

FAUSTO.—Todo esto es desconocido. ¿Qué es lo que tú puedes saber respecto de los deseos del hombre? ¿Cómo puede tu naturaleza, llena de amargura, saber lo que conviene al humano ser?

MEFISTÓFELES.—Confíame todos tus caprichos.

FAUSTO.—Tenía fija la vista en el mar que rugía y se encrespaba cada vez con más fuerza, hasta que al fin se calmaba y extendía tranquilo sus olas para invadir la llanura o la playa. Aquello me irritaba, como irrita la arrogancia al espíritu justo que respeta los derechos de todos, y me exaltaba la sangre, causándome un malestar continuo. Primero tomé aquello por un accidente cualquiera; pero la ola se paraba, luego volvía a marchar, y se alejaba después con orgullo del punto invadido, repitiéndose siempre aquel juego a la hora acostumbrada.

MEFISTÓFELES.—No es esto nuevo para mí, pues hace más de cien mil años que sé todo cuanto me dices.

FAUSTO, *prosiguiendo con exaltación.*—Se acerca y se hincha y crece e invade y se extiende por la inculta arena, y, estéril, lleva la esterilidad a todas partes. Sólo imperan allí las encrespadas olas, que al fin se retiran sin haber fecundizado cosa alguna. Esa fuerza sin objeto de los indomables elementos excita mi desesperación y obliga a mi espíritu a tender sus alas sin consultar más que su deseo de luchar y vencer. Y ¿es esto posible? Por más tempestuoso que el mar sea, tiene que ceder ante cualquiera eminencia, y por más que se agite orgulloso ni hay altura que no le muestre su altiva frente, ni profundidad o abismo que no le atraiga irresistiblemente. Por eso no he desistido de mis planes: sería para mí un goce supremo arrojar de su orilla al mar altivo, contenerle en los límites de la húmeda playa y hacerle retroceder todo cuanto pudiese. Ése es mi deseo; atrévete a secundarlo.

(Banda y música guerrera a lo lejos.)

MEFISTÓFELES.—¡Que no consista más que en esto! ¿Oyes el lejano tambor?

FAUSTO.—La guerra, que tanto repugna al hombre prudente.

MEFISTÓFELES.—En guerra o en paz, debemos sacar partido de las circunstancias; no desprecies, Fausto, la ocasión que se presenta.

FAUSTO.—¿De qué se trata?

MEFISTÓFELES.—El emperador vacila ante los más grandes obstáculos; cuando nosotros le divertimos procurándole falsas riquezas, dominaba el mundo, y, como era joven al subir al trono, pensó era digno de envidia gobernar y entregarse a todos los placeres.

FAUSTO.—¡Error profundo! El hombre destinado a gobernar sólo en el mando ha de buscar la dicha suprema. Obrando así, será siempre el primero y el más digno. El goce embrutece.

MEFISTÓFELES.—Él hizo lo contrario, se entregó a los placeres y cayó su reino en la anarquía; grandes y pequeños empezaron cruda guerra; se apoderó el hermano de los bienes del hermano, el feudo se alzó contra el feudo, la ciudad contra la ciudad, penetrando el fuego de la discordia entre el obispo y su clero. Nada se respetó, ni aun la santidad del templo; llegando ser para vivir circunstancia indispensable la propia defensa. Y nadie tenía el derecho de clamar contra tal estado de cosas, porque podía cada uno procurarse el crédito necesario y pasar hasta el más pobre por un personaje de alta importancia; los de más recto juicio conocieron al fin que se había hecho casi general la demencia, y los hombres de valor se alzaron proclamando: Soberano será el que nos dé la paz; ya que el emperador ni puede ni quiere, elijamos un nuevo emperador, saquemos al imperio de su postración y, mientras el nuevo monarca procure a cada cual la seguridad necesaria, unamos la paz y la justicia.

FAUSTO.—He aquí lo que desea el sacerdote.

MEFISTÓFELES.—Sacerdotes eran los que deseaban salvar sus tesoros, por ser los más interesados. Empezó la revuelta que fue santificada, y nuestro emperador se retiró a estos sitios para dar en ellos su última batalla.

FAUSTO.—Le compadezco. ¡Era tan generoso!

MEFISTÓFELES.—Ven; el que vive deba siempre esperar. ¡Si lográsemos sacarlo de este valle! Salvado una vez, salvado mil. ¿Quién sabe cómo irán las cosas? Sonríale la fortuna y no le faltarán súbditos.

(Suben a la cumbre del monte y contemplan la posición de las tropas, llegando hasta ellos los sonidos de las bandas y de las músicas militares.)

MEFISTÓFELES.—Ventajosa es la posición que ocupa; pasémonos a él y suya será la victoria.

FAUSTO.—¿Qué podremos prometernos?

MEFISTÓFELES.—Por medio de la estrategia se ganan las batallas. Conservemos al emperador su trono y sólo tendrás que hincar la rodilla para obtener en feudo un país extenso y rico.

FAUSTO.—Procúrame ahora el placer de verte ganar una batalla.

MEFISTÓFELES.—Eres tú el que debes ganarla; a ti te toca ser general en jefe.

FAUSTO.—Dirigir lo que no entiendo será una honra digna y merecida.

MEFISTÓFELES.—Con sólo el bastón de mando del jefe te respondo de éste. Por tanto tiempo sufrí la guerra, que acabé por formar un consejo compuesto de las fuerzas elementales del hombre y de los montes.

FAUSTO.—¿Quiénes son aquellos hombres armados? ¿Acaso has sublevado al pueblo de la montaña?

MEFISTÓFELES.—No; pero, como maese Peter Squenz[6], he sacado de entre la multitud la quinta esencia.

(Los tres valientes se adelantan[7]. Sam. II, XXIII, 8.*)*

MEFISTÓFELES.—Mira mis tres aliados; no te arrepentirás de haber visto en ellos distinta edad, trajes y armaduras diferentes.

RAUFEBOLD, *joven de elegante armadura y en traje de vistosos colores.* Si alguno hay que se atreva a mirarme, le hundiré mi puño en el rostro, y al cobarde que intente huir le agarraré por los cabellos.

HABEDALD, *de aspecto marcial y traje rico.* Las vanas querellas son necedades en que se pierde el tiempo. Procura adquirir sin pararte en los medios hasta después de haberlo logrado.

HALTEFEST, *hombre de edad, sólidamente armado y sin adorno alguno.* Bueno es en verdad adquirir, pero aún es mucho mejor conservar. Sigue los consejos del viejo si no quieres verte explotado.

(Descienden juntos al valle.)

AL OTRO LADO DE LA MONTAÑA

Rumor de bandas y de músicas militares. La tienda del emperador

EL EMPERADOR *y* EL GENERAL EN JEFE *Trabans*

EL GENERAL EN JEFE.—Acertado me parece el plan de concentrar todo el ejército en el valle; a él vamos a deber la victoria.

---

[6] El carpintero Peter Squenz, que en una obra de Shakespeare, de acuerdo con otros cinco escogidos por él entre el populacho de Atenas, representan *Píramo y Tisbe* ante el duque y la duquesa.

[7] Alusión a los *Tres Hombres Valientes* de David.

EL EMPERADOR.—Lo veremos; sin embargo, esta especie de fuga me aflige en gran manera.

EL GENERAL EN JEFE.—Contempla nuestra ala derecha; sólo un guerrero puede haber creado la oposición que ocupa; sus alturas, aunque algo ásperas, no son accesibles y, por tanto, ventajosas para los nuestros y peligrosas para el enemigo; no creo venga a exponerse la caballería en este plano ondulado en que estamos emboscados.

EL EMPERADOR.—Dispuesto estoy a recompensar a los que se distingan en esta jornada.

EL GENERAL EN JEFE.—¿No ves en la llanura la cohorte dispuesta a entrar en batalla? Brillan sus pies a los rayos del sol entre los vapores de la montaña; muchos son los miles de hombres que arden en deseos de probar su heroísmo; no habrá fuerza enemiga que no se desbande a su irresistible empuje.

EL EMPERADOR.—Por primera vez contemplo este grande espectáculo; vale este ejército lo que cualquiera otro de doble fuerza.

EL GENERAL EN JEFE.—En nuestra ala izquierda, esforzados héroes guardan la sólida peña; aquel pico granítico en que brillan tantas armas, defiende el paso del estrecho desfiladero. Imponentes serán los esfuerzos que haga el enemigo por apoderarse de aquella posición que ha de ocasionar su derrota.

EL EMPERADOR.—Ya se acercan allí aquellos falsos aliados que me daban los nombres de tío, primo y de hermano, y que, abusando del favor de que gozaban, no pararon hasta quitar al cetro su fuerza y al trono su respeto; devastaron el imperio, uniéndose luego para alzarse contra mí. La multitud vacila, pero acaba al fin por ceder ante el torrente impetuoso que la empuja.

EL GENERAL EN JEFE.—Uno de nuestros soldados, encargado de reconocer el terreno, viene precipitadamente hacia nosotros. ¡Ojalá le haya sido la suerte propicia!

PRIMER MENSAJERO.—Hemos logrado insinuarnos a fuerza de valor y astucia, sin obtener gran resultado; gran número ofrece prestarte homenaje y obedecerte como el cuerpo más fiel de tus tropas; pero nosotros sólo vemos un pretexto por lograr la inacción, la discordia intestina y la ruina de tu reino.

EL EMPERADOR.—El egoísta nunca obra a impulsos del reconocimiento, de la simpatía, del deber ni del honor y sí tan sólo en interés propio.

EL GENERAL EN JEFE.—Ahí llega el segundo mensajero; desciende a paso lento, rendido de fatiga y temblando.

SEGUNDO MENSAJERO.—He visto un gran tumulto, pero aparece un nuevo emperador, y la multitud se lanza al llano, siguiendo cual manada de carneros la funesta bandera que se desplega al viento.

EL EMPERADOR.—Veo avanzar a un rival y por vez primera siento que soy el emperador. El casco y la armadura despiertan en mí grandes designios; ahora comprendo lo que echaba de menos en medio del esplendor de la corte: el peligro. Todos me aconsejabais los juegos caballerescos, y no pensaba más que en torneos; otra sería la gloria de mis altos hechos, a no haberme distraído de la guerra. Desde el momento en que he mirado el imperio del fuego, he sentido en mi pecho el sello de la independencia, y se ha apoderado de mí el elemento con todos sus horrores. He soñado en victoria y fama. Hora es ya de que comprenda lo que he descuidado.

(Parten los heraldos para provocar al antiemperador. Fausto, cubierto de una armadura y con la visera echada. Los Tres Valientes en el traje antes citado.)

FAUSTO.—Nos adelantamos sin temor de que nadie nos reprenda; el montañés medita para descifrar los caracteres de la naturaleza y del granito; los espíritus viven más que nunca en la montaña. Allí silenciosos obran en el laberinto de los abismos, y entre el gas de los ricos vapores metálicos, analizándolo y combinándolo todo, tendiendo a hacer nuevos descubrimientos. Con la mano maestra de los poderes sobrenaturales, disponen de las formas transparentes, contemplando luego en el cristal los acontecimientos del mundo superior.

EL EMPERADOR.—Te oigo y quiero creerte; pero dime, buen hombre, ¿a qué viene ahora todo eso?

FAUSTO.—El nigromántico de Nurcia, el Sabino, es tu fiel súbdito. Amenazábale un día inminente peligro, ya chisporroteaban los tizones, la llama aguzaba sus lenguas, el azufre y la pez embadurnaban la pira en torno suyo; ni el hombre ni el diablo podían salvarlo, y, sin embargo, tu poder rompió el ardiente círculo. Desde que ocurrió esto en Roma, se olvidó de sí propio por no pensar más que en ti, y así es que ha seguido con amor y ansiedad todos tus pasos. Por ti consulta las estrellas y los abismos; por salvarte nos ha confiado la misión de acudir en tu auxilio lo más pronto posible con todas las fuerzas imponentes de la montaña. Obra allí la naturaleza

en toda su libertad exuberante y da la estupidez a sus obras el nombre de brujería.

EL EMPERADOR.—Si con placer saludamos al que alegre acude a compartir nuestro gozo en los días de fiesta, y nos complace tanto ver a la multitud apiñarse en el vasto espacio de nuestros salones, ¿qué no sentiremos por el hombre de corazón, que desinteresado nos presta su apoyo en los momentos de prueba y cuando está en el fiel la balanza de nuestro destino? No empuñéis en esta hora solemne vuestro acero sediento de gloria; respetad el momento en que miles de hombres avanzan por defenderme y combatirme, Tiene el hombre grandes deberes que cumplir por sí mismo. El que aspire al trono y la corona, sea digno de honra tan señalada; arrojemos por nuestro propio brazo al imperio de los muertos al fantasma que se ha alzado contra nos, proclamándose emperador, jefe de nuestros estados, general del ejército y soberano de nuestros grandes vasallos.

FAUSTO.—Por gloriosa que sea esta empresa, haces mal en exponer de este modo tu vida. A toda costa debe conservarse el que inflama nuestro valor. ¿Qué sería del ejército sin jefe? Si el jefe duerme, todos se aletargan; si cae herido, cunde el desaliento en las filas, y todos se animan al verle sano y salvo. Entonces no hay quien deje de cumplir con su deber, ni broquel que no se levante para proteger el cráneo, ni espada que desvíe o rechace el golpe que luego inteligente asesta. Hasta el pie cumple oprimiendo la nuca del enemigo derribado.

EL EMPERADOR.—Tanto le odio que quisiera hacer un escabel de su cabeza.

LOS HERALDOS *regresan*.—No hay en el campo enemigo dignidad. Han acogido con risa nuestra proposición noble y enérgica. «¡Vuestro emperador ya no existe; se ha desvanecido como un eco allí abajo en el estrecho valle.»

FAUSTO.—Su contestación ha sido conforme al deseo de los que, fieles, están a tu lado; ya que el enemigo se acerca y los tuyos aguardan con impaciencia, dispón el ataque, porque el momento es propicio.

EL EMPERADOR.—Te cedo el mando. *(Al general en jefe.)* Príncipe, cumple con tu deber.

EL GENERAL EN JEFE.—Adelántese, pues, el ala derecha, a fin de que la izquierda del enemigo, que quiere apoderarse de la altura, tenga que ceder ante la fidelidad de nuestros esforzados jóvenes.

FAUSTO.—Manda que ese joven héroe entre en tus filas y que sea incorporado en tus batallones, para que sirva en ellos de ejemplo su generoso impulso.

(Indicando hacia su derecha.)

RAUFEBOLD *se adelanta.*—El que me mire cara a cara no volverá la espalda sin tener rotas las mandíbulas y la cabeza, y si tus hombres hacen trabajar como yo la maza y la espada, el enemigo quedará vencido y ahogado en los charcos de su sangre.

(Se va.)

EL GENERAL EN JEFE.—El centro del ejército siga el movimiento y oponga al enemigo todas sus fuerzas; el valor indomable de nuestros soldados hace allí abajo inútiles todas sus maniobras.

FAUSTO, *señalando al hombre del centro.*—Que aquél reciba también tus órdenes.

HABEBALD *se adelanta.*—Al valor de las legiones debe unirse la sed del botín. Sea la rica tienda del antiemperador el blanco de nuestros ataques; no permanecerá por mucho tiempo en su trono; dejad me ponga al frente de las tropas.

EILEBEUTE, *vivandera.*—Por más que no esté casada con él, será para mí el veterano preferido. La mujer es terrible cuando coge, y sin piedad cuando roba. Marchemos a la victoria, pues todo nos es permitido.

(Parten.)

EL GENERAL EN JEFE.—Su ala derecha se arroja vigorosamente sobre nuestra izquierda, pero como están resueltos nuestros soldados a luchar cuerpo a cuerpo, no logrará el enemigo apoderarse del estrecho paso del desfiladero.

FAUSTO, *indicando hacia su izquierda.*—General, te ruego no olvides esta máxima: Bueno es que aumenten los refuerzos de los fuertes.

HALTEFEST *se adelanta.*—El ala izquierda no os inspire ningún cuidado, porque donde yo estoy la posesión no se pierde; ni aun el rayo puede destruir lo que yo poseo.

(Vase.)

MEFISTÓFELES, *descendiendo de la montaña.*—En cada garganta se agrupan hombres armados llenando los senderos; aguardan la señal del combate formando un muro con sus cascos, armaduras, es-

padas y broqueles. *(En voz baja a los iniciados.)* No me preguntéis de dónde esto procede; sabed que he aprovechado el tiempo, y que están todas las salas de armas vacías en nuestros alrededores. Allí estaban de pie o a caballo aquellos caballeros, reyes y emperadores, que son ahora conchas vacías, en las que habrá ido a envolverse más de un espectro para resucitar la Edad Media. *(En voz alta.)* Oíd cómo se irritan y se entrechocan con un rumor metálico, ved cómo flotan en los estandartes jirones de banderas que ansiaban salir al aire libre. He ahí un antiguo pueblo dispuesto a tomar parte en las batallas de nuestros tiempos.

(Resuena la bélica trompa en las cumbres; gran confusión en el ejército enemigo.)

FAUSTO.—El cielo acaba de encapotarse; se ve brillar en él un resplandor que es señal de grandes presagios. La peña, el bosque, la atmósfera y el cielo, todos están envueltos en un caos.

MEFISTÓFELES.—El ala derecha se mantiene firme; veo en la pelea, sobrepujando a todos, a Hans Raufebold, el gigante que está vivamente ocupado en su empresa.

EL EMPERADOR.—Sólo vi al principio levantarse un brazo y ahora veo que hay más de una docena batallando. Esto no es natural.

FAUSTO.—¿Has oído hablar de las nubes que se ciernen sobre las costas de Sicilia? Allí verás raras formas errando por el claro cielo, llevadas hacia los espacios intermedios y reflejadas en vapores singulares; allí ciudades que van y vienen en jardines que suben y bajan, según la forma que se destaca en el aire.

EL EMPERADOR.—Con todo, es esto sospechoso. Veo brotar rayos de los picos y envueltas en un mar de llamas las brillantes armas, y todo esto me parece fantasmagórico.

FAUSTO.—Perdona, señor; no son más que vestigios de naturalezas ideales que han desaparecido, un recuerdo de los Dioscuros, por quienes juraban todos los navegantes. Reúnen aquí sus últimas fuerzas.

EL EMPERADOR.—Pero ¿a quién debemos que la Naturaleza nos colme así de prodigios?

MEFISTÓFELES.—¿A quién sino a aquel maestro sublime que lleva tu destino? Las amenazas de tus enemigos le han conmovido hasta en lo más profundo, y su reconocimiento quiere verte salvado, aunque haya de costarle la vida.

EL EMPERADOR.—Me conducían en gran pompa, porque era entonces algo; quise probar si sería bueno devolver el aire libre a la barba cana, y lo hice sin pensarlo mucho tiempo. Por este medio consagré una fiesta al clero sin que lograse atraérmele. Puede que ahora recoja el fruto de aquella buena acción.

FAUSTO.—Todo beneficio reporta ventajas. Creo que va a enviarnos un agüero que podremos comprender.

EL EMPERADOR.—Un águila se cierne en el cielo, y un grifo la persigue encarnizadamente.

FAUSTO.—El enigma no puede ser más propicio: el grifo es un animal fabuloso, ¿como se atreverá a medir sus fuerzas con el águila real y verdadera?

EL EMPERADOR.—Se observan describiendo ambos círculos. Pero ya se acometen para desgarrarse el pecho y la garganta.

FAUSTO.—Mira cómo el grifo, vencido y escarmentado, va a ocultar su derrota en el bosque que corona la cumbre, desapareciendo en él con su cola de león entre piernas.

EL EMPERADOR.—Cúmplase el enigma que acepto con asombro.

MEFISTÓFELES, *volviéndose hacia la derecha.*—El enemigo cede a nuestros golpes, y sin orden se replega sobre su derecha, llevando así la confusión al ala izquierda. Nuestro centro se dirige hacia la derecha, y cae con la velocidad del rayo sobre el flanco más débil, y cual onda agitada por la tempestad se arremeten con furia los dos ejércitos, empeñándose por doquier un doble combate. No puede ofrecerse espectáculo más grandioso. Hemos ganado la batalla.

EL EMPERADOR, *vuelto hacia la izquierda y dirigiéndose a Fausto.*—Abrigo temores acerca de nuestra posición, que no deja de ser peligrosa; el enemigo ocupa los picos inferiores, y acaban de ser abandonados los más altos; va el enemigo avanzando en masa habiéndose apoderado quizá ya del desfiladero y coronando el mejor éxito su sacrílega intentona. De nada han servido vuestros artificios.

(Pausa.)

MEFISTÓFELES.—Ya vienen mis dos cuervos; veamos qué noticias traen: mucho me temo que vayan mal las cosas.

EL EMPERADOR.—¿Qué nos querrán esas odiosas aves, que escapadas de la ardiente batalla dirigen hacia nosotros sus negras velas?

MEFISTÓFELES, *a los dos cuervos*.—Venid junto a mi oído. El que vosotros protegéis no puede estar perdido, porque es sensato vuestro consejo. La posición de nuestros héroes en aquella escarpada roca me parece de triste agüero; pues si son tomadas las alturas y logra el enemigo forzar el paso será nuestra situación muy apurada.

EL EMPERADOR.—Siempre he temido ser vuestra víctima y que me envolveríais en vuestros lazos; tiemblo desde que me cercan.

MEFISTÓFELES.—Ánimo, pues, ya que nuestra situación no es aún desesperada: paciencia y astucia para vencer estos últimos obstáculos; es siempre al fin cuando más se complican los sucesos. Ya que tengo aquí a mis mensajeros, confiéreme el mando.

EL GENERAL EN JEFE *se presenta durante este altercado*.—Te has unido con esos. Nunca produce la fantasmagoría un bien duradero; ya que ellos han propuesto el plan de ataque, que continúen dirigiéndole; aquí depongo mi bastón de mando.

EL EMPERADOR.—Consérvale para cuando la suerte nos sea más propicia. Me horroriza ese repugnante cofrade, sobre todo al ver su familiaridad con los cuervos.

(A Mefistófeles.)

No puedo confiarte el mando, porque no me pareces bastante a propósito para desempeñarle. Sin embargo, dispón y procura salvarnos.

(Entra en su tienda con el general.)

MEFISTÓFELES.—Que su bastón le proteja más de lo que nos habría protegido a nosotros, porque había en él algo de la cruz.

FAUSTO.—¿Qué haremos?

MEFISTÓFELES.—Todo está ya dispuesto; negros primos míos, que se nos sirva prontamente: id al gran lago de la montaña, y después de saludar de mi parte a las Ondinas, pedidlas la apariencia de sus olas. Hábiles en toda clase de artificios femeniles, sabrán separar la apariencia de la realidad, hasta el punto de que se confunda una y otra.

FAUSTO.—Los mensajeros deben haber hecho la corte a las ninfas de las aguas. Allí abajo empieza ya a manar un manantial abundante y puro. Adiós, victoria de nuestros contrarios.

MEFISTÓFELES.—He aquí una singular acogida; son derrotados al dar el asalto los más intrépidos.

FAUSTO.—Ya el arroyo se junta al arroyo. Hay además aquel torrente en que flota el arco iris, que mugidor y blanco de espuma va por grados arrojándose al valle. La corriente impetuosa se lanza sobre ellos para sepultarlos.

MEFISTÓFELES.—Reina la confusión en todas partes.

(Los cuervos han vuelto.)

Si queréis dar un gran golpe, dirigíos hacia la ardiente fragua en que el pueblo pigmeo trabaja el metal y la piedra hasta arrancarle numerosas chispas. Pedid allí un fuego que brille, resplandezca y chispee, un fuego que apenas pueda uno concebirle.

(Parten los cuervos y sucede lo que ha sido prescrito.)

Envolver al enemigo en las más densas tinieblas y deslumbrarle luego con un súbito resplandor, será verdaderamente admirable: debe buscarse además un rumor que le espante.

FAUSTO.—Las huecas armaduras salidas del sepulcro parecen revivir al aire libre; puesto que hay en la altura un chirrido, un estruendo y una música inarmónica.

MEFISTÓFELES.—Nada es capaz de contenerles; sus caballerescas legiones hacen resonar el espacio. Ya el tumulto retumba a lo lejos y, como en todas las grandes fiestas del averno, es el odio de los partidos el que causa más cúmulo de horrores. La confusión aumenta de un modo agudo, penetrante y terrible, sembrando el espanto en el valle.

(Tumulto militar en la orquesta, que toca himnos guerreros.)

LA TIENDA DEL ANTIEMPERADOR.
TRONO RICAMENTE ADORNADO

EL EMPERADOR *y cuatro príncipes se adelantan*

EL EMPERADOR.—La victoria es nuestra; los últimos dispersos del enemigo acaban de desaparecer en la llanura. Aún se levanta aquí el trono que acaba de ser abandonado, con los inmensos tesoros. Aquí mismo, colmados de honores, aguardaremos como emperador a los enviados de los pueblos, pues de todas partes se reciben noticias favorables. ¡Descienda la paz sobre el imperio que reconoce nuestra soberanía! Si ha habido en ello algo de hechicería, bien caro lo ha pagado nuestra persona; ruda ha sido la prueba que han sufrido nuestros guerreros, hasta que han empezado a llover piedras y sangre sobre el enemigo, y a salir del seno de las

cavernas voces poderosas y extrañas que han dilatado nuestro pecho y comprimido el de nuestros contrarios. Cayó el vencido para su eterno baldón; en su gloria el vencedor entonó un himno a la divinidad propicia, que a coro repiten millares de súbditos. Entre tanto, como alabanza suprema, dirijo al cielo y a mi conciencia una mirada piadosa, lo que sólo hacía antes muy raramente. Por más que un joven príncipe en su dicha pierda inútilmente el tiempo, día vendrá en que la experiencia le enseñe la importancia de todos sus momentos.

(Entra el arzobispo.)

EL EMPERADOR.—Cuando una bóveda está bien construida, nada puede con ella la acción del tiempo. Aquí ves a los cuatro príncipes, con los que acabamos de proceder a la constitución de nuestra casa imperial; ahora que todo lo que el imperio contiene en su seno se apoya con fuerza y poder en el número cinco, quiero que brillen los cuatros príncipes sobre todos los demás, y aumento desde ahora la extensión de sus dominios con el patrimonio de todos los que no nos han sido fieles. Así, pues, a vosotros, que habéis sido leales, voy a adjudicaros un hermoso país, uniendo a ello el derecho de extenderle a los lejos, sea por herencia, adquisición o cambio. Luego que ejerzáis los derechos señoriales que os pertenecen, podréis pronunciar sentencias, y será inapelable el fallo que dé vuestro tribunal sublime. Además, os concedemos los impuestos, el censo, los derechos de homenaje y de escolta, los peajes y los monopolios de minas, salinas y moneda; porque deseando probaros nuestro reconocimiento, os hemos dado el primer rango.

EL ARZOBISPO.—¡Suban hasta ti las gracias que te doy a nombre de todos! Tú nos haces poderosos y afirmas al mismo tiempo tu poder.

EL EMPERADOR.—Vivo por mi imperio y me siento animado del deseo de vivir por él. ¡También yo al fin tendré que separarme de mis fieles! Y ahora para entonces os elijo para que me nombréis un sucesor, que luego de coronado llevaréis al ara santa, con el fin de que nuestras sangrientas discordias sucedan en su reinado días de bonanza.

EL CANCILLER MAYOR.—Los príncipes de la tierra se inclinan delante de ti con la humildad en el rostro y el orgullo en el fondo del pecho. Mientras hierva la sangre en nuestras venas, seremos siempre el cuerpo que tu voluntad moverá.

EL EMPERADOR.—Estáis en plena y libre posesión de todos los bienes que de nos habéis recibido, con la condición de que deben

ser indivisibles, y que de cualquier modo que logréis aumentarlos, han de pasar a vuestro hijo primogénito.

EL CANCILLER MAYOR.—Desde ahora voy a confiar al pergamino ese importante estatuto, que labrará la dicha del imperio y la nuestra. Las copias selladas deberán ser expedidas por la Cancillería, autorizadas con tu sagrada firma.

(Los príncipes temporales se alejan.)

EL PRÍNCIPE DE LA IGLESIA *se queda y habla con énfasis.*—El canciller se aleja y el obispo se queda, pues su corazón paternal tiembla por ti.

EL EMPERADOR.—Dime, ¿cuáles son las angustias que te asedian en este afortunado día?

EL ARZOBISPO.—¡Con dolor te veo unido con Satán! Hete aquí seguro en tu trono; pero ¡ah! lo debes a tu falta para con Dios y nuestro Santo Pontífice. Si el Papa estuviese informado, te impondría un castigo terrible, y no tardarían los rayos de su justicia en aniquilar tu imperio, obra del pecado; no ha olvidado aún que el día de tu coronación salvaste al hechicero, ni que el primer rayo de gracia que brotó de tu diadema fue para él, en perjuicio de la cristiandad. Pero arrepiéntete y da al santuario una parte de aquella fortuna ilegítima. El país montuoso en que flota tu tienda, donde acudió en tu auxilio el maligno espíritu, por haber prestado oídos al príncipe de la mentira, cédelo para que se haga en él alguna obra piadosa. Añade además el monte y el espeso bosque que se pierden de vista a lo lejos, las alturas que se cubren de pastos eternos, los lagos límpidos que abundan en peces, los numerosos arroyos que rápidos serpentean arrojándose al valle que deberás también ceder con sus prados, llanuras y barrancos; de esta suerte manifestarás tu arrepentimiento y alcanzarás el perdón de tus faltas.

EL EMPERADOR.—Tanto me espanta la enormidad de mi falta, que quiero que tú mismo indiques lo que he de hacer para repararla.

EL ARZOBISPO.—En primer lugar debe cederse a la Iglesia el terreno en que se consumó el pecado; paréceme ver ya levantar en él fuertes paredes; que el sol de la mañana ilumina el coro; que el edificio en construcción va ensanchándose en forma de cruz, y que la nave se prolonga y se eleva con gran placer de todos los fieles, que llenos de fervor se agrupan a la puerta principal. El primer tañido de la campaña resuena ya al través del monte y el valle, mientras que su sonido hace retemblar aún el alto campanario, que se pierde en las nubes, y a su acento acude el pecador para recobrar la calma y

la dicha. ¡Ojalá podamos ver en breve el día solemne de la inauguración!

EL EMPERADOR.—¡Que esa santa obra demuestre el deseo que nos anima de alabar al Señor y expiar nuestros pecados! Siento ya elevarse mi espíritu.

EL ARZOBISPO.—Como canciller, yo me encargo de dar las órdenes y de disponer las formalidades.

EL EMPERADOR.—Puedes extender un documento por el cual pueda la Iglesia incorporarse aquellos dominios, y yo le afirmaré con el mayor gusto.

EL ARZOBISPO, *retrocediendo después de haberse despedido.* ¿Se entiende que consagras para siempre a la nueva construcción todas las rentas del país, diezmos y censos? De otra manera sería imposible sostener dignamente semejante fundación; para anticipar la erección del monumento en un terreno tan inculto, preciso será que nos auxilies con un poco de oro de tu rico botín. Tampoco debo ocultarte que necesitaremos maderas, cal, pizarra y otros materiales que han de venir de muy lejos. El pueblo se encargará del transporte, al recordarle nosotros que la Iglesia bendice al que trabaja en su favor.

(Vase.)

EL EMPERADOR.—¡Cuán enorme es el pecado por mí cometido! Ese maldito hechicero es la causa de todos mis apuros.

EL ARZOBISPO *se presenta otra vez haciendo una profunda reverencia.*—Perdona; señor, el hombre de mala fama ha recibido en feudo el litoral del reino; pero puedes estar seguro de que se le condenará al destierro, si no cedes a la Iglesia los diezmos, el censo, los derechos y las rentas de aquel dominio.

EL EMPERADOR.—Aquel país está aún sumergido en el fondo del mar.

EL ARZOBISPO.—Para el que tiene el derecho llega siempre su día. Sólo os exigimos vuestra palabra.

EL EMPERADOR, *a solas.*—A este paso, pronto tendré que ceder todo el imperio.

ACTO QUINTO

PAÍS DESCUBIERTO

UN VIAJERO.—Veo allí abajo los tilos sombríos en toda la fuerza de su vejez; ¡quién me hubiera dicho que había de volver a hallarles después de tan largo viaje! He aquí la cabaña que me recogió al arrojarme las aguas a este sitio. ¡Cuánto daría por poder bendecir a mis huéspedes compasivos! Pero era ya entonces aquella buena pareja, sobrado entrada en años. ¿Llamaré a su puerta? ¡Vosotros que cifráis la dicha en hacer bien, apóstoles de la hospitalidad, os saludo!

BAUCIS, *madre muy anciana.*—Silencio, querido extranjero; deja descansar a mi esposo: un prolongado sueño puede procurarle la actividad de que tanto necesita.

EL VIAJERO.—Dime, madre, ¿estás aún aquí para recibir las gracias, junto con tu esposo? ¿Eres tú aquella Baucis, cuyos cuidados devolvieron la vida a mis cárdenos labios? (*Se adelanta al esposo.*) ¡Salud, oh Filemón, que con fuerte brazo arrancaste mi tesoro del fondo de las aguas. Dejad que contemple el mar infinito; dejad que me arrodille y ore, porque me ahogo!

FILEMÓN, *a Baucis.*—Ve a disponer la mesa en el punto más florido de nuestro jardín.

(Se sienta junto al viajero.)

El mar terrible que os trató antes con tanto rigor, le veis hoy convertido en un verdadero paraíso. Los esforzados criados de los prudentes señores abrieron fosos, levantaron diques y rechazaron al mar por quedarse con las tierras en que aquél imperaba; en vez de agua, ves ahora verdes praderas, jardines, bosques y un pueblo. Se ven aún a lo lejos deslizarse algunas velas, que van en busca de puerto donde pasar la noche.

EN EL PEQUEÑO JARDÍN

Una mesa para tres

BAUCIS, *al extranjero.*—Estás callado sin probar nada.

FILEMÓN.—Es porque desea saber algo acerca del prodigio que tanto admira.

BAUCIS.—Sí, fue verdaderamente un prodigio, porque el modo con que todo esto se hizo nada bueno me indica.

FILEMÓN.—¿Acaso el emperador cometió un crimen al otorgarle la orilla? Vino un heraldo a proclamarlo, y pronto se levantaron en nuestra cuna varias tiendas y cabañas. También se levantó un palacio entre el follaje.

BAUCIS.—De día trabajan los obreros con espantoso estruendo: doquiera que brillaban de noche las chispas, estaba al día siguiente levantado un dique. La sangre humana era derramada en sacrificio y turbaban el silencio de la noche gritos de mortal angustia, e iba la ola incandescente rodando hacia el mar, por hallarse terminado ya un canal al romper el día. Es un impío, y nuestra cabaña y nuestro bosque excitan su codicia, pero por más déspota que sea, debemos acatarle.

FILEMÓN.—Nos ha ofrecido fértiles tierras en el nuevo país.

BAUCIS.—No creas en tierras que han cubierto las aguas; conserva tu casa en la altura.

FILEMÓN.—Dirijámonos a la capilla para contemplar los últimos rayos del sol, y vamos a tocar la campana, a arrodillarnos, a orar y a entregarnos en cuerpo y alma al Dios antiguo.

UN PALACIO. GRAN PARQUE, CANAL INMENSO

FAUSTO, *enteramente decrépito, paseándose pensativo*

LINCEO, *guardia de la torre (Por medio de su bocina.)*—El sol declina y entran los últimos buques atrevidamente en el puerto. Pronto va a llegar al canal una gran canoa cuyas vistosas banderas flotan alegremente; el contramaestre se glorifica en ti, a quien sonríe la fortuna por muchos años.

(La campana resuena.)

FAUSTO, *irritado.*—¡Maldito sonido, que me hiere en lo más hondo de mi corazón como tiro disparado entre unos matorrales! ¡Se extiende ante mí un reino sin límites, y tengo siempre a mi lado un enemigo, que recuerda con el sonido de su campaña la ilegitimidad de mis inmensos bienes! Ni el bosque de tilos, ni la casita que junto a ellos se levanta, ni la capilla cubierta de musgo me pertenecen; si me dirijo alguna vez hacia aquella parte, me suceden cosas que me espantan; sólo hay allí llanto para mis ojos y espinas para mis pies.

EL GUARDIA DE LA TORRE, *como antes.*—El viento de la tarde empuja hacia nosotros a la brillante canoa.

(Magnífica canoa, con cargamento rico y variado de varios productos de países lejanos.)

MEFISTÓFELES *y los* TRES ESFORZADOS *compañeros*

CORO.—Saltemos pronto a esta tierra amiga, y saludemos con efusión al dueño y señor.

MEFISTÓFELES.—Nos hemos portado heroicamente. Sólo teníamos al partir dos buques, y ahora contamos veinte en el puerto. En nuestro cargamento pueden verse las grandes cosas que hemos hecho; la libertad del mar emancipa el espíritu; allí puede verse lo de que es capaz la energía. Puede allí un puñado de hombres resueltos hacer fortuna, se apresa un buque y cuando uno tiene tres, no para hasta atrapar el cuarto, y con tal que tenga la fuerza, no le falta nunca el derecho. Sería no tener ningún conocimiento en la navegación el suponer que la guerra, el comercio y la piratería no son inseparables.

LOS TRES VALIENTES.—¡Ni gracias, ni un saludo, como si llevásemos un montón de escombros! Parece estar de un humor insoportable.

MEFISTÓFELES.—Empezad por poner sobre el puente lo más precioso; de seguro no se mostrará avaro, antes bien dispondrá fiestas en honor de la flota.

(Se dispone el cargamento.)

MEFISTÓFELES, *a Fausto.*—Contemplas tu dicha con rostro sombrío y triste; a tu saber se debe el que esté el mar reconciliado con la orilla, y que reciba de buen grado al buque para impulsarle a un activo y largo viaje. Confiesa que desde este tu palacio puedes abarcar el mundo, que fue construido aquí el primer buque y que donde sólo había antes un foso hoy el remo levanta las olas. Tu pensamiento elevado y la actividad de los tuyos han sabido conquistar el mar y la tierra.

FAUSTO.—Condenado sea el que me postra y me abate. A ti no debo ocultártelo: me siento herido el corazón, y no puedo soportarlo; cada vez que pienso en ello me siento humillado. Sería preciso alejar a los ancianos de allí abajo; quisiera que estuviese mi morada entre aquellos tilos, árboles que me hacen odiosa la posesión del mundo por no ser míos. Quisiera cortar las ramas de allí, contemplar lo que he hecho, abarcar de una mirada la obra maestra del espíritu humano y animar los inmensos espacios conquistados para establecer en ellos infinitas moradas. Sentir en la riqueza la ne-

cesidad de lo que más falta hace es el mayor de los tormentos. El sonido de la campana y el perfume que exhalan los tilos me envuelven como si estuviese en la iglesia y el sepulcro.

MEFISTÓFELES.—Sé cuál es el fastidio que envenena tu existencia. No hay oído noble y delicado al que no repugne el sonido de las campanas; siempre es aquel *bim-bom* eterno el que tiene su parte en todos los acontecimientos del hombre, desde su bautismo hasta su entierro.

FAUSTO.—La resistencia y la obstinación hacen insoportable la posesión más bella.

MEFISTÓFELES.—¿Por qué molestarte? ¿Acaso no quieres colonizar?

FAUSTO.—Ve, pues, y procura despedirlos: ya sabes cuál es el pequeño Edén que he elegido para aquellos dos ancianos.

MEFISTÓFELES.—Se les sacará de allí y antes de que lo noten estarán ya instalados. La hermosura de su nueva habitación les hará olvidar pronto la violencia sufrida.

(Da un silbido. Los tres se adelantan.)

MEFISTÓFELES.—Id a poneros a disposición del jefe, que mañana habrá fiesta naval.

LOS TRES.—El viejo dueño nos ha recibido mal y nos debe una fiesta señalada.

NOCHE OSCURA

LINCEO, *guarda de la torre, cantando de centinela.*—Nací para ver y observar y estoy siempre en esta torre, y es para mí el mundo bello, puesto que miro a lo lejos y contemplo de cerca la luna, las estrellas, los bosques en toda su eterna hermosura. Ojos afortunados, todo cuanto habéis visto es digno y noble. No tan sólo por mi recreo estoy colocado a tanta altura; grandes son los peligros con que me amenaza el seno de las tinieblas. Sobre mi cabeza serpentean los rayos por entre la oscuridad de los tilos, y aumenta el incendio atizado por el viento, arde la húmeda cabaña que se alzaba cubierta de musgo. ¡Pobres ancianos que tanto procuraban evitar el incendio! ¿Quién hubiera creído que llegasen a ser presa de las llamas? Son tan rápidos los progresos del voraz elemento, que hasta el musgo no es más que una brasa purpúrea. ¡Puedan al menos los dos ancianos librarse de aquel infierno! Se oye el chisporroteo de las secas ramas que arden y desaparecen. La capilla se derrumba ba-

jo el peso de los ardientes tizones; las llamas serpentean en las cimas de los más altos árboles, y los huecos troncos, abrasados hasta su raíz, tienen un color purpurino.

FAUSTO, *en su balcón.*—El plantío de tilos ha desaparecido sin quedar de él más que un montón de troncos carbonizados; pero pronto tendremos allí un hermoso Edén, desde el que la vista podrá complacerse en lo infinito y también podré descubrir desde allí la nueva habitación en que los dos ancianos, merced a mi clemencia magnánima, verán transcurrir tranquilos sus últimos días.

MEFISTÓFELES Y LOS TRES, *en voz baja.*—Perdonad si no ha ido todo como deseabais. Hemos dado fuertes golpes, sin que nadie nos abriese, por lo que nos hemos visto obligados a derribar la puerta. Una vez dentro, hemos dado voces y proferido amenazas sin que tampoco nadie nos contestase, y entonces, sin perder tiempo, te hemos desembarazado de aquellos importunos huéspedes. En breve, los dos ancianos han sucumbido al terror de que estaban poseídos; pero un extranjero que se encontraba allí ha querido resistir y le hemos tendido muerto. Se ha declarado el incendio durante la lucha, y ahora la llama lo invade todo, formando una pira dispuesta para los tres.

FAUSTO.—¿Estaríais sordos al recibir mis órdenes? Yo quería un cambio y no un expoliación. Rechazo y maldigo ese acto injusto y brutal del que vosotros sois responsables.

CORO.—La Palabra, la antigua Palabra, dice: obedece de buen grado a la fuerza y, si quieres sostener el asalto, expón tu casa, tu hogar y tu persona.

(Vanse.)

FAUSTO, *en el balcón.*—Las estrellas ocultan sus rayos, a causa del fuego que arde a menor altura y atizado por un airecillo que hace llegar hasta aquí el vapor y el humo. ¡Orden dada en un instante y ejecutada demasiado pronto! ¿Qué espectro es el que viene flotando hacia mí?

MEDIA NOCHE

Se adelantan cuatro mujeres en traje parduzco

LA PRIMERA.—Tengo el nombre de Angustia.

LA SEGUNDA.—A mí me llaman la Deuda.

LA TERCERA.—Mi nombre es Aflicción.

LA CUARTA.—Yo me llamo Necesidad.

TERCETO.—La puerta está cerrada y no entraremos; allí vive un rico y nos es imposible introducirnos.

LA ANGUSTIA.—Yo me convierto en fantasma.

LA DEUDA.—Dejo yo de existir allí.

LA NECESIDAD.—Allí la vista se aparta de mí.

EL CUIDADO.—No os atrevéis a entrar, hermanas mías; pero la Aflicción sabe deslizarse por el ojo de la llave.

(La Aflicción desaparece.)

LA ANGUSTIA.—Mis tristes hermanas, alejaos de aquí.

LA DEUDA.—Yo me uno a ti para no separarme nunca de tu lado.

LA NECESIDAD.—Pues yo también te acompaño para seguir tus huellas.

TERCETO.—Las nubes desaparecen, las estrellas se ocultan tras ellas y llegan de lejos, de muy lejos; llega también la Muerte, nuestra hermana.

FAUSTO.—He visto venir cuatro y sólo vuelven tres; en vano intento penetrar el sentido de sus palabras: pronunciaban las de Remordimiento y Aflicción. También he oído una rima sombría... la Muerte; palabra pronunciada con voz hueca y ahogada, como voz de espectro. ¡Oh, magia, cuánto daría por olvidar tus fórmulas! ¡Oh, Naturaleza, que sólo sea un hombre ante ti, que no sea más que un hombre! Si fuera algo más, sería el vivir cosa digna. ¡Un hombre! Lo era antes de cruzar las tinieblas; lo era antes de blasfemar del mundo y de mí. Está ahora la atmósfera tan impregnada de nigromancia, que no queda ningún medio para librarse de ella. Si viene a sonreírnos un día radiante y sereno, no tarda en seguirle la noche para extraviarnos en triste laberinto de sueños. Si alegres penetramos en un florido prado, hay siempre en él un ave, cuyo triste canto nos anuncia la desgracia, haciéndonos caer en los lazos de la superstición, que obliga a permanecer entre sus garras. La puerta rechina y nadie entra. *(Con terror.)* ¿Hay aquí alguien?

LA AFLICCIÓN.—La pregunta me obliga a contestar afirmativamente.

FAUSTO.—Habla. ¿Quién eres?

LA AFLICCIÓN.—Aquí estoy.

FAUSTO.—Vete.

LA AFLICCIÓN.—Estoy en mi puesto.

FAUSTO, *con exaltación.*—Entonces sé circunspecta y no hables una palabra de magia.

LA AFLICCIÓN.—Aun cuando no quieran oírme, sé anunciarme a los corazones, merced a las varias formas que tengo para cumplir mi triste deber; soy siempre compañera molesta que todos encuentran sin que nadie me busque, viéndome a la vez halagada y maldecida. ¿Has conocido la Aflicción?

FAUSTO.—Me he limitado a cruzar el mundo, satisfaciendo en lo posible todos mis deseos y prescindiendo de todos los que no podían contentarme sin ir en pro de los que no me era dado alcanzar. Deseé, obtuve y volví a desear, constantemente arrastrado por el torbellino de mi vida, antes tan activa y poderosa, como prudente ahora. Sé todo cuanto puedo saber acerca del horizonte terrestre; sólo ignoro lo que hay mas allá. ¡Ay del insensato que en sus ensueños cree superar a los demás en el conocimiento de los cielos! ¿Qué necesidad tiene el hombre de recorrer los espacios eternos? Aquí abajo puede comprender todo cuanto descubre y seguir su jornada sin turbar nunca al espectro en su curso, pues si va más lejos, encontrará angustias y dicha, pero no la satisfacción a que aspira.

LA ANGUSTIA.—El mundo deja de existir para el que yo llego a poseer, siendo cada vez más densas las tinieblas que le cercan; para él no sale ni se pone el sol. No sabe cómo gozar de sus tesoros; dicha y desgracia, todo le incomoda; hasta en la saciedad siente el horror del hambre.

FAUSTO.—No esperes cogerme de este modo; no tengo tiempo para escuchar necedades; vete, porque con tu cantilena bastarías a turbar la razón del más sensato.

LA ANGUSTIA.—¿Si deberá proseguir o regresar? La resolución le falta, y he aquí que anda a tientas en la mitad de su carrera; a cada paso es mayor su extravío; es para sí y para los demás carga pesada; no ha muerto y carece de vida, por lo que es igualmente incapaz de desesperarse o de estar resignado. Se le ve presa a la vez de una agitación terrible y de una indolencia insoportable, y de sueño fatídico que le hace temer el despertar y que le tiene clavado en el mismo sitio, haciéndole sufrir los horrores de un infierno.

FAUSTO.—Espectros malditos, que os complacéis en torturar de mil modos a la especie humana, sé muy bien que no es fácil pueda uno librarse de vosotros, por ser el lazo indisoluble, pero no esperes tú. Angustia cruel, que, por grande que sea tu poder, llegue yo a reconocerte nunca.

(La Angustia le sopla al rostro.)

LA ANGUSTIA.—Pues bien, experiméntale en esta hora en que huyo de ti maldiciéndote: ya que los hombres son ciegos toda su vida, sélo tú al fin de ella.

FAUSTO, *ciego.*—Es la noche cada vez más profunda, pero hay en mi interior una claridad pura que me guía. Mi pensamiento quedará cumplido, porque la palabra del jefe es de algún peso. Vamos todos a la pala, al azadón, al mazo, y no descuidar la obra para que nuestro plan se ejecute, seguros de que no quedarán el orden y la actividad sin recompensa; cúmplase la obra más colosal del mundo, ya que basta un solo genio para dirigir mil brazos.

EL GRAN PATIO DEL PALACIO

Antorchas

MEFISTÓFELES, *como inspector, delante.*—Venid, oh Lemuros[8], esqueletos de miembros flotantes compuestos de tendones, nervios y huesos.

LOS LEMUROS, *a coro.*—Acudimos para ayudarte en tu obra.

MEFISTÓFELES.—Haga cada cual lo que pueda; arrancad el césped que haya en torno vuestro y, como lo hicimos por nuestros padres, formad un cuadrilongo. Todo al fin acaba tristemente.

LOS LEMUROS, *cavando alegremente la tierra.*—Vivir y amar, éste es el mayor de los goces que le es dado al hombre experimentar en la vida. Doquiera florezcan las rosas, hallamos siempre grato recuerdo de nuestra pasada juventud, que nos hace saltar de gozo. Desde que apelamos al báculo de la vejez, tropezó nuestro pie con la tumba.

FAUSTO, *saliendo del palacio, deslizándose a tientas por entre las columnas de la puerta principal.*—¡Cuánto me anima el sonido de las palas y azadones! No sólo me indica una multitud que trabaja

[8] Espectros familiares, especie de aparecidos, a los que dio la antigüedad la forma de esqueletos.

para mí, si no que, unida la tierra, señala a las aguas sus límites y encierra el mar en estrechos confines.

MEFISTÓFELES, *aparte.*—Con tus diques y tus muelles trabajas para nosotros y dispones para Neptuno, el demonio de las aguas, un gran festín; estáis perdidos, porque los elementos se han conjurado contra nosotros y todo sigue el camino de la destrucción.

FAUSTO.—¡Inspector!

MEFISTÓFELES.—Estoy a vuestras órdenes.

FAUSTO.—Procura reunir el mayor número posible de operarios, aliéntales por medio de la recompensa y del castigo; paga, atrae y obliga. Quiero que se me dé un parte diario del estado de las obras en el foso.

MEFISTÓFELES, *a media voz.*—A ser cierto lo que se me ha dicho, no debe tratarse del foso, sino de la fosa.

FAUSTO.—Hay una laguna al pie del monte que infesta el país conquistado y desecar aquel estanque pestilencial sería la conquista suprema. Abro espacios para que vengan a habitarlos millares de seres en la libre actividad de la existencia; habrá en ellos verdes y fecundas campiñas; el hombre y sus rebaños se instalarán en las colinas y, feliz en el nuevo suelo, aumentará su población activa y laboriosa. Es el interior un paraíso; por más que las olas en el exterior se encrespen, puede aplacar su furor agrupándose la multitud por todas partes para cerrarle el paso. Me siento con fuerzas para consagrarme a esta idea; que es el complemento de la sabiduría: sólo es digno de la libertad y de la vida aquel que sabe cada día conquistarse una y otra; por esto aquí, en medio de los peligros que les cercan, pasan el niño, el hombre, el anciano, audazmente sus años. ¿Por qué no he de ver una actividad semejante en un sueño libre y en el seno de un pueblo libre? Entonces diría al segundo, que rápido transcurre: detente, ¡eres tan hermoso! La huella de mi vida no puede quedar envuelta en la nada. Basta el presentimiento de aquella felicidad sublime para hacerme gozar mi hora inefable.

(Cae Fausto sin sentido, los Lemuros le tienden en el suelo.)

MEFISTÓFELES.—No hay dicha ni voluptuosidad que puedan saciarle; persigue impalpables formas, y hasta se empeña el desgraciado en prolongar su postrer momento triste y vacío. El que tanto me resistió sucumbe a la acción del tiempo; ved cómo yace el anciano en la arena, ved cómo el reloj se para.

EL CORO.—Se para o, mejor, se ha parado de repente a media noche.

MEFISTÓFELES.—Está parado; todo se acabó.

EL CORO.—Todo se acabó.

MEFISTÓFELES.—¡Acabó! ¡Estúpida palabra! ¿Por qué acabó? ¿No equivale esto a decir que quedó reducido a la nada? ¿Qué significa la eterna creación si todo lo creado ha de desaparecer para siempre? El mundo, al dejar de existir, será como si no hubiese existido nunca, y, sin embargo, le vemos agitarse incesante como si realmente fuese algo. En verdad, prefiero mi eterno vacío.

(Canto funerario.)

LEMURO, *solo.*—¿Por qué tanto agitas el azadón, el martillo y la pala para procurarme habitación tan mal sana?

LOS LEMUROS, *a coro.*—Es sobrado hermosa para el huésped vestido de lino.

LEMURO, *solo.*—¡Qué atmósfera tan triste y sombría! ¿Dónde están los muebles de esta vivienda?

LOS LEMUROS, *a coro.*—Todo era prestado; el plazo acaba y los acreedores son numerosos.

MEFISTÓFELES.—El cuerpo yace inerte, y por si el espíritu pretendiese levantar el vuelo, presentemos la cédula escrita con su sangre. ¡Ah! Son tantos los recursos que hay en esta hora suprema para arrebatar las almas al diablo! Todo va mal y todo degenera cada día; el derecho basado en la costumbre es un antiguo derecho que cayó en desuso. Antes se exhalaba el alma con el último suspiro; yo la acechaba y, como el gato al ratón, la cogía entre mis garras; hoy, por el contrario, se obstina en no salir de su triste corteza, de la repugnante morada que le ofrece un cadáver, hasta que los elementos, en su odio implacable, la arrojan de ella vergonzosamente. ¡Cuántos días y horas me quedan de tormento! Pero, ¿cómo, cuándo y dónde? He ahí lo que no puedo saber.

(Gestos de conjuración fantástica, parecidos a los de un tambor mayor.)

Ahora, alerta. Señores del cuerno recto y del cuerno retorcido, verdaderos diablos de la antigua raza, presentadme aquí las bocas del infierno; ya que tiene el infierno más de una boca, y sabe tragarse a cada cual según corresponde a su dignidad. Y aun así acaba-

rán las generaciones futuras por perder sus creencias antes de día supremo.

(Ábrese a mano izquierda la espantosa boca del infierno.)

Sus mandíbulas se abren; brota a torrentes de su bóveda la ardiente lava, y entre los vapores del fondo descubro la fragua eterna de la ciudad de fuego. El crujido de la rojiza llama hace crujir los dientes de los condenados que se lanzan a nado hasta la orilla de aquel mar de fuego, implorando socorro; pero la hiena colosal se agita y se ven sumidos de nuevo en sus ardientes cimas.

(A los diablos obesos de cuerno encorvado y recto.)

Vosotros, pícaros panzudos de mejillas de fuego, que ardéis cubiertos de azufre, pesados monstruos de entumecida nuca, ved si luce aquí abajo una partícula fosfórica, que será el alma, la Psiquea alada, y desplumadla para que se convierta desde luego en vil gusano. Después que yo haya impreso mi sello en su frente, os la llevaréis a los torbellinos de fuego. Enormes odres, recorred, como debéis, las regiones inferiores; puesto que aún no podemos saber si habita en ellas, os advierto que puede instalarse en el vientre y que es fácil que por este medio logre hacer ineficaces vuestras investigaciones.

(A los diablos de cuerno encorvado y largo.)

Vosotros, petardistas, tambores mayores gigantescos, recorred el espacio, sin dar tregua a vuestros brazos y garras hasta cogerla al vuelo; debe estar muy mal en su antigua corteza, y como genio, tenderá siempre a elevarse a las regiones superiores.

LA CELESTIAL COHORTE.—¡Santas falanges y rubios mensajeros, hermanos de los ángeles, llevad la vida a los afligidos que están orando; dirigíos con raudo vuelo a vivificar la fría arcilla e infundid la gracia a todos los corazones: dejando en ellos, como dejáis en el espacio, un rastro de fuego.

MEFISTÓFELES.—Oigo un rumor discordante de gratos sonidos, que desciende de lo alto, junto con un rayo de luz detestable, debido a esa raza hermafrodita que tanto embelesa a todos los devotos.

CORO DE ÁNGELES, *sembrando rosas.*—Encarnadas rosas de verdes botones, flotad a merced del viento e id a inflamar las almas en santos deseos.

MEFISTÓFELES, *a los diablos.*—¿Por qué así os estremecéis? ¿Tal es la costumbre del infierno? No abandonéis vuestro puesto y de-

jadles que avancen. ¿Si pensarán enervar con sus flores el ardor de los diablos? Calma, y veréis cuán pronto se marchitan y desaparecen a vuestro solo aliento; soplad con fuerza, fuelles de la ardiente fragua, y veréis cómo palidece hasta la misma celestial cohorte. Ya las rosas van flotando hacia nosotros, envueltas en la negra llama; cerrad en masa y envestidles. ¡Ah! Su valor cede y sus fuerzas se dispersan. He aquí los diablos siguiendo la pista a una llama desconocida.

LOS ÁNGELES.—¡Flores luminosas, mensajeras del ardor divino, inflamadlo todo en un amor santo y puro, y haced que inunde las almas la clara luz del éter!

MEFISTÓFELES.—¡Maldición, baldón eterno para semejantes brutos! He aquí a la infernal legión que cae de espaldas a las ardientes cimas; id y gozaos en el baño de fuego que tenéis bien merecido. De mí nunca se dirá que abandoné mi puesto.

(Revolcándose en medio de una lluvia de rosas.)

Atrás, fuego fatuo; por más que brilles con toda tu fuerza, te tengo en mi poder, liga viscosa y frívola. ¡Ah! Me aprieta la nuca; es todo esto una mezcla de pez y de azufre.

LOS ÁNGELES, *a coro.*—Hermanos, diríjase cada cual a su esfera; pero guardaos muy bien de hacer cosa alguna que turbe el alma cristiana, ni mucho menos causarla tedio; porque de otro modo nos obligaréis a todos nosotros, ángeles y apóstoles, a velar continuamente por ellos. Sólo el amor puede guíar al santo imperio de los cielos.

MEFISTÓFELES.—Mi cabeza es fuego y me hierve la sangre en las venas. Es éste un elemento hecho para domar los diablos, más penetrante que las mismas llamas del infierno. He aquí por qué gemís tan tristemente, amantes desairados, que buscáis aún con tanto afán la mirada del objeto amado. ¿Si me sucederá a mí también lo propio? ¿Quién es el que hacia allí puede atraer mis miradas? ¿Acaso no estoy en guerra con toda esa cohorte? Siempre me ha herido su vista odiosa y, sin embargo, ahora gozo al contemplar a esos tiernos niños; hay un poder que me impide maldecirles; caso empero de que lleguen a hechizarme, ¿quién será después el loco? ¡Les odio mortalmente y, no obstante, me dejo deslumbrar por su belleza! Decidme, hermosos niños, ¿sois vosotros también de la raza de Lucifer? ¡Reunís tantas gracias! De buen grado os daría un tierno abrazo, y hasta casi me inclino a creer que venís a este objeto; es tal la dicha de que gozo entre vosotros, que me parece haberos visto mil veces; tengo en amores el instinto del gato. Cuanto más os con-

templo, más os encuentro hermosos; acercaos. ¡Ah! Por piedad, dirigidme una mirada.

(Los ángeles se extienden por el espacio.)

LOS ÁNGELES.—¿Por qué así huyes ante nuestro cortejo? Ya que nos acercamos, no te apartes, a menos que una fuerza superior te obligue a ello.

MEFISTÓFELES, *retrocediendo hasta el proscenio.*—Nos tratáis de espíritus condenados cuando, por el contrario, sois vosotros los verdaderos mágicos, puesto que hechizáis al hombre y la mujer. ¡Maldita aventura, que me has dado a conocer el elemento del amor! Todo mi cuerpo está abrasado, sin que apenas sienta el ardor que consume mi nuca. Dejaos de revolotear de una a otra parte, inclinaos algo más hacía mí y que vuestros suaves miembros sean un poco más profanos. ¡Cuánto daría por una de vuestras sonrisas, que sería para mí un éxtasis eterno! Oigo ya el tierno acento del amante que gime en dichoso sueño y que muere en el balbuciente labio, ahogado por la dulce presión de otro labio. Tú, mozo arrogante y gallardo, eres el que más me cautivas, a pesar de tu exterior devoto; dígnate mirarme con tiernos ojos. Podíais ocultar mucho menos vuestras formas sin faltar al decoro, pues esa larga túnica en que estáis envueltos me parece ultramoral. Ahora se vuelven: vistos así, me parecen aún más seductores.

CORO DE ÁNGELES.—Vivo destello del puro amor, vuelve tus alas hacia la morada de la luz eterna. Aunque en la tierra te propongas seguir la recta senda, siempre encontrarás un corazón perverso, siempre un tentador que te exponga a perder el gran coro.

MEFISTÓFELES, *volviendo en sí.*—No sé lo que me pasa; como Job, estoy lleno de úlceras, y me causo horror a mí mismo; pero, como él, triunfo también de mis males. No quiero contar ya más que conmigo mismo y con mi raza. El interior del diablo está aún intacto, porque aquella loca chispa de amor sólo ha llegado hasta la piel; ya se ha extinguido en mí aquel ardor condenado y, como cumple a mi deber, os maldigo a todos.

CORO DE LOS ÁNGELES.—No hay ser que no divinice el éxtasis santo. Celestial falange, sube hacia Dios entonando cantos de alabanza y haz que envuelva tu ardiente prez un santo delirio, ya que sólo en cielo azul respira libremente el alma.

(Emprende su vuelo, llevándose la parte inmortal de Fausto.)

MEFISTÓFELES, *mirando en torno suyo.*—Pero, ¡cómo! ¿Adónde se han ido? Astutos niños, ¡me habéis engañado! Ved cómo vuelan

al cielo con su presa: he aquí lo que tanto le engolosinaba en derredor de esta fosa. Me ha sido arrebatado un gran tesoro, un tesoro único; el alma sublime que se me había entregado. ¿A quién quejarme ahora? ¿Quién me devolverá el bien perdido? Te han engañado en la vejez, pero debes confesar que lo tienes merecido; he obrado como un necio, y perdido vergonzosamente el fruto de mis afanes. ¿Es posible que un deseo vulgar, que un amor absurdo, haya podido coger de este modo al diablo albardado de pez, y que con tanta experiencia haya podido caer en semejante necedad un cofrade de mi especie? Puede en verdad decirse que es esto acabar por una insigne locura.

BARRANCOS, BOSQUES, PEÑASCOS Y SOLEDAD

Santos anacoretas dispersados por las cumbres de los montes y habitando en las grietas del granito

EL CORO Y EL ECO.—Flota a merced del viento el árbol que crece sobre el granito en cuyo seno oculta sus raíces, por más que sus copas suben arrogantes al cenit. La onda se agita buscando a la onda, la caverna se entreabre en toda su extensión, y silencioso vaga el león tranquilo y solitario, honrando el sagrado misterio, el misterio del amor que reina en estos sitios.

PATER EXTÁTICUS, *resonando de arriba a abajo*.—Ardor de la divina llama, lazos de amor y de fuego, dolor vehemente del alma que suspira por su Dios, apoderaos de mí, por más que en un instante me quedé anonadado. Agudas flechas y lanzas, traspasadme; encinas seculares, desplomaos sobre mí; terribles rayos, pulverizadme, a fin de que desaparezca en mí el elemento perecedero y funesto, y no quede de mi ser más que la centella ardiente y pura que deriva del amor eterno.

PATER PROFUNDUS.—Como pesa la rosa eterna sobre el profundo abismo, como la onda se confunde con la onda en la inundación terrible, como la robusta encina se lanza a las nubes por su fuerza orgánica, así el amor poderoso y simpático lo forma y lo sostiene todo. Oigo un rumor extraño, inmenso, como si los bosques y las moles de granito ondulasen en los cielos como otros tantos océanos, y, en medio del general estruendo, se adelantan las tumultuosas ondas con amor hacia el valle que están destinadas a fecundizar. La cascada que se precipita al través de las penas, y el trueno divino que surca el espacio, librándole de los densos vapores que nos ocultaban antes el día, ¿acaso no son también otros tantos mensajeros de amor? ¡Ellos son los que anuncian a todos esa fuerza profunda, que, incesante en su obra, envuelve al mundo, y que deseo inunde mi seno, en el que tris-

te, inquieto y helado mi espíritu, gime encerrado en el estrecho círculo de los sentidos, sujetado por las cadenas de la tierra! ¡Calma, Señor, mi alma, y haz que tu resplandor ilumine mi corazón!

PATER SERÁPHICUS.—El purpúreo vapor que envuelve a los abetos de la colina es a mi ver el joven coro de los Espíritus, el coro de los hijos bienaventurados de la luz, que deben entonar a su Creador un himno de eterna alabanza.

CORO DE LOS NIÑOS BIENAVENTURADOS.—¿Adónde vamos? ¡Padre, buen Padre, dinos quiénes somos, puesto que hemos llegado al colmo de la dicha, y que es para nosotros todos tan dulce el vivir!

PATER SERÁPHICUS.—Sois los hijos de la luz, nacidos a media noche, que os separasteis de vuestras madres para reuniros con los ángeles. Si sentís la proximidad de un ser lleno de amor, acercaos; nada temáis, dichos niños, muertos antes de la edad, sin recorrer ninguno de los ásperos senderos de la tierra. Descended a mí, pequeñuelos; disponed libremente de todos mis sentidos, para contemplar este paisaje.

(Benigno les acoge a todos.)

He aquí árboles y montes, he aquí altos picachos cubiertos de nieve, y el torrente impetuoso que muge, abreviando con sus saltos el áspero sendero.

LOS NIÑOS BIENAVENTURADOS, *desde el fondo de su cerebro.*—Es en su conjunto bello, pero la tristeza y el horror de este sitio nos dan miedo y nos hacen temblar de frío. ¡Padre, buen Padre, permítenos levantar otra vez nuestro vuelo hacia el espacio!

PATER SERÁPHICUS.—Salid a las más altas moradas, a los últimos círculos de la luz, cruzando el éter según vuestro deseo, sin parar hasta el azur a que os atraiga la emanación de Dios, que es el pan del alma. Flotad en el éter inflamado por la santa revelación, y os veréis de pronto sumidos en un éxtasis eterno.

CORO DE LOS NIÑOS BIENAVENTURADOS, *arremolinándose en torno de las más altas cumbres.*—Juntad las manos y formad un círculo para entonar eternamente cantos divinos, ya que conocéis al rey de los ángeles, y que van dirigidas a él vuestras alabanzas. Día vendrá en que podréis contemplarle arrobados.

LOS ÁNGELES, *que se llevan la parte inmortal de Fausto, flotando en una atmósfera superior.*—¡Salud y gloria al huésped del mundo de los Espíritus que acaba de resucitar! Bien merece premio el que ha sabido luchar constantemente, por más que alguna vez se

haya visto expuesto a sucumbir por faltarle el ánimo. Basta que implore el perdón de los cielos, para que la falange de los bienaventurados emprenda su vuelo hacia las ardientes nubes, y celebre con el gozo en el corazón y los ojos su feliz llegada.

LOS ÁNGELES NOVICIOS.—Las frescas rosas que esparcieron vuestras manos, blancos difuntos que canonizó el amor, contribuyeron a que nosotros los ángeles pudiésemos salvar al través de las llamas esta alma, tesoro de las almas, que llevamos al Santo de los Santos. Ellas fueron también las que lograron vencer los ejércitos de los ángeles rebeldes al cielo, y las que, en vez del fuego eterno y de los horrendos tormentos de los condenados, han hecho sentir los tormentos del amor hasta a los mismos demonios. A pesar de su supuesta indiferencia, ni aun Satán ha podido librarse de su influjo, como lo indica su última queja, que hace resonar aún los abismos. Ha sido nuestro triunfo completo.

LOS ÁNGELES CONSUMADOS.—Conservamos un resto de mortal corteza que apenas podemos llevar al través del azur. Cuando el poder omnímodo del Creador atrae hacia sí a los mundos y a los elementos, ningún ángel de los firmamentos puede triunfar ni disolver la doble naturaleza; porque sólo al amor puro y eterno es dado dispensarlo todo.

LOS ÁNGELES NOVICIOS.—Entre los vapores que envuelven las cumbres de granito, vemos y oímos una cohorte de espíritus que se agitan en su derredor. Pero ya se disuelve la niebla, y notamos bien distintamente la legión de bienaventurados que se dirige al éter, libres de los cilicios terrestres, y bañándose deliciosamente en el rocío y las delicias de los mundos superiores. Dejémoslos, hermanos nuestros, continuar su ascensión, y que atraviesen al menos las primeras esferas que les separan de su región.

(Confían la parte inmortal de Fausto a los niños bienaventurados, quienes se encargan de la iniciación.)

LOS NIÑOS BIENAVENTURADOS.—Con placer recibimos esta crisálida entregada a su gloriosa obra, ya que es una prueba inestimable que vuestro amor nos manda. Sacadla de entre los copos que la envuelven, puesto que ya la inundan los rayos de la celeste aurora.

Doctor Marianus[9], *en la celda más alta y más pura.*—Desde aquí se extiende la vista y flota el espíritu entre el mundo y el Eterno. Veo

[9] El Doctor Mariano nació en Escosia el año 1022 y entró en un convento alemán hacia el año 1051.

a unas mujeres atravesar las flamígeras nubes y dirigirse al cielo; hay una de ellas que deslumbra bajo su corona de astros en flor. Es la Abogada divina, es la excelsa Reina de todo lo creado.

(En el arrobamiento.)

Soberana Inmaculada del universo, permíteme leer tus divinos misterios bajo la estrellada cúpula y a la luz esplendente de los cielos. Atiende, Madre de Dios, benigna a mi súplica. Conságrame la ternura que conmueve todos los corazones, y que en alas de la oración y del éxtasis los atrae hacia ti. Bien sabes que somos invencibles mientras tú reinas en nuestro seno; a tu voz, poder inefable, se aplaca nuestra cólera, como las olas en su lecho de arena. Virgen pura y santa, en la expresión más bella. Madre adorada y soberana escogida entre las bienaventuradas, ¿quién como tú ha llegado en las esferas luminosas al nivel de mi Dios? Vense en torno suyo, cual rosados vapores, tiernos coros de rubios penitentes que, postrados a sus pies, imploran el perdón que no tardarán en pronunciar sus labios de ambrosía. ¡Reina de pureza, Virgen impecable y santa! ¡Deja acercar sin temor a esas tiernas pecadoras, víctimas de su debilidad excesiva, que a ti acuden con amor y con fe ardiente! La fuerza de su instinto no bastó a reprimir sus ardientes deseos, ni pudieron sus manos romper los lazos de la voluptuosidad. Casi no hay pie que no deslice en un terreno resbaladizo, ni corazón que no se inflame al tibio aliento del ser a quien ama.

CORO DE PENITENTES.—¡Virgen pura, rosa sin igual, lirio glorioso, atiende desde el Empíreo a nuestros ardientes votos!

MAGNA PECCATRIX (*Sancti Lucœ,* VII, 36).—Por el amor que, como un bálsamo santo, cubrió con sus puras lágrimas los pies divinos de Jesucristo, a pesar de las locas injurias de aquel maldito fariseo; por la urna abundante y profunda que exhaló los perfumes del ámbar; por la blanda cabellera que enjugó sus miembros sagrados.

MULIER SAMARITANA.—Por la cisterna, junto a la cual iba antes el viejo Abraham a apacentar sus rebaños; por la dichosa copa cuya agua mojó los labios de tu hijo; por el manantial vivo y fecundo que brotó de allí para regar el mundo con sus siempre puras y limpias aguas.

MARÍA ÆGYPTIAGA[10] *(Acta Sanctorum).*—Por la piedra sangrienta y fría en que se depositó el santo mártir; por el brazo que,

[10] No se encuentra esa María Egipciaca en la Sagrada Escritura; pero, sin duda, la habrá hallado Gœthe en el *Acta Sanetorum.* Llámasela aœn en Occidente

para castigar, me rechazó del santuario; por el arrepentimiento profundo y terrible, que duró cuarenta años sin desmentirse un día; por el adiós que di al mundo cuando le abandoné.

---

alguna vez María la Negra porsuorigen egipcio y por los largos años que pasó en el desierto. Muchos son los que la han confundido con la Madre de Jesucristo, y de ahí aquella tradición ridícula, según la cual se pretendía que la Virgen era negra o al menos cobriza, convirtiendo así en negra la más armoniosa, la más pura, la más ideal de las concepciones que nos vino del cielo entre los vapores de una nube etérea. He aquí cómo explica la leyenda un encuentro de María con Zozimo: «Vivía en un convento de Palestina un hombre llamado Zozimo, que una a una fe sublime una vida irreprochable y una austeridad sin igual. A los cincuenta y tres años, le ocurrió la idea de que debería haber alcanzado ya hasta el más alto grado, la ciencia y la actividad; pero oyó de repente una voz que le decía saliese de aquel país, que no era la perfección de este mundo, y que debíamos sostener el combate fatal, a que, a pesar nuestro, estábamos en él condenados. Así que se dirigió Zozimo a un convento situado a orillas del Jordán, donde hallí en todo su vigor el ayuno, la oración y todas las austeridades de la vida. Sólo una vez al año se abrían las puertas del claustro, y aun era por disponerse con nuevas maceraciones para la celebración de la Pascua; todos los monjes cantaban entonces a coro: "El Señor es mi estrella y mi salvación. ¿Que puedo temer?" Internado Zozimo en el desierto, como todos sus hermanos, pedía sin cesar al cielo la gracia de encontrar un alma que le hiciese llegar al más alto grado de la perfección cristiana. En el vigésimo día de su peregrinación, notó Zozimo de repente a su derecha una forma humana, y si bien se estremeció de espanto en un principio, resolvió, después de haber hecho la señal de la cruz, seguir al fantasma que se dirigía hacia Oriente. Entonces vio Zozimo que era una mujer la que se internaba en el desierto, con tanto más ardor cuanto mayor era el empeño con que el anciano procuraba seguirla. "¿Por qué así temes de un anciano que ningún mal puede hacerte? —exclamó Zozimo—. Detente y bendíceme en nombre del Dios que no rechaza a ningún pecador." "Abad Zozimo —contestó ella—, perdóname en nombre del Señor, pues no puedo presentarme ante ti, por ser mujer y estar desnuda; arrójame tu capa, para que pueda cubrir mi desnudez y acceder a tu suplica." Admirado Zozimo al oírse llamar por su nombre, le echó su capa. María entonces le dijo: "Que puede hacer por ti una mujer pecadora?" A estas palabras se postró el monje pidiéndole su bendición, y ella a su vez también se arrodilló pidiéndole la suya. Luego ella se volvió hacia Oriente y, tendiendo los brazos al cielo, empezo a orar sin mover los labios; al verla Zozimo en éxtasis y elevado sobre la tierra, se postró exclamando: "Señor, apiadaos de nosotros." Entonces, la forma volvió, diciéndole: "no soy ningún espíritu y sí tan sólo una mujer pecadora, bautizada en nombre del Señor.» Una vez repuesto el anciano, volvió a preguntarle quién era y por qué había ido a aquella soledad, y entonces ella le refirió su historia de esta manera:

"Nací en Egipto, y a los doce años me separé de mis padres para irme a Alejandría. No te diré cómo perdí mi inocencia, ni cómo de vicio en vicio llegué a la mayor abyección; porque aœn me avergüenzo de mis insaciables deseos. No vendí por oro mi inocencia; antes bien, vivía en la pobreza y alimentándome de hierbas y raíces, por cifrar toda mi dicha en la plenitud de la voluptuosidad. Vi cierto día en el puerto una multitud de egipcios y lesbios que se dirigían a Jesuralén para asistir a las fiestas de la Exaltación de la Santa Cruz, y desde luego concebí la idea de partir con ellos; pero como careciese de medios para emprender la travesía, expuse la situación a mis jóvenes compañeros de viaje y nos dirigimos juntos

LAS TRES *a coro.*—Tú, que nunca negaste a los pecadores la entrada a los cielos, y que aumentas los tesoros del arrepentimiento noble y generoso, ¡oh santa abogada nuestra, concede tu perdón infinito a esa alma humilde y tierna que por una vez olvidó sus deberes!

UNA PENITENTA, *antes llamada Margarita o Gretchen, humillándose.* Dígnate, ¡oh gloriosa Bienaventurada, mirarme propicia en este hermoso día, ya que, libre de todo amargo dolor, está de regreso aquel a quien amé en la tierra!

LOS NIÑOS BIENAVENTURADOS, *acercándose en leves torbellinos.*—Ya que a todos en virtud nos sobrepuja, sabrá como digno y fiel hermano recompensar nuestro celo. El que tanto aprendió, va a instruir a los que tan pronto fueron arrebatados a los coros del terrestre imperio.

LA PECADORA, *llamada antes Margarita.*—Cree la feliz novicia soñar en medio del celeste coro; apenas entra al paraíso, y ya se parece a los arcángeles, puesto que, como ellos, se lleva a la mansión del Éter. ¡Cuán pronto se desprende de su mortal corteza! ¡Cómo se presenta en su juventud primera, envuelta en su túnica de purpúrea luz! ¡Ah! ¡Permíteme, Madre celeste, que le instruya en el puro amor, ya que le deslumbraban los rayos del nuevo día!

MATER GLORIOSA.—Sigue subiendo hacia la esfera divina, para que ella también pueda continuar su vuelo.

---

al buque. No hubo escándalo que no cometiésemos durante el viaje y en los primeros días de nuestra llegada a Jerusalén. Llegado el día de la Exaltación de la Santa Cruz, me dirigí al templo y, !cosa rara!, a pesar de todos mis esfuerzos no pude penetrar en él, por impedírmelo una fuera divina. Vi entonces una imagen de la Virgen y, tendiéndole los brazos, exclamó llorando: 'Ya que sois la más pura de las vírgenes, apiadaos de una desgraciada y haced que, por mi salvación, pueda adorar la Cruz de vuestro divino Hijo.' Desde entonces quedé consolada y pude confundirme en el templo con los demás fieles». Algún tiempo después, la misma Virgen advirtió a María que se retirase al desierto, en el que hizo durante cuarenta y siete años una vida austera y penitente, penetrando por inspiración divina el sentido de las Santas Escrituras. Allí la encontró Zozimo: cierto día que el santo hombre estaba sentado en las orillas del jordán y pensaba visitarla, la vio de repente dirigirse hacia él llevada por las aguas. Tres años después fue Zozimo al desierto y la encontró muerta, leyendo al fin en la arena su nombre, que no había querido confiarle durante su vida. Como no le permitiesen sus escasas fuerzas sepultar al cadáver, y viese a su lado un león tendido en la arena, conjuró a la fiera por medio de la señal de la cruz a que escarbase la tierra, y luego sepultó a María. Terminada la fúnebre ceremonia, fue el león a ocultarse en el bosque y regresó el monje al lado de sus hermanos, a quienes se lo contó todo. El virtuoso Zozimo contaba ya cien años cuando se durmió en la paz del Señor.»

Doctor Marianus, *orando con la frente en el polvo*. Seguid las miradas de la que ha de salvaros, para que pueda vuestro corazón recibir y soportar los ardores de la beatitud, y lleguen vuestros sentidos a la perfección necesaria. Virgen, Madre, Señora y protectora nuestra, haz que nos sea tu esplendor propicio.

Chorus Misticus.—Lo Temporal y lo Perecedero no son más que un símbolo, que una mera fábula. Sólo lo Incomprensible, lo Inenarrable, lo Infinito, lo Femenino Eterno, nos levanta al cielo.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE

TERCERA PARTE DE FAUSTO[1]

PARALIPÓMENOS

EL GABINETE DE ESTUDIO DE FAUSTO

MEFISTÓFELES.—Con tal que brilles exteriormente, todo te irá a las mil maravillas; el joven que no tenga sus dosis de vanidad, vale más que se ahorque. He aquí, a mi ver, cómo debe uno presentarse a las gentes; lujosamente ataviado, si quiere arrastrar todos los corazones; si río, todos reirán conmigo. Seguid mi ejemplo, y en breve podréis convenceros de que es gran medio para probar fortuna; porque las mujeres casi siempre perdonan que se les falte al respeto, con tal que se empleen ciertas fórmulas. Fuera varitas encantadas y mandrágoras, ya que siempre ha sido el buen humor la mejor magia; y si en ello estamos de acuerdo, no sé quién pueda tomarlo a mal.

CONFERENCIA

La mitad del coro: la otra mitad. Masa de estudiantes expresando el estado de cosas. Prisa, tumulto, flujo y reflujo de espectadores

WAGNER, *opositor, hace una reverencia; voces aisladas. El rector al bedel; mandan los bedeles guardar silencio.*

Se adelanta el estudiante viajero; critica la asamblea. Voces de los estudiantes, parciales y a coro. El coro se burla del contrincante y le obliga a desistir.

FAUSTO, *toma la palabra y le ataca por su jactancia y le insta a que discuta.*

---

[1] Esta tercera parte, está compuesta de fragmentos suetos que tienen relación con alguna escena importante de esta gran obra. Estos Paralipómenos son la última adición de Goethe sobre el *Fausto.*

MEFISTÓFELES *lo hace, pero luego se engolfa en el panegírico de la vagancia y de la experiencia que de ella resulta.*

Coro parcial.

FAUSTO.—Triste es la descripción del vago.

Coro parcial.

MEFISTÓFELES.—Conocimientos que faltan a los sabios de la escuela.

FAUSTO.—Reta a su adversario a que haga objeciones sobre la experiencia, encargándose él de contestar a todas.

MEFISTÓFELES.—Los montes de hielo; el fuego de Bolonia; fatal Morgana; el animal, el hombre.

FAUSTO *contesta con viveza.* ¿Dónde está el espejo creador?

Mefistófeles hace una reverencia. La respuesta para otra ocasión.

(Fausto suspende la sesión y despide a sus oyentes.)

CORO.—Mayoría y minoría de espectadores.

WAGNER.—En su solicitud, ocúpale incensantemente una idea. Bien podrían los espíritus revelar lo que el hombre sólo cree decirse a sí mismo.

AUDITORIO

Conferencia

ESTUDIANTES, *desde el interior.*—Dejadnos salir, pues aún no hemos comido. El que habla se olvida de comer y beber, pero el que debe escuchar acaba por extenuarse.

ESTUDIANTES, *desde el exterior.*—Dejadnos entrar, pues ya hemos hecho trabajar las mandíbulas, la comunidad nos ha saciado y queremos digerir aquí; además, nos falta vino, y aquí está el espíritu.

EL ESTUDIANTE VIAJERO.—¡Siempre la misma zambra para salir y entrar! ¿Por qué así os apiñáis en el umbral? Despejad los de fuera para que salgan los de dentro, y luego vosotros ocuparéis la sala cuando esté vacía.

ESTUDIANTES.—Ése es de la especie vagabunda; grita como un energúmeno, pero en el fondo tiene razón.

MEFISTÓFELES.—Que el que está hablando acerca de la duda, levante la voz para que yo le oiga. Cuando se quiere dudar, no se enseña: cuando se quiere enseñar, debe concederse algo. De una vez por todas aprovéchate de este aforismo, el más cierto de todos: No hay secreto para ti en el todo, pero lo hay muy grande en la parte.

CALLE

MEFISTÓFELES.—No es en verdad muy fácil dirigir al joven dueño, pero, cual montero experto, debe uno conservar su caza. De mí sé decir que ya nada me conmueve; doy rienda suelta a su capricho, con tal que pueda yo hacer de las mías. Grito mucho y le dejo hacer; si realiza alguna extravagancia, logro con mi prudencia sacarle de apuros; pero mientras se repara el mal, da uno pábulo a nuevas locuras.

NOCHE DE WALPURGIS

Montes del Hartz

FAUSTO.—A medida que uno avanza hacia el Norte, encuentra más hollín y más hechiceras.

MEFISTÓFELES.—¡Venga una música, aunque no sea más que una gaita! Somos como muchos compadres, a quienes sobra el apetito y les falta el paladar. ¡Hola, querido artista de Hameln, mi antiguo amigo, excelente cazador de ratones! ¿Cómo estáis?

EL CAZADOR DE RATONES DE HAMELN.—Muy bien y siempre dispuesto a serviros; aquí tenéis un hombre que posee todo cuanto quiere, huésped de doce vírgenes filantrópicas, y...

MONTE DEL HARTZ. REGIÓN SUPERIOR

Después del intermedio; soledad, vacío. Rayos y truenos en la cumbre. Un volcán arrojando por su cráter una peña enorme, humo horrible. Hay en sus alrededores un pueblo inmenso; obstáculo; medio de abrirse paso al través de la multitud. Peligro, gritos, cantos. Están en el círculo más próximo. Apenas hay quien resista el calor que allí hace. Quién es el que está más próximo al círculo. Discursos de Satán. Presentación; investiduras. Medianoche. Desaparición de la fantasmagoría. Vulcano. Rumor y tumulto inauditos. La tempestad estalla.

EN EL PINÁCULO DEL BROCHEN

SATÁN *en su trono. Pueblo inmenso en derredor.*
FAUSTO *y* MEFISTÓFELES *en el círculo más próximo*

SATÁN, *desde lo alto de su trono.*—Pónganse los cabrones a mano derecha y a la izquierda las cabras, por más que no puedan éstas prescindir de aquéllos.

CORO.—Honrad al Señor con unción profunda, ya que tan dulcemente instruye al mundo todo; escuchad atentos su voz, si queréis iniciaros en todos los misterios de la Naturaleza y de la vida y ser eternamente dichosos.

SATÁN, *vuelto hacia la derecha.*—Dos cosas grandes, espléndidas, infinitas, os están por igual repartidas; doble y preciosa riqueza, es el oro sonoro y el oro que brilla... La una le procura y la otra le roba. ¡Dichoso el que puede poseer las dos!

UNA VOZ.—¿Qué es lo que dice nuestro augusto amo? Estoy lejos y no he podido comprender bien su magnífico discurso; como no han llegado hasta mí sus palabras, estoy en la misma ignorancia acerca de la vida y los misterios de la profunda Naturaleza.

SATÁN, *vuelto hacia la izquierda.*—Dos son las cosas que hay para vosotros grandes y espléndidas; dos cosas que no tienen precio: el oro que brilla y... sabed, pues, todos saciar de oro a vuestras mujeres...

CORO.—Postrados estamos y ocultando el rostro a los pies del ídolo sublime. ¡Dichoso el que puede estar cerca y oír sus palabras!

UNA VOZ.—Por mi mal, yo estoy lejos, y por más que preste oídos se me escapan sus maravillas. ¿Quién podrá repetirme lo que ha dicho, y aclarar mis dudas acerca de la vida eterna y los misterios de esa Naturaleza tan fecunda y variada?

MEFISTÓFELES, *a una joven.*—¿Por qué así lloras, mi dulce tesoro? De nada sirve aquí el llanto. ¿No ves que te empujan, te estrujan, te aplastan?

LA JOVEN.—¡Por piedad! Hablaba el amo tan maravillosamente acerca de oro y de... ¡Era aquello tan tierno y dulce...! Pero sólo los grandes pueden comprenderlo todo.

MEFISTÓFELES.—Hija mía, no llores de este modo. Si quieres saber lo que el diablo entiende por...

SATÁN, *vuelto de cara.*—Estáis aquí, hijas mías, en el centro del mundo. Salud a vosotras que, montadas en escobas, venís de tan lejos a formar el círculo. Merced a la hermosura de que de día estáis dotadas, podréis, hijas mías, llenar debidamente vuestra misión.

AUDIENCIAS PARTICULARES

EL MAESTRO DE CEREMONIAS...

X..., y si conforme lo he pedido, puedo reinar sin traba alguna, aunque demócrata de pura raza, en mi reconocimiento besaré tus garras, ¡odioso tirano!

EL MAESTRO DE CEREMONIAS.—¡Las garras! Por una vez puede hacerse, pero aún es preciso decidirse a más.

X.—¿Qué es, pues, lo que exige el ritual?

EL MAESTRO DE CEREMONIAS.—¿Os obligáis, amigo mío, a besar...?

X.—No creáis que vuestra proposición vaya a desconcertarme.

. . . .

¿Qué más puedo hacer?

SATÁN.—Vasallo, ya te he puesto a prueba; desde ahora te conferimos ilimitados derechos sobre un millón de almas; al que ha sabido de tal modo adular al diablo, no han de faltarle nunca palabras que halaguen.

OTRA PARTE DEL BROCHEN. REGIÓN INFERIOR

Fantasmagoría práctica

Multitud. Súbense a un árbol, planes del pueblo.
Suelo ardiente. Espectro desnudo con las manos detrás

Do quiera llegue a correr la sangre humana, auxilia su tibio aliento a la magia, por alcanzar sus cofrades por medio de aquélla una nueva vida que les impulsa a grandes empresas. Todo lo que huele a sangre atrae a nuestra raza y somos siempre partidarios del que la derrama; haced que el fuego y la sangre circuyan este sitio: porque donde hay fuego debe correr la sangre. Mira la joven con lánguidos ojos, mientras que el ebrio continúa con ardor su obra, lo que indi-

ca que no faltará sangre, porque nada hay que como el amor y el vino inflame tanto los ánimos; así que, no tardará en brillar el puñal y marchará lo demás por sí solo. Pronto llegarán por doquiera los males a su colmo y el torrente arrastrará al torrente devastándolo todo. ¡Fausto, aprende!

(Ruedan las cabezas por el suelo; corre la sangre hasta el punto de apagar el fuego. Noche espantosa: retumbos prolongados.)

FAUSTO, MEFISTÓFELES.—Dirijámonos al sur por librarnos del hollín de las hechiceras; en cambio no te faltarán allí escorpiones. ¡Dulce céfiro, no nos prives de tu grato aliento, ya que nunca nos abandonaste en las sendas de la juventud!

GRAN VÍA

Hay una cruz junto al camino; a mano derecha un antiguo palacio en la cumbre de una colina y se descubre a lo lejos una pobre cabaña

FAUSTO.—Muy listo vas, MEFISTÓFELES.—¿Qué hay de nuevo? ¿Por qué inclinas la vista ante la cruz?

MEFISTÓFELES.—Sé muy bien que es una preocupación, y en verdad te confieso que esto me aburre; pero nadie debe sondear mi conciencia, sobre todo cuando me avergüenzo de mi raza. Cuando dijeron diablo, pensaron haber dicho algo digno.

EN LA CORTE DEL EMPERADOR. TEATRO

El actor que hace de rey parece estar rendido

MEFISTÓFELES.—Bravo, viejo Fortimbras, viejo mochuelo: al verte tan poco dispuesto a desempeñar tu papel, te compadezco en gran manera. Vamos, ánimo; dos palabras no más, ya que no volveremos tan fácilmente a oír hablar a un rey.

EL CANCILLER.—Pues aquí tenemos la dicha de oír con frecuencia las sabias palabras de su majestad el emperador.

MEFISTÓFELES.—Es muy diferente: su excelencia, con sólo aparentar que protesta...; al paso que lo que decimos nosotros los hechiceros carece de importancia.

FAUSTO.—Silencio, pues empieza a volver en sí.

EL ACTOR.—Antiguo cisne, bendito seas por tu canto supremo y por todo lo bueno que dijiste, ya que el mal que debiste hacer no es gran cosa.

EL MARISCAL.—No habléis tan alto, porque el emperador duerme. Me parece que su majestad no debe estar muy bien.

MEFISTÓFELES.—A su majestad le toca disponer que cesemos, puesto que los espíritus nada más tienen que decir.

FAUSTO.—¿Por qué así mueves los ojos a una y otra parte?

MEFISTÓFELES.—Por ver dónde se habrán metido aquellos hombres monos que aún están charlando. Es como decía poco ha un...

EL OBISPO.—Son ideas paganas, ideas como las que he notado en Marco Aurelio. Son virtudes paganas.

MEFISTÓFELES.—Vicios fastuosos, de lo que deduzco que es justo que todos los presos sean condenados.

EL EMPERADOR.—Esto me parece bastante duro, obispo. ¿Sois vos de la misma opinión?

EL OBISPO.—Sin ánimo de eludir la sentencia de nuestra Iglesia infalible, me parece que...

MEFISTÓFELES.—¡Perdonar! ¡Virtudes paganas! Pues yo de buen grado las hubiera castigado; pero ya que es así, perdonemos. Tú, que quedas ya absuelto, vuelve a gozar de tus derechos.

(Desaparecen sin hedor.)

EL MARISCAL.—¿Sentís mal olor?

EL OBISPO.—Yo, no.

MEFISTÓFELES.—Señores, esta clase de espíritus no huele mal.

EN LA CORTE DEL EMPERADOR

MEFISTÓFELES.—Un médico de la corte debe servir para todo: empezamos por las estrellas y acabamos por los ojos de perdiz. Sólo existe, por nuestra desgracia, esa elegante raza cortesana; si por casualidad hay algún pobre diablo que llegue a tener razón, podéis estar seguro de que no lo sabrá el soberano.

NOCHE CLÁSICA DE WALPURGIS

FAUSTO.—Aguza los rayos de tus ojos, ya que tu vista es débil en estas llanuras, puesto que no se trata aquí de diablos y sí tan sólo de dioses.

MEFISTÓFELES.—El ojo reclama sus derechos. ¿Qué sentido tienen todos esos paganos desnudos? Después de tanto amar, no me disgusta el ver algo en toda su desnudez. Si la prudencia pudiese conciliarse con la juventud, si pueden existir repúblicas sin virtud alguna, ¡cuán pronto vería el mundo cumplidos sus altos destinos! Baldón para el que, como tú, se consume después de tanta fama; sólo un charlatán puede estar sujeto a semejantes necesidades. ¿Consiste el uso de tus facultades en hacerte altivo ante los hombres? Luego de extinguida la voz de la fama, yacen el héroe y el palurdo envueltos en el mismo olvido; cierra los ojos el primer monarca de la tierra, y va el último de los perros a parar también en su agujero. ¿No tuvo Semíramis la balanza de la paz y la guerra, y rigió los destinos de la mitad del mundo, siendo tan grande en sus últimos momentos como lo fue el primer día de su dominación? Pues, apenas sucumbió a los rudos golpes de la muerte, cubrieron su cadáver millares de insectos. La verdadera inteligencia consiste en saberse procurar una modesta corona, que es siempre la más duradera; al paso que de aquí a un siglo no habrá un hombre que admire tu gloria. Y cuando os exaltáis, cuando decís que me porto tan mal con vosotros ....
.... Es porque el que os dice hoy una verdad amarga, os la dice por miles de años. Ve a probar fortuna y no vuelvas hasta haberte arrastrado por el fango de la adulación y la bajeza. Como por lo regular el hombre sólo llega a comprender lo que le halaga, habla a los devotos de las recompensas de la virtud; habla a Ixión de las nubes; a los reyes, de la majestad de las personas, y a los pueblos de igualdad y libertad.

FAUSTO.—Tampoco esta vez me asustas con tu rostro feroz y tu rabia por destruirlo todo. Tiene la humanidad fino el oído; una palabra pura inspira grandes acciones; conoce el hombre muy bien lo que le falta, y acepta o sigue con placer los consejos serios. Así, pues, me separo de ti, y no tardaré en volver triunfante.

MEFISTÓFELES.—¡Sí, merced a tus bellas cualidades! Me complazco en ver a un loco atormentarse por otros locos. Ninguno hay que no se crea ser enteramente cuerdo; mucho más pronto notan la falta de dinero. Por lo regular es siempre insípida la cosa que más os preocupa y os gusta; nuestro pan cotidiano, por ejemplo, no es

lo que hay de más delicado, así como tampoco puede haber nada de más insípido y vulgar que la muerte.

FRENTE AL PALACIO

MEFISTÓFELES.—Siempre os quejáis más y más de la vida que tan pronto pasa y, sin embargo, al verse las cosas a la luz del gran día, se ve que su duración al fin os basta. Descansa en tu puesto, mientras consagran ellos su cama de respeto, y antes de que el alma se exhale y vaya en busca de otro cuerpo, yo anunciaré a las altas regiones que he ganado mi apuesta. Voy a gozar ahora en la gran fiesta que el Señor ha dispuesto a su modo. No, no se trata ya de diferir ni de quedarse. El Gran Vicario truena desde lo alto, y no puede ignorar que él y los suyos saben cazarme, como sé yo cazar a los ratones.

FIN

WERTHER

He reunido cuidadosamente cuanto he podido recoger acerca del cuitado Werther, y aquí os lo ofrezco, pues sé que me lo agradeceréis: no podréis negar vuestra admiración y vuestra simpatía a su espíritu y a su carácter, ni dejaréis de verter algunas lágrimas por su desgraciada suerte.

¡Y tú, alma sensible y compasiva, oprimida y afligida por iguales quebrantos, aprende a consolarte en sus padecimientos! Y si el destino o tus yerros no te permiten tener a tu lado un amigo, que este libro pueda suplir su falta.

LIBRO PRIMERO

4 de mayo de 1771.

¡Cuánto me alegro de haber marchado! ¿Qué es, amigo mío, el corazón del hombre? ¡Dejarte, amándote tanto, siendo tu inseparable, y encontrarme bien! Sé que me perdonas. ¿No estaban preparadas por el destino todas esas otras amistades para atormentar un corazón como el mío? ¡Pobre Leonor! Pero yo no fui culpable. ¿Podía pensar que mientras las graciosas travesuras de su hermana me divertían, se encendía en su pecho tan funesta pasión? Sin embargo, ¿soy enteramente inocente? ¿No alimenté y entretuve sus sentimientos? ¿No me complacía en sus naturalísimos arranques que nos movían a risa frecuentemente por poco dignos de reír que fueran? ¿No he sido...?

Mas, ¿qué es el hombre para quejarse de sí mismo? Quiero y te lo prometo, amigo mío, enmendarme; ya no volveré, como lo hice hasta ahora, a exprimir las heces de las amarguras del destino; voy a gozar de lo presente, y lo pasado como si no hubiera existido. En verdad, tienes mucha razón, querido amigo; los hombres sentirían menos sus quebrantos (Dios sabrá por qué los creó así) a no ocupar su imaginación tan continuamente y con tanto empeño en recordar los males que pasaron, más bien que en hacer soportable lo presente.

Te ruego digas a mi madre que no me olvido de sus encargos, y que dentro de poco te hablaré de ellos. he visto a mi tía, a esa mujer que goza de tan mala reputación en nuestra casa, y está muy lejos de merecerme mal concepto: es vivaracha y apasionada, tal vez, pero de excelente corazón. Le expliqué cuanto se relaciona con la retención de la parte de herencia de mi madre, y ella me expuso los motivos que tenía para obrar de este modo, dándome a conocer las condiciones por que estaba dispuesta a entregarme no solamente lo que se la pide, sino algo más. En fin, por hoy no me extenderé sobre este asunto; dile a mi madre que todo se arreglará. Estoy persuadido de que la negligencia y las discusiones causan en este mundo más per-

juicios y trastornos que la malicia y la maldad. Por lo menos, estos dos causas no abundan tanto.

Me encuentro aquí en mis glorias. La soledad, en este país encantador, es un bálsamo precioso para mi corazón, tan propenso a las emociones intensas; y la actual estación, en la que todo se renueva y rejuvenece, derrama sobre él un suave calor. Cada árbol, cada seto es un ramillete de flores; le vienen a uno ganas de volverse abejorro o mariposa para sumergirse en este mar de perfumes y absorber el aromático alimento.

La ciudad, por sí misma, es desagradable; pero en sus alrededores, al contrario, la Naturaleza hace gala y ostentación de bellezas indescriptibles. Esto fue lo que movió al difunto conde de M*** a plantar un jardín en uno de estos oteros que con espléndida variedad forman los valles más deliciosos. El jardín es muy sencillo, y en cuanto se entra en él, se advierte que no fue trazado por una mano de hábil jardinero, sino por un corazón sensible que quería deleitarse. Muchas lágrimas he derramado, al recordarle, en las ruinas de un pabellón que era su retiro favorito, y que también se ha hecho el mío. Pronto será el dueño del jardín; no estoy aquí sino hace algunos días, y el jardinero se muestra siempre muy servicial y afectuoso conmigo. No lo perderá.

10 de mayo.

Semejante a una de esas suaves mañanas de primavera que dilatan mi corazón, reina en mi alma una admirable serenidad. Estoy solo, y gozo y me regocijo de vivir en estos lugares, creados para almas como la mía. Me siento tan dichoso, amigo mío, estoy totalmente tan absorto en el sentimiento de una plácida existencia, que hasta mi talento se resiente de su influencia. Mi pincel o mi lápiz no podrían trazar hoy la menor línea, dibujar el menor rasgo, y, sin embargo, jamás me he sentido tan gran pintor como ahora. Cuando los vapores de mi querido valle suben hasta mí y me rodean, y el sol, encumbrado, lanza sus abrasadores rayos sobre las cimas del bosque oscuro e impenetrable, y tan sólo algún dardo de fuego puede penetrar en el santuario, tendido cerca de la cascada del arroyo, sobre el menudo y espeso césped, descubro otras mil hierbezuelas ignoradas y desconocidas; cuando mi corazón siente más cerca ese numeroso y diminuto mundo que vive y se desliza entre las plantas, ese hormigueo de seres, de gusanillos e insectos de especies tan variadas de formas y colores, siendo la presencia del Omnipotente que nos creó a su imagen, y el hálito del amor divino que nos sostiene, flotando en un océano de delicias eternas. ¡Oh, amigo mío! Cuando ante mis

ojos aparece lo infinito sintiendo el mundo reposar a mi alrededor, y tengo en mi corazón el cielo, como la imagen de una mujer amada entonces, dando un gran suspiro, exclamo: «Ah, si pudieras expresar, estampar con un soplo sobre el papel lo que vive en ti con vida tan fuerte y tan ardientes; si tu obra pudiese reflejar tu alma, como ésta es el espejo de un Dios infinito...!» Pero, ¡ay, querido amigo...! Me pierdo, me extravío y sucumbo bajo la imponente majestad de esta visión.

12 de mayo.

No sé si por estos lugares se pasean hechiceros espíritus, o si un delirio celestial llena mi corazón, porque todo cuanto me rodea paréceme un paraíso. A la entrada de la ciudad hay una fuente... una fuente a la que me hallo adherido, como por encanto, igual que Melusina y sus hermanas. A la falda de una pequeña colina, una bóveda se presenta a la vista; se bajan veinte escalones y se ve saltar el agua más pura y cristalina de los peñascos de mármol. La pequeña pared que forma su recinto, los majestuosos árboles, que entoldan con su sombra la frescura del sitio, todo esto tiene un no sé qué atrayente y desconsolados, al mismo tiempo; y no pasa día sin que deje de reposar allí una hora. Las mozas del pueblo vienen a buscar agua; ocupación inocente y pacífica, que no desdeñaban en otros tiempos las hijas de los reyes. Cuando estoy allí sentado rememoro una vida patriarcal; recuerdo que nuestros antepasados, a la vera de la fuente, trababan sus relaciones; que allí era adonde iba a hablarles de amor; que alrededor de las claras fuentes revoloteaban y jugueteaban sin cesar mil genios bienhechores.

¡Oh! Si hay alguien incapaz de sentir aquí lo que yo siento, es que no ha saboreado el placer de la suave frescura en una fuente, tras una larga jornada por un camino árido y desierto, bajo los ardientes rayos de un sol abrasador.

13 de mayo.

Preguntas si debes enviarme los libros. ¡En nombre del cielo, mi buen amigo, te ruego no permitas que se acerquen a mí! No quiero ya ser guiado, animado, inflamado; este corazón arde ya bastante por sí solo; lo que más necesito son cantos que me adormezcan, que me arrullen, y en mi Homero rebosan.

¡Cuántas veces me he visto precisado a calmar mi sangre, dispuesta a enardecerse e inflamarse! No es posible hayas visto nada tan

desigual, tan inquieto como este corazón; pero, ¿tengo necesidad de decírtelo, a ti, amigo mío, que has sufrido tantas veces al verme pasar, frecuentemente, de una negra preocupación a una loca extravagancia; de una dulce melancolía al furor de una pasión? Así gobierno a mi pobre corazón como trataría a un niño: le dejo pasar todos sus caprichos. No vayas a repetirlo, amigo mío, que hay quienes de esto harían un crimen.

15 de mayo.

Las buenas gentes de la localidad me van conociendo y me quieren, particularmente los niños. Al principio, cuando me acercaba a ellos y les hacía cariñosamente algunas preguntas, imaginaban que quería burlarme, y me contestaban de una manera brusca, casi brutalmente. No me enojaba por eso, mas no dejé de sentir vivamente la verdad de una observación que antes había hecho: que ciertas personas de elevación social se apartaban de sus inferiores, como si el acercarse a ellos o dejar que se les acercasen, debiese hacerles perder su dignidad; y algunos casquivanos o majaderos se divierten y complacen en fingir familiaridad con la plebe para hacerla sentir luego su desprecio de una manera inequívoca.

Conozco que no todos somos iguales, ni podemos serlo; pero sostengo que quien se crea obligado a alejarse de lo que se llama el pueblo para mantenerlo en respeto, no vale más que el cobarde que se oculta frente al enemigo, por temor y miedo de ser vencido. Al venir uno de estos días a la fuente, encontré allí a una jovencita que, luego de haber llenado su cántaro, lo había puesto al pie de la escalera y miraba a derecha e izquierda para ver si encontraba alguna compañera que le ayudara a ponérselo a la cabeza. Bajélas escaleras, y, mirándola, le dije:

—¿Quiere que la ayude, preciosa?

Púsose más encarnada que la grana, y sólo supo decir;

—¡Oh, señor...!

—¡Vamos, vamos prescindamos de cumplidos! —repliqué.

La chica arregló su rodete sobre la cabeza, yo le puse el cántaro y, dándome mil gracias, subió las escaleras de la fuente.

17 de mayo.

Muchos son mis conocidos, pero ninguno mi compañero. No sé qué atractivo pueda haber en mi trato con los hombres; muchos me muestran afecto, y hasta se complacen con mi amistad, pero veo

siempre con pena que nuestros caminos son distintos, y no tardo en separarme de ellos. Si me preguntas cómo son las gentes de este país, responderé que iguales a todas. ¡El género humano es una cosa tan monótona...! Casi todos trabajan la mayor parte del tiempo para vivir, y el poco tiempo libre que les queda, les pesa de tal modo, que buscan con ahínco el medio de emplearlo en hacer algo. ¡Oh, destino del hombre!

Sin embargo, estas gentes son de buena índole. A veces, me olvido de mí mismo y acudo a gozar con ellos los raros placeres que a los mortales les son concedidos. Ya me siente a una mesa bien provista, en la que reinan la cordialidad y la alegría; ya demos un paseo en coche, o improvisemos algún baile, cuando se presenta la ocasión propicia, sin preparativos de ninguna especie, esto produce en mí los mejores efectos; sólo que, entonces, es preciso que olvide y no me acuerde de que hay en mí una multitud de facultades latentes, que me veo obligado a ocultar con el mayor cuidado. ¡Ah, esto oprime horriblemente mi corazón! ¡Y sin embargo...! ¡No ser comprendido es nuestro destino!

¡Ah! ¿Por qué no existe ya la amiga de mis años juveniles, o por qué llegué yo a conocerla? Debiera decirme: «Estás loco; buscas lo que no encontrarás en parte alguna.» Pero es lo cierto que he tenido esta amiga, que ha sentido latir ese corazón; que he conocido esa alma grande en cuya presencia me parecía ser más de lo que era, porque era todo lo que podía ser. ¡Santo Dios! ¿Había entonces una sola facultad de mi alma que estuviese ociosa? ¿No podía desentrañar con ella esa maravillosa sensibilidad con que mi corazón abraza toda la Naturaleza? ¿No era nuestro trato un cambio continuo de las más delicadas sensaciones, de los rasgos más sutiles, del espíritu más refinado, cuyas modificaciones todas, hasta en la impertinencia, llevaban impreso el sello del genio? Y ahora... ¡Ah...! ¡Era de más edad que yo, y se me anticipó al sepulcro! Jamás la olvidaré; jamás olvidaré su juicio recto y firme, y menos todavía su divina indulgencia.

Hace algunos días encontré al joven V***. Su fisonomía es franca y simpática. Precisamente acaba de salir de la Universidad, y si no se cree un sabio, está persuadido, sin embargo, de que sobresale en saber a los demás. Le he sondeado sobre diferentes materias, y responde bien; en una palabra, no carece de instrucción. Cuando supo que dibujaba mucho y que conocía el griego (fenómeno en este país), no me dejaba un momento; me dio a conocer toda su erudición, desde Batteux a Wood, desde Piles a Winkelmann. Me aseguró que había leído toda la primera parte de la teoría de Sulzer y que tenía un manuscrito de Heyne sobre el estudio del arte antiguo. Le felicité por ello y pasé adelante.

Otro buen hombre que conozco es el mayordomo del Príncipe, sujeto franco y honrado. Se dice que es una gloria verle en medio de sus hijos, que son nueve. Parece que su hija mayor llama más particularmente la atención. Me ha dicho que vaya a verle, y pienso ir uno de estos días. Habita en un pabellón o cazadero del Príncipe, a legua y media de aquí. Después de la muerte de su mujer obtuvo permiso para irse a vivir allí, porque el bullicio y la vida de la ciudad, y sobre todo la vista de su casa, no hacían más que aumentar su dolor. En cambio, en mis excursiones he encontrado algunas caricaturas, entes verdaderamente empalagosos, cuyo trato me es insoportable, y sus agasajos más que nada. Adiós. He aquí una carta exclusivamente escrita para ti; toda ella no es más que historia.

22 de mayo.

La vida humana se reduce a un sueño, esto es lo que muchos han pensado, y semejante idea no deja de perseguirme. Cuando me paro a considerar los límites estrechos en que están circunscritas las facultades activas e intelectuales del hombre; cuando veo agotarse todos sus esfuerzos en satisfacer algunas necesidades que no tienen más objeto que el de prolongar nuestra desgraciada existencia; que toda nuestra confianza o tranquilidad sobre ciertos puntos de la ciencia, no es más que una resignación fundada sobre quimeras y ensueños, y producida por esta ilusión que cubre las paredes de nuestra prisión con pinturas variadas y perspectivas luminosas; todo esto me vuelve mudo, amigo Guillermo. Me reconcentro y encuentro en mi ser todo un mundo; pero un mundo fantástico, creado por presentimientos, por deseos sombríos, y en el que no se halla ninguna acción viva. Toda nada, todo flota ante mí, cubierto con una espesa nube, y yo me entro en ese caos de ensueños sonriendo.

Ayos, pedagogos, maestros, todos están acordes en que los niños no saben lo que quieren; pero que también nosotros, niños grandes, vamos traspiés por este mundo sin saber de dónde venimos ni a dónde vamos; lo mismo que los niños pequeños, obramos sin objeto; lo mismo que niños nos dejamos conducir por golosinas de diferentes especies, o por la férula y el castigo; esto es lo que nadie quiere creer, ni convenir en ello, y a mi parecer es, sin embargo, una cosa que salta a la vista.

En fin, concedo de buen grado (porque ya sé lo que vas a responderme) que los venturosos sean aquellos que, como los niños, viven al día, llevan su muñeca de un punto a otro, la visten, la desnudan, pasan y repasan con gran respeto por delante del cajón

donde mamá guarda las golosinas, y que cuando saborean alguna lo hacen con ansia y gritan pidiendo más. Pues bien, sí, ¡he ahí criaturas bien afortunadas! ¡Venturosos también aquellos que bautizan con un nombre pomposo o un título imponente sus fútiles ocupaciones, y aun sus mismas pasiones, para presentarlas al género humano como obras gigantescas, emprendidas para procurarle mayor prosperidad o para salvarlo! Por mi parte, repito: buen provecho les haga, así a ellos como a los que quieran o puedan pensar como ellos. Pero el que, en su humildad, reconoce lo inane de todas esas vanidades; el que ve al hombre acomodado arreglar su jardincito como una paraíso, y al mismo tiempo ve pasar a un desgraciado jornalero encorvado bajo el peso de una carga que lo abruma, sin desanimarse por eso, y que ambos, en fin, muestran igual interés en poder contemplar siquiera un minuto más la luz del sol; ése, digo, está tranquilo, crea su universo en sí mismo, y se da por dichoso sólo con ser hombre. Por limitado que sea su poder, abriga siempre en su corazón el sentimiento de la libertad, y sabe que puede dejar esta prisión cuando le plazca.

26 de mayo.

Tú conoces, hace mucho tiempo, mi modo de arreglarme; sabes cómo me gusta preparar una cabañita en un sitio retirado donde pueda vivir con la mayor simplicidad. ¡Pues bien! Sabrás que he encontrado aquí un rinconcito seductor. Como a una legua de la ciudad, se tiende una campiña* llamada Wahleheim. Situado el pueblo en la cima de una colina, su vista es muy pintoresca. Al subir el camino que conduce a él, se otea todo el valle con una sola mirada. Una buena y servicial mujer, muy ágil todavía para su edad, tiene allí una tabernilla o despacho de bebidas, y se sirve café, vino y cerveza. Lo que llama más mi atención son dos tilos soberbios de frondosas ramas, que sombrean la plazuela de la iglesia, cuyo recinto lo cierran casas, pajares y corrales. Difícilmente encontraría en otra parte un sitio más apropiado a mis gustos: me hago traer una mesita y una silla; allí tomo mi café y leo mi Homero. La primera vez que la casualidad me condujo bajo estos

* Se refiere al valle del Lahn, donde está situada Wetzlar. Goethe estuvo en esta ciudad en 1772, con objeto de perfeccionar sus estudios jurídicos. Tenía entonces veintitrés años. La mayor parte de la obra es autobiográfica y los personajes han existido. Los nombres verdaderos de lugares que se encontraban en el original han sido cambiados. *(N. del T.)*

tilos, era una tarde magnífica; encontré el sitio solitario porque todo el vecindario estaba en el campo, y no vi más que a un niño, como de cuatro años, que, sentado en el suelo, sostenía en sus piernecitas a otro niño de algunos meses, sentado lo mismo que él, al que estrechaba con sus bracitos contra su pecho, que le servía de apoyo. A pesar de la vivacidad que brillaba en sus ojillos negros, estaba muy quietecito. Esta vista me encantó; me senté sobre un arado enfrente de ellos, tomé mis lápices y me puse a dibujar este cuadro fraternal con indecible placer; adicioné un seto, la puerta de una granja, una rueda rota de carro, y algunos otros aperos de labranza mezclados entre sí confusamente. Al cabo de una hora encontré que había hecho un dibujo bien entendido, un cuadro verdaderamente interesante, sin haber pensado en ello ni haber puesto nada de mi parte. Esto me confirmó en mi propósito de no atenerme en lo sucesivo más que a la Naturaleza misma, porque ella sola es la que posee riquezas inagotables y la que forma los verdaderos y grandes artistas. Mucho puede decirse en favor de las reglas y preceptos del arte, y poco más o menos lo mismo que puede decirse en alabanza de las leyes sociales. Un hombre que se conforma y se atiene estrictamente a ellas, no produce nunca nada que sea absurdo o positivamente malo, lo mismo que el que se conduce con arreglo a las leyes y a lo que exigen las conveniencia sociales, no será nunca un mal vecino, ni un insigne malvado; pero, en cambio, no producirá nada notable, porque dígase lo que se quiera, toda regla, todo precepto, será una especie de traba que sofocará el verdadero sentimiento de la Naturaleza, hará estéril el verdadero genio y le quitará su verdadera expresión. Me dirás que esto es demasiado fuerte. Pues bien, yo te diré, yo te diré que lo que hace la regla es podar las ramas chuponas, impedir el que crezcan y se extiendan. Escucha, mi buen amigo, una comparación; sucede con esto como con el amor: un joven con el corazón virgen y sensible se apasiona por una joven amable y bonita; pasa todas las horas a su lado; prodiga su fortuna; hace uso de todas sus facultades para probarle a cada momento que es enteramente suyo sin la menor reserva, y he aquí que se interpone un importuno revestido con el carácter de un ministerio público y con su traje oficial, y le dice: «Caballerito, amar es de hombres; amad, pues, pero amad como un hombre; arreglad vuestras horas del día; consagrad las unas al estudio, al trabajo, y las otras a vuestro ídolo; haced un cálculo exacto de vuestras rentas, de cuánto será lo superfluo que os quede después de haber provisto a todo lo necesario. No os prohíbo le hagáis algunos pequeños regalos, pero raras veces y en épocas fijas, como por ejemplo el día de su santo...» Si nuestro joven se conforma con seguir los preceptos del entrometido, llega-

rá a ser personaje muy útil, y yo sería el primero en aconsejar a todo príncipe que lo emplease en uno de sus ministerios; pero, tocante a su amor, bien pronto habría huido, ¡y no digo menos de su talento si era artista! ¡Oh, amigos míos! ¿Por qué se desborda tan rara vez sus olas impetuosas vuestras almas deslumbradas? Esto es, queridos amigos, porque en las dos orillas habitan gentes graves y reflexivas, cuyas quintas y casas de recreo, sus cuadros de tulipanes y sus huertos, se veían inundados, arruinados, destruidos; y estos producen personajes tienen un gran cuidado de construir diques y presas, de hacer sangrías al torrente, para evitar el peligro que los amenaza de continuo.

27 de mayo.

Como acabas de ver, me he dejado dominar por el entusiasmo, por la declamación, por las comparaciones, y he olvidado completamente el concluir lo que había empezado a decir de los niños. Absorto enteramente en estas meditaciones sentimentales sobre la pintura, de la que en mi carta de ayer no he dado sino algunas partes, sin orden ni ilación, te diré que permanecí más de dos horas sentado sobre el arado. A la caída de la tarde llegó una mujer joven con una cesta al brazo; se dirige con pasos precipitados hacia los dos niños, que no se habían movido del sitio en donde estaban, y grita desde lejos:

—Felipe, eres buen muchacho.

Al pasar me hace un saludo, al que correspondo. Me levanto, me acerco a ella y le pregunto si es la madre de los niños: me responde que sí, y da al mayor la mitad de un bollo; toma al otro chiquillo en sus brazos, y le acaricia y besa como sólo una madre sabe hacerlo.

—Confié a Felipe —me dice— esta criatura, y he ido a la ciudad con el mayor a comprar pan blanco, azúcar y una tartera de barro.

Vi, en efecto, todas esas cosas en la cesta, cuya tapadera había caído al suelo.

—Quiero hacer esta noche una papilla para mi Juanito, el pequeñín; mi hijo mayor, que es muy travieso, rompió ayer la tartera peleándose con Felipe por rebañar lo que había quedado pegado en ella.

Le dije que tendría gusto de ver al mayor, y apenas acababa de responderme que se había quedado atrás y andaba corriendo por el valle reuniendo los gansos, cuando el chicuelo se presentó pegando brincos y trayendo en la mano una ramita de avellano que entregó a su hermano. Yo continué hablando con la mujer, y supe que era hija

del maestro de escuela, y que su marido estaba en Suiza adonde había ido a recoger la herencia de un primo.

—Han querido engañarle —me dijo—, y no contestaba a sus cartas; de modo que ha ido allá a ver por sí mismo lo que pasa. ¡Con tal que no le haya sucedido alguna desgracia! Porque ya hace tiempo que no recibo carta suya.

Tuve pena en separarme de esta mujer, les di unos céntimos a cada uno de los niños y algunos más a la madre para que comprara un bollo al más pequeño cuando fuera a la ciudad, y nos separamos.

Te lo repito, mi buen amigo, cuando siento agitarse mi espíritu con violencia, la vista de una criatura es suficiente para calmar su efervescencia: recorre el círculo estrecho de su pacífica existencia en un feliz abandono; vive sin ocuparse más que en allegar lo necesario para vivir en el día; ve caer las hojas de los árboles y no deduce de ello más consecuencia sino que el invierno se acerca.

Desde ese día voy a menudo a casa de esta buena mujer; los niños se han acostumbrado a verme, y nunca tomo el café sin que deje de darles su terroncito de azúcar, y por la noche parto con ellos mis tostadas y mi leche cuajada. El domingo cuentan con mis monedas, y si yo no estoy allí a la hora del oficio divino, la tabernera tiene orden de dárselas.

Son muy confiados, me cuentan mil historietas, y nada me regocija más que el observar sus pequeñas pasiones y la simplicidad de sus celos y envidias, cuando se reúnen a mi alrededor algunos otros niños del pueblo.

Me ha costado trabajo el tranquilizar a la madre, que temía mucho «incomodasen al señor», según ella decía.

30 de mayo.

Lo que te decía últimamente sobre la pintura, puede aplicarse también a la poesía. Solamente se trata de reconocer, primero, lo que es verdaderamente bello, y, en seguida, de atreverse a expresarlo francamente. Esto, a la verdad, es decir mucho en pocas palabras. Yo he sido hoy testigo de una escena que, bien descrita, daría materia para componer el idilio más hermoso del mundo; pero, ¿qué hacen aquí poesía, escena e idilio? ¿Es preciso trabajar siempre y continuamente, según las reglas del arte, sin salirse de ellas, ni romper sus trabas para tomar parte en un efecto de la Naturaleza?

Si tras esta introducción esperas algo grandioso y sublime, te equivocas de medio a medio; el que ha producido en mí una emoción tan viva, es puramente un simple mozo de aldea. Según mi costumbre, yo referiré esto torpemente, y según la tuya, tú me encon-

trarás exagerado. Es todavía Wahlheim, y siempre Wahlheim que produce estas maravillas.

Bajo los tilos se habían congregado muchas personas para tomar café: y, como la concurrencia no era enteramente de mi gusto, me aparté valiéndome de un pretexto.

Salió un joven aldeano de una casa inmediata y se puso a componer el arado que yo había dibujado por aquellos días; acerquéme a él, y en seguida le hice algunas preguntas acerca de su situación; nos dimos a conocer, y, como suele sucederme con los de su clase, pronto llegamos a las confidencias. Me contó que servía en cada de una viuda que se portaba con él muy bien. Me habló tanto de ella, me hizo su elogio de tal modo, que en seguida descubrí estaba fuertemente apasionado.

—Ya no es joven —me dijo—; su primer marido le dio muy mala vida, y no quiere volver a casarse.

Cuanto me decía revelaba el atractivo y belleza que conserva para él, y con qué ardor deseaba se dignase elegirle, para reparar con su cariño los atropellos recibidos de su primer marido. Sería preciso repetirte palabras su conversación, para dar idea de la inclinación pura, del amor y de la felicidad de este hombre. Sí, sería preciso tener el talento de los mayores poetas para representarte a lo vivo, lo expresivo de sus ademanes, lo armonioso de su voz, el fuego concentrado y la ternura que se descubrían en sus ojos. No, no hay palabras capaces de hacer comprender el tierno y delicado cariño que embargaba todo su ser y que daban a conocer cada una de sus expresiones; y si yo tratara de hacerlo, no produciría nada que no fuese torpe y frío.

Me llamó particularmente la atención, y me conmovió en extremo, su temor de que interpretase mal las relaciones con su ama, y que llegase a sospechar o dudar de su buena conducta. Sentí un delicioso encanto en oírle hablar de su persona, de su gracia que, a pesar de haber perdido ya los hechizos de la primera juventud, le atraía y le apasionaba de tal modo. Este placer, sin embargo, no lo siento sino en lo profundo del corazón. Nunca ha visto deseos más ardientes, más apasionados y vehementes, acompañados al mismo tiempo de tanta pureza; y hasta podría decirte que ni siquiera había imaginado, ni aun en sueños, que pudiese existir pureza semejante. No vayas a reñirme si te confieso que, al acordarme de esta simple inocencia, se exalta mi alma; que me persigue por todas partes la imagen de esta ternura tan verdadera, tan delicada y vehemente, y que, como si estuviera poseído de los mismos fuegos, me abraso, languidezco y me siento morir devorado por ellos.

Trataré de ver lo más pronto posible a esa mujer. Pero no; si estoy en mi juicio, he de evitarlo. La veo por los ojos de su amante,

y esto vale más, porque quizá no se presentará a los míos tal como a él se le aparece. ¿Y a qué fin desfigurar su imagen?

16 de junio.

¿Por qué no te escribo? ¡Y puedes preguntarlo, tú, uno de los mayores sabios de la tierra! Debías adivinar que me encuentro bien, muy bien: en una palabra, que he hecho un conocimiento que toca a mi corazón de muy cerca. Tengo... tengo...: No sé qué. El contarte por orden y con detalles cómo he llegado a conocer a una de las criaturas más amables del Universo, sería tarea costosísima. Estoy contento, y soy dichoso; por consiguiente, soy mal historiógrafo.

¡Un ángel! ¡Ay! Todos dicen otro tanto del dueño de su alma. ¿No es verdad? ¡Y, sin embargo, cómo decirte lo perfecta que es, porque es perfecta. Basta; ella absorbe todos mis sentidos, los domina. ¡Tanta ingenuidad unida a tanto ingenio! ¡tanta bondad unida a tanta fuerza de carácter! ¡Y la tranquilidad del alma en medio de la vida más activa!

Todo lo que digo aquí de ella, no es más que una charla incoherente, lastimosas abstracciones que no dan a conocer ni un ángulo de su persona. Otro día... Otro día no; en seguida, te lo voy a referir. Si no lo hago ahora, no lo haré nunca; porque, sea dicho entre nosotros, desde que he empezado a escribir, he estado a punto tres veces de tirar la pluma, hacer ensillar mi caballo e irme a recorrer el país, aunque me hubiese propuesto esta mañana no salir. Me asomo a la ventana a cada instante para ver si el sol está todavía muy alto.

No he podido resistir. Ha sido preciso que fuera a su casa, y ya estoy de vuelta, mi querido Guillermo. Cenaré mi manteca mientras te escribo. ¡Qué delicias para mi alma al contemplarla rodeada de sus ochos alegres y traviesos hermanitos!

Si continuara escribiéndote de este modo, quedarías tan enterado al principio como al fin. Atiende, pues, que voy a violentarme para entrar en detalles.

Ya te escribí últimamente cómo había hecho conocimiento con el mayordomo S***, y cómo me había invitado a ir a verle en su retiro, o más bien en su pequeño reino. Hice poco caso de esta invitación, y quizá no me habría vuelto a acordar de él, si la casualidad no me pone al descubierto el tesoro oculto en su retiro.

Los mozos del pueblo daban un baile campestre, y asistí a él. Ofrecí la mano a una agraciada señorita del contorno, amable pero insulsa. Se convino en que yo conduciría a mi pareja y a su prima, en coche, al lugar de la fiesta, y que en el mismo recogeríamos a Carlota S***.

—Va usted a conocer a una mujer muy hermosa —dijo mi pareja al llegar a la soberbia calle, o, más bien, paseo bordeado de árboles frondosos que conduce a la quinta—. Cuidado con enamorarse.

—¿Y por qué? —le pregunté.

—Porque está comprometida con un hombre honrado —me contestó—, ausente en este momento para arreglar sus negocios por la muerte de su padre, y, al mismo tiempo, para pretender un empleo ventajoso.

Estas noticias, francamente, te diré que las oí con la mayor indiferencia.

El sol iba a ocultarse detrás de las montañas cuando llegamos a la puerta de entrada al patio. El aire era pesado y sofocante, y se veían arremolinarse en el horizonte ingentes y numerosos nubarrones de un color oscuro. Las jóvenes manifestaban sus temores de una próxima tormenta; y aun cuando yo mismo estaba persuadido de ello y preveía que la fiesta iba a aguarse, traté de tranquilizarlas, valiéndome para ello de mis pretendidos conocimientos meteorológicos.

Me apeé del coche, y al mismo tiempo se presentó una criada y nos rogó que esperásemos un momento a la señorita Carlota, que iba a bajar en seguida. Atravesé el patio, subí la escalinata que conducía a la entrada de la linda casa, y cuando atravesé el vestíbulo, presencié el espectáculo más encantador que jamás hayan visto mis ojos. Seis niños, de edad de dos a once años, estaban agrupados alrededor de una joven de estatura mediana, pero bien formada, cuyo traje era un simple vestido blanco guarnecido con lazos de color de rosa en las mangas y la pechera. Tenía un pan casero en la mano, y a cada uno de estos niños les daba un pedacito en proporción a su edad y apetito. Los niños tenían sus manitas levantadas, y luego que recibieron la merienda, los más vivos de genio se fueron con ella muy alegres, y los más calmosos se dirigieron prudentemente a la puerta para ver a los forasteros y el coche donde debía montar su querida Carlota.

—Pido a usted mil perdones —me dijo— por haberle proporcionado la molestia de llegar hasta aquí, y por hacer esperar a esas señoras; pero ocupada primero en vestirme, y luego en disponer lo que ha de hacerse en la casa durante mi ausencia, me olvidé de dar de merendar a mis pequeños, y no hay quien les haga tomar el pan si yo no se lo parto.

Respondí con un trivial cumplido, porque mi alma entera estaba pendiente de sus labios, absorta de oír el timbre de su voz y de contemplar la gallardía de su persona. Corrió a su cuarto en busca de los guantes y del abanico, y entre tanto pude reponerme de mi turbación. Los niños no se atrevían a acercarse a mi lado y me mira-

ban de soslayo; me adelanté hacía el más pequeño, que era una criatura monísima. El chiquillo echó a correr, pero en aquel momento entró Carlota y le dijo:

—Luis, ven a dar la mano a tu primo. El muchacho, perdida la timidez, obedeció el mandato, y yo no pude menos de besarle con efusión, a pesar de que tenía la cara embadurnada con el dulce de la merienda.

—¡Primo! —repetí yo, tendiendo mi mano a Carlota—. ¿Me considera verdaderamente digno de la dicha de ser pariente suyo?

—¡Oh! —contestó ella con maliciosa sonrisa—. ¡Tenemos tantos primos! Lo que sentiría es que fuese usted el peor de todos.

Al marchar recomendó a Sofía, la mayor de sus hermanitas, niña de unos once años escasos, que tuviera mucho cuidado de los pequeños, y que no se olvidara de dar las buenas noches a su papá, cuando éste volviera a casa; a los niños les dijo:

—Vosotros obedeceréis a vuestra hermana Sofía como a mí misma.

Algunos prometieron expresamente hacerlo así, pero una rubita muy despejada que tendría todo lo más seis años, le dijo con cierto aire de importancia:

—Sofía no es lo mismo que tú; a ti todos te queremos más.

Los dos chicos mayores se habían encaramado al coche, y a mis ruegos, Carlota les permitió que fuesen con nosotros hasta el bosque, con tal que prometiesen no hacer ninguna travesura y estarse quietos.

A poco de instalarnos en el coche y luego que las señora se saludaron y cambiaron algunas observaciones relativas a los trajes, y sobre todo a los sombreros, con su poquito de murmuración, inevitable en estos casos, dirigida contra las personas a quienes íbamos a ver, Carlota hizo parar el carruaje y mandó a los niños que se apease; éstos obedecieron en seguida, rogando a Carlota que les diese a besar su mano, y el mayor lo hizo con la tierna efusión de los quince años y el menor con mucha viveza. Carlota les encargó que hiciesen mil caricias de su parte a los otros hermanitos, y continuamos nuestro viaje.

La primera le preguntó si había acabado de leer el libro que ella le había enviado.

—No —dijo Carlota—, no me gusta, y podéis llevároslo; el anterior no valía mucho más.

Yo quise saber qué libros eran ésos, y quedé admirado al enterarme que se trataba de las obras de X. Encontraba tan buen juicio en sus apreciaciones, tan buen sentido en todo cuanto ella decía; descubría tantos encantos nuevos en todas sus palabras, y veía brillar tantos rayos de su inteligencia en su rostro, que lo iluminaban,

que poco a poco se llegaba a distinguir en su semblante la alegría que sentía de que yo la comprendiese.

—Cuando yo era más joven —dijo—, nada me gustaba tanto como leer novelas. Dios sabe qué placer me causaba pasar todo un domingo en un rincón solitario, tomando parte en la dicha o en los infortunios de una miss Jenny. No niego que este género de lectura no tenga todavía para mí algunos atractivos; pero como en el día son muy cortos los momentos libres que me quedan para coger un libro, es preciso, a lo menos, que sea de mi gusto. El autor que prefiero es aquel que me pone en contacto con los de mi clase y sabe animar todo lo que me rodea; aquel cuyas historias son tan caras a mi corazón como a mi vida interior, que, sin ser un paraíso, es para mí un manantial de indecible felicidad.

Hice esfuerzos para ocultar la emoción que me causaban sus palabras; pero no fue por mucho tiempo, porque al oírla hablar del *Vicario de Wakefield* y de X, con una precisión y una verdad conmovedoras, no pude contenerme y me puse a disertar con entusiasmo, como transportado y fuera de mí.

Solamente cuando Carlota dirigió la palabra a sus dos compañeras, me di cuenta de que ellas estaban allí, con los ojos desmesuradamente abiertos, pero como si no estuviesen. La prima me miró con aire malicioso y socarrón, pero hice como que no la veía.

En seguida se habló sobre el placer del baile.

—¿Será un defecto esa pasión? —dijo Carlota—. Confesaré francamente que no conozco nada superior al baile. Cuando alguna pena me contraría, y quiero disiparla, me siento al clave, me pongo a tocar una contradanza y en seguida todo se me pasa.

¡Con qué avidez miraba yo sus hermosos ojos negros! ¡Con qué ardor contemplaba sus labios sonrosados, sus frescas mejillas tan animadas, sintiéndome como encantado mientras estaba hablando! Sumido como en un éxtasis de admiración por lo sublime y exquisito que ella decía, me sucedía a menudo no oír las palabras que ella pronunciaba, ni fijar mi atención en los términos con que se expresaba. ¡Ah! Tú que me conoces, comprenderás lo que pasaba en mí. En una palabra, bajé del carruaje como un sonámbulo y continúe andando como un hombre extraviado, fluctuando en un mar de ensueños, y cuando llegamos a la puerta de la casa en donde era la reunión, no sabía dónde estaba. Tan absorta tenía mi imaginación, que ni sentí el ruido de la música que se hacía oír en la sala de baile, brillantemente iluminada. Los dos caballeros, Audrán y un tal N. N. (¿cómo es posible retener en la memoria todos esos hombres?), que eran las parejas de baile de la prima y de Carlota, nos recibieron al apearnos del coche y se apoderaron de sus damas, y yo conduje a la mía a la sala de baile.

Se empezó a bailar un minué, en el que nos entrelazábamos los unos con los otros; yo saqué a bailar a una señorita, luego a otra, y me impacientaba ver que eran precisamente las más feas las que no podían resolverse a darme la mano para concluir. Carlota y su caballero empezaron a bailar una contradanza. ¡Cuán grande fue mi placer, como debes figurarte, cuando le tocó venir a hacer figura delante de mí! ¡Verla bailar es admirarla! Su corazón, su alma entera, todo su cuerpo guardan armonía perfecta; son tan libres, tan sueltos sus movimientos, que parece que en esos instantes ni ve, ni siente, ni piensa en otra cosa en el mundo; y se diría que, momentáneamente, todo se desvanece y desaparece ante sus ojos.

Yo la comprometí para la segunda contradanza, pero ella me prometió la tercera, diciéndome con el mayor desembarazo que le gustaba mucho bailar las alemandas.

—Aquí se acostumbra, y es moda —me dijo—, que para las alemandas, cada uno conserve su pareja; pero mi caballero valsa mal, y me dispensará, con mucho gusto, si yo le dejo y le dispenso de ello. Su pareja está poco al corriente de ese baile, y tampoco se cuida de aprenderlo. En cambio, he notado en la contradanza que usted valsaba muy bien; propongo a mi caballero que le ceda su turno de vals, y yo haré la misma petición a su pareja.

Yo le di la mano en señal de que aceptaba el convenio, y en seguida quedó arreglado que su caballero entretendría durante el baile a mi pareja.

Se empezó el baile; en un principio nos entretuvimos en hacer varias figuras con los brazos. ¡Qué gracia, qué soltura en todos sus movimientos! Cuando se llegó al vals y empezamos a dar vueltas los unos alrededor de los otros, aunque al principio nos explayamos con desahogo, como había pocos bailarines que estuviesen al corriente, hubo extraordinaria confusión. Nosotros tuvimos la prudencia de dejarlos desenredarse poco a poco, y los más torpes abandonaron la partida; entonces nos adueñamos nosotros del salón, y empezamos a bailar con nuevo ardor. Audrán y su pareja fueron los únicos que continuaron valsando con nosotros. Jamás me había yo sentido tan ágil, ya no era un hombre. ¡Tener entre sus brazos a la más amable de las criaturas...! ¡Volar con ella como torbellino que presagia una tempestad...! ¡Ver pasar todo, eclipsarse todo ante mis ojos y alrededor de mí...! ¡Sentir...! ¡Oh, amigo mío! Si debo ser franco, te diré que entonces hice el juramento de no permitir nunca que una joven que yo amase, y sobre la que tuviese algún derecho, valsase con ningún otro hombre que conmigo, aunque, para impedirlo, corriese yo el riesgo de perecer mil veces. Creo que tú me comprendes.

Para tomar aliento y descansar un poco, dimos algunas vueltas por la sala, paseándonos, y ella se sentó en seguida. Yo le ofrecí dos naranjas que había podido reservar, porque ya no había ninguna en el aparador, y fueron perfectamente recibidas en medio de aquel calor; yo estaba enajenado, pero una indiscreta vecina que se hallaba al lado de Carlota, me daba un puñalada en el corazón cada vez que aceptaba un gajo de naranja que ésta le ofrecía.

En la tercera contradanza inglesa formábamos la segunda pareja. Al recorrer toda la columna, Dios sabe con qué delirio seguía yo todos sus pasos, cómo me embriagaba mirando sus ojos negros, en los que se veía brillar el placer en toda su pureza. Nos tocó hacer figura delante de una mujer, que sin estar en su primera juventud, me había llamado la atención por su agradable fisonomía; esta mujer miró a Carlota, sonriéndose, y, amenazándola con un dedo pronunció dos veces, al pasar, el hombre de Alberto con un tono significativo.

—¿Quién es ese Alberto —le dije yo a Carlota—, si no es indiscreto preguntarlo?

Iba a responderme, pero nos tuvimos que separar para formar la gran cadena de ocho, y me pareció ver ensombrecida su frente cuando volví a pasar por delante de ella.

—¿Por qué se lo iba a ocultar? —me dijo al darme la mano para el paseo—. Alberto es un hombre honrado con quien estoy comprometida.

Esta no era una noticia nueva para mí, porque sus amigas me lo habían dicho durante el camino: mas ahora, después que habían bastado algunos momentos para hacérmela tan cara y apreciable, estas palabras me trastornaron como si hubiera recibido un golpe inesperado. Esta noticia falta me perturbó completamente, y su recuerdo me puso como atontado, y en términos que ni sabía lo que hacía, ni dónde estaba, y este olvido de mí mismo fue tan grande que no supe ni pude hacer a tiempo la figura correspondiente, y de tal modo introduje la confusión en el baile, que fue preciso que Carlota, con toda su presencia de espíritu, me tomase por la mano, como a un niño, y me sacase de aquella confusión, para poder restablecer el orden.

Los relámpagos, que veíamos brillar en el horizonte y que yo calificaba de simples exhalaciones de calor, empezaron a ser cada vez más frecuentes, y el estampido del trueno llegó a cubrir los acordes de la orquesta. Tres señoritas dejaron inmediatamente de bailar, y sus parejas las siguieron. Se generalizó la desbandada y enmudeció la música. Cuando una desgracia nos sorprende en medio del placer, parece natural que experimentemos una impresión más viva que cuando se produce en otras circunstancias, bien

porque el contraste se deje de sentir con mayor viveza, o bien porque nuestra impresionabilidad sea entonces mayor. A una de estas causas debo atribuir las singulares actitudes que observé en algunas señoras. Una de ellas se metió en un rincón, de espaldas a la ventana, y se tapó los oídos. Otra se arrodilló delante de la primera y ocultó la cabeza entre las piernas de su vecina. Una tercera se acercó a éstas y las estrechó entre sus brazos derramando un copioso raudal de lágrimas. Algunas querían volver a casa; otras, todavía más fuera de sí, ni aun conservaban entereza para rechazar las travesuras de nuestros perillanes, muy solícitos y presurosos en coger de labios de las bellas atemorizadas, los fervientes ruegos que dirigían al cielo.

Parte de los hombres habían salido de la sala de baile y bajado al patio para fumar tranquilamente sus pipas. El resto de la concurrencia siguió a la dueña de la casa, que tuvo la excelencia idea de hacernos pasar a otra sala cerrada con contraventanas y cortinas. Apenas nos hallábamos reunidos allí, Carlota formó un círculo con las sillas, rogó a todos sentarse y propuso un juego de prendas. Al oír esta proposición, vi a muchos de nuestros lechuguinos fruncir alegremente sus labios con esperenza, sin duda, de obtener un beso para desempeñar la prenda.

Luego que todos estuvieron sentados:

—Vamos a jugar —dijo— al juego de la *Cuenta.* Escuchen y presten atención. Yo daré vueltas por el círculo de la derecha a izquierda y ustedes contarán entre tanto; cada uno tiene que decir el número que sigue inmediatamente al que cite su vecino, y todas estas cifras es preciso que se sucedan como un fuego graneado: el que se detenga o se equivoque recibirá un cachete; y así hay que contar hasta mil.

¡Oh, qué bella estaba en aquellos momentos...! Empezó a dar vueltas alrededor del círculo con los brazos tendidos, contando el primero, uno; dos, el segundo; tres, el siguiente, y así los demás sucesivamente. Poco a poco, la joven fue acelerando el paso. Uno se equivocó, y ¡paf!, recibió un cachete; el que le seguía se echó a reír y perdió la cuenta, y a todo esto Carlota andaba cada vez más deprisa. A mí me correspondieron dos bofetadas, y creí notar con profunda satisfacción que fueron más fuertes que las propinadas a mis vecinos. La risa y la algazara general pusieron fin al juego, antes de que llegáramos al número mil. Algunas parejas formaron rancho aparte; había pasado ya la tormenta y yo acompañé a Carlota a la sala donde antes habíamos bailado.

Mientras llegábamos, me dijo en el camino:

—Los sopapos les han hecho olvidar la tormenta y todo lo demás.

No acerté a responderle.

—Yo era una de las más medrosas, pero echándomelas de valiente para animar a las otras, he logrado realmente no tener miedo.

En seguida nos asomamos a la ventana. Aun se oía a lo lejos el rugido del trueno; la lluvia refrescante caía con blando murmullo, y los más aromáticos perfumes subían hasta nosotros; un aire puro y fresco nos traía los balsámicos perfumes que se desprendían de todas las plantas. Apoyada sobre el codo, con ademán pensativo, sus miradas recorrían toda la campiña; fijó su vista en el cielo, luego en mí, y observé en ese momento inundados sus ojos de lágrimas; puso su mano en la mía y exclamó:

—¡Klopstock!

Recordé la magnífica oda a que se refería (aquélla en la que el poeta celebra la hermosura de la Naturaleza después de una tempestad), y el nombre de Klopstock produjo en mí multitud de impetuosas sensaciones, a las que me abandoné con toda mi alma. No pude resistir a los impulsos de mi corazón; me sentía hondamente conmovido; lloraba de alegría, e inclinándome ante Carlota, besé sus manos y luego alcé los ojos una vez más en busca de los suyos.

¡Klopstock, noble poeta...! ¡Genio sublime! ¿Por qué no has podido ver tu apoteosis en estas miradas? Ojalá no oyese a nadie profanar ya tu augusto nombre!

¿Adónde llegaba con mi relación? Te aseguro que yo mismo lo ignoro; todo lo que sé, y de lo que me acuerdo, es que, cuando me acosté eran las dos de la mañana. ¡Ah! Si hubiese estado a tu lado, en lugar de escribir, te habría hablado, probablemente hasta el amanecer.

No te he contado todavía lo que me pasó cuando volvimos del baile, y hoy no tengo tiempo suficiente para hacerte una relación detallada. El sol salía con toda su majestad e iluminaba el bosque. Se veían brillar en las extremidades de las ramas y en las hojas de los árboles las gotas de la lluvia o del rocío, y el verdor de los campos era más fresco y vivo. Nuestras dos compañeras dormían, y ella me preguntó si no haría yo otro tanto.

—Si tiene sueño —me dijo—, no gaste cumplidos.

—¿Dormir, dormir yo mientras vea esos ojos abiertos? —le respondí clavando fijamente mi mirada en la suya. Me sería imposible cerrar los míos.

Y, en efecto, ambos permanecimos despiertos hasta llegar a su puerta. Una criada vino a abrirla sin ruido, y habiéndola interrogado, le respondió que su padre y los niños dormían todos profundamente. Yo me separé de ella después de haberle pedido permiso para volver a verla aquel mismo día; ella me lo otorgó, y estoy de vuelta.

Desde entonces, el sol, la luna, las estrellas pueden salir y ponerse cuando y como quieran, yo no sé ya cuándo es de día, ni de noche; cuándo hace sol o hace luna; para mí ha desaparecido el Universo entero.

21 de junio.

Mis días son tan felices como los que Dios reserva y hace gozar a sus escogidos; sucédame lo que quiera, en adelante no podré decir que no he conocido el gozo y la alegría; el gozo y la alegría más puros de esta vida. Tú conoces mi Wahlheim; en él me he instalado definitivamente.Desde aquí no tengo que andar más que media legua para ir a casa de Carlota, en la cual me gozo en mí mismo; disfruto de toda la dicha que le es permitido gozar al hombre. ¿Cómo hubiera podido imaginar, cuando escogí Wahlheim para mis paseos, que se hallaba tan cerca del paraíso? ¡Cuántas veces, al andar errante y sin objeto por sus inmediaciones, bien fuese por la cumbre de la montaña o por la llanura del valle, o más bien, mas allá del río, he dirigido mi vista a ese pabellón que encierra hoy día el objeto de todos mis deseos!

Mil veces he reflexionado, querido Guillermo, sobre ese deseo natural que tiene el hombre de extenderse, de hacer nuevos descubrimientos, de abrazar y dominar todo lo que le rodea; y después, por otra parte, sobre ese segundo pensamiento interior que le asalta, de encerrarse voluntariamente en ciertos límites, de no salir del surco trazado por la costumbre, sin ocuparse para nada en lo que sucede, y pasa a derecha e izquierda.

¡Qué singular es esto! Cuando yo vine aquí, y recorriendo por primera vez estas colinas descubrí tan risueño valle, me sentí inmediatamente atraído hacia estos sitios, como por un efecto mágico. ¡Allá, a lo lejos, el bosque...! «Ah —pensaba yo de mí—, si pudieras pasearte por sus sombras...» Más alto, la cima de los montes... «¡Ah! —exclamaba—, si pusieras pasear tus miradas desde allí por este extenso y encantador paisaje... sobre esta cadena de colinas... sobre esos pacíficos vallecitos... ¡Oh, qué placer de extraviarme... de perderme en ellos...!» Yo iba, venía, lo recorría todo sin haber encontrado lo que buscaba. Hay cosas lejanas que vemos como un confuso porvenir, y nuestra alma llega a entrever, como a través de un velo, un extenso universo; todos nuestros sentidos aspiran a encontrarse en él, y a él se dirigen; y en esos momentos quisiéramos despojarnos de todo nuestro ser, para poder penetrar en él y gozar por completo de la sensación deliciosa y única, y entonces corremos... volamos... Pero, ¡ah!, cuan-

do hemos llegado al término de nuestra carrera, nos hallamos entonces en el mismo punto de partida; nos encontramos con nuestra pobreza en estrechos límites, y agobiada nuestra alma por el peso de ese fantasma que la oprime, suspira desconsolada y ansía gustar el bálsamo refrigerante que ha desaparecido delante de ella.

Así suspira el hombre errante, en medio de su vida accidentada e inquieta, por su patria. En su cabaña, en los brazos de su mujer, rodeado de sus hijos, y en los deberes que le imponen y en las preocupaciones que le causan los cuidados que exige su conservación, encuentra el verdadero placer, la satisfacción real que buscaba vana e inútilmente en todos los rincones de este vasto mundo.

Muy a menudo, al despuntar el alba, salgo corriendo y me dirijo a mi querido Wahlheim; me voy a buscar yo mismo mis guisantes al huerto de mi huéspeda, y me entretengo en mondarlos mientras leo a Homero; en seguida me voy a la cocina a elegir una vasija, a cortar mi mantequilla y poner los guisantes a la lumbre; me siento al pie del hogar, y los meneo de tiempo en tiempo. En esos momentos me represento a los fieros amantes de Penélope, degollando, despedazando y haciendo asar los bueyes y los cerdos. No hay nada en el mundo que me cause mayor placer que el considerar estos rasgos característicos de la vida, patriarcal, con los que, gracias al cielo, yo puedo, sin afectación, entrelazar el tejido de mi vida.

¡Cuán dichoso me encuentro de poder sentir la inocente y sencilla alegría del moral que ve sobre su mesa figurar la berza que él mismo ha plantado! No disfruta sólo del placer de saborearla, sino del recuerdo de la hermosa mañana en que la plantó, de las apacibles tardes en que la regó y del gusto que le causaba verla crecer y redondearse cada día. Todos estos goces, todas estas fruiciones las saborea él en aquel solo momento.

29 de junio.

Anteayer vino el médico de la ciudad a visitar al mayordomo y me encontró sentado en el suelo, en medio de los niños de Carlota. Los unos saltaban a mi alrededor o se subían sobre mis rodillas; los otros me hacían gestos; yo les hacía cosquillas, y la algazara era grande y muy bulliciosa la alegría. El doctor es un arlequín pedantesco que, mientras está hablando, cuida más de estirarse los puños de la camisa, de arreglarse las chorreras, que de lo que está diciendo. Al verme de este modo jugando con los niños, le pareció que yo me rebajaba en mi dignidad de hombre sensato y de buen juicio; pero, a pesar de que yo me di cuenta de ello, por sus maneras, no cambié de

posición por eso y continué divirtiéndome con los niños. Le dejé decir cuantas cosas razonables y justas le vinieron a la mente, y me ocupé en volver a levantar el castillo de naipes que los niños habían derribado.

En cuanto volvió a la ciudad, lo primero que hizo fue chismorrear a las personas que encontraba y querían oírle: «Los niños del magistrado estaban ya muy mal educados, pero ese Werther los acaba de echar a perder completamente.» Sí, querido Guillermo, los niños son lo que conmueve más mi corazón en la tierra. Cuando me detengo a observarlos y veo en estos pequeños seres el germen de todas las facultades que necesitarán ejercitar algún día; cuando descubro en sus caprichos o terquedades la futura constancia y firmeza de carácter, o en sus travesuras y en su malicia misma el humor fácil y alegre que hace olvidar rápidamente las penas y los contratiempos de la vida, y todo esto de una manera tan franca y tan completa, no dejo de repetirme siempre estas palabras divinas del Maestro. Mientras no lleguéis a ser como éstos...» Pues bien, amigo mío, estos niños, estas amables criaturas que deberíamos mirar como modelos, los tratamos como a esclavos. ¿Por qué no han de tener ellos también una voluntad propia? ¿No tenemos nosotros la nuestra? ¿En qué estriba o está fundada esta prerrogativa? ¿Es porque nosotros tenemos más edad y somos más serios? ¡Dios de misericordia! Desde la inmensidad de tu gloria, ves a los niños grandes y a los pequeños, y nada más, y hace largo tiempo que has declarado por boca de tu Hijo, quiénes son aquellos con quienes más te complaces. Los hombres creen en Él, pero no le escuchan, y nunca han obrado de otro modo. Forman a sus hijos semejantes a ellos y... Adiós, Guillermo; prefiero callarme a seguir desvariando.

1 de julio.

¿Quién puede saber mejor lo que debe ser Carlota para un enfermo sino mi propio corazón, más dolorido que el desgraciado paciente postrado en su lecho? Algunos días va a visitar a una señora respetable de la ciudad que, según dictamen de los facultativos, le quedan pocos días de vida, y desea tener a Carlota al lado suyo en sus últimos momentos. La acompañé la semana pasada a hacer una visita al pastor de San***, a una legua de aquí, en la montaña; llegamos hacia las cuatro de la tarde, acompañados por la segunda hermanita de Carlota. Al entrar en el patio de la rectoría, sombreado por dos grandes nogales, vimos al buen anciano sentado en un poyo a la puerta de su casa. En cuanto vio a Carlota, se sintió como reanimado con vigor juvenil, y olvidando recoger su báculo nudoso, se arriesgó a levantarse para salirle al encuentro.

Carlota corrió hacia él y le obligó a volver a su sitio, sentándose a su lado; le presentó los afectuosos recuerdos de su padre, y acarició y besó a un chicuelo que era el niño mimado del anciano a pesar de lo feo que era y de lo sucio que estaba. Preciso fuera que hubieses visto las atenciones delicadas que tenía con el anciano pastor; cómo elevaba la voz para que llegase a los oídos débiles y medio cerrados, cómo le hablaba de las personas jóvenes y robustas que habían muerto de repente, de la excelencia de las aguas de Carlsbad y de su acertada determinación de tomarlas el verano próximo, diciéndole a la par que le encontraba muy mejorado respecto de la última vez que le visitó. Entre tanto, yo saludé e hice mis cumplidos a la señora consorte. El buen anciano se mostraba sumamente alegre, y yo no pude menos de manifestar la admiración que me causaban la hermosura y frondosidad de los dos nogales a cuya sombra estábamos. En seguida, aunque de una manera algo pesada, empezó a contarnos la historia de estos árboles:

—El más viejo —nos dijo—, se ignora quién lo plantó: tal pastor, dicen éstos; tal otro, dicen aquéllos; en cuanto al más joven (es precisamente de la misma edad que mi mujer, que cumplirá cincuenta años en el mes de octubre), su padre lo plantó en la madrugada del día en que nació por la tarde. Su padre fue mi antecesor, y no puede encarecerse bien hasta qué extremo quería él este árbol, aunque, seguramente, no mucho más que yo. La primera vez que vine aquí, siendo entonces un pobre estudiante, mi mujer estaba sentada en un madero, haciendo media, al pie de este árbol, en este mismo patio. Hará de esto como... como... unos treinta y siete años... Sí... treinta y siete años...

Carlota le dijo que tendría gusto en ver a su hija Federica, pero ésta había bajado a la pradera con Schmidt para ver a los trabajadores, y el buen hombre continuó su historia. Nos dijo que su predecesor le había tomado afecto, así como también su hija; cómo llegó a ser su vicario, y por último su sucesor. Apenas acababa de concluir la historia, cuando entró la joven en el patio en compañía de Schmidt, e hizo a Carlota una acogida amistosa. Debo confesar que no me desagradó: es una joven trigueña, vivaracha, bien formada, y cuyo trato creo haría pasar algunas horas muy agradables en el campo, en su compañía. Su pretendiente, porque desde luego juzgué que lo era Schmidt, es un hombre bien educado, pero frío, y no despegó sus labios ni tomó parte en la conversación, por más que hizo Carlota para excitarle. Lo que más me desagradó fue el observar en su fisonomía que obraba así más bien por capricho y mal humor, que no por falta de ingenio o de instrucción. Esta suposición llegó a certidumbre con lo ocurrido después

en el paseo, porque hallándose Federica separada, por casualidad, de Carlota unos cuantos pasos, y a mi lado, vi amohinarse el semblante de nuestro enamorado, y su rostro, bastante encapotado ya sin esto, tomó un aspecto sombrío de mal género. Felizmente, Carlota, que lo había notado, me tiró de la manga, haciéndome comprender por señas que yo me mostraba demasiado obsequioso con Federica. Nada me desconsuela más que ver a los hombres atormentarse mutuamente; y, sobre todo, me irrito cuando veo a jóvenes en flor de su edad, cuyo corazón debería estar más abierto y ser más accesible a todos los goces, sembrar en él la perturbación y la desconfianza, y acibarar de ese modo los cortos instantes de dicha que les son permitidos tener, muy escasos, por cierto; momentos que una vez pasados no vuelven jamás, y que no dejan en pos sino pesares infructuosos. Yo me sentí picado, casi ofendido. Al ver caer la tarde volvimos al patio a tomar leche, y recayó la conversación sobre las penas y los placeres de este mundo: aprovechando, pues, la ocasión, tomé la palabra y me puse a declamar vivamente contra el mal humor.

—Nos quejamos muchas veces —dije— de lo raros que son los días felices, y lo muy numerosos y frecuentes los días malos; y según mi parecer, nos quejamos sin razón. Si tuviésemos dispuesto en todo tiempo el corazón para gozar del bien que Dios nos envía, tendríamos también la fuerza de soportar el mal cuando sobreviene.

—Pero nuestro humor no está en nuestro poder, no somos dueños de él —exclamó la mujer del pastor—; muy a menudo depende de nuestro estado físico, la menor indisposición nos hace mirarlo todo con colores sombríos.

Yo convine en ello.

—Considerémoslo, pues, como una enfermedad —proseguí—, y averigüemos si tiene o no remedio.

—Admitido —dijo Carlota—; pero yo creo que depende en gran parte de nosotros, y esto lo sé por mí misma. Cuando me molesta o me causa pena alguna cosa, no tengo más que dar unas cuantas vueltas por el jardín, tarareando alguna contradanza, y en seguida me pasa el mal humor.

—Esto es lo que yo quería decir —añadí—. Sucede con el mal humor lo mismo que con la pereza, a la que nuestra naturaleza es demasiado inclinada; y sin embargo, si tenemos bastante fuerza para sacudirla y alejarla, el trabajo sale sin esfuerzo de nuestras manos y sentimos un verdadero placer en nuestra actividad.

Federica escuchaba con la mayor atención, y el joven me opuso la objeción de que algunas veces uno no era dueño de sí mismo, o que por lo menos no podía dominar sus sentimientos.

—Aquí se trata —insistí— de un sentimiento desagradable del que todo se podría deshacerse gustoso, y nadie sabe hasta dónde pueden llegar sus fuerzas mientras no las haya ensayado. Seguramente, el que se siente enfermo, consultará a los facultativos, y no se negará a observar el régimen que le prescriban, por rígido que sea, ni a tomar las pociones que le receten por amargas que se las den, a fin de recobrar la salud, que es tan preciosa.

Advertí que el buen anciano aplicaba el oído para tomar parte en nuestra conversación, y elevando la voz y dirigiéndole la palabra, agregué:

—Se predica contra muchos vicios, pero nunca oí decir que se predicase desde el púlpito contra el mal humor.

—Eso corresponde a los predicadores de la ciudad —respondió el anciano pastor—, porque los aldeanos no conocen ni al mal humor ni el capricho. No haría, sin embargo, ningún daño el tocar de cuando en cuando algo sobre ese punto; sería una lección para la esposa del pastor, por lo menos, y para el señor magistrado.

Todos nos echamos a reír, y él con nosotros, de muy buen humor, hasta que le sobrevino la tos, que interrumpió momentáneamente la conversación.

El joven tomó en seguida la palabra:

—Ustedes califican el mal humor de vicio y eso me parece exagerado.

—¿Exagerado? Todo lo que perjudica a sí mismo y al prójimo merece ese nombre. ¿No basta el no poder hacernos mutuamente dichosos? ¿Es preciso también que nos privemos mutuamente del placer que cada uno de nosotros puede procurarse en el fondo de su corazón? A ver, ¿cuál es el mortal que, estando de mal humor, tenga el valor de ocultarlo, de soportarlo solo, para no turbar la alegría de los que le rodean? ¿No es esto, en el fondo, el sentimiento interior de nuestra insuficiencia, un descontento de nosotros mismos, mezclado siempre con la envidia, hija de una loca vanidad? Vemos hombres dichosos y felices que no nos son deudores de su dicha, y nos es intolerable su presencia.

—Carlota sonreía viendo el calor y la emoción con que yo hablaba, y una lágrima que vi escaparse de los ojos de Federica me animó a continuar:

—¡Desgraciados, desgraciados aquellos —exclamé— que usan del imperio que tienen sobre un corazón para privarlo de los goces puros y simples que brotan y germinan en él espontáneamente! Todos los regalos, todas las complacencias del mundo, no reemplazan ni recompensan un solo instante de verdadero placer emponzoñado por las envidiosas vejaciones de un tirano.

En aquel momento, mi corazón rebosaba. El recuerdo de diversos acontecimientos pasados oprimía mi alma, y mis ojos se humedecían con lágrimas.

—¡Ah! —exclamé—. Si cada uno de nosotros se dijese a sí mismo todos los días: el primero de tus deberes para con tus amigos, es el de respetar sus placeres, el aumentar su dicha tomando parte en ella; la más dulce de tus obligaciones es la de verter una gota de bálsamo en su alma cuando se halla agitada por una pasión violenta o angustiada por la tristeza. ¡Ah! ¡Cómo te acusará la conciencia cuando la desgraciada víctima que tus bárbaros caprichos han sacrificado en la flor de su edad, devorada por la fatal enfermedad que va a cortar el hilo de su vida, se halle tendida ante ti, desfalleciente y moribunda! Sus ojos, inertes y apagados, tratan de dirigir, en vano, hacia el cielo, una lánguida mirada por última vez; el sudor frío de la muerte baña su rostro pálido y demacrado. Acércate, te digo entonces, y que el infierno se apodere de tu corazón. Tú sientes que es ya demasiado tarde, y que todos sus tesoros nada pueden hacer; la angustia se apodera de tu alma; quisieras desprenderte de todo lo que posees para dar a la pobre criatura agonizante un momento de consuelo, un soplo de vida; ¡reanimarla, en fin...!

Este cuadro, inspirado en una escena semejante que había presenciado, llenó mis ojos de lágrimas; me sentí fuertemente conmovido, y cubriéndome con mi pañuelo el rostro para ocultar la emoción, me alejé de la reunión. No entré en mí mismo, ni me repuse, sino al oír la voz de Carlota, que me llamaba gritando:

—¡Vamos, vamos, que ya es hora de marcharnos!

¡Qué cariñosas reconvenciones me hizo después, durante el camino, por la parte excesivamente apasionada que yo tomaba en todo!

—De ese modo llegará a matarse —me decía—; es preciso ser más razonable, y no dejarse impresionar de esa manera.

¡Oh, sí, mujer angelical...! ¡Quiero vivir... y vivir para ti!

6 de julio.

Continúa al lado de su moribunda amiga, siempre la misma, siempre el ángel tutelar y protector cuyas miradas dulcifican los dolores y derraman balsámico consuelo. Ayer tarde salió a dar un paseo con Mariana y la pequeña Amelia; lo supe, y corrí a reunirme con ella. Después de pasear durante una hora, volvimos camino de la ciudad y llegamos a la fuente, para mí preciosa, y ahora más que preciosísima. Carlota se sentó en el brocal y nosotros permanecimos en pie delante de ella. Eché una mirada sobre todo lo que nos

rodeaba... y, ¡ay!, el tiempo en que mi corazón estaba tan aislado se me representó vivamente.

—¡Fuente querida —exclamé—, ya no vengo a reposar en tu suave frescura; paso por delante de ti, y apenas te miro...!

Vi a la niña Amelia muy apurada para subir un vaso de agua que había bajado a buscar; fijé después mi vista en Carlota y sentí palpitar en mi pecho cuantos extremos de cariño la profesó. Llegó Amelia con su vaso de agua y Marina quiso cogerlo.

—No, no —gritaba la niña, con la expresión más entrañable—; es para que Lolota beba primero.

Me sentí conmovido de tal modo por la sinceridad cariñosa de su exclamación, que no pude expresar todo lo que experimentaba sino tomando a la niña en mis brazos y besándola y abrazándola apasionadamente. La niña, atemorizada, se echó a llorar y a gritar.

—No sabe usted tratar a los niños —dijo Carlota.

Quedé consternado.

—Ven, ven, Amelia —añadió, tomándola por la mano y bajando las escaleras de la fuente con ella—; lávate, lávate en el pilón, pronto, pronto y no quedará nada.

Vi que la niña se refregaba las mejillas con toda la fuerza de sus manitas, y me quedé admirado del candor y de la buena fe con que ella se imaginaba que lavándose con aquella agua maravillosa, impediría que le naciesen unas barbas tan feas como las del señor Werther. Por más que Carlota le decía: *basta, basta,* continuaba lavándose y frotándose la cara, persuadida de que lo mucho valía más que lo poco.

Te aseguro, mi querido Guillermo, que en mi vida he asistido a un bautismo con mayor respeto. Cuando volvió a subir Carlota, de buena gana me habría arrojado a sus pies, como delante de un profeta que acabase de hacer un sacrificio expiatorio por una nación.

Aquella misma tarde, rebosando complacencia, no pude contenerme y referí la escena de lo ocurrido a un sujeto a quien suponía dotado de sensibilidad, porque es hombre de talento; pero, ¡qué chasco me llevé! Desaprobó completamente el modo de obrar de Carlota, diciendo que no debía darse tales enseñanzas a los niños, porque eso los abocaba a errores y supersticiones, de las que era necesario precaverlos lo antes posible. Entonces, recordé que el sujeto en cuestión había hecho bautizar a su hijo la semana anterior; le dejé perorar a su placer, y en el fondo de mi corazón permanecí fiel a la verdad. Es preciso obrar con los niños del mismo modo que Dios obra con nosotros; que nunca nos hace más dichosos como al dejarnos divagar y andar errantes a través de los deliciosos y suaves prestigios de la ilusión.

8 de julio.

¡Qué niños somos, verdaderamente, y qué valor tan extraordinario damos a una mirada! ¡Qué niño es el hombre! Habíamos ido a Wahleim; las señoras iban en coche, y durante el paseo, creí ver en los ojos negros de Carlota... ¡Estoy loco... perdóname! ¡Fuera preciso haber visto aquellos ojos! En fin, para concluir (porque estoy cayéndome de sueño), te diré que fue las señoras iban en una carroza y el joven W***, Selstadt, Audrán y yo seguíamos a pie. Estos caballeros, siempre vivos, turbulentos y ligeros, no cesaban de dar vueltas alrededor del carruaje, yendo continuamente de una a otra portezuela y charlando siempre. Las señoras seguían la conversación y respondían. Yo buscaba los ojos de Carlota, y vi, ¡ay!, que se fijaban, o más bien, que erraban del uno al otro, pero que nunca, ni una sola vez, se fijaban en mí, yo que no veía más que a ella! ¡Mi corazón la saludaba mil veces y ella no me miraba! El carruaje nos tomó la delantera y una lágrima vino a humedecer mis ojos. Yo la seguí con la vista y vi el tocado de su cabeza fuera de la portezuela, inclinándose para buscar, para ver... ¿A quién...? ¿A mí? ¡Oh, amigo mío! Estoy flotando en esta incertidumbre, y esta incertidumbre es mi consuelo. Tal vez era a mí a quien ella buscaba... a mí a quien ella quería ver... ¡Tal vez...! ¡Buenas noches...! ¡Qué niño soy...!

10 de julio.

¡Qué cara más bobalicona pongo cuando me hablan de ella! ¡Y si me vieras cuando me preguntan seriamente si es de mi gusto...! *¡Si es de mi gusto...!* Aborrezco mortalmente semejantes palabras. ¿Qué especie de hombre sería aquel a quien Carlota *gustase*, y cuyos sentidos y facultades no se sintiesen completamente embargados...? *¿Si me gusta?* ¡Últimamente hubo quien preguntó si Osián *me gustaba!*

11 de julio.

La señora M*** está muy enferma. Ruego a Dios por su vida, porque yo mismo sufro a la par de Carlota. La veo alguna que otra vez en casa de mi amiga, y hoy me ha contado un rasgo muy original. El viejo M*** es un miserable avaro que ha hecho pasar a su mujer una vida de privaciones y tormento, y sin embargo, ella ha sabido procurarse siempre algunos recursos. Hace pocos días, cuan-

do fue decididamente desahuciada por sus médicos, mandó llamar a su marido y le habló de esta manera en presencia de Carlota:

—Debo hacerte la confesión de una cosa que podría ocasionar muchos disgustos y perturbaciones después de mi muerte. Hasta ahora he gobernado la cada con todo el orden y economía posibles. Tengo, sin embargo, que pedirte perdón por haber estado engañándote durante treinta años. Cuando nos casamos, fijaste una módica cantidad para la mesa y demás gastos de la casa. Nuestro comercio adquirió incremento, y los gastos caseros aumentaron; sin embargo, no hubo medio de hacerte comprender la razón, ni de conseguir que determinases aumentar en proporción de aquellos gastos, la cantidad que habías fijado. En fin, tú sabes que hasta en los tiempos en que nuestra casa estuvo en su mayor auge, exigiste que hiciese frente a todas las necesidades con siete táleros por semana. Me conformé sin decir una palabra; pero todas las semanas tomaba de tu caja lo que me faltaba para cubrir los gastos, y nunca llegó a presumir nadie que tu mujer te robaba. Por mi parte, nada he malgastado, nada he disipado, y me iría con la conciencia muy tranquila al otro mundo, sin haberte dicho una palabra, si no hubiera reflexionado que la que me reemplazará en el gobierno de la casa, quizá no tenga ninguna idea, ni sepa procurarse algún medio para salir de apuros: porque tú te empeñarías siempre en sostener que tu pobre mujer nunca había dispuesto de mayor cantidad, y con ella había cubierto todos los gastos.

Me entretuve en discurrir con Carlota sobre la ceguedad del espíritu humano, llevada a un extremo que parece increíble. ¿Cómo es posible que un hombre dotado nada más que de sentido común, al ver hacer ciertos gastos que positivamente sabe que ascienden a más de siete táleros, no llegue a sospechar, sin a tener idea de que necesariamente deben emplearse otros medios para cubrir aquellas necesidades? Verdad es que he conocido gentes que siempre vieron, sin la menor admiración, llena de aceite la alcuza del profeta, aunque se hiciese uso de ella continuamente.

13 de julio.

No, no me engañaba. Leo en sus ojos negros el sincero interés que tiene por mí y por mi suerte; lo presiento, y me atrevo a fiarme de mi corazón. ¿Me atreveré, o podré hacer la pintura del cielo con sólo esta palabra...? ¡Me quiere...! ¡Me quiere...! ¡Ah! ¡Cuánto he crecido a mis propios ojos...! Cómo... Sí, puedo decírtelo, porque tú me comprenderás... ¡Cómo me estimo y me adoro a mí mismo desde que me corresponde!

¿Es vanagloria y presunción, o sentimiento instintivo de la relación verdadera que existe entre nosotros? No reconozco hombre alguno que tema encontrar en el corazón de Carlota; y, sin embargo... al hablar ella de su futuro esposo con amor y vehemencia, me siento como el ambicioso que acaba de ser precipitado de la cumbre de las grandezas humanas... como el valiente caballero a quien se le despoja de su espada... su fiel compañera...

16 de julio.

¡Si supieras cómo hierve la sangre en mis venas cuando inadvertidamente mis dedos se rozan con los suyos, o nuestros pies se encuentran por debajo de la mesa...! Los retiro precipitadamente, como si hubiesen tocado el fuego, y una atracción, una fuerza secreta me impele en seguida hacia ella... Pierdo la cabeza y ya no veo. Su inocencia, su alma libre y pura no le dejan ver, ni adivinar lo mucho que me hacen padecer las ligeras familiaridades que se digna tomar conmigo. Algunas veces, al hablar de ella, pone si mano en la mía; luego, en el calor de la conversación, se me acerca... y aspiro y saboreo su dulce y suave aliento... entonces sucumbo, como herido del rayo. ¡Ah, Guillermo! Si alguna vez, bajo el santo velo de esta confianza... Ya me comprendes... No, mi corazón no está tan corrompido... Es débil, muy débil... ¿No es esto estar ya pervertido?

Ella es sagrada para mí... Todo mal deseo desaparece hallándose en su presencia. No sé nunca dónde me hallo cuando me encuentro a su lado. Todos mis nervios están en movimiento, tiemblo, me estremezco y siento enteramente conmovida y trastornada mi alma entera. Tiene una sonata predilecta que toca en el monocordio con una naturalidad, con una expresión tan angelical... No bien empiezan a dejarse oír las primeras notas, siento desvanecerse todas mis penas, todas mis aprensiones y todos mis cuidados.

Ninguno de los prodigios causados por la música antigua me es indiferente cuando llega a penetrarme esta melodía. ¡Oh, maravilloso poder de los sentidos! Al oírla en momentos que quisiera dispararme una bala en la sien, la agitación de mi alma se calma, se disipan repentinamente las tinieblas que me rodean, y vuelvo a respirar libremente.

18 de julio.

Guillermo, ¿qué es el mundo para nuestros corazones, cuando no hay amor? Una linterna mágica sin luz. Pero, en cuanto empieza a

brillar en su interior la llama, se ven aparecer en sus paredes toda clase de figuras, de formas y de colores. Aun cuando todo lo que se presenta a nuestra vista no fuese más que eso, aun cuando todas esas apariciones no fuesen más que fantasmas pasajeros, ¿no es una gran ventura participar de este espectáculo de ilusiones, la alegría, el gozo de los niños y los transportes de su entusiasmo tan inocente y sencillo?

No podía ir hoy a ver a Carlota; me hallaba como prisionero entre mis amigos y conocidos, de cuya compañía no podía deshacerme. ¿Qué hacer en ese caso? Envié a mi criado para que la viese, con el fin de tener a mi lado alguien, por lo menos, que se hubiese acercado a ella durante el día, y esperaba su regreso con indecible impaciencia, sólo igualable a la alegría que experimenté viéndole regresar. Hubo un momento que me habría abalanzado a él... que le habría abrazado... ¡tan grande era mi contento...! Pero me contuve.

Dícese de la piedra de Bolonia que expuesta al sol atrae sus rayos, los absorbe, y alumbra o resplandece por la noche durante cierto tiempo; pues bien, otro tanto era para mí este criado. La idea de que los ojos de Carlota se habían fijado en él, sobre su rostro, sobre sus botones, sobre el cuello de su levita, hacía para mí todos esos objetos tan interesantes, tan preciosos... No, en ese momento yo no habría cedido este mancebo aunque me hubiesen ofrecido quinientos táleros. Su vista sola me causaba un placer infinito... Guárdate bien de reír de esto. Dime, Guillermo, ¿no es realmente una ilusión lo que nos hace dichosos?

19 de julio.

¡Hoy la veré! Fue mi primera exclamación al despertarme y ver brillar el sol que se levanta con todo su majestuoso esplendor. ¡Hoy la veré! Ningún otro deseo, ningún otro pensamiento tengo de qué ocuparme en todo el día. Todo se absorbe en esta idea, todo se resume en este pensamiento: ¡Hoy la veré!

20 de julio.

Os pido mil perdones, pero por más que digáis, no iré a N*** con el embajador. No me ilusiona la subordinación; y, además, sabemos que la persona de que tratamos es de las más caprichosas. Dices que mi madre quisiera verme en actividad; esto me hace reír. ¡Dios mío! ¿No soy ya bastante activo? En el fondo, ¿no es lo mismo que me ocupe en contar lentejas que guisantes? Toda esta vida se pasa haciendo tonterías, absurdos y ridiculeces; y el hombre que, sin una

inclinación particular y sin necesidad, consume los días en el trabajo por adquirir honores o dinero, seguramente es un extravagante, un loco.

24 de julio.

Ya que tomas tanto interés en que no abandone el dibujo, preferiría guardar completo silencio sobre este particular, a tener que decirte que hace ya algún tiempo no me ocupo de él, pues lo ejercito muy poco.

Jamás me he sentido tan dichoso, jamás he sido más admirador de la Naturaleza; jamás fue más viva, ni más penetrante ni sensibilidad y mi admiración, hasta por la simple chinita o la humilde hierbecilla de los prados; y, sin embargo, no sé cómo expresarme, por lo débil que es en mí la facultad imitativa; flotan y se presentan ante mis ojos en confusión tan grande todos los objetos, que no puedo apreciar ni trazar ninguno de sus rasgos; pero imagino que si tuviera cera o argamasa, haría algo bueno. Voy, pues, a tomar la argamasa, si esto continúa así; la amasaré y la amoldaré, aunque no pudiese hacer con ella más que pastelillos.

He comenzado tres veces el retrato de Carlota, y otras tantas he deshonrado mi pincel. Esto me desazona y me contraría tanto más cuanto que hasta ahora he tenido siempre un grande acierto y una disposición particular para la exactitud de la semejanza. he tenido que limitarme a dibujar sólo su silueta, y a la fuerza tendré que contentarme con esto.

25 de julio.

Sí, querida Carlota, todo se encargará, y todo será ejecutado; vengan encargos más a menudo, vengan en todos los instantes. ¡Ah! Sólo pediría un favor: que no haya arenilla en los billetes que recibo. Mi primer movimiento fue llevar a mis labios el de esta mañana, y he sentido rechinar en mis dientes la arenilla.

26 de julio.

¡Cuántas veces me he prometido no verla tan a menudo! ¡Ah! ¿Quién podrá resistir y cumplir este propósito? Todos los días caigo en la tentación, y, al volver de verla, me digo, como por vía de excusa o de consuelo: «¡mañana no irás!» Amanece ese *mañana*, y con él,

y sin haber cómo, un motivo inexcusable de visita; y antes de que haya tenido tiempo de reflexionar sobre ello, me encuentro en su casa.

Una vez, porque me dice al despedirme: «¿vendrá usted mañana?» ¿Es posible no aceptar semejante invitación? A veces me da un encargo, y yo encuentro que sería una falta de atención no llevarle yo mismo la respuesta; y otras veces, en fin, haciendo un tiempo tan magnífico, es imposible estarse encerrado en el cuarto y no salir a disfrutarlo. Entonces, salgo y me voy paseando hasta Wahlheim, y cuando llego allá... como no hay más que media legua hasta su casa... me siento como envuelto en su misma atmósfera y, andando sin saber cómo, me hallo a su lado.

Mi abuela nos contaba la historia de la montaña Imán; todos los barcos que pasaban cerca de ella, perdían de repente su herraje; los clavos, como si tuvieran alas, echaban a volar hacia la montaña, se desunían las maderas, y los pobres marineros se veían perdidos y sin más recursos que asirse a los tablones flotantes.

30 de julio.

Ha llegado Alberto y tendré que irme. Aun cuando fuera el mejor, el más digno de los hombres; aun cuando mereciese toda mi estimación, y hasta mi respeto y veneración, no podría soportar el verle en posesión de tantas perfecciones. ¡Es posesión! ¡Basta, Guillermo, el prometido esposo está aquí! Es un hombre amable y cortés, y merece que se le quiera. Felizmente, no estaba cuando llegó. La escena habría desgarrado mi corazón. Es tan bueno y comedido, que ha tenido la atención de no dar un solo beso a Carlota delante de mí. ¡Dios se lo premie! Debo quererle por el respeto con que trata a la joven. Me ve y me recibe con agrado, y sospecho que esto se lo debo a Carlota más bien que a su opinión particular respecto a mí; porque en obras de esta especie es donde las mujeres muestran superior habilidad, y tienen razón; en ello encuentran siempre sus ventajas, sea cual fuere el motivo, en conservar la buena inteligencia y amistosa deferencia entre dos hombres que les rinden homenaje y las quieren.

Además, no puedo negar mi estimación a Alberto. Su porte, grave y serio, contrasta visiblemente con mi carácter inquieto, que no puedo ocultar; es un hombre que no carece de sensibilidad y que sabe apreciar y conocer lo que posee en Carlota. Parece que tiene poco buen humor, y tú sabes que de todos los defectos que pueda tener un hombre, éste es el que más aborrezco.

Me concede inteligencia y buen gusto, y mi afecto por Carlota, el vivo interés que manifiesto por todo lo que ella hace, aumentan y agigantan su triunfo, y hacen que la quiera más. No me interesa saber si la atormenta algunas veces y le causa enfados con ligeros sentimientos de celos. Por mi parte si me hallara en su lugar, confieso que me costaría mucho trabajo desechar esa idea y combatir ese demonio del infierno.

Sea esto lo que quiera, se acabaron para mí todos los placeres, toda la dicha de que disfrutaba al lado de Carlota. ¿Diré que es locura o ilusión? ¡Para qué motejarlo! El caso es por sí mismo bien elocuente. Antes que Alberto viniese, sabía todo lo que sé ahora: que no podía formar pretensiones sobre ella, y no formaba ninguna. Reprimía, cuanto me era posible, los deseos que pudieran nacer en mí a la vista de tantos encantos, y hoy día —¡necio desgraciado!— abres desmesuradamente los ojos y te admiras de que el otro venga y te robe tu bien...

Rechino de dientes y me burlo mil veces, diez mil veces, de esos seres apáticos que repiten es preciso resignarme, puesto que las cosas no podían suceder de otra manera. Líbrenme de esos maniquíes. Corro, ando errante por el bosque, tan pronto a una parte como a otra, y luego vengo, al fin, a detenerme siempre ante su morada, de la que no puedo separarme. A veces encuentro a Carlota bajo el emparrado, pero también está allí Alberto, sentado cerca de ella. Entonces ya no soy dueño de mí; me pongo como loco, pierdo la cabeza y digo mil tonterías.

—Le ruego, en el nombre de Dios —me decía Carlota esta mañana—, que no vuelvan a repetirse las escenas de ayer tarde.

Sea dicho entre nosotros: estoy espiando los momentos en que él tiene algo que hacer, y en un abrir y cerrar de ojos, me planto al lado de ella, y cuando la hallo sola, me siento siempre muy dichoso.

8 de agosto.

Te ruego encarecidamente, querido Guillermo, no vayas a creer que era de ti de quien hablaba, al tratar de insoportables a los hombres que exigen ciega resignación a los golpes de inevitable destino. No me imaginaba que pudieses participar de semejantes opiniones. En el fondo, sin embargo, no dejas de tener razón; pero permíteme que te haga una observación. Sucede rara vez en este mundo que los acontecimientos se encuentran sometidos a la ley absoluta de *sí* o del *no*. Hay tantos grados, tan diversos matices en los sentimientos y en los procedimientos, como líneas diferentes en una nariz roma o

aguileña; y tú no extrañarás ni te incomodará que yo, sin dejar de admitir tu principio, trate de *escurrirme* entre el *sí* y el *no*.

He aquí tu argumento: «o tienes esperanza de ver realizados con Carlota tus deseos, o no la tienes. En el primer caso trabaja sin descanso para conseguir tu objeto; en el segundo, trata de ser hombre, y refrena y doma una pasión deplorable que debe consumir todas tus fuerzas». Amigo mío, todo eso está muy bien dicho y es también muy fácil de decir.

¿Ves a ese desgraciado que desmejora, que se extingue, devorado insensiblemente por una lenta pero continua consunción? ¿Puedes tú exigir de él que ponga fin a sus tormentos por medio de una puñalada? El mal mismo que le devora, que le mina, ¿no le quita sus fuerzas y el valor necesario para librarse de él por un medio violento?

Podrías, es verdad, responderme con otra comparación semejante: ¡quién no se dejaría cortar un brazo gangrenado antes que poner en peligro su vida con plazos y esperanzas pusilánimes! Yo no lo sé. Y luego, no nos gusta aguijonearnos con comparaciones. Sí, Guillermo, algunas veces tengo raptos del valor más decidido y del más temerario, y en esos momentos... ¡Si yo supera a dónde irme, allí me iría!

Por la tarde.

Mi diario, que tenía abandonado hace unos días, ha caído hoy en mis manos, y he quedado confuso al ver señalados en él todos mis pasos. ¿Es a sabiendas y con entero conocimiento como he ido tan lejos? ¿No es sorprendente que haya visto con tanta claridad mi estado y me haya conducido siempre como un niño? Hoy lo veo todo muy preciso; y, sin embargo, no hay apariencias de que me enmiende.

10 de agosto.

Podría llevar la vida más tranquila y feliz si no fuese un loco. Rara vez se unen circunstancias tan favorables, como las que en mí concurren, para hacer dichosa el alma de un mortal. ¡Cuán cierto es que sólo el corazón hace nuestra dicha! Ser miembro de la familia más amable, ser amado de los ancianos como un hijo, de los jóvenes como un hermano, y de Carlota... ¡de Carlota...! Y después, ese bueno, ese honrado Alberto que no perturba mi felicidad con enojos ni caprichos, que me recibe tan cordialmente y que, después de su Carlota, me prefiere a todo en mi tierra... Es un placer, Guillermo, el oírnos cuando nos paseamos juntos y nuestra conver-

sación versa sobre Carlota. No hay quizá nada más singular, ni más risible debajo del cielo, que esta mutua relación confidencial. Pues bien, en esos momentos verías mis ojos cubiertos de lágrimas.

Me habla de la excelente madre de Carlota; me cuenta cómo, hallándose en su lecho de muerte, recomendó casa e hijos a Carlota, apalabrándola con él. Me hace notar que, desde aquel día, Carlota pareció animada de un nuevo espíritu; que en el gobierno de la casa se conduce como una verdadera madre, que no transcurre ni un solo instante sin estar consagrada al amor de su padre, de sus hermanos, al trabajo más activo, y sin que jamás la abandonen ni su buen humor ni su alegría. Yo camino a su lado, recojo algunas florecillas al paso, hago un ramillete, lo mejor que me es posible y luego... luego lo arrojo al arroyuelo inmediato y miro cómo se lo lleva pausadamente la corriente. No sé si te he dicho que Alberto va a quedarse aquí. Cobra de la Corte, en la que está muy bien quisto, un sueldo bastante decente. Nunca he encontrado ningún otro hombre con quien poder compararlo, por su inteligencia, su método y su constante aplicación a los negocios.

12 de agosto.

De seguro, Alberto es el mejor de los mortales. Ayer ha ocurrido entre los dos una escena singular. Había ido a despedirme, para, pues me dio el capricho de dar una vuelta a caballo por las montañas y desde ellas te escribo actualmente. Paseando arriba y abajo por su cuarto, mi vista se fijó en sus pistolas.

—Présteme sus pistolas para mi excursión —le dije.

—Con mucho gusto —respondió—, pero habrá de cargarlas usted mismo, porque yo las tengo ahí únicamente de adorno.

Me apoderé de una, y él continuó:

—Desde que a pesar de mis precauciones me jugaron tan mala pasada, no me avengo a semejantes instrumentos.

Manifesté curiosidad por saber lo que le había sucedido, y él me lo refirió.

—Pasé —dijo— tres meses en el campo, en casa de un amigo. Tenía un par de pistolas, pero ni un gramo de pólvora, y las pistolas dormían tranquilamente. Por la tarde de un día lluvioso, estando ocioso y sin saber en qué pasar el tiempo, se me ocurrió que podríamos ser atacados y que, en ese caso, tendría necesidad de mis pistolas; por esta razón se las di a mi criado para que las limpiase y las cargara. El gran tuno quiso bromear y divertirse con las criadas y causarles miedo, y hete ahí que, sin saber cómo, sale el tiro, hiere a una de ellas en la mano y le rompe el dedo pulgar. Tuve que sufrir

los gritos, lloros y lamentaciones, y pagar al cirujano además; desde entonces, jamás han vuelto a estar cargadas mis armas. Ya ve, querido, lo que es la previsión. El peligro no se hace presentir. Sin embargo...

Ahora, yo te diré que amo a este Alberto de todo corazón, hasta sus *sin embargo;* pero, ¿no es evidente que todo principio tiene sus excepciones? Alberto es tan escrupuloso, tan leal, que cuando cree haber dicho algo que no le parece justo y racional, o demasiado vulgar y ambiguo, no cesa de limitarlo, de ampliarlo, de añadir o quitar, sino hasta que se halla la materia enteramente apurada, y no queda ya nada que decir. Esta vez, particularmente, se perdió en la explanación de su texto, y yo concluí por no oír una palabra de su peroración; mi cabeza empezó a divagar y recorrer los espacios imaginarios, y de repente apoyé la boca del cañón de una de las pistolas contra mi frente.

—¡Horror! —exclamó Alberto, separando el arma—. ¿Qué quiere decir esto?

—No está cargada —respondí.

—Aun así, ¿a qué viene? —añadió con impaciencia—. No alcanzo a comprender cómo un hombre puede perder el juicio hasta el extremo de atentar contra su vida; sólo de pensarlo siento horror.

—¡Hombre, cómo sois! —exclamé—. ¿Por qué fatalidad no podéis hablar de una cosa cualquiera sin pronunciar en seguida las palabras: Eso es locura; eso es juicioso, eso es bueno, eso es malo.?

¿Qué significa todo eso? ¿Conocéis al por menor todos los detalles de la acción que juzgáis? ¿Habéis escudriñado, seguido en su desarrollo, los motivos que la han originado? ¡Ah! Si lo hubierais hecho, no pronunciaríais con tanta precipitación vuestros juicios.

—Convendrá conmigo —dijo Alberto—, en que ciertas acciones son de suyo criminales, sea cual fuere el motivo o la causa que las determine.

Me encogí de hombros, conviniendo, pero añadí en seguida:

—También aquí, querido amigo, hay sus excepciones. El robo seguramente es un delito, pero quien lo comete por salvarse él y sus hijos de los horrores del hambre, ¿merece compasión o castigo? ¿Quién será el primero en arrojar la primera piedra al esposo ultrajado que, en su legítimo furor, inmola al mismo tiempo a su mujer infiel y a su vil seductor? ¿Quién será el primero en arrojársela a la joven que, en un momento de delirio, se abandona y se entrega al giro de los irresistibles placeres del amor? Hasta nuestras mismas leyes, con su frialdad pedantesca, se dejan conmover y suspenden su castigo.

—Eso es enteramente diferente —contestó Alberto—. Un hombre arrastrado por sus pasiones pierde toda su libertad para

reflexionar, y debe considerársele como en estado de completa embriaguez o atacado de demencia.

—¡Ah, ah! ¡Heos ahí, personajes razonables! —exclamé, riendo—. ¡Pasión, embriaguez, frenesí...! Armados de severa gravedad permanecéis, en esos casos, impasibles e inquebrantables, y como hombres morales reprobáis el ebrio, rechazáis al insensato, seguís vuestro camino, y dais gracias a Dios, como el fariseo, porque no os ha hecho semejante a ellos. Yo me he embriagado más de una vez, mis pasiones no han estado nunca lejos de la demencia y no me arrepiento ni de lo uno ni de lo otro. He aprendido a conocer cómo todos los hombres extraordinarios, cómo todos los que han hecho alguna cosa sublime, algo que parecía imposible a los ojos del vulgo, todos los que se han distinguido del común de los otros, cómo todos, repito, han sido modificados y tenidos por ebrios o por dementes. Y en vida ordinaria, ¿no causa indignación el oír decir, al ver ejecutar una acción noble, generosa y extraordinaria: *¡Ese hombre está borracho; ese hombre es un loco!* ¡Ruborizaos, gentes sobrias y prudentes! ¡Ruborizaos, sabios de la tierra!

—He ahí sus divagaciones —dijo Alberto—. Exagera todo, y seguramente no tiene razón; hace mal en querer asemejar a las grandes acciones el suicidio de que se trata aquí, cuando no puede considerársele sino como una debilidad, como una falta de ánimo, porque, en conciencia, es más fácil morir que soportar con valor y firmeza una vida llena de amarguras y padecimientos.

Estuve a punto de romper la conversación, porque nada me altera tanto y me hace perder los estribos como que un hombre a quien hablo con toda la sinceridad de mi corazón recurra, para contestarme y combatir mis ideas, a argumentos triviales e insignificantes. A pesar de eso, me contuve; había oído ya demasiadas veces ese mismo argumento, y demasiadas veces me había acordado de él, e indignado, le repliqué con alguna viveza:

—¿Llama a eso debilidad? No hay que dejarse seducir por apariencias. ¿Puede llamarse débil a un pueblo encorvado bajo el yugo de un tirano, cuando al fin se subleva y rompe sus cadenas? Quien a consecuencia del espanto que le causa el incendio que amenaza devorar su casa, siente el vigor de todos sus músculos tensos y carga con pesos que hallándose en estado normal apenas habría podido remover; el que, sobreexcitado por el furor que le causa un ultraje, ataca a seis hombres y los arroja al suelo, ¿son gentes débiles? ¡Ay, amigo mío! Si el sólo intentarlo indica ya valor y fuerza, ¿por qué sería debilidad el redoblamiento de esos esfuerzos?

Alberto me miró y dijo;

—No hay que enojarse, pero el ejemplo que me presenta no me parece aplicable al caso.

—Pudiera ser —repliqué—; me han dicho muchas veces que cuando me pongo a discurrir, mis argumentos son desconcertados. Veamos, pues, si podemos figurarnos de otro modo, cuál debe ser el sentimiento de un hombre que se resuelve a arrojar la carga de esta vida, tan cara a tantos otros; porque no tenemos verdaderamente derecho a pronunciarnos y opinar sobre una cosa sino cuando la hayamos analizado y sentido nosotros mismos. La naturaleza humana tiene sus límites; puede soportar la alegría, la pena, el dolor hasta cierto punto; pero, al fin, sucumbe cuando se pasa de ahí. No se trata, pues, de saber si un hombre es fuerte o débil, sino si es capaz o si puede sostener el peso de sus aflicciones, así morales como físicas. Encuentro poco razonable y fuera de ocasión tratar de pusilánime y cobarde al que se quita la vida; así como sería absurdo dar ese nombre y calificarlo del mismo modo al que muere de una calentura maligna.

—¡Paradoja, paradoja y nada más que paradoja! —exclamó Alberto.

—No tanto como parece —repliqué—. Consideramos mortal toda enfermedad en la que, minando la naturaleza, quedan en parte destruidas sus fuerzas, en parte puestas fuera de servicio, y que ya no puede esperar nada que la levante, ni crisis que la restablezca en el curso ordinario de la vida. Pues bien, amigo mío, apliquemos esto mismo al espíritu. Miremos al hombre en sus estrechos límites; miremos cómo obran sobre él las impresiones; cómo se fijan en él las ideas hasta que, creciendo siempre la pasión, quita toda la fuerza de su razón y le precipita en el abismo. En vano el hombre pacífico y sensato quiere comprender el estado de este desgraciado; vanamente lo exhorta con la voz: otro tanto sucede con un hombre que goza de entera salud y no puede comunicar la menor parte de su robustez y de sus fuerzas al enfermo postrado en el lecho del dolor.

Esto, según Alberto, era generalizar las cosas demasiado. Yo le recordé a la joven que encontraron ahogada recientemente y le repetí su historia.

—Esa inocente criatura vivía reducida al círculo estrecho de sus quehaceres domésticos en un trabajo continuo de toda la semana. Se hallaba en la flor de su edad juvenil; no conocía más placer que el de adornarse los domingos con los modestos atavíos que iba reuniendo poco a poco. A veces daba un paseo por los alrededores de la ciudad con sus compañeras, y en los días de fiestas mayores solía bailar o pasaba sus horas de recreo charlando con una vecina sobre las disputas y las intriguillas de barrio, y esto le causaba verdadera alegría. La Naturaleza despierta en ella y enciende de repente en su seno una llama secreta que acrece con

las lisonjas de los hombres; aquellos placeres en que hasta entonces encontraba las mayores delicias, se le hacen cada vez más insípidos, hasta que, al fin, halla un hombre por el que se siente inclinada con atracción irresistible y desconocida. Entonces olvida el mundo y todo cuando la rodea; no oye, ve ni entiende más que a él; no cifra sus esperanzas más que en él, ni desea más que a él, a ese ser único. No hallándose corrompida todavía por los falsos placeres de una inconstante vanidad, sus aspiraciones y deseos no tienden más que a un solo objeto: ser de aquel a quien ama; asegurar con lazo eterno la dicha que anhela y gozar el complemento de cuanto echa de menos. Promesas reiteradas ponen el sello a sus esperanzas; apasionadas caricias encienden sus más vivos deseos. Su alma toda se halla sumergida en un mar de ilusiones, flotando entre las sensaciones más vagas, rodeada de los encantadores presentimientos de todos los placeres desconocidos que la esperan. Exaltada, extasiada, extiende, al fin, los brazos para estrechar en ellos el objeto de todos sus deseos, y... no encuentra más que un fantasma... El objeto real ha desaparecido... ¡Su amante la abandona! Atónita, descorazonada, sin saber qué le pasa, se encuentra al borde del abismo; no ve más que oscuridad y tinieblas a su alrededor; se acabó la esperanza. ¡Ya no hay consuelo para ella...! ¡Aquel en quien había puesto toda su existencia la ha abandonado...! Ya no ve ante ella la inmensidad del Universo; ya no ve a ninguno de los muchos que la rodean, que podrían reparar esta pérdida. Sólo se ve ella sola, abandonada por todos. Sus ojos se oscurecen; siempre su corazón destrozado por el dolor horrible y punzante que lo atraviesa, y se arroja al abismo para sofocar en brazos de la muerte que la espera los tormentos que martirizan su alma. Pues he ahí, Alberto, he ahí la historia de muchos hombres. ¿No es este un caso de la enfermedad? No sabiendo la Naturaleza cómo salir del intrincado laberinto de sensaciones tan confusas y opuestas... es preciso que aquel ser perezca. Desgraciado del que siendo testigo de un espectáculo semejante, pueda decir: ¡insensata!; si hubiera esperado, si hubiera dejado obrar al tiempo, su desesperación se habría calmado, pronto habría encontrado consuelo. Es lo mismo que si dijese: ¡insensato!, se dejó morir de calenturas; si hubiera esperado a recuperar sus fuerzas, y a que el ardor de la sangre se hubiese calmado, todo se habría arreglado y aún viviría hoy.

Alberto, que no encontró la comparación muy exacta, me hizo observar, entre otras objeciones, que había presentado el caso de una joven simple y de cortos alcances, pero que no concebía disculpa en un hombre de talento y buen juicio que se halla en disposición de juzgar y apreciar mejor las cosas y los motivos.

—Amigo mío —exclamé—, un hombre es siempre un hombre, y la pequeña dosis de talento que puede tener más que los otros es muy poca cosa cuando la pasión se agita y se revuelve furiosa; cuando nos encierra en los estrechos límites de la humanidad... Cuando más... Aplacemos esto —dije interrumpiéndome de repente y cogiendo mi sombrero— para otro día.

¡Sentía mi corazón tan rebosante...!

Nos separamos sin poder entendernos ni ponernos de acuerdo. ¿Quién puede, al fin, alabarse en este mundo, de comprender bien a sus semejantes?

15 de agosto.

Es, sin embargo, muy cierto; el hombre no se hace necesario al hombre sino por el amo. Conozco que Carlota sentiría perderme, y los niños no tienen otra idea, cada día más, que la de volver a verme el día siguiente. Hoy fui a templar el monocordio de Carlota; estas angelicales criaturas se empeñaron en que les contara algún cuanto, y Carlota misma me rogó que accediese a sus deseos. Les corté su pan y lo recibieron de mi mano, con tanto gusto como de mano de Carlota; luego les conté la famosa historia de la princesa que era servida por manos encantadas. Te aseguro que yo mismo saco algún provecho contando estas historias, y estoy admirado de la impresión que causan a los niños. Viéndome a veces obligado a inventar algún incidente, me sucede que a la segunda vez lo olvido, y en seguida me gritan que la de antes no era así; de modo que ahora tengo gran cuidado en repetir siempre lo mismo, de contarlo con el mismo tono de voz y sin cambiar una palabra. Esto me ha enseñado y hecho conocer que un autor perjudica su obra al hacer una segunda edición, si introduce en ella algunos cambios, cuando esta obra es de pura imaginación, aun cuando fuese verdaderamente mejor y más poética con tales variaciones. La primera impresión nos halla dispuestos a recibirla, y el hombre está hecho de tal modo, que puede hacérsele creer hasta lo increíble; pero una vez admitidas en su imaginación estas ideas, se arraigan allí de tal manera y tan profundamente, que gran trabajo tendrá el que trate de borrarlas o extirparlas.

18 de agosto.

¿Por qué fatalidad es preciso que cuando hace y constituye la dicha del hombre, sea tan a menudo causa y origen de su infortunio?

Esta ardorosa sensibilidad de mi corazón, excitada por la contemplación de la Naturaleza y por la admiración de las virtudes, que me producía tan voluptuosos goces, que convertía a mis ojos aquel rincón de tierra donde habitaba en delicioso paraíso, llegó a ser para mí insoportable tormento, como si un genio maléfico me persiguiera por todas partes.

Antes, cuando en lo alto de la escarpada roca tendía mi vista por el fértil valle, más allá del río, hasta los lejanos cerros, y observaba en torno mío el germinar y el brotar de las plantas; cuando contemplaba los montes poblados de árboles desde la base a la cima, y los contornos sinuosos de los valles, sombreados por amenos bosquecillos, y el apacible río deslizándose entre las flexibles y sonantes cañas, donde se espejaban rizados celajes mecidos por el viento del crepúsculo; cuando oía a las aves que, en torno mío, animan el bosque con su canto variado y melodioso, y los enjambres de mosca y mosquitos zumbadores bailaban alegremente, iluminados por los postreros y rojizos rayos solares, y cuando los últimos reflejos del resplandeciente astro hacían salir de entre la hierba a los escarabajos, y los murmullos y la agitación de todos los seres bullidores me obligaban a fijar la atención en la tierra, y el musgo que exprime su alimento de los peñascos berroqueños, y las retamas que crecen en la árida vertiente de la arenosa colina me revelaban la vida profunda, ardiente y santa de la Naturaleza, todas estas sensaciones penetraban en mi corazón y enardecían mis sentidos. Creía verme divinizado en medio de aquella exuberante fecundidad, y las imágenes sublimes del mundo infinito se agitaban en mi alma e infundían en mi vida poderoso aliento. Montes enormes me rodeaban, abismos se abrían a mis pies, los torrentes se lanzaban en los abismos; los ríos corrían a mi vista, y en los bosques y en las montañas resonaban infinitos murmullos, veía las fuerzas misteriosas de la Naturaleza, las veía crear, influir las unas sobre las otras en las profundidades de la tierra, y sobre la superficie de la misma y en el aire bullían generaciones de los más variados seres; y veía a los hombres refugiarse en sus estrechas viviendas, formar allí su nido y proclamarse reyes de la creación. ¡Pobres insensatos, que todo los juzgáis pequeño a causa de vuestra pequeñez! En el monte inaccesible, como en el desierto inexplorado, y en el límite del inmenso Océano, alienta el espíritu de Aquel que crea eternamente y que se complace en el átomo que siente su soplo y lo vivifica. ¡Ay! En aquella época de mi vida, ¡cuántas veces no he deseado poder arrebatar sus alas a la grulla que se cernía sobre mí, para transportarme más allá de la inmensidad del espacio y abrevar en la copa espumosa del infinito las inefables delicias de la vida universal, y sentir sobre mí caer una gota de la felicidad del Ser que todo lo produce

en sí y por sí, un instante tan sólo y en cuanto las fuerzas de mi alma pudieran resistirlo!

El simple recuerdo de aquellas venturosas horas me anima y consuela. El mismo esfuerzo que hago para recordar aquellas inefables sensaciones, y para expresarlas, eleva mi espíritu. Por desgracia, al comparar lo pasado con lo presente, siento con pena más honda las angustias de mi situación actual.

Parece que un telón ha bajado delante de mi alma y que el teatro de la vida infinita ha desaparecido de mi vista en el abismo de la tumba, eternamente abierta. ¿Puedo afirmar que tal cosa existe, cuando con la rapidez del rayo todo huye, arrastrado por el torrente, hundido en el agua, deshecho contra las rocas? No pasa un instante que no destruya algo en ti y en todo lo que te rodea, un instante en que tú no seas destructor, voluntario o forzoso. El más inocente paseo cuesta la vida a militares de diminutos seres. No me conmueven esas espantosas plagas que de cuando en cuando afligen a la humildad y arrasan los pueblos y se tragan las ciudades; lo que desgarra mi corazón es la fuerza destructora que vive oculta en la universal naturaleza, y que condena a cada una de las creaciones de ésta a ser destruida por otras o por sí misma. No veo por todas partes más que un voraz monstruo, que con sus incansables mandíbulas todo lo devora.

En vano extiendo mis brazos hacia ella al despertarme por la mañana, cuando estoy medio envuelto en los espesos vapores del sueño. En vano la busco por la noche en mi lecho cuando, arrastrado por la ilusión de un sueño delicioso e inocente, la veo sentada en el prado y me veo yo mismo a su lado, teniendo entre mis manos su mano, que cubro de besos ardientes y apasionados. ¡Ay! Ilusionado e impulsado por un prestigio encantador, voy a brazarla... abro mis brazos... y... me despierto... Mi corazón se destroza, un torrente de lágrimas inunda mis ojos... ¡Llora, desventurado, por el sombrío porvenir que te espera!

22 de agosto.

¡Ah, Guillermo, cuán digno soy de lástima! Las facultades de mi alma, en otro tiempo tan activas, han perdido sus resortes. Me siento dominado por una inquietud indolente; no puedo estar ocioso, ni tranquilo, y, sin embargo, no puedo obrar. Ya no tengo imaginación, ya no experimento nada ante la Naturaleza, y los libros me disgustan. Todo nos falta cuando nos faltamos a nosotros mismos. Sí, te lo juro, veinte veces he deseado ser un jornalero, a fin de tener, al despertarme, una perspectiva, un atractivo, un

objetivo, una esperanza para el día siguiente. Envidio a menudo la suerte de Alberto, al verle sepultado hasta el cuello en las actas y en los pergaminos, y me imagino que sería yo más feliz si me hallara en su lugar. He tenido muchas veces intención de escribirte a ti y al ministro, para solicitar el empleo a las órdenes del embajador. Me aseguras que no se me negará, y yo también lo creo. Hace mucho tiempo que el ministro es muy bondadoso conmigo y se me ha mostrado en ánimo de colocarme. Hay momentos en que me siento dispuesto a ello, pero también hay otros en que me viene a la imaginación de fábula del caballo, que cansado de su libertad se dejó poner el freno y la silla, y se vio en seguida extenuado de cansancio y fatiga por las carretas y el trabajo que su dueño le impuso. ¿Qué haré yo? No lo sé.

28 de agosto.

Si mi dolencia fuese susceptible de curación, ésta no vendría de esas gentes. Hoy es el día de mi santo. Muy temprano recibo un paquete de Alberto; lo abro, y el primer objeto que se presenta a mi vista es uno de los lazos de seda color de rosa que llevaba Carlota la primera vez que la vi, y que desde entonces le había pedido muchas veces. Debajo había dos lindos tomos en dozavo. Son el *Homero* de Wetstein, edición que había deseado, porque la de Ernesti, que es la que yo llevo en mis paseos, es muy voluminosa e incómoda. Ya ves cómo saben anticiparse a mis deseos, cómo entienden y saben dar esas pruebas de amistad con semejantes atenciones llenas de delicadeza, mil veces más apreciables que esos regalos suntuosos que nos deslumbran y que no hacen sino evilecernos ante un bienhechor orgulloso y vano. Yo no haga más que besar y rebesar mil veces este lazo, y en cada bezo creo aspirar el recuerdo de los exquisitos goces disfrutados en aquellos días tan breves, que jamás volverán, ¡jamás! Esta es la suerte común, Guillermo; no murmuro ni me quejo de ella; las flores de la vida no hacen más que aparecer, y hay muchas que se marchitan y perecen sin que de ellas quede el menor vestigio. ¡Qué pocas producen fruto, y de estos frutos qué porciones más exiguas llegan a completa madurez! Hay, sin embargo, bastantes; mas, ¡oh, amigo mío!, ¿podemos abandonar, despreciar los más sazonados? ¿Podemos dejar que se malogren sin disfrutarlos?

Adiós, tenemos un verano magnífico. Voy a menudo al vergel de Carlota, me subo a los árboles y, armado de un varal, agarro las peras de las ramas más altas. Carlota, al pie del árbol, las recoge conforme las hago caer.

30 de agosto.

¡Infortunado! ¿Estás loco? ¿No te engañas tú mismo? ¿Qué esperas de esa pasión frenética y sin término? No pienso más que en ella; a ella dirijo mis ruegos; mi imaginación no se representa más que su imagen, ni ve más forma que la suya, y no veo de los objetos que me rodean sino aquellos que con ella tienen alguna relación; de este modo me procuro horas deliciosas. Hasta que sea preciso abandonarla nuevamente. ¡Ah, Guillermo, qué terribles tempestades se levantan a menudo en mi pecho! Cuando he pasado algunas horas a su lado; cuando me he embriagado contemplándola, recreándome con el sonido de sus palabras angélicas, todos mis sentidos se exaltan, se contraen mis nervios, un velo se corre sobre mi vista y dejo de oír... Me siento como asido de la garganta por una mano criminal; mi corazón late precipitadamente, hago desesperados esfuerzos para respirar el aire que parece faltarme, y la turbación de mis sentidos va creciendo por instantes. En estos terribles momentos, querido Guillermo, ignoro yo mismo si soy un ser de este mundo.

Si a veces consigo dominar el abrumamiento de mi espíritu; si Carlota me concede el triste consuelo de derramar sobre su mano las lágrimas que oprimen mi corazón... allá me disparo, allá me arrojo, vuelo desatinadamente por la campiña, trepo por la escarpada montaña, me abro paso entre espesos matorrales, atravieso setos y vallados cuyas zarzas y espinos me laceran y desgarran las carnes... Y entonces, con estas correrías se alivian un poco mis males. ¡Pero el alivio es tan escaso...! Y cuando, a menudo, vencido por la fatiga y por la sed, me tiendo en el campo, a mitad de camino, o cuando envuelto en las tinieblas de la noche me siento en medio del bosque solitario en el tronco de un árbol para dar algún descanso a mis pies magullados, entonces puedo conciliar el sueño, pero un sueño que me aniquila. ¡Oh, Guillermo! La soledad de una celda, las disciplinas y el cilicio son goces que muchas veces deseo. Pero hay que desengañarse; mis males no tienen más que un sólo remedio: ¡la tumba!

3 de septiembre.

¡Me voy! Gracias, muchas gracias, Guillermo, por haberme fortalecido en mi resolución. Quince días llevo pensando en alejarme de ella. ¡Debo partir! De nuevo está en la ciudad con otra amiga. Y Alberto... Y... ¡Me voy!

10 de septiembre.

¡Ah, qué noche, Guillermo! Ahora ya puedo soportar todo. ¡Ya no la veré más! ¡Oh! ¡Si pudiera arrojarme a tu cuello... y expresarte con mis lágrimas, con mis transportes, los confusos sentimientos que trastornan y oprimen mi corazón...! Heme aquí solo, pudiendo respirar apenas; me esfuerzo por tranquilizarme, espero el amanecer, y al rayar el alba los caballeros están a mi puerta.

Ella duerme tranquilamente, no piensa en que no volverá a verme jamás. Me he separado de ella; he tenido energía durante una conversación de dos horas, de no dar a conocer mi proyecto. ¡Dios mío, qué conversación!

Alberto me había prometido hallarse en el jardín con Carlota, después de la cena. Yo estaba en la terraza, al pie de los grandes castaños, y contemplaba el ocaso. Consideraba que esta era la última vez que el sol alumbraba para mí el risueño valle, y la última vez que las tranquilas del río me reflejaban sus rayos. ¡Cuántas veces me había hallado en este mismo sitio con ella, admirando juntos este mismo espectáculo...! ¡Y ahora...! Recorrí aquella alameda tan peseada; un secreto atractivo de simpatía me había conducido a ese sitio muchas veces, aun antes de conocer a Carlota; y después, ¡con qué placer descubrimos, al principio de nuestra amistad, nuestra mutua predilección por este rinconcito tan encantador! Seguramente es uno de los sitios más pintorescos que el arte haya creado. En primer lugar, entre castaños se descubre la hermosa perspectiva. Recuerdo haberte hecho varias veces esta descripción; pero, ¿te he hablado de esta especie de muralla formada por enredaderas y otras plantas trepadoras y verdes, cuya espesura da a esta alameda cierto color sombrío de lo más agradable; de estos pequeños recodos y rodeos que conducen insensiblemente a un pequeño recinto silencioso, cuyo retiro y aislamiento impresionan? Todavía me complazco en recordar la suave impresión que embargó mi alma este pequeño recinto religioso, sombreado por cierta oscuridad clara, pero misteriosa, la primera vez que viene a buscar en él un abrigo contra los ardientes rayos del sol a mediodía; y yo me decía en mi interior: ¡cuán delicioso debe ser este sitio para tener sueños lisonjeros, o para derramar lágrimas!

Hacía media hora que me hallaba embebido en los dulces y terribles pensamientos del *adiós*, de la despedida, cuando oí que alguien subía a la terraza. Corrí al encuentro, le tomé la mano, estremeciéndome, y la llevé a mis labios. Apenas habíamos andado algunos pasos, cuando empezó a mostrarse la luna entre el enramado de las colinas vecinas, y hablando de mil cosas diversas, nos acercábamos, sin pensar, al misterioso recinto. Carlota entró en él y se sentó,

y Alberto y yo nos pusimos a su lado. Mi agitación era tal, sin embargo, que no pude permanecer largo tiempo en aquel sitio; me levanté y me puse enfrente de ella; di algunos pasos y me volví a sentar; me hallaba en un estado de indecible angustia. Ella no llamó la atención, haciéndonos observar el hermoso efecto producido por la claridad de la luna que alumbraba toda la terraza, pasando a través del follaje enfrente de nosotros. Espectáculo magnífico y tanto más sorprendente cuanto que nos hallábamos sumidos en profunda oscuridad.

Después de unos momentos de contemplación y de silencio:

—Nunca —dijo ella— me paseo a la claridad de la luna sin que deje de verse asaltada mi alma por el recuerdo de las personas queridas que he perdido, y sin ser profundamente impresionada por las ideas de muerte y porvenir. No caeremos en la nada —añadió con un tono de voz penetrado de sentimiento divino—. ¡Existiremos! Pero, Werther, ¿volveremos a encontrarnos? ¿Nos reconoceremos? ¿Qué piensa usted acerca de esto?

—Carlota —respondí tendiéndole la mano y con los ojos inundados en lágrimas—. ¡Carlota, volveremos a vernos aquí y allá arriba...!

Y no pude continuar porque me faltó la palabra. Dime, Guillermo, ¿debía hacerme esa pregunta, a mí, que llevaba ese cruel *adiós* en el corazón?

—¿Quién podría decir —continuó diciendo— si esos seres queridos que han bajado a la tumba saben lo que nosotros hacemos en la tierra; si sienten cuando somos felices, si se recrean con el tierno y cariñoso recuerdo que conservamos de ellos? ¡Ah! La sombra de mi madre viene a fijarse en mi cerebro cuando, en el silencio y recogimiento tranquilo de la noche, me halló sentada en medio de sus hijos, que hoy día son los míos: cuando los veo reunidos en torno mío, como lo estaban alrededor de ella. Bañados mis ojos en dulces lágrimas, se dirigen entonces al cielo, y pido a Dios que se digne permitir que esa alma celestial eche una mirada sobre nosotros; que vea, a lo menos, que yo cumplo la palabra que le di a la hora de su muerte, de ser la madre de sus hijos. Yo le grito desde el fondo de mi corazón, y le digo: «Perdona, sombra sagrada, perdóname si no soy para ellos todo lo que tú eras... Por lo menos, hago lo que puedo. Están vestidos, alimentados, y lo que es más aún, cuidados y queridos. Si desde la morada en que habitas, alma dichosa, puedes ver nuestra fraternidad entrañable, ¡qué fervientes gracias no debes dar a ese Dios de misericordia que, al expirar, invocabas sobre tu familia abandonada!»

Tales fueron sus palabras. ¡Oh, Guillermo! ¿Quién puede repetirlas? ¿Cómo podrán pintar unos fríos caracteres trazados sobre un pedazo de papel, estos efluvios divinos del alma?

Alberto la interrumpió con dulzura:

—Te conmueves demasiado vivamente, Carlota. Sé muy bien lo caras que te son tales ideas, pero te ruego...

—¡Oh, alberto! —replicó ella—. Me consta que no has olvidado aquellas agradables veladas, cuando mi madre vivía, sentados alrededor de la mesita redonda, mientras el padre estaba de viaje y los niños acostados. Traías los libros interesantes, y, sin embargo, rara vez conseguiste leer una sola página. ¿No era preferible a todo la conversación de aquella criatura angelical? Bella, apacible, siempre activa. Dios ve las lágrimas que derramo en su presencia en el silencio de las noches, rogándole se digne hacerme semejante a mi madre.

—¡Carlota! —exclamé, lanzándome hacia ella y tomándole sus manos, que humedecí con mis ardientes lágrimas—. ¡Carlota! ¡La bendición de Omnipotente desciende sobre usted con el espíritu de su madre!

—¡Ah! ¡Si la hubiese conocido...! —me contestó, estrechándome las manos—. ¡Era digna de que usted la conociese!

Me creí transportado a los cielos; jamás había enorgullecido mi corazón un elogio tan noble.

—Era preciso —continuó—, era preciso que esta mujer fuera arrebatada y pereciese en la flor de sus años, cuando el último de sus hijos no tenía más que seis meses... Su enfermedad no fue larga, y estaba tranquila y resignada; lo único que le causaba pena era la vista de sus hijos, la del menor sobre todo. Cuando sintió acercarse su fin, me mandó que se los trajese, y así lo hice. Los niños no sabían nada del estado en que se hallaba; los mayores no lo comprendían. Yo los coloqué alrededor de su lecho, y ella hizo un esfuerzo para extender sus brazos y bendecirlos; abrazó a todos, uno después del otro, y luego los despidió diciéndome: «¡Sé tú su madre...!» Y yo se lo prometí con juramento sagrado. «Mucho prometes, hija mía —prosiguió—. ¡El corazón y los ojos de una madre! Las lágrimas de ternura y agradecimiento que yo te he visto derramar muchas veces, me prueban que sientes lo que eso es. Vuelvo a repetirte: sé tú su madre; conserva a tu padre la fidelidad y la sumisión de una esposa, tú le consolarás.» En seguida quiso verle, pero había salido de casa para ocultar el exceso de dolor que le afligía. Alberto, tú estabas presente, ella te oyó y rogó que te acercaras. ¿Recuerdas cómo nos miraba alternativamente y cómo brilló en sus ojos mortecinos un rayo de esperanza, de consuelo, como si adivinase que nosotros seríamos felices, felicísimos con nuestra misión?

Alberto la tomó en sus brazos, la estrechó contra su pecho y exclamó:

—¡Sí, tú serás dichosa, sí, siempre dichosa!

El tranquilo, el calmoso Alberto, estaba fuera de sí; y yo... ¿dónde estaba yo?

—Werther —continuó ella—: ¡y aquella mujer ha podido perecer...! ¡Gran Dios! Cuando pienso en la culpable facilidad con que nos acostumbramos a la privación de lo que hacía el encanto de nuestra vida... Cuando pienso que, para vergüenza nuestra, los niños sienten más vivamente su pérdida... Después de haber pasado mucho tiempo, los niños se lamentaban de que los *hombres negros* se habían llevado a su mamá.

Carlota se levantó. Yo me sentía profundamente trastornado, conmovido... Permanecí sentado y me apoderé de su mano.

—Es preciso marcharnos —dijo ella—, ya es hora de retirarnos y volver a casa.

Quiso retirar su mano, y yo la retuve y la estreché con más fuerza.

—Volveremos a vernos —exclamé—; volveremos a encontrarnos; sea la que quiera la forma en que nos hallemos, nos reconoceremos. Me marcho —añadí—, me marcho voluntariamente, y sin embargo, si tuviera que decir: «¡para siempre!», no podría soportarlo. ¡Adiós, Carlota! ¡Adiós, Alberto! Volveremos a vernos.

—Mañana mismo —dijo ella sonriéndose—; así lo espero.

Esta palabra: *mañana*, ¡cómo me hizo estremecer! ¡Ah! Ella no sabía cuando retiraba su mano con la mía que...

Ambos se dirigieron por la alameda; yo me quedé donde estaba, los seguí con la vista y los vi alejarse a la claridad de la luna. Cuando cesé de verlos, me arrojé en tierra gimiendo y sollozando. Al levantarme, mis ojos no tuvieron ya lágrimas que derramar; corrí a la terraza, y pude ver todavía su vestido blanco que brillaba entre la enramada y se distinguía en medio de la sombra que arrojaban los tilos a la entrada del jardín. Tendí los brazos... y todo desapareció!

LIBRO SEGUNDO

20 de octubre.

Estamos aquí desde ayer, El embajador se encuentra indispuesto y no saldrá durante unos días; si fuera más afable, todo iría a las mil maravillas. Le veo con demasiada frecuencia, y tengo que sufrir bastante con la mala suerte que el destino me reserva. Pero, tengamos ánimo; un humor apacible todo lo sobrelleva. ¡Humor apacible! Me mueve a risa ver que esta palabra haya podido escaparse de mi pluma. ¡Ah! Más sosiego en mi carácter me haría el más dichoso de los hombres. ¡Cómo! Otros seres ridículamente vanos se mostrarían ufanos de sus menguados alcances, y yo, ¿no voy a tener confianza en mis facultades? ¡Dios omnipotente! Tú que me has concedido estos dones, ¿por qué no me diste la mitad en confianza de mí mismo y en satisfacción propia?

¡Paciencia, paciencia, todo se arreglará! En conciencia, amigo mío, tienes razón. Desde que me veo en este torbellino, y observo lo que hacen estas gentes afanadas, y cómo lo hacen, estoy mucho más contento de mí mismo. ciertamente, estando hechos de manera que comparamos todo a nosotros, y nosotros a todo, la dicha como el infortunio se hallan en los objetos de comparación; y he ahí por qué nada hay más peligroso que la soledad. Inclinada nuestra imaginación por su naturaleza, a lanzarse, empujada por las ilusiones de la poesía, se forma todo un orden jerárquico de seres en el que nosotros ocupamos la parte inferior de la escala. Todo lo que está fuera de nosotros, nos parece excelente y perfecto. Estas ideas son naturales; sentimos con frecuencia que nos faltan muchas cosas, y lo que nos falta creemos verlo brillar en otros; entonces les atribuimos cuando poseemos, y además, cierta felicidad ideal. Y así es cómo nosotros mismos creamos ese ser perfecto.

En cambio, cuando a pesar de nuestra flaqueza, de toda nuestra pena, perseveramos simplemente en nuestros esfuerzos, nos hallamos a menudo mucho más avanzados, marchando lentamente y bordeando, que otros a fuerza de remos y de velas. Entonces se tiene un verdadero sentimiento de sí mismo, cuando se consigue llegar y aun ir más allá de lo que han ido nuestro rivales.

26 de noviembre.

Empiezo a encontrar mi situación relativamente soportable. Lo que en ella existe de bueno es que la ocupación no falta, y luego, los hombres de toda especie, de rostro diversos, componen una espectáculo variado que regocija mi alma. He conocido al conde de C***, y cada día siento aumentarse hacia él mi respeto: gran alma, a quien su superioridad no ha hecho insensible a los encantos del amor y la amistad. Tomó interés por mí, con motivo de un informe en cierto expediente que me procuró ocasión de hablarle del asunto. Desde las primeras palabras conoció que nos comprendíamos y que podía hablarme de un modo superior al que emplea con el común de las gentes; así es que nunca podré elogiar lo bastante sus maneras francas respecto a mí. ¡No hay alegría tan viva ni verdadera como la que se siente al ver explayarse un alma grande con otra alma que la comprende!

24 de diciembre.

El embajador me fastidia excesivamente; esto ya lo había yo previsto. Es el necio más quisquilloso que existe, marchando paso a paso, y más minucioso que una vieja. Es un hombre que nunca está contento de sí mismo y que, naturalmente, nadie puede contentar. A mí me gusta despachar prontamente los negocios, y cuando una vez he escrito una cosa, rara vez lo borro; pues bien, mi hombre es capaz de devolverme mi trabajo y hacérmelo revisar de nuevo, diciéndome: «Esto está muy bien; pero déle un repaso; siempre se encuentra algún término más propio, alguna partícula más precisa.» Esto desespera al mismo diablo. Cuidado con omitir la menor conjunción, ni el más pequeño guión. Es enemigo mortal de todas esas inversiones que se me escapan naturalmente y sin pensar; y si no se arregla el período, según la cadencia convenida, no lo comprende. Vamos, es un verdadero tormento tener que habérselas con un hombre así.

La confianza con que me honra el conde de C***, es lo único que me desquita y me consuela. El otro día me decía francamente lo descontento que estaba de la lentitud de nuestro enviado y de sus nimiedades. «Semejantes personas se fastidian ellas y a las demás; pero —añadió— es preciso resignarse a sufrirlas, como el viajero llegado al pie de una montaña. Si la montaña no se encontrase allí, el camino sería más cómodo y más corto; pero como es preciso seguir adelante, hay que subirla.»

Mi viejo plenipotenciario se da cuenta de la preferencia con que me honra el conde; eso le irrita, y no deja pasar ocasión de hablar mal de él delante de mí. Yo le defiendo, como es natural, y mi defensa no hace más que agravar su animosidad contra él. Ayer faltó poco para hacerme perder los estribos y mi serenidad, porque era más bien a mí a quien se dirigía esta crítica, al decirme: «Para el despacho corriente de los negocios el conde es excelente: tiene facilidad para el trabajo, escribe bien, pero carece totalmente de erudición fundamental, como todos los eruditos a la violeta.» Y todo esto acompañado y acentuado con un gesto particular que decía: «¿Comprendes lo que te digo?» Me hice el desentendido, y el dardo lanzado contra mí no produjo el efecto que él esperaba sin duda: desprecié al hombre capaz de pensar y de obrar de esa manera. No obstante, le hice frente y contesté con viveza diciéndole que el conde era un hombre a quien debía respetarse, tanto a causa de su carácter, como en razón de sus conocimientos: «Jamás —añadí—, jamás he conocido a ningún otro como él que haya sabido abarcar tanto con su talento y hacerlo extensivo a cuestiones tan diversas, sin perder las buenas maneras que exige el trato social.»

Mas para este obtuso cerebro expresarse así era hablar en hebreo; de modo que tomé el partido de retirarme por no oírle disparatar y decir mil necedades que irritaban mi bilis y me quemaban la sangre.

He ahí las consecuencias de haberme hecho encorvar bajo este yugo, ponderando tanto el empleo. ¡Valiente empleo! Si el rústico aldeano ocupado en plantar nabos y patatas, y que va a vender su trigo al mercado, no hace cosas más importantes que las que yo desempeño, me conformo con remar diez años más en esta galera.

¡Si vieras la brillante miseria y el fastidio que reinan entre estas insípidas y necias gentes que me rodean; su furor maniático por figurar en primera fila; cómo se observan mutuamente, para acechar y aprovechar las ocasiones de anteponerse unos a otros, aunque no sea más que un paso, y cuán mezquinas y ridículas son sus pasiones, que aparecen claras con toda su fealdad...!

Hay entre otras, por ejemplo, una señora que a cuantas personas conocidas o extrañas tiene ocasión de hablar, les empieza a contar su genealogía y a enumerar sus bienes. De modo que no hay sujeto que, después de haber escuchado estas ridículas noticias, estos pormenores que en nada le interesan, no se diga: «He aquí una criatura a quien han trastornado su cabeza algunos cuarteles de nobleza y algunas fanegas de tierra.»

Pues bien, esto, aunque malo, no sería lo peor, sino que esta buena mujer es, ni más ni menos, que la hija de un simple escribanillo de pueblo. Mira, querido Guillermo, yo no comprendo cómo esta pobre especie humana puede llegar a prostituirse y rebajarse de tan triste manera.

Es verdad que todos los días reflexiono y me hago cargo de lo locos que somos en juzgar a los demás según nosotros mismos. ¡Tengo que combatirme tan a menudo, con este corazón tan sujeto a promover tempestades...! ¡Ah! Si no me ocupo de los otros, y dejo a cada uno que siga su camino, que ellos me permitan seguir el mío.

Lo que más me fastidia y lastima es la miserable distinción de clases. Sé tan perfectamente como cualquiera, la necesaria que es la diversidad de condiciones, y reconozco las ventajas que esta variedad me procura; pero no quisiera verla siempre delante, precisamente en momentos en que podrían procurarme algún placer ciertas ilusiones. Últimamente, conocí en el paseo a la señorita de B***, joven muy amable que ha sabido conservar mucha naturalidad y sencillez en medio de la vida afectada en que se vive en este país. En la conversación simpatizamos, y al separarnos le pedí permiso para presentarle mis respetos en su casa. Accedió con tanta franqueza y benevolencia, que se me hacía largo el tiempo de ir a verla. Esta joven no es de aquí y vive en casa de una tía suya. La fisonomía de esta última, que es viuda, no me agradó de ninguna manera. Me mostré sumamente atento con ella, le guardé mil atenciones y antes de media hora descubrí lo que su amable sobrina me confesó después: que su querida tía no contaba, en su desahuciada vejez, con más recursos ni más crédito que la genealogía nobiliaria de sus antepasados, tras de la cual se había atrincherado con la vana satisfacción de asomarse al balcón y pasear sus miradas desdeñosas sobre las gentes plebeyas. Dicen que fue hermosa en su juventud, pero que la pasó en los placeres y en la disipación, y que, con sus favores, causó tormento a más de un pobre mancebo. Cuando llegó a la edad del juicio después de haberla agostado la flor de la juventud, le fue preciso inclinar la cabeza bajo el yugo de un anciano oficial que, por

una pequeña pensión, consintió pasar la edad de bronce con ella y después murió. Hoy día, se ve sola en la edad de hierro, y nadie le haría caso, ni la miraría, si no fuera por su amable sobrina.

8 de enero de 1772.

¿Qué son, pues, estos hombres para quienes el ceremonial embarga todas las potencias de su alma, y cuyos esfuerzos, durante años y años, no tienden más que a situarse en la sociedad en una escala más alta? Y no porque les falte ocupación en otras partes, al contrario, acumulan necesidades y trabajo, porque en medio de sus intrigas y de las impertinencias y disgustos que tienen que soportar mientras andan a la caza de un ascenso, abandonan los asuntos de mayor importancia. La semana pasada fue descompuesta y perturbada una partida de trineos por miserables altercados de esta especie.

¡Locos! No ven que la posición social no vale nada por sí misma, ni tiene ninguna importancia para las cosas, y que aquel que ocupa el primer puesto, rara vez desempeña el papel principal.

¡Cuántos no son los reyes gobernados por sus ministros! ¡Cuántos no son los ministros que, a su vez, son gobernados por sus secretarios! Y en estos casos, ¿quién es el primero? Me parece que aquel cuya influencia pesa sobre los otros, que tiene bastante fuerza o destreza para hacer concurrir, a pesar de ellos, sus pasiones, sus recursos y sus influencias, para la ejecución de sus planes, miras y proyectos.

20 de enero.

Es preciso que le escriba, mi querida Carlota, desde aquí, en el cuartito de una posada de aldea donde he venido a buscar un abrigo contra el mal tiempo. Desde que vivo vegetando en el rincón triste de D***, entre gente tan extraña a mi corazón, este corazón no me había mandado una sola vez que le escribiese; y hoy, al hallarme en esta choza, en este solitario rincón donde la nieve y el granizo asaltan mi humilde ventana, usted ha sido mi primer pensamiento. Apenas entré aquí, cuando su recuerdo, su imagen, toda usted se han representado a mi imaginación de la manera más viva. ¡Qué momento sagrado! ¡Qué recuerdos sublimes! ¡Gran Dios, eran los encantos que sentí cuando la vi por primera vez!

·¡Si viera ahora, Carlota, en el torbellino y el bullicio de las distracciones, lo embotados que se hallan mis sentidos...! Nada me dice el corazón... No gozo una hora siquiera de verdadera felicidad... ¡Nada, nada siento! Estoy como si me hallara delante de un teatrillo de feria, en el que los titiriteros hacen representar y bailar a sus muñecos. Veo pasar por delante de mis ojos a esos hombrecillos, esos caballitos de madera y otras figurillas, y me pregunto a mí mismo si esto es una ilusión o un juego de óptica, o bien si soy yo mismo el muñeco que se emplea y que se trata como a un autómata. Tomo algunas veces a mi vecino por la mano, siento que es de manera, y me aparto, estremecido. Por la noche me propongo levantarme al día siguiente para ver salir el sol, y por la mañana me encuentro en la cama mucho después de que ha salido. Durante el día espero gozar por la noche de la claridad de la luna: llega la noche y me quedo en mi cuarto. No sé por qué me levanto, ni por qué me acuesto.

La savia vital que corría por mis venas, que ponía mi vida en movimiento, está inerte y sin vigor ni fuerza, se ha desvanecido ese profundo y delicioso encanto que me vivificaba y me animaba durante la profundidad de la noche, y que por la mañana me arrancaba de los brazos del sueño.

No he encontrado aquí más que una sola y verdadera mujer, la señorita de B***, que se le parece, carlota, si es que hay alguien que pueda parecérsele. «¡Ea!, exclamará usted quizá, he aquí que ahora se vuelve cumplimentero. Y la verdad, en parte no dejará de tener razón, porque desde hace algún tiempo me he hecho un galán obsequioso completo, ya que no puedo ser otra cosa; y las mujeres declaran unánimes que nadie sabe alabar, ni ponderar como yo (ni mentir, añadirá usted, porque sin esto, muchas veces no puede uno salir del paso, como sabe muy bien). Quería hablar de la señorita B***, cuya alma apasionada y ardiente se refleja en sus ojos azules. Su posición social es para ella una carga, porque no satisface ninguno de los deseos de su corazón. Aspira siempre a alejarse del bullicio. ¡Cuántas horas hemos pasado soñando una felicidad sin sombra en medio de escenas campesinas! ¡Cuántas veces hemos hablado de usted, y cuántas se ha visto obligada y forzada a hacerle justicia, a rendirle homenaje! ¿Forzada? No, dijo mal; al contrario, se complace en ello; le gusta infinito oír hablar de usted... y la quiere.

¡Ah, si me encontrase sentado a sus pies en el pequeño gabinete favorito, y nuestros queridos niños, brincando a mi alrededor, la incomodasen con su ruido y algazara! Los reuniría en un rinconci-

to, les contaría alguna historieta amedrentadora y no volverían a hacer el menor ruido.

El sol se pone majestuosamente, ocultándose detrás de las colinas resplandecientes con la nieve de que están cubiertas. Se ha disipado la tempestad; el huracán se ha calmado, y yo... es preciso que vuelva a entrar en mi retiro... Adiós... ¿Está Alberto a su lado? Y, ¿cómo? Perdóneme Dios esta pregunta.

8 de febrero.

Hace ocho días que tenemos un tiempo horroroso, y me regocijo de ello, porque, desde que estoy aquí, no ha lucido para mí un solo día en el cielo sin que algún importuno haya venido a fastidiarme, a turbar mi sosiego. Por lo menos ahora que está lloviendo sin cesar, que reina un viento fuerte, que hiela y ventisca, me digo que no lo pasaré peor en casa que fuera, en la ciudad que en el campo, y estoy contento. Si la salida del sol promete un día sereno, no puedo menos de exclamar: «He aquí todavía un favor celestial de que los humanos van a privarse mutuamente.»

No hay nada, nada en el mundo que ellos no se envidien y que no se arranquen: la salud da buena fama el descanso, la alegría y la mayor parte de las veces por inepcia y pequeñez de espíritu, y esto, como dicen ellos, con las mejores intenciones. A veces me dan tentaciones de arrojarme a sus pies y pedirles de rodillas que no desgarren sus propias entrañas con tanto furor y encarnizamiento.

17 de febrero.

Temo que el embajador y yo no estemos mucho tiempo de acuerdo. Es completamente insoportable. Su manera de despachar los negocios y de trabajar es tan ridícula, que no puedo dejar de contrariarle, y hasta de obrar algunas veces según mi idea, lo cual, naturalmente, no le agrada; hasta ha elevado una queja contra mí a la corte, lo cual me ha valido una reconvención del ministro, muy suave, es verdad, pero, al final, reconvención.

Iba a solicitar una licencia temporal, cuando recibí de él una carta particular, en vista de la cual he inclinado la cabeza y alabo el buen sentido, el juicio recto, noble y elevado que la ha dictado. ¡Con qué delicadeza hace justicia a mis aptitudes (aun exageradas)

de actividad, de influencia sobre otros, de penetración en los asuntos; aptitudes que tiene la bondad de calificar de noble ardor juvenil! ¡Cómo modera y reprime el exceso de mi sensibilidad! No trata de sofocar mis ideas, sino de moderarlas, suavizarlas y dirigirlas hacia un objeto sobre el que puedan obrar con toda su extensión y ventaja. Esto me ha reconfortado para ocho días y me ha reconciliado conmigo mismo. Esta paz es un tesoro, es la verdad felicidad. ¡Ay, amigo mío! ¿Por qué una alhaja semejante es tan frágil, tan rara y a la vez tan preciosa?

20 de febrero.

¡Qué Dios extienda su bendición sobre vosotros, amigos míos, y os dé todos los días la dicha que a mi me escatima!

Gracias, Alberto, por haberme engañado. Esperaba recibir noticias de vuestra unión, y ese día me había propuesto que desapareciera de la pared el retrato de Carlota, sepultándolo con otros papeles. ¡Ya estáis unidos, y su imagen se halla sin embargo en el mismo sitio! Pues bien, que se quede allí. ¿Y por qué no habría de quedarse? Sin causarte perjuicio, ¿no ocupo yo también un lugar en el corazón de Carlota? Sí, lo sé; sé que en él ocupo el segundo lugar, y quiero y debo conservarla por esta razón. Si llegase a saber que podía olvidarme, esto me volvería loco furioso... Esta sola idea, Alberto, es un infierno para mí ¡Adiós, Alberto! ¡Adiós, Carlota, ángel del cielo, adiós!

15 de marzo.

Acabo de experimentar un disgusto que me obligará a marchar de aquí. ¡Mis dientes rechinan, voto a bríos! Esto no tiene remedio, y vosotros sois la causa de ello, que me habéis excitado, atormentado, forzado a aceptar un empleo que no era de mi gusto. Pues bien, he aquí lo que ha sucedido, podéis estar contentos; y a fin de que no vayas a decirme que mis ideas exageradas todo lo aumentan, voy a hacerte una relación detallada de mi aventura, a manera de crónica.

El conde de C*** me quiere y me distingue; todos lo saben, y yo te lo he dicho ya cien veces. Ayer comía en su casa; era, precisamente, un día de gran recepción y se esperaba aquella noche a la alta

nobleza. Yo no recordaba que este día fuese de reunión, ni había pensado en ella, y mucho menos en la etiqueta que nos destierra a los subalternos. Bueno, después de comer pasamos al salón el conde y yo, y conversamos; llega el coronel B***, que toma parte en la conversación, y se acerca la hora de la reunión. se abren de par en par las puertas del salón, y me veo entrar a la muy alta y muy poderosa señora de S*** con su noble esposo y su grande y necia hija, polluela bien encobada, pechihundida y encotillada hasta parecer de avispar su cintura; y al pasar delante de mí, sus ojos y su nariz me lanzaron un gesto de desprecio.

Desagradándome soberanamente todo este aparato, ya no pensé más que en retirarme, y esperaba para despedirme del conde a que se viese libre de toda esta charla insípida y vulgar de los cumplidos, cuando entró mi señora B***. Como mi corazón se ensancha un tanto siempre que la veo, que me quedé en el salón, detrás de un sillón, y no fue sino después de cierto tiempo, cuando advertí que me hablaba de una manera menos franca que de costumbre, y hasta con cierto embarazo. Esto me llamó la atención. «¿Estará cortada por el mismo patrón que las demás?», me pregunté. Me sentí ofendido; quería marcharme, y sin embargo, me quedé en el salón... Quería disculparla, esperaba una palabra de ella y... lo que tú quieras. Mientras tanto el círculo empezó a agrandarse y la concurrencia a ser más numerosa. El barón de F***, vestido con traje completo que mandó hacerse para asistir ala coronación del emperador Francisco I; el consejero áulico R***, echando el resto, y el titulado caballero S***, que entró acompañado por su cara y sorda mitad; el pobre y desgraciado F***, que reemplaza los adornos góticos y antiguallas que no tiene en su guardarropa, con chucherías modernas; y en fin, otra porción de personajes de esta especie. Quise trabar conversación con algunos que conocía personalmente, y todos me respondieron de la manera más lacónica. Pensaba en la señorita B***, y no pensaba más que en ella. No observé que algunas señoras cuchicheaban entre sí en un ángulo del salón, que se hablaban al oído, que este cuchicheo era extensivo a los hombres, y que madama S*** hablaba con el conde. (Todo esto me lo ha referido después la señorita B***.) En fin, el mismo conde se acercó a mí, y llevándome al hueco de una ventana:

—Ya sabe —me dijo— cuál es nuestra ridícula etiqueta; según parece, la concurrencia no le ve aquí con gusto. No quiera por cuanto hay en el mundo...

—Excelencia —contesté interrumpiéndole—, pido un millón de perdones; confieso que debí pensar antes en esto, y ruego que me

excuse esta inadvertencia. Quería hace rato despedirme, pero algún espíritu maligno me ha retenido.

Y, sonriendo, le hice un respetuoso saludo.

El conde me estrechó la mano con una afectuosa expresión que lo decía todo. Me escapé inmediatamente de tan ilustre reunión, subí a una calesa y me fui a M***. Desde la cima de la colina me puse a contemplar la puesta del sol, y allí leí ese soberbio canto de Horacio, en el que describe cómo Ulises recibió hospitalidad del divino porquero. Todo esto era magnífico.

Por la noche vuelvo a la ciudad para cenar, y encontré algunos huéspedes en el comedor, quienes, para jugar a los dados habían levantado una punta del mantel. Llega poco después el honrado Adelino, cuelga el sombrero en la percha y, echando una ojeada sobre los concurrentes, me ve, se acerca y me dice en voz baja:

—¡Qué vergüenza habrás pasado!

—¿Quién? ¿Yo? —le respondí.

—Sí, el conde te ha hecho salir del salón y dejar la reunión.

—¡Que la peste les pille a todos ellos! —exclamé—. ¡No he tenido poco gusto de verme al aire libre...!

—¡Magnífico! —me contestó—. Siempre es un consuelo tomar las cosas de ese modo; pero siento mucho que lo ocurrido se haya divulgado por todas partes.

Al oír esto empecé a sentirme algo mortificado, mucho más cuando observé que todos cuantos venían a sentarse a la mesa me miraban de un modo particular... «Sin duda están al corriente de mi aventura», pensaba en mi interior, y la sangre hervía en mis venas.

Ahora que por cualquier parte me veo perseguido con una lástima ofensiva; ahora que mis envidiosos triunfan y se dicen: «He ahí lo que a los fatuos y necios presumidos les sucede; porque tienen una chispa de talento se creen con derecho para sobreponerse a los demás y faltar a todas las conveniencias.»

Cuando se oyen semejantes hablillas, se ve uno tentado a clavarse un puñal en el pecho; porque, celébrese cuando se quiera la firmeza de carácter, pero a ver cuál es el hombre que tenga bastante sangre fría para sufrir con paciencia que unos majaderos hablen mal de él, si por desgracia encuentran motivo para censurarle y morderle. Cuando la maledicencia carece de sentido común y es una paparrucha sin fundamento, entonces se les puede dejar que digan cuanto quieran, y reírse y burlarse de ellos.

16 de marzo.

Todo me contraría, todo me irrita. Hoy he encontrado a la señorita B*** en el paseo y no pude menos de acercarme a ella. Tan pronto como estuvimos algo separados del gentío, le manifesté lo mucho que me había afectado y hecho sufrir la conducta seguida conmigo últimamente.

—¡Oh, Werther! —me contestó—. ¿Es posible que haya interpretado de ese modo mi embarazo, usted que conoce los sentimientos de mi corazón? ¡Si supiera cuánto he tenido que sufrir por causa suya desde que entré en el salón y le vi! Todo lo preví, y cien veces estuve tentada de decírselo. Sabía que las señoras de S*** y de T*** antes saldrían del salón con sus maridos que permanecer en su compañía. Sabía que el conde no se decidiría a hacerles frente; y hoy, ¡qué escándalo!

—¡Cómo, señorita! —exclamé haciendo esfuerzos para ocultar mi turbación, porque todo lo que Adelino me había dicho el día anterior acudió a mi memoria y corría por mis venas como lava ardiente.

—¡Cuánto me ha hecho padecer! —añadió la angelical criatura, cuyos ojos veía inundados en lágrimas.

No me sentía ya dueño de mí mismo, y hubo un momento en que estuve próximo a arrojarme a sus pies.

—¡Explíqueme! —le dije.

Abundantes lágrimas corrían por sus mejillas, que ella enjugaba sin querer ocultarlas.

Yo estaba medio loco.

—Ya conoce a mi tía, ¿verdad? Pues bien, ella presenció lo ocurrido. ¡Ah, si supiera de qué manera lo ha considerado! Ayer noche, Werther, tuve que sufrir una fraterna riña, y nuevas reconvenciones esta mañana, por mi amistad con usted. Me he visto precisamente a tener que oír cómo le despreciaban, le rebajaban y atacaban sin poder salir en su defensa más que a medias.

Cada una de sus palabras me atravesaba el corazón como un cuchillo acerado. Ella no podía presumir que, aunque sólo fuese por conmiseración, debía ocultarme todo aquello. Observó las muchas habladurías a que iba a dar lugar este incidente y cuánto iba a regocijarse cierta clase de gente: el gozo y el placer que les proporcionaría el castigo de lo que ellos me reprochaban hacía largo tiempo: mi arrogancia y desdén por los demás. ¡Y oír todo esto de ella, Guillermo, y dicho con el interés más sincero...! Estaba confundido, anonadado, y aún me siento furioso.

Quisiera que alguno se atreviese a hablarme cara a cara para poder atravesar su pecho con mi espada; creo que me encontraría aliviado viendo correr sangre. Cien veces empuñé un cuchillo para dar algún desahogo a mi corazón oprimido. Se habla de una raza de caballos que, cuando se sienten sofocados violentamente por una desenfrenada y larga carrera, se abren una vena con sus propios colmillos para aliviar su respiración. Muchas veces me vienen también a mí ideas de abrirme las venas para procurarme y conquistar una eterna libertad.

24 de marzo.

He enviado mi dimisión a la corte y espero que será aceptada. Me perdonaréis si antes no os he pedido permiso. Es preciso absolutamente que me vaya de aquí, y ya sé de antemano todo lo que tenéis que decirme para persuadirme a que me quede. Os ruego que prevengáis a mi madre, dorándole esta resolución del mejor modo posible, porque la noticia le causará positivamente alguna pena, y yo no alcanzo a tanto; tratad de disculparme y de que ella me disculpe. Realmente, le habrá afectado ver que su hijo hace un alto y se separa del camino que debía conducirle en línea recta al consejo áulico y a las embajadas. Disponed como creáis pertinente, y combinad todas las hipótesis posibles bajo las cuales podía y debía quedarme; pero basta, me marcho. A fin de que sepáis a dónde voy, te diré que el Príncipe de *** está aquí, y se complace en mi trato. Habiendo sabido mi resolución, me ha rogado que le acompañe a sus Estados, y que vaya a pasar con él la primavera. Allí seré completamente libre y viviré entregado a mí mismo; así me lo ha prometido. Y como nos entendemos, hasta cierto punto, quiero probar suerte, y partiré con él.

POST-SCRIPTUM

19 de abril.

Te doy las gracias por tus dos cartas; no he contestado a ellas porque esperaba, para cerrar ésta, haber recibido mi licencia. Temía que mi madre se hubiese dirigido al ministro para frustar mi proyecto. Pero se han realizado mis deseos: la licencia está concedida, y

la tengo aquí delante de mis ojos. No diré con cuánto sentimiento ha sido aceptada esta dimisión, ni todo lo que me escribe el ministro, porque esto os haría prorrumpir en lamentaciones. El príncipe heredero me ha enviado veinticinco ducados con un billete que me ha hecho derramar lágrimas; por tanto, no necesito el dinero que últimamente pedí a mi madre.

5 de mayo.

Marcho mañana, y no distando más que seis millas del camino el lugar de mi nacimiento, quiero volver a verlo; quiero volver a recordar aquellos días felices que no eran sino una serie de ininterrumpida de sueños dorados.

Entraré por la misma puerta por donde mi madre y yo salimos cuando, después de la muerte de mi padre, ella abandonó ese lugar querido y tranquilo para ir a encerrarse en su maldita ciudad. Adiós. Guillermo; ya te daré noticias de mi viaje.

9 de mayo.

Nunca visitó ningún peregrino los Santos Lugares con tanto fervor, como yo al visitar de nuevo mis patrios lares. ¡Qué inesperados impulsos se han suscitado en mi corazón!

Cerca del gran tilo que se halla en el camino del S***, a un cuarto de legua del pueblo, bajé del carruaje y dije al postillón que continuase caminando, a fin de impregnarme mejor, yendo a pie y según mi corazón, en los recuerdos más frescos y vivos. Me encontraba allí debajo de aquel árbol que, en otro tiempo, en mi infancia, era objeto y límite de mis paseos. ¡Qué cambios! Entonces, en medio de una completa ignorancia, no aspiraba más que a lanzarme en el torbellino del mundo desconocido, en el que yo esperaba encontrar tantos verdaderos goces para mi corazón; en el que me lisonjeaba saciar, calmar mi alma llena de aspiraciones inquietas... Y ahora... ¡heme aquí de vuelta de ese mundo, oh amigo mío, con tantas esperanzas frustradas, con tantos sueños desvanecidos e ilusiones perdidas! Veía ante mis ojos la montaña tantas veces objeto de mis deseos, donde me sentaba y permanecía durante horas enteras. Mi imaginación, sobreexcitada, me transportaba más allá de las alturas; me perdía entre los bosques, en los valles que tenía a mi vista, envueltos en las lejanas nieblas; y cuando, el fin, era preciso bajar de las alturas, a una

hoja fija, grande era mi pena al abandonar aquel lugar de delicias. Mientras me acercaba a la ciudad, saludaba jardines y glorietas que había conocido; los nuevos me chocaban, y los cambios obrados me desagradaban. Llegué a la puerta, y al momento me repuse. No quiero entrar en detalles, amigo mío, porque si las dulces sensaciones que experimenté tenían para mí un divino encanto, la relación de ellas no sería sino muy semejante a otras que ya te he hecho. Había resuelto hospedarme en el mercado, cerca de nuestra antigua morada, y al pasar noté que la escuela donde una buena mujer anciana nos amontonaba a todos los niños, se había transformado en una tienda de comestibles. Recordé los enfados, las angustias de corazón, los llantos sufridos en aquel sitio. Encontraba un recuerdo en cada paso que daba. Jamás peregrino alguno experimentó en Tierra Santa emociones tan religiosas y profundas como las mías. Entre mil, te diré un ejemplo: bajé por el río hasta llegar a cierta alquería que solía frecuentar; era el lugar donde los muchachos nos divertíamos en echar piedras al agua y ver cuál de nosotros las hacía rebrincar más sobre la superficie. Me acordé vivamente de aquellos momentos en que, parado en la orilla, fijos los ojos en la corriente, la seguía con el pensamiento; de cómo mí espíritu aventurero me representaba con romancesco colores los países que iba a recorrer en su curso. Pero pronto mi imaginación encontraba límites, y, sin embargo, la obligaba a extraviarse, a estraviarse siempre, hasta que llegaba a perderme enteramente en la perspectiva de una lontananza imperceptible. Tales eran, amigo mío, los límites dichosos en que vivían nuestros abuelos. Sus sensaciones, su poesía, tenían cierto carácter de sencillez, cierto aire inocente e infantil. Cuando Ulises habla del Océano sin fondo y sin límites, de la tierra que nada circunscribe, ¿no es esa la verdad proporcionada a la capacidad del hombre? Esto toca al corazón y está lleno de misterio. ¿De qué me sirve el poder repetir con todo estudiantillo, que la tierra es redonda? El hombre no tiene necesidad más que de algunos terrenos de ella para sostener su vida, y menos aún para descansar en ella sus restos mortales.

Hoy día me hallo aquí en el pabellón de caza del Príncipe, en cuya compañía es muy fácil y agradable vivir, porque es sincero y muy sencillo. Está rodeado de individuos muy singulares que no comprendo; no parecen bribones, y, sin embargo, tampoco tienen trazas de gentes honradas. A veces me parecen extremadamente sinceros y leales, mas no puedo resolverme a fiarme de ellos. Lo que me causa pena es que el Príncipe habla con frecuencia de cosas que sólo ha oído o leído, y siempre en el concepto y desde el punto de vista en que le ha sido presentado el objeto.

Hace más caso de mi ingenio y de mis conocimientos, que de este mi pobre corazón, que es, sin embargo, lo que más estimo y del que estoy ufano; de este corazón, manantial y único origen de mis afectos, de todas mis facultades, de toda dicha y de toda miseria. ¡Ah! Lo que yo sé, cualquiera puede saberlo; pero mi corazón... ¡mi corazón no es más que mío!

25 de mayo.

Me rondaba una idea en la cabeza de la que no quería hablarte sino después de haberla ejecutado; ahora que no tendrá efecto, puedo echarla a volar. Quería ir a la guerra, y este deseo ha ocupado mi corazón durante largo tiempo; motivo principal que me decidió a acompañar al Príncipe, que es general al servicio de Prusia. Un día que íbamos de paseo, le descubrí mi proyecto, y él hizo esfuerzos para disuadirme; si no hubiese atendido sus razones, habría habido en mí más pasión que capricho.

11 de junio.

Di lo que quieras, no puedo permanecer más tiempo. ¿Qué haría aquí? El Príncipe me trata muy bien como puede tratarse a un hombre, y, sin embargo, no estoy a gusto; el tiempo se me hace pesado. En el fondo, no hay nada de común entre los dos. Es hombre de talento, pero adocenado. Su conversación no tiene para mí mayor atractivo que la lectura de un libro bien escrito. Dentro de ocho días volveré a ir errante de acá para allá. Lo mejor que he hecho han sido mis dibujos. El Príncipe es aficionado al arte, y hasta llegaría a ser un inteligente si no estuviera tan atado al principio pedantesco de las reglas y de la terminología. Me irrita a veces, y me impacienta si, enardecido por el fuego de la inspiración, le hago recorrer los campos de la Naturaleza y del arte, y él cree obrar maravillosamente intercalando una palabra teórica o un término científico.

16 de julio.

No soy más que un peregrino que vaga por la tierra. ¿Sois vosotros otra cosa?

18 de julio.

¿Adónde quiero ir? Te lo diré en confianza. Seguiré aquí unos quince días, y luego haré creer que deseo visitar las ruinas de ***, aunque en realidad no hay nada de esto; no quiero sino acercarme a Carlota, esto es lo cierto. Me río de mi propio corazón y al fin concluyo por hacer lo que él quiere.

29 de julio.

No, ¡todo está bien! ¡Todo está a las mil maravillas! ¡Yo, su marido! ¡Oh, Dios mío, si me hubieses destinado tanta dicha, mi vida no habría sido más que una adoración continua! No quiero entrar en discusión. Perdóname mis lágrimas; perdóname mis deseos ilusorios. ¡Ella mi esposa! ¡Estrechar en mis brazos a la criatura más peregrina que respira bajo el sol! Un temblor mortal se apodera de todo mi ser, Guillermo, cuando Alberto se permite ceñir con su brazo su cintura gentil.

Y, ¿me atreveré a decirlo? ¿Por qué no? Sí, amigo mío, ella habría sido más feliz conmigo que con él. ¡Oh! No es hombre a propósito para colmar todos los anhelos de un corazón como el suyo. Carece de cierta sensibilidad, no tiene... ¡Tómalo como quieras! Su corazón no simpatiza con los nuestros al leer el pasaje de un libro querido, en que el mío y el de Carlota se encuentran y laten al mismo tiempo unidos, ni en otros cien casos en que llegamos a expresar nuestros sentimientos sobre la acción de un tercero. Pero, querido Guillermo, ¿es verdad que él la ama con toda su alma y que no merece semejante amor? Un hombre insoportable ha venido a interrumpirme. Mis lágrimas se han agotado. Estoy trastornado, Adiós, querido amigo.

4 de agosto.

No es a mí sólo a quien le sucede esto. Todos los hombres se ven frustrados en sus esperanzas, engañados en lo que esperan. Visité a la buena campesina bajo los tilos; el mayor de sus hijos vino corriendo hacía mí; los alegres gritos que daba atrajeron a la madre, que pasaba muy triste y abatida.

—¡Mi buen señor! —fue su primera exclamación al verme—. ¡El pobre Juanito se me murió!

Juan era el menor de sus hijos.

Yo guardé silencio.

—Mi marido —continuó— ha vuelto de Suiza y no ha traído nada: sin las buenas almas, se habría visto reducido a mendigar para volverse, y en el camino ha tenido calenturas.

No pude decir nada. Le di alguna cosa al niño y ella me rogó que aceptase unas manzanas. Las tomé y me alejé de un sitio de tan tristes recuerdos.

21 de agosto.

En un abrir y cerrar de ojos, todo cambia para mí. A veces, un placentero rayo de la vida arroja una vislumbre, una media claridad en las tinieblas de mi alma, y desaparece al momento. Si me extravío en mis sueños, no puedo menos de detenerme en este pensamiento: «Si se muriese Alberto... tú serías... Sí... ella sería... Y yo...» Entonces, echo a correr, me lanzo a perseguir un fantasma, hasta que me conduce al borde del abismo cuya vista me hace estremecer.

Si salgo de la ciudad y me encuentro en ese mismo camino que seguí la primera vez para ir en busca de Carlota y conducirla al baile, ¡qué cambiado se presenta todo a la vista...! ¡Todo, todo se ha desvanecido! Ya no queda ni un rasgo de ese mundo que ha pasado, ni una emoción de los sentimientos que entonces me agitaron. Soy semejante a la sombra de un príncipe poderoso, que saliendo de la tumba a fin de ver nuevamente el suntuoso palacio que para su amado hijo edificó y alhajó con todo el esplendor y magnificencia regios, no encuentra sino escombros, tristes ruinas cubiertas de polvo y sepultadas entre cenizas.

3 de septiembre.

Muchas veces, no alcanzo a comprender cómo pueda amarla otro, cómo se atreve a amarla, ¡siendo mi amor por ella tan grande, tan profundo, tan exclusivo! ¡No conozco, no siento, no veo más que a ella!

4 de septiembre.

Como la Naturaleza va a entrar en el otoño, el otoño va a reinar en mí y en lo que me rodea. Como las hojas de los árboles cercanos

antes de caer, las hojas de mi alma amarillean. ¿No te hablé en otro tiempo de un mozo de labranza con quien tropecé cuando vine aquí? Me he informado de él nuevamente en Wahlheim y me han dicho que había sido despedido, pero nadie quiso decirme más. Ayer, por casualidad, le encontré en el camino que conduce a otra aldea, me acerqué a él y me contó su historia, que me ha conmovido de una manera extraordinaria como lo echarás de ver cuando te la refiera. Pero, ¿a qué fin todo esto? ¿Por qué no guardo para mí lo que me aflige y atormenta? ¿Para qué afligirte a ti también? ¿A qué darte continuamente ocasiones de compadecerme y de reñirme? Más, ¡qué remedio queda! Eso depende, tal vez, de mi destino.

Al principio respondió a mis preguntas el mozo con sosegado desconsuelo, creyendo encontrar en él cierto temor; pero poco después, animándose, él mismo reconoció sus faltas, fue más franco y deploró su desgracia. ¡Cuánto daría, amigo mío, por poderte repetir sus mismas palabras! Me confesó y me contó con cierta fruición, producida por estos recuerdos, que su pasión por el alma en cuya alquería servía, había ido aumentando en términos que, últimamente, ya no sabía lo que hacía, ni, según su propia expresión, a dónde dar con la cabeza. Ni comía, ni bebía, ni podía dormir, y sentíase como sofocado. Hacía lo que no debía, olvidaba los encargos y andaba como perseguido por un genio maléfico. Un día, en fin, sabiendo que su ama estaba en una de las habitaciones altas, había subido, o más bien había sido arrastrado por una fuerza irresistible, y no habiendo querido escuchar sus ruegos la mujer que él adoraba, había tratado de hacerse dueño de ella por la fuerza y de violentarla. No supo cómo sucedió, y puso a Dios por testigo de que sus miras y pretensiones siempre fueron honradas, y que nada anhelaba tanto en este mundo como ser el esposo de aquella mujer y pasar la vida a su lado. Después de hablar largo rato, empezó a balbucir, como si hubiera algo que no se determinara de una vez a decirme. Por último, me refirió, con cierto empacho, las pequeñas libertades que ella le había permitido, los ligeros favores que le concedía, y durante esta confesión de interrumpió dos o tres veces para protestar que él no hablaba así por despecho, y que la quería y estimaba lo mismo que antes; que a nadie había dicho nunca estos detalles, y que si me los exponía a mí, lo hacía solamente para convencerme de que no era un bellaco ni se hallaba enteramente falto de juicio. Y aquí, mi querido amigo, vuelvo a entonar mi vieja canción, mi eterno estribillo.

Si pudiera representarte a este hombre, tal y como él se me aparecía, tal y como le veo todavía; si pudiera hacerte una relación exac-

ta y fiel, para que comprendieras todo el interés que me inspira su suerte...! Pero... ¡basta! No hablemos más de esto. Tú que me conoces, sabes muy bien qué es lo que me atrae hacia todos los desgraciados y particularmente hacia éste.

Al repasar esta carta, me doy cuenta de que olvidé contarte el final de la historia; pero se adivina fácilmente. La bella aldeana se defendió contra sus ataques y acudió uno de sus hermanos, que aborrecía a este joven y deseaba verle fuera de la casa, porque temía que un segundo casamiento de su hermana, que no tiene hijos, fuese motivo para privar a los suyos de una herencia que consideraba ya como suya.

Le arrojó inmediatamente de la casa, y movió tal escándalo, que la misma mujer, aun cuando hubiera querido, no habría podido admitirle de nuevo. En la actualidad tiene otro criado, por el cual dicen ha reñido con su hermano, y se tiene por seguro que se casará con él. Si sucede esto, me ha dicho el joven, está resuelto a no tolerarlo.

Lo que acabo de contarte no está exagerado, ni tampoco embellecido; al contrario, puedo asegurar que mi relación queda muy debilitada, y quizá le he estropeado empleando términos cultos, como es de uso en nuestro lenguaje urbano.

Este amor, esta fidelidad, esta pasión, no son ficciones poetícas. Existen con toda su pureza en una especie de hombres que nosotros llamamos groseros e incultos, ¡nosotros, que nos tenemos por civilizados e instruidos, amanerados y reducidos a nada! Lee esta historia con detenimiento. Hoy me siento más tranquilo al escribirte; ya ves, por mi escritura, que no haga garrapatos tan terribles como generalmente acostumbró; léela, piensa que esa historia querido Guillermo, es también la historia de tu amigo. Sí, he ahí lo que yo he experimentado; he ahí lo que me sucederá, si no tengo tanto valor, aunque sea la mitad, o no estoy tan resuelto como este desgraciado, con quien no me atrevo ni aun a tener la presunción de compararme.

5 de septiembre.

Ha escrito un billete a su marido, a quien algunos negocios le obligan a permanecer en el campo, y empezaba así: «Querido mío, mi buen amigo, vuelve los más pronto que puedas a disfrutar los goces que aquí te esperan...» Un amigo la informó de que por ciertas circunstancias, Alberto no estaría de vuelta tan pronto como ella

deseaba. El billete no fue enviado, y por la noche cayó en mis manos. Lo leí y me sonreí; ella me preguntó el motivo.

—¡Qué don celestial es la imaginación! —exclamé—. He podido, por un momento, figurarme que estas palabras se dirigían a mí!

Ella no contestó; pareció enojarse, y callé.

6 de septiembre.

Mucho me ha costado decidirme a desechar mi casaca azul y sencilla, que llevaba desde la primera vez que bailé con Carlota; realmente, estaba ya deslucida. Para consolarme, he mandado confeccionar otro igual con cuello, mangas y solapas idénticos, así como la chupa y el calzón amarillos. A pesar de todo, no me producirá el mismo efecto. Pero... no sé; quizá con el tiempo me encariñe con estas nuevas prendas.

12 de septiembre.

Ha estado ausente unos días, en busca de Alberto. Hoy fui a verla; salió a recibirme, y he besado su mano con mil transportes.

Un canario posado en un espejo voló a su hombro.

—He aquí un nuevo amigo —me dijo llamándolo y presentándole un dedo—. Está destinado a mi hijo; es monísimo. ¡Mírelo! Cuando le doy migajas de pan, revolotea y picotea con tanta gracia, que causar placer el verlo. A veces, hasta viene a besarme. ¡Mírelo!

Lo acercó a su boca, y el cariñoso animalito picoteaba sus labios de rosa con tanta voluptuosidad como si fuese capaz de sentir y apreciar toda la dicha de que gozaba.

—Tiene que darle a usted también unos besitos —dijo, acercándome el hermoso canario.

Retuve entre mis labios aquel pico que acababa de salir de los suyos, y este picoteo fue como un soplo precursor, como un placer anticipado de las delicias del amor.

—Sus besos —le dije—, no son enteramente desinteresados; busca alguna golosina, y mis simples caricias no le satisfacen.

—Toma su comida en mi boca —respondió ella, presentándole una miguita de pan entre los labios entreabiertos por la inocente alegría y la bondad.

Yo volví la cabeza. Debió abstenerse de hacer en mi presencia estas cosas. No debiera exaltar mi imaginación con estos rasgos de

inocencia y de dicha sobrehumana; no debiera despertar mi corazón, haciéndole salir de este entorpecimiento en que se halla a veces sumido por la indiferencia de la vida. ¿Y por qué no? ¡Tiene tanta confianza en mí...! ¡Sabe cuánto la amo!

15 de septiembre.

Habría muy justo motivos para rabiar y encolerizarse, querido Guillermo, viendo a ciertos hombres que carecen de alma, y hasta de sentido común, incapaces de saber estimar muchos pequeños objetos que no dejan de tener su valor en la tierra. Ya conoces los nogales a cuya sombra me senté con Carlota en casa del buen pastor de San***. Su magníficencia llenaba mi alma de contento. ¡Daban tan suave claridad, tan agradable frescura al patio del presbiterio...! ¡Qué ramas tan frondosas...! ¡Se recordaban con placer los nombres de los venerables pastores que los habían plantado! El maestro de escuela nos ha nombrado muchas veces uno de ellos, que él había oído nombrar a su abuelo. Fue un hombre excelente, y su memoria se me hacía sagrada debajo de estos árboles. Pues bien; te aseguro que el pobre maestro tenía ayer los ojos arrasados en lágrimas al contarnos que los habían cortado. ¡Cortados! En medio de la rabia y del furor que esta noticia me causó, habría acometido al miserable, al infame que se atrevió a darles el primer hachazo. Yo, que me pondría de luto si dos árboles iguales de mi patio llegase a secarse o a perecer uno de ellos, ¿he de presenciar semejantes espectáculo...?

Sin embargo, ¿qué viene a ser la sensibilidad del hombre? Todo el pueblo murmura, y espero que la mujer del pastor conocerá y sentirá el mal que ha causado al ver disminuir las ofrendas de lecha, mantequilla, huevos y otros géneros. Ha sido la mujer del nuevo pastor (porque habíamos perdido el otro) la que ha cometido este sacrilegio; persona flaca, seca, caprichosa, que tiene razón en no interesarse por nada ni por nadie, pues nadie se interesa por ella. Es una necia que se hace la sabihonda y se mezcla en la interpretación de los Cánones y las Sagradas Escrituras. Trabaja por introducir un plan nuevo en la reforma moral y crítica del cristianismo, y se encoge de hombros ante los *extravagantes sueños de Lavater.* Goza de malísima salud y no disfruta de ninguno de los placeres de la tierra. Sólo una criatura así es capaz de arrancar los árboles. No, amigo mío; no acabo de reponerme de la sorpresa que esto me ha causado. ¡Figúrate que las hojas muertas de estos seculares nogales ensuciaban el patio de la tal señora, y que frondosidad de las ramas le qui-

taban la luz...! Y luego, cuando las nueces estaban maduras, los chiquillos apedreaban los árboles para hacer caer el fruto. Estas cosas le crispaban los nervios y la perturbaban en sus profundas meditaciones cuando examinaba y comparaba las opiniones de *Kennicot, Semler* y *Michaelis.*Al ver tan descontentas a las gentes del pueblo, y especialmente a los ancianos, le pregunté por qué lo habían permitido.

—En esta comarca, cuando el alcalde quiere hacer algo —me respondieron— nadie puede oponerse.

Pero, ¿sabes lo sucedido? Cansado ya el pastor de los caprichos de su mujer, quiso a lo menos sacar esta vez algún partido, y pensó partir con el alcalde el producto de los árboles. Pero hete aquí que llega a saberlo el administrador de los dominios del Estado e interviene en el negocio; y en virtud del derecho de propiedad que el Estado tiene sobre el patio del presbiterio, se apoderá de los nogales y los vende en pública subasta. Si yo fuera príncipe, mandaría que la mala mujer del pastor, el alcalde y el administrador... ¡Ah, príncipe...! Si yo fuera príncipe, ¿qué me importarían los nogales de mis Estados?

10 de octubre.

Con sólo ver sus ojos negros, ya me encuentro mejor. ¿Creerás que me causa pena que Alberto no tenga el aire de ser tan dichoso... como esperaba..., y que pienso, si yo...? No me complacen estas reticencias, pero aquí no puedo expresarme de diferente manera... y... esto me parece harto claro.

12 de octubre.

Osían ha ocupado el lugar de Homero en mi corazón. ¡Qué mundo tan sublime aquel a que su numen me transporta! ¡Errar entre matorrales, en medio de la tempestad que brama, arremolina la lluvia y empuja los nebulosos vapores donde, a la pálida luz de la luna, se ven los espectros de nuestros antepasados! ¡Oír, desde la cumbre de las montañas, entre el horrísono rumor del torrente impetuoso, los lúgubres gemidos de los fantasmas salidos del fondo de sus cavernas! ¡Recoger los gritos quejumbrosos y los ayes lastimeros de la joven agonizante sobre cuatro moles de granito cubiertas con una papa de musgo, bajo las cuales descansa el amado, víctima de combates terribles! Veo al bardo de encanecida cabellera recorriendo extensos matorrales en busca de los vestigios de sus padres, y no encuen-

tra más que tumbas frías. Agobiado de profunda tristeza, dirige sus miradas hacia el brillante lucero de la tarde que apaga sus fuegos en las inquietas olas del mar. Los tiempos pasados vuelven a renacer en el alma del héroe. Tiempos en que los rayos propicios del astro secundaban las proezas del valiente, y en que la luna alumbraba su proa adornada con flores al volver de la victoria. Leo el profundo decir en la frente del noble bardo; le veo a él, último vástago de una noble raza, abandonado en la tierra, macilento e inclinado hacia la tumba. Se ilusiona y embriaga con una alegría siempre nueva; con una alegría dolorosa a la par que deliciosa en presencia de las sombras de sus antepasados. Fija sus miradas en la tierra fría, sobre la hierba balanceada por el soplo de los vientos, y exclama:

«El viajero vendrá, va a venir, el que me ha conocido en mi hermosura y lozanía, y que preguntará: ¿Dónde está el cantor de los combates, el noble hijo de Fingal? Su pie se posa sobre mi tumba, y en vano me busca en la tierra de los vivos.» ¡Oh, amigo mío! Abrasado con este fuego divino, quisiera, como un valiente y leal guerrero, esgrimir la espada, libertad a mi Príncipe de los largos tormentos de una vida tan lenta en extinguirse, y con la misma estocada enviar a unirse mi alma a la del semidiós liberado.

19 de octubre.

¡Cielos! ¡Qué horroroso vacío se hace sentir en mi corazón! ¡Ah! Me digo a veces: «¡Si pudieras estrecharla siquiera una vez, una vez sólo contra tu corazón, este vacío se colmaría al momento!»

26 de octubre.

Sí, estoy persuadido, amigo mío, y cada vez más, de que es poca cosa, muy poca cosa, la existencia de una criatura.

Una amiga de Carlota vino a verla; yo pasé a un cuarto inmediato para tomar un libro, pero me fue imposible leer. Había allí una pluma y traté de escribir. Las oía hablar bajo, se contaban cosas insignificantes, los rumores y noticias que corrían por la ciudad.

—Fulana se casa —decía la amiga—, Citana está mala, muy mala; tiene una tos seca y se le pueden contar los huesos; además, a cada momento le dan vahídos; no daría dos cuartos por su vida.

—También N. N. está muy enfermo —respondió Carlota.

—El pobre está hinchado —prosiguió la otra.

Mi acalorada imaginación me llevó a la cabecera de estos desgraciados moribundos; observé con qué espanto veían acercarse el término fatal, y vi, Guillermo, la indiferencia con que las dos amigas hablaban de estos sucesos dolorosos, como si se tratara de la muerte de cualquier extraño. Y cuando echo una mirada alrededor, examino el cuarto y veo aquí la ropa de Carlota, allá los papeles de Alberto, estos muebles tan familiares para mí, ese mi tintero, me digo: «mira lo que eres en esta casa: ¡todo en todo! Tus amigos te honran, tú les causas a veces alegría, y le parece a tu corazón que no podría latir sin ellos; y, sin embargo, si te alejaras, si salieses de este círculo, ¿lo sentirían vacío ellos? ¿Cuánto tiempo tardaría en llenarse el vacío originado por tu pérdida? ¿Cuánto tiempo?»

¡Ah! Es un ser tan frágil y tan pasajero el hombre, que allí donde tiene verdaderamente el sentimiento de su existencia y la convicción de ella, allí donde su presencia causa impresión verdadera, esto es, en el alma y en el recuerdo de quienes le aman, allí tiene también que desvanecerse ese recuerdo. ¡Y tan pronto...!

27 de octubre.

A menudo me desgarraría el pecho, me volaría la cabeza viendo lo poco que podemos los unos para los otros. ¡Ah! Si no llevo en mí el amor, la voluptuosidad, el calor, ¿quién otro podrá dármelos? Y con el corazón cuajado de dichas, ¿podré hacer dichoso a un mortal que está delante de mí, helado e insensible?

Por la tarde.

¡Siento tanto...! Pero el sentimiento que guardo por ella lo absorbe todo. ¡Siento tanto...! Y sin ella, todo mi ser quedaría reducido a nada.

30 de octubre.

Sí, he tenido tentación más de cien veces de tomarla en mis brazos, de estrecharla contra mi corazón, de cubrirla de besos. Sólo Dios sabe el tormento que se sufre, ver sin cesar tantos encantos delante de sus ojos, sin atreverse a tocarlos ni a gozar de ellos. Y, sin embargo, apoderarse de ello sería un movimiento natural del hom-

bre. ¿No tratan los niños de apresar todo lo que les agrada y se presenta a su vista...? ¿Y yo?

3 de noviembre.

¿Lo podrás creer? A veces me acuesto con el deseo, y hasta con la esperanza, de no volver a despertar; y por la mañana, al abrir los ojos y ver brillar el sol, me siento desgraciado. ¡Ojalá fuese víctima de algún capricho para descargar el enojo sobre un tercero, sobre el temporal, sobre un proyecto frustrado! No tendría que soportar sino la mitad del peso intolerable del descontento que me abruma.

¡Desgraciado de mí! Conozco y siento demasiado que toda la culpa es mía. ¿La culpa? No. El manantial de mi desventura está oculto en mí, como antes lo estuvo el de la felicidad. ¿No soy el mismo que andaba rebosando de sensibilidad, que veía brotar un paraíso a cada paso que daba, que tenía un corazón capaz de abarcar un mundo en su amor? Ese corazón finó; ya no hay en él afectos; secáronse mis ojos; los sentidos no se reaniman con lágrimas refrigerantes; mi frente la surcan la inquietud y los cuidados.

Mucho es lo que padezco, porque he perdido lo que hacía el único encanto de mi vida. Ese entusiasmo vivificador y sagrado que creaba mundos a mi alrededor, se extinguió por completo. Desde la ventana, dirijo mis miradas a las montañas que a lo lejos diviso, y veo desaparecer el sol detrás de ellas; lo veo levantarse, traspasar con sus rayos las espesas nieblas y alumbrar la pradera desierta; distinto el río a través de los sauces desnudos de sus hojas, y lo veo venir hacia mí serpenteando. ¡Oh! ¿Por qué se presenta ante mí esta bella Naturaleza, inanimada con una estampa? ¿Por qué a la vista de sus maravillas el corazón no envía ya a mi cerebro una chispa de entusiasmo delirante? Estoy en presencia del Creador como una fuente exhausta, como un manantial agotado. A menudo me prosterno para pedir a Dios me conceda lágrimas, como el labrador pide la lluvia cuando el cielo se vuelve de bronce y la tierra yace sedienta.

Pero, ¡ah!, Dios dispone de la lluvia y el sol sin plegarias nuestras. ¿Por qué eran tan afortunados aquellos tiempos cuyo recuerdo me atormenta? Entonces esperaba con paciencia la acción del espíritu divino; entonces recogía en el fondo de mi corazón agradecido las delicias que derramaba sobre mí.

8 de noviembre.

Me ha reconvenido por mis excesos, pero, ¡con tanta amabilidad...! ¡Mis excesos! Porque a veces en lugar de un vaso de vino me bebo una botella.

—No lo haga otra vez —me dice—, piense usted en Carlota.

—¡Pensar en usted! —le respondí—. ¿Necesita mandármelo...? Pensar... yo pienso... No, yo no pienso, porque usted está siempre presente en mi alma. Hoy me senté en el sitio donde usted se apeó del coche últimamente...

En seguida cambió de conversación para no darme tiempo ni ocasión de entrar en materia. Amigo mío, estoy perdido. Ella puede hacer de mí cuanto se le antoje.

15 de noviembre.

Gracias, Guillermo, por tu cariñoso interés y tus sinceros consejos; te ruego, por favor, que estés tranquilo. Déjame soportar mis males; en medio de mis dolores, todavía me queda fuerza para llegar al fin. Honro y venero la religión, como tú sabes; conozco que es un sostén para muchos que titubean por cansancio; un bálsamo consolador para tantos débiles que languidecen. Pero, ¿puede serlo para nosotros? Si recorres ese vasto universo, ¿no ves millares de seres a quienes de nada ha servido, ni nada ha sido para ellos? ¿No ves a otros muchos millares a quienes de nada les servirá, aun cuando les haya sido predicada? ¿Qué será, pues, para mí? ¿No dice el mismo Hijo de Dios que estarán con Él aquellos que su Padre le ha dado? Pero si yo no le he sido dado, si el Padre quiere guardarme para sí como me lo dice mi corazón...

Te conjuro que no vayas a dar a esto que digo una falta interpretación; no veas una burla en estas inocentes palabras. Es mi alma entera la que pongo de manifiesto. Sin esto, más quisiera perder el tiempo y las palabras para hablar de un asunto que todos entendemos tan poco. ¿Cuál es, en el fondo, el destino del hombre? Llevar su carga, vaciar su copa... Y si esta copa era demasiado amarga para el Hijo de Dios, cuando le llevó a sus labios de hombre, ¿por qué fingir que la encuentro dulce? ¿Por qué avergonzarme en el trance supremo en que todo mi ser zozobra entre la vida y la nada, en que el pasado brilla como un relámpago sobre el oscuro abismo del porvenir, cuando todo se hunde a mi alrededor, cuando el mundo entero ha bajado conmigo a la tumba? ¿No es la voz de la criatura angustiada, sintiéndose desfallecer, viéndose sin recursos arrastrar al

precipicio, la que, después de inútiles esfuerzos para salvarse del abismo, en medio de su dolorosa agonía, exclama con desesperación: «¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?» ¿Y me avergonzaré yo de dar ese grito de espanto, cuando de él no pudo librarse Aquel que impera en los cielos y manda en los elementos?

21 de noviembre.

No ve, no comprende que prepara un veneno que ha de dar en tierra con los dos; y yo bebo a grandes tragos con delicia en esa copa de destrucción que ella me presenta. ¿Qué objeto tiene, qué es lo que pretende al dirigirme unas miradas tan llenas de bondad y dulzura con las que a menudo... ¿a menudo...? no, sino a veces, se pone a contemplarme? ¿Qué se propone al recibir con la mayor indulgencia una expresión involuntaria de los sentimientos que me animan por ella, la lástima que manifiesta por mis sufrimientos, la compasión que aparece en su rostro?

Ayer, al retirarme, me alargó la mano y me dijo:

—Adiós, querido Werther.

¡Querido Werther! Es la primera vez que me nombra así; expresión que me penetró hasta la medula de los huesos. Cien veces me lo he repetido, y ayer noche al acostarme, en medio de la charla tumultuosa que tengo conmigo mismo, me dije de repente: «Buenas noches, querido Werther.» Y en seguida me eché a reír de mí mismo.

22 de noviembre.

No puedo gritar a Dios: *¡Déjamela!*, y, sin embargo, se presenta muchas veces a mi imaginación como si fuera mi bien, mi propiedad. No puedo gritarle: *¡Dámela!*, puesto que es de otro. No divago, bromeo con mis dolores, y pronto tendría, si continuara, toda una letanía de antítesis.

24 de noviembre.

Sabe y siente cuánto padezco. Hoy ha penetrado su mirada profundamente en mi corazón. La he encontrado sola; yo no decía nada, y ella me miraba fijamente. No veía ya en ella la hermosura

seductora, el resplandor del espíritu brillante; todo había desaparecido a mis ojos. Estaba como fascinado por esa mirada sublime, llena de expresión, del interés más vivo, de la más tierna compasión. ¿Por qué no me atrevía a arrojarme a sus pies? ¿Por qué no osé lanzarme a sus brazos y responder a su mirada con mil besos y caricias? Recurrió a su clave y se puso a cantar, a suspirar con voz suave una romanza de melodía tan tierna, que jamás había visto sus labios tan encantadores; me parecía que temblaban, que no se entreabrían más que para sorber las entonaciones melancólicas que brotaban del instrumento, para redoblar la modulación que resonaba en su purísima boca. ¡Si pudiera expresarte lo que en aquellos momentos experimentaba...! No pude resistir más largo tiempo, me incliné e hice este juramento:

—¡Jamás osaré profanaros con un beso, labios en los que se mecen espíritus celestes!

Sin embargo... quisiera... ¿Lo ves...? Es una muralla de separación que se eleva delante de mi alma... Qué felicidad si... ¡Y en seguida morir para expiar este pecado...! ¿Pecado?

26 de noviembre.

A veces me digo: «Tu suerte es única; a los demás mortales, puestos a tu lado y comparados contigo, se les puede tener por felices. Jamás ningún hombre fue tan atormentado como tu.» Luego, me pongo a leer poesía de la antigüedad, y me parece que leo en mi propio corazón. ¡Ah, es tanto lo que he padecido...! ¿Han existido antes que yo hombres cuya suerte fuese tan deplorable?

30 de noviembre.

No, nunca, jamás volveré a estar en mí mismo. Por todas partes a donde dirijo mis pasos se me aparece un fantasma que me arroja de mi esfera.

Hoy, ¡oh destino!, ¡oh humanidad!, hacia las doce del día, no teniendo gana de sentarme a la mesa, fui a pasear por la orilla del río; todo estaba desierto, un viento húmedo y frío soplaba de la montaña, y gruesos nubarrones cargados de lluvia se amontonaban sobre el valle. Vi a lo lejos a un hombre vestido con un mal traje verde que

se paraba al pie de cada peñasco y parecía buscar y recoger hierbecillas. Me acerqué a él, y al ruido de mis pasos se volvió a mirarme, y vi entonces su fisonomía interesante, en la que una tristeza resignada se hallaba pintada por rasgos muy acentuados, pero que anunciaba un alma recta y bondadosa. Sus negros cabellos, en parte arrollados en moño con dos agujas, caían en lo restante en una gruesa trenza por la espalda. Su traje indicaba que era sujeto de mediana esfera; creí que no se incomodaría por mi curiosidad, y le pregunté qué era lo que buscaba.

—Busco flores —me respondió con un profundo suspiro—, y nos las hallo.

—No es extraño —le dije—, porque no es la estación.

—¡Si hay tantas flores...! —dijo acercándose—. En mi jardín hay rosas y madreselvas de dos especies: mi padre me ha dado una de ellas que crece como la grama. Hace dos días que la ando buscando y no puedo hallarla. También tengo, en todo tiempo, flores amarillas, azules y encarnadas, y la centáurea, tan hermosa y tan rara; pero no puedo encontrar ninguna.

Advertí en su modo de hablar y en sus maneras algo misterioso, y aparentando indiferencia le pregunté para qué deseaba las flores. Una sonrisa particular contrajo su cara al responderme y decir, poniendo un dedo en los labios:

—Si me promete guardar secreto y no descubrirme, le diré que quería formar un ramillete para ofrecérselo a mi amada, según se lo he prometido.

—Eso está muy bien.

—¡Oh! Ella tiene cosas mejores, porque es rica.

—Y, sin embargo, le gustan sus ramilletes.

—¡Oh! Ella tiene joyas y una corona.

—¿Y cómo se llama?

—Si los Estados Generales quisieran pagarme, sería yo otro hombre. Sí, ¡hubo un tiempo en que me encontraba bien...! En la actualidad, todo se acabó para mí. Soy...

Una mirada humedecida en lágrimas expresó todo lo demás.

—¿Ha sido en algún tiempo dichoso? —le pregunté.

—¡Ah! —contestó suspirando—. Quisiera ser todavía lo que fui. ¡Era tan alegre, tan ligero...! ¡Estaba tan contento como el pez en el agua!

—¡Enrique! —gritó una mujer anciana que se dirigía hacia nosotros—. ¡Enrique! ¿Dónde te has metido, por dónde andas? Hemos estado buscándote por todas partes. Vamos, ven a comer.

—¿Es su hijo? —le pregunté, adelantándome hacia ella.

—¡Ah! Sí, señor, es mi pobre hijo. Dios me ha dado con él una pesada cruz.

—¿Y desde cuándo está así?

—No hace seis meses estaba tan sosegado. ¡Alabado sea Dios por ello! Antes estuvo un año furioso, con la cadena en el manicomio. Ahora no hace mal a nadie, pero siempre está pensando en reyes y emperadores. Era un muchacho muy bueno, muy trabajador y muy tranquilo, que me ayudaba a ganar la vida; sabía escribir muy bien y tenía una letra que daba gusto verla, pero he ahí que de repente, y sin saber por qué, empezó a ponerse triste y pensativo; después tuvo una calentura violenta y luego se volvió loco frenético, que hacía temblar al mundo, y por último se ha quedado como lo ve. ¡Ah, si yo le contara, mi buen señor...!

Interrumpí aquel torrente de palabras y le pregunté qué tiempo era ése en que había sido tan dichoso.

—¡Pero insensato! —respondió con sonrisa compasiva—. Se refiere a la temporada que estuvo loco de atar; siempre está ponderando el tiempo en que estuvo encerrado en la jaula de loco, cuando no sabía ni lo que hacía ni lo que decía.

Estas palabras hicieron sobre mí el efecto de un rayo; le puse a la buena mujer una moneda de plata en mano y escapé a paso ligero.

—¡Entonces eras dichoso! —exclamaba marchando hacia la ciudad a pasos precipitados—. ¡Entonces estabas como el pez en el agua! ¡Dios del Universo! ¿Es así como reglas el destino de los mortales? ¡Cómo! ¿No pueden ser dichosos sino antes de tener uso de razón o después de haberla perdido? ¡desgraciado! ¡Cómo envidio esa dulce melancolía, esa perturbación de tus sentidos en la que estás vegetando! Sales al campo en lo más crudo del invierno a recoger flores para hacer con ellas un ramillete a tu reina, te afliges por no hallarlas, y no alcanzas por qué no das con ellas. Y yo... salgo sin esperanzas, sin objeto, y vuelvo a entrar como he salido. Tú sueñas qué grande hombre serías si los Estados Generales te pagasen... ¡Criatura feliz, que puedes atribuir la privación de tu dicha a un obstáculo terrestre! ¡No alcanzas que es en tu corazón lacerado, en tu cerebro descompuesto, donde yace la causa de tu miserable estado, y que todos los reyes de la tierra no pueden remediarlo!

¡Perezca en la desesperación quien se mofa de un enfermo que camina hacia la lejana fuente que agrava sus males y hace más dolorosa su muerte! ¡Perezca el cruel que desprecia al que por aliviar su

corazón oprimido, para librarse de sus remordimientos, para calmar su turbación y sus dolores, hace una peregrinación al Santo Sepulcro! Cada paso lo da por un camino áspero y lleno de abrojos que desgarran la planta de sus pies y hacen correr gotas de sangre; estos desgarros, estas gotas son otras tantas gotas de bálsamo que caen sobre su alma; cada día de camino le descarga poco a poco del peso de sus angustias.

Y he ahí lo que vosotros os atreveréis a calificar de demencia, vosotros que, recostados indolentemente en vuestras poltronas, no hacéis más que pasar vuestro tiempo hablando de mi frivolidades y diciendo bellas frases. ¡Demencia! ¡Oh, Dios! ¡Tú ves mis lágrimas! Tú que creas al hombre tan débil y tan pobre, ¿era preciso que le dieses hermanos que viniesen a despojarle de lo poco que él posee, de la confianza que tiene en Ti, en Ti que amas a todas las criaturas? ¡Ah! ¿Qué es, pues, la fe en una raíz saludable, en el lloro de la vid, sino confianza en Ti, que en todo cuanto nos rodea has puesto el alivio y el remedio de que necesitamos a cada instante? ¡Padre, que yo no conozco! ¡Padre mío, que en otro tiempo llenabas mi alma y que ahora apartas de mí tu rostro, llámame a Ti, no sea más largo tiempo mudo; tu silencio no detendrá esta alma impaciente y sedienta! ¿Y cuál es el padre, cuál es el hombre que se irrite de que, inopinadamente, vuelva su hijo y se arroje en sus brazos, exclamando: «Heme aquí, padre mío, que vuelvo a tu lado. No te encolerices ni te enfades porque haya abreviado el destierro que tu voluntad me impusiera. El mundo en todas partes es el mismo: no hay en todas partes más que penas y trabajos, placeres y alegrías. Pero, ¡qué me importa ese mundo! No estoy bien más que allí donde tú estás; y, en adelante, sólo en tu presencia es donde quiero gozar y padecer. Y tú, Padre celestial adorado, ¿rechazarías al hijo que te implora?

1 de diciembre.

Guillermo, el hombre de quien te he hablado, el feliz desventurado, era escribiente del padre de Carlota. Una pasión violenta concebida por ella, que alimentó, ocultó, encubrió y fue causa de que le despidiesen, le ha privado del juicio. Ya puedes suponer con sólo estas simples palabras cómo ha debido conmoverse todo mi ser cuando Alberto me ha contado esta historia con tanta sangre fría e indiferencia como tú la lees, quizá.

4 de diciembre.

Te ruego encarecidamente... Mira, estoy perdido; ya no puedo resistir más tiempo. Hoy estaba sentado a su lado..., sentado, mientras tocaba al clave toda clase de sonatas; pero, ¡con qué expresión, con qué alma! ¡Ah! ¿Qué te diré yo? Su hermanita vestía su muñeca sobre mis rodillas. Las lágrimas acudieron a mis ojos; me incliné un poco y mis miradas se fijaron en su anillo nupcial. Mis lloros fueron más abundantes. Púsose a tocar aquella melodía tan suave y celestial, que me gusta tanto, y de repente sentí penetrar en mi alma un rayo de consuelo con el recuerdo de aquellos tiempos en que oí esta música por primera vez; con el recuerdo, también, de los días tristes y sombríos pasados después de las penas, de las esperanzas frustradas... Anduve de un lado a otro por la estancia; mi corazón estaba oprimido... me ahogaba.

—¡En el momento de Dios —dije, dirigiéndome bruscamente hacia ella con aire de extravío—, en el nombre de Dios le ruego que cese usted...!

Dejó de tocar y me miró fijamente.

—Werther —dijo con sonrisa que me traspasó el corazón—, Werther, está usted muy malo, cuando su manjar predilecto le repugna. Salga usted, se lo suplico, y cálmese.

Me separé de ella y, ¡Dios mío!, Tú ves mi miseria y Tú la concluirás.

6 de diciembre.

¡Cómo me persigue su imagen! Esté despierto o adormecido, llena mi alma entera. Aquí, cuando cierro mis párpados; aquí, en el entrecejo donde se encuentra toda la fuerza visual, encuentro siempre sus ojos negros. Aquí... no sé cómo expresarlo. ¿Estoy a oscuras? En seguida se me representan como un abismo que se abre delante de mí; ocupan todos los senos de mi cerebro.

¿Qué es el hombre, ese semidiós tan ponderado? ¿No le faltan fuerzas en aquello, precisamente, que más las necesita? Bien se deje transportar por la alegría, o abrumar por el dolor, ¿no se halla igualmente detenido, igualmente obligado a reconocer la triste condición de su ser, cuando aspiraba orgullosamente a engolfarse en la plenitud del infinito?

EL EDITOR AL LECTOR

Sería deseable que nuestro desventurado amigo nos hubiese dejado mayor número de testimonios propios, para no verme obligado a cortar con un relato la serie de sus cartas póstumas. Me he dedicado a recoger los detalles más precisos de boca de quienes podían hallarse mejor informados. La historia de nuestro amigo no es complicada, y todos concuerdan en sus noticias, excepto en cosas enteramente secundarias. Sólo respecto al carácter de los diversos personajes que figuran de una manera activa, o sea sobre sus sentimientos, ha hallado desacuerdo de opiniones y juicios encontrados.

No queda, pues, más recurso que referir fielmente todo lo que nuestras penosas y repetidas investigaciones nos han dado a conocer; el hacer entrar en nuestra relación todas las cartas que han quedado del desgraciado joven, sin desdeñar el más pequeño trozo de papel donde se hallase algo escrito. Es difícil descubrir la causa exacta, los verdaderos resortes, el móvil principal de la acción más sencilla, cuando se trata de hombres que no pertenecen al vulgo ni al común de las gentes.

La desesperación y el aborrecimiento de todas las cosas habían echado profundas raíces en el alma de Werther, y poco a poco se apoderaron de su ser. La armonía de sus facultades intelectuales se destruyó por completo; un violento fuego interior que consumía todas las fuerzas de su naturaleza le produjo funestísimos efectos y concluyó por condenarle a un estado de profunda languidez, del que no podía desprenderse.

Nunca le había sido tan penosa la lucha con sus males. Las angustias de su corazón consumieron las últimas fuerzas de su espíritu, su vehemencia, su sagacidad. En su trato sólo se descubría una negra tristeza; cada día era más desgraciado, y se mostraba más injusto a medida que iba en aumento su desventura. He ahí, por lo menos, lo que dicen los amigos de Alberto. Sostienen y aseguran que Werther no supo apreciar la conducta de un hombre recto y pacífico, cuya finalidad era conservar la posesión del objeto de sus deseos,

mientras que Werther se prodigaba cada día y disipaba sus facultades, no reservándose más que el dolor y la indigencia para el ocaso de su vida.

Alberto, dicen sus amigos, no varió en tan corto tiempo; continuaba siendo el mismo, el hombre que Werther siempre había estimado y honrado desde que le conociera. Amaba a Carlota sobre todo, estaba ufano y orgulloso de ella, y deseaba hacerla ver y reconocer universalmente por la más perfecta de las criaturas. ¿Podía censurársele que tratara de disipar toda apariencia de sospecha, y de que se negase a dividir con nadie, aun de la manera más inocente, el goce de un bien tan preciado? Todos convienen en que Alberto solía salirse del aposento de Carlota cuando Werther se encontraba en él, no por odio, ni por aversión a su amigo, sino sólo por haber observado que se mostraba como embarazado y cortado en su presencia.

El padre de Carlota padecía una enfermedad que le impedía salir de casa. Envió su carruaje a la hija, y ésta fue a verle en un hermoso día de invierno: había nevado y por primera vez, y la nieve cubría toda la campiña.

Werther fue a buscarla al día siguiente para acompañarla a su casa, si Alberto no iba por ella.

El buen tiempo no produjo ningún efecto en su humor sombrío; su alma estaba oprimida, y las imágenes más le perseguían, no saliendo su espíritu de este marasmo sino para pasar de una idea dolorosa a otra más dolorosa todavía.

Como vivía en perpetuo descontento de sí mismo, la situación de los demás le parecía también más inquieta y más crítica. Creyó haber perturbado la armonía que reinaba entre Alberto y su mujer; se reconvino a sí mismo por ello, y a estas reconvenciones mezcló un secreto resentimiento contra Alberto.

Durante el camino, sus pensamientos se fijaron en esta idea: «Sí, sí, decía con furor reconcentrado: he ahí en lo que ha venido a parar esa amistad entrañable, ese interés tan vivo, esa fidelidad constante que debía ser inalterable. Ya no hay nada más que saciedad e indiferencia. Cualquier miserable negocio le atrae más que esta mujer querida, adorable. ¿Sabe apreciar su dicha? ¿Sabe siquiera lo que vale esta mujer celestial que posee? Es el dueño de ella, y esto le basta. Sé esto como sé cualquier otra cosa; creía haberme familiarizado con este pensamiento, y este pensamiento enciende mi ira y me causará la muerte. ¿Y su amistad por mí ha sido puesta a prueba? ¿No mira mi adhesión a Carlota como un ataque a sus derechos, y las atenciones que tengo con ella como una secreta reconvención de su

negligencia? No puedo dudarlo, lo siento y conozco que él me ve con disgusto; desea que me aleje y le es insoportable mi presencia.»

A veces se detenía de repente en su marcha precipitada y parecía querer volver hacia atrás, pero, al fin, continuaba andando y hablando consigo mismo, hasta que llegó, casi a pesar suyo, al pabellón de caza.

Se presentó a la puerta y pregunto por Carlota y su padre, hallando la casa en gran movimiento. El mayor de los niños le dijo que acababa de suceder una gran desgracia en Wahlheim; que se había encontrado muerto a un labrador. Esta noticia no pareció causarle la menor impresión.

Entró en la sala y encontró a Carlota ocupada en disuadir a su padre de salir de casa, porque, a pesar de su enfermedad, quería ir al sitio donde había ocurrido la desgracia, para entrar en las funciones de su cargo y tomar informes sobre el delito cometido. Aún no se sabía quién era el asesino. El cadáver fue encontrado por la mañana en el umbral de la puerta; se sospechaba quién fuera el criminal por ser la víctima de una viuda que poco antes tuvo a su servicio a otro que fue despedido de resultas del grave descontento causado por su conducta.

Al oír estos detalles la sangre de Werther se encendió.

—¿Es posible? —exclamó—. Voy allá... ¡No puedo tener un momento de sosiego!

Se fue apresuradamente a Wahlheim. Los recuerdos se agolparon en su imaginación, y ya no dudó un momento de que había cometido la muerte el labrador enamorado con quien solía hablar y que se le había hecho tan querido.

Al llegar bajo los tilos para ir a la taberna donde habían depositado el cadáver, se estremeció a la vista de aquel sitio, en otro tiempo tan apetecido. El umbral donde los niños del vecino solían jugar estaba manchado de sangre. El amor y la fidelidad, esos hermosos sentimientos del hombre, se habían cambiado en furor y asesinato. Los soberbios árboles estaban desnudos de follaje y emblanquecidas sus ramas con la escarcha. Los setos de arbustos vivos que descollaban por encima de las tapias del cementerio se hallaban también sin hojas y los sepulcros aparecían todos nevados.

Al acercarse a la taberna, ante la cual se hallaban congregados los habitantes de la aldea, se oyó de repente un gran clamoreo y se distinguió a lo lejos una multitud de hombres armados. Todos clamaban porque se trajese al asesino. Werther miró y no dudó largo rato. En efecto, traían preso al labrador enamorado de la viuda, aquel mismo que días antes había encontrado todavía errando por el campo, víctima de secreta desesperación.

—¡Qué has hecho, desgraciado! —exclamó Werther acercándose al preso. Éste le miró tranquilamente sin decir palabra, pero al fin respondió con la mayor calma:

—Nadie la tendrá; ella no tendrá a nadie.

Llevaron al preso a la taberna, y Werther se alejó precipitadamente.

La emoción violenta que le había causado este espectáculo le produjo en seguida una agitación tumultuosa en todo su ser. En un momento se vio libre de su tristeza y de su sombría apatía, y se cambiaron en el más ardiente deseo de salvar al culpable. ¡Le veía tan desgraciado a pesar de su crimen...! Tan profundamente persuadido estaba de la triste situación de aquel infeliz, que imaginaba poder inculcar a los otros esta misma persuasión. Deseaba hablar en su favor, y sus labios murmuraban una defensa viva, sentida y animada. Se dirigía corriendo al pabellón, y, a pesar de su marcha precipitada, pronunciaba en alta voz el discurso que pensaba dirigir al juez.

Al entrar en la sala encontró a Alberto, y su presencia le desconcertó un momento, pero no tardó en reponerse y expuso en seguida su opinión sobre este falta acontecimiento con calor y con fuego. El juez movió muchas veces la cabeza durante su discurso, aunque Werther se expresase con toda la verdad, con toda la energía y apasionado interés que un hombre puede poner en la salvación de otro; pero, como es de suponer, a pesar de todos sus esfuerzos, el juez permaneció inflexible; no logró conmoverle, y ni aun le dejó concluir su peroración, refutándole vivamente y censurándole por tomar bajo su protección a un asesino. Le hizo presente que, si se atendían las razones alegadas en su defensa, las leyes serían eludidas y la seguridad pública puesta en peligro; además, él, por su parte, tampoco podía hacer nada, ni decidir por su propia autoridad un asunto de esta naturaleza, sin incurrir en la más terrible responsabilidad; todo debía hacerse con arreglo al orden y disposiciones que prescribían las leyes.

Werther no se dio por vencido, y suplicó que, por lo menos, cerrase los ojos, si podía conseguirse hacer escapar al desgraciado; pero no obtuvo más que una segunda negativa. Alberto, que al fin tomó parte en la discusión fue de la misma opinión que el juez, y Werther se vio obligado a guardar silencio. En seguida se retiró penetrado del más vivo dolor, después de haber oído repetir:

—Nada; imposible salvarle.

Se deja traslucir la impresión que debieron causarle estas palabras, si juzgamos por un billete que se encontró entre sus papeles, y que seguramente fue escrito aquel mismo día.

«¡No se te puede salvar, infeliz! ¡Bien veo que no hay salvación para nosotros!»

A Werther le habían causado gran mortificación las pocas palabras pronunciadas por Alberto sobre la situación de su protegido, en presencia del juez; creyó ver en ellas cierta susceptibilidad, y aunque después de frías reflexiones no se escapase a su juicio y penetración que aquellos dos hombres podían tener razón, le parecía, sin embargo, que sería como renunciar a su ser mismo, si se viese obligado a tener que confesar su error.

Hemos hallado entre sus papeles un escrito que se refiere a esto y que puede servir para dar a conocer cuáles eran sus sentimientos respecto a Alberto:

«¿De qué me sirve decirme y repetirme que es honrado y bueno, si se me está desgarrando el corazón y no puedo ser justo?»

Como la tarde era templada, y el tiempo propendía al deshielo, Carlota regresó a pie con Alberto. Durante el camino, volvía continuamente la cabeza, miraba ansiosa a derecha e izquierda, como si echase de menos la compañía de Werther. Alberto empezó a hablar de él y le censuró, sin dejar por eso de hacerle justicia. mentó su aciaga pasión y manifestó el deseo de alejarle para su propia tranquilidad.

—Lo deseo —dijo— para bien de los dos, y así te suplico trates de dar otra dirección a su conducta respecto a ti y que disminuyas la frecuencia de sus visitas. Las gentes empiezan a notarlo y yo sé que se ha hablado ya de ello.

Carlota calló y Alberto pareció comprender su silencio; por lo menos, desde ese día no se volvió a mencionar más a Werther delante de ella, y si Carlota le nombraba se hacía el desentendido, cortaba la conversación o hablaba de otra cosa cualquiera.

La vana tentativa de Werther para salvar a aquel desgraciado aldeano era el último reflejo de una antorcha que se apaga; desde entonces se apoderó de él la más profunda melancolía y un gran entorpecimiento; estuvo a punto de perder el juicio al llegar a saber que quizá sería citado a declarar ante el tribunal contra el culpable mozo, que había adoptado el partido de negarlo todo para su defensa.

Todos los sinsabores de su vida activa: sus disgustos con el embajador, sus fracasos diversos, sus antiguas penas y mortificaciones, todo vino a representársele en la imaginación, y agitar su alma y perturban su espíritu. Se creía autorizado para permanecer en inacción completa; se hallaba separado de todo porvenir, e incapaz de ejercer los oficios del común de la gentes. Entregado enteramente a sus sen-

saciones tan extrañas, a sus ideas sombrías y a la violencia de una pasión indomable, con el trato desconsolado de una criatura peregrina y adorada, cuyo reposo perturbaba, consumiendo sus fuerzas en transportes sin objeto ni motivo, se acercaba más y más a un fin lastimoso y deplorable.

Algunas cartas póstumas que hemos conservado y que insertamos aquí, son una prueba de la perturbación de su espíritu, de su continuo delirio, de sus incesantes y penosas luchas interiores, y de su disgusto de la vida.

12 de diciembre.

«Amado Guillermo: Mi estado debe ser semejante al de aquellos desdichados que se creían poseídos del demonio. A menudo, experimento un malestar que no es, propiamente, angustia ni deseo, sino un tumulto interior desconocido que amenaza desgarrar mi pecho, que me aprieta la garganta, que me ahoga. Entonces sufro, sufro y trato de huir de mí mismo, y me pierdo en medio de las escenas nocturnas y terribles que ofrece el invierno, la estación enemiga de los hombres. Ayer noche tuve que salir. Se había producido rápido deshielo. Oía contar que el río corría desbordado, que los arroyuelos llevaban mucha agua y que mi amado valle sufría los estragos de la inundación. Eran más de las once cuando me lancé al campo. ¡Qué espectáculo tan terrible! Desde lo alto de una roca veía, a la luz de la luna, cómo las aguas furiosas se precipitaban por encima de las tierras labradas, de los prados y de los sotos; el ancho valle, de arriba abajo, era un mar tormentoso, donde se confundían el estrépito de las olas y los agudos silbidos del huracán. Y cuando la luna, momentáneamente oculta por una nube negra, volvió a mostrarse y, a los reflejos terribles y hermoso de sus rayos, vi a mis pies una masa de agua que corría y bramaba, me estremecí y luego concebí un deseo. ¡Cómo! ¿Estaba con los brazos abiertos al borde del abismo y aun suspiraba? ¿Qué tenía que hacer sino lanzarme en él? De mi alma se apoderó el delicioso pensamiento de arrojar al agua, que corría a mis pies, mis dolores y mis tormentos, y de irme, arrastrado por las olas, bramando como ellas. ¡Ah! Con el empuje de mis vaivenes, los pies no acertaron elevarse de la tierra para concluir mi suplicio. ¡Oh, Guillermo! ¡Con qué gloria habría abandonado mi existencia para desgarrar las nubes con el huracán, para abrazarme a las olas! ¿No

serán algún día estas delicias la recompensa de aquel que languidece y se consume en este calabozo?

Grande era el dolor y sentimiento que sentía al fijar mi vista en un sitio a donde conduje un día a Carlota a la sombra de un sauce. Ese sitio estaba completamente inundado y apenas pude reconocer el sauce. Y sus praderas, me decía yo, y las inmediaciones de su pabellón y nuestro emparrado, ¡cómo deben estar completamente destrozados por la furia del torrente! Semejante a un relámpago, todo el pasado apareció a mi vista, como vienen a representarse ala imaginación de un pobre preso, en un dorado sueño, rebaños numerosos, honores y riquezas. Estaba allí, y no me avergüenzo de mí mismo, porque tengo valor para morir. Hubiera... Ahora heme aquí de regreso; heme aquí como la pobre anciana que recoge un poco de leña seca al pie de los vallados y los setos y pide un poco de pan de puerta en puerta, para prolongar unos días su penosa existencia.

14 de diciembre.

«¿Qué es esto, amigo mío? Siento horror de mí mismo. ¿Acaso no es mi amor el más puro, el más santo y fraternal? ¿Alimenté nunca en mi alma un deseo culpable? No quiero tomar al cielo por testigo... Más ahora, ¡oh, sueños! ¡Cuán profundamente aciertan quienes atribuyen efectos tan opuestos a potencias sobrenaturales! Esta noche... me estremezco sólo de decirlo, la tenía en mis brazos, la estrechaba fuertemente contra mi corazón, devoraba con besos abrasadores sus labios sonrosados y recogía en ellos los acentos entrecortados de su tímido amor, y mis ojos nadaban en la embriaguez de los suyos. ¡Dios del cielo! ¿Mereceré tu ira porque gozo de una felicidad embriagadora en el recuerdo de estos transportes celestiales? ¡Oh, Carlota, Carlota! ¡Estoy perdido! Mis sentidos se trastornan; hace ocho días que ya no pienso; mis ojos están inundados en lágrimas; no me encuentro bien en ninguna parte, y en todas partes estoy bien; no deseo nada, no pido nada... Mejor sería que me marchase.»

La situación en que Werther se hallaba en esta época había aumentado y fortificado la resolución de dejar este mundo. Desde su nuevo acercamiento a Carlota, tal fue siempre su pensamiento y su única y postrera esperanza, aferrado a no dejarse arrastrar a una temeridad precipitada, persuadido acendradamente de que la más sosegada resolución acompañaría el decisivo paso.

Sus dudas, sus combates consigo mismo, se descubren en las líneas siguientes, que no son probablemente sino el principio de una carta a Guillermo, pero sin fecha.

«Su presencia, su destino, la parte que ella toma en el mío, exprimen todavía las últimas lágrimas de mi cerebro caldeado.

Es preciso levantar la cortina y ponerse detrás de ella. He ahí todo. ¿Por qué, pues, vacilar? ¿Por qué temblar? Porque se ignora lo que hay detrás de esa cortina; porque no se vuelve de ese sitio. tal es la propiedad de nuestro espíritu: la de suponer tinieblas y confusión allá donde sólo existe lo incierto y lo desconocido.

En fin, cada día se familiarizó más y más con la idea de destruirse, que le atormentaba y perseguía, y por último, tomó su resolución definitiva. Una prueba de ello es la carta de doble sentido que escribió a su amigo.

20 de diciembre.

«Doy gracias a tu amistad, querido Guillermo, por haber interpretado tan bien mis palabras: sí, tienes razón. Más valdría que me marchase. La proposición que me haces de volverme a hallar en medio de vosotros, no me agrada enteramente; por lo menos, haría de buena gana un rodeo, sobre todo teniendo que esperar una helada sostenida y buenos caminos. Me deleita la idea de verte con la intención de venir a buscarme; retarda siquiera quince días antes de ponerte en camino, y espera a recibir una carta mía con noticias ulteriores. No debe recogerse el fruto antes que esté maduro, y quince días de más o de menos hacen mucho. Dirás a mi madre que ruegue por su hijo, y que yo le pido perdón por todos los enfados y penas que le he causado. Tal ha sido mi destino: afligir a quienes debían esperar que los hiciese felices. Adiós, mi querido y buen amigo. ¡Qué todas las bendiciones del cielo caigan sobre tu cabeza! Adiós.»

¿Qué pasaba, entre tanto, en el alma de Carlota? ¿Cuáles eran sus sentimientos con respecto a Alberto y a sus desgraciado amigo? Aunque no acertemos a definirlo exactamente, nos formamos, sin embargo, una idea aproximada, fundada en el conocimiento del carácter y de tan hermosa alma de mujer.

Es seguro, por lo menos, que estaba resuelta a hacer todo lo posible para alejar a Werther, y si algo la hacía vacilar, era sólo cierta

consideración compasiva dictada por la amistad, sabiendo lo costoso que le sería al desgraciado joven este alejamiento, pues un esfuerzo semejante era superior a sus fuerzas. Sin embargo, las circunstancias se hacían cada día más críticas, y aquella necesidad más urgente. Su marido guardaba el más profundo silencio sobre este asunto delicado, así como lo había guardado siempre ella misma, que no deseaba más que probarle sinceramente con sus actos cuán dignos de los suyos eran sus sentimientos.

El mismo día que Werther escribió a su amigo la carta que acabamos de copiar, que era el domingo antes de Navidad, fue por la tarde a casa de Carlota, y la halló sola, ocupada en arreglar algunos juguetes que destinaba a sus hermanitos y hermanitas como regalos de Pascuas. Habló de la alegría que tendrían los niños, y de aquellos tiempos en que la aparición de una mesa cargada de manzanas y turrones eran también para ella las delicias del paraíso.

—Pues bien —le dijo Carlota, disimulando su ofuscación bajo amable sonrisa—, también tendría usted regalos de Navidad si tuviera juicio: una barra de turrón y alguna cosilla más.

—¿Y qué entiende usted por tener juicio? —exclamó Werther—. ¿Cómo debo ser juicioso? ¿Cómo puedo serlo, querida Carlota?

—El jueves por la noche —le contestó ella—, es la víspera de Navidad; vendrán los niños, mi padre los acompañará y cada uno de ellos recibirá su regalito. Venga usted también, pero no antes.

Werther se sentía cohibido.

—Se lo ruego —continuó—; es necesario... Se lo ruego para mi reposo; porque esto no puede seguir así...

Al oír estas palabras, Werther separó su vista de Carlota, se puso a caminar a grandes pasos por el cuarto, repitiendo entre dientes: «Esto no puede continuar así.»

Percibiendo Carlota el estado de violenta agitación en que le habían puesto sus palabras, trató de calmarle y distraerle haciéndole algunas preguntas y hablándole de diferentes cosas; todo fue en vano.

—No, Carlota, no; ya no volveré a verla más.

—¿Y por qué no, Werther? Puede y debe visitarnos con tal que se modere. ¿Por qué tiene ese carácter tan ardiente y fogoso, esa pasión indomable que, como un fuego devorador, abrasa todo lo que toca? Por Dios le suplico que se reprima. ¡Qué de distracciones, qué de goces ofrecen su talento, sus conocimientos y su imaginación! ¡Sea un hombre! Despréndase de ese cariño fatal, de esa pasión por una criatura que no puede hacer por usted más que compadecerle...

Temblaba, se estremecía, rechinaba los dientes y lanzaba sobre ella siniestras miradas.

Estrechóle Carlota la mano y le dijo:

—Un momento de calma, Werther; un solo momento de calma. ¿No advierte que se engaña y que corre voluntariamente cada vez más a su perdición? ¿Por qué he de ser precisamente yo la anhelada por usted, yo que pertenezco a otro? Mucho me temo, sí, mucho me temo que sea la imposibilidad de poseerme lo que hace tan ardientes sus deseos.

Retirando la mano de la suya, y mirándola con ojos fijos e irritados, exclamó:

—¡Magnífico! ¡Soberbio! Es Alberto quizá el que hace esa observación tan juiciosa y profunda, muy profunda.

—Todos pueden hacerla —le contestó ella—. ¿No hay en todo el Universo una joven que pueda calmar los deseos de su corazón? Inténtelo, búsquela, y le juro que la hallará. Hace mucho tiempo que veo con pena el aislamiento en que se ha encerrado. Un viaje le distraerá, seguramente. Busque un objeto digno de su amor y vuelva a nuestro lado a gozar de la dicha que puede ofrecer una amistad sincera.

—Sería necesario imprimir su discurso —dijo Werther con amarga sonrisa—, y recomendarlo a todos los preceptores. ¡Ah, Carlota! Déjeme todavía unos momentos de tranquilidad y todo, todo, se arreglará.

—Por lo menos, Werther, no vuelva antes de la víspera de Navidad.

Cuando iba a responder entró Alberto. Se saludaron mutuamente con aire glacial. Embarazado uno y otro se paseaban por el cuarto; Werther empezó a hablar de cosas indiferentes, pero bien pronto se detuvo. Alberto hizo lo mismo, y en seguida preguntó a su mujer si se habían hecho ciertos encargos que él había dejado. Al saber que no le dijo a su mujer palabras que parecieron a Werther frías y duras; quería retirarse, y no se resolvía a hacerlo. Estuvo vacilando así hasta las ocho de la noche, aumentando siempre su turbación y mal humor. Vinieron a poner la mesa, y entonces tomó su bastón y su sombrero. Alberto le invitó a quedarse, pero achacando la invitación a mero cumplido, dio las gracias fríamente y se marchó.

Llegó a casa, tomó la luz de manos de su criado, que quería alumbrarle, y subió sólo a su cuarto. Allí estuvo llorando amargamente, paseándose con precipitación y hablándose a sí mismo en alta voz con gran animación, y por último, se arrojó vestido sobre la cama, donde le encontró su criado cuando a las once de la noche se

aventuró a entrar en su cuarto para preguntarle si le había de quitar las botas. Consistió en ello y encargó al criado que no volviese por la mañana a entrar en el cuarto hasta que él hubiese llamado.

El lunes por la mañana, 21 de diciembre, escribió a Carlota la carta siguiente, que se encontró cerrada sobre su bufete, después de su muerte, y le fue entregada a la esposa de Alberto.

Voy a trasladarla aquí, por fragmentos, según el orden en que parece escrita.

«Está tomada la resolución, Carlota. Quiero morir y te lo escribo sin ninguna exaltación novelesca, con la calma más profunda, la mañana de ese mismo día en que voy a verte por última vez. Cuando leas esta carta, ser querido, la noche de la tumba habrá envuelto ya los restos inanimados del desgraciado que en los últimos momentos de su vida inquieta no conoce otro placer más dulce que el de hablar contigo. Acabo de pasar una noche horrible; pero, ¿qué digo? Noche bienhechora, porque es la que ha fijado y afirmado mi resolución. ¡Quiero morir! Ayer, cuando me separé de ti, se apoderó de mis sentidos un horroroso tumulto. La existencia triste y desesperada con que vivo a tu lado vino a derramar un estremecimiento mortal en mi corazón oprimido. Apenas llegué a casa, en mi horrible turbación caí de rodillas, y un torrente de lágrimas fue el último alivio, ¡oh Dios mío!, que te dignaste concederme. Mil ideas, mil proyectos combatían en mi alma, y por último quedó solo, firme e inquebrantable ese pensamiento: ¡quiero morir!

Reposé mi cuerpo, rendido de fatiga, y esta mañana, al despertarme, tranquilo y sosegado, este pensamiento se presentó de nuevo, firme siempre, siempre fijo e inmutable: ¡quiero morir! No es la desesperación; es la certidumbre de que ha concluido mi carrera, de que me sacrifico por ti. Sí, Carlota, ¿por qué no te lo he de decir? Es preciso que desaparezca uno de nosotros tres, y éste quiero ser yo. ¡Oh, amiga mía! ¡En este corazón hecho presa de tantos tormentos, ha cabido a veces el deseo furioso de inmolar a tu marido... a ti... a mí...! Pues bien, ¡sea yo!

Cuando en las hermosas noches de verano te pasees por la montaña, acuérdate cuántas veces atravesé yo el valle para ir a reunirme contigo; dirige luego tus miradas al cementerio, fíjalas sobre mi tumba, mira a la rojiza luz del sol poniente la espesa hierba que la cubre balanceándose con el soplo del viento de la tarde. ¡Carlota! Estaba sosegado y tranquilo al empezar esta carta, pero al pensar en estas sombrías imágenes que se animan delante de mí, me abandona mi fuerza y lloro como un niño.»

A eso de las diez de la mañana, Werther llamó a su criado, y, mientras le estaba ayudando a vestirse, le dijo que debiendo partir dentro de unos días, era preciso arreglar el equipaje. Le mandó que pidiese las cuentas a todos los mercaderes y proveedores, recogiera algunos libros que había prestado y que pagase dos meses adelantados a ciertos pobres a quienes acostumbraba dar limosna todas las semanas. Hizo que le sirviesen la comida en su cuarto, y después de comer montó a caballo y fue a ver al magistrado, a quien no encontró en casa. Estuvo paseándose en el jardín con aire profundamente pensativo, y parece que se empeñaba en redoblar el recuerdo de todos sus quebrantos.

Los niños no le dejaron mucho tiempo tranquilo, y vinieron corriendo y saltando a su alrededor a contarle que después de mañana, de pasado, y luego de otro día, irían a buscar sus regalos de Navidad a casa de Carlota, y le entretuvieron hablándole de todas las maravillas que su imaginación infantil les representaba.

—De modo que mañana —exclamó—, pasado mañana y luego de otro día.

En seguida los abrazó a todos e iba a marcharse, cuando el más pequeño vino a decirle alguna cosa al oído. Le secreteó que sus hermanos mayores habían escrito unas bonitas felicitaciones en un pliego de papel de gran tamaño; uno para papá,otro para Alberto y Carlota, y otro para él, y que todas esas felicitaciones serían presentadas el día de Año Nuevo, por la mañana muy tempranito. Estas últimas palabras le agobiaron; hizo regalitos a los niños, les encargó que saludasen de su parte a papá, montó a caballo y se alejó con los ojos arrasados en lágrimas.

A las cinco de la tarde volvió a casa y dijo a la criada que encendiese fuego y le entretuviese hasta la noche. Mandó a su criado que empaquetase los libros, pusiese su ropa blanca en el fondo del baúl y encerrase en otro sus demás vestidos. Probablemente, fue en estos momentos cuando escribió el párrafo siguiente de la última carta a Carlota:

«No me esperas: tú crees que te obedeceré, que no volveré a verte hasta la víspera de Navidad... ¡Oh, Carlota! ¡Hoy o jamás! La víspera de Navidad tendrás este papel en tus manos y temblarás... Lo humedecerás en tus preciosas lágrimas. Lo quiero, y lo debo hacer... ¡Oh, qué contento estoy de hallarme resuelto!»

En tanto, Carlota se encontraba en una situación bien crítica. Según su última conversación con Werther, conocía y sentía muy bien

la gran pena que le causaría separarse de ella; concebía todo lo que padecería si era preciso que se alejase.

Había dicho, como por casualidad, delante de su marido, que Werther no volvería antes de la víspera de Navidad. Alberto había ido a ver a un funcionario de las inmediaciones, con el que tenía que tratar asuntos que no le permitirían volver hasta el día siguiente:

Carlota estaba sola y ninguna persona de su familia se encontraba a su lado; así fue que se entregó muy tranquilamente a sus meditaciones sobre su situación presente y futura. Se veía unida durante su vida a un hombre cuyo amor y felicidad conocía, y al que se había entregado de todo corazón; a un hombre cuyo carácter serio y pacífico le parecía la más segura garantía de la felicidad de una mujer juiciosa; sentía lo mucho que podría valer para ella, y para sus hermanitos y hermanitas, un esposo semejante.

Por otra parte, eran tan estrecha su intimidad con Werther, y de tal modo se había manifestado la simpatía de sus almas, desde el primer instante que se conocieron, fomentado luego con el trato e incidente sobrevenidos, que su afecto legó a penetrarle hondamente en el corazón. Todo lo que pensaba, todo lo que sentía que fuese interesante, se lo participaba, y su alejamiento iba a dejar en su ser un vacío que no podría ya colmar en lo sucesivo.

¡Oh! Si hubiera podido transformarle en hermano en este instante, ¡qué dichosa sería! ¡Si por lo menos hubiera sido posible casarle con una de sus amigas y restablecer por este medio la buena inteligencia entre él y Alberto!

Pasó revista en su imaginación a todo el círculo de sus amigas y conocidas, y en cada una de ellas encontró algo que oponer, no hallando ninguna que le pareciese digna de Werther.

Todas estas reflexiones y consideraciones la hicieron sentir y conocer, pero sin atreverse a confesárselo a sí misma, que el deseo secreto de su corazón era guardarlo para ella misma. Se repetía, sin embargo, que eso no podía ser, que no debía retenerlo,y su alma, tan pura, tan serena, tan libre de cuidados, sintióse agobiada con el peso de una melancolía sin perspectiva de felicidad. Su corazón estaba oprimido, y una nube oscurecía sus ojos.

Eran cerca de las siete de la tarde cuando oyó a Werther subir la escalera y preguntar por ella, y al momento reconoció sus pasos y su voz. Su corazón, nos atrevemos a decir, latió vivamente por primera vez; al acercarse, de buena gana hubiera querido ocultarse, y cuando entró, le gritó con una especie de turbación apasionada:

—¡No ha cumplido su palabra!

—Ya nada he prometido —le respondió.

—Por lo menos hubiera debido tener en consideración la súplica que le hice en bien de nuestra mutua tranquilidad.

No sabiendo qué decir ni qué hacer, envió a llamar a dos de sus amigas para no encontrarse sola con Werther. Puso éste sobre la mesa unos libros que había traído y pidió otros. Carlota, tan pronto deseaba que sus amigas viniesen, como que no viniesen.

La criada que había ido a llamarlas volvió diciendo que sus amigas le suplicaban las excusase por no poder ir.

Entonces Carlota tuvo idea de hacer quedar a la criada en el cuarto inmediato con su labor, pero en seguida cambió de parecer. Werther, mientras tanto, andaba por el cuarto, se paraba, volvía a andar... y por último se sentó al clavicordio y quiso tocar un minué, pero sus dedos estaban rígidos, y no pudo; fue a sentarse al sofá en su sitio acostumbrado, y Carlota, seria y pensativa, vino a sentarse a su lado.

—¿No tiene nada que leer? —le preguntó.

—Nada —le contestó Werther.

—Ahí, en ese cajón, está su traducción de los poemas de Osián. No la he leído todavía, con la esperanza de oírsela leer a usted mismo, pero hasta ahora nunca se ha presentado la ocasión.

Sonrió Werther y fue a buscar el manuscrito. Al tomarlo en sus manos se apoderó de él un estremecimiento general, y las lágrimas humedecieron sus ojos al abrirlo. Se volvió a sentar y leyó:

«Estrella de la naciente noche, el Occidente brilla con tus resplandores; alzas tu frente radiosa por cima de la nube; tus pasos son majestuosos sobre la colina. ¿Qué es lo que contemplas abajo en la llanura? Los vientos tempestuosos se han apaciguado; el torrente ruge a lo lejos; las olas se balancean blandamente al pie de la escarpada roca. El nocturno insecto volador es llevado sobre sus frágiles alas, y se oye su zumbido errante en medio de los campos. ¿Qué miras, luz divina? Ríes y te ocultas. Las olas vienen apresuradas a ponerse en torno suyo y bañan tu soberbia cabellera. ¡Adiós, rayo de luz silenciosa! ¡Y tú, luz del alma de Osián, aparece!

»Y aparece esa luz con todo resplandor y su fuerza. Veo a mis amigos desaparecidos de esta tierra, que se reúnen en Lora, como en los días que pasaron. Se adelanta Fingal, semejante a húmeda columna formada de vapores; a su alrededor vienen sus héroes. Mirad los bardos de cantos inmortales: Ulino, de planteada cabellera; Rino, el magnífico; Alpino, el de la voz melodiosa; Minona, la de acentos dulces y suaves quejidos. ¡Qué cambiados estáis, amigos míos, desde los días de la fiesta de Selma, aquellos lozanos días en

que luchábamos por obtener la palma del canto, como los céfiros de risueña estación pasan entre las columnas con murmullo armonioso, y juegan con el espeso césped!

»Entonces fue cuando se adelantó Minona con toda su hermosura. Su mirada elevada en el suelo; sus ojos bañados en lágrimas, sus cabellos flotantes, suavemente agitados por el aura inconstante bajando la colina. La tristeza reinaba en el alma de los héroes cuando hacía resonar su voz enternecida, porque ellos habían visto muchas veces la tumba de Salgar, y la sombría morada de Colma en el seno de la nieve. Colma estaba abandonada en lo alto de la montaña con su voz melodiosa. Salgar había prometido venir, pero la noche extendía ya su negro manto. Escuchad la voz de Colma cuando se hallaba sola sentada en la colina.»

COLMA

«Es de noche; estoy sola, abandonada en la colina de las tempestades. El viento brama en las montañas, el torrente corre con ímpetu y estruendo entre las rocas. No hay ni una mísera choza donde ponerme al abrigo de la lluvia. ¡Yo, abandonada en la colina de las tempestades!

»¡Levántate, luna, sal del seno de las nubes! ¡Apareced, estrellas de la noche! ¡Qué uno de vuestros rayos de luz me guíe al lugar donde el amante de mi corazón descansa de las fatigas cinegéticas, junto a su arco desmontado y su fiel perro! Mas, es preciso que me quede sola, aquí sobre esta roca alfombrada con el musgo que crece a orillas del arroyo. La ola y el viento braman, y no puedo oír la voz de mi amado.

»¿Por qué mi Salgar, por qué el hijo de la colina tarda en cumplir su promesa? He ahí la roca y el árbol; he ahí el torrente furioso. ¡Ah! ¿Adónde ha ido mi Salgar? Tú me habías prometido estar aquí en la hora de las tinieblas. Yo quería huir contigo lejos de mi padre; huir contigo lejos de mi soberbio hermano. Tu familia y la mía son enemigas hace largo tiempo, pero nosotros, ¡nosotros no somos enemigos, oh Salgar!

»¡Viento, retén por un momento tu soplo! ¡Arroyo, suspende un instante tu curso, que mi voz pueda ser oída entre los matorrales y llegue hasta mi amante extraviado! ¡Salgar! ¡Soy yo la que te llama! He aquí el árbol, he aquí la roca. ¡Salgar, amor mío, aquí estoy! ¿Por qué te retrasas?

»Mira, la luna vuelve a aparecer; las olas brillan en el valle; blanquean las rocas en los flancos de la colina... Pero yo no lo veo en su cumbre; sus perros fieles no me anuncian su venida. ¿Es preciso que me quede sola?

»Pero, ¿quiénes son ésos que allá, a lo lejos, se ocultan en los matorrales? ¿Es mi mado o es mi hermano? Habladme, amigos míos; no responden. Mi alma está desgarrada por el temor.

»¡Ay de mí! Están muertos... Sus espadas manchadas de sangre... ¡Oh, hermano mío, hermano mío! ¿Por qué has muerto a mi Salgar? ¿Por qué, ¡oh salgar!, has muerto a mi hermano? Los dos me erais muy amados. Tú eras hermoso entre mil de la montaña; él, terrible en los combates. ¡Habladme; escuchad mi voz, vosotros que teníais todo mi amor! Pero, ¡ah!, guardan silencio... ¡Silencio para siempre...! Su pecho está frío como la tierra.

»¡Oh! Desde la roca de la colina, desde la cumbre de la montaña tempestuosa, hablad, sombras de los muertos... Hablad, que yo me estremeceré. ¿Adónde habéis ido a reposar? ¿En qué antro de la colina os hallaré...? Ni la más débil voz traída en alas del viento, ni la menor respuesta a mis gemidos...

»Abismada en mis penas, espero la vuelta de la aurora, llenos de lágrimas los ojos. ¡Abrid la fosa, amigos de los muertos, y no la cubráis hasta que Colma haya venido! Mi vida se desvanece como un sueño. ¿Para qué me quedaré en la tierra? Quiero habitar aquí con mis amigos, al pie de las rocas bañadas por las olas tumultuosas. Cuando la noche cubra con sus sombras la colina; cuando el soplo del viento recorra los matorrales, se alzará mi sombra en medio de aquellos que amaba. El cazador me oirá desde su albergue y se estremecerá de mi voz, pero le agradará, porque mi acento será armonioso y suave al plañir por mis muertos.

»¡Tales fueron tus cantos, ¡oh Minona, hija de Thormann! El amable pudor enrojecía tu frente. Nuestras lágrimas corrieron por Colma, y la tristeza descendió a nuestras almas.

»Ulino se adelantó con su arpa e hizo oír los cantos de Alpino. La voz de Alpino era agradable; el alma de Rino, un rayo brillante. Pero era ya la tumba su morada, y su voz no resonaba en Selma. Ulino un día volvía de caza antes que cayesen los héroes; oyó sus cantos en las montañas, suaves, pero tristes. Deploraban la caída de Morar, el primero de los héroes... Su alma era como el alma de Fingal; su espada, como la espada de Oscar.

»¡Pero cayó, y su padre gimió...! Los ojos de su hermana estaban inundados en lágrimas, los ojos de Minona, hermana del noble Morar. Ella se retiró al oír los cantos de Ulino, como desaparece la

luna huyendo hacia el Occidente, cuando prevé la llegada de las lluvias tempestuosas y va a ocultar su hermosa cabeza en una nube.

»El arpa resonó a impulso de mis dedos, y Ulino hizo oír sus cantos de dolor.»

RINO

«El viento y la lluvia se han apaciguado; la mitad del cielo está sereno, y las nubes se disipan. Alumbra el inconstante sol; alumbra con sus resplandores las verdes colinas, y sus rojizos fuegos cubren de púrpura las olas del arroyo que de la colina se precipita al valle. Tu murmullo es suave, arroyuelo; pero más suave es la voz que yo oigo; la voz que llora a los muertos. Es la de Alpino; los años han encorvado su cabeza; las lágrimas han enrojecido sus ojos. Alpino, cantor sublime, ¿por qué estás solo sobre la silenciosa colina? ¿Por qué te quejas como el viento aprisionado en el bosque y como la ola de la lejana orilla?»

ALPINO

«Mis lágrimas, ¡oh Rino!, las derramo por los muertos, y mi voz es para los habitantes de la tumba. Eres majestuoso y grande en la colina, y hermoso entre los hijos de la selva; pero caerás como Morar, y sobre la tumba tus amigos afligidos vendrán a sentarse y a llorar. Las colinas ya no te reconocerán, tu arco flojo y desmontado permanecerá inactivo en un rincón de la gran sala.

»Eras ligero, ¡oh Morar!, como el corzo de la montaña, terrible como el meteoro inflamado. Tu cólera, semejante a la tempestad, como el relámpago que pasa sobre el arbusto; tu voz, como torrente después de abundante lluvia, como trueno que retumba en las montañas lejanas. ¡Cuántos enemigos fueron vencidos y derribados por tu brazo, consumidos por las llamas de tu furor!

»Pero tu voz roncó cuando volvías de sangrientas guerras; tu rostro resplandeció como el sol después de la tormenta, y semejante a la luna en el silencio de la noche, mostrabas el sosiego de tu alma cual cristalino mar en blanca calma.

»¡Cuán estrecha es hoy tu morada! ¡Qué oscuro el lugar de tu residencia! Con tres pasos mido yo tu tumba. ¡Tú que en otro tiempo eras tan grande! Cuatro piedras cubiertas de musgo son el único

recuerdo que de ti queda; un árbol seco, una hierba alta y espesa agitada por el viento, indican el cazador la tumba del poderoso Morar. Ya no tienes madre que te llore; no recogerás lágrimas de amor de la joven doncella; la que te ha dado a luz ha desaparecido; ha muerto la hija de Morglan.

»¿Cuál es el mortal encorvado sobre su báculo nudoso? ¿Cuál es aquel cuyos ojos están enrojecidos por las lágrimas y que tropieza a cada paso? Es tu padre, ¡oh Morar!, ese padre que no tenía más hijo que tú. Tu fama en los combates ha resonado en sus oídos; el rumor de la huida de tus enemigos ha enorgullecido su corazón; ha llegado a saber las proezas de Morar. Se le había ocultado el golpe mortal que le había herido. ¡Llora, oh padre de Morar! Llora, pero tu hijo ya no te oye. Profundo es el sueño de los muertos; baja es su cabecera de polvo. No oye ya tu voz, y jamás se despertará a tus gritos. ¡Oh! ¿Cuándo lucirá el alba sobre la tumba para decir al que está durmiendo en ella: despierta?

«Adiós, el más generoso de los mortales, vencedor en el campo de la gloria. Ese campo ya no te verá más; el sombrío bosque no se verá ya alumbrado con el resplandor de tu armadura. No has dejado hijos, pero los cantos del bardo conservarán tu nombre, y resonarán en los siglos futuros; repetirán el nombre de Morar perecido en los combates.

»Se oyeron los gritos de dolor de los héroes, y más fuertes aún fueron los gemidos de Armino. Se acordó de la muerte de su hijo, que pereció en los combates en la flor de sus días. Carmor estaba sentado cerca del héroe; Carmor, príncipe de Galmal, famoso por sus ecos.

»—¿Por qué hace oír sus supiros, Arno? —dice—. ¿Quién puede hacer correr aquí las lágrimas? Los cantos, la música suave resuena para dulcificar el alma y encantarla. La armonía es semejante al suave vapor que se eleva del lago y que se extiende por el tranquilo valle; la flor naciente se humedece con el rocío; pero el sol vuelve a aparecer con toda su fuerza, y el rocío se disipa. ¿Por qué eres tan lastimoso, ¡oh Armino!, tú que reinas en Corma, al que bañan las olas?»

ARMINO

«Sí, estoy triste, y grande es la causa de mis tormentos, Carmor. Tú no has perdido ningún hijo; no has perdido tampoco ninguna hija en la flor de su edad y su hermosura. El valiente Colgar suspira.

Amira respira, ella, la más bella de las vírgenes. Florecen los vástagos de la raza, ¡oh Carmor!, pero Armino es el último de su sangre.Tu lecho está sombrío, ¡oh Daura! Profundo es tu sueño en la tumba. ¿Cuándo te despertarás con tus cantos melodiosos, con tu voz encantadora?

»¡Levantaos, vientos otoñales, levantaos! ¡Soplad sobre el sombrío helecho! ¡Rugid, tempestades, sobre las copas de las encinas seculares! ¡Bramad, torrentes tempestuosos! ¡Y tú, ¡oh luna!, camina por entre las nubes desgarradas, y deja ver a intervalos tu pálido disco! ¡Vuelve a traer a mi memoria aquella noche siniestra, en la que todos mis hijos me fueron robados, sucumbiendo el poderoso Arindal, Daura la hermosa!

»Daura, hija mía, tú eras hermosa; bella como la luna en las colinas de Fura; blanca como la nieve en alas del viento; suave como el aura de la mañana. Arindal, tu arco era formidable; tu azagaya, veloz en los combates; tu mirada, vapor sobre las olas; tu escudo, nube inflamada durante la tempestad.

»Armar, famoso en la guerra, vino y solicitó el amor de Daura, y pronto lo obtuvo. La esperanza brillaba en los ojos de sus amigos.

»Erat, hijo de Odgal, se estremecía de rabia, porque su hermano había sido inmolado por Armar. Vino disfrazado como hijo de los mares; su barca era hermosa sobre las aguas; su cabellera parecía encanecida por la edad, y su rostro serio y grave. "¡Oh, la más hermosa de las mujeres, amable hija de Armino! Allá abajo, en una roca poco lejana, en medio del mar, Armar espera a su Daura; yo vengo para llevarle el objeto de su amor, sobre las olas ondulantes."

»Ella lo siguió, desembarcó en la roca y llamó a Armar; pero no le respondió más que el eco, hijo de la roca: "Armar, amado mío; Armar, amor mío, ¿por qué me haces pasar este terror? Escucha, hijo de Arnat, escucha. Es Daura la que te llama."

»Erat aleve se emboscó riendo, Daura alzó la voz y gritó llamando a su padre, llamando a su hermano: "Arindal, Armino, ¿no hay nadie que venga a salvar a vuestra Daura?"

»Su voz atravesó la mar. Arindal, mi hijo, bajó de la montaña cargado con el botín de caza; sus flechas resonaban al costado; y en la mano tenía su arco, y le rodeaban y seguían cinco dogos de un color oscuro y pardo. Ve al feroz Erat a la orilla del mar, se acerca a él, le agarra y le ata a una encina; unas fuertes correas comprimen estrechamente sus miembros, y Erat, cautivo, llena el aire con sus gemidos y ayes.

»Arindal se lanza en la barquilla, marcha sobre las olas para volver a traer a Daura a la orilla. Armar llega furioso y dispara una flecha de plumas ligeras, que parte silbando y penetra en su corazón.

¡Oh, Arindal, hijo mío, caíste herido por el dardo destinado al traidor Erat! El remo se detiene de repente y tú vas a expirar a la roca. ¿Cuál fue tu dolor, oh Zaura, cuando enrojeció tus pies la sangre de tu hermano?

»La barca fue destrozada por las olas; Armar se arrojó al mar para salvar a su Daura o morir. De repente se levanta un furioso viento en lo alto de las montañas y agita las aguas. Armar es envuelto por las olas, se hunde y no vuelve a vérselas más.

»Solo, sobre la roca escarpada de la orilla batida por las aguas, oía los gritos de mi hija, que el viento hacía resonar con sus gemidos. Sus clamores eran agudos y frecuentes, y su padre no podía socorrerla. Toda la noche permanecí en la orilla del mar, viéndola al pálido resplandor de la luna y oyendo sus gritos. Los vientos se habían desencadenado, y la lluvia, que caía a torrentes, batía los flancos de la montaña. Antes que el alba apareciese, su voz se había debilitado, perdiéndose en el espacio como el soplo de la tarde entre la hierba de las rocas. consumida por la pena y el dolor, mi hija murió y te dejó solo. Armino. Mi fuerza en la guerra ya no existe; mi gloria entre las jóvenes se ha desvanecido.

»Cada vez que la tempestad baja de las montañas, cada vez que el viento del Norte agita las olas, voy a sentarme a la orilla del mar mugiente, y contemplo desde allí la fatal roca. Al declinar la luna, distingo las sombras de mis hijos. Apenas visibles a través de los vapores de la noche, andan errantes y gimen reunidos.»

Un torrente de lágrimas que brotó que los ojos de Carlota y alivió su corazón oprimido, vino a suspender la lectura de Werther. Arrojó éste el manuscrito, tomó su mano y derramó sobre ella amargas lágrimas. Apoyada Carlota sobre el otro brazo, se cubría el rostro con su pañuelo. Terrible era la recíproca sensación de ambos. Veían su propio infortunio en la suerte de los héroes de Osián; lo sentían juntos, y sus lágrimas se confundían. Los labios y los ojos de Werther devoraban el brazo de Carlota: se apoderó de ella un temblor, y quiso retirarse, pero el dolor y la compasión le quitaban las fuerzas, y agobiaban su alma con un peso de plomo. Se esforzaba por tomar aliento, se sentía como sofocada, y con voz celestial rogó, conjuró a Werther que continuase la lectura. Él se estremeció, temblaba, su corazón quería salírsele del pecho. volvió a tomar el manuscrito y leyó en medio de sollozos.

«¿Por qué me despiertas, dulce soplo de primavera? Tu aliento acariciador dice: "Yo destilo el rocío del cielo, pero se acerca el tiem-

po en que voy a desaparecer; se acerca el huracán que va a despojarme de mis hojas. El viajero llegará mañana; vendrá aquel que me ha visto en toda mi hermosura. Su mirada, errando en la llanura, me buscará por todas partes; me buscará en torno suyo, y no me encontrará."»

La aplicación tan exacta de estas palabras a su situación actual, hizo estremecer al desgraciado joven. En el paroxismo de su desesperación, la asió las manos, las estrechó contra sus ojos y contra su frente, y en aquel momento atravesó por el alma de Carlota un presentimiento de su horrible situación; sus sentidos se turbaron, estrechó sus manos contra su pecho, y en dolorosa emoción se inclinó hacia él. Sus abrasadas mejillas se tocaron y el mundo entero desapareció a sus ojos. Enlazóla Werther con sus brazos, la estrechó contra su corazón y cubrió sus trémulos y balbucientes labios de besos ardientes y furiosamente apasionados.

—¡Werther! —decía ella con voz ahogada—. ¡Werther!

Y su débil mano rechazaba blandamente su pecho unido al suyo.

—¡Werther! —exclamó al fin, con tono imponente y grave que expresaba el más noble sentimiento.

Él no insistió, la dejó desasirse de sus brazos y cayó a sus pies como fuera de sí, e inanimado. Ella se lanzó hacia la puerta, y con la turbación más violenta, trémulas de amor y de cólera, le dijo:

—Ésta es la última vez, Werther; no volverá a verme más.

Se detuvo, y arrojando sobre el infortunado una mirada desbordante de amor, fue a encerrarse en un cuarto inmediato. Werther extendió los brazos hacia ella y no trató de retenerla. Estaba en tierra con la cabeza apoyada en el sofá, y allí permaneció más de media hora en esta posición, hasta que un ruido que oyó le hizo volver en sí. Era una criada que venía a poner la mesa. Se levantó, anduvo dando vueltas por el cuarto y, al volverse a hallar solo, se acercó a la puerta del gabinete adonde se había retirado Carlota, y le dijo en voz baja:

—¡Carlota, Carlota! ¡Una palabra, una sola palabra, un adiós!

Carlota no le respondió.

Insistió de nuevo, suplicó, esperó y, no recibiendo ninguna respuesta, se separó de la puerta gritando:

—¡Adiós, Carlota, adiós para siempre!

Se fue a la puerta del pueblo en seguida, y los guardas, acostumbrados a verle salir y entrar; no le dijeron nada y le dejaron pasar.

Soplaba un viento muy frío, acompañado de agua helada y nieve.

Eran las once de la noche cuando llegó a su casa. Su criado notó que no traía sombrero, pero no se atrevió a decirle nada. Le desnudó

y vio que sus vestidos estaban chorreando agua. Más tarde se encontró su sombrero en lo alto de la roca escarpada, desde cuya cima se domina y descubre la colina y el valle. Parece inconcebible que hubiese podido subir a aquella roca en una noche oscura y húmeda sin ningún accidente, y sin despeñarse al subirla o al bajarla. Se acostó y durmió largo tiempo. Cuando a la mañana siguiente el criado le trajo el café a petición suya, le encontró escribiendo. Concluía este párrafo de su carta a Carlota:

«Por última vez, sí, por última vez abro los ojos. ¡Ah! Ya no volverán a ver más el sol. Un día sombrío y nebuloso lo tiene oculto. ¡Sí, ponte de luto, Naturaleza: tu hijo, tu amigo, tu amante se acerca a su fin! ¡Qué sensación tan sin igual! ¡Qué sensación más semejante a las ilusiones de un sueño la de decir: he aquí tu último día! ¡El último, Carlota! Esta palabra no tiene sentido para mí. ¿No estoy en toda la fuerza y el vigor de la vida? Pues mañana estaré tendido y yerto en la tierra. ¡Morir! ¿Qué es morir? ¡Ah, cómo soñamos cuando hablamos de la muerte! He visto morir a muchos seres, pero son tales los límites de la humanidad, que el principio y el fin de su existencia son para ella unos misterios. Actualmente soy mío, ¡tuyo, tuyo! ¡Oh, vida, mía! Y dentro de un instante... estaremos separados, arrancados el uno del otro, y quizá para siempre... No, Carlota, no. ¿Cómo puedo ser aniquilado? ¿Cómo puedes dejar de ser? Nosotros somos, nosotros existimos. ¡La nada! ¿Qué es eso? Palabra vana, sonido hueco que a mi corazón nada dice. ¡La Muerte! ¡Ser bajado al seno de la tierra, reducido a un espacio tan estrecho, tan tenebroso...! Tuve una amiga que era el todo de mi desvalida mocedad: murió, seguí el cadáver, me asomé al sepulcro, dejaron su carga los enterradores, susurró la cuerda al bajar y subir, resonó hondamente el ataúd estrecho, más y más amortiguado cada vez, hasta que, al fin, quedó cubierto... Caí de rodillas al borde de la tumba... Estaba oprimido, angustiado, desgarrado hasta el fondo de mis entrañas, pero ignoraba lo que pasaba en mí... lo que pasará en mí. ¡Muerte...! ¡Tumba...! ¡Palabras terribles y espantosas, no os comprendo!

»¡Oh! Perdona, perdóname... ¡Ayer...! ¿Por qué no fue ese el último momento de mi vida? ¡Criatura angelical...! Por primera vez, sí... sí... por primera vez, ciertamente, he sentido en todo mi ser un transporte delicioso, un entusiasmo celestial... ¡ella me ama...! ¡Me ama...! Todavía arde en mis labios ese fuego sagrado que se desprendía de los tuyos... Un nuevo delirio vuelve a apoderarse de mi alma... ¡Perdona...! ¡Perdóname!

»¡Ah! Sabía, Carlota, que me amabas. Lo supe desde la primera mirada en que se reflejó tu alma; desde la primera vez que tu mano se encontró entre las mías. Y, sin embargo, cuando me separaba de ti, cuando veía a Alberto a tu lado, volvía a sufrir el tormento de la duda y se encendía mi sangre.

»¿Recuerdas aquellas flores que me enviaste después de la fatal reunión en que no pudiste decirme ni una sola palabra, ni darme tu suave mano? ¡Oh! He pasado media noche arrodillado ante ellas... que me respondían de tu amor. Pero, ¡ay!, esas impresione se han desvanecido, como en el alma del creyente se borra poco a poco el sentimiento de la gracia que su Dios había derramado en él con señales sagradas y visibles, en toda su plenitud celeste.

»Todo eso es perecedero, mas la eternidad misma no podría extinguir esa llama vivificante que he recogido en tus labios y que siento circular por mis venas. ¡Me ama! Estos brazos la han estrechado; estos labios se han estremecido sobre sus labios; esta boca ha tartamudeado sobre la suya... ¡Es mía! Eres mía, sí, Carlota; mía para siempre...

»¿Qué me importa que Alberto sea tu esposo? ¿Tu esposo? Para el mundo; para ese mundo que es un pecado amarte, querer arrancarte de sus brazos a los míos. ¿Pecado? Pues bien, por él me castigo. He saboreado ese pecado en todas sus celestiales delicias; he aspirado con avidez ese bálsamo de fuerza y de vida, y he rociado con él mi corazón. ¡Desde ese momento, eres mía... mía... Carlota...! Yo marcho delante... Voy hacia mi padre... hacia el tuyo... Él oíra mis gemidos, me consolará hasta que tú vengas. Entonces volaré a recibirte, y de la mano y en presencia del Infinito fundiremos nuestro ser en eterno abrazo.

»No sueño, no deliro. A las puertas de la tumba, el día me parece más claro, más sereno. Renaceremos, volveremos a vernos. Veré a tu madre, desahogaré mi corazón en el suyo. ¡Tu madre, imagen tuya perfecta!»

A eso de las once, Werther preguntó a su criado si Alberto estaba de vuelta, y el mozo le respondió que sí, pues había visto pasar su caballo. Entonces le mandó que fuese a llevar un billete abierto con estas palabras:

«¿Sería tan complaciente que quisiera prestarme sus pistolas para el viaje que pienso hacer? Que usted lo pase bien.»

La pobre Carlota había dormido poco la noche anterior; todas sus aprensiones se habían realizado, y realizado de una manera que no podía ni prever ni temer. Su sangre, en otro tiempo tan pura, tan tranquila, se hallaba en tumultuosa efervescencia, y mil sensaciones confusas desgarraban su corazón. ¿Era el fuego de las apasionadas caricias de Werther lo que sentía en su pecho? ¿Era la indignación por su audacia? ¿Era una penosa compasión de su estado, comparado con los días de paz y de inocencia, cuando exenta de temores y cuidados tenía confianza en sí misma? ¿Cómo se presentaría delante de su marido? ¿Cómo le confesaría una escena que nada le impedía referírsela, y que, sin embargo, no se atrevía a hacerlo? Hacía largo tiempo que guardaba silencio el uno respecto al otro. ¿Sería la primera que rompiese este silencio para hacer a su marido una revelación tan delicada como inesperada? Temía que la simple noticia de la visita de Werther le causase una impresión desagradable. ¿Qué sucedería, pues, al saber lo ocurrido? ¿Podía lisonjearse o esperar que Alberto viese semejante escena desde el punto de vista verdadero y que la juzgase sin prevención ni sospecha? ¿Era de esperar que él supiese leer en el fondo de su alma? Por otra parte, ¿podía disimular con un hombre ante el cual se había presentado siempre tan pura y transparente como el cristal, y al que jamás había ocultado, ni disfrazado, ni podido ocultar uno solo de sus sentimientos? Tales reflexiones la tenían sumida en penoso embarazo, y sus pensamientos venían a recaer, siempre y continuamente, en Werther, perdido para ella, pero al que no podía abandonar, y que, sin embargo, era preciso dejar entregado a sí mismo; aquel Werther a quién, habiéndole perdido, ya no le quedaría nada en el mundo.

La turbación y la agitación de su espíritu no le dejaban ver, en aquel momento, los funestos resultados de la discordia entre estos dos hombres, cuya causa era ella. Ambos, buenos y cuerdos, por no haber podido ponerse de acuerdo sobre ciertos puntos, habían empezado a encerrarse en silencio absoluto. Cada uno de ellos reflexiona sobre la situación del otro, habiendo llegado a tal punto esta acritud, que se había hecho imposible, en un momento crítico, desenmarañar tal tejido de dificultades. Si los hubiese antes unido una recíproca confianza; si hubiesen reanimado la amistad y la indulgencia, abriéndose mutuamente sus corazones, quizá hubiera podido salvarse a nuestro desgraciado amigo.

Una circunstancia particular se vino a agregar a estas consideraciones. Werther, como lo prueban sus cartas, jamás había hecho misterio ni ocultado su ardiente deseo de dejar este mundo. Alberto lo

había combatido muchas veces, y a menudo fue el tema de sus conversaciones con Carlota.

Debido a su invencible repugnancia por el suicidio, había manifestado con cierta vehemencia extraña a su carácter, que no le cabía en la cabeza que semejante idea la defendiese sinceramente. Y hasta se había permitido gastar algunas bromas sobre el particular, participando su incredulidad a Carlota. Si esto, por una parte, servía para tranquilizarla cuando imaginaba tan siniestro propósito, por la otra era un obstáculo para que se atreviese a comunicar a su marido la inquietud que la atormentaba en aquellos momentos.

Alberto volvió de su viaje, y Carlota se apresuró a salirle al encuentro, pero con cierto embarazo. No venía de buen humor, por no haber logrado dar cima a sus asuntos. Los malos caminos habían contribuido también a fastidiarle.

Preguntó si había ocurrido algo durante su ausencia, y Carlota se apresuró a responder que Werther había estado la víspera. Se informó de si había llegado correspondencia, y ella le dijo que en su cuarto tenía varios paquetes. Alberto fue allí y Carlota quedó sola. La presencia del esposo, que amaba y respetaba, provocó nueva impresión en su corazón. El recuerdo de su generosidad, de su amor y de su bondad, tranquilizó su espíritu, y se sintió atraída secretamente a seguirlo. Tomó su labor y se fue al cuerto de Alberto, según su costumbre, hallándole ocupado en leer sus cartas, algunas de las cuales no parecían ser de contenido muy agradable. Le hizo varias preguntas, a las que Alberto respondió brevemente, y en seguida sentóse a su mesa de despecho para escribir.

Una hora llevaban juntos, y Carlota entristecía sombríamente. Conocía lo difícil que le sería descubrir a su marido el secreto que oprimía su corazón, aun cuando él se encontrase en las mejores disposiciones de ánimo, y le sobrevino una profunda melancolía, tanto más dolorosa, cuando mayores esfuerzos hacía para ocultarla, dominarla y contener sus lágrimas.

La aparición del criado de Werther agravó su malestar. Entregó el billete de su amo, y Alberto, después de leerlo, se volvió a Carlota y le dijo con calma y serenidad:

—Dale las pistolas.

Y dirigiéndose al criado, añadió:

—Dile que le deseo un buen viaje.

Carlota quiso levantarse, y las piernas no le obedecieron; no sabía lo que le pasaba. Al fin, haciendo un esfuerzo sobrehumano se levantó, se acercó a la pared, descolgó las pistolas y se puso a limpiarlas, en cuya operación Dios sabe lo que habría tardado, si Alberto no le dirige una mirada significativa para darle prisa.

Entregó las funestas armas al criado, por último, sin proferir una palabra, y cuando el criado se marchó, recogió su labor y se fue a su cuarto en un estado de inquietud y turbación indescriptibles. Su corazón no le anunciaba sino terror y espanto. Tan pronto estaba tentada de arrojarse a los pies de su marido y contarle todo lo ocurrido el día anterior, su falta, sus presentimientos, como no hallaba medio de hacerlo. Desesperaba, sobre todo, conseguir que Alberto fuese inmediatamente a casa de Werther.

Estaba preparada la mesa cuando llegó una amiga para decirle algunas palabras y marcharse en seguida, pero la hicieron quedarse a comer, y esta hizo soportable la conversación durante la comida. Se contuvo, habló y olvidó.

El criado llegó las pistolas a Werther, que las recibió con transportes de alegría al saber que la misma Carlota las había limpiado; mandó que le trajesen pan y vino, dijo al criado que fuese a comer y se puso a escribir.

«Vienen de tus manos; tú las han limpiado del polvo, y yo las beso mil veces, porque tú las has tocado. Tú misma, espíritu del cielo, favorece mis proyectos; tú misma, Carlota, me presentas el arma que va a darme la muerte; la muerte que yo deseaba recibir, que recibo de tus manos.

¡Oh, qué multitud de preguntas he hecho a mi pobre criado! Templaras al entregarle estas armas... No me has enviado tus adioses... ¡Oh, dolor...! ¡No hay adioses...! ¿Me habrás cerrado tu corazón por ese divino instante que me ha encadenado a ti para la eternidad...? Carlota, pasarán millares de años, y esta impresión divina jamás se borrará. Sí, lo siento; tú no puedes aborrecer al que se abrasa por ti en una llama inmortal.»

Después de comer, mandó a su criado que acabase de empaquetar todo. Hizo pedazos muchos papeles, salió y pagó pequeñas cuentas y volvió a casa; pero, a pesar de la lluvia, salió de nuevo en seguida y estuvo paseando por el jardín del conde, por el campo, y a la caída de la tarde regresó y escribió:

«Guillermo, he visto los campos por vez postrera, los bosques y el cielo. ¡Adiós, también, madre mía, mi buena madre! ¡Perdóname! ¡Consuélala, Guillermo...! ¡Que Dios se digne bendeciros! Dejo arreglado todos mis autos. ¡Adiós otra vez! Volveremos a vernos, y entonces la dicha nos sonreirá.

»He apreciado mal tu amistad, Alberto, pero tú me lo perdonas. He turbado la paz de tu casa; he sembrado la desconfianza en vosotros. Adiós. Quiero poner fin a esto. ¡Que mi muerte os dé la felicidad...! ¡Alberto, haz feliz a ese ángel, y que la bendición del Todopoderoso caiga sobre ti!»

Por la noche se ocupó todavía largo rato de sus papeles; desgarró unos, echó otros al fuego, selló paquetes para Guillermo, los cuales contenían recuerdos, estudios sobre diversas cuestiones y pensamientos sueltos, alguno de los cuales han llegado a mis manos. A las diez mandó que le encendiesen un gran fuego y pidió una botella de vino, haciendo acostar al criado en su cuarto, que, como el de los dueños de la fonda, estaba en lo más apartado del patio.

El criado se acostó vestido, para estar más dispuesto a levantarse temprano, pues su amo había dicho que los caballos de posta vendrían antes de las seis.

Después de las once.

«A mi alrededor reina el silencio y mi alma está serena. Gracias, ¡oh Dios mío!, porque me das tanta fuerza y valor en los últimos momentos.

»Me acerco a la ventana, querida Carlota, y a través de las sombrías nubes que los vientos llevan a lo lejos, veo todavía algunas estrellas que brillan en el firmamento. ¡No, astros inmortales, vosotros no caeréis! El Eterno os lleva en su seno, igual que a mí. Veo la Osa mayor, que es la constelación que prefiero. Por la noche, cuando me separaba de ti, Carlota, y me paraba en el vestíbulo, la veía brillar enfrente de mí. ¡Con qué deliciosa embriaguez la he estado contemplando muchas veces, y con las manos tendidas hacia ella, la he tomado por testigo sagrado de mi bienaventuranza...! Y ahora... querida Carlota, ¿qué habrá que no me recuerde a ti? ¿No estoy rodeado de ti por todas partes? Y semejante a un niño, ¿no me he lanzado, ávido, sobre mil bagatelas consagradas por tu tacto?

»¡Oh, retrato querido! En él he impreso millares de besos. Lo he saludado mil veces siempre que entraba y salía. Te lo leo, Carlota, y te suplico que lo honres.

»En un billete que entregarán a tu padre, le he suplicado que proteja mi sepultura. En el cementerio, a la esquina que mira al campo, hay dos tilos a cuyos pies ansío descansar. Puede, y espero que concederá este favor a un amigo. Pídeselo tú también. No pre-

tendo que los piadosos cristianos depositen sus cuerpos cerca del de un pobre desgraciado. ¡Ah! Quisiera que me enterrasen a la orilla del camino, o en el solitario valle, a fin de que sacerdotes y levitas se santiguasen al pasar cerca de mi tumba, y que el buen samaritano derramase una lágrima.

»Dámelo, Carlota; no tiemblo al tomar el horrible cáliz en que voy a beber la embriaguez de la muerte. Tú me lo presentas y yo no titubeo. De este modo se cumplen los deseos de mi vida. ¡He ahí en lo que vienen a parar todas nuestras esperanzas...! ¡Todas... todas...! En venir a estrellarse con esta sangre fría, con este entorpecimiento, contras las puertas de bronce de la muerte.

»¡Si por lo menos hubiera obtenido el favor de morir por ti, de sacrificarme por ti, ¡oh Carlota!, perecería con valor, con alegría! ¡Si pudiese restablecer el sosiego y el júbilo de tu vida...! ¡Ay! No es dado sino a pocos elegidos el derramar su sangre por el objeto de su amor, y devolver con su muerte una vida más activa y gozosa en el seno de sus amigos.

»Carlota, queiro ser enterrado con estos vestidos, porque tú los has tocado, los has santificado. También pido esta gracia a tu padre. Mi alma estará sobre mi ataúd; que no se registren mis bolsillos. Aquellos lazos de color de rosa que llevabas puestos la primera vez que te vi en medio de los niños... ¡Oh! Abraza, besa mil veces a esos queridos niños, cuéntales la historia de su desgraciado amigo. ¡Niños queridos! Los veo agruparse alrededor de mí... ¡Ah! ¡Cómo estoy unido, identificado con tu persona! Desde aquel momento me hice inseparable de ti. Esos lazos de cinta serán enterrados conmigo; tú me los regalaste el día de mi santo. ¡Cómo saboreaba entonces todo esto! No pensaba que ese camino había de conducirme a donde estoy... Tranquilízate... te ruego que te tranquilices... ¡Ya están cargadas...! ¡Dan las doce...! ¡Ea, pues...! ¡Carlota, Carlota! ¡Adiós, adiós!

Un vecino vio el fogonazo y oyó el tiro, pero como después reinó en la habitación de Werther el más completo silencio, creyó que se trataba de un disparo casual y no se inquietó.

Por la mañana, a las seis, el criado del suicida entró en el cuarto de su amo. Llevaba en la mano una luz encendida. Encontró a Werther tendido en el suelo, ensangrentado, y cerca de él una pistola. Le llamó, le levantó; no obtuvo respuesta, pero percibió el estertor del moribundo. Corrió en busca de un médico y fue a enterar a Alberto de lo ocurrido. Carlota, que oyó el campanillazo, se echó toda a temblar. Despertó a su esposo: se levantaron. El criado, con

voz llorosa y balbuciente, les dio la noticia. Carlota cayó desmayada a los pies de Alberto.

Cuando el médico llegó a prestar sus auxilios al suicida le encontró en el suelo; aún latía su pulso, pero estaban paralizados sus miembros. Se había pegado el tiro en la cabeza, encima del ojo derecho, saltándole los sesos. Le hicieron una sangría y corrió la sangre; respiraba aún.

Por la sangre que salpicaba el respaldo del sillón inducíase que Werther disparó la pistola estando sentado ante su escritorio; luego cayó y se revolcó convulso en torno del asiento. Yacía enfrente de la ventana, exánime, boca arriba, vestido y calzado; llevaba frac azul y chupa amarilla.

En la vecindad y en todo el pueblo produjo el suceso extraordinaria agitación. Entró Alberto en el cuarto de su amigo. Ya habían trasladado a Werther a la cama después de vendarle la frente; su semblante era cadavérico; estaba inmóvil. Aún dejaban oír sus pulmones el espantoso estertor de la agonía, débil unas veces, otras más fuerte. Se acercaba el fin.

No había bebido más que un vaso de vino. EMILIA GALOTTI, la célebre tragedia de Lessing, se hallaba abierta sobre su escritorio.

¿Y qué decir del estupor de Alberto y la consternación de Carlota?

El anciano magistrado, apenas supo la noticia, montó a caballo y a todo galope llegó a casa de Werther; abrazó al moribundo derramando abundantes lágrimas. Los hijos mayores llegaron más tarde; cayeron de rodillas al pie del lecho y, manifestando inconsolable dolor, besaron las manos y la boca de Werther. El hijo mayor, que había sido su predilecto, no quería apartar sus labios de los del moribundo, y después de haber lanzado éste el último suspiro hubo que alejar a viva fuerza a la desconsolada criatura. Werther murió a mediodía. La presencia del magistrado y las medidas que adoptó evitaron la afluencia de curiosos. A eso de las once de la noche, enterraron el cadáver en el lugar que el suicida había designado. El anciano magistrado y sus hijos asistieron al entierro. El estado de Carlota llegó a inspirar serios temores. El cuerpo fue llevado por obreros, sin acompañamiento de eclesiásticos.

FIN

HERMAN
Y
DOROTEA

POEMA EN NUEVE CANTOS

POEMA*

I.—Calíope

La desgracia compartida

—Nunca vi la plaza y las calles tan desiertas. Diríase una ciudad abandonada y muerta; apenas quedarán en ella unos cincuenta habitantes. ¡Lo que hace la curiosidad! Todo el mundo corre para contemplar el infausto espectáculo de esos desgraciados fugitivos. De aquí a la carretera por donde deben pasar hay una hora larga de camino, y, sin embargo, todos corren hacia allá, al Mediodía, entre nubes de polvo. Por mi parte, aseguro que no me movería de donde estoy para contemplar la miseria de esas pobres gentes que abandonan, con lo que han podido salvar, la orilla opuesta del Rin, tan hermosa, para atravesar, errantes, los tranquilos rincones de nuestro fértil valle. ¡Oh, esposa mía! ¡Cuánto alabo que hayas enviado a nuestro hijo para repartir entre esas pobres gentes nuestras ropas usadas, alimentos y bebidas! El dar es propio de ricos. ¡Qué bien guía ese mozo! ¡Cómo refrena nuestro juguetones caballos! ¡Qué buen aspecto tiene el cochecito nuevo! Caben en él cómodamente cuatro personas sin contar el cochero; hoy lo guía nuestro hijo solo. ¡Con qué ligereza ha dado la vuelta a la esquina!

De esta suerte hablaba a su mujer, tranquilamente sentado a la puerta de su casa, cerca del mercado, el hostelero del *León de Oro*.

---

* *Hermann und Dorothea*, pequeño poema pastoral, fue escrito en hexámetros, medida poética a que, como el griego, se presta maravillosamente el idioma alemán. Por esta circunstancia la belleza del poema resulta en su lengua original incomparablemente mayor. Los nueve cantos en que se divide llevan la advocación de las nueve musas.

—Amigo mío —le respondió su inteligente y juiciosa mitad—, generalmente no prodigo nuestras ropas de desecho, porque pueden ser útiles y, en ocasiones, hay que echar mano de ellas; pero hoy me hablaban los niños y ancianos reducidos a la desnudez, y les he juntado con la mejor voluntad camisas y mantas que estaban aún en buen uso. He puesto a contribución hasta tu armario, perdóname, y he cogido tu bata de rameada indiana, forrada de bayeta fina; estaba ya gastada y vieja, y pasada de moda.

El buen hostelero se echó a reír.

—Confieso —respondió— que me separo de ella con pesar, porque ya no se encuentra indiana como aquélla. En fin, después de todo, ya no me la ponía... Ahora hay que presentarse bien vestido y calzado ante los clientes desde el punto de la mañana; las zapatillas y el gorro están condenados sin remisión.

—¡Ah! Por allí vuelven ya —interrumpió la esposa—, algunos de los que han ido a ver a los fugitivos; probablemente ya habrán pasado. ¡Cómo vienen de polvo y de calor! ¡No iría yo tan lejos con este día caluroso para ver semejante espectáculo! ¡Bastante tendremos con escuchar los relatos que hagan!

—El tiempo es magnífico para la recolección —dijo el hostelero—. No es corriente disfrutarlo así. Pondremos el trigo a cubierto en la granja, como ya hemos hecho con el heno, sin que caiga una gota de agua; el cielo está sereno, no se ve una nube, y el levante esparce un fresco agradable. Seguramente durará este tiempo. Mañana comenzarán los segadores la recolección del trigo granado.

Mientras hablaba, iba aumentando el gentío de los que volvían. Al extremo opuesto del mercado se veía al rico vecino y primer negociante de la comarca, que regresaba en uno de esos carruajes fabricados en Landua, de donde han tomado su nombre, compañía de sus hijas, y se detenía ante la puerta de su casa reconstruida. Las calles fueron animándose, pues la pequeña ciudad estaba muy poblada y se dedicaba a diversos géneros de vida, fabricación y comercio.

El hostelero y su mujer seguían con la vista el movimiento creciente en la calle, y se divertían haciendo mil observaciones.

—Mira —dijo la hostelera—, el pastor viene hacia aquí en compañía de nuestro vecino el boticario; ellos nos contarán lo que han visto, que, por cierto, no debe ser muy agradable.

Ambos se acercaron amistosamente; saludaron a los esposos, sentándose a su lado en un banco de madera que había en el portal, se limpiaron el polvo de los zapatos y se hicieron aire con el pañue-

lo. Después de los cumplidos de ritual, el boticario, tomando la palabra, dijo algo malhumorado.

—¡He ahí cómo son los hombres! Ocurre una desgracia al prójimo: la casa incendiada, el condenado que camina al suplicio, y se apresuran a contemplar el desgraciado accidente con la boca abierta. Hoy ha salido todo el mundo al campo para ver el éxodo de esas pobres gentes arrojadas de sus hogares, sin pensar que cada uno está expuesto a que le suceda una desgracia igual. Tengo esta ligereza por imperdonable, pero no puedo menos de confesar que está en la naturaleza del hombre.

El venerable pastor, lleno de buen sentido, tomó a su vez la palabra. Era la notabilidad del pueblo y, aunque joven aún, se acercaba a la madurez. Conocía a fondo la vida de sus feligreses; procuraba que sus pláticas redundasen en provecho de sus oyentes; se interesaba por todas las necesidades. Penetrando de la importancia de los libros sagrados, que nos revelan la condición del hombre y el fin de la Providencia, se ilustraba también con la lectura de los mejores escritores profanos.

—No me gusta censurar —dijo—, una inclinación que la Naturaleza, como buena madre, ha puesto acertadamente en el hombre; porque a veces esa inclinación que lo guía, que es irresistible, da resultados que la inteligencia y la razón son incapaces de obtener. Si la inquietud no incitase al hombre con poderoso atractivo, ¿hubiéramos nunca conocido la admirable belleza de las relaciones que unen a todos los seres? Primero se siente atraída por la novedad; después busca lo útil con incansable ardor; por último aspira a lo bello y a lo bueno por excelencia. Esa ligereza que usted censura es la compañera de su mocedad; ocultándole los peligros del camino, se apresura a borrar sus huellas una vez pasado el mal.

La impaciencia hostelera le interrumpió, diciendo con dulzura:

—Hagan el favor de contarnos lo que han visto, porque eso es lo que ahora nos importa.

—¡Ah! —respondió el boticario—. Después de lo que acabo de presenciar, no me han quedado ganas de reír. ¿Quién podría contar la variada multitud de infortunios que hemos presenciado? A pesar del gentió y confusión por los ribazos y la carretera, hemos visto demasiado bien a esos desgraciados. Encontramos numerosos fugitivos y carros, en confuso tropel, y en ellos aprendimos que la huida es dolorosa, pero que no obstante se experimenta un dulce sentimiento al poder salvar la vida. ¡Qué confusión de muebles y utensilios, cargados y atados deprisa en toda clase de vehículos! En el desorden de la huida, el armario cae sobre la manta, el espejo sobre

la cama, las maletas sobre los cestos, y como nosotros lo experimentamos hace veinte años, cuando el incendio consumió el pueblo, al hombre le quita el peligro la conciencia de lo que hace. Se salvan los objetos inservibles y se abandonan los más útiles. Del mismo modo habían acumulado esos desgraciados en sus carretas diversidad de enseres y objetos sin valor: tablas, jaulas... arrastrándose penosamente mujeres y niños cargados de paquetes y envoltorios que no podría asegurarse fuesen necesarios, porque, ¡causa tanta pena perder el más insignificante de los objetos que poseemos! Caminaban en desorden y confusión envueltos en el polvo que levantaban de la carretera. Quién moderaba el paso de las fatigadas bestias; quién hostigaba las suyas, por el contrario. De aquella multitud se alzaban ruidos ensordecedores; gritaban niños y mujeres; balaba el ganado merino; mugían las vacas; ladraban los perros. Los viejos y enfermos gemían al sentir oscilar sus lechos en lo alto de los carros; de pronto se sale de su eje la ruda de una carreta, y los que la ocupan, lanzados por ella, claman su honor; por fortuna, las cajas y paquetes arrastrados en la caída quedaron cerca y las personas a mayor distancia, de lo contrario hubieran resultado aplastados. Pero los desgraciados allá quedaron sin amparo. Los auxiliamos, y entre ellos vimos enfermos sofocados por el polvo y exhalando ayes de angustia. Los demás pasaban deprisa, arrastrados por el torrente de la multitud y sin cuidarse más que de sí mismos.

Vivamente conmovido, dijo el hostelero:

—¡Quiera Dios que mi hijo Herman los haya encontrado, socorrido y vestido! No quisiera ser testigo de semejante escena, porque la vista de una desgracia me hace sufrir. Sólo la primera noticia que tuve de tan grandes trabajos, me conmovió hasta el punto de enviar inmediatamente a esos desgraciados algo de lo que nos sobra. Pero no nos dejemos llevar de estos tristes pensamientos. El temor y el cuidado, que me parecen más odiosos que el mal mismo, se apoderan fácilmente del corazón del hombre. Entremos en esa sala que está más frescas; en ella no ha penetrado nunca el sol, ni el cálido aire atravesó sus recios muros; y tú, mujercita mía, traénos un frasco de vino añejo para disipar la melancolía. No resulta cómodo beber aquí por las moscas, que zumban alrededor de los vasos.

Entraron allí y la esposa trajo con gran cuidado, en una bandeja de estaño, redonda y brillante, un frasco lleno de ese maravilloso y límpido vino del Fin, y las copas destinadas a tan suave néctar.

Sentáronse los tres en torno de una mesa redonda, encerada, brillante y de macizos pies.

El hostelero y el pastor chocaron sus vasos alegremente, mientras el boticario tenía en la mano el suyo, pensativo e inmóvil.

El hostelero le dijo, tratando de animarle:

—Vamos, estimado vecino, bebamos. Hasta el presente la clemencia divina nos ha preservado de desastres, y espero que se dignará continuar favoreciéndonos. ¿No hemos notado todos que desde aquel horrible incendio, riguroso castigo que nos hizo sufrir, nos ha dado constantemente motivos de alegría, velando por nosotros, con tanto cuidado como el hombre vela por la pupila de sus ojos? ¿Nos negará acaso en adelante su socorro y protección? En el peligro se empieza a conocer su poder. ¿Querría acaso destruir de nuevo este floreciente pueblo que ha colmado de bendiciones y ha levantado de sus cenizas por medio de nuestras manos?

—Perseverad en estos sentimientos —respondió el digno pastor con dulce y tranquila voz—; esa confianza proporciona al hombre la tranquilidad en medio de la dicha, le ofrece el más sólido consuelo en la desgracia y alimenta nuestra más halagüeña esperanza.

A esto añadió el hostelero, como hombre firme y juicioso:

—¡Cuántas veces, de vuelta de un viaje, he saludado con admiración las ondas del Rin! Siempre me parecía grande y me inspiraba ideas y sentimientos elevados, pero nunca pensé que pronto habría de servirnos su risueña orilla de baluarte, y su ancho lecho de infranqueable foso contra los franceses. De esta forma la Naturaleza secunda a los bravos alemanes que nos defienden, y así es como nos defiende el Señor. ¿Quién se dejará llevar del abatimiento? Los combatientes están fatigados, y todo hace creer que se prepara la paz. ¡Ojalá cuando se celebre en nuestra iglesia esa fiesta tan esperada, con *Te Déum* y acompañamiento de campanas, órganos y trompetas, mi hijo Herman se decida a presentar a nuestro digno pastor la novia que deba conducir al altar, y que esa solemnidad que traerá el reposo a nuestro país, pueda ser para mí en el porvenir el aniversario de una alegría doméstica! Pero veo con pena que el mozo, tan activo y celoso a nuestra vista, es fuera de casa tímido y reservado, evitando la compañía de los jóvenes y el baile, tan agradable a los de su edad.

Esto diciendo, prestaba atención al ruido cada vez más cercano del trote de unos caballos y del rodar de un coche que se escuchó después, y que entró en el portal con el estruendo del trueno.

II.—Terpsícore

Herman

Tan pronto como el joven Herman entró en la sala, el pastor le dirigió una mirada penetrante y, considerando como verdadero observador sus facciones y ademanes, le dijo con agradable sonrisa:

—¡Hola! ¡Qué cambiado está! Nunca le he visto tan animado ni vivaz, ni tan alegre y satisfecho. ¡Bien se echa de ver que acaba de socorrer a desgraciados y de recoger sus bendiciones!

—Ignoro si mi conducta merece alabanzas —respondió tranquilamente el joven—; pero he seguido las inspiraciones de mi corazón. Miren ustedes lo que ha ocurrido. Madre, empleaste mucho tiempo en registrar los armarios para buscar y elegir ropa blanca y vestidos usados. Era ya tarde cuando hiciste el paquete. En preparar el vino y la cerveza se pasó también largo rato. Así es que cuando al fin pude salir del pueblo y llegar a la carretera, encontré a los grupos de curiosos que volvían y que me dijeron que los emigrados iban ya lejos. Hice que mis caballos aligeraran el paso y me dirigí rápidamente a la aldea, donde según mis noticias los fugitivos pensaban pasar la noche. Seguía mi camino por la calzada nueva cuando vi un carro, construido con sólidas tablas y tirado por dos bueyes de raza extranjera, fuertes y corpulentos como los que más. Al lado del carro caminaba a pie firme una joven, que con un largo aguijón dirigía a los dos soberbios animales. Cuando me vio la joven, se acercó tranquilamente a mis caballos y me dijo: «No crea que hemos estado siempre en esta triste situación en que ahora nos contempla, obligados a errar por los caminos. No estoy aún acostumbrada a implorar la piedad de los extraños para obtener de ellos una limosna, que generalmente suele darse sin otro interés que el de quitarse de encima al pobre importuno. Ahí está tendida sobre la paja la esposa de un hombre que fue opulento; acaba de dar a luz. Cuando la coloqué en la carreta estaba próxima a su alumbramiento, y gracias si he podido salvarla con ayuda de estas yuntas. Llegamos más tarde que los demás fugitivos; la madre no tiene más que un soplo de vida y el recién nacido está desnudo en sus brazos. Nuestros compañeros de infortunio no nos pueden aliviar gran cosa, aun en el caso de que los encontremos en la aldea cercana, pues temo mucho que no se detengan. Si es usted de estos alrededores y dispone de alguna prenda de lienzo de que pueda desprenderse, tenga la bondad

de darla a unos desgraciados.» Tales fueron sus palabras, y la parturienta, pálida, desfallecida, haciendo esfuerzos por incorporarse, me miraba atentamente. «No dudo —dije—, que una inteligencia celestial habla con frecuencia al corazón de las personas sensibles para comunicarles las penas de sus hermanos, porque mi madre, como si hubiera adivinado su desamparo, me ha entregado un paquete que me permite socorrer su desnudez.» Desatando en seguida el lío, le di la bata de mi padre, las camisas y las mantas. En medio de su alegría me daba las gracias, diciendo: «El hombre feliz no cree en los milagros; sólo en la desgracia se aprende que el dedo de Dios dirige las buenas acciones. ¡Ojalá reciba de sus manos todo el bien que nos hace!» La pobre mujer palpaba con satisfacción las prendas de lienzo, y especialmente la suave bayeta de la bata. «Apresurémonos —dijo la joven—, a ir al pueblo, donde ya descansan nuestros compañeros; allí prepararé las ropas del niño y cuanto necesite. Dándome nuevamente las gracias y saludándome, aguijó a los bueyes, y la carreta se puso en marcha. Yo, entre tanto, me hallaba perplejo, no sabiendo si llegar hasta la aldea para distribuir los alimentos a otros desgraciados o entregarlo todo a la joven para que ella los distribuyese. Al fin me decidí, y alcanzándola, le dije: «Honrada joven, mi madre me ha entregado también alimentos y bebidas. Voy a depositarlos en sus manos para que los distribuya con más discernimiento del que yo podría emplear. De este modo creo cumplir mejor las órdenes de mi madre.» Y ella respondió: «Distribuiré estos dones entre los más necesitados. ¡Cómo se regocijarán los que están apremiados por la necesidad!» Dicho esto abrí las cajas y paquetes, saqué pesados jamones, pan, botellas de cerveza y vino; se lo di todo, y aun hubiera querido darle más, pero las cajas estaban vacías. Colocó ella todo eso ante la enferma y se alejó, mientras yo regresé rápidamente al pueblo.

Tan pronto como herman calló, el vecino, siempre propenso a charlar, exclamó:

—¡Oh! ¡Feliz aquel que en los días de huida y de desgracia no ve templar entre sus brazos a la mujer y a los hijos! Ahora es cuando doy gracias a mi destino. Por todo el oro del mundo no querría en estos tiempos llamarme padre ni esposo. Ya he pensado en la necesidad de huir un día, acaso no lejano, y tengo reunidos los objetos de valor y las joyas. Verdad es que habría que sacrificar muchas otras cosas difíciles de encontrar; así, abandonaría con pesar todas esas plantas y raíces que con tanto trabajo he recogido, aunque su valor sea escaso. Por lo menos, si mi ayudante se quedara en la casa,

me consolaría de dejarlas allí. En cuanto a mí, un soltero tiene alas, si quiere volar.

—Vecino —repuso el joven Herman con energía—, estoy muy lejos de pensar de ese modo, y encuentro su opinión censurable. ¿Merece estimación un hombre que en la felicidad o en la desgracia sólo piensa en él y no sabe compartir con nadie sus trabajos o sus alegrías? Si me he de casar alguna vez, lo haría hoy, pues muchas honradas muchachas tienen necesidad de un marido que las proteja, y el hombre debe desear que la mujer disipe sus temores cuando le amenaza una desgracia.

—Eso es hablar bien —dijo su padre sonriendo—; nunca te he oído una sola palabra tan juiciosa.

—Hijo mío, tienes razón —dijo con vivacidad la buena madre—, y nosotros te hemos dado el ejemplo. Tu padre y yo no concertamos nuestra boda en días felices, sino en circunstancias bien aciagas. Recuerdo perfectamente que fue un lunes por la mañana, hará de esto veinte años. El día anterior, domingo como hoy, había estallado aquel terrible incendio que destruyó todo el pueblo. Hacía un tiempo seco y caluroso; faltó agua; los vecinos, vestidos de fiesta, se habían dispersado por las aldeas y por los molinos. Empezó el fuego en un extremo de la población y, a impulsos de la corriente de aire que levantaron las llamas, se extendió en seguida. Ardieron las granjas y las mieses, se quemaron las casas hasta el mercado, y la de mi padre, que estaba contigua a ésta, fue pasto de las llamas. Pudimos salvar muy poca cosa. Recuerdo que pasé aquella noche tan triste sentada en la hierba, en pleno campo, al cuidado de los armarios y de las camas que pudimos arrebatar al fuego; el sueño me venció y me despertó el fresco de la madrugada. Cuando divisé el humo y las pavesas, todo había sido destruido: no quedaban más que las paredes y las chimeneas. Entonces sentí que se oprimía mi corazón, pero reapareció el sol, más brillante que nunca, y recobró ánimos mi espíritu. Me levanté en seguida. Noté que nacía en mí el deseo de ver el lugar que ocupaba nuestra casa, de saber si mis gallinas predilectas se habían salvado, porque aún dominaban en mi alma las inclinaciones pueriles. Subí sobre las ruinas humeantes de la casa y del patio, y contemplaba aquella vivienda desierta y reducida a cenizas cuanto tú, que eres hoy mi esposo, subiendo por el lado opuesto, apareciste a mi presencia. Tu mirada escrutadora recorría el espacio para descubrir a uno de tus caballos, que estando en la cuadra había sido alcanzado por unas vigas encendidas y yacía enterrado en los escombros. Permanecimos el uno al lado del

otro, pensativos, llenos de tristeza: el muro que antes separaba los patios de nuestras respectivas casas estaba derruido. Me cogiste la mano y me dijiste: «Isabel, ¿por qué has venido aquí? Vete pronto, no vayan a quemarse las suelas de tus zapatos; los escombros arden aún y tuestan mi recio calzado.» Luego, me tomaste en tus brazos y me trajiste hasta aquí, atravesando el patio de tu casa. No quedaba de ella más que esta puerta con su bóveda, tal como hoy se ve. Me sentate en este banco y me abrazaste; yo me resistía, pero tú me dijiste con entonación grave estas tiernas palabras: «Mira, la casa está destruida; no me dejes, ayúdame a levantarla y yo ayudaré a tu padre a que levante la suya.» No comprendí entonces el sentido de tus frases, pero no tardaste en enviar a tu madre a mi casa con el encargo de pedir mi mano, y así se concertó el feliz matrimonio que hoy nos une. Me acuerdo todavía con placer de aquellas vigas a medio quemar, y me parece estar viendo cómo el sol saliente iluminaba aquella escena. Aquel día Dios me concedió un esposo, y en los primeros tiempos que siguieron al horrible desastre nació mi hijo. Ahí tienes, Herman, por qué no puedo menos de alabar tu pensamiento de buscar, en estos días aciagos, una compañera, y de buscarla en medio de los estragos de una guerra cruel.

—El pensamiento de nuestro hijo es laudable —replicó vivamente el padre—, y tu relación es enteramente exacta, pero el principio de todas las cosas es difícil, y sobre todo el principio de un hogar. El hombre tiene muchas necesidades, y la vida se pone cada día más cara; hay que procurar adquirir dinero, mucho dinero, para no sufrir privaciones. ¡feliz aquel a quien sus padres dejan una casa ya formada, pues sólo le resta embellecerla! Así, querido Herman, espero verte pronto traer a casa una esposa rica; un joven como tú merece una joven bien dotada, y cree que no hay dicha como la de ver entrar por las puertas, juntamente con la mujer amada, cestos y arcas repletas de cosas. ¿Por qué las madres se afanan en preparar para sus hijas abundante ajuar de ropa blanca, de tela fila y fuerte? ¿Por qué regalan los padrinos hermosos cubiertos de plata? ¿Para qué reservan los padres cuidadosos algunas piezas de oro, de las que llaman la atención por su rareza? Pues es muy sencillo. Todo esto se hace con el fin de que la novia agasaje con sus bienes y regalos al joven que la ha preferido a sus compañeras. Estoy convencido de que no hay dicha mayor para una mujer que la de encontrarse en una casa donde en todas partes, en la alcoba como en la sala, en el comedor y en la cocina, reconoce sus propios muebles y ve cubierta la mesa y las camas

con la lencería que aportó el matrimonio. No quiero nuera que no venga bien provista; porque la mujer pobre acaba por ser menospreciada por su marido, el cual concluye por mirar como a una sirviente a la que entró en su casa como entran las criadas, con un lío de ropa por toda ajuar. De manera, hijo mío, que harás feliz mi vejez si me presentas pronto una nuera escogida en nuestra vecindad, por ejemplo la joven de la casa verde. El padre tiene mucho dinero, que aumenta cada día, y tres hijas únicas herederas. La primera ya está desposada, pero las otras están libres, y si yo estuviera en tu lugar, ya hubiera escogido una de ellas. De modo que aviva.

—Mis designios eran... —respondió el hijo con respecto a las apremiantes indicaciones de su padre—, escoger a una de las hijas de nuestro vecino. Nos hemos criado juntos, y juntos fuimos a la escuela; hemos compartido los juegos, y recuerdo que con frecuencia las defendía de los otros muchachos; pero esos tiempos pasaron. Han crecido y se han hecho juiciosas. No dudo que también han recibido buena educación. Cierto día, recordando nuestra amistad de la infancia, y por complacerte, padre, fui a verlas; pero su trato no lo encontré agradable; siempre hallaban en mí algo que censurarme. Para ellas, mi levita era demasiado larga, el paño grosero y el color vulgar, o mis cabellos estaban mal cortados y rizados. Tuve entonces la idea de componerme como los dependientes de comercio que acuden a su casa los domingos, pero observé que mi situación no mejoraba; sus burlas hirieron mi dignidad, y lo que más sentí fue que desconociesen el cariño que les tenía, en particular Mineta, la más pequeña. Llevado de esta afición, fui a casa la última fiesta de Pascua y me puse el traje nuevo que tengo colgado en el armario, haciendo que me rizaran el pelo como a los demás jóvenes. A mi entrada se echaron a reír, pero no creí ser yo el objeto de su risa. Mineta estaba sentada al clavicordio y su padre la oía cantar con entusiasmo. La letra de la canción era casi ininteligible para mí; sólo percibía de cuando en cuando los nombres de Pamina y Tamino*; pero no quise permanecer mudo y pedí que me dijesen el tema de la canción y quiénes eran los dos personales. Todos callaban y sonreían, hasta que el padre me dijo: «¿No es verdad, muchacho, que no conoces más que a Adán y a Eva?» entonces,

* Personajes de *La flauta encantada,* ópera de Mozart.

todos soltaron la carcajada. Turbado, dejé caer mi sombrero, y esto hizo redoblar las risas. Lleno de pesar y de vergüenza, me volví a casa, me desnudé, desricé mis cabellos y juré no volver más a casa de nuestras vecinas. Hice bien, porque esas muchachas son vanidosas e incapaces de sentir amor. He sabido que desde ese día sólo me llaman *Tamino.*

—Herman —dijo la madre—, haces mal en estar incomodado con esas niñas, pues no merecen otro nombre. Mineta es buena y siempre te ha tenido inclinación. No hace mucho días me preguntó por ti. Harías bien en solicitarla.

—No sé —respondió él pensativo—, pero sentí tanto la burla, que creo me sería imposible verla sentada al clavicordio y escuchar sus canciones.

Entonces el padre, arrebatado, dejó estallar su enojo en estas palabras:

—No me das más disgustos. Siempre he dicho, al ver tus inclinaciones, que pareces un criado de labrador rico; sólo te complace ver caballos y guiar el coche. Así me veo abandonado por un hijo que podría ser mi honra distinguiéndose entre sus conciudadanos, como otros jóvenes de su clase. Tu madre, desde tu infancia, me hacía concebir ilusorias esperanzas, siendo así que en la escuela nunca lograbas leer y escribir como los demás, y por eso eras siempre el último de la clase. Eso es lo que ocurre cuando no existen estímulo ni aspiraciones. Si mi padre se hubiese cuidado de mi educación como yo de la tuya, seguramente no sería hoy el humilde hostelero del *León de Oro.*

El hijo se levantó, se acerco en silencio a la puerta, pero hasta allí le persiguieron las palabras del enojado padre:

—Vete, ya sé lo testarudo que eres, pero procura portarte de manera que no merezcas mis reprensiones. Sobre todo, no pienses en traer a mi casa a una nuera aldeana y pobre. He vivido demasiado y sé portarme bien con todo el mundo. Por eso recibo y agasajo a los forasteros que vienen a mi casa, de cuerte que no olviden el camino; y es hora ya de que reciba premio a mis trabajos con una joven nuera que me colme de atenciones y cuidados; aspira a que esté bien educada y toque el clavicordio para mi recreo, y a que las personas más amables y distinguidas del pueblo se reúnan con gusto en mi casa, como lo hacen el domingo en la de nuestro vecino.

Herman, sin contestar, levantó con suavidad el picaporte y salió de la sala.

III.—TALÍA

Los burgueses

De este modo, el hijo respetuoso se sustrajo a la viva indignación del padre, que siguió diciendo en el mismo tono:

—Lo que no está en el corazón, no puede salir de él. Me costará mucho ver cumplido mi más ardiente deseo, cual es el de que mi hijo no sólo iguale a su padre, sino que le sobrepuje. Porque, ¿quieren decirme ustedes qué sería de la familia, qué del Concejo y qué de la ciudad si no aspirásemos a conservar lo que tenemos, a mejorarlo y embellecerlo según nuevas necesidades de la época y los ejemplos de otros países? Un hombre no debe parecerse a un hongo, que casi al salir de la tierra se pudre en el sitio en que nace sin dejar vestigios de vida y de fuerza. Basta ver una casa para formar idea de su dueño, como basta entrar en una ciudad para juzgar a los que la gobiernan. Allá donde los muros y los baluartes caen en escombros, o se acumula en calles y plazas la inmundicia; allá donde el ladrillo que se cae no vuelve ya a reponerse, y el edificio que amenaza ruina espera en vano los puntuales, puede decirse con seguridad que la administración es mala. Cuando la autoridad superior no vela por el orden y la higiene, el ciudadano se acostumbra a la incuria y la suciedad, como el mendigo a sus harapos. Por eso quiero que Herman viaje y vea, por lo menos, Estrasburgo, Fráncfort y esa deliciosa ciudad de Manheim, construida con tanta precisión y elegancia. El que ha visto ciudades limpias y grandes, no descansa hasta que embellece su ciudad natal, por pequeña que sea. ¿No alaban los forasteros nuestra monumental puerta, nuestra torre y nuestra iglesia, desde que han sido restauradas? ¿No elogian nuestro adoquinado y nuestros canales cubiertos, que distribuyen el agua abundantemente para nuestro uso y seguridad, dispuesta a la primera señal de incendio? Pues todo esto se ha hecho después del gran desastre.Seis veces me ha encargado el Municipio la dirección de los trabajos, recibiendo siempre las felicitaciones de mis convecinos por la ejecución de los proyectos, ideados por mí mismo, y por la parte que me corresponde en la terminación de varias contratas beneficiosas al común, que estaban en suspenso. Mi ejemplo estimuló a los demás, y se aficionaron también a los embellecimientos urbanos. No hay un solo individuo en el Municipio que no se esmere en conseguirlo, y es cosa decidida ya la construcción del nuevo camino que debe unirnos con la carretera general. Pero temo que los

jóvenes no sigan nuestro ejemplo; unos no piensan más que en devaneos, y otros en meterse en un rincón de su casa a semejanza de las gallinas cluecas, como hace Herman.

—Siempre eres injusto con nuestro hijo —interrumpió la buena y prudente madre—, y de ese modo no verás cumplidos tus deseos. Nosotros no podemos formar los hijos a nuestro capricho; debemos aceptarlos, tal y como Dios nos los da, quererlos y educarlos sin violentar su naturaleza. Cada cual ha recibido un don y no puede ser feliz más que a su manera. No me gusta que riñas a Herman; sé que es digno de los bienes que le corresponderán un día, que cuida nuestra hacienda con inteligencia y economía, que es el modelo de nuestros labradores y convecinos, y preveo con seguridad que no ha de ocupar el último puesto en el Consejo municipal; pero si das en reñirle y censurarle diariamente, acabarás por desanimar al pobre muchacho.

Dicho esto, salió impaciente en busca de su hijo para mitigar su pena y darle afectuosos consuelos, de los cuales era realmente digno. Tan pronto como salió, dijo el padre sonriendo:

—¡Singulares criaturas los niños y las mujeres! No quieren sino vivir a su antojo y hay que *quien adelante no mira, atrás se queda!*

—Me parece muy bien, mi digno vecino —dijo el boticario—; tanto es así, que siempre estoy mirando a ver lo que puede mejorar mi situación. Pero cuando uno quiere embellecer su casa y faltan los medios, no hay voluntad que valga. Los ciudadanos tenemos generalmente más voluntad que medios; el bolsillo es demasiado pequeño y las necesidades excesivamente grandes. ¡Cuántas cosas me habría gustado emprender...! Pero, ¿qué hacer ante los desembolsos necesarios para llevar a cabo cualquier empresa, sobre todo en una época como está? Hace tiempo que tengo el propósito de introducir reformas en mi casa, y a veces, hasta me figuro ver mis balcones decorados con grandes vidrieras. Pero, ¿puedo compararme con el rico comerciante que cuenta con medios para procurarse lo mejor y lo más bello? Vean, si no, la casa de enfrente. ¡Cómo resaltan los ornamentos blancos sobre el fondo verde! ¡Qué amplios balcones, y cómo contrastan sus vidrieras espejeantes con las otras de las demás casas! Sin embargo, antes del incendio, las mejores eran las nuestras. Citábanse la farmacia de *El Ángel* y la hostería *El León de Oro*. Mi jardín, sobre todo, era la admiración de la comarca y de los viajeros, así como las pinturas de mi sala; y hoy no hay quien siquiera se fije en ellas. Cuando invitaba a algún amigo a tomar café en mi gruta, antiguamente tan encantadora, y hoy completa-

mente ruinosa, admiraba el brillo de sus nácares con sus juegos de luces naturales; los conocedores se maravillaban de lo vivo que era el púrpura del coral. En el comedor se extasiaban ante un cuadro representando unos caballeros y unas damas en traje de fiesta, que pasean por un jardín y llevan y se ofrecen ramitos de flotes con la punta de los dedos. ¿Quién se acuerda ahora de esa gruta? Apenas si voy yo por allí, pesaroso siempre, pues entiendo que debería ser otra vez lo que fue y en su antiguo estilo, con bancos sencillos, sin oropeles ni dorados ni repujados; pero sólo parece buena la madera extranjera, que es la más cara. También me gustaría procurarme, como los demás, algunos objetos con arreglo al gusto nuevo y marchar al compás de mi siglo; pero tengo miedo de ir demasiado lejos si comienzo a remover las cosas, porque en seguida surge el conflicto, y ¿quién se atreve a renovar los muebles ni a cambiar nada si hay que pagar a los obreros un ojo de la cara? No hace mucho quise hace dorar de nuevo mi muestra que, como saben, tiene el arcángel San Miguel con un dragón a los pies, y me pidieron un precio tan exagerado, que he preferido dejarla como está.

IV.—EUTERPE

La madre y el hijo

Así hablaban los tres vecinos, mientras la madre fue a buscar a su hijo frente a la casa, en el banco de piedra donde tenía costumbre de sentarse. No le encontró allí y fue a la cuadra por si estaba ocupado en cuidar de los caballos, que nunca confiaba a manos extrañas. El criado le enteró de que su joven amo había ido a la huerta; con paso apresurado atravesó los dos amplios patios, pasó delante de los establos y de los sólidos edificios de las granjas, y entró en la extensa huerta que se extendía hasta los muros de la población; y de camino contemplaba con alegría los progresos de cada planta, enderezaba las estacas que sostenían las ramas de los manzanos y perales, cargados de frutas, y limpiaba de gusanos las coles rechonchas y macizas; porque una mujer laboriosa no da nunca un paso inútil.

Llegó así al final de la huerta, hasta el túnel de madreselva, sin encontrar a su hijo; pero vio que estaba a medio cerrar el portillo

de su finca, practicado en el muro por gracia especial de un venerable burgomaestre, abuelo de la madre de Herman. Salió de la huerta y franqueó sin dificultad el foso entonces seco. Al otro lado y junto a la carretera empezaba el magnífico viñedo, cuya rápida pendiente daba cara al sol. Subió por el sendero y observó con alegría la abundancia de uvas que apenas podían cubrir las hojas. El camino central estaba sombreado por un tupido emparrado; en el suelo toscas piedras servían de escalones; por todas partes colgaban racimos de albillo y de moscatel, mezclados con uvas de un hermoso color azul rojizo y de extraordinaria magnitud: frutas de primera calidad, destinadas a servir de postre a los extranjeros. El resto del ribazo estaba cubierto de cepas aisladas con unas más pequeñas, de las que producen un vino excelente. La buena madre siguió hacia arriba, regocijándose de las próximas vendimias y de las fiestas que con este motivo se verificaban en toda la comarca, cuando los campesinos recogían y pisaban la uva, cuyo azucarado zumo llenaba los toneles, y cuando después, por la noche, se celebraba con alegres fuegos artificiales la más hermosa de todas las recolecciones.

Pero pronto sucedieron a estas risueñas imágenes nuevas inquietudes, porque la cariñosa madre llamó dos o tres veces a su hijo y sólo la respondió el eco... ¡Le parecía tan extraño tener que buscar a Herman! El joven nunca se separaba de su lado sin despedirse de ella, para que no estuviera intranquila, si por acaso notaba su ausencia, no perdió, sin embargo, la esperanza de encontrarle, porque las entradas del viñedo, la de arriba y la de abajo, estaban sin cerrar.

Avanzó por el amplio campo que se dilataba a espaldas de la colina; seguía recorriendo sus dominios, y sus miradas se posaban complacidas en los trigos, mecidos por el viento y cargados de espigas doradas y gruesas; continuó por su angosto sendero, abierto al borde de las mieses, con los ojos fijos en el corpulento peral que se alzaba en lo alto de la colina y que formaba el límite de sus posesiones; no se sabía qué mano lo había plantado; desde lejos se le divisaba, y sus frutos eran muy apreciados en el país. Al pie de este árbol, a eso del mediodía, los segadores comían alegremente y los pastores buscaban su sombra sentados en rústicos bancos de piedra y de césped.

No se había engañado la bondadosa madre; allí estaba sentado su Herman, con la cabeza recostada sobre la mano y la vista perdida en los lejanos montes que limitaban la comarca. Se deslizó suave-

mente y le dio un golpecito en el hombro; el joven se volvió con rapidez: tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¡Madre! —exclamó—. ¡Qué sorpresa!

Trató entonces de enjugar sus lágrimas.

—¿Qué es eso, hijo mío? ¿Lloras? ¡No te conozco! Nunca te he visto en semejante estado. Dime por qué razón has buscado la soledad de este árbol y cuál es la causa de esas lágrimas que nublan tus ojos.

El joven, haciendo un esfuerzo sobre su aflicción, contestó:

—Verdaderamente, para presenciar insensible la miseria humana y el desamparo de los fugitivos, sería preciso no tener corazón; habría que tener un cerebro vacío para no meditar en nuestra propia situación y la suerte de nuestra patria en días tan tristes como éste. Lo que he visto y oído hoy, me ha lacerado el alma. Salí de casa y miré estas vastas y fértiles llanuras rodeadas de colinas; admiré las doradas espigas y los abundantes frutos que pronto llenarán nuestros graneros; y, ¡ay!, también he pensado en que el enemigo está cerca de nosotros. Cierto que las ondas del Rin nos defienden; pero, ¿qué pueden ellas y las montañas contra el impetuoso alud de ese pueblo que se acerca y que lanza sobre nosotros a todos sus hijos, jóvenes y viejos? Tras esa multitud viene otra. ¿Qué alemán puede permanecer en su casa esperando escapar del desastre que nos envuelve? Confieso, madre mía, que me duele haber sido exceptuado del contingente militar que se organiza. Verdad es que soy hijo único, con anchurosa hacienda que atender; pero, ¿no estaría mejor combatiendo en las fronteras que aguardar aquí la miseria y la servidumbre. Siendo una voz de lo alto que me inspira en el fondo de mi corazón un ardiente deseo de consagrarme a mi país y de morir por él, si es necesario, para dar ejemplo. ¡Si toda la juventud de Alemania se alzara en la frontera, decidida a no retroceder un palmo de terreno ante el extranjero invasor, vería cómo no hollaba con su planta nuestras comarcas, ni arrebataba ante nuestros propios ojos los frutos de nuestro suelo! ¡No hablaría como amo a los hombres ni se llevaría a las mujeres y a los niños! Sepa, madre, que me voy a la ciudad para alistarme; no volveré a casa, ofreceré mi corazón y mis brazos a la patria. ¡Así sabrá mi padre si soy o no capaz de ambición y de aspiraciones elevadas!

La buena y prudente madre, derramando lágrimas, le dijo con mirada expresiva:

—Hijo mío, ¿qué es lo que te ha cambiado hasta tal punto? No hablas ya a tu madre como solías, como ayer mismo, libre-

mente y con franqueza. Algo me ocultas. Otra cualquiera que no fuese yo se dejaría convencer, seducida por la energía de tus palabras; te elogiaría y te animaría en tus generosos intentos; pero yo te censuro porque te conozco mejor. No te atrae el clarín guerrero, ni el deseo de exhibirte ante las muchachas con un brillante uniforme, pues aunque eres valiente, no es tu vocación la de las armas. Dime con franqueza qué es lo que te impulsa a tal resolución.

—Se engaña, madre —dijo con seriedad—. Los días cambian; el adolescente se hace hombre, y esa madurez, que ocasiona los grandes hechos, es más precoz en medio de una vida arreglada y apacible que en el tumulto que pierde a tantos jóvenes. La paz en que me he criado, ha preparado mi alma: odio la injusticia y la tiranía, aprecio muy bien lo que pasa en el mundo y mi cuerpo se ha fortificado con el trabajo. Todo esto lo digo tal como lo siento. Sin embargo, tiene razón en censurarme, pues no le he revelado más que una parte de la verdad. Confieso que no me mueve a abandonar nuestro hogar el generoso pensamiento de defender a la patria. Mis palabras tenían por objeto ocultar los sentimientos que desgarran mi corazón. ¡Oh, madre mía! Puesto que los votos de mi corazón son estériles, déjeme que sacrifique mi vida inútilmente, pues bien sé, si todos no concurren al mismo fin, se corre a una segura perdición.

—Continúa, hijo, que yo lo sepa todo —dijo la madre, que le comprendía perfectamente—. confía en mí. Los hombres son violentos y con los obstáculos se exaltan, pero la mujer siempre encuentra medios y rodeos para llegar al fin. ¿Por qué te encuentro en ese estado de agitación, único en tu vida? ¿Por qué las lágrimas empañan tus ojos? No me ocultes nada.

El pobre Herman, a estas palabras, se abandonó sin violencia a su pesar, desahogando su corazón entre sollozos en el seno de su madre, y dijo con amargo tono cuando se hubo repuesto:

—Los reproches de mi padre me han llegado al alma, porque nunca los he merecido. Siempre fue mi mayor placer honrar a mis padres. Nadie me ha parecido ni más bondadoso ni más sabio que aquellos a quienes debo el ser y de quienes he recibido las iniciaciones en la difícil prueba de la vida. De niño toleraba muchas veces las bromas y malicias de mis camaradas para conmigo; a menudo me arrojaban piedras y me golpeaban, sin que nunca tratara de vengarme; intentaban burlarse de mi padre porque, el domingo, al salir de la iglesia, caminaba demasiado tieso y su gorro excitaba la hilaridad, o las flores de su bata eran rídicu-

las, y caía sobre ellos, ciego de rabia, y a puñadas, puntapíes y mordiscos castigaba sus insolencias. Cuando escapaban de mis manos, sus narices chorreaban sangre, y quedaban doloridos y quejumbrosos. A pesar de este filial respeto, era yo siempre la víctima de los disgustos de mi padre, que me abrumaba con injurias cuando en el Ayuntamiento o en cualquiera otra parte le ponían de mal humor; yo cargaba con las frases que no se atrevía a decir a los demás, y así he sido víctima de las mortificaciones que le hacían sufrir sus colegas. Usted misma, recuérdelo, madre mía, me ha reprendido más de una vez. Sin embargo, las injusticias soportadas no han alterado los sentimientos de respeto que a los padres debemos los hijos; ellos se ocupan en aumentar nuestro bienestar y nuestra fortuna y se imponen mil privaciones para que gocemos los frutos de sus ahorros. Pero, ¡ay!, ni los ahorros, por crecidos que sean, ni la posesión de los bienes acumulados céntimo a céntimo, ni las tierras agregadas a otras tierras, pueden hacer nuestra dicha más tarde, por mucho atractivo que tenga ese conjunto de posesiones. Padres e hijos envejecen, ajenos a los goces del presente, por lo temores del porvenir. Esas fructuosas campiñas que desde aquí divisamos, esas viñas, esas huertas escalonadas, esas alquerías donde tantos tesoros se amontonan, son una serie de bienes inapreciables; pero cuando miro hacia atrás el tejado de casa, sobre el cual descubro la ventana de mi aposento, el pasado vuelve a mí, y pienso cuántas veces invoqué desde allí a los rayos de la luna; y por el día, cuántas veces invoqué a los rayos del sol. Hoy me encuentro aislado más que nunca. ¡Qué me importan los campos, las viñas, las huertas, los graneros y los establos, si todo está desierto ante mis ojos, pues me falta una compañera!

—¡Oh, hijo mío! —dijo la buena y prudente madre—. Si anhelas traer a tu casa una esposa, a fin de que la noche sea para ti una mitad deliciosa de la vida, y que el día esté animado por una labor más útil y agradable, tus padres no lo desean menos vivamente. Bien sabes que siempre te hemos aconsejado y aun impulsado a elegir esposa. No obstante, el corazón me dice que mientras no lleguen la hora y la persona que debe amarse, la elección queda en suspenso por el temor a equivocarse y a conceder inmerecidamente el cariño. Y, ¿es preciso que te lo diga? Creo que tú ya has elegido, ¿no es verdad, hijo mío? Hoy te he visto más conmovido que nunca. Confiesa, pues, lo que mi corazón ha adivinado: amas, y esa joven fugitiva es la elegida de tu corazón.

—¡Sí, madre mía —exclamó Herman con vehemencia—, ella es! Considere mi sufrimiento, pues si hoy no entra en nuestra casa, si llega a marcharse y desaparecer, arrastrada por las violencias de las guerras y los azares de la huida, todo estará para mí de sobra, y ni la ternura de una madre podrá consolarme. Inútiles serán para mí los ricos dominios que rebosan tesoros y las promesas de aumentarlos cada año, porque advierto que el amor afloja los vínculos más sagrados. No es sólo la mujer la que abandona a su padre y a su madre para seguir al esposo, sino también el hombre para reunirse con la esposa. Se olvidan, ¡ay!, hasta los padres, cuando al hijo se le acosa para que abandone a la que ama con todo el alma. Déjeme, pues, seguir el camino a que me lanza mi desesperación, puesto que mi padre ha pronunciado mi sentencia; su casa no es la mía, desde el momento que rechaza a la elegida por mi corazón.

—¿Acaso dos hombres que abrigan encontrados sentimientos han de ser insensibles e inquebrantables como las rocas? Cada cual queda en su sitio, fiero e indomable; ninguno quiere ceder ni cesar las hostilidades con palabras consoladoras. No debes perder la esperanza, amado hijo, de que tu padre te permita desposarte con esa joven, siempre que sea buena y honrada; a pesar del modo con que habló contra los pobres, olvidará su pobreza. Arrebatos como ése los ha tenido muchas veces, pero sin mantenerlos después, Lo que primero negó, luego lo ha concedido. Pero tiene derecho a que le hables con dulzura y sumisión. No ignoras que, después de comer, si por casualidad se enoja, habla con vivacidad y rechaza los razonamientos de los demás; pero esa excitación no dura mucho, y luego le pesa. El vino reaviva su vehemencia y no le permite escoger las expresiones; no piensa más que en oírse a sí mismo y afirmarse en sus propias ideas; mas conforme cae la tarde y sus amigos dejan de contradecirle, se dulcifica y cobra conciencia de la injusticia que su vivacidad le ha hecho cometer. Ven y hagamos inmediatamente la tentativa; el que no se arriesga con valor, no puede salir airoso en su empresa. Además, ahora está en compañía de sus amigos, y el auxilio de ellos, sobre todo del digno pastor, puede sernos muy provechoso.

Dicho esto con la mayor animación, levantóse del bando de piedra, hizo levantar también a su hijo, que accedió a seguirla, y los dos se pusieron silenciosamente en camino, pensando en el proyecto del que dependía la felicidad de la familia.

V.—POLIMNIA

Los fugitivos

El pastor, el boticario y el hostelero seguían en su charla, cuyo tema, visto y examinado por todos los lados, era siempre el mismo.

—No me propongo contradeciros —dijo el digno pastor, guiado por su espíritu de concordia—. Convengo en que el hombre debe tender a mejorar su suerte; y si aspira a elevarse y busca lo nuevo, nada mejor, seguramente; mas para todo hay una limitación; también lo antiguo tiene atractivos, y una vieja costumbre puede convertirse en un placer. En realidad, todas las situaciones son buenas si son naturales y razonables. El hombre tiene mucho más deseos que verdaderas necesidades, para la vida es corta y él de limitados horizontes. No censuro al que, siempre incansable, recorre con ardor y audacia la tierra para acumular riquezas, pero también profeso gran estima al hombre apacible que no abandona el techo paterno y sólo piensa en labrar su campo, sin ocuparse de otra cosa que de lo útil. Su hacienda no cambia de aspecto cada año, el árbol que plantó tarda en vestirme de tupido follaje. Ese hombre tiene necesidad de paciencia, de calma y de una gran rectitud de juicio; puesto que confía al seno fecundo de la tierra pocas semillas a la vez, no cría más que escaso ganado, con la casi exclusiva preocupación de sacar el producto más seguro a sus esfuerzos. Todos debemos nuestro sustento a esta clase de hombres. Por eso bendigo a quien la Naturaleza le ha dotado de un carácter semejante. Pero no estimo en menos al habitante de la pequeña ciudad que asocia a su profesión los trabajos del campesino. Éste no siente pesar sobre él los cuidados del labrador encerrado en sus estrechos límites, ni experimenta las vanas agitaciones de esos ciudadanos que tratan de igualarse a los ricos, no obstante su escasa fortuna, como hacen sobre todo las mujeres y las hijas. Dé, pues, gracias a Dios, amigo mío, por la constante aplicación de su hijo a trabajos tranquilos, y bendiga a la compañera que traiga a su casa.

Acababa de pronunciar estas palabras cuando entró la madre con su hijo y le condujo delante de su padre.

—Esposo mío —dijo—, ¡Cuántas veces hemos celebrado con anticipo el día venturoso en que nuestro Herman viniera a presentarnos a su prometida! Inciertos nuestros pensamientos, vagaban de un lado para otro, deteniéndose, ya en esta ya en la otra muchacha del contorno. Ese día ha llegado y el cielo ha puesto ante su paso a

la prometida de su corazón. ¿No decíamos siempre en esos íntimos coloquios: *será lo que él escoja*? ¿No era tu deseo verle alegre y animoso por un pensamiento de amor? Su elección está hecha, resuelta a no hacer otra, como hombre de cabeza y corazón. La elegida es esa joven fugitiva que encontró en el camino. Si no la obtiene de ti, ha jurado que nunca se casará.

—Concédamela, padre mío; mi corazón no se ha engañado al escogerlas; tendrá en ella la hija más digna de usted.

El padre guardaba silencio, y en vista de ello el pastor se levantó y, tomando la palabra, dijo:

—La vida y el destino del hombre dependen de un momento, y no consiste el acierto en deliberar largo tiempo; la decisión es obra de un momento y se expone uno a embotar el tacto del sentimiento entregándose a consideraciones accesorias. El alma de Herman es pura, lo conozco desde su infancia. Nunca le vi, ni en su más tierna edad, tender la mano como tantos niños, unas veces a un objeto y otras a otro; su carácter se ha forjado así, y una vez que tiene lo que cree que le conviene, no suelta su presa. No hay por qué sorprenderse de que suceda repentinamente lo que hace tiempo de esperaba, aunque verdad es que de otra forma a la prevista por ustedes. Con frecuencia nos engaña la apariencia acerca del contenido de nuestros anhelos y el cielo imprime su sello en los beneficios que envía. No rechace, pues, a la joven que ha sido la primera en despertar el corazón y el espíritu de su hijo. ¡Dichoso el que se une al objeto de su primer amor, porque entonces no corren riesgos de marchitarse los dulces sentimientos que anidan en el fondo del corazón! Todo me anuncia que su suerte está jugada. Una inclinación verdadera convierte al adolescente en hombre. Herman es inquebrantable y temo que, si rechaza su demanda, consuma en el pesar sus mejores años.

El boticario, que desde hacía rato deseaba hablar, dijo con aire reflexivo:

—Tomemos en la ocasión presente un término medio; el emperador Augusto tenía por divisa: *Apresúrate lentamente.* Estoy dispuesto a poner al servicio de nuestro vecino mi escasa inteligencia, informándome de la situación de esa muchacha. Juzgaré por mí mismo, y, además, interrogaré a las personas de su trato y a cuantos la conozcan. A mí no se me engaña fácilmente porque sé pesar las palabras.

Oyendo esto, el hijo se apresuró a decir:

—Haga lo que dice, mi querido vecino; tome informes, pero deseo que nuestro digno pastor le acompañe, pues el testimonio

de ambos será irrecusable. ¡Oh, padre mío! No tome a esa joven por una aventurera a la caza de jóvenes inexpertos. Es una víctima flagelada por el terrible azote de la guerra, que ya ha amontonado tantas ruinas y asuela al mundo. ¿No andan errantes por esta causa personas muy distinguidas? Reyes y príncipes se ven obligados a huir disfrazados y a vivir en el éxodo. Ella también es una fugitiva, la más noble, la más generosa, pues olvida sus propios pesares para aliviar a sus pobres compañeros; necesitada como está de socorros, prodiga a los demás sus cuidados bienhechores. Sufrimientos y grandes males se extienden por el mundo. ¡Ojalá que de infortunio tan inmenso se abra para mí un día de felicidad! ¿No podría yo encontrar en esta joven el consuelo de la presente guerra, como usted y mi madre vieron nacer sus alegrías de los escombros del incendio?

Entonces el padre, rompiendo el silencio, expresó su voluntad en estas palabras:

—¿Cómo, hijo mío, se ha soltado tu lengua, tú, que la tenías tan perezosamente pegada al paladar? ¿Acaso voy a exponerme al peligro que amenaza a los padres con su familia, viendo que la madre se pone de parte del hijo y se mezclan los vecinos en el litigio sin detenerse ante los derechos del esposo y jefe? No quiero luchar contra todos juntos, pues preveo que mi negativa sólo produciría obstinación y lágrimas. Vayan allá, y si los informes son favorables aceptaré a esa joven por hija; de lo contrario, será preciso que la olvides.

A esas palabras exclamó el hijo, en un transporte de alegría:

—Antes que el día acabe tendrá la mejor hija que puede desear un padre prudente, y confío que ella será tan dichosa como yo. Toda la vida me agradecerá que la haya dado un padre como usted y una buena madre; como ustedes se alegrarán de ver a unos hijos reconocidos. Pero no quiero tardar más; voy a preparar en seguida los caballos. Vendrán conmigo nuestros amigos sobre los pasos de mi amada. A su buen criterio me entrego, rogándoles que respeten su decisión. Hasta que ellos hayan juzgado si es digna de pertenecerme, me comprometo a no volverla a ver.

En acabando de decir esto salió de la estancia, y los demás quedaron conferenciando gravemente acerca de aquel importante caso.

Corrió Herman a la cuadra, donde los vigorosos caballos comían la avena y el forraje. Apresuradamente, les puso los lucientes bocados, pasó el correaje por las argentadas hebillas, sujetó las anchas y largas bridas, y condujo al patio a los nobles brutos; allí, el criado, que participaba de su impaciencia, empujó

el carruaje por la vara y lo sacó de la cochera. Inmediatamente uncieron los caballos. Herman, sentado en el pescante y látigo en mano, condujo el vehículo bajo el portal abovedado. Rodó aquél con ligereza por el pavimento de las calles, y pronto dejó atrás los edificios restaurados y los muros de la población, llegando a la carretera que conocía tan bien. Se lanzó a través de la colina y del valle, sin detenerse, y hasta que no vio a poca distancia el campanario del pueblo y sus casitas rodeadas de huertos, no pensó en moderar la marcha de los caballos.

A la entrada el pueblo se extiende un largo y verdeante prado, donde hay un bosquete de tilos seculares a cuya umbrosa sombra los labradores del contorno y los vecinos del lugar acostumbran reunirse. Entre los árboles se descubre una fontana excavada en un terreno en pendiente, a la que se desciende por unos rústicos escalones. En torno al límpido manantial hay dispuestos unos bancos de piedra con un pequeño parapeto que facilita a la genta recoger el agua sin riesgo. En ese paraje detuvo Herman los caballos.

—Desciendan aquí —dijo a sus vecinos—, y vayan a informarse de la joven forastera; averigüen si es merecedora del ofrecimiento que quiero hacerle. Yo no dudo de ello. Nada nuevo o imprevisto me descubrirán. Si sólo yo tuviera que consultarme, correría al pueblo y ella misma decidiría mi suerte con dos palabras. La reconocerán fácilmente por su incompatible belleza. Sin embargo les diré, para más seguridad, que se distingue por la pulcritud de su traje; lleva corpiño rojo, cerrado con un lindo lazo que aprisiona su redondeado busto: una especie de gorjal rodea con púdica gracia su cuellos. Su rostro, ovalado y simpático, revela el candor y la serenidad de alma. Su abundoso cabello lo lleva recogido en gruesas trenzas con horquillas de plata y su falda azul desciende en numerosos pliegues hasta los tobillos. Pero les recomiendo muy especialmente que no le hablen ni le den motivo para que sospeche las intenciones que llevan. Limítense a preguntar a los demás y a oír lo que ella les diga. Cuando sepan lo suficiente para tranquilizar a mi padre, vuelvan aquí y veremos el partido que debemos tomar. Tal es el plan que he formado mientras veníamos.

Sus dos compañeros se alejaron y entraron en el pueblo. Casas, huertos y granjas estaban ocupados por los fugitivos. Los vehículos se amontonaban unos junto a otros. Los hombres cuidaban de los bueyes mugidores y de los caballos; las mujeres tendían sus ropas en los vallados, y los niños retozaban cerca de los arroyuelos. El boti-

cario y el pastor se abrieron paso en este abigarrado laberinto, mirando a derecha e izquierda, sin encontrar a la persona que buscaban. En esto se movió una disputa entre hombres y mujeres, y vieron adelantarse a un anciano con aire respetable y digno, y en un momento sus palabras severas restablecieron la paz, ahogando el tumulto.

—¿Qué es eso? —exclamó—. La desventura que a todos los oprime, ¿no ha podido enseñarnos que unos y otros debemos soportarnos, sostenernos y ayudarnos, aunque todos nuestros actos no estuvieran regidos por la estricta justicia? La intolerancia de un hombre feliz se comprende. Pero, ¿es que los sufrimientos no nos han enseñado a tener simpatía por nuestros semejantes en el dolor, por nuestros hermanos? Compartamos equitativamente el terreno que se nos ha cedido en sueño extraño y pongamos en común todo lo que tenemos a fin de merecer la piedad.

A estas palabras del viejo todos se callaron; la calma penetró en aquellos pechos de gentes irritadas, y cada cual ordenó y situó amigablemente sus bueyes y carretas.

El pastor, que le había oído, viendo en aquel extraño personajes la calma de un juez, se adelantó hacia él, y con estas palabras expresó los sentimientos de que estaba animado:

—Venerable anciano, cuando un pueblo deja transcurrir sus días tranquilo en una tierra fecunda cuyos ricos productos, cada año renovados, cubren abundantemente sus necesidades, todo marcha por sí mismo y sin obstáculos; cada cual puede considerarse como el más sabio y el mejor, y el que lo es en efecto, queda mezclado entre los demás, pues los acontecimientos siguen en curso natural sin deber nada al esfuerzo del hombre. Mas si la adversidad viene a trastocar la marcha ordinaria de las cosas, a hundir el techo hogareño, a arrasar la huerta y la cosecha, a expulsar de su casa al hombre y la mujer, para conducirlos por sendas desconocidas y crearles días y noches angustiosos, entonces surge el hombre, el hombre entre todos verdaderamente sabio e iluminado, y su palabras, llenas de autoridad, no caen en el vacío. Usted, buen viejo, es sin duda el juez de estos pobres fugitivos, puesto que sabe calmar sus arrebatos. Paréceme ver en usted a uno de aquellos antiguos jefes que condujeron a los pueblos desterrados a través de los desiertos, y me hago la ilusión de que hablo a Josué y aun el mismo Moisés.

El juez le respondió gravemente:

—Cierto es que la época actual se asemeja a las más críticas de que hablán las historias sagradas y profanas; porque el que vivía

ayer y vive hoy, puede decir que en pocos momentos ha vivido años. ¡Tanto se acumulan los acontecimientos en muy corto período! No soy aún muy viejo, pero si dirijo la vista al pasado, me parece haber vivido tanto como una patriarca. ¡Oh! Bien podemos compararnos con los que en sus días aflictivos vieron aparecer al Señor entre la ardiente zarza, porque así se nos ha aparecido en el fuego y en el seno de las nubes.

El pastor se proponía prolongar la conversación para conocer la suerte de este anciano y sus compañeros, cuando el boticario le dijo secretamente al oído:

—Siga hablado con el juez y saque conversación acerca de la joven, mientras yo voy en su busca; inmediatamente que la encuentre volveré.

El pastor hizo un signo de asentimiento, y el honrado explorador siguió recorriendo granjas, huertas y matorrales.

VI.—CLÍO

El siglo

El pastor interrogó al juez acerca de las desgracias de aquel pueblo y del tiempo transcurrido desde que había sido expulsado de su patria.

—Nuestras desgracias —respondió el viejo— tienen larga fecha, y hemos bebido largamente en la amarga copa del siglo, si los dolores se miden por las decepciones experimentadas. ¡Concebimos tan nobilísimas esperanzas! Nadie puede dudar que no sean elevadas nuestras ideas; nadie puede negar que nuestro corazón no hayan latido más libremente cuando la aurora de un sol nuevo ha iluminado nuestro horizonte, y mil ecos trajeron a nuestros oídos las mágicas palabras del imprescriptible derecho de la humanidad, de la libertad que vivifica y de la igualdad que ennoblece. Actualmente, cada cual espera vivir su propia vida. Las cadenas forjadas por el egoísmo y la pereza, que a tantos pueblos agarrotan, parecen desprenderse bajo los golpes de gloriosos acontecimientos. ¿No han vuelto sus ojos todos los pueblos oprimidos hacia esa gran capital proclamada de antiguo cuna del mundo civilizado y más que nunca digna de tan hermoso título? ¿No son comparables los nombres de sus hombres a los nombres ilustres que la fama ha elevado hasta los

cielos? Cada cual sentíase dotado de un enardecimiento, de una inspiración, de un idioma completamente nuevo. Nosotros, que estábamos más próximos, fuimos los primeros en sentir su viva llama. Empezó la guerra, y los franceses llegaron a nosotros, trayéndonos al parecer el don de la amistad.En un principio así fue, y plantaron alegremente los risueños árboles de la libertad, prometiéndonos respetar nuestra autonomía y nuestras propiedades. Jóvenes y viejos les hicimos una gran acogida, y brillantes fiestas saludaron la aproximación de los nuevos estandartes. Los franceses, triunfantes, ganaron el corazón de los hombres con su vivacidad y buen humor, y el de las mujeres con su gracia irresistible. El peso de esta guerra onerosa se aligeraba con la esperanza que flotaba sobre nuestras cabezas abriéndonos perspectivas nuevas. ¡Oh, qué época aquélla tan feliz, en que el mozo llevaba el torbellino de la danza a su novia aguardando el día de su próxima unión! ¡Y aun eran días más hermosos aquellos en que el hombre creía llegar a la realización de sus más nobles sueños! Todo el mundo entonces era elocuente: viejos, hombres maduros, jóvenes, todos hablaban una lengua pletórica de grandes pensamientos y de sentimientos sublimes. Desgraciadamente, el cielo se oscureció pronto y vinieron a disputarse el fruto de la denominación una casta de hombres perversos, indignos de alcanzar la idea del bien, que empezaron a asesinar, oprimir y robar a sus nuevos hermanos. Los jefes nos desvalijaban en masa, los subalternos nos robaban y devoraban cuando caía en sus manos. Cada uno de ellos no siente más que un temor: dejar algo tras él. La miseria aumentaba de día en día; la opresión se hacía insufrible; en nuestras quejas no eran atendidas por nadie; los hermanos se habían vuelto amos implacables. Entonces, la cólera de la desesperación se apoderó de los espíritus más aplacibles; todo el mundo juró vengarse de tantos ultrajes recibidos y de tantas esperanzas frustradas. La fortuna nos favoreció a los germanos, y los franceses retrocedieron a marchas forzadas; entonces conocimos lo que la guerra tiene de funesto. Generalmente, el vencedor es grande y generoso, perdona al vencido que se somete, que le sirve y que reparte sus bienes con él; pero el fugitivo no conoce ley ni derecho, no teme más que a la muerte, y todo lo arrasa a su paso. El ciego furor y la desesperación le sugieren los más odiosos atentados: entra a saco por doquiera, viola a las mujeres y encuentra en el crimen su placer. como ve que la muerte le amenaza por todas partes, quiere gozar de los últimos momentos que le quedan. Su alma cruel sólo se complace con la sangre y los gritos de sus víctimas. Contemplando tantos horrores sentimos encenderse nuestra sangre, y a los gritos de los fugitivos, a la

vista de sus pálidos rostros y de sus miradas de extravío, impacientes por vengarse de lo perdido como por defender lo que queda, corrimos a tomar las armas. Las campanas tocaban sin cesar a rebato, sin que el temor al peligro detuviera el creciente furor. Los más inofensivos instrumentos se convertían en armas de combate; las horquillas de las guadañas se tiñeron de sangre, y el enemigo no hallaba gracia ni piedad. ¡Ay, no quiera el cielo que vea más a los hombres arrastrados por semejantes extravíos! Preferible es la bestia feroz en su arrebato. ¡No hablen de libertad esos seres incapaces de dominarse! Rotos los frenos, desbórdanse brutalmente los malos instintos que la ley reprime en los últimos repliegues del corazón.

—¡Hombre excelente —respondió el pastor con acento conmovido—, si se muestra algo injusto con la humanidad le excusa de su severidad lo mucho que ha sufrido! Pero no podrá menos de confesar que, aunque en medio de tantos desastres, habrá tenido ocasión de observar muchos actos loables y muchas cualidades sublimes que no hubieran podido manifestarse en otras circunstancias; el hombre excitado por la desgracia a mostrarse ángel, aparece entonces a sus semejantes como un dios tutelar.

El venerable anciano respondió sonriendo:

—Se me parece usted como uno de esos labios consoladores que vienen después de un incendio a recordar a un desgraciado propietario los pedazos de oro y plata fundidos por las llamas y sumidos bajo los escombros de la casa. Por pequeñas que sean, esas partículas de metal conservan algún valor, y el pobre hombre que emprenda la rebusca se considera feliz al encontrarlas. Lo mismo me sucede cuando vuelvo la vista a pocas buenas acciones de que guardo memoria. He visto, lo confieso, reconciliarse a antiguos enemigos para salvar a su ciudad de males que la amenazaban; he visto a hombres realizar imposibles para salvar a sus padres, hijos y amigos; he visto a jóvenes transformarse súbitamente en hombre maduros, viejos vueltos jóvenes, y niños improvisados adolescentes. He visto al sexo débil, como se le suele llamar, realizar actos de energía, de valor y de presencia de espíritu. Y ya que de esto hablamos, permita que le cuente una heroica acción llevada a cabo por una doncella, honra su sexo. Habiendo quedado sola con otras jóvenes en una casa de campo, vio penetrar en el patrio una tropa de cobardes fugitivos que se entregaron al pillaje y no tardarón en invadir las habitaciones de las mujeres. Al aspecto de la divina belleza de la joven y de las gracias de sus compañeras, cuya mayor parte eran casi niñas, se apoderó de

aquellos monstruos un deseo feroz y se precipitaron sobre ellas; pero inmediatamente, la heroína arrancó a uno de los malvados el sable que llevaba a la cintura, y de un terrible golpe lo tendió a sus pies ensangrentado; y salvando a sus compañeras con su varonil intrepidez hirió aún a otros cuatro, que se libraron de la muerte huyendo. En seguida cerró la puerta del patio, y pronta a volver a tomar las armas esperó a que viniesen en su socorro.

Al oír el elogio de la doncella, el pastor concibió una esperanza favorable a su amigo, e iba a preguntar que había sido de ella y si acompañaba a los fugitivos, cuando llegó corriendo el boticario, y tirándole de la levita le dijo al oído:

—Ya la he encontrado. Venga y véala con sus propios ojos; pero traiga al juez con nosotros, a fin de que nos informe.

Volviéronse hacia el juez; pero llamado por un asunto urgente había desaparecido. Sin embargo, el pastor siguió a su amigo, que le hizo pasar por la brecha de una valla, e indicándole luego que se detuviera, le dijo:

—¿Ve a la joven que está vistiendo al recién nacido? Conozco la vieja bata de nuestro amigo entre sus manos y la funda de almohada azul que Herman le trajo; verdaderamente, no ha tardado en hacer un pronto y buen empleo de esos dones. Estos son indicios evidentes, y los que se refieren a su atavío no lo son menos: corpiño rojo cerrado con gracia y cubriendo un busto redondeado; falda azul de largos pliegues que desciende hasta los pies; gorjal ciñéndole el cuello; largos cabellos recogidos en trenzas sujetas con horquillas de plata. No hay duda, pues, es ella; venga y procuraremos averiguar si es buena, virtuosa y mujer de su cada.

El pastor considerando atento a la joven y dijo:

—No me extraña que haya seducido el corazón de nuestro joven, porque puede sostener el examen de un juez más experimentado. ¡Dichosos aquellos a quienes la Naturaleza ha dotado de una forma que encanta! Es un título de recomendación que llevan siempre encima y no resultan extraños en ninguna parte. Todos sienten placer en verlos, en acercase a ellos, en detenerse con su compañía, si a las cualidades espirituales unen también las ventajas exteriores. Le aseguro que Herman ha encontrado una compañera que llenará su vida de encantos y será en todo tiempo una compañera fiel y animosa, Un cuerpo tan perfecto promete un alma bella, como en el vigor de la juventud se adivina una dichosa madurez.

—A veces las apariencias engañan —dijo el boticario—; yo no me fío fácilmente del exterior, pues he experimentado la verdad del proverbio que dice: *No entregues tu confianza al amigo nuevo hasta*

que hayas consumido en su compañía un celemín de sal; el tiempo sólo te dirá si vuestra amistad he de ser durable. Por tanto, comencemos por dirigirnos a las buenas gentes que conocen a la joven y que podrán informarnos de ella.

—Me parece bien la precaución —respondió el pastor—; y, sobre todo, tratándose de pedir a una muchacha en matrimonio para un amigo.

En estos vieron aparecer al juez, y el prudente pastor le dijo pesando sus palabras:

—¿Qué puede decirnos de una joven que hemos visto aquí cerca, sentada al pie de un manzano y vistiendo a un niño con unas prendas usadas, que sin duda le han dado? Nos agrada su aspecto; nos ha parecido prudente y honesta; le hacemos la pregunta con buenas intenciones.

El juez, después de haber entrado en la huerta para verla, dijo:

—Ya la conocen, pues es la joven cuya hazaña he contado; la que arrancó el sable a cierto soldado para defenderse y defender a sus compañeras. Ha nacido fuerte y animosa, y no es menos buena. Prodigó los más tiernos cuidados a su abuelo hasta el día en que la suerte de su desgraciado pueblo y el temor de verse despojado de sus posesiones lo precipitaron en la tumba. Ha soportado con igual firmeza la pérdida de su novio, joven de alma elevada, que llevado de su generoso ardor fue a París para favorecer la causa sublime de la libertad, donde encontró horrible muerte, pues tanto allí como aquí declaró la guerra a la injusticia y al despotismo.

Los dos amigos dieron gracias al anciano por sus palabras, y antes de separarse de él, el pastor sacó de su bolsillo una moneda de oro (pues antes al pasar los fugitivos les habían distribuido las monedas de plata que llevaba) y presentándosela al juez, le dijo:

—Reparte este pobre obsequio entre los necesitados. ¡Dios quiera acrecentarlo!

—Pero el juez, negándose a recibirla, dijo:

—Hemos salvado algún dinero, ropas y otros efectos, y espero que tendremos bastante para aguardar el regreso a nuestros hogares.

El pastor insistió, diciendo:

—Nadie en los días de desgracia debe ser tardo en dar, ni negarse a ser depositario de lo que ofrece la humanidad. ¿Sabe uno acaso hasta cuándo ha de errar por suelo extranjero, lejos de la huerta y del campo en que se ha vivido?

El boticario dijo entonces con algún embarazo:

—Lamento no traer dinero para imitar a mi compañero; sin embargo, no le dejaré sin haber hecho mi pequeña ofrenda; aunque el don no sea grande, es hecho con buena voluntad.

Y así diciendo sacó la bolsa de cuero donde guardaba el tabaco, y vació su contenida en cantidad suficiente para llenar varias pipas.

—El regalo es bien insignificante —añadió.

—El buen tabaco — dijo el juez—, es siempre bien recibido entre viajeros.

Como el boticario se dispusiese a hacer la apología de su tabaco, el pastor, despidiéndose del juez, dijo a su amigo:

—Aligeremos en llevar a nuestro amigo la buena nueva, pues nos aguarda con ansiedad.

Apretaron el paso y encontraron bajo los tilos a Herman, apoyado en el vehículo. Los caballos piafaban impacientes. Teníalos cogidos por la brida, y estaba absorto con los ojos fijos en tierra, de modo que no se dio cuenta de la llegada de los dos amigos hasta que los tuvo cerca. Éstos le llamaron con muestras de la más viva alegría. El boticario ya había comenzado a hablar desde lejos: sin embargo, se aproximaron, y el pastor, cogiéndole a Herman las manos, cortó la palabra a su compañero, diciendo:

—Hijo mío, has acertado en la elección; has tenido segura la mirada y tu corazón no se ha engañado; que seáis dichosos, tú y la compañera de tu juventud, porque ella es digna de tu mano. Vuelve el coche, condúcenos a la aldea para que pidamos su mano y llevemos a la virtuosa doncella a la casa de tu padre.

Pero el joven, sin moverse de su sitio y sin dar grandes muestras de satisfacción, les dijo suspirando:

—Vinimos muy aprisa, y quizá tengamos que volver lentamente para ocultar nuestra confusión. Desde que ustedes me dejaron he sido presa de la duda, de la perplejidad, de la desconfianza, de todo lo que, en fin, puede agitar el corazón del hombre que ama. Porque somos ricos, y ella pobre y desterrada, ¿creen que la joven va a seguirnos? La pobreza no merecida inspira altivez. Ella me parece modesta y laboriosa; el mundo está en ella, porque se basta a sí misma. ¿Creen ustedes, además, que una persona tan excepcional como ella, por su belleza y su carácter, no habrá impresionado el corazón de algún otro hombre? ¿Creen que permanece inaccesible al amor? ¡Oh, no nos apresuremos demasiado en ir a buscarla! Pudiera ser que volviéramos al paso de nuestros caballos, mohínos y con las esperanzas muertas. Temo que haya algún joven afortunado que posea su amor, y me

figuro de antemano la vergüenza que seguiría al ser mis proposiciones rechazadas.

Iba a animarle el pastor, cuando su compañero, siempre dispuesto a divagar, le quitó la palabra:

—En otros tiempos no había que hacer frente a tantas dificultades; los asuntos se trataban de otro modo. Cuando los padres habían elegido novia al hijo, hacían confidente suyo a un amigo de la casa, y le encargaban fuera a solicitar la joven en matrimonio. Y aquél, en traje de fiesta, iba el domingo después de comer a buscar al padre y comenzaba la conversación con mutuas cortesías; luego, con habilidad y grandes rodeos, derivaba la conversación al tema que le convenía, haciendo el elogio de la familia, sin olvidar a las personas que le habían enviado. Las buenas gentes comprendían al instante adónde se les quería llevar, y el prudente mandatario explotaba sus disposiciones y no se aventuraba más que a sabiendas en explicaciones más diáfanas. Si la demanda era eludida, la negativa no implicaba humillación; en cambio, si era aceptada, el feliz negociador tenía desde entonces un puesto señalado en todas las fiestas familiares, porque la joven pareja se acordaba toda la vida de la mano hábil que formó el primer nudo de su unión. Mas ahora, está todo esto, ¡ay!, tan pasado de moda como otros usos respetables; nuestros jóvenes no temen hoy hacer en persona su petición de mano, y han de afrontar en persona la negativa y sufrir la vergüenza en presencia de la muchacha.

Herman, apenas oyó estas palabras, adoptó una resolución:

—Suceda lo que quiera, voy a ir yo mismo a saber mi suerte de su propia boca. A ella me entrego más por entero que ningún otro hombre pueda haberse entregado a ninguna mujer. Estoy seguro de que lo que me diga será justo y sensato. Aun cuando la haya de ver por última vez, quiero mirarme de nuevo en sus hermosos ojos aun cuando tenga que renunciar para siempre a estrecharla contra mi corazón, quiero admirar aquel busto y aquellos hombros que mis brazos quisieran abarcar, y aquella boca en la que un sí y un beso harían mi dicha eterna, pero en la que no puede ser mi perdición. Les suplico que no me esperen. Vuelan a mi casa y sigan a mis padres que su hijo no se ha equivocado, y que la joven es digna de la suerte más dichosa. A mi regreso tomaré, para atajar, el sendero que conduce el peral limítrofe con nuestras tierras. ¡Oh, si fuera tan afortunado que pudiera llevar conmigo! Pero quizá torne solo por ese sendero, que en lo sucesivo ya no veré con alegría.

Esto diciendo entregó las riendas al pastor, que se apresuró a ocupar el puesto del joven, dominando con destreza los caballos.

El boticario vacilaba en subir y dijo al nuevo faetón:

—Amigo mío, muy a gusto le confío mi alma y sus potencias, pero el cuerpo y sus miembros no tienen una garantía muy segura cuando una mano sagrada se apodera de las riendas de este mundo.

El juicioso pastor le dijo sonriendo:

—Suba sin cuidado y abandóneme su cuerpo tanto como su alma; hace tiempo que mi mano está acostumbrada a empuñar las riendas de un carruaje, igual que mi vista a vigilar todos los accidentes del camino. Cuando acompañé al joven barón a Estrasburgo, teníamos costumbre de salir en coche, y era yo quien todos los días lo conducía fuera de la ciudad, por el campo, bajo los tilos, a través de las polvorientas carreteras, llenas de alegres paseantes.

Algo tranquilizado por estas palabras, el boticario subió y se sentó en el vehículo, colocándose de modo, sin embargo, que pudiera saltar en caso de peligro. Los caballos partieron, galopantes, impacientes por volver a la cuadra. Bajo sus patas se levantaba el polvo en torbellinos.

Durante un buen rato siguió el joven con los ojos aquellas nubes de polvo; luego, al desaparecer, todavía permaneció allí, inmóvil y como insensible.

VII.—ERATO

Dorotea

Como el viajero que momentos antes de que el sol se ponga, fija la vista en el fugitivo disco y luego ve vacilar la imagen a lo largo de los sombríos bosques, y en el flanco de las rocas y por donde quiera que dirige la mirada le persigue un rayo esplendoroso, que corre, pasa y vuelve a pasar ante sus ojos, así Herman contemplaba en su alma la gentil figura de Dorotea y creía verla aparecer y desaparecer entre los trigos. No tardó en despertar de aquel maravilloso sueño. Dirigió entonces lentamente sus pasos hacia la aldea, hasta que, sorprendido de pronto, se detuvo; tenía ante él a la hermosa Dorotea. La miró fijamente, creyéndose víctima de una ilusión; pero no era mentida imagen la que salía al

encuentro; era Dorotea en persona. Llevaba en una mano un cántaro grande, y uno más pequeño en la otra; se daba prisa para llegar a la fontana.

Herman se acercó a la bella y, cobrando ánimos en su presencia, la abordó, sorprendida del encuentro:

—Otra vez te veo, caritativa joven, dispuesta como siempre a aliviar los males de tus semejantes. Dime, ¿por qué vienes sola a la fontana, estando tan apartada, cuando tus compañeras se contentan con llenar sus cántaros en las fuentes del pueblo? ¡Ah, ya lo comprendo! Sabes que esta agua tiene especiales virtudes y agradable sabor y sin duda la destinas a quien has salvado con tan admirable desinterés.

La joven saludó amistosamente a su interlocutor y dijo:

—Doy por bien empleada mi caminata hasta aquí, por encontrar de nuevo al hombre generoso que nos ha colmado de dones. Tan grata es la presencia del bienhechor como el beneficio mismo. Venga, acompáñeme y verá con sus propios ojos a los favorecidos por su caridad para recibir las muestras de su agradecimiento. Pero antes le diré por qué vengo a coger agua de este copioso manantial; la respuesta es sencilla. Nuestra gente, con imprevisión lamentable, ha enturbiado el agua de la aldea al atravesar con bueyes y caballos el depósito que abastece a los habitantes: además, tanto han lavado y limpiado que no hay pilón ni cisterna que no estén sucios. Es muy común que cada cual piense en sí únicamente, sin cuidarse de las personas que vienen detrás.

Hablando de este modo llegaron Dorotea y su acompañante al pie de los anchos escalones, sentándose los dos en el parapeto bajo que rodeaba el manantial. Dorotea se inclinó para llenar un cántaro y Herman se inclinó también para llenar el otro. Vieron ambos jóvenes sus imágenes, flotantes en un cielo azul; acercaron sus rostros y se dirigieron en tan puro cristal un cariñoso saludo.

—Permíteme beber de esta agua —dijo el mozo alegremente.

Ella le presentó el cántaro, y así permanecieron sentados sobre el reborde de la fuente con ingenua confianza.

Luego, dijo a su nuevo amigo:

—Dígame, ¿cómo le encuentro aquí y sin su carruaje y caballos. Lejos del sitio donde le vi por vez primera? ¿Por qué ha venido?

Herman permaneció un momento silencioso, bajó la cabeza y volvió a levantarla animado por la afectuosa mirada de la muchacha; pero le hubiera sido imposible hablarle de amor. No había en los ojos de la emigrante ninguna expresión de ternura; en ellos sólo se reflejaba una inteligencia serena que ordena un lenguaje razonable.

El joven se recogió unos instantes, y por último se decidió a contestar con estas palabras:

—He venido en busca tuya, ¿a qué ocultarlo? Vivo feliz en compañía de mis queridos padres y les ayudo a gobernar la casa y nuestros bienes; soy hijo único y tenemos que trabajar mucho. Yo estoy encargado del cultivo de nuestros campos; mi padre está al frente de la casa, y mi madre emplea su infatigable actividad en las tareas domésticas. Pero de seguro que no ignoras, por experiencia propia, que los criados, por infidelidad o por torpeza, son el tormento de sus amas, obligadas a renovar constantemente la servidumbre, o lo que es lo mismo, a ir de mal en peor. Por eso mi madre hace ya tiempo que desea tener a su lado una joven, que además de prestarle sus servicios le consagre su afecto y llene el vacío que dejó mi pobre hermana, que murió de muy corta edad. Pues bien, al verte junto a la carretera, tan dispuesta y tan animosa, al apreciar la robusted de tu brazo y la rozagante salud de tu cuerpo, al oír tus discretas razones, quedé favorablemente impresionado, y me apresuré a volver a mi casa, donde alabé a mis padres y amigos los méritos de la forastera. Y ahora venía a decirte lo que desean tanto como yo... Perdóname, si no acierto a explicarme mejor.

—No tema decírmelo todo —respondió Dorotea—. Sus proposiciones no me ofenden. He comprendido sus propósitos y le quedo muy agradecida. Hable sin rodeos; quiere ajustarme para criada de sus padres y encargarme de las faenas domésticas de su rica mansión; ha creído ver en mí una joven laboriosa, dispuesta y de buenos sentimientos. Breve ha sido su petición, breve será también la respuesta. Sí, le acompañaré, seguiré el camino que me señala mi suerte... Consiento gustosa en ganarme honradamente la vida en casa de un hombre de bien, a las órdenes de su digna madre; porque siempre es muy expuesta la reputación de una joven vagabunda. Aquí cumplí con mi deber; he puesto a la enferma en manos de los suyos, que se muestran dichosos al verla salvada; la mayor parte están ya con ella; los demás no tardarán en unírseles. Todos nuestros compañeros se figuran que van a volver a su país; tanto gusta a los fugitivos crearse ilusiones. Pero yo, en estos tiempos de desgracias, que presagian otras nuevas, no me dejo vencer por vanas esperanzas. Nuestros antiguos lazos han quedado rotos y la necesidad debe crear otros nuevos. Sí, le acompañaré luego que lleve estos cántaros a mis amigos y reciba su bendición. ¡Venga! Quiero que los vea y que ellos mismos me pongan a su servicio.

Encantado el joven de verla en tales disposiciones, estuvo tentado por descubrirle su verdadera intención, pero juzgó más prudente dejarla en su error y conducirla a la casa paterna para tratar después de conseguir su amor, tanto más cuanto que le tenía perplejo un anillo de oro que la joven llevaba en su dedo.

—Vámonos —dijo la joven—. se censura a las muchachas que se entretienen en la fuente más de lo justo; y, sin embargo, ¡gusta tanto charlar al murmullo de la corriente!

Se levantaron, echaron una última mirada al manantial, y el mismo pesar emocionó a los dos. Dorotea cogió en silencio los cántaros y subió los escalones. Herman la siguió y le pidió que le dejara llevar un cántaro para aliviarla del peso.

—No, déjelo —dijo Dorotea—; equilibrado el peso de los dos cántaros se llevan mejor; y además, no está bien que el hombre que pronto va a mandarme empiece por servirme. No me mire con esa gravedad, como si mi suerte fuera digna de lástima. Es muy conveniente que la mujer aprenda a servir en un principio, pues sólo a fuerza de servir llega a saber mandar y a ejercer en la casa la autoridad que le corresponde dentro de la familia. ¿Acaso una buena hija no es desde sus primeros años la servidora de sus padres y hermanos...? Feliz es la mujer que se acostumbra a afrontar las mayores penalidades, a no juzgar peores para el trabajo las horas de la noche que las del día, a no lamentarse de que una labor sea demasiado minuciosa o que una aguja sea demasiado fina, a olvidarse de sí misma y a sacrificarse gustosa por los demás; porque, convertida a su vez en madre, tendrá necesidad de todas sus fuerzas cuando, despierto el hijo, le pida alimento, a ella, débil y pobre criatura, en quien tal vez los cuidados se juntan a los sufrimientos. Veinte hombres no bastarían para semejante tarea. Claro que su deber no es ése, pero debieran sentirse impresionados ante tal espectáculo.

Así hablando atravesaron la huerta y llegaron a la granja donde estaba la parturienta rodeada de las muchachas, modelos de inocencia, que Dorotea había salvado. En esto venía por el otro lado el juez, trayendo a un niño de cada mano, que acababa de encontrar entre la multitud, después de haber estado perdidos. Habiendo abrazado a su madre y acariciado al nuevo hermanito, corrieron hacia Dorotea, besándola y pidiéndole pan, fruta y, sobre todo, agua. Después de dar de beber a los dos niños y a la enferma, todos se sintieron refrescados y elogiaron aquella agua deliciosa, que tan buen gusto tenía y tan saludable era.

La joven, entonces, miró a todos con cierta melancolía.

—Esta es la última vez —dijo—, que les doy a beber agua de este cántaro. Si algún día de mucho calor se refrescan con una agradable bebida o se sientan a la sombra de un árbol junto a un manantial puero, piensen en mí y en los cuidados que he podido darles, más por afecto que por deber. Por mi parte, me acordaré toda mi vida de la bondad de ustedes. Les abandono con pesar, pero los unos para los otros somos más bien una carga que un alivio, y si nos está negado el retorno a la patria, tendremos que dispersarnos en suelo extranjero. Este joven, que es nuestro bienhechor, y a quien debemos las ropas del niño y las provisiones que nos parecieron llovidas del cielo, ha venido a proponerme ir a su casa para servir a sus padres, tan ricos como virtuosos; yo he aceptado porque en todas partes tiene la mujer deberes que cumplir, y para mí sería lo más penoso tener que permanecer ociosa y hacerme servir por los demás. Y debido a eso le sigo con gusto; parece razonable, y estoy segura de que sus padres no lo serán menos. Adiós, pues, digna amiga; viva feliz, y cuando envuelva a su hijo en esas ropas tan suaves y delicadas piense en el caritativo joven que se las ha dado y que ha de darme también a mí vestido y pan. Y usted, hombre excelente —añadió volviéndose hacia el viejo—, usted que en muchas ocasiones me ha servido de padre, reciba mis más sinceras grancias.

Luego se arrodilló para abrazar a la enferma que, con acento entrecortado por los sollozos, apenas pudo balbucir su bendición.

El viejo se volvió a Herman y le dijo:

—Amigo mío, bien merece elogios por su elección. He visto muchas personas que en una feria de bueyes, carneros o caballos, trataban con mucha circunspección sus negocios, y que luego se entregaban a la casualidad cuando tenían que confiar a alguien la gestión de su casa o de su fortuna. Si la persona elegida es honrada y laboriosa, todo lo mantiene en perfecto orden; si es inepta y de mala fe, todo peligra, y luego vienen los arrepentimientos por haber obrado con ligereza. Usted me parece que entiende estas cosas a maravilla, aunque sea muy joven la persona que ha elegido para el servicio de sus padres y el suyo. Guárdele toda clase de consideraciones, pues encontrará en ella, usted una hermana y sus padres una hija.

Entre tanto, llegaron varias mujeres, portadoras de diversas cosas para la parturienta. Cuando se enteraron de la resolución de la joven, bendijeron a Herman con miradas que manifestaban sus pensamientos, y algunas murmuraron al oído de sus vecinos: «Si deja de

ser su amo para convertirse en su marido, no podrá quejarse de su suerte.»

Herman cogió la mano a la joven y dijo:

—Partamos, se va haciendo tarde y hay mucho que andar antes de que lleguemos a nuestra pequeña ciudad.

Las mujeres, hablando todas a la vez, abrazaron a Dorotea. Herman trató de separarla del lado de aquéllas. La joven, antes de partir les encargó que saludaran a varios de sus buenos amigos. Ya iba a marchar, pero he aquí que los niños, entre lloros y gritos, la sujetaron por la falda resueltos a impedir que los dejará su segunda madre. Algunas de las mujeres tuvieron que intervenir, dirigiéndose a los pequeñuelos en tono autoritario.

—¡Callad muchachos! Dorotea va a la ciudad a buscar para vosotros los confites que vuestro hermanito encargó, cuando la cigüeña al traerlo pasó por delante de la confitería; ya veréis qué pronto vuelve vuestra amiga con dorados cucuruchos*.

Sólo entonces la soltaron los chicos y Herman la arrancó a duras penas de los brazos de sus amigas, quienes después que se alejó de su lado agitaron largo rato sus pañuelos para prolongar la despedida.

VIII.—Melpómene

Herman y Dorotea

Los rayos del sol poniente se ocultaban por intermitencias, detenidos en su carrera por negros nubarrones precursores de tormenta.

—Dios quiera librarnos de una fuerte tormenta —dijo Herman—; porque todo anuncia una excelente cosecha.

Y mientras caminaban se complacían los dos jóvenes en contemplar los altos trigales, susurrantes a la caricia del viento, y que se elevaban casi a nivel de sus cabezas.

—Hombre excelente —dijo la muchacha a su guía—, a quien deberé seguro asilo y vida apacible mientras tantos pobres andan

* En Alemania, entre algunas clases del pueblo, se les hace creer a los niños que la cigüeña ha traído al recién nacido.

errantes a merced de su suerte, ¿por qué no me da a conocer a sus padres? Aunque estoy predispuesta a servirles de todo corazón, conviene saber de antemano cómo son, pues conociendo al amo resulta más fácil complacerle, dándole gusto en las cosas que estima más importantes y en los trabajos que más interés tenga. Dígame cómo podré ganar su voluntad.

—Me parece muy bien, joven llena de perfecciones —respondió Herman—, tu deseo de conocer el carácter de mis padres antes de tu llegada. Sin una atención semejante, hubiera hecho inútiles esfuerzos por servir fielmente a mi padre, saliendo a los campos y a la viña temprano, regresando tarde y cuidando los intereses de la casa como propios. A mi madre no me costó gran trabajo complacerla siempre, porque hace justicia a mi celo, y estoy seguro que serás para ella una criatura perfecta, si cuidas de la casa como si fuera tuya. Pero mi padre no es lo mismo; le gusta que las cosas vayan acompañadas de cierta apariencia ostentosa. No me tengas, virtuosa joven, por un hijo desnaturalizado, al oírme hablar de sus flaquezas. Te juro que es la primera vez que salen estas palabras de mis labios, pero me inspiras tal confianza, que te abro mi corazón. Mi buen padre es aficionado a las maneras corteses y ceremoniosas de la sociedad, y a los testimonios exteriores de amor y respeto. Un mal servidor que supiera sacar partido de esta debilidad merecería su benevolencia mejor que uno bueno que se desentendiera de tal cuidado.

—Tengo la firme esperanza de contentar a ambos —respondió la muchacha con alegría—. El carácter de su madre es semejante al mío, y desde mi infancia me son familiares las buenas maneras. Nuestros vecinos los franceses dan mucha importancia a la cortesía superflua, y tanto el ciudadano como el campesino se ufanan de poseerla y la recomiendan a los suyos. Y nosotros también tenemos nuestros usos propios; por ejemplo, acostumbramos a los niños a que por las mañanas vayan a dar los buenos días a sus padres y les besen la mano. Así es que pondré en juego, para agradar al respetable señor, todo lo que debo a mi educación y a mis buenas costumbres, y todo aquello que me inspire el corazón. Sólo me resta saber cómo debo conducirme con el hijo único de la casa que ha de ser también mi señor.

Hablando de esta forma llegaron al peral. Brillaba la luna llena con sus más vivos resplandores. Era ya de noche. Los últimos rayos del sol se habían ocultado, y a la vista de los caminantes se extendían informes masas, brillantes unas como si las iluminara la luz del día, y envueltas otras en las sombras de la noche oscura. Herman

escuchaba enternecido las preguntas que le dirigía la joven, al pie del soberbio árbol, en aquel sitio para él tan querido, y que en aquel mismo día había presenciado sus amorosos lamentos. Se sentaron para descansar unos instantes y el enamorado mancebo cogió la mano de la joven y le dijo:

—Consulta con tu corazón y obedece sus inspiraciones con entera libertad.

No se atrevió a añadir otras palabras, aunque la ocasión era tan propicia para que manifestara sus sentimientos, pero tenía una negativa.

Permanecieron juntos y en silencio un rato, hasta que la joven exclamó:

—¡Cómo me gusta esta luz brillante de la luna! Su claridad es como la del día. Distingo perfectamente las casas y los corrales del pueblo; allá en un tejado percibo una ventana; podría contar sus cristales.

—La que ves —respondió el joven—, es nuestra vivienda, la casa adonde te llevo, y aquella ventana del tejado es la de mi aposento, que tal vez sea el tuyo, pues pensamos hacer algunos arreglos en la casa. Esos campos que están por segar nos pertenecen. Vendremos con frecuencia a descansar y a comer a la sombra de este árbol. Pero ya es tiempo que bajemos por la viña y por la huerta, porque, ¿no ves esos relámpagos que amenazan una espantosa tormenta? No tardarán las nubes en devorar el encantador disco de la luna.

Se levantaron y se pusieron en marcha, a la aplacible claridad de la luna, atravesando los campos cubiertos de ricas espigas.

Llegaron por fin al viñedo en medio de las sombras proyectadas por los ribazos.

Herman ayudó a Dorotea a bajar las toscas losas que servían de escalones al emparrado, y avanzaba despacio, apoyando las manos en los hombros de su acompañante. La luna no les enviaba ya a través del follaje más que breves y vacilantes fugores, y, cubierta al fin por las nubes tempestuosas, dejó a la pareja en la más completa oscuridad.

Herman, lleno de vigor, procuraba sostener con precaución a la muchacha, pero como ella no conocía el camino ni los pasos difíciles, perdió pie y estuvo a punto de caer. En el acto volvióse Herman y tendió el brazo para sostenerla. Dorotea se recostó suavemente sobre sus hombros, se juntaron sus pechos y se rozaron sus mejillas; pero él se mantuvo firme como una estatua marmórea, inmovilizado por su austera voluntad, y, sin osar estre-

charla en sus brazos, se contentó con resistir el peso de aquella dulce carga. Sintió muy cerca los latidos del corazón de la muchacha y respiró el perfume de su aliento.

Dorotea, para disimular el dolor que le producía la torcedura del pie, dijo en son de broma.

—Suele decirse que presagia desgracia torcerse el pie momentos antes de entrar en una casa. Hubiera preferido mejores auspicios. Detengámonos un instante, para que sus padres no puedan decir que ha cometido la torpeza de traeles una criada coja.

IX.—URANIA

La perspectiva feliz

Musas, graciosas protectoras del amor sincero, vosotras que hasta aquí habéis dirigido en su camino al digno joven, que habéis lanzado en sus brazos a la amada, antes de los esponsales, acabad de unir a la maravillosa pareja; disipad prontamente las nubes que amenazan turbar mi ventura. Y en primer término, decidnos lo que suceda en casa de los padres.

La madre, llena de temor e impaciencia, había entrado ya tres veces en el salón donde estaban los amigos, inquieta por la tormenta que se avecinaba, por las frecuentes mutaciones de la luna, por la prolongada ausencia de su hijo y por los peligros que podía correr, censurando a los dos amigos haberse separado del joven sin hablar a Dorotea ni haber hecho la petición de mano.

—No agraves el mal —dijo el padre descontento—. ¿No ves que estamos también llenos de impaciencia?

Pero el boticario, sentado tranquilamente, dijo:

—En estos momentos de turbación, bendigo a mi padre, que supo arrancar de mi corazón la impaciencia en su germen y me enseñó a esperar los acontecimientos con filosofía.

—¿Qué secreto empleó para eso? —preguntó el pastor.

—El siguiente —respondió el boticario—. Y valga para que cada cual saque su provecho. Siendo todavía un niño, un domingo aguardaba con impaciencia el carruaje que debía conducirnos al manantial de los tilos, y como no llegaba, no podía estarme quieto ni un instante: subía y bajaba las escaleras, iba de acá para allá, del balcón a la ventana, las manos me picaban, daba golpecitos en la

mesa y patadas en el suelo; en fin, estaba como loco y a punto de echarme a llorar. Mi padre, que me observaba, me cogió tranquilamente de un brazo y me llevó a la ventana, diciendo: «¿Ves ahí enfrente el taller del carpintero? Hoy está cerrado, pero mañana estará abierto; desde por la mañana hasta la noche están en movimiento las sierras y los cepillos; pero escucha esto: llegará un día en que el maestro y oficiales emplearán su industria en preparar tu ataúd, que saldrá bien pronto de sus manos, y se apresurarán a traer la caja de madera que recibe al fin al paciente y al impaciente. Mi imaginación me representó en realidad el triste cuadro, y me senté apaciblemente aguardando el carruaje. Desde entonces, siempre que veo a las gentes turbadas y llenas de impaciencia, pienso en el ataúd que ha de llegar.»

—La idea de la muerte —dijo el pastor sonriendo—, no se presenta al sabio como objeto de espanto, ni al piadoso como el último fin. Enseña al primero a meditar sobre la vida y sus reglas, y le abre al segundo una perspectiva de felicidad que hace brillar la esperanza en el fondo de los días más sombríos. Tanto para el uno como para el otro, la muerte es un cambio de vida. Por tanto, su padre hizo mal en enseñarle a usted, corazón de niño, débil e impresionable, nada más que la muerte. Hay que mostrar al joven el espectáculo de la augusta vejez y al viejo el de la sonriente infancia, a fin de que fijen todos sus miradas en ese círculo eterno de sucesión de la vida.

En esto se abrió la puerta y apareció la admirable pareja; padres y amigos quedaron llenos de sorpresa a la vista de Dorotea, cuya esbeltez y belleza se armonizaba tan bien con el exterior del joven, y hasta la puerta parecía demasiado pequeña para los dos. Herman presentó a Dorotea a sus padres.

—He aquí a una muchacha como deseaban para la casa. Padre querido, dígnese acogerla bien, porque se lo merece, y usted, madre querida, pregúntele todo lo concerniente al gobierno de una casa y verá cómo es muy capaz de hacer las veces de su hija.

En seguida llamó aparte al pastor y le dijo:

—Excelente amigo, ayúdeme a desatar este nudo que me aprieta; porque la joven no me acompaña en la creencia de que va a ser mi esposa: cree entrar en la casa como sirvienta, y temo que nos abandone si se le habla de matrimonio; pero que la resolución sea instantánea, pues ni ella debe seguir en el error ni yo en la duda. Apresúrese a darnos un nuevo testimonio de su rabia prudencia.

Y el pastor es incorporó en seguida a los asistentes, pero, ¡ay!, ya el alma de la joven había sido herida por estas palabras del padre, pronunciadas en tono de broma:

—Me alegro en el alma, hija mía, de que Herman salga en esto a su padre, que siendo joven escogía siempre a la más bonita para bailar, y que al fin eligió a la más bella para traerla a su casa como esposa. En la esposa se conoce el carácter del que la ha elegido; con eso declara lo que vale a sus propios ojos. Estoy seguro de que no lo ha pensado mucho tiempo ni le ha sido penoso seguirle.

Herman no había oído sino una pequeña parte de estas palabras, y no obstante, experimentó un temblor general, y todos los circunstantes guardaron a la vez silencio.

Pero la admirable joven, herida hasta el fondo del alma por una broma que le parecía insultante, permaneció inmóvil y con el rostro encendido por el rubor, haciendo un esfuerzo, dijo al anciano sin ocultar toda su pena:

—¡Oh! Ciertamente, su hijo no me había preparado para semejante acogida, cuando me pintó a su padre como un ciudadano excelente. Sé que es usted un hombre cortés y afable con todo el mundo, pero creo que no siente bastante compasión hacia la pobre joven que acaba de atravesar este umbral y que está dispuesta a seguirle sin necesidad de que le haga sentir con amarga ironía la distancia que hay entre su hijo y yo. Soy una pobre, no le niego, que entra con su humilde lío de ropa bajo el brazo en una casa donde reina la abundancia, pero me conozco, y sé apreciar cuáles son nuestras mutuas relaciones. ¿Es acaso generoso mortificarme, a los pocos instantes de llegar a esta casa, con despiadadas burlas, que en rigor me obligan a no permanecer más tiempo aquí?

Herman, lleno de ansiedad, se agitaba, haciendo señas al pastor, para que interviniera y esclareciese el error. El sensato eclesiástico contempló a la joven, que tenía los ojos llenos de lágrimas, y se determinó a continuar un momento el engaño, en vez de deshacerlo, a fin de sondear los sentimientos de la joven.

—¡Oh, joven forastera, tu resolución de servir en casa de extraños ha sido algo precipitada! Piensa que una promesa obliga para un año y que un sí puede acarrear mil sinsabores.En el servicio, no son los penosos ajetreos ni los sudores de un forzado trabajo la parte más difícil, porque un amo activo se fatiga tanto como sus criados, sino la resignación ante los caprichos del dueño, las reprensiones injustas y las órdenes contradictorias. Lo

difícil es someterse a los arrebatos de un humor agrio, a las groseras insolencias de los niños, a la tarea obligada que no admite titubeos ni murmuraciones. Por eso me parece que no eres propia para este estado, pues una simple broma del jefe de la familia te ha herido tan profundamente, aunque es cosa corriente gastar alguna broma a una muchacha por la cual haya sentido inclinación algún joven.

Ante estas palabras, la joven no se contuvo; sus sentimientos se manifestaron con energía lanzó un suspiro y dijo, derramando amargas lágrimas:

—¡Oh, cuán poco sabe el hombre razonable que quiere consolar al afligido, que una palabra fría no puede librar al corazón del peso de las penas con que el cielo quiso oprimirle! A ustedes, que viven contentos y dichosos, ¿cómo puede herirles una broma? pero el enfermo siente con dolor la mano más ligera. Aun cuando quisiera, no podría fingir: decidamos al instante. Tardar más sería aumentar mis dolores, arrastrándome a una lucha penosa en la que agotaría mis fuerzas. Déjenme partir; no debo permanecer en esta casa; voy a salir de ella y a buscar a mis pobres compañeros, a quienes he dejado en la desgracia sin pensar más que en mí misma. Esta determinación firme y resuelta me permite de haberme quedado aquí, hubiera permanecido sepultado en mi pecho. Si la burla de ese padre ha herido profundamente mi alma, no es porque tenga un orgullo que no conviene a mi estado, sino porque es cierto que mi corazón ha sentido inclinación hacia el joven que hoy se me apareció como un libertador. Desde que me dejó en la carretera no ha cesado de estar presente en mi pensamiento. Pensé en la felicidad de la mujer que tal vez amase. Y al encontrarle de nuevo en la fontana, me sentí dichosa como ante la aparición de un ser celestial. Cuando me preguntó si quería serivr a sus padres, les seguí con toda mi alma. Y aún diré más; durante nuestra marcha me entregé, a pesar mío, a la esperanza de que acaso algún día merecería su mano, cuando hubiera llegado a hacerme indispensable en esta casa. Ahora sólo veo el peligro a que me exponía, tan cerca del amo, y abarco la distancia que media entre el joven rico y la muchacha pobre, aunque esté dotada de las mejores cualidades. Confieso todo esto para que conozca el corazón que han herido. Gran fortuna ha sido que me sintiera ofendida, porque me ha determinado a tomar la resolución que voy a seguir. De lo contrario, obligada a disimular mis íntimos anhelos, más pronto o más tarde hubiera

visto entrar en esta casa a la esposa, y entonces, ¿hubiese podido contener mi pesar? Felizmente, el secreto ha salido de mi pecho cuando hay remedio. Y ya he dicho bastante. No permaneceré aquí un momento más para no prolongar mi turbación, después de confesar mis sentimientos y mis locas esperanzas. Ni la oscura noche, ni el trueno que retumba, ni el viento que ruge, nada me detendrá. Todo junto lo soporté al huir del enemigo. Las desgracias del siglo me han habituado a todos los sacrificios. Adiós a todos.

Diciendo estas palabras se dirigía precipitadamente hacia la puerta, cuando la madre, estrechándola entre sus brazos y reteniéndola, exclamó estupefacta:

—¿Qué significa esta resolución y tus lágrimas? No, no te dejo ir; tú eres la desposada de mi hijo y no quiero otra.

El padre, descontento, miraba a la joven bañada en llanto, y dijo apesadumbrado:

—De modo que como premio a mi complacencia me proporcionáis lo más desagradable y fastidioso que hay en el mundo, como es el lloriqueo de las mujeres y esos gritos apasionados que aturden y perturban las ideas. Yo no puedo ser testigo de esta escena y me retiro para acostarme.

Ya iba a ejecutarlo, cuando su hijo le retuvo, diciendo con voz suplicante:

—Padre mío, no se precipite ni se irrite contra esta joven; yo solo soy el culpable de esta escena, que ha provocado este amigo burlando mi esperanza. Hable, hombre venerable; ponga todo en claro, porque, si no, perderá toda mi estimación, creyéndole dispuesto a torturar a sus amigos, más que a practicar los excelentes principios de sabiduría y caridad.

—¿Qué sabiduría ni qué claridad —respondió el pastor sonriendo—, hubieran conseguido arrancar del corazón de esa encantadora joven la confesión que acabamos de oír, para revelarnos mejor el temple de su alma? ¿No se ha convertido tu tristeza en alegría? Habla, pues, tú mismo. Para nada necesitas la ayuda de los demás.

Entonces Herman, adelantándose hacia Dorotea, le dijo con ternura:

—No te aflijan las lágrimas que has vertido ni el pasajero dolor que ha turbado tu alma; todo ello no hace sino confirmar mi ventura, y espero que la tuya también. No fue a la fontana para proponer a la forastera, a la joven sin igual por su hermosura y sus virtudes, que nos sirviera de criada; fui allí para declararte mi amor; pero, ¡ay!

que mis recelosas miradas no acertaron a descubrir las inclinaciones de tu alma, y sólo vi en tus ojos una amistosa sonrisa cuando el espejo del apacible manantial me devolvió el saludo que me dirigías. Sólo la idea de traerte a mi lado, constituía para mí la mitad de mi felicidad. Ahora acabas de completarla, y por ello, sea bendito este momento.

Ella alzó hacia el joven sus ojos llenos de tierna emoción, y aceptó el beso y el abrazo del amado, suprema delicia cuando es promesa de una dicha futura largo tiempo deseada.

El pastor había explicado todo a los demás, pero la joven, con graciosos ademanes, se adelantó hacia el padre, poseída de respetuoso afecto, y besó la mano del viejo, que éste se apresuró a retirar.

—Perdóneme —le dijo— las lágrimas que el error me ha hecho derramar y las que ahora me arrancan la alegría. Perdóneme los arrebatos de mis sentimientos. Deje que me dé cuenta de mi actual situación y que pueda acostumbrarme a la ventura que tan inesperadamente me ha sorprendido. ¡Quiera Dios que este disgusto, causado por mi error, sea el último que le proporcione! Su nueva hija promete prestarle los servicios de una criada fiel y afectuosa.

El padre la abrazó, ocultando sus lágrimas. La madre se acercó a ella amistosamente, la besó con ternura y estrechó entre las suyas las manos de la joven. Las dos mujeres lloraron en silencio.

Entre tanto, el virtuoso y prudente pastor se apresuró a coger la mano del padre y le arrancó, no sin esfuerzo, del regordete dedo, el anillo nupcial; tomó igualmente el anillo de la madre y desposó a los dos jóvenes.

—Que estos anillos de oro formen la estrecha unión de un segundo himeneo. Yo os uno en este momento y os bendigo por el resto de vuestros días, con el consentimiento de un padre y de una madre, y en presencia de nuestro amigo.

El vecino se inclinó hacia ellos y los felicitó; pero al querer el pastor poner el anillo en el dedo de Dorotea, vio con asombro el otro anillo, que ya Herman había visto con inquietud en la fontana, y exclamó:

—¡Cómo! ¿Son, pues, estos tus segundos esponsales? ¡Con tal que el primer novio no se presente ante el altar para oponerse a vuestra unión...!

—Permita —exclamó ella—, que consagre un momento a este recuerdo: el hombre virtuoso que me lo dio al marchar, bien lo merece. Cuando su amor a la libertad y el deseo de unir sus

esfuerzos a las generosas tentativas que se preparaban le condujeron a París, donde halló la prisión y la muerte, tenía ya el presentimiento de su destino. «Vive feliz —me dijo—, yo parto; todo se agita sobre la tierra y todo parece pronto a desmoronarse: las leyes fundamentales de los Estados son derrocadas; el antiguo patrimonio escapa a su propietario; el amigo abandona al amigo y el amante a su amada. ¡Quién sabe si volveré a verte! ¡Quizá estemos hablando por última vez! Se ha dicho que el hombre no es más que un extraño aquí abajo, y hoy más que nunca es verdad. vuestro cielo ya no es nuestro. Las riquezas corren al azar; fúndese el oro y la plata y desaparecen sus formas. Todo se agita en desorden, como si el mundo actual hubiera caído en el caos, y pugnara por adquirir nueva constitución. Resérvame tu amor, y si algún día nos encontramos entre las ruinas del universo, quizá estemos ya regenerados por la libertad y al abrigo de los caprichos del azar. ¿Qué poder osaría esclavizar a los que hubieran pasado por semejantes pruebas? Mas no hemos de escapar a los peligros, ni hemos de volver a vernos, conserva por lo menos mi imagen en tu memoria, y con igual firmeza aguarda el propicio o adverso destino. Si una nueva patria y una nueva demanda te reclaman, acepta agradecida lo que la fortuna te destine, y que la prudencia guíe tus pasos. Ama honradamente a los que te amen y a tu bienhechor; en tu nueva elección sé prudente, sin exponerte a la aflictiva posibilidad de una segunda pérdida. Y en tus días, no tengas a la vida más apego que a los otros bienes, pues todos son igualmente engañosos.» Estas fueron las palabras de aquel noble joven. Después perdí lo que tenía, y con frecuencia he recordado sus consejos, y aún los recuerdo en este momento. Perdona, generoso amigo, si al estrechar tu brazo tiemblo todavía. Soy como el náufrago, que hasta el terreno más sólido le parece vacilar.

Esto diciendo, colocó el anillo que acababa de recibir cerca del que llevaba.

Pero Herman, cuya alma era tan intrépida como tierna, dijo:

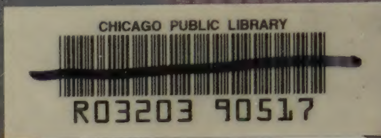
—Dorotea, que nuestra unión, en este general trastorno, sea por eso más sólida y duradera; opongamos ánimo a la desgracia, y pensemos en conservar nuestra vida y nuestros bienes. Aquel que vacila en el peligro aumenta el desastre; pero aquel cuyo ánimo permanece inalterable, se crea un mundo que en reinar. A nosotros, también alemanes, no nos conviene propagar ese terrible estremecimiento ni flotar al azar de un lado para otro. Rindamos nuestro homenaje a los pueblos que se sublevan por la

fe contra la tiranía, y para defender sus leyes, sus mujeres y sus hijos. Me perteneces y defenderé lo mío. El porvenir de mis posesiones no me inquieta; hoy siento aún más apego a todas las cosas; pero si los enemigos nos amenazan, ven a presentarme mis armas y ayúdame a ponérmelas. Persuadido de que cuidarías con esmero de mi padre, de mi madre y de mi casa, opondría al peligro un corazón intrépito. Y si todos estuviésemos animados del mismo sentido se opondría la fuerza a la fuerza, y la paz sería motivo de alegría universal.

ÍNDICE




CHICAGO PUBLIC LIBRARY
LOGAN SQUARE BRANCH
3030 W. FULLERTON
CHICAGO, IL 60647
(312) 744-5295



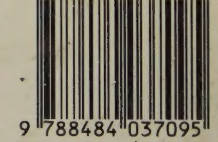
OBRASELECTAS

Fausto

Werther

Herman y Dorotea

ISBN 84-8403-709-6



EDIMAT Libros

www.edimat.es